

**La Musa Trágica**

**Por**

**Henry James**

Las gentes de Francia nunca han ocultado que las de Inglaterra, hablando en general, son, a su modo de ver, una raza inexpresiva y taciturna, perpendicular e insociable, poco aficionada a cubrir cualquier sequedad de trato mediante recamados verbales o de otra clase. Es probable que esta impresión pareciera respaldada, hace unos años, en París, debido al modo en que cuatro personas se hallaban sentadas juntas en silencio, un buen día cerca de las doce de la mañana, en el jardín, como se lo denomina, del Palais de l'Industrie: el patio central del gran bazar acristalado, donde entre plantas y parterres, senderos de grava y fuentes sutiles, se alinean las figuras y los grupos, los monumentos y los bustos, que forman la sección de escultura en la exposición anual del Salón. El espíritu de observación se pone automáticamente en el Salón muy alerta, estimulado por un millar de detalles llamativos angélicos o desangelados, mas no habría hecho falta ninguna tensión especial del sentido de la vista para percatarse de las características de las cuatro personas en cuestión. Como reclamo para el ojo por méritos propios, también ellos constituían un hecho artístico logrado; y hasta el más superficial de los observadores los habría catalogado como creaciones notables de una vecindad insular, representantes de esa clase impecable e impermeable con la cual, en las ocasiones repetidas en que los ingleses salen de vacaciones (Navidad y Pascua de Resurrección, Pentecostés y el otoño), París se ve rociada entera en el plazo de una noche. Había en ellos con plenitud el indefinible aspecto característico del viajero británico en el extranjero: ese aire de preparación a correr riesgos, materiales y morales, tan extrañamente combinada con una serena demostración de seguridad y perseverancia, el cual aire despierta, según la susceptibilidad de cada cual, la ira o la admiración de las comunidades extranjeras. Eran todavía más inconfundibles por ser ejemplares muy conseguidos de la enérgica raza a la que temen el honor de pertenecer. La luz dulce y difusa del Salón los hacía aparecer immaculados e importantes; eran a su modo producciones acabadas, y permanecían allí inmóviles, en su banco verde; eran parte de la exposición casi tanto como si los hubiesen colgado de una alcaayata a la altura del ojo.

Eran tres mujeres y un muchacho: con evidencia una familia (una madre, dos hijas y un hijo), circunstancia que tenía como resultados simultáneos volver doblemente típico a cada miembro del grupo y ayudar a explicar su refinado silencio. No se comportaban unos con otros en términos ceremoniosos y, además, probablemente se sentían fatigados por su ambular entre los cuadros de las salas de la planta superior. Su actitud, viniendo de visitantes con trazos de calidad superior, aun cuando tal vez les habrían dado a

algunos circunstantes la impresión de haber desperdiciado una buena oportunidad de completar con algo de expresión esos trazos, era a fin de cuentas una especie de tributo al estado de agotamiento, de aturdimiento, a que el genio de Francia es todavía capaz de reducir a los altaneros.

«En v'là des abrutis!» es lo que más de uno de los demás visitantes habría podido exclamar; y cierto es que algo de abatimiento y desaliento había en nuestro interesante grupo, que estaba sentado mirando sin fijeza lo que había ante sí, sin reparar en la vida del lugar, un poco como si cada uno de sus componentes tuviera una ansiedad secreta. Un observador muy atento habría adivinado que, si bien en muchos temas estos familiares se hallaban firmemente unidos, esta ansiedad actual no era la misma para cada uno. Si lucían un aspecto grave, ítem más, era sin duda parcialmente consecuencia de ir todos vestidos de luto, como si hubieran sufrido la pérdida reciente de una persona allegada. La de mayor edad de entre las tres mujeres ofrecía de veras un semblante como producido por un molde exquisitamente austero, que habría permitido el contagio de la alegría sólo mediante la acción de una fuerza más pertinaz que cualquier fuerza cuya existencia en París estuviera ella dispuesta a reconocer. Frío, impasible y considerablemente desgastado, no resultaba ni estúpido ni duro, pero era firme, estrecho y definido. Esta competente matrona, obviamente en tratos con el dolor, mas no debilitada por él, poseía: una frente alta, a la cual prestaban un lustre singular las características de la piel (resplandecía incluso a distancia); una nariz que describía una curva elevada e independiente; y una tendencia a mover bruscamente hacia arriba la cabeza y mantenerla así, bien por encima de ella, como para aislarla de cualquier posible fiasco del resto de su persona. Si la hubiesen visto ustedes caminar, se habrían percatado de que pisaba este planeta con un estilo que sugería que, en un mundo donde ella había descubierto, hacía mucho, que nadie puede hacer las cosas como quiere, no se puede prever qué desazonante agresión va a tener lugar a cada instante, así es que es sensato, a cada instante, poner a salvo lo que se pueda. Lady Agnes ponía a salvo su cabeza, su blanca frente triangular, sobre la cual su pelo rizado de color rubio trigo, que se reproducía en diversas tonalidades en los de sus hijos, constituía una especie de dosel de seda sujeto con lazos, parecido al entoldado de una fiesta al aire libre. Sus hijas eran altas, como ella misma — era manifiesto incluso sentadas—, y una de ellas, evidentemente la menor, era hermosísima: una adolescente inglesa recta, esbelta, de ojos grises, de «buen tipo» y tez tersa. La hermana, que no era hermosa, también era recta y esbelta y de ojos grises. Pero el gris, en este caso, no era tan puro, como tampoco eran tan recatadas y virginales la esbeltez y la rectitud. El hermano de estas muchachas se había quitado el sombrero, como si le pareciera agobiante el aire del día de verano en el gran pabellón. Era un hombre joven, delgado, fuerte, de rasgos inteligentes, con la nariz recta y el pelo castaño claro, que fluía con

continuidad y profusión hacia atrás a partir de su frente, de tal forma que para alisarlo desde el rostro hasta el cuello sólo era preciso un único movimiento de la mano. Nada mejor puedo hacer para describirlo que declarar que era del tipo de jóvenes ingleses que resultan especialmente bien parecidos en el extranjero, y cuyo aspecto general —su talla, sus miembros, su mirada amigable, la modulación de su voz, la claridad de sus tonos de piel y la calidad de su vestimenta— despierta por parte de aquéllos con quienes se cruzan en remotas naciones, en virtud de un simple intercambio verbal, un delicioso sentimiento de simpatía y afecto. Esta simpatía y este afecto se ven a veces restringidos por el temor a una indebida estolidez, pero crecen hasta casi desbordar en cuanto tal aprensión se disipa. Bien pronto veremos cuán detallado examen habría sido preciso en el caso de Nicholas Dormer. Había alimento para la sospecha, tal vez, en la vagabunda inexpresividad que se asentaba en ciertos momentos en su mirada, cual si no tuviese bajo control ni la más mínima parte de su atención; pero no es sino mera justicia añadir, sin demora, que este síntoma desalentador era conocido, entre quienes lo apreciaban, bajo la indulgente denominación de «ensoñación distraída». Para su madre y hermanas, por ejemplo, su ensoñación distraída alcanzaba cotas escandalosas. Podemos concederle de buena gana los beneficios que comporta una interpretación semejante: se dice que hay sin excepción algo muy atractivo en la combinación de lo contemplativo y de lo muscular, en la apacibilidad de una fuerza física.

Pasado cierto rato —un lapso de tiempo durante el cual estas buenas personas habrían podido dar la impresión de haber venido al Palais de l'Industrie, cada una por separado, bastante menos para contemplar las obras de arte que para meditar sobre sus turbaciones privadas—, el muchacho, despertándose de su ensimismamiento, se dirigió a una de las jóvenes:

—Y digo yo, Biddy, ¿por qué hemos de estamos aquí sentados apáticamente todo el día? Ven a darte una vuelta conmigo.

La menor de sus hermanas, mientras él se erguía, se adelantó un poco, mirando en derredor suyo, pero por el momento no dio ninguna señal definitiva de acceder a su propuesta.

— ¿Cómo vamos a encontraros en ese caso si viene Peter? —inquirió la otra señorita Dormer, sin moverse en absoluto.

—Me parece que Peter no va a venir. Va a dejamos aquí hasta que nos crezca la hierba bajo los pies.

— ¡Ah Nick, hermano mío! —exclamó Biddy con una dulce vocecita de protesta. Su teoría exacta era que Peter vendría, e incluso —un poco— su miedo exacto era que ella, de abandonar aquel lugar, podría no verlo.

—Estaremos de vuelta en un cuarto de hora. De fijo que he de contemplar estas cosas —declaró Nick, dirigiendo su rostro hacia un grupo de mármol que se erguía cerca suyo, a la derecha: un hombre, con la piel de una bestia cubriéndole su virilidad, forcejeando con una mujer desnuda en algún intento primitivo de coqueteo o seducción.

Lady Agnes siguió la dirección de la mirada de su hijo, y después observó:

—Todo tiene un cariz verdaderamente horrible. Me temo que sería mejor que Bidy siguiera sentada quietecita. ¿No ha visto ya suficientes espantos arriba?

—Estoy segura de que, si Peter viene, Julia vendrá con él —comentó la mayor en edad de las señoritas, sin venir a cuento.

—Pues entonces que mi hijo se lleve a dar una vuelta a Julia. Resultará más apropiado —dijo Lady Agnes.

—Querida madre, a ella el arte le importa un comino. Es para morirse contemplar objetos hermosos en compañía de Julia —repuso Nick.

— ¿No quieres ir con él, Grace? —dijo Bidy, recurriendo a su hermana.

— ¡Creo que Julia tiene un gusto endiabladamente bueno! —exclamó Grace, sin contestar a la anterior indagación.

— ¡No digas cosas desagradables de ella! —le espetó Lady Agnes a su hijo, con solemnidad, después de posar su mirada un momento sobre él con aire de reproche disgustado.

—No digo más que lo que ella misma diría —replicó el muchacho—. En ciertas cosas tiene muy buen gusto, pero en cosas de esta clase no tiene gusto en absoluto.

—Es lo mejor, me parece a mí —dijo Lady Agnes, volviendo su mirada de nuevo hacia la «cosa de esta clase» a que parecía referirse su hijo.

—Es endiabladamente inteligente. ¡Endiabladamente! —continuó Grace, pertinaz.

—Endiabladamente, endiabladamente —repitió su hermano, de pie en frente de ella y sonriéndole.

—Eres intratable, Nick. Y lo sabes —dijo la muchacha, pero con más compasión que mal humor.

Bidy se irguió ante esto, como si el tono acusatorio la impulsara a colocarse generosamente del lado de su hermano. Y le pidió a su madre:

— ¿Por qué no vas y pides la comida? En aquel lugar, ya sabes. Así, luego, estará lista en cuanto volvamos.

—Mi querida hijita, no sé pedir la comida —contestó Lady Agnes, con una fría irritación que pareció insinuar que tenía problemas mucho más importantes a que hacer frente que los del avituallamiento.

—Lo digo por Peter, si viene. Estoy segura de que es un experto en todo lo que concierne a ese asunto.

— ¡Al diablo con él! —exclamó Nick—. No tengas a Peter en cuenta, pero ve a pedir la comida, madre; aunque no bistec frío con adobos.

—Debo decir que... en lo que respecta a Peter... no eres correcto —se aventuró Bidy a comentarle a su hermano dudando, e incluso sonrojándose, un poco.

—Tú compensas mis excesos en este tema, encanto —contestó el muchacho, dándole en la barbilla —una barbilla pequeña, redonda y cautivadora— un ligero meneo amistoso con su dedo índice.

—No consigo imaginarme qué tienes contra él —protestó su señoría, con gravedad.

—Querida madre, se trata de cariño defraudado —arguyó Nick—. No contestan los mensajes de uno. No lo dejan saber dónde están ni qué esperar de ellos. «Furia no hay en los Infiernos como la de una mujer despechada»; tampoco como la de un hombre.

—Peter tiene una cantidad increíble de cosas que hacer: es una época de mucho ajetreo en la embajada; seguramente habrá razones —explicó Bidy, con sus ojos hermosos.

— ¡Razones de sobra, sin duda! —dijo Lady Agnes, quien acompañó estas palabras con un suspiro ambiguo, no obstante, como si en París hasta las mejores razones tuvieran por naturaleza que ser malas.

— ¿No te escribe Julia, no te contesta el mismo día? —inquirió Grace, mirando a Nick como si fuese ella la despechada.

Él dudó un instante, devolviéndole la mirada con cierta severidad, y dijo:

— ¿Qué sabes tú de mi correspondencia? Sin duda que les pido mucho —prosiguió—. Les tengo tanto aprecio... ¡Mi querido y viejo Peter, mi querida y vieja Julia!

— ¡Julia es más joven que tú, encanto! —exclamó la mayor de las señoritas, aún decidida.

—Sí: diecinueve días.

—Me alegro de que sepas cuándo es su cumpleaños.

—Ella sabe cuándo es el tuyo; siempre te regala algo —terció Lady Agnes,

dirigiéndose a su hijo.

—Su gusto es bueno en esos casos, ¿verdad, Nick? —insistió Grace Dormer.

—Hace regalos preciosos; pero, querida madre, no es su gusto. Es el de su marido.

— ¿El de su marido?

—Los hermosos objetos de que ella dispone con tanta libertad son las cosas que él se dedicó a coleccionar, durante años, laboriosamente, con devoción, ¡el pobre hombre!

—Dispone de ellos para ti, pero no para los demás —dijo Lady Agnes—. Y hace muy bien —añadió, como si lo anterior hubiera podido tomarse como una queja ante las restricciones de la generosidad de Julia—. Tiene que elegir el mejor entre tantos; y ésa es la prueba de su buen gusto —siguió su señoría.

—No digas que no los escoge maravillosos —advirtió Grace a su hermano, con cierto tono triunfal.

—Encanto, tienes razón: son todos maravillosos. El juicio de George Dallow era tan infalible. Era incapaz de cometer un error —repuso Nicholas Dormer.

—No comprendo cómo puedes hablar de él; era terrible —dijo Lady Agnes.

—Diantre, si era lo bastante bueno para que Julia se casara con él, es lo bastante bueno para que uno hable de él.

—Ella le hizo un gran honor.

—Supongo que sí; pero no era indigno de recibirlo. Ninguna colección comparable de objetos hermosos se ha reunido en Inglaterra en nuestros días.

—Valoras demasiado los objetos hermosos —repuso su señoría.

—Me parecía que hacía un momento estabas dando a entender que los valoraba demasiado poco.

—Es muy bonito: que al fallecer dejara a Julia tan bien provista y acomodada —intervino Bidy, tratando de aplacar ánimos, como si presintiera tormenta.

—La trató en grand seigneur, sin duda —ratificó Nick.

—Era un individuo más bien gordo y grasiento, así y todo —cortó Grace Dormer, en una especie de torpe falta de continuidad—. Su nombre habría debido ser Tallow.

—No estás diciendo lo que a Julia le gustaría, si es eso lo que te propones hacer —comentó su hermano.

—No seas vulgar, Grace —dijo Lady Agnes.

— ¡Yo sé cuándo es el cumpleaños de Peter Sherringham! —espetó Biddy candorosamente, a modo de pacífica maniobra de distracción. Había cogido con la mano el brazo de su hermano, para dar a entender su disposición a irse con él; mientras tanto, escudriñaba los rincones más remotos del jardín como si se le hubiera venido a las mientes que el dirigir sus pasos en alguna de tales direcciones podría ser, pensándolo bien, la forma más rápida de encontrarse con Peter.

—Peter es demasiado mayor que tú, cariño mío —respondió Grace, desalentadoramente.

—Por eso lo sé: tiene treinta y cuatro años. ¿Eso lo llamas demasiado mayor? ¡No me interesan nada los bebés babosos! —exclamó Biddy.

—No seas vulgar —ordenó Lady Agnes de nuevo.

—Ven, Bid, iremos y seremos vulgares juntos; porque es lo que somos, me temo —le dijo su hermano—. Iremos y contemplaremos juntos todas estas vulgares obras de arte.

— ¿Realmente te parece necesario para la educación de la niña? —demandó Lady Agnes mientras la pareja se retiraba. Nicholas Dormer se turbó como por la acción de una especie de desafío, e hizo una pausa, deteniéndose un instante, con su hermana menor de su brazo. — ¡Lo que hemos soportado esta mañana en este lugar, y lo que has hecho desfilar ante nuestros ojos: asesinatos, torturas, corrupción e indecencia de todas las clases!

Nick miró a su madre como si esta súbita protesta lo sorprendiera, pero como si asimismo hubiera explicaciones subterráneas de la misma que rápidamente hubiera intuido. El resentimiento tuvo el efecto no tanto de animar la fría cara de su madre cuanto de volverla aún más fría, menos expresiva, aunque sí visiblemente más orgullosa.

— ¡Ah, querida madre, no te hagas la matrona británica! —exclamó él, de buen humor.

— ¡Matrona británica, eso se dice muy pronto! No sé adónde iremos a parar.

— ¡Qué extraño que hayas tenido que sentirte impresionada sólo ante lo desagradable, cuando, en mi caso, me ha parecido la mañana más interesante, más sugestiva, que he pasado en muchísimos meses!

— ¡Ay, Nick, Nick! —se lamentó Lady Agnes, con una extraña



profundidad de sentimiento.

—Me gustan más en Londres; son mucho menos cruentas —dijo Grace Dormer.

—Son cosas que se pueden mirar —completó su señoría—. Sin duda ofrecemos el espectáculo mejor.

—El tema no tiene importancia; ¡es el tratamiento, el tratamiento! —proclamó Biddy, con una voz como el tintineo de una campanilla de plata.

— ¡Pobrecita Bid! —exclamó su hermano, rompiendo a reír.

— ¿Cómo aprenderé a modelar, mamá querida, si no miro las obras y las examino? —prosiguió la muchacha.

Esta pregunta pasó inadvertida, y Nicholas Dormer le dijo a su madre, con más seriedad, pero con una cierta explicitud amable, como si quisiera ser especialmente indulgente:

—Este lugar representa para mí un inmenso estímulo; me renueva, me apasiona, es una exhibición tal de vida artística. Está lleno de ideas, lleno de refinamientos; le da a uno la impresión de vivir toda una experiencia artística. Lo tocan todo, lo sienten todo. Mientras que tú, según parece, estabas mirando los crímenes, yo observaba una inmensa cantidad de labores curiosas e intrigantes. Hay demasiados entre ellos, pobres diablos; demasiados que tienen que abrirse paso, que llamar la atención. Algunos de ellos sólo saben taper fort, andar cabeza abajo, dar saltos mortales, o concentrarse en actos de violencia, para hacer que la gente se fije. Después, sin duda, buena parte de ellos se quedará más tranquila... Pero no estoy seguro; hoy estoy en una disposición de ánimo agradecida, me siento indulgente hasta con ellos: me dan una impresión de inteligencia, de observación apasionada. El arte es todo uno, recuérdalo, querida Biddy —continuó el muchacho, mirando a su hermana con una sonrisa—. Es el mismo y único esfuerzo grandioso, provisto de tantas cabezas como está, y cualquier territorio que sea conquistado por uno solo, cualquier demostración de facultades en cualquier parcela, es útil y sirve de incitante para todos los demás. Navegamos todos en el mismo barco.

— ¿Dices «navegamos», querido mío? ¿Realmente estás dándotelas de artista? —preguntó Lady Agnes.

Nick dudó un momento.

— ¡Estaba hablando en nombre de Biddy! —contestó.

—Pero lo eres, Nick, ¡lo eres! —exclamó la muchacha.

Lady Agnes pareció por un instante como si fuera a decir una vez más «No seas vulgar». Pero suprimió estas palabras, si es que pensaba pronunciarlas, y

musitó otras, pocas en número y no articuladas totalmente, en el sentido de que odiaba hablar de arte. Mientras su hijo hablaba, ella lo había escudriñado como si no lograra seguirlo; y sin embargo algo en el tono de su exclamación pareció implicar que lo había comprendido muy, muy bien.

—Navegamos todos en el mismo barco —repitió Bidy, sonriéndole a su madre.

— ¡Yo no, si no te importa! —contestó Lady Agnes—. Es una tarea horrible y caótica tu modelado.

— ¡Ah, pero mira los resultados! —dijo la muchacha, entusiasta, dirigiendo la mirada a los monumentos del jardín como si, en lo concerniente hasta a ellos, ella fuera una causa eficiente en cierto grado, gracias a esa unicidad del arte que su hermano acababa de decretar.

—Se están haciendo muchas cosas aquí: una vitalidad auténtica —prosiguió Nicholas Dormer, para su madre, en el mismo tono razonable e informativo—. Algunos de estos individuos llegan muy lejos.

— ¡Sin duda que sí! —dijo Lady Agnes.

—Me encantan los movimientos nuevos, como esta tendencia escultórica —comentó Nick, con su serenidad ligeramente irritante.

— ¡Son lo bastante viejos para darse cuenta un poco!

— ¿No puedo mirar, mamá? Es necesario para mi educación —declaró Bidy.

—Puedes obrar como te plazca —dijo con dignidad Lady Agnes.

—Tiene que ver buenas obras, ya lo sabes —insistió el muchacho.

—Lo dejo a tu sentido de la responsabilidad.

Esta declaración resultó un tanto majestuosa, y por un momento fue evidente que tentó a Nick, casi lo provocó; o en cualquier caso le pareció la ocasión de decir algo que llevaba en sus pensamientos. Al parecer, no obstante, juzgó que la situación, globalmente examinada, no era lo bastante propicia; así es que fue su hermana Grace quien intervino con otra cuestión:

—Por favor, mamá, ¿nunca vamos a comer?

— ¡Ah, madre, madre! —se quejó el muchacho, de un modo disgustado, mirando a Lady Agnes con un marcado fruncimiento en su ceño.

Para ella, asimismo, mientras le sostenía la mirada, aquello pareció una ocasión; pero con esta diferencia: no vaciló en aprovecharla. La había animado contemplar la ligera alteración de su hijo; pues Nick no se alteraba de ordinario.

—Antes tenías tanto —completó ella—; pero a veces no sé decir qué ha sido de él... ¡parece haberse esfumado todo, todo!

— ¡Ah, madre, madre! —exclamó él de nuevo, como si hubiera tantísimas cosas que decir, que fuera imposible escoger. Pero esta vez se acercó, se inclinó hacia ella, y, a pesar de lo público de la situación, le dio un beso breve y expresivo. El observador ajeno que di por supuesto al comenzar a bosquejar esta escena, habría tenido que admitir que la rígida familia inglesa poseía, después de todo, capacidad para los sentimientos. Por su parte, Grace Dormer miró en derredor para comprobar si en ese momento estaban siendo observados. Descubrió con satisfacción que habían logrado escapar.

## 2

Nick Dormer se retiró en compañía de Biddy, mas no se había alejado mucho cuando se paró frente a un busto hecho con talento, situación donde su madre, desde lejos, lo vio mover la mano en el aire, llevando a cabo mediante este gesto, que presumiblemente era aprobatorio, algún comentario crítico ofrecido a su hermana. Lady Agnes alzó sus lentes hasta sus ojos con el largo mango al que estaba unida una cadena un tanto sonora, percibiendo que el busto representaba a un viejo repelente y calvo; ante lo cual su señoría suspiró indefinidamente, aun cuando no era posible adivinar de qué manera podía resultar pernicioso para su hija un objeto semejante. Nick echó a andar, y pronto hizo una nueva pausa; esta vez, como descubrió su madre, ante la imagen en mármol de una mujer haciendo una mueca. Al poco Lady Agnes lo perdió de vista; su hijo vagaba detrás de las obras, examinándolas desde todos los ángulos.

—Debo estar bien provista de ideas para mis modelados, ¿verdad, Nick? —le preguntó a este muchacho su hermana, tras un instante.

—Ah, mi pobre niña, ¿qué debería decir?

— ¿No crees que posea capacidad para tener ideas? —continuó la joven, entristeciéndose ante el comentario.

—Montones de ellas, no cabe duda. Pero capacidad para ponerlas en práctica... ¿cuánta posees?

— ¿Cómo puedo decirlo hasta que lo haya intentado?

— ¿A qué te refieres con eso de intentarlo, querida Biddy?

—Pues, ya sabes... ya me has visto.

— ¿A eso lo llamas intentarlo? —preguntó su hermano, sonriéndole.

— ¡Oh, Nick! —protestó la muchacha, dolorida. Después, cobrando ánimo, prosiguió—: Y dime, ¿a qué lo llamarías tú?

—Pues... a esto, por ejemplo. —Y su compañero señaló otro busto: la cabeza de un muchacho, en terracota, ante la cual acababan de colocarse; un muchacho contemporáneo, a quien, con su grueso cuello, su gorrito y su ancho cerco de tupidos rizos, el artista había conferido el aire de un florentino de la época de Lorenzo el Magnífico.

Biddy contempló la imagen unos instantes, y dijo:

—Ah, esto no es intentarlo; esto es lograrlo.

—No del todo; es tan sólo intentarlo seriamente.

—Bien, ¿por qué no he de ser seria?

—A mamá no le gustaría. Ha heredado la extraña y vieja superstición de que el arte es perdonable sólo con tal que sea malo; con tal que se practique a ratos perdidos, buscando un poco de entretenimiento, como un partido de tenis o un juego de whist. Lo único que puede justificarlo, el esfuerzo por llegar tan lejos como se pueda (cosa que no es posible sin mucho tiempo y unicidad de propósito), lo considera exactamente el elemento peligroso y criminal. Sería la concepción más desvergonzada, la más excéntrica de las inmoralidades.

—Mamá no quiere que una se haga profesional —comentó Biddy, como en disposición de hacer justicia a todos los idearios.

—Mejor déjalo, en ese caso: hay ineptos de sobra.

—No quiero ser inepta —dijo Biddy—. Pero creía que me apoyabas.

—Eso hacía, mi pobre niña. Era tan sólo para apoyarme a mí mismo.

— ¿Con tu propia obra, con tus cuadros?

—Con mis fútiles, mis desventurados intentos. La unión hace la fuerza; de modo que podamos oponer un frente más amplio, una mayor superficie de resistencia.

Biddy se quedó silenciosa unos instantes, mientras proseguían su ambular de contemplación. Se fijó en cómo su hermano pasaba aprisa de largo ante algunas obras, bastándole un primer vistazo para informarlo de que no merecían otro más, y en cómo detectaba al momento las obras en que había algo de particular. Su tono la confundía, pero la infalibilidad de su ojo la dejaba impresionada, y pensó en qué diferencia existía aún entre ellos dos: cuánto mayor tiempo, en todos los casos, habría tardado ella en hacer distingos. Era consciente de que rara vez sabía decir si un cuadro era bueno o

malo antes de haberlo examinado durante diez minutos; y la modesta y pequeña Bidy se sentía en privado obligada a agregar: «Y a menudo ni siquiera después». Se sentía desconcertada, como digo (con frecuencia Nick era desconcertante; era su único defecto), pero una cosa estaba clara: su hermano era tremendamente inteligente. Fue su conciencia de ello lo que finalmente la hizo exclamar:

—No me importa gran cosa si complazco o no a mamá, con tal de complacerte a ti.

—Oh, no te apoyes en mí. Soy una pobre caña rota. ¡No tengo valía de verdad! —exclamó Nick Dormer.

— ¿Quieres decir que eres inepto? —preguntó Bidy, alarmada.

— ¡Malísimo, malísimo!

— ¿Así que piensas dejar tu obra... renunciar como me aconsejas a mí?

—Nunca ha sido mi obra, Bidy. Si lo hubiese sido, sería distinto: la proseguiría.

—Y ¿no vas a proseguirla? —exclamó la muchacha, parada frente a él, con ojos como platos.

Su hermano la miró a los ojos un instante, y ella tuvo un remordimiento: temió haber sido indiscreta y estar preocupándolo.

—Tus preguntas son mucho más simples que los factores de los que depende mi respuesta —contestó el muchacho.

—Un gran talento... ¿qué es más simple que eso?

—Una cosa, querida Bidy: ¡nada de talento en absoluto!

—Vaya, pues el tuyo es tan auténtico. No puedes remediarlo.

—Ya veremos, ya veremos —dijo Nicholas Dormer—. Vayamos a examinar aquel grupo grande.

— ¿Ya veremos si tu talento es tan auténtico? —insistió Bidy, mientras lo seguía.

—No: ya veremos si puedo remediarlo. ¡Qué tonterías le hace decir a uno París! —agregó el muchacho cuando se detuvieron en frente de la composición. Esto último era cierto, tal vez, pero no en un sentido que se sintiera tentado de lamentar. La presente estaba lejos de ser su primera visita a la capital de Francia: a menudo había salido de Inglaterra, y a menudo se empeñaba en «incluir», como él decía, unos cuantos días allí en el viaje de ida hacia el continente o en el de vuelta; pero en esta ocasión las emociones, en su mayoría agradables, agregadas a un cambio de aires y de escenario, habían

sido más puntuales y más agudas de lo que lo habían sido desde hacía mucho tiempo, y más potente la sensación de novedad, enriquecimiento, encanto, de múltiples sugerencias referidas a esa clase de pensamientos con que, globalmente, era propensa su atención a extraviarse con mayor frecuencia, si bien no con mayor interés en confesárselo a sí mismo. Le tenía más cariño a París que la mayoría de sus compatriotas (aunque no tanto cariño, acaso, como algunos otros cautivados de otras naciones): el lugar siempre había tenido la virtud de avivar de manera apreciable las dotes de reflexión y de observación que llevaba dentro de sí. Hacían mucho que las reflexiones engendradas por su estancia allí no habían sido tan halagadoras para la ciudad junto al Sena; hacía mucho, en cualquier caso, que no habían contribuido tanto al entusiasmo, al regocijo, a la ilusión, incluso a un desasosiego que no se privaba de ser agradable a pesar de la posible afección a los nervios que comportaba. Dormer habría podido proporcionar la razón de este entusiasmo inusitado; pero sus preferencias eran más bien de guardársela para sí. Ciertamente, para las personas mínimamente ajenas, o en cualquier caso sin una pequeña familiaridad en relación con el historial del muchacho, la explicación habría podido parecer una petición de principio, consistiendo como consistía en el sencillo estereotipo de que el muchacho se había visto finalmente abocado a una crisis. ¿Por qué una crisis? ¿De qué se trataba y por qué no se había visto abocado a ella antes? El lector sabrá estos datos a su debido tiempo, si siente suficiente interés por ellos.

Durante varios años Nicholas Dormer no había faltado a la cita del Salón, sobre el cual la voz popular, esta temporada, no había pronunciado un veredicto especialmente favorable. No obstante, había sido la exposición de esta temporada lo que, por algún motivo relacionado con su «crisis», lo había hecho meditar con agilidad, había producido ese efecto del que le había hablado a su madre calificándolo como una sensación de vida artística. El recinto de los mármoles y los bronces lo atraía hoy especialmente; el jardín acristalado, pobre en flora, con sus creaciones recientes alternando con plantas someras y su extraño olor a humedad (en parte la fragancia de la arcilla maleable de los estudios de escultores), le hablaba con la voz de viejos recuerdos, de otras visitas, de relaciones personales ya finiquitadas: una elocuencia insinuante que era al mismo tiempo, extrañamente, idéntica a la penetrante contagiosidad de París. Había juventud en el ambiente, y novedad multitudinaria, inagotablemente revitalizadora, y la percepción difusa de un centenar de talentos, ingenios, experimentos. Las nubes veraniegas producían sombras en el tejado de la gran construcción; las blancas imágenes, duras en su crudeza, puntuaban el lugar con provocaciones; el ruido de platos en el comedor sonaba cordial a lo lejos; y nuestro joven se congratuló más que nunca por no haberse perdido la exposición. Le parecía que lo ayudaría a establecer definitivamente algo que se le presentaba dudoso. En el momento

en que se hizo esta reflexión su mirada recayó sobre una persona que semejó —nada más que con un vistazo— portar en sí la posibilidad de dicha ayuda. Nick musitó una exclamación entusiasta, que, no obstante, con su falta de acabado definido, Biddy no logró entender; así de pertinente, así de importante y congruente, le resultaba al muchacho el otro individuo objeto de este encuentro.

La atención de la muchacha siguió a la de su hermano, posándose con la suya en un joven que les daba la cara sin verlos, ocupado como estaba en impartir a dos personas que se hallaban con él sus ideas acerca de una de las obras en exposición. Lo que Biddy percibió es que este joven era elegante y gordo y de mediana estatura; poseía una cara oronda y una breve barba, y sobre la coronilla una mera reminiscencia de lo que es el pelo, como la circunstancia de que tuviera el sombrero en la mano permitía observar. Bridget Dormer, que era despierta, lo clasificó de inmediato como un caballero, pero como un caballero diferente de cualquier otro caballero que hubiese visto jamás. Lo habría tomado por extranjero, de no ser porque las palabras procedentes de su boca llegaron a su oído y se le impusieron como una variedad rara del inglés. No era que un extranjero no pudiese hablar un inglés excelente, ni siquiera que el inglés de este joven no fuese excelente. Su inglés poseía, por el contrario, una perfección brillante y agresiva, y Biddy estuvo segura de que ningún mero estudiante se habría aventurado a ejecutar tales proezas con el idioma. Parecía extraer ricos efectos y sonidos gráciles de él, modularlo y manipularlo como lo habría hecho con un instrumento musical. La percepción por Biddy de las personas que acompañaban al caballero resultó menos eficiente, exceptuando que se hizo la rápida reflexión de que en cualquier país, desde China hasta Perú, habrían sido tomadas de inmediato por lugareñas. Una de ellas era una señora mayor con un chal; tal era el aspecto más sobresaliente de sí misma que parecía brindar. El chal era un tejido antiguo y voluminoso de cachemira con recamados, tal como muchas damas llevaban hace cuarenta años en sus paseos por el extranjero, y tal como ninguna lleva hoy. Se había medio caído de la espalda de quien lo llevaba puesto, pero en el instante en que Biddy se puso a pensar sobre ella, la señora mayor lo subió a sus hombros de nuevo con una violenta sacudida, donde prosiguió modificándolo y disponiéndolo, con una buena dosis de garbo y elegancia, mientras atendía a las palabras del caballero. Biddy adivinó que esta pequeña operación tenía lugar con mucha frecuencia, y no se le escapó que le daba a la señora mayor un aspecto excéntrico, artificial, de raza extinguida, como si se hallara notablemente desintonizada de su época. La otra persona era muchísimo más joven —habría podido ser una hija— y poseía un semblante pálido, una frente baja y una cabellera espesa y oscura. Lo que predominaba en ella, no obstante, descubrió Biddy con rapidez, era un par de ojos que eclipsaba el resto. Nuestra joven amiga fue ayudada en este

descubrimiento por el accidente de que se posaran en ese mismo momento, durante una breve fracción —a Bidy le pareció interminable—, en los suyos propios. Las dos mujeres desconocidas iban vestidas con prendas ligeras, finas, pequeñas, caracterizadas por dibujos floridos y extrañas tonalidades claras, y con zapatos bajos que dejaban ver una buena porción de las medias e iban adornados con grandes rosetones de cintas. La percepción ligeramente agitada de Bidy se dirigió directamente a esos zapatos: le sugirieron vagamente que quienes los calzaban eran bailarinas... tal vez consagradas a la anticuada práctica de la «danza del chal». Para cuando ya había tomado posesión de todas estas impresiones, el melifluo joven se había percatado de la presencia de su hermano y se había dirigido a él. Se acercó con una mano extendida. Nick se alegró de verlo y dijo que era un feliz azar: estaba inusualmente contento.

—Nunca me encuentro contigo, no sé por qué —comentó Nick, mientras ambos, sonriendo, se miraban el uno al otro de arriba a abajo, como hombres reunidos tras un largo intervalo.

—Oh, me parece que hay explicación de sobra: nuestros senderos en la vida son tan diferentes.

El amigo de Nick estaba muy experimentado en cortesía, como se desprendió de su estilo de saludar a Bidy sin conocerla de nada.

—Diferentes sí; pero no tan sumamente diferentes. ¿No vivimos ambos en Londres, después de todo, y en el siglo diecinueve?

—Ah, mi querido Dormer, perdóname: yo no vivo en el siglo diecinueve. Jamais de la vie!

—¿Ni tampoco en Londres?

—Sí... ¡cuando no estoy en Samarcanda! Pero sin duda que hemos divergido desde aquellos lejanos tiempos. Yo adoro lo que tú quemas, tú quemas lo que yo adoro.

Mientras el extraño hablaba, miró con jovialidad, con hospitalidad, a Bidy; no por ser ella quien era, como adivinó Bidy con prontitud, sino porque estaba en la naturaleza del joven desear un segundo miembro entre el público, una especie de galería que lo apoyara. La existencia de Bidy, de uno u otro modo, estaba repleta de gente reservada, y ella adivinó de inmediato que nunca se había topado con nadie que tanto pareciera saberse su papel e identificar infaliblemente los efectos apropiados.

—¿Cómo sabes qué es lo que yo adoro? —inquirió Nicholas Dormer.

—Sé bastante bien lo que antiguamente adorabas.

—Eso es más de lo que yo mismo sé; había tantas cosas.



—Sí, hay muchas cosas... muchas, muchas: es lo que hace la vida tan interesante.

— ¿Te parece interesante?

—Mi querido amigo: c'est à se tordre! ¿No te parece? Ah, era hora de que te viera, lo noto. Tengo la impresión de que me necesitas.

— ¡Palabra que sí! —dijo Nick en un tono que sorprendió a su hermana y que la hizo preguntarse aún más por qué, si el caballero era tan sumamente importante, no se lo presentaba.

—Hay muchos dioses, y éste es uno de sus templos —prosiguió el misterioso personaje—. Es una residencia de ídolos extraños, ¿verdad?, y de ciertos sacrificios curiosos y no naturales.

Este comentario pareció destinado a Bidy tanto como a su hermano; pero la mirada de la muchacha retomó a las damas, quienes, por el momento, habían perdido a su acompañante. Sentía que no sabía cómo reaccionar y temía que, con este cosmopolita que se mostraba tan familiar, pasaría por una inglesa huraña y asustada, la cual no era la impresión que más anhelaba causar; pero parecía existir una prohibición incluso de relación ocular debida al hecho de no haber recibido una señal por parte de Nick. La mayor de las mujeres desconocidas había vuelto la espalda y estaba mirando alguna figura en bronce, cayéndosele el chal de nuevo mientras lo hacía. Pero la más joven permanecía donde su escolta la había abandonado, prestando toda su atención a esta súbita sociabilidad con ajenos. Los brazos de esta muchacha colgaban a los costados, su cabeza estaba agachada, su rostro inclinado, de tal forma que presentaba el aspecto extraño de quien alza los ojos desde debajo del entrecejo; y en esta actitud resultaba impresionante, y hasta se habría dicho que su aire era inamistoso, casi amenazador. ¿Expresaba resentimiento por haber sido abandonada por otra joven? Bidy, que empezó a sentirse asustada —hubo un instante en que la abandonada semejó una tigresa a punto de saltar —, se notó tentada de exclamar que no tenía deseo alguno de apropiarse del caballero. Entonces hizo el descubrimiento de que la joven tenía un modo de comportarse muy peculiar, casi tan peculiar como el de su cicerone, y llegó a la rápida inducción de que acaso no poseía mayor trascendencia que el de él. Se limitaba a mirar a Bidy desde debajo de sus cejas, que estaban maravillosamente arqueadas, y seguramente había tan sólo rutina en la forma como lo hacía. Bidy experimentó una momentánea sensación de ser una figura en un ballet, un ballet dramático: una figura subalterna e inmóvil, que estaba allí para ser arrojada al compás de la música, o para que dieran brincos hacia ella. Sería un ballet de veras muy dramático si la joven desconocida era la protagonista. Ésta tenía una cabellera magnífica, reflexionó la muchacha; y en ese mismo instante oyó a Nick decirle a su interlocutor:

— ¿No estás en Londres, no se te puede encontrar allí?

—Me dejo llevar por la corriente, por el viento —fue la respuesta—; mi sentimiento me dirige... si es que de una vida como la mía puede decirse que posee alguna dirección. ¡Donde hay cualquier cosa que sentir, intento estar allí! —continuó el joven, con risa confiada.

—Me gustaría retenerte —comentó Nick.

—Pues en ese caso debe haber algo que sentir. Tales son las corrientes (en cualquier forma de relación personal) que gobiernan mi rumbo.

—No quiero perderte en esta ocasión —insistió Nick, con un estilo que despertó sorpresa en Bidy. Hacía un momento, cuando su amigo había dicho que trataba de estar donde hubiera cualquier cosa que sentir, ella se había preguntado cómo podía Nick tolerarlo.

— ¡No me dejes escapar, no me dejes escapar! —exclamó el extraño, con un continente y un tono que le parecieron a la muchacha la mayor expresión de frivolidad que había visto en su vida—. Pensándolo bien, ¿por qué habrías de hacerlo? Permanezcamos juntos, a menos que esté interfiriendo...

Y, sonriente e inquisitivo, miró a Bidy, quien aún permanecía inexpresiva y se percataba tan sólo y de nuevo de que Nick se abstenía de presentarlos. Era una anomalía, dado que él tenía en tanto al caballero; pero no existía anomalía procedente de Nick que no se impusiera sin esfuerzo sobre su hermana menor.

—Ciertamente, te conservaré —dijo Nick—, a menos que, por mi parte, esté yo privando a aquellas damas...

—Mujeres encantadoras, pero no se trata de una unión indisoluble. ¡Nos conocemos, nos comunicamos, nos separamos! Ya se van; voy a acompañarlas hasta la puerta. Ahora vuelvo.

Y con esto el amigo de Nick volvió junto a sus compañeras, que se marcharon con él; pero, mientras se retiraban, los excelentes y extraños ojos de la más joven quedaron fijos sobre Nick, así como sobre Bidy.

— ¿Quién es? ¿Quiénes son? —preguntó Bidy al instante.

—Es un caballero —respondió Nick, insatisfactoriamente e incluso, como pensó ella, con un matiz de duda. Contestaba como si ella hubiese podido suponer que no lo era; y, si realmente lo era, ¿por qué no los había presentado mutuamente? Pero por nada del mundo le habría planteado Bidy esta pregunta a su hermano, quien ahora se acercó al banco más próximo y se dejó caer sobre él, como para aguardar al regreso del otro. No obstante, en cuanto se hubo sentado también su hermana, le dijo a ésta sin tardanza—: Escucha, querida, ¿tienes intención de quedarte?

— ¿Quieres que me vuelva con mamá? —preguntó la muchacha, con una cara que se le puso larga.

—Pues... ¿tú qué crees? —Y Nick le sonrió.

—Vuestra conversación, ¿va a tratar de... de asuntos privados?

—No, yo no diría eso. Pero me pregunto si a mamá le parecería que se trata del tipo de cosa «necesaria para tu educación».

Este aserto pareció instilarle a Bidy el entusiasmo con que de nuevo espetó:

—Pero ¿quiénes son?, ¿quiénes son?

—No sé nada de las mujeres. Nunca las había visto antes. El hombre es un individuo a quien llegué a conocer muy bien en Oxford. Lo consideraban amenísimo por allí. Hemos divergido, como él dice, y casi lo había perdido de vista, aunque no tanto como él cree, porque lo he leído, y leído con interés. Ha escrito un libro muy inteligente.

—Un libro, ¿de qué clase?

—Una especie de novela.

— ¿Qué especie de novela?

—Pues no lo sé... su arte es excelente. —Bidy escuchó esto con tanto interés, que le pareció ilógico que su hermano agregara—: Supongo que Peter ya habrá venido, si vuelves con mamá.

—Me da igual si lo ha hecho. Peter no representa nada para mí. Pero me iré si es tu deseo.

Nick la miró de nuevo, y después dijo:

—Es igual. Vayamos todos.

— ¿Todos? —hizo de eco Bidy.

—Él no nos va a perjudicar. Al contrario: nos beneficiará.

Esto era posible, reflexionó la muchacha en silencio, pero no obstante la idea la sorprendió como aventurada, la idea de que se llevaran al extraño joven con ellos a almorzar con los demás, en especial si Peter iba a estar presente. Si Peter no representaba nada para ella, era singular que le atribuyera tanta importancia a esta última contingencia. El extraño joven reapareció, y ahora que ella lo veía sin sus misteriosas escoltas femeninas, su persona semejó menos inhabitual. Se le apareció, por otra parte, como alguien globalmente positivo, dado su carácter de literato, especialmente si era responsable de un arte excelente. Cuando se sentó en el banco, Nick le dijo, señalándola a ella:

«Mi hermana Bridget», y luego pronunció el nombre de él: «El señor Gabriel Nash».

— ¿Le gusta París, se siente contenta aquí? —inquirió el señor Nash, estirándose por sobre su amigo para hablar con la muchacha.

Aunque sus palabras eran las habituales en esta situación, a ella le pareció que su tono no lo había sido, y ello la hizo responderle más secamente de lo que solía:

—Ah, sí, es precioso.

—Y ¿le interesa el arte francés? ¿Encuentra aquí obras que le agraden?

—Ah, sí, algunas están muy bien.

El señor Nash la miró con ojos afables, y dijo:

—Me esperaba que diría que prefería la Royal Academy inglesa.

—Mi hermana lo habría dicho de no haber pensado que te lo esperabas — dijo Nicholas Dormer.

— ¡Oh, Nick! —protestó Biddy.

—La señorita Dormer es en sí misma todo un cuadro inglés —comentó Gabriel Nash, sonriendo como un hombre cuyos buenos modales constituyesen un salvoconducto universal.

—Eso es un cumplido. ¡Lo digo por si no le gusta hacerlos! —exclamó Biddy.

—Oh, algunos, algunos; ¡hay algo en ellos! —continuó el señor Nash—. Debemos catarlo todo, todo lo que podamos. Para eso estamos aquí.

— ¿Te gusta el arte inglés, dices? —requirió Nick, con un ligero acento de sorpresa.

El señor Nash giró su sonrisa hacia él, y dijo:

—Mi querido Dormer, ¿te acuerdas de la antigua queja que una vez tuve de ti? Tenías fórmulas que eran como encasquetarse bien el sombrero. Sin duda ello constituye una excelente protección, pero uno puede acabar por no ver nada.

—Palabra —dijo Nick— que no conozco a nadie que haya sido más adicto a las opiniones generalizadoras que tú. Las producías con la abundancia con que los chicos de las esquinas distribuyen octavillas.

—Era mi manera de hacerme el importante en mis correrías de joven. Pero ya se acabaron.

— ¡Ya lo veremos!

—Ah, ya no son nada: he crecido y me he vuelto dócil, inofensivo y soso. Mis únicas opiniones generalizadoras son mis hechos.

—Ya los veremos, en ese caso.

—Oh, lo siento. No se ven a simple vista. Es más, los míos son principalmente de tipo negativo. Los hechos de las personas, que yo sepa, son, en su mayoría, las cosas que hacen, pero los míos son todas las cosas que no hago. Hay tantas de esa clase, tantas, pero no producen efectos. Y luego todos mis restantes hechos son matices... matices extremadamente sutiles.

— ¿Matices de conducta? —inquirió Nick, con un interés que extrañó a su hermana; el discurso del señor Nash le estaba haciendo a ella el efecto, preponderantemente, de la jerga ininteligible de los bajos fondos.

—Matices de sentimiento, de apreciación —dijo el joven con su sonrisa aclaratoria—. Los sentimientos son mi única actividad.

—Pues ¿es que acaso no dejas ver tus sentimientos? ¡Antes lo hacías!

— ¿No eran principalmente los de disgusto? —preguntó Nash—. Esos han dejado ahora de producirse en mí. He cerrado esa ventana.

— ¿Quieres decir que te gusta todo?

— ¡No, por favor! Pero sólo me intereso por lo que sí me gusta.

— ¿Quieres decir que has perdido la facultad del desagrado?

—No tengo la menor idea. Nunca hago nada que pueda ponerla en danza. Mi querido amigo —dijo Gabriel Nash—, no tenemos más que una vida de cuya existencia estemos seguros. ¡Sería bonito llenarla con impresiones desagradables! ¿Cuándo tendríamos tiempo, en tal caso, para lo agradable?

— ¿A qué te refieres con eso de lo agradable? —preguntó Nick Dormer.

—Oh, a los momentos felices en nuestra conciencia, a la multiplicación de tales momentos. Debemos rescatar cuantos nos sea posible del abismo negro.

Nick había despertado un cierto asombro en lo que concernía a su hermana, pero ahora le tocó a Bidy dejarlo a él con los ojos un tanto abiertos. Ella alzó su dulce voz y requirió del señor Nash:

— ¿No cree que haya males en el mundo, abusos y sufrimientos?

— ¡Oh, de sobra, de sobra! Por eso hay que elegir.

—Elegir para detenerlos, para reformarlos, ¿no es ésa la elección? —preguntó Bidy—. Es la de Nick —añadió, ruborizándose y mirando a dicho personaje.

—Ah, nuestra divergencia... ¡sí! —suspiró Gabriel Nash—. Hay maquinarias de toda clase para eso, muy complicadas e ingeniosas. ¡Tus fórmulas, mi querido Dormer, tus fórmulas!

— ¡Al diablo con ellas, no tengo ninguna! —exclamó Nick.

—Para mí, personalmente, los métodos más sencillos son los más atractivos —prosiguió el señor Nash—. Le prestamos demasiada atención a lo repelente; lo detectamos, lo magnificamos. La solución es dejarlo en paz y fomentar lo hermoso.

—Para eso uno ha de estar muy seguro de que sabe identificar lo hermoso —dijo Nick.

—Ah, exactamente, y he ahí la importancia de la facultad de apreciación. Debemos poner a punto ese sentido especial. Es capaz de un desarrollo extraordinario. La vida no es demasiado larga para ello.

—Pero ¿dónde está la ventaja del desarrollo extraordinario si no se traduce en hechos de tipo positivo? ¿Dónde están las consecuencias provechosas? —preguntó Dormer.

—En el propio espíritu de uno. Uno es una consecuencia provechosa de sí mismo. Es la más importante que tenemos a nuestro alcance. Yo soy una consecuencia provechosa —dijo Gabriel Nash.

Biddy se levantó del banco cuando se dijo esto, y se alejó un poco, como para contemplar una pieza escultórica. Pero no se había alejado demasiado cuando, haciendo una pausa y volviéndose, inclinó la mirada hacia el señor Nash con los colores intensificados, un aire de duda y la pregunta, pasado un instante, de:

— ¿Es usted un esteticista?

— ¡Ah, he ahí otra fórmula! ¡Eso es encasquetarse bien el sombrero! Yo no hago profesión de fe, mi querida joven. No tengo éat civil. Estas cosas son parte de la maquinaria complicada e ingeniosa. Como he dicho, me atengo al método más sencillo. Me parece que eso ya le da a uno bastante que hacer. ¡Simplemente existir es tal métier...! ¡Vivir es tal arte...! ¡Sentir es tal carrera...!

Bridget Dormer volvió la espalda y examinó su estatua, y su hermano le dijo a su viejo amigo:

— ¿Y escribir?

— ¿Escribir? ¡Ah, nunca lo volveré a hacer!

—Ya lo has hecho casi tan bien como para ser inconsecuente. Ese libro tuyo es cualquier cosa menos de tipo negativo; es complicado e ingenioso.

—Mi querido amigo, me hallo en extremo avergonzado de él —dijo Gabriel Nash.

— ¡Diantre, llámate budista pomposo y acaba de una vez por todas! — exclamó su compañero.

— ¡Acabar de una vez por todas! No siento ningún deseo de hacerlo. Y ¿por qué habría uno de llamarse nada? Con eso lo único que se hace es usurparles a los demás su ocupación favorita. Déjame añadir que nadie empieza siquiera a discernir un destello de lo que es el arte de la vida hasta que deja de importarle lo más ínfimo lo que puedan llamarlo a uno. Es un principio elemental.

—Pero si uno va buscando matices, debe conceder atención a los calificativos. Hacen falta para distinguir —objetó Dormer—. Un observador no es nada sin su terminología, sin sus clasificaciones, sus tipos y variedades.

— ¡Ah, déjale a él lo de distinguir! —dijo con gentileza Gabriel Nash—. Son para su propia conveniencia: tiene, en privado, una nomenclatura para lograrlo. Es uno de los estilos. Pero desde el momento en que esa nomenclatura es para conveniencia de los demás, los signos tienen que ser más groseros, los matices comienzan a desvanecerse. ¡Es un momento lamentable! La literatura, ya lo ves, es para conveniencia de los demás. Exige las más abyectas de las concesiones. Supone tal destrozo del estilo propio que de veras he tenido que dejarla.

— ¿Y la política? —preguntó Nick Dormer.

—Pues, ¿qué pasa con ella? —fue la respuesta del señor Nash, con una entonación peculiar, mientras contemplaba a la hermana de su amigo, la cual estaba aún examinando su estatua. Biddy se hallaba dividida entre la irritación y la curiosidad. Había puesto espacio de por medio, pero no se había salido del alcance del oído. La pregunta de Nick hizo que su curiosidad palpitara, especialmente por su segunda intencionalidad, como contrarréplica a las réplicas de su compañero.

—Sin duda, dirás que es aún mucho más para conveniencia de los demás... aún peor para el estilo propio.

Biddy se volvió a tiempo de ver al señor Nash exclamar:

— ¡Sencillamente no tiene nada de nada que ver con los matices! No puedo decir de ella nada peor.

Biddy se acercó ante este comentario, y dijo, escarbando todavía más hondo en busca de valor:

— ¿No estará mamá esperándonos? ¿No debemos ir a almorzar?

Ambos jóvenes alzaron la vista hacia ella, y el señor Nash estableció:

— ¡Lo que debe usted hacer es protestar! ¡Debe salvarlo!

— ¿Salvarlo? —dijo Biddy.

—Él tenía estilo. ¡Palabra que lo tenía! Pero lo he visto desvanecerse. He leído sus discursos.

— ¿Fuiste capaz de eso? —preguntó Dormer.

—Por ti, sí. Pero fue como escuchar a un ruiseñor en medio de una charanga.

—Yo creo que eran muy bonitos —declaró Biddy.

Su hermano se levantó ante este homenaje, y el señor Nash, levantándose también, dijo con su brillante aire coloquial:

—Pero, señorita Dormer, él tenía ojos. Estaba hecho para ver, para ver absolutamente, para verlo todo. Hay tan poca gente así.

—Creo que todavía ve —contestó Biddy, un poco preguntándose por qué Nick no se defendía a sí mismo.

—Ve su bando, querida joven. ¡Pobre hombre: bonita cosa tener un «bando», tú, tú, y gastar tus días y tus noches en contemplarlo! Sería como si yo dedicase mi vida a mirar un anuncio en una valla.

— ¿No me ves como un posible futuro gran estadista? —dijo Nick.

—Mi querido amigo, es exactamente lo que me aterroriza.

— ¡Dios del cielo! ¿No los admira? —exclamó Biddy.

—Es un negocio como cualquier otro, y un método de abrirse camino que la sociedad con seguridad condona. ¡Pero cuando se puede ser algo mejor!

—Cielo santo, ¿qué es mejor? —preguntó Biddy.

El joven dudó, y Nick, contestando por él, dijo:

— ¡Gabriel Nash es mejor! Debes venirte a almorzar con nosotros. ¡Debo conservarte, vaya que sí! —añadió.

—Aún lo salvaremos —observó el señor Nash cordialmente para Biddy mientras se ponían en marcha; ella se preguntó más que nunca qué iba a ser de su madre ante alguien semejante.



Después de que sus acompañantes la dejaran, Lady Agnes se quedó durante cinco minutos en silencio con su hija mayor, y al final de dicho lapso observó:

—Supongo que se ha de comer, en cualquier caso. —Y, levantándose, abandonó el lugar donde habían estado sentadas—. Y ¿adónde tenemos que ir? Odio comer fuera —continuó.

— ¡Ay, cuando se viene a París! —repuso Grace, en un tono que pareció insinuar que en una aventura tan temeraria se debe estar preparado para rebajarse a concesiones y compromisos. Las dos mujeres deambularon hasta donde vieron un gran cartel que rezaba «Buffet» suspendido en el aire, y entraron en un recinto reservado dentro del cual había mesitas de blancos manteles, sillas de asiento de paja y camareros de largos delantales. Uno de estos funcionarios se les acercó con presteza y con un «Mesdames sont seules?», que recibió como respuesta, por parte de su señoría, la afirmación ligeramente gruñona de «Non; nous sommes beaucoup!». Entonces las llevó a una mesa más grande que la mayoría, y bajo su protección tomaron asiento en ella y comenzaron, más bien lánguida y vagamente, a considerar la cuestión nutricia. El camarero había depositado una carte en manos de Lady Agnes, y ella la estudió, a través de sus anteojos, con ausencia de interés, mientras él enumeraba con fluidez profesional los recursos del establecimiento y Grace observaba a la gente de las otras mesas. Se hallaba hambrienta, y acababa de arrancar un bocado de un panecillo alargado.

—Nada de bistec frío con adobos, ya sabes —le observó a su madre. Lady Agnes no prestó atención a este comentario inelegante, sino que bajó los anteojos y apartó el pringoso documento. — ¿Qué más da, en realidad? Seguro que es asqueroso lodo —continuó Grace; y añadió, improcedentemente—: Si Peter acude, no hay duda de que se va a mostrar escrupuloso.

— ¡Que se muestre lo bastante escrupuloso para acudir, en primer lugar! —exclamó su señoría, dirigiendo una fría mirada al camarero.

—Poulet chasseur, filets mignons, sauce béarnaise —sugirió el hombre.

—Usted nos traerá lo que yo le diga —repuso Lady Agnes; y mencionó, con distinción y autoridad, los platos de que deseaba que la comida estuviera compuesta. Él probó con tres o cuatro sugerencias más, pero como no produjeran ninguna impresión, se volvió silencioso y sumiso, rindiéndose, por lo visto, a las ideas de Lady Agnes. Pues Lady Agnes tenía sus ideas; y aun cuando debido a su estado de ánimo se le había ocurrido decir, diez minutos antes, que se declaraba inhábil para estos menesteres, la forma en que se las impuso al camarero como originales, prácticas y económicas reveló a la mujer de clase y resoluta, la madre de hijos, la hija de condes, la consorte de un dignatario, la dispensadora de hospitalidad, cuya carrera incluía toda una vida

de almuerzos. Había tenido muchos cuidados a su cargo, y el avituallamiento de multitudes (era honorablemente consciente de haberlas alimentado con mucha decencia, como siempre lo había hecho todo a lo largo de su vida) siempre había sido uno de ellos. —Todo es absurdamente caro —le espetó a su hija cuando el camarero se hubo retirado. Grace no respondió a este comentario. Se había acostumbrado, desde hacía algún tiempo, a oír que todo era muy caro; era lo que una siempre se esperaba. Así, pues, falló el caso para sus adentros, aunque se mostró a su respecto no menos ingeniosa que tácita.

Nada más pasó, en lo referente a conversación con su madre, mientras esperaban a que las órdenes de ésta fueran cumplidas, hasta que Lady Agnes reflexionó en voz alta:

— ¡Me hace infeliz, con la forma como habla de Julia!

—A veces pienso que lo hace para martirizarla a una. ¡Es imposible mencionarla! —respondió Grace.

—Es mejor, en efecto, no mencionarla; es preferible dejarlo estar.

—Sin embargo, si no, él nunca la mencionaría por iniciativa propia.

—En algunos casos se supone que eso demuestra que alguien le agrada a alguien... si bien y por descontado hace falta algo más que eso —continuó reflexionando Lady Agnes—. A veces creo que está pensando en ella; pero otras no logro imaginarme en qué puede estar pensando.

—Sería endiabladamente ventajoso —dijo Grace, mordiendo su panecillo.

Su madre se quedó silenciosa unos instantes, como si estuviese buscando un terreno más elevado sobre el cual debatir la cuestión. Entonces, por lo visto, dio con ese nivel más encumbrado mediante la observación siguiente:

—Por supuesto tiene que apreciarla; la conoce desde siempre.

—Nada puede ser más claro que ella lo aprecia a él —declaró Grace.

— ¡Pobre Julia! —exclamó Lady Agnes; y su tono insinuó que sabía sobre aquello más de lo que estaba dispuesta a declarar.

—No es como si no fuese inteligente e instruida —insistió su hija—. De no haber nada más, quedaría una razón en el hecho de que esté tan interesada en la política, en todo lo que él es.

—Ah, lo que él es... ¡es lo que a veces me pregunto!

Grace Dormer miró a su madre unos instantes:

—Pero bueno, mamá. ¿Es que no va a ser como papá? —Esperó una respuesta, que no llegó; tras lo cual reanudó el comentario—: Creía que ya lo habías dado por igual a él.

—Pues no —dijo Lady Agnes con impasibilidad.

— ¿Quién lo es, en ese caso? Sin duda que Percy no.

Lady Agnes permaneció callada unos instantes. Y luego dijo:

—No hay nadie como tu padre.

— ¡Papá querido! —exclamó Grace. Luego añadió, en una rápida transición—: Sería tan beneficioso para todos nosotros; ella nos trataría tan bien.

—Ya lo hace, a su modo —dijo Lady Agnes, escrupulosamente, habiéndose adaptado al cambio de rumbo, por rápido que fuera—. ¡Mucho bien le produce! —Y reprodujo aquí el tono de su exclamación de hacía un momento.

—Algo le produce, si una se ocupa de ello. Yo lo hago, y creo que lo sabe —declaró Grace—. En cualquier caso, una puede mantener alejadas a las demás mujeres.

— ¡No intrigues! Eres muy inelegante —fue el comentario no especialmente complacido de su madre—. Hay más mujeres que son hermosas, y hay más que son inteligentes y ricas.

—Sí, pero no todo junto en una sola; eso es lo fantástico de Julia. Su fortuna sería sólo un elemento complementario; él no daría la impresión de haberse casado con ella por ese motivo.

—Si lo hace, no lo parecerá —dijo Lady Agnes, una pizca oscuramente.

—Sí, es lo que resulta tan maravilloso. Y entonces él ya podría hacerlo todo, ¿no es así?

—Bueno, tu padre no tenía una fortuna, que digamos.

—Sí, pero ¿no lo ayudó tío Percy?

—Lo ayudó su esposa —dijo Lady Agnes.

— ¡Mamá querida! —exclamó la muchacha—. Hay otra cosa —añadió—: que el señor Carteret siempre ayudará a Nick.

— ¿A qué te refieres con eso de «siempre»?

—Caramba, se case o no con Julia.

—Las cosas no son tan sencillas —respondió Lady Agnes—. Todo dependerá de la conducta de Nick: puede desbaratarlo todo mañana mismo.

Grace Dormer miró con fijeza; evidentemente, creía que la beneficencia del señor Carteret era parte del acontecer natural de las cosas.

— ¿Cómo podría desbaratarlo? —preguntó.

—No siendo serio. No es tan complicado conseguir que la gente deje de darle dinero a alguien.

— ¿Serio? —repitió Grace—. ¿Quiere que sea un fatuo envarado, como Lord Egbert?

—Sí, eso quiere. Y lo que está dispuesto a hacer por él, está dispuesto a hacerlo solamente si se casa con Julia.

— ¿Eso te ha dicho? —inquirió Grace. Y después, antes de que su madre pudiera contestar, exclamó—: ¡Me dejas de piedra!

—No me lo ha dicho, pero es así como suceden las cosas. —Lady Agnes era menos optimista que su hija, y el optimismo que cultivaba era un velo muy fino, con un sentido de las cosas como éstas se muestran a su trasluz—. Si Nick se hace rico, Charles Carteret lo hará aún más rico. Si no, no le dará ni un chelín.

— ¡Oh, mamá! —protestó Grace.

—Está muy bien eso de decir que hoy día el dinero no es necesario para dedicarse a la vida pública, aunque antes sí lo fuera —siguió su señoría, cavilando tristemente—. Quienes eso dicen no saben nada de nada. Siempre es necesario.

Su hija se quedó visiblemente afectada ante la melancolía de su tono, y se sintió obligada a recordar, como correctivo, un hecho más animador:

—No digo que no; pero queda el hecho, ¿verdad?, de que el pobre de papá tuvo tan poco.

— ¡Sí, y queda el hecho de que eso acabó con él!

Estas palabras brotaron con una extraña y rápida pequeña llamarada de pasión. Dejaron atónita a Grace Dormer, que se sobresaltó y exclamó: «¡Ah, mamá!». Al instante inmediato, sin embargo, añadió, con voz distinta: «¡Ah, Peter!». Pues, con aire de satisfacción, un caballero se dirigía hacia donde ellas estaban.

— ¿Cómo estás, prima Agnes? ¿Cómo estás, pequeña Grace? —dijo Peter Sherringham, riendo y estrechándoles las manos; y tres minutos más tarde se había instalado en su asiento a la mesa, sobre la cual ya habían sido colocados los primeros componentes del banquete. Se exigieron y se ofrecieron explicaciones de un lado y del otro, de las cuales pareció desprenderse que los dos bandos habían sido víctimas de malentendidos en alguna medida. El día anterior a que Lady Agnes y sus acompañantes viajaran a París, Sherringham se había ido a Londres para estar cuarenta y ocho horas por asuntos privados

del embajador, habiendo regresado, a bordo del tren nocturno, sólo a primeras horas de aquella mañana. Se había producido por este hecho un retraso en su recepción de las dos notas de Nick Dormer. Si Nick hubiese ido a la embajada en persona (habría podido hacerle el honor de ir a buscarlo), se habría enterado de que el segundo secretario se hallaba ausente. Lady Agnes no triunfó enteramente en su empeño por atribuir un motivo al rechazo por parte de su hijo de este procedimiento tan cortés. Dijo:

—Yo esperaba, yo quería, que fuera allí; y de hecho, si no hubiésemos sabido de ti, él habría ido de inmediato... dentro de una o dos horas, al abandonar este lugar. Pero somos aquí tan discretos... no revolver nada, no parecer que queremos llamar la atención del embajador. Me dijo: «Mamá, nos mantendremos apartados de eso; una nota amistosa servirá». No sé con exactitud de qué quería mantenerse apartado, excepto que es de cualquier cosa salvo de la diversión. La embajada no es divertida, ya lo sé. Pero estoy segura de que su nota sería amistosa, ¿verdad? Yo diría que ya lo verás por ti mismo: cambia tan pronto como sale al extranjero; no parece importarle nada. —Lady Agnes hizo una pausa momentánea, sin explorar a fondo esta disquisición concreta; luego retomó la palabra—: Dijo que habrías visto a Julia y que lo entenderías todo a través de ella; y cuando le pregunté cómo iba a saber ella nada, respondió: «¡Oh, pero si lo sabe todo!».

—No me decía ni una palabra sobre Julia —comentó Peter Sherringham. Lady Agnes y su hija intercambiaron una mirada ante esto; esta última ya había preguntado tres veces dónde estaba Julia, y su señoría había dejado caer que habían estado esperando que estaría en disposición de venirse con Peter. El joven explicó que Julia se hallaba en aquel momento en un hotel de la Rue de la Paix, pero que estaba allí tan sólo desde aquella mañana: la había visto antes de venirse a los Campos Elíseos. Ella había llegado a París en un tren temprano: había estado en Versalles. Había estado una semana en París a su regreso de Cannes (su estancia allí había sido cercana a un mes... ¡figuraos!) y luego se había marchado a Versalles para ver a la señora Billingham. Quizá la recordaran, la hermana del malogrado Dallow. Ésta se había llegado hasta aquella localidad para que sus hijas (¡tenía una o dos docenas!) aprendieran francés, y Julia había pasado tres días con ella. Julia iba a regresar a Inglaterra alrededor del 25. Haría siete semanas que se había ausentado de su pueblo, cosa extraña en ella; solía permanecer allí durante el verano.

— ¡Tres días con la señora Billingham: qué amabilidad por su parte! —comentó Lady Agnes.

—Oh, se portan muy bien con ella —dijo Sherringham.

— ¡Vaya, espero que sí! —apostilló Grace Dormer—. ¿Por qué no la has hecho venirse?

—Se lo propuse, pero no quiso. —Ante esto, otra mirada fugaz circuló entre las dos mujeres, y Peter continuó—: Dijo que debíais ir a hacerle una visita, al Hôtel de Hollande.

—Por supuesto que lo haremos —declaró Lady Agnes—. Nick fue a preguntar por ella al Westminster.

—Lo abandonó; no querían darle las habitaciones que solicitaba, su grupo habitual.

— ¡Es deliciosamente exquisita! —murmuró Grace. Luego añadió—: Le gusta la pintura, ¿verdad?

Peter Sherringham se quedó mirando pasmado.

—Podría ser —respondió—. Pero no es eso lo que tiene en la cabeza esta mañana. Tiene noticias procedentes de Londres; está inmensamente excitada.

— ¿Qué es lo que tiene en la cabeza? —preguntó Lady Agnes.

— ¿Cuáles son sus noticias de Londres? —inquirió Grace.

—Quiere que Nick se presente.

— ¿Que Nick se presente? —exclamaron ambas damas.

—Se compromete a presentarlo por Harsh. El señor Pinks ha muerto; el individuo, ya sabéis, que consiguió el escaño en las elecciones generales. Falleció en Londres: enfermedad del corazón, o algo por el estilo. Julia tiene un telegrama, pero sé que venía en los periódicos de anoche.

— ¡Figúrate: Nick no lo ha mencionado hasta ahora! —dijo Lady Agnes.

— ¿No lo sabes, mamá? En el extranjero sólo lee periódicos extranjeros.

—Oh, sí, lo sé. No tengo paciencia con él —continuó su señoría—. ¡Julia querida!

—Es un distrito poco agradecido de conquistar, y Pinks había ganado por estrecho margen, 107 o algo por el estilo; pero si produjo un escaño liberal hace un año, es posible que lo haga de nuevo. En cualquier caso, Julia se fait forte, como dicen aquí, para introducirlo.

—Estoy segura de que si puede lo hará —reflexionó Grace.

— ¡Julia, Julia querida! Y Nick puede hacer algo por su parte —dijo la madre de este candidato.

—No tengo duda de que puede hacer lo que sea —ratificó Peter Sherringham, de buen talante. Luego añadió—: ¿Te refieres a los gastos?

— ¡Ah, me temo que no puede hacer mucho en cuestión de gastos, el

pobre muchacho! Y es horrible lo poco que podemos contar con Percy.

—Pues yo sugeriría que deberíais contar con Julia. Creo que es la idea que ella tiene.

— ¡Julia encantadora! —espetó Lady Agnes—. ¡Si el pobre Sir Nicholas pudiese verlo! Por supuesto Nick debe volver inmediatamente a casa —añadió.

—No le gustará —dijo Grace.

—En ese caso tendrá que ir sin gustarle.

—Eso va a estropear un poco vuestra pequeña excursión, puesto que acabáis de llegar —sugirió Peter—. Y la de la gran Bidy, si está disfrutando de París.

—Podemos quedarnos, tal vez... con Julia para cuidar de nosotras —dijo Lady Agnes.

—Ah, no se va a quedar. Partirá junto a su hombre.

— ¿Su hombre?

—El individuo que se presente, quienquiera que sea; especialmente si es Nick. —Estas últimas palabras hicieron que los ojos de las acompañantes de Peter Sherringham se encontraran de nuevo, mientras él proseguía—: Se va derecha a Harsh.

— ¡Julia maravillosa! —pronunció entrecortadamente Lady Agnes—. Por supuesto Nick debe ir derecho allí también.

—Bueno, supongo que primero deberá comprobar si están dispuestos a elegirlo.

— ¿Si están dispuestos a elegirlo? Vaya, ¿cómo puede decirlo hasta que lo intente?

—Me refiero a la gente del partido, a los individuos que lo organizan.

Lady Agnes se inflamó un poco, y repuso:

—Mi querido Peter, ¿supones que habrá la menor duda de que «elegirán» a quien es digno hijo de su padre?

—Por supuesto que es un gran apellido, prima Agnes, un apellido grandísimo.

—Uno de los más grandes, sencillamente —dijo Lady Agnes, sonriendo.

— ¡El mejor apellido del mundo! —agregó Grace Dormer.

—Así y todo, no le impidió perder su escaño.

—Por media docena de votos. ¡Fue tan odioso! —exclamó su señoría.

—Lo recuerdo, lo recuerdo. Y, en un caso así, ¿por qué no lo presentaron de inmediato por algún otro lugar?

— ¡Cómo se ve que vives en el extranjero, Peter! Sucede que ha habido la más extraordinaria escasez de oportunidades (nunca he visto nada parecido) durante un año. Lo han tenido a mano, manteniéndolo preparado. Seguramente ya le han teleografiado.

—Y ¿no te lo ha dicho?

Lady Agnes dudó.

— ¡Se vuelve tan extraño cuando sale al extranjero! —dijo.

—También en casa se despreocupa de las cosas —intervino Grace—. Hace tan poco; no se toma molestias. —Su madre sufrió esta descripción y la dejó pasar incontrovertida, y Grace prosiguió, con filosofía—: Supongo que es porque sabe que es tan inteligente.

—Y lo es, el querido y viejo muchacho. Pero ¿a qué se dedica, qué ha estado haciendo últimamente, que sea digno de mención?

—Ha estado pintando.

— ¡Oh, no en serio! —protestó Lady Agnes.

—Es la peor forma —dijo Peter Sherringham—. ¿Pinta bien?

Ninguna de las damas ofreció una respuesta directa, sino que Lady Agnes comentó:

—Ha dado discursos repetidamente. Siempre están recurriendo a él.

—Habla magníficamente —atestiguó Grace.

—Es otra de las cosas que adoro, viviendo en el extranjero. Y ¿está recorriendo el Salón ahora, con la gran Bidy?

—Sólo los objetos de esta parte. No sé qué los retiene tanto tiempo —declaró Lady Agnes—. ¿Has visto en tu vida lugar tan espantoso?

Sherringham se quedó mirando sorprendido.

— ¿No están bien las obras? —preguntó—. Tenía idea de que...

— ¿Bien? —exclamó Lady Agnes—. Son tan odiosas, tan depravadas.

—Ah —dijo Peter, riendo—, en eso termina cayendo la gente cuando es extranjera. Los franceses no deberían ser extranjeros.

—Aquí llegan —anunció Grace en este punto—, pero traen a un extraño consigo.



— ¡Qué fastidio, cuando lo que queremos es hablar! —suspiró Lady Agnes.

Peter se levantó, con aire de bienvenida, y permaneció unos instantes contemplando a los otros aproximarse.

—No habrá dificultades para hablar, a juzgar por el caballero —insinuó.

Y mientras Peter permanece tan conspicuo, nuestra mirada puede posarse sobre él brevemente. Era de estatura mediana, y era visiblemente un representante de la rama nerviosa de su raza mucho más que de la flemática. Poseía un rostro ovalado, rasgos delicados y firmes, y una tez que propendía al marrón. Marrones eran sus ojos, y las mujeres los consideraban primorosos; marrón oscuro su pelo, en el cual el mismo jurado a veces lamentaba la ausencia de una pequeña ondulación. Era acaso para ocultar esa lasitud por lo que lo llevaba muy corto. Sus dientes eran blancos; su bigote terminaba en punta, y lo mismo hacía la pequeña barba que adornaba el extremo de su barbilla. Su rostro expresaba inteligencia y era realmente muy vivaz, y poseía la suprema peculiaridad de a menudo parecerles, a los observadores superficiales, dotado de un cierto carácter extranjerizante. Los observadores más profundos, empero, habitualmente se percataban de que era bastante inglés. Circulaba la impresión de que, habiendo elegido la carrera diplomática y habiéndose ido a vivir a extrañas tierras, cultivaba la apariencia de un extranjero: italiano o español; de un extranjero en cuestión de épocas, incluso: uno de los temibles agentes diplomáticos ubicuos del siglo XVI. En realidad, habría sido imposible ser más contemporáneo que Peter Sherringham, y más representativo de la clase propia y del país propio. Pero esto no le impedía a una parte de la comunidad —Bridget Dormer, por ejemplo— admirar el color de sus mejillas debido a sus ricos tonos oliváceos, y su bigote y su barba por su semejanza con los de Carlos I. Al mismo tiempo —ella casi amontonaba confusamente sus comparaciones—, Bidy consideraba que tenía el aspecto de un Tiziano.

#### 4

El reencuentro de Peter con Nick fue de lo más amistoso por ambas partes —incluyó una buena cantidad de repeticiones de «amigo querido» y «viejo socio»—, y el saludo del primero a la más joven de las señoritas Dormer consistió en un «¡Encantado de verte, mi querida Bid!» absolutamente sincero. No hubo besos, pero hubo fraternidad en el ambiente, del tipo concienzudo y vitalista, como sin duda advirtió Gabriel Nash rápidamente, permaneciendo inmóvil fuera del grupo y titubeando durante un instante. Bidy no le dijo

nada a Peter Sherringham, pero no hubo inexpresividad en un silencio que les permitió tales oportunidades a las sonrisas hermosas. Nick les presentó a Gabriel Nash a su madre y a los otros dos como «un viejo amigo encantador», con quien se acababa de topar, y Sherringham acusó recibo diciéndole al señor Nash, pero un tanto como si fuera menos para beneficio de éste que para el de su presentador:

—Ya lo he visto a usted muy a menudo anteriormente, en algún sitio.

—Ah, la repetición, la recurrencia: en el estudio de la ciencia de la vida aún no hemos logrado abolir esa desgracia, ¿no es cierto? —inquirió el señor Nash cordialmente—. Es una tosquedad por parte de los supernumerarios el que no podamos pasar de una sola vez para siempre, sino que tengamos que dar la vuelta y cruzar de nuevo, como una procesión teatral. Es un esquema lamentable que habría debido concebirse mejor. Lo correcto sería nada más que una aparición, y que la procesión, cueste lo que cueste, fuera perpetuamente diferente. —El grupo estaba ocupado en situarse a la mesa, de forma que la única atención libre, por el momento, era la de Grace, a quien, al posarse los ojos de ésta sobre él, dirigió el joven esas últimas palabras con una sonrisa, añadiendo—: Ay, es una idea desastrosa, ¿verdad? ¡El mundo no hace nada «cueste lo que cueste»!

Grace retiró de él la mirada rápidamente, y le dijo a su hermano:

—Nick, el señor Pinks ha muerto.

— ¿El señor Pinks? —preguntó Gabriel Nash, mientras parecía considerar dónde debería sentarse.

—El diputado por Harsh; y Julia te quiere para que te presentes —prosiguió la muchacha.

— ¿El señor Pinks, el diputado por Harsh? ¡Hay que ver qué nombrecitos! —reflexionó Gabriel jocosamente, aún de pie.

— ¿Julia me quiere? ¡Le estoy muy agradecido! —observó Nicholas Dormer—. Nash, siéntate por favor junto a mi madre, con Peter al otro lado de ella.

—Querido mío, no se trata de Julia —comentó Lady Agnes, con toda seriedad, para su hijo—. Todo el mundo te quiere. ¿No has recibido aviso de los tuyos? ¿No sabías que el escaño estaba vacante?

Nick se hallaba examinando la mesa, para enterarse de lo que había sobre ella:

—Palabra que no me acuerdo. ¿Qué más has pedido, madre?

—Hay un poco de boeuf braisé, querido mío, y luego algo de gelatina.

Aquí hay un plato de huevos con espárragos.

—Te aconsejo que no dejes pasar la ocasión, Nick —dijo Peter Sherringham, a quien el plato en cuestión le fue ofrecido.

— ¿La de servirme huevos con espárragos? Donnez m'en, s'il vous plait. Mi querido amigo, ¿cómo me voy a presentar y cómo los voy a representar? ¿De dónde va a salir el dinero?

— ¿El dinero? Está claro: de Jul... —comenzó Grace, pero inmediatamente advirtió la mirada de su madre.

— ¡Pobre Julia, cómo la exprimís! —exclamó Nick—. Nash, te recomiendo los espárragos. Madre, es mi mejor amigo; cuídalo bien.

—Tengo la impresión de haber almorzado ya... ¡no estoy seguro! —observó Nash.

— ¿Con aquellas hermosas damas? Inténtalo otra vez; sé que acabarás por averiguarlo.

—Con el dinero no hay problema. Los gastos son muy pequeños y el escaño es seguro —declaró Lady Agnes sin, por lo visto, hacer caso del mandato de su hijo en relación con Nash.

— ¡Y tanto... si Julia se pone a ello! —exclamó la mayor de las hermanas.

— ¡Acaso Julia no se ponga a ello! —repuso Nick, humorísticamente.

Biddy se había sentado junto al señor Nash, de tal forma que pudo aprovechar la ocasión para preguntarle: «¿Quiénes son “aquellas hermosas damas”?», como si no hubiese comprendido a quiénes se refería la alusión de su hermano. En realidad se trataba de un truquito inocente; sentía mayor curiosidad de lo que habría sabido explicar acerca de las extrañas mujeres de quienes se había separado su vecino de mesa.

— ¡Criaturas ilusas, desencaminadas, caprichosas! —contestó Gabriel Nash, habiendo entendido que le habían solicitado una descripción—. Personas extrañas, excéntricas, casi románticas. ¡Víctimas predestinadas, inocentes corderos propiciatorios!

Aquello era copioso, pero no obstante impreciso, así que Biddy sólo acertó a responder: «Ah». Pero, mientras tanto, Peter Sherringham le decía a Nick:

—Julia está aquí, ya lo sabes. Debes ir a verla.

Nick lo miró por un instante de forma un tanto dura, como diciéndole: «¿Tú también?». Pero los ojos de Peter parecieron responder: «No, no, yo no»; ante lo cual comentó su primo:

—Por supuesto que iré a verla. Iré a verla inmediatamente. Quiero

agradecerle que haya pensado en mí.

— ¿Pensado en ti? ¡Hay un montón de gente pensando en ti! —dijo Lady Agnes—. Seguro que hay telegramas en casa. ¡Debemos volver, debemos volver!

— ¿Debemos volver a Inglaterra? —preguntó Nick Dormer; y, como su madre no diera respuesta, insistió—: ¿Quieres decir que debo ir a Harsh?

Su señoría eludió esta cuestión preguntándole al señor Nash si quería un trozo de pescado; pero su ventaja fue mínima, ya que este caballero, de nuevo impresionado ante el desventurado nombre del distrito electoral huérfano, sólo acertó a espetar:

— ¡Ah, vaya un lugar para representarlo! ¿Cómo eres capaz, cómo eres capaz?

—Es un lugar excelente —dijo Lady Agnes con frialdad—. Parece ser que nunca ha estado usted allí. Es de veras un lugar espléndido. Está en su gran mayoría en manos de mi prima, la señora Dallow.

Gabriel comió del pescado escuchando con interés, y comentó:

—Pero yo creía que ya no nos quedaban más «municipios de monedero» en manos de caciques.

—Son monederos, o más bien su contenido, lo que ya no nos queda a muchos. Hay una buena cantidad de Harshes —observó Nick Dormer.

—No sé a qué se refiere —le dijo Lady Agnes a Gabriel, con considerable majestad.

Peter Sherringham se dirigió a él asimismo, con un «Oh, es lo de siempre; ¡lo esquilman a uno en un santiamén!», y el joven continuó, con candor:

— ¿Quieren decir que hay que pagar para ingresar en ese lugar... que no es uno quien es pagado?

— ¿En ese lugar? —repitió Lady Agnes, sin identificarlo.

—En la Cámara de los Comunes. ¿Que no le dan a uno un salario elevado?

—Mi querido Nash, eres delicioso: ¡no me abandones, no me abandones! —exclamó Nick, mientras su madre examinaba a Gabriel Nash con una mirada que parecía decir: «¿Quién es esta persona tan rara?».

—Por cierto, ¿qué entiende usted por «municipios de monedero»? —preguntó Peter Sherringham.

La esplendidez facial del señor Nash se posó sobre él al responderle:

—Caramba, pues municipios que surten un monedero. Hacer este tipo de

cosas sin cohechos... c'est trop fort!

—Vive en Samarcanda —le explicó Nick Dormer a su madre, quien se sonrojó visiblemente—. ¿Qué me aconsejas? Haré lo que quiera que me digas —continuó, ahora para su vieja amistad.

— ¡Señor, Señor! —rogó Lady Agnes.

—Ve a ver a Julia primero, con todos mis respetos para el señor Nash. Es una excelente consejera —dijo Peter Sherringham.

Gabriel Nash le sonrió a Dormer a través de la mesa.

— ¡Las mujeres primero, las mujeres primero! —dijo—. No tengo ni una sola palabra que insinuar en contra de cualquier idea que ella tenga.

—No debemos quedarnos aquí sentados demasiado tiempo; habrá tanto que hacer —dijo Lady Agnes, ansiosamente, notando una cierta lentitud en la degustación del boeuf braisé.

Hasta este momento Bidy había estado ocupada primordialmente en mirar, secretamente y a intervalos, a Peter Sherringham, como resultaba perfectamente legítimo en una jovencita con un guapo primo a quien no había visto durante más de un año. Pero su dulce voz se tomó ahora la licencia de ofrecer a consideración estas palabras:

—Ya sabemos lo que opina el señor Nash sobre la política: nos dijo hace un momento que es horrorosa.

—No, no horrorosa; sólo inferior —protestó el personaje mentado—. Todo es relativo.

—Inferior ¿a qué? —exigió Lady Agnes.

El señor Nash pareció considerarlo unos instantes.

—A cualquier otra cosa que pueda estar en entredicho —dijo.

— ¡Ninguna otra cosa está en entredicho! —replicó su señoría, con un tono que habría sido triunfal si no hubiese sido seco.

— ¡Ah, en ese caso! —Y su vecino de mesa hizo un ademán negativo con la cabeza tristemente. Tras esto, se volvió hacia Bidy, diciéndole—: ¿Las mujeres con quienes estaba yo hace un momento, y acerca de las cuales ha tenido usted la bondad de manifestar interés? —Bidy hizo un ademán de asentimiento, y él prosiguió—: Son gente del teatro; la joven intenta ingresar en los escenarios.

—Y usted, ¿la ayuda? —preguntó Bidy, complacida de haber acertado casi completamente en sus suposiciones.

—Ni mucho menos: estoy más bien disuadiéndola. Lo considero la más baja forma del arte.

— ¿Más baja que la política? —preguntó Peter Sherringham, que estaba atento.

—Señor, no; no diré tal cosa. Creo que el Théâtre Français es una institución mucho más insigne que la Cámara de los Comunes.

— ¡Convengo en ello absolutamente! —dijo riendo Sherringham—, tanto más cuanto que yo no considero el arte dramático una forma baja. Por el contrario, me parece que las abarca a todas las demás.

—Sí... es un punto de vista. Me parece que es el punto de vista de mis amistades.

— ¿De sus amistades?

—Dos mujeres (viejas conocidas) que me encontré en París hace una semana y en compañía de las cuales acabo de estar dedicando una hora a visitar este lugar.

—Habrías debido verlas; me impresionaron muchísimo —le dijo Bidy a su primo.

—Me gustaría verlas si verdaderamente tienen algo que decir en el terreno del teatro.

—Se puede arreglar fácilmente. ¿Cree usted en el teatro? —preguntó Gabriel Nash.

—Apasionadamente —confesó Sherringham—. ¿Usted no?

Antes de que el señor Nash hubiera tenido tiempo de responder, Bidy había interrumpido con un suspiro:

—Cuánto me gustaría ir... ¡pero en París no puedo!

—Yo te llevaré, Bidy. Te prometo solemnemente que te llevaré.

—Pero las obras, Peter —objetó la muchacha—. Mamá dice que son peores que los cuadros.

—Oh, solucionaremos eso: representarán en el Français una a propósito para una deliciosa chiquilla inglesa.

— ¿Puedes ordenarlo?

—Puedo ordenarles representar cualquier cosa que elija.

—Ah, en ese caso es el teatro quien cree en usted —dijo Gabriel Nash.

— ¡Sería ingrato si no lo hiciera! —dijo riendo Peter Sherringham.

Lady Agnes se había retirado de entre él y el señor Nash, y, para dar a entender que ella, por lo menos, ya había terminado de comer, había ido a sentarse junto a su hijo, con quien mantenía, con cierta importunidad, una conversación. Pero, oyendo que se hablaba de teatro, le lanzó una requisitoria impersonal al joven paradójico:

—Disculpe, ¿opina usted que para un caballero es mejor ser actor?

— ¿Mejor que ser político? Ah, comediante por comediante, ¿no es más honesto el actor?

Lady Agnes se volvió hacia su hijo y exclamó con sentimiento:

— ¡Acuérdate de tu insigne padre, Nicholas!

—Era un hombre honesto; quizá por eso no pudo soportarlo.

Peter Sherringham juzgó que el coloquio había tomado un giro incomodante, si bien no —a su parecer— enteramente por culpa de la conducta del extraño camarada de Nick. Para devolverlo todo a terreno más seguro, le dijo a este personaje:

— ¿Puedo preguntarle si las damas de quienes acaba usted de hablar son inglesas? La señora y la señorita Rooth: ¿no es ese su apellido, un tanto extraño?

—Él mismo. Sólo que la hija, siguiendo a las de su especie, desea ser conocida bajo algún nom de guerre incluso antes de haber tenido siquiera la oportunidad de alistarse.

—Y ¿qué pseudónimo ha elegido? —preguntó Bridget Dormer.

—Maud Vavasour, o Edith Temple, o Gladys Vane... alguna bobada por el estilo.

— ¿Cuál es, entonces, su verdadero nombre?

—Miriam. Miriam Rooth. Yo haría muy bien concediéndole el beneficio de citar la atractiva circunstancia de que (según mi sincero parecer, al menos) es más que medio judía.

—Es tan bueno como Raquel Félix —dijo Sherringham.

—El nombre es igual de bueno, pero no el talento. La muchacha es magníficamente estúpida.

— ¿Y más que medio judía? ¡Es como para no creerlo! —exclamó Sherringham.

— ¿No creer que sea judía? —preguntó Bidy, aún más interesada por Miriam Rooth.

—No, no... que sea estúpida, realmente. Si lo es, será la primera.

—Ah, podrá juzgar por sí mismo —comentó Nash— si viene usted mañana por la tarde a casa de Madame Carré, Rue de Constantinople, à l'entresol.

— ¿Madame Carré? Vaya, acabo de recibir una nota suya. La encontré esta mañana a mi regreso a París. Me pide que acuda mañana a las cinco en punto y contemple a una jeune Anglaise.

—Ése es el acuerdo que les conseguí. Obtuve el favor. Esas mujeres desean una opinión y la querida y vieja Carré ha consentido en verlas y ofrecer una. Gladys declamará algo y la venerable artista dará su veredicto.

Sherringham recordó que llevaba su nota en el bolsillo, conque la sacó y examinó, y dijo:

—Ella desea que la muchacha disponga de un pequeño público (dice que lo hará mejor si lo hay) y se dirige a mí porque soy inglés. No me lo perderé por nada del mundo.

—Y lleve a Dormer si puede: el público será mejor. ¿Vendrás, Dormer? —continuó el señor Nash, apelando a su amigo—. ¿Vendrás conmigo a ver a una vieja actriz francesa y a escuchar a una joven aficionada inglesa?

Nick miró a su alrededor, abandonando su charla con su madre y con Grace, y contestó:

—Iré a cualquier parte contigo, con tal de, como te he dicho, no perderte de vista, de conservarte.

—Pobre señor Nash. ¿Para qué es de tanta utilidad? —inquirió Lady Agnes con una carcajada.

—Me da serenidad, madre.

—Anda, llévame contigo, Peter —saltó Bidy, anhelante, dirigiéndose a su primo.

— ¿Para pasar una hora con una vieja actriz francesa? ¿Quieres ingresar en los escenarios? —preguntó el interpelado.

—No, pero quiero ver algo especial, conocer algo especial.

—Madame Carré es maravillosa en su estilo, pero a duras penas se la puede considerar compañía adecuada para una chiquilla inglesa.

—No soy una chiquilla, soy muy mayor; y ella va a ir, la persona de quien hablabais.

—Por motivos profesionales, y con su buena madre —sonrió Gabriel Nash



—. Opino que Lady Agnes difícilmente se aventuraría...

— ¡Oh, ya he visto a su buena madre! —dijo Biddy, como si poseyera sus propias ideas sobre cuál podría ser el valor exacto de aquella protección.

—Sí, pero aún no la ha oído. Es entonces cuando podrá valorar.

Biddy aún continuaba anhelante:

— ¿Se trata de la famosa Honorine Carré, la gran celebridad?

— ¡Honorine en persona: la incomparable, la perfecta! —dijo Peter Sherringham—. La primera artista de nuestro tiempo, considerada globalmente. Ella y yo somos viejos amigos; ha tenido la bondad de venir a «decir» cosas, como todavía lo hace a veces dans le monde como nadie más, en mis habitaciones.

—Haz que vaya otra vez, en ese caso; ¡podemos ir allí!

— ¡Un día de éstos!

—Y la muchacha... Miriam, Edith, Gladys... haz que vaya también.

Sherringham miró a Nash, y éste exclamó:

— ¡Oh, no habrá dificultad; ella se entusiasmará con tan sólo oírlo!

—Muy bien. Ofreceré un pequeño té artístico, con Julia también, por supuesto. Y debe usted venir, señor Nash. —Este caballero lo prometió con una inclinación de cabeza, y Peter prosiguió—: Pero si, como usted dice, no está dispuesto a ayudar a la muchacha, ¿cómo es que ha preparado este encuentro con la gran cumbre?

—Precisamente para disuadirla. La gran cumbre la juzgará muy mala. Sus veredictos, como usted probablemente sabe, son radamantinos.

— ¡Pobre muchacha! —dijo Biddy—. Creo que es usted cruel.

—No te preocupes. Yo cuidaré de ellas —dijo Sherringham.

—Y ¿cómo podrá juzgar Madame Carré, si la muchacha declama en inglés?

—Es tan inteligente que podría juzgar aunque declamara en chino —aclaró Peter.

—Eso es verdad, pero la jeune Anglaise declama también en francés —dijo Gabriel Nash.

—Entonces no es estúpida.

—Y en italiano, y en varios idiomas más, que yo sepa.

Sherringham se mostró visiblemente interesado, y dijo:

—Muy bien. La haremos dar una muestra de cada uno.

—Debe ser extremadamente inteligente —insistió Biddy, con vehemencia.

—Se ha pasado la vida en el continente. Ha vagabundeado por todas partes con su madre. Ha recogido detalles.

—Y ¿es una dama de alta cuna? —preguntó Biddy.

— ¡Oh, a más no poder! La mayor del planeta por parte de madre. Por la del padre, sin embargo, según tengo entendido, únicamente fue un agente de bolsa judío.

—Entonces son ricas... o deberían serlo —insinuó Sherringham.

—Deberían serlo... ¡ah, he ahí lo amargo! El agente de bolsa pudo desplegar tan poca actividad. Murió en la flor de la vida. No obstante, le dejó a su mujer un cierto capital, que ella parece haber gastado a tontas y a locas, por no tener la ventaja de ser hebrea. De aquello ha estado viviendo hasta hoy... de aquello y de otra fuente de ingresos. Su marido, como ella me ha contado a menudo, tenía temperamento artístico; es común, ya saben, entre ces messieurs. Sacó el máximo partido de sus mínimas oportunidades y coleccionó varios cuadros, tapices, esmaltes, porcelanas y chucherías similares. Asimismo se desprendía de ellas, infiero, por un beneficio; en definitiva, llevaba un pequeño negocio limpio como brocanteur. Se vio cortado de raíz muy pronto, pero a la señora Rooth le quedó en las manos un cierto número de estos artículos. Incluso debieron de constituir la parte más palpable de su legado. No era una mujer de negocios, de modo que comerció con ellos sin otorgarles indudablemente su debido valor. Pero los vendió uno por uno, y la mantuvieron mientras su hija crecía. Este precario comercio, llevado a cabo con extraordinario misterio y delicadeza, fue el motivo de que hace cinco años yo la conociera, en Florencia. En aquella época yo coleccionaba (¡el cielo me asista!), solía adquirir bobaditas que a duras penas lograba costearme. Fue una pequeña «fase»: todos tenemos nuestras pequeñas fases, ¿verdad? —preguntó Gabriel Nash en confianza, como si fuera un niño—, y en este tema ahora he acabado en el extremo opuesto. La señora Rooth tenía un viejo pote verde, y oí hablar de su viejo pote verde. Oír hablar de él fue encapricharme de él, así es que fui a verlo, en el secreto de la noche. Lo compré, y hace un par de años lo volqué y lo hice añicos. Fue el fin de la pequeña fase. Sin embargo, como ya han visto, no fue el fin de la señora Rooth. La vi posteriormente en Londres, y me la encontré hace uno o dos años en Venecia. Parece ser una gran errabunda. Tenía otros viejos potes, de distintos colores: rojos, amarillos, negros, azules; los tenía de cualquier tonalidad que uno quisiera. No sé si los llevaba consigo a todas partes o si tenía pequeños almacenes secretos en las principales ciudades de Europa. En cualquier caso, hoy parecen haberse esfumado todos. Por otra parte estaba su hija, que ha crecido y que es un precioso cacharro de

otro tipo... menos frágil, esperemos, que los otros. ¡Ojalá no la vuelquen y la hagan añicos!

Peter Sherringham y Bidy Dormer habían escuchado atentamente este relato, y la muchacha dio muestra del interés con que lo había seguido, diciendo cuando el señor Nash terminó de hablar:

—Un agente de bolsa judío, un comerciante de antigüedades: ¡qué persona tan extraña para casarse con ella... tratándose de una mujer de alcurnia! Seguro que era alemán.

—Su nombre debía de ser sencillamente Roth y, para mejorar su aspecto, la pobre señora le ha añadido otra o —sugirió Sherringham con ingenio.

—Son muy sagaces ustedes dos —dijo Gabriel Nash—. Rudolf Roth, sucede que estoy informado, era efectivamente la denominación del papá de Maud Vavasour. Pero, en lo que concierne al tema de la degradación, viene a ser lo mismo ahogarse que morirse de hambre, pues ¿qué relaciones no son un casamiento desigual cuando ocurre que se goza del fastidioso, del nada servicial honor de ser una Neville-Nugent de Castle Nugent? Tal era el encumbrado linaje de la mamá de Maud. Creo haber oído mencionar que Rudolf Roth era muy versátil y, como la mayoría de los de su especie, no ignorante de la práctica musical. Había sido contratado para enseñar a tocar el armonio a la señorita Neville-Nugent, y resultó una alumna aprovechada. Si su hija es como él (y no es como su madre), él era oscura y peligrosamente apuesto. Así es como me he arriesgado, en rápidos trazos, a reconstruir el estado de la cuestión.

El silencio había caído, por un momento, sobre Lady Agnes y sus otros dos hijos; así, pues, el señor Nash, con su universal educación, prácticamente les dirigió estos últimos comentarios a ellos tanto como a sus otros dos oyentes. Lady Agnes miró como si se preguntara de quién se estaba hablando y, habiendo reparado en el nombre de una residencia noble, inquirió:

—Castle Nugent... ¿dónde está eso?

— ¡Es una propiedad de inconmensurable extensión y casi inimaginable esplendor, pero me temo que no figura en ningún atlas prosaico! —Lady Agnes posó su mirada sobre el mantel como si no estuviera muy segura de que no se hubieran tomado una libertad con ella, y mientras el señor Nash continuaba abundando en suposiciones descriptivas («Debe de hallarse en las riberas del Manzanares o del Guadalquivir»), Peter Sherringham, cuya imaginación parecía haber sido fuertemente enardecida por la estampa de Miriam Rooth solicitándolo con buenos modos, le recordó a aquél que hacía poco rato le había asignado una categoría baja al arte dramático y que todavía no había contestado a su pregunta sobre si creía en el teatro. Esto dio a Nash

oportunidad de seguir—: No sé si comprendo bien su pregunta; hay diversas formas de tomársela. ¿Si creo que es importante? ¿Es a eso a lo que se refiere? Es importante, ciertamente, para los empresarios y tramoyistas que desean ganar dinero, para las damas y caballeros que desean exhibirse en público a la luz de las candilejas, y para las otras damas y caballeros que son aburridos y estúpidos y no saben qué hacer con sus veladas. Es una conveniencia comercial y social que puede explotarse hasta lo infinito. Pero ¿importante artísticamente, intelectualmente? ¿Cómo podría serlo... una forma tan pobre, tan limitada?

— ¡Por Dios: a mí me parece tan rica, tan variada! ¿Piensas tú que es pobre y limitada, Nick? —añadió Sherringham, interpelando a su pariente.

—Yo pienso lo que quiera que piense Nash. Hoy no tengo otra opinión que la suya.

Esta respuesta de Nick Dormer atrajo la mirada de su madre y hermanas hacia él, e hizo que su amigo exclamara que no estaba acostumbrado a cargar con semejantes responsabilidades: tan poca gente había puesto a prueba su sangre fría conviniendo con él.

— ¡Oh, yo antes coincidía con la forma de pensar de usted! —le dijo Nash a Sherringham—. Lo entiendo a usted perfectamente. Es una fase como otra cualquiera. Yo también la pasé... j'ai été comme ça.

—Y por entonces acudía usted al Théâtre Français a menudo, y es allí donde yo ya lo he visto. Ya lo sitúo.

—Me temo que no me fijé en ninguno de los otros espectadores —explicó Nash—. Sólo sentía interés por la gran Carré; aún no se había retirado. Juzgue usted mi apasionamiento, y cómo puedo entender el suyo, cuando le digo que no paré hasta conocerla, que no descansé hasta haberle dicho que no tenía atención sino para todas y cada una de las palabras que salían de sus labios.

—Eso fue exactamente lo que le dije —repuso Sherringham.

—Fue muy atenta conmigo. Dijo: «Vous me rendez des forces».

— ¡Eso fue exactamente lo que me dijo a mí!

—Y hemos seguido siendo muy buenos amigos.

— ¡Igual que nosotros! —dijo riéndose Sherringham—. Y un arte tan perfecto como el de ella, ¿pretende decir que ése no lo considera importante, un talento teatral tan infrecuente?

—Me temo que lee usted los feuilletons. Se le quedan las expresiones —comentó educadamente Gabriel Nash—. El talento teatral nunca es infrecuente; nada es más común.

—En ese caso ¿por qué tenemos tantos malos actores?

— ¿Los tenemos? Creo que en su mayoría eran buenos; triunfaban con mayor facilidad y plenitud en este negocio que en cualquier otra cosa. ¿Adónde irían (esos individuos, hablando en términos generales) si no lo hicieran? ¡Y pensar que eso les permite triunfar! Por supuesto, siempre hay cantidad de gente sobre el escenario que no son actores en modo alguno, pues ocurre que le es aún más fácil a nuestra pobre humanidad ser ineptamente vulgar y estúpida que suscitar grandes aplausos.

—No es fácil, a juzgar por lo que sé, producir con plenitud ningún efecto artístico —declaró Sherringham—. Y los que un actor produce se cuentan entre los más emocionantes que conozcamos. No me convencerá de que contemplar a una actriz de la talla de Madame Carré no era instrucción para el gusto, ampliación para el conocimiento.

—Hacía lo que podía, la pobre, ¡pero en qué condiciones tan empequeñecedoras y vulgarizantes! Tenía que interpretar a un personaje en una obra, y un personaje en una obra (por no decir la obra entera... hablo en particular de las actuales) ¡es un clavo tan rematadamente pequeño para colgar nada de él! El dramaturgo nos muestra tan poco, se ve tan impedido por su público, se ve restringido a un análisis tan pobre.

—Ya conozco la queja. Está de moda ahora. Los raffinés desprecian el teatro —dijo Peter Sherringham, con el estilo de un hombre al corriente de la cultura de su época y nada dispuesto a dejarse coger por sorpresa—. Connu, connu!

—Aún será más conocida, ¿no cree?, ahora que la naturaleza esencialmente brutal del público contemporáneo se ve todavía más claramente, cuando ha sido analizada de modo apropiado: el totum revultum de la población de una gran ciudad comercial, a la hora del día en que su buen gusto se halla más retraído, saliendo en manada de repulsivos hoteles y restaurantes, inflada de comida, entontecida por compras y ventas y por todas las demás sórdidas especulaciones del día, apretujada toda junta en una masa sofocante, incómoda en sus localidades, midiéndole el tiempo al autor, midiéndole el tiempo al actor, deseando ver de inmediato lo que consideran merecer a cambio de su dinero, antes de que den las once. ¡Bonita tarea la de presentar lo exquisito ante semejante tribunal! No hay ni que considerarlo. El dramaturgo no querría ni aunque pudiera, y en nueve de cada diez casos no podría ni aunque quisiera. Ha de hacer las concesiones más infames. Una de sus orientaciones primordiales es que debe permitirles a sus espectadores coger los trenes de cercanías, que cierran a las 11.30. ¿Qué pensaría usted de cualquier otro artista (un novelista, un pintor) cuyos estímulos creadores fueran la hora de la cena y los trenes de cercanías? Los antiguos dramaturgos no hacían estas

consideraciones (no tanto, al menos) y es la razón de que sean cada vez menos representables. Si los tocan, a los gloriosos, es sólo para mutilarlos y trivializarlos. Aparte, ellos tenían una civilización más sencilla que reflejar, sociedades en las que la vida del hombre se hallaba en acción, en pasión, en inmediata y violenta expresión. Esas cosas podían representarse sobre las tablas con un sacrificio relativamente pequeño de su plenitud y su verdad. Hoy somos tan infinitamente más reflexivos y complejos y difusos, que no puede haber mayor diferencia. ¿Qué se puede hacer con un personaje, con una idea, con un sentimiento, entre la cena y los trenes de cercanías? Se puede ofrecer un boceto grosero y tosco de ellos, pero ¡qué poco se los explora, qué escuetos se los deja! ¡Qué crudeza en comparación con lo que hace un novelista!

— ¿Escribe usted novelas, señor Nash? —preguntó Peter.

—No, pero las leo si son extraordinariamente buenas, y no voy al teatro. Leo a Balzac, por ejemplo. Me parece magnífica la plasmación de Valérie Marneffe en *La Cousine Bette*.

—Y ¿la compara con la pobreza de la Séraphine de Émile Augier en *Les Lionnes Pauvres*? Me lo esperaba. Es el cheval de bataille de los suyos.

— ¡Qué discusión más extravagante! ¡Qué autores tan horrorosos! —se quejó Lady Agnes para su hijo. Pero se hallaba atendiendo tan concentrado a los otros jóvenes, que no dio respuesta, y Peter Sherringham insistió:

—He visto a Madame Carré en papeles, del repertorio moderno, que ha hecho tan vividos en mi opinión, que ha obligado a perdurar tan imborrables en mi recuerdo, como Valérie Marneffe. Es la Balzac, se podría decir, de las actrices.

— ¡La más minuciosa, por así decirlo, de las encubridoras de delitos! —comentó Nash, riendo.

Se habría podido suponer que Sherringham se sentiría irritado, pero el otro contendiente era tan bienhumorado que él tuvo que confesar con abundancia su propia obligación de serlo también.

—Sería usted benévolo si admitiera la posibilidad de que la muchacha que ha encaminado hacia nuestra vieja amiga pudiera ser importante algún día.

—Podría serlo muchísimo más de lo que nunca lo será.

Lady Agnes se incorporó, para acabar con la escena e incluso para dar a entender que ya se había hablado bastante sobre personas y cuestiones de las que nunca había oído hablar. Todos los demás se levantaron, el camarero le trajo la cuenta a Nick, y Sherringham continuó, para su interlocutor:

—Quizá vaya a serlo más de lo que usted piensa.

—Quizá... ¿si usted se toma interés por ella!

—Una voz sobrenatural parece exhortarme a hacerlo, susurrarme que, aunque nunca la haya visto, encontraré en ella algo especial. ¿Qué dices tú, Biddy? ¿Me tomo interés por ella?

Biddy dudó unos instantes, se sonrojó un poco, y sintió una cierta incomodidad por ser tratada públicamente como sibila.

—Si no es simpática, no lo recomiendo.

— ¿Y si es simpática?

— ¡Lo recomiendas todavía menos! —exclamó su hermano, riendo y pasándole el brazo por encima.

Lady Agnes tenía un aspecto sombrío. Habría podido estar diciéndose: «¡Dios del cielo! ¿Qué posibilidades tiene una hija mía con un hombre tan curioso e inquieto por las actrices?». Estaba desconcertada y molesta. Una multitud de cosas sin sentido, toda la mañana, le había sido impuesta a su atención: cuadros desagradables y teorías aún más desagradables sobre los mismos, vagos portentos de perversidad por parte de Nicholas, y un extraño entusiasmo por la de Peter (aprendido por lo visto en París) por discutir, con una persona que tenía un tono al que nunca antes había sido expuesta, temas inoportunos e insulsos, el efecto práctico de todo lo cual había sido tomar a broma y no dar importancia a su propia y señorial persona.

— ¡Vámonos, vámonos! —casi gimió.

El grupo avanzó unido hacia la salida, y el agitado espíritu de Lady Agnes no se apaciguó cuando oyó a su hijo comentarle a su terrible amigo:

—Ya sabes que no nos vas a dejar. ¡Cuento contigo!

Ante esto Lady Agnes saltó y exclamó:

—Perdona que te recuerde que vas a ir a visitar a Julia.

—Bueno, ¿no puede venir Nash también a visitar a Julia? Es exactamente lo que deseo, que ella lo vea.

Peter Sherringham acudió con humanidad a asistir a su señoría:

—Un modo mejor, tal vez, sería que se conocieran bajo mis auspicios, durante mi «té dramático». Eso me permitirá devolver un favor por otro. Si el señor Nash tiene la bondad de presentarme a su aspirante a honores que valoramos de forma tan diferente, yo le presentaré a mi hermana, una cantidad mucho menos incógnita.

— ¡Es fácil ver quién se va a llevar lo mejor! —exclamó Grace Dormer; y Gabriel Nash permaneció allí serenamente, imparcialmente, de un modo

elegante y desapegado que parecía característico en él, asintiendo ante cualquier acuerdo que lo relevara de la grosera tarea de decidir, y en general confiado en que las cosas le saldrían bien. Se mostraba jovialmente desvalido y amistosamente indiferente: dispuesto a presidir con una sonrisa hasta un debate sobre su propia aceptabilidad.

—Nick lo llevará. Tengo un rinconcito en la embajada —continuó Sherringham.

—Es usted muy amable. En ese caso debe traérselo consigo, mañana, a la Rue de Constantinople.

—A las cinco en punto. Descuide.

— ¡Ay, qué envidia! —dijo Biddy, mientras reemprendían la marcha. Y Lady Agnes, asiéndolo del brazo, marchó más aprisa con su hijo. Cuando hubieron salido a los Campos Elíseos, Nick Dormer descubrió, mirando en su derredor, que su amigo había desaparecido. Biddy se había pegado a Peter, y Grace no había alentado por lo visto al señor Nash.

## 5

La idea de Lady Agnes había sido que su hijo se fuera derecho del Palais de l'Industrie al Hotel de Hollande, con o sin su madre y hermanas, según su humor pareciera aconsejarle. Por mucho que ella deseara ver a su destacada parienta y por mucho que supiera que sus hijas lo deseaban también, estaba bastante dispuesta a posponer su visita si este sacrificio contribuía a que se produjera con menor demora una confrontación entre su parienta y Nick. Lady Agnes estaba ansiosa por que él hablara con la señora Dallow, y ansiosa por que él estuviera a su vez ansioso; pero al poco rato fue obvio que Nick realmente no se sentía nada que imparcialmente pudiera calificarse como tal. La opinión de él era que su madre y las chicas debían ir al Hôtel de Hollande sin tardanza y debían pasar el resto del día con Julia, si así querían. Él acudiría posteriormente; iría por la noche. Había un montón de cosas que quería hacer entre tanto.

El asunto se debatió con cierta intensidad, si bien no extensamente, mientras el grupito permanecía al borde de la Place de la Concorde, adonde se había dirigido a pie; y Lady Agnes notó que el «montón de cosas» a que él se proponía otorgar prioridad sobre un deber urgente, sobre una entrevista con una persona que le tendía apoyo a manos llenas, estaba insinuado de algún modo en la mirada complacida con que él escudriñó la gran plaza, la ribera opuesta del Sena, los azules tejados empinados del muelle, la brillante



inmensidad de París. ¿Qué había en el mundo que pudiese ser más importante que asegurar su escaño?: así de rápida seguía su curso la imaginación de la buena señora. Y ahora aquel asunto lo preocupaba menos que una excursión en busca de libros viejos y grabados, pues estaba segura de que eso era lo que él tenía en la cabeza. Julia se sentiría amostazada de saberlo; pero por supuesto no tenía por qué saberlo. Lady Agnes ya estaba trazándose las explicaciones más honrosas que pudiera dar de la carencia de precipitación del muchacho. Le habría gustado poder pintarlo tremendamente ocupado, en su habitación de su propio hotel, en despachar cartas políticas a todo aquel que estuviese implicado, y en especial en redactar su discurso a los electores de Harsh. Por fortuna era mujer de indescriptible discreción, y parte del aspecto gastado que había tomado posesión de su rostro procedía de su adiestramiento durante años, en sus relaciones con su marido y sus hijos, en no insistir indebidamente. Le habría gustado insistir, la naturaleza la había hecho del tipo insistente, y el autocontrol la había agotado en más de un sentido. En este momento hasta el autocontrol fue incapaz de impedirle sugerir que, antes de hacer nada, Nick debía por lo menos encaminarse a su propio alojamiento y ver si no había algunos telegramas.

Él aceptó sinceramente hacer por lo menos eso, y, habiendo detenido un cabriolé para que ella pudiese cumplir a su vez su cometido con las chicas, le dio de nuevo un beso a su madre, como había hecho en la exposición. Era éste un detalle que nunca podría molestarla, pero de un modo u otro, cuando él le daba un beso, a menudo la ansiedad de su madre propendía a incrementarse: ella había llegado a reconocerlo como un signo de que Nick se le estaba escabullendo. Lady Agnes partió en el carruaje con una vaga sensación de que en cualquier caso ella y las chicas podrían hacer algo para mantenerle cálido el lugar. Se había sentido un poco irritada de que Peter no hubiese ejercido mayor presión en lo relativo al Hôtel de Hollande, evidente como ahora se le aparecía que había en Peter una tendencia extranjerizante en la que no se podía confiar y que lo hacía hablar de los asuntos ingleses e incluso de la política interior inglesa como de localismos. Por supuesto que era localismo, pero ¿acaso no era ése el aspecto de calor humano de estos temas? Cuando dejó a los dos muchachos parados juntos en medio de la Place de la Concorde, la grandiosa disposición de la cual Nick, mientras ella miraba hacia atrás, parecía haber hecho una pausa para admirar (¡como si no la hubiera visto ya miles de veces!), ella deseó haber podido considerar la influencia de Peter sobre su hijo un poquitín más orientada en favor del localismo. Tenía la sensación de que Peter no iba a abreviar la inoportuna flânerie de su hijo. Empero, se había mostrado muy simpático: los había invitado a todos a cenar con él aquella noche en un restaurante apropiado, prometiendo traerse a Julia y a uno de sus colegas. Por lo menos esto sí había estado dispuesto a hacer para asegurarse de que Nick y su hermana se vieran. ¡Su falta de localismo, además, no era tan

grande como parecía si resultaba cierto que había algo debajo de sus buenos modales para con Middy...! La conclusión final de esta reflexión queda, acaso, mejor expuesta por la circunstancia de que su señoría le comentara, un instante después, a su hija menor —quien estaba sentada enfrente suyo en la voiture de place— que no la perjudicaría que le compraran un sombrero nuevo, y que ese artículo podría adquirirse aquella misma tarde.

— ¿Un sombrero francés para Bidy, mamá? —dijo Grace—. ¡Oh, mejor espérate hasta que vuelva a casa!

—Yo opino que son más bonitos aquí, ya lo sabes —comentó Bidy. Y Lady Agnes dijo, sencillamente:

—Seguro que son más baratos. —Lo que había en su cabeza, en realidad, era: «Seguro que Peter los considera más favorecedores». Se verá que su señoría tenía ocupación anímica de sobra, el total de la cual no se vio disminuido cuando se enteró, al llegar a la parte superior de la Rue de la Paix, de que la señora Dallow se había marchado media hora antes y no había dejado recado. Se sintió más desconcertada por este incidente de lo que habría sabido explicar o de lo que consideraba correcto, pues había dado por hecho que Julia estaría hasta cierto punto esperándolos. ¿Cómo sabía que Nick no iba a venir? Cuando la gente está en París durante unos pocos días, no se queda apáticamente en su alojamiento; pero Julia habría podido esperar un poquito más o dejar una aclaración. ¿No eran sus propósitos en ese caso no tan firmísimos en lo relativo a la candidatura de Nick? ¿No veía lo importante de quedarse allí para hablar con él sobre el asunto? Lady Agnes se preguntó si la conducta de Julia sería señal de que ya estaba cansada de la forma en que la trataba este joven caballero. Acaso había salido porque su instinto le había dicho que el que fuera importante que él la viera pronto no lo iba a afectar en absoluto, le había dicho que él no iba a venir. El corazón de su señoría desfalleció cuando contempló la posibilidad de que Julia estuviera ya harta, pues a Lady Agnes, por su parte, le decía su instinto que todavía había cuestiones aún más hartantes en reserva. No le había gustado tener que decirle a la señora Dallow que Nick no iba a verla hasta la noche, pero ahora le gustó todavía menos que no estuviera allí para oírlo. Incluso la irritó un poco que su parienta no hubiera discurrido que ella y las chicas irían de todas formas, y no hubiera considerado que mereciese la pena quedarse por ellas. Se le ocurrió entonces que acaso se habría marchado al hotel de ellos, que se hallaba ya bastante recorrida la Rue de Rívoli, cerca del Palais Royal, así que ordenó al cochero que las llevara hasta aquel establecimiento.

Mientras viajaban, le tomó en cierto grado la medida a lo que aquello podía significar: Julia procurando evitarlas un tanto. ¿Estaban empezando a resultarle desagradables? ¿Pensaba que la tenían demasiado agobiada, de modo que la idea de que estrecharan todavía más su relación con ella no le

resultaba tentadora? Su comportamiento no había revestido hasta la fecha tal apariencia, salvo quizá un poquito, sólo un poquito, en lo concerniente a la pobre Grace. Lady Agnes sabía que Julia no estaba particularmente encariñada con la pobre Grace, e incluso era capaz de barruntar la razón: el estilo con que Grace delataba excesivamente que querían «atraparla». Recordó cuánto tiempo se había quedado la muchacha la última vez que había ido a Harsh. Había ido para estar una tolerable semana, y se había quedado en la casa un mes. Lady Agnes había hecho un voto heroico y secreto de que Grace no se iba a acercar al lugar otra vez durante un año; es decir, no iba a hacerlo a menos que Nick y Julia ya se hubieran casado antes. Si eso ocurría, ya no se preocuparía. Se daba cuenta de que no lo garantizaba absolutamente todo el que Julia estuviera enamorada de Nick; asimismo, era mejor que le desagradaran la madre y hermanas de éste después que antes. Lady Agnes se sometía a la regla natural en virtud de la cual sucede habitualmente que la esposa no se lleva bien con la parentela femenina del marido; e incluso estaba dispuesta a sacrificarse en aras de dicha regla con su habitual disciplina. Pero no deseaba sacrificarse a cambio de nada: si iba a ser denostada como madre política, deseaba ser madre política primero.

En el hotel de la Rue de Rivoli tuvo la decepción de encontrarse con que la señora Dallow no había aparecido, y además con que no habían llegado telegramas. Estuvo dentro con las chicas durante media hora, y luego salió a errar desordenadamente con ellas otra vez. Se sentía irresoluta e insatisfecha, y la tarde era todo un problema para ella; del tipo, además, que menos le gustaba y al que estaba menos acostumbrada: no era una elección entre diversas cosas que hacer (su vida se las había presentado con prodigalidad), sino una absoluta falta de cualquier cosa que hacer. Nick le había dicho antes de que se separaran: «Puedes dar un garbeo con las chicas, ya sabes; todo es tan encantador aquí». Eso se decía fácilmente, mientras él se paseaba con tranquilidad y conversaba con Peter Sherringham y tal vez se iba a ver más cuadros como los del Salón. En ocasiones semejantes, habitualmente estaba muy bien dispuesto a pasar el tiempo con ellas; pero este episodio había adquirido por entero un tinte perverso y sacrílego. Ella no tenía deseo ninguno de dar garbeos, y estaba lejos de parecerle todo encantador en París. No tenía aptitudes para la falta de propósito definido, y además consideraba vulgares tales aptitudes. Si hubiese encontrado una tarjeta de Julia en el hotel (el indicio de una esperanza de encontrárselos en cuanto volvieran del Salón), habría llevado a cabo una segunda tentativa de verla antes del fin de la tarde; pero ahora con certeza la iban a dejar en paz. Lady Agnes erró sin alegría con las chicas por el Palais Royal y la Rue de Richelieu, y se dejó ver por el Boulevard, donde prosiguieron su frugal merodeo, como lo llamó Biddy de forma un poco irritante. Entraron en cinco tiendas para comprarle el sombrero a Biddy, pero las presuposiciones de su señoría en cuanto a baratura se vieron

trágicamente defraudadas.

— ¿Quién diantre es tu gracioso amigo? —le preguntaba mientras tanto Peter Sherringham a su pariente. No perdió tiempo en cuanto se pusieron a caminar juntos.

—Oh, hay algo más que te perdiste por ir a Cambridge: ¡te perdiste a Gabriel Nash!

—Ni que fuera un dramaturgo isabelino —dijo Sherringham—. Pero no me lo he perdido, ya que ahora parece que no voy a poder verte sin él.

—Oh, en cuanto a eso, espera un poco. Lo voy a poner a prueba de nuevo, pues no sé cómo se mantiene. Lo que quiero decir es que probablemente te has perdido su ímpetu espontáneo. Me temo que se ha vuelto convencional o, en cualquier caso, serio.

—Dios bendito. ¿Eso lo llamas serio?

—Antes era tan chispeante. Tenía auténtico genio para las paradojas sorprendentes. Era un conversador maravilloso.

—A mí me parece que en la actualidad lo hace bastante bien —dijo Peter Sherringham.

—Oh, esto no es nada. Vuelos de altura que no están a la altura de su antigua altura: antes se lo veía elevarse y elevarse y dar saltos mortales en el cielo, y nos preguntábamos cuán lejos podría llegar. Es muy inteligente, y creo que podría resultar interesante averiguar qué le impide a este hombre, considerado globalmente, ser tan bueno como sus componentes parciales. Quiero decir, en el caso de que no sea tan bueno.

—Creo que haces algo más que sospecharlo. ¿No puede ocurrir sencillamente que sea un asno?

—Ésa sería la consideración global (ya lo veré a su debido tiempo), pero ciertamente no es uno de los componentes parciales. Puede que sea el efecto, pero no es la causa, y es para la causa para lo que reclamo interés. Me imagino que a ti te parece un asno en virtud de lo que ha dicho sobre el teatro, por haberlo declarado un arte vulgar.

—Para diferir en cuanto a él, esa razón servirá —dijo Sherringham—. La única mala razón sería una que no preservara nuestras diferencias. No hace falta que me digas que estás de acuerdo con él, pues con franqueza no me apetece oírlo.

—Así que tu loca afición arde aún —dijo Nick Dormer.

— ¿Mi loca afición?

—No me refiero a la que puedas sentir hacia ninguna exponente individual del arte debatido: ¡contén tu sentimiento de culpabilidad, tu sonrojo incipiente, tu turbación espiritual! Apunto a la antigua señal por la que eras mejor conocido: tu permanente butaca de platea en el Français, tu inveterada asistencia a premières, la forma en que «sigues» a los nuevos talentos y a los veteranos.

—Sí, aún es mi pequeño hobby: mi pequeño vicio, si lo deseas. No veo que me canse de ello. ¿Qué quieres? Tener predilecciones poderosas es casi una bendición; simplifica las cosas. Me gusta la representación... la representación de la vida: me gusta más, creo, que lo real. A ti también te gusta, así que no tienes derecho a tirar la primera piedra. Tú la prefieres hecha de una forma y yo de otra; y nuestras preferencias, para cada uno de nosotros, están profundamente enraizadas. Para mí hay una especie de fascinación en la forma en que el actor trabaja, cuando su talento (¡oh, debe tenerlo!) ha sido firmemente adiestrado (¡oh, debe estarlo!). Las cosas que puede hacer, en su intento de representación (con el dramaturgo para prestarle su apoyo), me parecen innumerables (¡puede llevarlas a tales extremos de delicadeza!), y obtengo un gran placer en observarlos, en reconocerlos y compararlos. Es una diversión como otra cualquiera: no pretendo adjudicarle ningún nombre glorioso; en este campo de batalla el que acabo de usar servirá. Puede uno perderse en ella, y sobre el tema existe esta recomendación (compartida, supongo, por el examen de las demás artes): cuanto más lejos va uno, más encuentra. Así que de hecho voy un poco lejos, si lo deseas. Pero ¿se trata de la señal por la que mejor se me conoce? —preguntó Sherringham abruptamente.

—No te avergüences de ella, o ella se avergonzará de ti. Debo hacer distingos. Tú te distingues entre mis amigos y allegados por ser un joven diplomático en alza; pero ya sabes que siempre busco la diferencia esencial, el análisis definitivo. Por consiguiente doy por supuesto que eres singular entre los jóvenes diplomáticos en alza por el encaprichamiento al que te refieres con palabras tan hermosas.

—Evidentemente crees que me impedirá alzarme muy alto. Pero, pasatiempo por pasatiempo, ¿es acaso más ocioso que el tuyo?

— ¿Que el mío?

—Bueno, tú tienes media docena, mientras que yo sólo me permito el lujo de uno. Pues el teatro es mi única locura, realmente. ¿Resulta eso más injustificado que, digamos, consagrar semanas enteras a averiguar de qué modo concreto puede que tu amigo el señor Nash sea un charlatán? Ése no es mi ideal de recreo escogido, aunque de serlo procuraría averiguarlo mucho antes. Eres un «hombre de Estado» incipiente (que da la casualidad de que está

en disponibilidad por el momento), pero dedicas no poco de tu tiempo a embadurnar lienzos con pigmentos de brillantes colores. Él concepto de la representación te fascina, pero en tu caso es representación al óleo... ¿o practicas también las acuarelas? Incluso vas mucho más lejos que yo, pues yo estudio el arte de mi predilección tan sólo en la labor de los demás. No aspiro a dejar una labor mía propia. Tú eres pintor, no sé si grande; pero yo no soy actor. —Nick Dormer le respondió que ciertamente se iba a convertir en uno: estaba en camino; y Sherringham, haciendo caso omiso de la imputación, siguió—: Déjame añadir que, teniendo en cuenta que eres pintor, tu retrato del complicado Nash ha estado lamentablemente desdibujado.

—No es en absoluto complicado; es muy simple dar cuenta de él. Las personas tienen en su mayoría un montón de atributos y añadiduras que las disfrazan y magnifican, y el motivo de que aprecie a Nash es que no tiene nada de eso. Esto lo vuelve tan sereno.

— ¡Por Júpiter, ahí te pones a su altura! Es un atributo como para tolerarlo. ¿Cómo se las arregla?

—No tengo la más mínima idea; no conozco que sea tolerado. No creo que nadie haya averiguado el método nunca. Sus medios, sus opiniones, sus pertenencias, no tienen nada que ver en este tema. No se va transformando poco a poco en otra persona; es tan nítido como un perfil recortado del papel con unas tijeras. Por consiguiente, lo aprecio porque en una relación con él se sabe lo que hay entre manos. Con la mayoría de las personas no se sabe: para coger la flor hay que desbrozar toda una rama polvorienta, espinosa y mundana; uno se da cuenta de que, al agarrar, se lleva otras personalidades y cosas de todo tipo, condiciones y accidentes que penden inseguros. El pobre Nash no tiene ninguna de esas ramificaciones; es la flor al desnudo.

—Mi querido amigo, ¡te vendría bien un poco de la misma poda! — exclamó Sherringham; y los muchachos prosiguieron su paseo y su charla, «sacudiéndose» el uno al otro de este modo y de aquél, con una amistosa brusquedad originada en haber sido niños juntos. La intimidad había reinado, desde antiguo, entre los pequeños Sherringham y los pequeños Dormer, unidos por su contigüidad territorial y por la circunstancia, no renegada, de ser primas hermanas sus madres; tal era la relación, que a voluntad se podía tomar o dejar, entre Lady Agnes y Lady Windrush, la madre de Peter y de Julia así como de otras hijas y de un joven más maduro destinado a heredar la antigua baronía y que desde entonces ya la había heredado. Desde entonces muchas cosas habían cambiado, pero no el arraigamiento profundo de la amistad. Uno de nuestros jóvenes había ido a Eton y el otro a Harrow (el diseminado centro de enseñanza de la colina era tradición entre los Dormer), y la divergencia había seguido su curso posteriormente, en los años universitarios. No obstante, Bricket había permanecido accesible a Windrush, y Windrush a Bricket, donde

Percival Dormer acababa ahora de heredar también la sucesión, cancelando esta interrelación de familias una pizca bruscamente al alquilar esta agradable residencia de color blanco en el centro de Inglaterra (sus habitantes expropiados —Lady Agnes y sus hijas— la adoraban) a un reputado millonario norteamericano, quien, en su primera manifestación de valoraciones internacionales, consideró que por mil doscientas al año había sido una ganga. Bricket había pasado al difunto Sir Nicholas de manos de su hermano mayor, que murió sin mujer y sin hijos. El actual baronet, tan diferente de su padre (si bien se asemejaba en ciertos puntos al tío cuyo mismo nombre le habían dado) que Nick tenía que forzar sus impresiones para convertirlas en meras aspiraciones a parecidos, deambulaba por todo el mundo pegando tiros que despertaban el entusiasmo de la buena sociedad, cuando la buena sociedad oía hablar de ellos, a las pocas criaturas legítimas de caza cuya vida había perdonado el rifle británico. Entre tanto, Lady Agnes se había instalado con sus hijas en una casa con buhardillas y enrejado de listoncillos en un barrio honroso, aun cuando todavía un poco basto, de la zona moderada de Londres. No era a su bolsillo, pobre mujer, adonde los ingresos generados por Bricket iban a parar. No había ninguna residencia aparte para caso de viudedad incluida en aquella heredad, y el subsidio con que la propiedad estaba gravada a beneficio de su señoría no era incitante a derroches de magnificencia.

Nick poseía una habitación bajo el techo de su madre, que usaba primordialmente para vestirse para la cena cuando cenaba en dicha residencia, de nombre Calcutta Gardens, y había «seguido empleando» sus aposentos en el Colegio de Abogados de Londres; pues para un joven que se hallaba en la vida pública era indispensable un domicilio independiente. Por otra parte, se sospechaba que poseía un estudio de pintor en un apartado barrio de la ciudad, las zonas indistinguibles de South Kensington, por incongruente que un retiro semejante pueda parecer en el caso de un miembro del Parlamento. Era un lugar absurdo para ver a los habitantes de su distrito electoral, a menos que quisiera pintar sus retratos, un tipo de representación con el cual a duras penas se habrían sentido satisfechos; y en realidad el único problema en relación con el arte de retratar había sido cuando las mujeres e hijas de varios de ellos habían expresado su deseo de tener un retrato de su joven y guapo diputado. Nick no se ofreció a llevarlo a cabo él mismo, y el estudio había seguido siendo más sospechado que efectivamente visto por parte de las mujeres de Calcutta Gardens. Expresar una disposición a considerar los caprichos de esta clase como una pura extravagancia, era denominado por ellas «estar abierto a sugerencias»; pues no se olvidaban de que el señor Carteret tenía prontos que se oponían a ellos bajo la forma de convenientes cheques al abrigo de las páginas interiores de legibles cartas llenas de consejos. El señor Carteret era la providencia de Nick, tal como se esperaba de Nick, en términos generales, que

fuera la providencia de su madre y hermanas, especialmente desde que había quedado tan claro que Percy, que era inelegantemente egoísta, pensaba moverse, principalmente con «una del calibre seis», bastante lejos de esa esfera. No era para alquilar estudios, ciertamente, para lo que el señor Carteret enviaba cheques; pero éstos constituían una expresión de confianza general en Nick, y un poco de expansión era natural en un muchacho que disfrutaba de un lujo semejante. Se sentía con suficiencia, en Calcutta Gardens, que se podía considerar que Nick no iba a traicionar la tal confianza; pues el proceder del señor Carteret podía resultar imposible de explicar a menos que se estuviera dispuesto a calificarlo de incentivador: nunca había prometido nada, pero era una de esas deliciosas personas en quienes el cumplimiento de una promesa precede a, o prescinde de, el voto solemne. Había sido amigo temprano y duradero del honorable caballero difunto, un seguidor político, un admirador devoto, un apoyo sólido en las horas difíciles. Nunca se había casado: no se había unido para toda la vida a nada más reproductivo que a los puntos de vista de Sir Nicholas (solía escribir cartas a *The Times* en favor de ellos), y no tenía, al menos que se supiera, ni descendientes ni ascendientes; nada sino una pequeña familia cordial de excentricidades, la flor de las cuales era su extraño gusto por vivir en una población rural pequeña, empinada y limpia, toda jardines verdes y paredes rojas, con una faja de setos vivos, que se arracimaba alrededor de una inmensa y antigua abadía de color marrón. Cuando la imaginación de Lady Agnes se posaba sobre el futuro de su segundo hijo, le gustaba recordar que el señor Carteret no tenía nada que «mantener»: hecho cuya inferencia directa parecía ser que mantendría a Nick.

El acontecimiento más importante en la vida de este muchacho había sido indiscutiblemente su victoria, ante la mirada de su padre, más de dos años atrás, en la enconada disputa política por Crockhurst: una victoria que su apellido consagrado, su extrema juventud, su ardor en la refriega, el apoyo personal generalizado del partido y la atención suscitada por la original perspicacia de sus discursos, teñidos de idealismo juvenil y, no obstante, lo bastante ceñidos a la cuestión (la cuestión palpitante, que desde entonces había cesado de palpar), habían convertido en casi deslumbrante. Había habido artículos de fondo en los periódicos acerca de ella, medio en elogio de su padre, de quien se sabía que se estaba muriendo prematuramente (era casi tan joven para morir, y para morir famoso —Lady Agnes consideraba esto fama—, como lo había sido su hijo para presentarse como candidato), que la madre del muchacho coleccionó religiosamente, recortó y aseguró en un montón con un lazo, guardándolos en el cajón más intrincado de un armario predilecto. Pero había sido un triunfo estéril, o casi, pues en el orden de importancia del historial de Nick otro incidente se había solapado, como se suele decir, muy pronto: nada menos que la rápida disolución del Parlamento en que se hallaba tan manifiestamente destinado a presentar indicios de un futuro. No había



reconquistado su escaño en las elecciones generales, pues la segunda disputa fue todavía más enconada que la primera, y los conservadores presentaron a un hombre estrepitoso, vulgar, vigoroso, casi camorrista. Fue hasta cierto punto un consuelo que el pobre Sir Nicholas, que había sido testigo de la hora radiante, falleciera antes de la de las tinieblas. Murió, con todas sus esperanzas puestas en la cabeza de su segundo hijo, inconsciente del desastre que se avecinaba, pasándole la antorcha y la tradición, tras una entrevista prolongada y suprema con Nick, en la cual Lady Agnes no había estado presente pero que sabía que había sido una especie de consagración paterna, una solemne comunicación de ideas sobre las más altas cuestiones nacionales (tenía razones para creer que habían tratado las de política exterior así como las de política interior y colonial), dejando sobre la naturaleza y el comportamiento del hijo desde aquel entonces los rasgos más inconfundibles. Si la tendencia de éste al ensimismamiento aumentó, era porque tenía tantísimo en que meditar con lo que su pálido padre le había dicho en el aposento grave y oscuro, imponiéndole la gran misión de llevar a cabo lo no conseguido y de resucitar una voz enmudecida. Era trabajo abundante para llenar una vida, y esa «fuerza coordinadora en lo concerniente al detalle», que era una de las grandes características de la elevada distinción de Sir Nicholas (la más analítica de las publicaciones semanales siempre estaba hablando de ella), le había permitido a éste librar de cualquier apariencia de vaguedad o de contradicción interna al propósito en perspectiva confiado a su hijo.

Cinco años antes de que Nick Dormer se alzara para ser objetado por los electores de Crockhurst, Peter Sherringham había comparecido ante una junta examinadora que lo dejó escapar mucho menos fácilmente, si bien hubo asimismo algunos prejuicios positivos a su favor, siendo tales influencias parte del bagaje copioso, ligero y nada molesto con que cada uno de los muchachos se inició en la vida. Peter aprobó, empero, aprobó con muy buena nota, y tuvo como recompensa su pronta asignación a tareas diplomáticas pequeñas y subalternas en Alemania. Desde entonces había tenido su ración de aventuras profesionales, que no es necesario que nos distraigan ya que todas ellas habían palidecido a la luz de su destino, cerca de tres años antes del momento en que lo hemos conocido, a una secretaría de embajada en París. Le había ido bien y había llegado lejos, y en el instante presente estaba bastante deseoso de descansar. Más lo complacía permanecer en París como subordinado que irse a Honduras como principal, y Nick Dormer no había errado el tiro al hablar de su butaca de platea en el Théâtre Français como un atemperante de su ambición. La inferioridad en edad de Nick respecto de su primo se le presentaba con menor intensidad que cuando habían sido adolescentes; y en realidad nadie puede ser claramente mucho más viejo que un muchacho que ha figurado durante un año, aunque fuera imperceptiblemente, en la Cámara de los Comunes. La separación y las diferencias los habían hecho lo bastante

extraños el uno al otro para darle un sabor peculiar a lo que tenían en común; eran amigos sin ser amigos extraordinarios; esta cota superior siempre pendería ante ellos como una contingencia posible pero no opresiva, y ambos eran conscientes de que les era de interés preservar ciertas diferencias para poder «tomarse el pelo» mutuamente hablando de ellas: tan posible resultaba el que habrían podido pelearse con sólo que hubiesen estado de acuerdo. Por ser de amplias miras, Peter estaba un poco irritado de ver siempre tan intensamente británico a su primo, mientras que Nick Dormer lo hacía objeto a él de la misma crítica compadecida, reconociéndole que poseía unas aptitudes infrecuentes para los idiomas extranjeros, pero reflexionando, e incluso declarando con exageración, que era una pena haberse apartado tan lejos del hogar sólo para permanecer tan hogareño. Por otra parte, Nick tenía sus ideas acerca del carácter de los diplomáticos; era el tipo moral sobre el cual, en su globalidad, pensaba menos favorablemente. Seco, estrecho, estéril, pobre, así lo calificaba en familiar conversación con el inteligente secretario; falto de imaginación, de generosidad, de las más finas percepciones y del más elevado coraje. Esto servía tan bien como cualquier cosa para mantener las paces entre ellos; era una necesidad de su comercio amistoso el que debieran armar pequeñas broncas, y poco importaba en tomo a qué se desarrollaran. El manifiesto disfrute por parte de Nick Dormer de Pans, de los escaparates en los muelles, de los libros antiguos en el pretil, de la alegría del río, de la magnificencia del Louvre, de todos los tintes y tonos encantadores, le chocó a su compañero como una manifestación de insularidad; para Sherringham la apreciación de tales cosas se había vuelto un hábito inconsciente, una asimilación integrada. Pero si el pobre Nick, por un momento, se mostraba efusivo y lírico, era en realidad porque no disponía de otra forma de hacer sonar el himno de despedida a la vida independiente, despedida de la cual parecía ahora el momento definitivo y a la vista; se imponía sobre él la sensación de que éstos eran sus últimos momentos de libertad. Quería desperdiciar el tiempo hasta las siete y media, porque las siete y media quería decir la cena, y la cena quería decir su madre, solemnemente asistida por el fantasma abrumador de su padre y reforzada por Julia.

## 6

Cuando Nick llegó con sus tres familiares, Peter Sherringham ya estaba sentado, en el restaurante donde la cita había quedado acordada, en una pequeña pero inmaculada mesa; mas la señora Dallow todavía no estaba en escena, y tuvieron tiempo para ponerse cómodos desenfadadamente: tiempo para ocupar sus sitios y desdoblar sus servilletas, probar sus panecillos

crujientes, aspirar el aire sabroso y contemplar atentos la puerta, antes de que el habitual alzamiento de cabezas y detención de los tenedores, el tipo de revuelo que acompañaba a la mayoría de los movimientos de esta dama, anunciara su entrada. La dame de comptoir agachó y reagachó la cabeza, la gente se volvió a mirar, Peter y Nick se levantaron, hubo ruido de arrastrarse de sillas: Julia había llegado. Peter había relatado cómo se había detenido en el hotel de ella para traérsela consigo y la había encontrado, según su costumbre, aún no preparada en absoluto; viendo lo cual, temiendo que sus invitados llegaran primero a la cita y no se hallaran con un recibimiento adecuado, se había venido sin ella, dejándola que lo siguiera más tarde. Él no se había traído a un amigo, como era su intención, habiendo conjeturado que Julia preferiría una reunión puramente familiar si deseaba hablar sobre su candidato. Ahora ella estaba allí, contemplando la mesa y a su expectante parentela, despojándose de los guantes, dejando que su hermano le quitara la chaqueta, alzando las manos para efectuar algunos retoques donde su sombrero. Al final miró a Nick, sonriendo, pero sólo por un instante. Y le dijo a Peter:

— ¿Vamos a cenar aquí? Oh cielos, ¿por qué no has cogido un reservado?

Nick llevaba varias semanas sin verla para nada, y durante un año entero sólo la había visto en contadas ocasiones, pero los modales altivos y despreocupados de ella no habían sufrido alteración en el intervalo. Hablaba Julia a notable velocidad, como si el lenguaje no fuese en sí mismo un placer, como si quisiera desembarazarse de él lo antes posible; y su brusquerie era del tipo que los críticos amistosos explican en función de una supuesta timidez encubierta. A él la timidez nunca le había parecido una virtud consistente o una explicación verdadera de nada; sólo explicaba un resultado mediante otro resultado, dándole a una desagradable limitación otro nombre. Lo que sospechaba de Julia era que su mente tenía menos donaire que su persona; una impresión desagradable, de veras descalificadora, en la cual hasta ahora sólo había creído a medias. Era un caso en el que ella tenía derecho al beneficio de todas las dudas, y no debía ser juzgada de no mediar un proceso judicial completo. Entre tanto, Dormer le tenía miedo al proceso judicial completo (ésta es parcialmente la razón de que, recientemente, hubiera ido a verla tan poco), porque le tenía miedo al veredicto, miedo a cualquier cosa posible que disminuyera el placer que verdaderamente podía brindar la fuerza de la hermosura de ella. Había gente que la consideraba ruda, y él odiaba a las mujeres rudas. Si él se afianzase en tal impresión, o mejor dicho si tal impresión se afianzase en él, lo que aún complacía y lo que él admiraba en ella perdería demasiado de su atractivo. Si parece extraño que no hubiera sido todavía capaz de leer en el carácter de una mujer a quien había conocido desde niño, la respuesta es que ese carácter había crecido más rápidamente que las oportunidades de observación de Nick Dormer. El crecimiento de ese carácter era constante, mientras que la observación no era sino esporádica, aunque se

hubiese iniciado temprano. Si él hubiera intentado resumir para sí la situación, cosa que probablemente no había hecho, habría podido decir que la sensación que ella le causaba era demasiado agobiante; no se trataba de la coerción de lo maquinado, de lo impertinente, ni de la vulgar presión de las expectativas familiares, un deseo sospechado de que la apreciara lo bastante como para casarse con ella, sino de algo que constituía una mezcla de varios ingredientes distintos: de la sensación de que ella era imperiosa y generosa —pero probablemente más lo primero que lo segundo— y de un cierto presentimiento de un sino inevitable, la influencia de la idea de que él acabaría por aceptar aquello, de que se hallaba predestinado.

Esto lo había hecho no tener ningún deseo de conocer lo peor sobre ella: el deseo, no de ir acostumbrándose a ello con el tiempo, sino lo que era más característico en él: de interponer una ilusión provisional. Ilusiones y realidades y esperanzas y miedos, no obstante, se confundían cada vez que se encontraba con ella tras una separación. La separación, en lo que se refiere a verla a solas o a una charla prolongada, había sido ahora tolerablemente larga; había durado en realidad todo el tiempo desde su fracaso en recobrar su escaño. Le había sobrevenido la impresión de que ella juzgaba este fracaso bastante ásperamente, de que consideraba que él habría debido hacerlo mejor. Era parte de la tendencia imperiosa de ella, y una parte a la cual no resultaba fácil acomodarse en las presentes circunstancias. Si Nick hubiera ido a casarse con ella, habría llegado a un entendimiento con ella: la habría informado de su propia forma de ver las cosas a la vez que se habría informado de la suya. Pero el entendimiento, en el caso actual, podía insinuar demasiado que iba a casarse con ella. Se puede discutir con la esposa, porque hay compensaciones... para la esposa; pero uno puede no estar en condiciones de ofrecer prematuramente dichas compensaciones por el lujo de discutir.

No era que un lujo semejante no fuese a ser considerable, pensó Nick Dormer mientras la hermosa cabeza de Julia Dallow adoptaba de nuevo una pose ante él; un espíritu vivaz era cosa mejor que un espíritu alicaído a la hora de emparejarse equivocadamente, en cualquier momento y lugar. Ella tenía globalmente la misma tez que su hermano, pero como nada más en su rostro era igual, la semejanza entre ambos no era de las sorprendentes. La cabellera de ella era de un color castaño tan oscuro que habitualmente era considerada negra, y era tan abundante que un arreglo en pleno era requerido para mantenerla en discreta relación con el resto de su persona. Sus ojos eran de una tonalidad gris que era a veces juzgada demasiado clara; y no se hallaban hundidos en el rostro, sino situados bien en la superficie. Su nariz era perfecta, pero su boca era demasiado pequeña; y Nick Dormer, y sin duda otras personas también, a veces se había preguntado cómo había logrado su rostro, con una boca semejante, expresar decisión. Su tipo contribuía a ello, pues parecía alta (siendo en extremo esbelta) aunque no lo era; y su cabeza

describía movimientos y adoptaba poses que, aun cuando eran cuestión de como mucho media pulgada fuera de lo corriente, por este lado o por aquél, contribuían de uno u otro modo a ese aire de resolución y temperamento. Si no hubiese sido por su extremada delicadeza de línea y superficie, se la habría podido calificar de audaz; pero, tal como era, parecía simplificada e impasible: simplificada por el roce de una rica tradición e impasible con vistas a algún propósito. Y globalmente era hermosa, con el estilo puro de su dotada cabeza, su pelo como las tinieblas, sus ojos como un crepúsculo incipiente, su boca como una rara flor de color encamado.

Peter dijo que no había cogido un reservado porque conocía los gustos de Bidy; a ella le gustaba ver mundo (se lo había confesado), las personas dignas de curiosidad, el ir y venir del trajín de París.

— ¡Oh, todo sea por Bidy! —contestó Julia, sonriendo a la muchacha y tomando asiento. Lady Agnes y su hija mayor intercambiaron una de sus miradas, y Nick exclamó jocosamente que no veía por qué debía sacrificarse todo el grupo por una niña presumida. La niña presumida contestó sonrojada que nunca le había expresado ningún deseo semejante a Peter, ante lo cual Nick desveló, con humor más cáustico, que Peter lo había dispuesto todo así por tacañería: los había constreñido juntos en el salón público porque no le gustaban los precios de un cabinet. No se había traído a ningún invitado —ningún extranjero de consideración ni ningún pez gordo de la diplomacia— que los honrara, y ahora iban a ver la cena tan miserable que iba a ofrecerles. Peter lo apuñaló indignado con un largo panecillo, y Lady Agnes, que parecía estar aguardando alguna declaración por parte de la señora Dallow que no acababa de producirse, concluyó, con cierta frialdad, que ellos solos se bastaban de sobra para procurarse intimidad así como sociabilidad. Nick llamó la atención sobre esta hermosa frase de su madre y dijo que era endiabladamente límpida, mientras Grace y Bidy contemplaban a dúo el vestido de Julia. Nick se sentía nervioso, y bromeaba abundantemente para sobrellevarlo, con una ligereza que no impidió que Julia le dijera, pasados unos instantes—: Habrías podido venir a verme hoy, ya sabes. ¿No recibiste mi mensaje por intermedio de Peter?

—Ríñelo, Julia, ríñelo bien. Yo le insistí para que fuera —dijo Lady Agnes; y Grace sumó a esto su voz, con un «¡Oh, Julia, se lo merece!». Estas palabras, empero, no tuvieron el efecto que solicitaban, pues la señora Dallow tan sólo protestó, con una exclamación, a su modo rápido y seco, que eso sería otorgarle excesiva importancia a Nick. Era una de las cosas de ella que Nick Dormer calificaba mentalmente de inelegantes; el que una perversidad del orgullo o de la timidez siempre la hiciera defraudarlo a uno un poco si veía que se esperaba algo de ella. Nunca dejaba de desilusionar los arranques efusivos. Este vicio, sin embargo, era la última cosa de que habría consentido

Lady Agnes en ser acusada; y Nick, cuando le contestó a Julia que estaba seguro de que no la habría encontrado, no dejó de percibir el influjo sobre su madre de este rasgo de personalidad.

—Nick habría debido ir. Te lo debía —ahondó Lady Agnes—. Pero es bien cierto que habría corrido la misma suerte que nosotras. Fui con las chicas nada más terminar de comer. Supongo que te darían nuestra tarjeta.

—Él habría podido venir después de mi regreso —dijo la señora Dallow.

—Querida Julia, voy a ir a verte esta noche. He estado reservándome para eso —comentó Nick.

—Es obvio que nosotros no teníamos ni idea de cuándo regresarías —dijo Lady Agnes.

—Lo siento de veras. Debéis venir mañana. Detesto las visitas nocturnas —comentó Julia.

—Pues, en ese caso, ¿deambularás conmigo? ¿Errarás por todo París de mi brazo? —preguntó Nick, sonriendo—. ¿Quieres dar un paseo en coche de caballos conmigo?

— ¡Oh, sería la perfección! —exclamó Grace.

—Yo creía que íbamos a irnos todos juntos a algún sitio... al Hipódromo, Peter —dijo Bidy.

—Oh, no todos. ¡Sólo tú y yo! —dijo Peter, risueño.

—Yo me voy para acostarme. Me he ganado un descanso —suspiró Lady Agnes.

— ¿No nos puede llevar Peter? —preguntó Grace—. Nick puede llevarte al hotel, mamá, si Julia no está dispuesta a recibirlo, y yo puedo cuidar perfectamente de Peter y Bidy.

—Llévalas a algo entretenido; por favor, llévalas —le dijo la señora Dallow a su hermano. Su voz era cortés, pero había en ella una exigencia de asentimiento, y Nick reparó tanto en la indulgencia como en la inflexibilidad. —Estás cansada, pobrecita —continuó, ahora para Lady Agnes—. ¡Bonita cosa que te arrastren por todas partes de ese modo! ¿Por qué te has venido aquí?

—Mi madre se ha venido aquí porque yo me la he traído —dijo Nick—. Soy yo quien la ha arrastrado por todas partes. Me la he traído porque para ella es un pequeño cambio. Pensé que le sentaría bien. Y yo quería ver el Salón.

—No es mala época. Poseo un carruaje, que tienes que usar —prosiguió Julia para Lady Agnes—; no debes usar ninguna otra cosa. Te llevará a todas

partes. Te pasearé por aquí mañana.

Julia dejó caer estas palabras con el mismo estilo perentorio e informal de cualesquiera otras; pero Nick ya se había percatado, y se percató ahora de nuevo, con placer, de que la brusquedad de ella era perfectamente capaz de transmitir ternura. Para él era manifiesto de manera más que suficiente que durante el resto del tiempo que ella pudiera estar cerca de su madre, la trataría con innumerables muestras de cariño. Y les regalaría cosas a las chicas (de eso tuvo un presentimiento secreto); caros objetos parisienses, acaso no enteramente útiles.

Lady Agnes era una mujer que guardaba las distancias y medía las reciprocidades; pero era tanto demasiado astuta como demasiado justa como para no mostrar agradecimiento ante la más mínima manifestación que pudiera contarse, o bien técnicamente o bien esencialmente, como un favor.

— ¡Julia querida! —exclamó receptiva; y su tono hizo que esta brevedad en cuestión de reconocimiento bastara. Lo que Julia había dicho era todo lo que ella demandaba. —Es tan interesante el asunto de Harsh —añadió—. Estamos interesadísimos.

—Sí, Nick lo parece. Merci, pas de vin. Es exactamente lo que necesitabas, ya sabes.

—De sobra lo sabe. Está agradecidísimo. De veras que es muy amable por tu parte.

—Me haces un grandísimo honor, Julia —dijo Nick.

— ¡No seas fastidioso! —exclamó la señora Dallow.

—Ya hablaremos de ello más tarde. Por supuesto hay un montón de cuestiones —prosiguió Nick—. Pero ahora seamos simplemente cordiales. De algún modo Harsh es en buena medida una nota falsa aquí. A tout à l'heure!

—Mi querido amigo, se te ha pegado exactamente el tono del señor Gabriel Nash —observó Peter Sherringham.

— ¿Quién es el señor Gabriel Nash? —preguntó la señora Dallow.

—Nick, ¿es un caballero? Bidy así lo afirma —intervino Grace Dormer antes de que la pregunta fuera contestada.

—Se supone que cualquiera a quien traiga Nick a comer con nosotros... —protestó Lady Agnes.

— ¡Ay, Grace, con tu tremendo nivel de exigencia! —dijo su hermano; mientras tanto, Peter Sherringham le explicaba a Julia que el señor Nash era el nuevo mentor u oráculo de Nick, a quien además ella conocería si acudía a tomar el té en sus habitaciones.

—No tengo el menor deseo de conocerlo —declaró Julia—, ni tan siquiera el que tengo de discutir sobre Harsh y aburrir al pobre Peter.

—Oh, desde luego, querida, me aburrirías —dijo Sherringham.

—Cada cosa a su tiempo, entonces. Seamos en todo caso cordiales. Sólo que debes enseñarme en qué sentido —prosiguió la señora Dallow para Nick—. ¿A qué se refiere, prima Agnes? ¿Quiere que apuremos la copa de vino, que hagamos ostentación de réplicas chistosas?

—Lo harás muy bien —dijo Nick—. Estás encantadora esta noche.

—Ve al té de Peter, Julia, si quieres algo emocionante. Verás a una muchacha maravillosa —espetó Bidy, sonriéndole a Peter.

—Maravillosa ¿para qué?

—Para creer que sabe actuar, cuando no sabe —dijo la bribonzuela de Bidy.

— ¡Cielo santo, a qué personas conocéis! Detesto a la gente teatral de Peter.

—Y ¿no vas a regresar, Julia? —preguntó Lady Agnes.

— ¿Al hotel dices?

—No, querida, a Harsh, para echarle un vistazo a todo.

—Me están ahogando en telegramas. Aún no sé.

—Supongo que no hay duda de que a él lo aceptarán —decidió ahondar Lady Agnes.

— ¿Quiénes aceptarán a quién?

—Vaya, la gente del lugar... y el partido; los que le ofrecen a un caballero presentarse. Hablo de mi hijo.

—Aceptarán a la persona que yo quiera que acepten, con seguridad. Hay tanta gente en esto, de un modo o de otro; es horroroso. Me gusta cómo eres apropiado ahí —añadió la señora Dallow para Nick Dormer.

—A mí también —dijo él devolviéndole una sonrisa; y pensó que era encantadora en ese momento, porque se mostraba alegre y sociable, y dispuesta de veras, aun cuando pudiera alegar incompetencia, a comprender cuán jocosa podía resultar una cena en una tabernucha de una ciudad en el extranjero. Estaba de buen humor, o iba a estarlo, y no solemne, ni rígida, ni indiferente, ni arrogante, ni ninguna de las cosas que les parecía habitualmente a quienes no la apreciaban, y que incluso a veces le parecía un poco a él. El espíritu de la jovialidad, en algunas naturalezas frías, se manifiesta de un



modo no enteramente afortunado: su esfuerzo por divertir y por divertirse recuerda en demasía el baño del hipopótamo. Pero cuando la señora Dallow asumía una actitud desenfadada, se sentía que se podía confiar en que sabría atravesar sana y salva la experiencia.

Para ser una familia de luto, la cena resultó animada; tanto más cuanto que, antes de que hubiese transcurrido la mitad, Julia había establecido que su hermano, absteniéndose del espectáculo inferior, llevaría a las chicas al Théâtre Français. Fue idea de ella, y Nick tuvo ocasión de observar cómo se prestaba con éxito una idea a no ser controvertida cuando procedía de Julia. Incluso el programa parecía haber sido preconcebido para resultar adecuado, exactamente lo apropiado para el descaro de la joven personita: *Il ne Faut Jurer de Rien* y *Mademoiselle de la Seiglière*. Peter era todo buena disposición, pero era Julia quien había dispuesto así a Peter, incluso mandando a buscar el periódico (su hermano, por algún extraño accidente, no sabía la cartelera de aquella noche), y tranquilizando a Bidy, que se hallaba contenta pero ansiosa (no fuera a ser que ya no consiguieran localidades, que resultara demasiado tarde para ellos). Peter siempre podía conseguir localidades: una palabra suya y el mejor palco estaba a su disposición. Julia le hizo escribir esa palabra en una tarjeta, y supervisó que un mensajero fuera despachado con ella a la Rue de Richelieu; y todo esto se hizo sin estrépitos o insistencias, sin darle importancia y con autoridad. El palco quedó apalabrado; el carruaje, tan pronto como hubieron acabado el café, se encontró allí; Peter se marchó en él con las chicas, quedando establecido que lo mandaría de vuelta; Nick se sentó a aguardarlo, ante los restos de la comida, con las dos mujeres; y luego su madre fue destinada al coche y enviada a sus habitaciones; y todo el rato fue Julia quien gobernó el orden de los acontecimientos.

—Sé simpático con ella —le dijo en voz baja Lady Agnes a Nick cuando él la acomodó en el vehículo a la puerta del restaurante; y él adivinó que a su madre la tranquilizaba haberlo dejado sentado allí con la señora Dallow.

Nick tenía todo el deseo del mundo de ser simpático con ella; si las cosas sucedían como ella quería, aquello era testimonio de una cierta energía que había en ella: la energía de dar por supuesto que así sucederían. Julia tenía sus salidas inhabituales —algunas de ellas eran muy de agradecer—, y cuando se hallaba de un humor como el de esta velada, liberalmente autoritario, él estaba deseoso de alentar sus supuestos. Mientras aguardaban el regreso del carruaje, que se había marchado con su madre, ella se sentó enfrente suyo, con los codos sobre la mesa, jugueteando primero con uno y luego con otro de los objetos de los que estaba llena; tras cinco minutos de lo cual, exclamó:

— ¡Oh, vámonos! —Y se levantó abruptamente, pidiendo su chaqueta. Él le dijo algo sobre que el carruaje había recibido órdenes de volver a por ellos, y ella repuso—: ¡Bueno, pero puede volver a irse! —Y añadió—: No quiero

coche; quiero caminar.

Y en un momento se fue del lugar, con las personas de las mesas volviéndose de nuevo y la cassière tambaleándose en su elevado asiento. En la calzada del bulevar miró a un lado y al otro: había gente sentada ante mesitas, a la puerta; había gente por toda la ancha extensión del asfalto; había una profusión de luz y una saturación de sonido; y por doquier, aun cuando el establecimiento donde habían estado cenando no se hallaba en lo más grueso del fragor, los testimonios de un gran negocio del placer, ese aspecto nocturno de París que lo representa como un inmenso mercado de sensaciones. Pasado el Boulevard des Capucines, la ciudad brillaba a través de la cálida noche como un vasto bazar; y enfrente del Café Durand se erguía teatral la Madeleine, un décor elevado y prodigioso, ante las candilejas de la Rue Royale.

— ¿Adónde podemos ir, qué podemos hacer? —preguntó la señora Dallow, mirando a su acompañante y un poco para sorpresa de éste, ya que él se había figurado que sólo quería irse a su alojamiento.

—Adonde quieras. Esto está tan agradable que podemos dar un paseo en carruaje, en lugar de metemos en un interior. Podríamos ir al Bois. Sería agradable.

—Sí, pero no sería caminar. De todas formas, no importa. El clima es tan suave que es apropiado para cualquier cosa: para sentarse al aire libre, como todas estas personas. Y nunca he caminado por París de noche; me agradaría.

Nick dudó:

—Es posible, pero no les está particularmente recomendado a las mujeres.

—No me importa, si me da por hacerlo.

—Muy bien, en ese caso. Caminaremos hasta la Bastilla, si te parece.

Julia dudó, a su vez, todavía mirando en derredor, y repuso:

—Está demasiado lejos; estoy cansada; nos sentaremos aquí. —Y se dejó caer junto a una mesa vacía, en la terraza de Monsieur Durand—. Esto estará bien; es lo bastante agradable, y podemos contemplar la Madeleine; eso es respetable. Si tenemos que tomar algo, tomaremos un madère: ¿es eso respetable? ¿No particularmente? Tanto mejor. ¿Qué están tomando esas personas? ¿Bocks? ¿Por qué no tomamos bocks? ¿Son muy vulgares? En ese caso me tomaré uno. Me lo he pasado tan maravillosamente bien... he estado en Versailles: je me dois bien cela.

Ella insistió, pero hubo de decretar —cuando les fue servido— que el fluido líquido del largo vaso era muy desagradable. Nick se sentía perplejo, reflexionando que no era para una conversación semejante para lo que su

madre lo había dejado con tanta complacencia; y cierto es que también él experimentó, como la habría experimentado su madre, su dosis de desconcierto al observar que transcurría cosa de media hora sin que su prima dijera nada sobre Harsh.

La señora Dallow se echó hacia atrás contra el cristal iluminado del café, cómoda y cautivada, contemplando a los transeúntes, las tiendas de enfrente, el movimiento de la plaza que tenía delante suyo. Habló sobre Londres, sobre las noticias que le habían enviado en su ausencia, sobre Cannes y las personas que había visto allí, sobre su pobre hermana política y su progenie numerosa, y sobre dos o tres hechos excéntricos que habían tenido lugar en Versalles. Discurseó considerablemente sobre sí misma, mencionando ciertas cosas que se proponía hacer a su regreso al pueblo, sus planes para el resto de la temporada. Su carruaje llegó y se quedó allí, y Nick preguntó si debía despacharlo; ante lo cual ella dijo: «No, que se quede un poco». Se quedó bastante, y luego ella le dijo a Nick que lo despidiera: irían caminando al hotel. Lo cogió del brazo y se fueron por el bulevar, por la acera derecha, hasta la Rue de la Paix, hablando apenas el uno con el otro durante el desplazamiento; y entonces llegaron al hotel de ella y subieron a sus habitaciones. Todo lo que ella había dicho durante el paseo era que estaba cansadísima de París. Había en su salón una lámpara con pantalla, no muy potente, pero las ventanas estaban abiertas y la luz de la calle, con su murmullo no molesto, como si todo se deslizara sobre caucho, ascendía a través de los intersticios del balcón y producía un vago resplandor y un revoloteo de sombras en el techo. Apareció la criada, rompiendo su intimidad unos instantes; y, cuando se hubo retirado, Julia le dijo de repente a su acompañante:

— ¿Te importaría decirme lo que te pasa?

— ¿Lo que me pasa?

— ¿No quieres presentarte?

—Haré cualquier cosa por complacerte.

— ¿Por qué tendrías que complacerme?

—Caramba, ¿no es como se te trata? —preguntó Nick.

—Se me trata mejor cuando se es un poco serio.

—Mi querida Julia, me parece que soy todo lo serio que el caso exige. Sin duda no es una ocasión para ponerse demasiado solemne, la idea de meterse en un pueblecito indigesto y soltar un montón de majaderías.

— ¿Por qué las llamas «majaderías»?

—Porque no se me ocurre otro nombre que, en conjunto, las describa igual

de bien. Ya conoces de qué se trata. ¡Vamos!, las has escuchado bastantes veces, para empezar y para terminar. Uno se sonroja ante ellas cuando las ve impresas, en los periódicos locales. Los periódicos locales... ah, sólo pensar en ellos me hace desear quedarme en París.

—Si no hablas bien, la culpa es sólo tuya: sabes hacerlo, y perfectamente. Y normalmente así lo haces.

—Siempre lo hago, y de eso me abochorno. Le he cogido el maldito truco a la charlatanería. Hablo primorosamente. Sé producirlo, una verdadera catarata, sin dar tiempo a respirar. Cuanto mejor es, peor es; la clase es tan inferior. No tiene nada que ver con la verdad o con su búsqueda; nada que ver con la inteligencia, o la franqueza, o la honradez. Es una apelación a todo lo que uno desprecia en su interior —prosiguió el muchacho—, a la estupidez, a la ignorancia, a la cerrazón, al gusto por los tópicos y las frases hechas, al amor a las palabras idiotas y huecas, a cerrar fuertemente los ojos y hacer ruido. ¿Acaso los hombres que sienten respeto unos por otros o por sí mismos se hablan entre sí de ese modo? Saben que merecerían una patada si tan sólo lo intentaran. Un hombre se sonrojaría de decirse a sí mismo en la oscuridad de la noche las cosas que se sube a una tribuna a la cruda luz del día para meter en los oídos de una multitud cuya inteligencia dice estimar. —Nick Dormer permanecía de pie junto a una de las ventanas, con las manos en los bolsillos. Había estado mirando hacia fuera, pero conforme sus palabras se siguieron más rápidas unas a otras se volvió hacia la señora Dallow, que se había dejado caer sobre un sofá con su rostro en dirección a la ventana. Ella le había dado los guantes y la chaqueta a su criada, pero había conservado el sombrero; y se adelantó un poco mientras estaba sentada, con las manos unidas en el regazo y los ojos hacia su acompañante. La lámpara, en un rincón, se hallaba tan gruesamente velada que la habitación estaba en una moderada oscuridad, iluminada casi con la misma potencia desde la calle, desde los brillantes escaparates de enfrente. —Por consiguiente, ¿para qué mostrarse altisonante y pretencioso en este tema, como un editorial periodístico? —añadió Nick, con una sonrisa.

Ella continuó mirándolo por un momento después de que él hubiese dejado de hablar; entonces dijo:

—Si no quieres presentarte, no tienes más que decirlo. No hace falta que des razones.

— ¡Es muy amable por tu parte intentar ahorrármelas! Pero es que soy el hombre de las razones; ése es mi fuerte, ¿no lo sabes? Tengo muchísimas más aparte las que ya he mencionado, preparadas y listas para su entrega. Lo extraño del caso es que no siempre mandan sobre mi comportamiento. Me da la impresión de que sí que quiero presentarme.

—Entonces lo que has estado diciendo hace un momento era un discurso —comentó la señora Dallow.

— ¿Un discurso?

—Una «majadería», una charlatanada de campaña electoral.

—No, esas grandes verdades siguen en pie, y un buen montón de otras. Pero una voz interior me dicta que debo hacerlo. Y será mucho más elegante abrazar esta oportunidad, aceptando tu cooperación, que aguardar hasta alguna otra y ser desposeído de esa ventaja.

—Estaré contentísima de ayudarte donde sea —dijo la señora Dallow.

—Gracias, endiabladamente —musitó el muchacho, aún de pie allí con las manos en los bolsillos—. Lo harás mejor en tu propio lugar, y no tengo derecho a negarme una ayuda semejante.

Julia sonrió ante esto durante un instante. Y dijo:

—No lo hago mal.

— ¡Ah, eres tan política!

—Por supuesto que lo soy; es lo único decente que se puede ser. Pero puedo ayudarte sólo si te ayudas a ti mismo. Puedo hacer muchísimo pero no puedo hacerlo todo. Si trabajas, trabajaré contigo; pero si te vas a meter en esto con las manos en los bolsillos, no tengo nada que hacer contigo. —Nick cambió al instante la posición de estos miembros, y se sentó en un sillón con los codos en las rodillas—. Eres muy inteligente, pero de verdad que has de tomarte algunas molestias. Las cosas no caen del cielo.

—Lo intentaré, lo intentaré. Tengo un gran aliciente —dijo Nick.

—Por supuesto que lo tienes.

—Mi madre, mi pobre madre. —A la señora Dallow se le escapó una pequeña exclamación, y él prosiguió—: Y, por supuesto, siempre, mi padre, el buen hombre. Mi madre es todavía más política que tú.

— ¡Seguro que lo es, y muy acertadamente! —dijo la señora Dallow.

—Y no sabe decirme, ni una pizca más que tú, qué piensa, en qué cree, qué es lo que desea.

—Perdona, yo sé decírtelo perfectamente. Hay algo que siempre deseo: impedirle el puesto a un conservador.

—Ya veo. Es una gran filosofía.

—Servirá estupendamente. Y deseo el bien del país. No me avergüenzo de eso.

—Y ¿sabes darme una idea de lo que eso es, el bien del país?

—Sé perfectamente lo que no es. No es lo que los conservadores quieren hacer.

— ¿Qué es lo que quieren hacer?

—Oh, me sería muy largo contártelo. Trapacerías de toda clase.

— ¡A ti te sería muy largo, y a ellos les sería aún más largo! Todo lo que quieren hacer es impedirnos a nosotros obrar. Por nuestra parte, nosotros queremos impedirles a ellos impedirnos. Es la mayor claridad de concepto que tenemos todos. Así es que, por un lado y por el otro, es un programa hermoso, lúcido, estimulante, cautivador.

—No confío en ti —replicó a esto la señora Dallow, echándose hacia atrás en su sofá.

— ¡Espero que no, Julia, de veras! —Nick hizo una pausa momentánea, todavía con el rostro dirigido hacia ella y con los codos en las rodillas; después continuó—: Eres una mujer muy dotada y de gran celo; pero no tienes ideas, ya sabes... lo que se dice ideas. Lo que primordialmente quieres es presidir una tertulia política; fundarla, mantenerla, convertirla en un éxito.

— ¡Mucho me conoces! —exclamó Julia; pero él vio a través de las sombras que se había sonrojado un poco.

—La tendrás, a su debido tiempo, pero yo no iré —siguió Nick.

—No puedes venir menos de lo que ya lo haces.

—Cuando digo que la tendrás, quiero decir que ya la tienes. Por eso no voy.

—Creo que no sabes lo que dices —dijo la señora Dallow—. Tengo una idea que es tan buena como cualquiera de las tuyas, cualquiera de éstas con que me estás obsequiando esta velada, me parece: la sencilla idea de que se debe hacer una cosa u otra por el país propio.

—«Una cosa u otra»; eso seguramente abarca todo el espectro. Hay algo que siempre se puede hacer por el país propio, que es no tener miedo.

—Miedo ¿de qué?

Nick Dormer dudó unos instantes, riendo; después dijo:

—Te lo contaré en otra ocasión. Es muy bonito hablar, con una facilidad tan engañosa, de ser candidato —añadió—. Pero no es algo ajeno a la cuestión el hecho de que no tengo dinero.

— ¿Cómo lo hiciste anteriormente? —preguntó la señora Dallow.

—La primera vez pagó mi padre.

— ¿Y la otra vez?

—Oh, el señor Carteret.

—Tus gastos no serán cuantiosos en absoluto; al contrario —dijo Julia.

—No pueden serlo. Lo espero de todo corazón.

—Por supuesto; pero ya lo sabes: quiero que lo hagas bien. —Hizo una pausa unos momentos, y luego añadió—: Naturalmente puedes enviarme a mí la factura.

—Gracias, endiabladamente; eres amabilísima. No puedo aceptar eso. —Nick Dormer se irguió mientras decía estas palabras, y anduvo de nuevo hasta la ventana; los ojos de su compañera estuvieron posados sobre él mientras él permanecía por un instante dándole la espalda—. Me las arreglaré de algún modo —siguió.

—El señor Carteret se sentirá encantado —dijo Julia.

—Seguramente, pero odio utilizar el dinero de los demás.

—Tonterías, cuando es por el bien del país. ¿No es por los demás?

— ¡Si sienten que recuperan la inversión de algún modo! —respondió Nick, volviéndose y buscando su sombrero—. Es asombrosamente tarde; debes de estar agotada. —La señora Dallow no respondió a esto, y él continuó su búsqueda, triunfando únicamente cuando se llegó hasta un rincón de la habitación más oscuro, al cual había sido relegado el sombrero por la criada de su prima—. El señor Carteret esperaría muchísimo si paga. Y tú también.

— ¡Me siento obligada a decir que lo haría! —Y la señora Dallow enfatizó este aserto con la forma como se incorporó—. Si sólo te vas a meter en esto para perder, mejor quédate al margen.

— ¿Cómo voy a perder, contigo? —preguntó el muchacho, sonriendo. Ella musitó una palabra, impaciente pero indistinguiblemente, y él continuó—: E, incluso si lo hago, habrá sido divertidísimo.

—Es divertidísimo —dijo Julia—. Pero lo más divertido de todo es ganar. Si no lo haces...

— ¿Si no lo hago? —repitió él, mientras ella dudaba.

—Nunca volveré a dirigirte la palabra.

— ¡Cuánto esperas, y eso que no pagas!

La respuesta de la señora Dallow fue una explicación de aquel comentario, que además abarcó el hecho de que, si recibían al día siguiente cierta

información (con la cual consideraba ella tener derecho a contar), información cuyo objetivo era demostrar que los conservadores se proponían luchar denodadamente por el escaño, para no perderlo otra vez, la señora Dallow esperaba de él que estuviera en el campo de batalla tan pronto como ella. El domingo era un día inútil; ella se marcharía de París el lunes.

—Oh, pelearán fuerte; pondrán a Kingsbury —dijo Nick, arreglando su sombrero—. Pondrán todos sus recursos, todos los que consigan. Y Kingsbury tiene una mujer muy atractiva.

—No tan atractiva como tu prima —aventuró la señora Dallow.

— ¡Cielos, no: una prima antes que una esposa, sea cuando sea! —Y Nick se rio en cuanto hubo dicho esto, como si la declaración hubiera tenido un lado embarazoso; pero la penitencia, tal vez, apenas lo arregló, por la exagerada mansedumbre burlona con que agregó—: Haré cualquier bendita cosa que me ordenes.

—Ven por aquí mañana, entonces, en cuanto den las diez. —Ella echó a andar, desplazándose hasta la puerta con él; pero antes de que la alcanzaran le inquirió, abruptamente—: Te ruego que me digas, ¿no deben los caballeros hacer algo, ser algo?

— ¿Ser algo?

—Si es que no aspiran a servir al Estado.

— ¿A hacer fortuna en política, quieres decir? Oh, cielos, sí, hay otras cosas.

— ¿Qué otras cosas, que puedan comparársele?

—Pues a mí, sin ir más lejos, me encanta el arte.

— ¿El arte?

— ¿Nunca has oído hablar de él? Me encanta endiabladamente la pintura.

Ante esto la señora Dallow frenó en seco, y sus hermosos ojos grises tuvieron por un momento el aspecto de estar saliéndosele de las órbitas.

— ¡No seas fastidioso! Buenas noches —dijo, dándose la vuelta y dejándolo irse.

Al día siguiente, Peter Sherringham le recordó a Nick haber prometido



estar presente con él durante la cita de Madame Carré con las mujeres que le había presentado a ésta Gabriel Nash; y al inicio de la tarde, cumpliendo lo acordado, los dos hombres dirigieron sus pasos hacia la Rue de Constantinople. Hallaron al señor Nash y a sus amigas en el saloncito, guarnecido de volantes, de la vieja actriz, quien, como se los hizo saber, había enviado una petición de diez minutos de gracia al hallarse atrapada en una lección: un ensayo de una comédie de salón, que iba a ser ofrecida con fines benéficos por una elevada dama, en el cual había accedido la vieja actriz a estar presente en calidad de asesora. La señora Rooth estaba sentada en un sofá de raso negro, con su hija a su vera, y Gabriel Nash deambulaba por toda la habitación, mirando las ofrendas votivas que convertían la pequeña vivienda ornada con paneles, decorada a base de blancos y dorados lívidos, en un museo del teatro: los regalos, los retratos, las guirnaldas, las diademas, las cartas, protegidos por marcos y cristales, los trofeos y tributos y reliquias reunidos por Madame Carré a lo largo de medio siglo de renombre. La profusión de estos testimonios era apenas más impresionante que la evidencia de algo ausente, de algo muy secreto, que parecía alzarse de todo aquello y volverlo melancólico, como una alusión a aplausos que, por la propia naturaleza de las cosas, ahora sólo podían estar presentes bajo la forma de silencio; de manera que si el lugar estaba repleto de historia, se trataba del modo sin los hechos, o —como mucho— de un aluvión del primero ante una pizca de los últimos: la historia de una máscara, una plasmación para la posteridad de movimientos en el vacío.

Algunos de los objetos que tenía en exposición la distinguida artista, sus primeros retratos, en litografía o en miniatura, representaban las costumbres y abarcaban el estilo de una época tan remota que Nick Dormer, mientras los contemplaba, sintió una avivada curiosidad por ver a la mujer que compaginaba el hecho de estar viva hoy con el de haber estado viva hacía tanto tiempo. Peter Sherringham ya conocía de qué manera se llevaba a cabo este milagro, pero con cada visita que el secretario de embajada le tributaba a Madame Carré crecía para él esta sensación, divertida y encantada, de que era un milagro, de que su extraordinaria vieja amiga había visto cosas que él nunca, nunca habría de ver. Eran precisamente las cosas que él más habría deseado ver, y la perduración de su amiga, su supervivencia, lo dejaban hacerse una agradable ilusión falsa y lo ayudaban un poco a intuir las. La valoración que Peter hacía del arte del actor era tan sistemática, que presentaba un aspecto como de anticuario, y aun a riesgo de pintarlo encadenado a una futilidad ha de decirse que hasta ahora no había conocido un pesar más agudo en su vida que el de haberse perdido la época precedente, en particular por haber llegado demasiado tarde para ver a la gran comédienne, la gloria de la escena francesa en los primeros años del siglo, de cuyo ejemplo y enseñanzas había tenido Madame Carré el inestimable beneficio. Esta última

le había descrito a menudo a su irrepetible predecesora, de cuyas manos había recibido directamente sus papeles más celebrados y de quien su propio estilo era a menudo una imitación religiosa; pero estas descripciones lo apesadumbraban más que consolarlo, al lograr tan sólo confirmar la teoría de Peter, que ya se había nutrido de gran parte de los datos suministrados por su sentido de la observación, de que el arte del actor, en general, iba cada vez más hacia abajo, descendiendo una pendiente donde se abrían a los pies abismos de vulgaridad, después de haber alcanzado la cúspide, hacía más de cincuenta años, en el talento de la referida mujer. Le habría gustado vivir siquiera un instante en los tiempos de apogeo.

Gabriel Nash les presentó los recién llegados a las acompañantes que había traído consigo; pero la más joven de las dos mujeres no dio señal de prestarse a esta transacción. La muchacha estaba blanquísima; estaba acurrucada allí, silenciosa y rígida, mortalmente aterrorizada, mirando fijamente, sin expresión alguna. Si Bridget Dormer la hubiese visto en el momento presente, habría podido sentirse vengada del desconcierto de que había sido víctima el día anterior, en el Salón, bajo la mirada desafiante de Maud Vavasour. Era obvio en la hora presente que la señorita Vavasour habría salido corriendo de no presentir que las personas que la rodeaban se lo impedirían. Su aspecto hizo que a Nick Dormer le pareciera como si el pequeño templo del arte donde se hallaban reunidos fuese la antesala de un dentista. Sherringham ya había visto una buena cantidad de muchachas nerviosas temblando antes del mismo calvario, y le gustaba ser amable con ellas, decir cosas que las ayudaran a sacar a la luz tanto talento como llevaran dentro de sí. Las probabilidades, llegado el caso, estaban casi abrumadoramente a favor de la posibilidad de que de todas maneras poseyeran cualquier otro talento que no fuera el dramático y que uno podría estimar en mayor grado; pero escasas veces lograba abstenerse de intervenir, incluso en contra de los mandatos de su conciencia, para evitar que el episodio resultara demasiado cruel. Sin duda que había episodios que apenas conseguían ser crueles en medida suficiente para castigar como se lo merecían ciertos ejemplos de ineptitud presuntuosa. Sherringham recordó lo que el señor Nash había dicho acerca de esta atormentada doncella, y se percató de que, aun cuando bien podía ser inepta, ahora era cualquier cosa menos presuntuosa. Gabriel se puso a charlar con Nick Dormer, y Peter se dirigió a la señora Rooth. Aún carecía de sentido decirle nada a la muchacha: estaba demasiado asustada incluso para oír. La señora Rooth, con su chal revoloteando a su alrededor, se arrimó cariñosamente a su hija, extendiendo la mano para cogerle una de las suyas, dulcemente; la señora Rooth tenía ojos hermosos, tan cortos de miras como de vista, una nariz larga y delgada, y un labio superior que sobresalía del inferior como una comisa ornamental descansa sobre su soporte.

—De esto dependen tantas cosas... ¡en realidad todo! —dijo la madre

como respuesta a alguna observación cordial de Sherringham—. O es esto —y paseó la mirada despacio y expresivamente por toda la habitación— o es... ¡no sé muy bien qué!

—Quizá somos demasiados —aventuró Peter, para su hija—. Pero en realidad ya verá usted cómo, después de que empiece en serio, lo hace mejor estando cuatro o cinco presentes.

Antes de contestar, la hija volvió la cabeza y elevó sus bellos ojos. Al instante inmediato Peter vio que estaban llenos de lágrimas. Las palabras que ella dijo, empero, si bien fueron pronunciadas con tono grave y profundo, carecieron de la nota de la vulnerabilidad:

— ¡Ah, no me preocupan nada ustedes tres!

Él se rio ante esto, y declaró que estaba muy bien dicho ¡y que si lograba ofrecerle a Madame Carré una muestra semejante...! La actriz entró antes de que él hubiera podido terminar su frase, y él observó la forma como la muchacha se incorporó lentamente para saludarla, colgándole un poco la cabeza y mirándola desde debajo de las cejas. No había sentimiento en el rostro de la muchacha: tan sólo una especie de vacío mental, originado por el terror, que ni siquiera poseía el mérito de resultar hermoso a su modo, pues más bien parecía supersticioso y estúpido. Y no obstante la cabeza tenía clase, observó él al mismo tiempo; era fuerte y sobresaliente y hecha para comunicar desde la distancia. Al principio Madame Carré apenas reparó en la muchacha, saludándola tan sólo en el orden que a ésta le tocaba dentro de la cola que había formado junto con los demás, y señaló asientos, componiendo el círculo con sonrisas y gestos, como si todos se hallaran frente a la concha del apuntador. La vieja actriz se aparecía, ante un escrutinio distraído, como una mujer de rostro escarlata con peluca, de ojos como gotas brillantes, nariz ganchuda y manos primorosas; pero Nick Dormer, que en cuestiones de fisonomía era perspicaz, observó sin tardanza que estas características obvias se complementaban con una buena cantidad de minuciosidades sutiles: una ceja, una fosa nasal, un aleteo de expresiones, como si una multitud de alambritos faciales fueran accionados desde el interior. Esta competente artista tenía en particular una boca que era manifiestamente un instrumento irrepetible, un par de labios cuyas curvas y hermosas comisuras sugerían una vida entera de «réplicas definitivas» asestadas inmaculadamente y de versos exquisitamente declamados, labios que contribuían a explicar la pureza de los sonidos emanados de esa boca. Globalmente, su rostro tenía el aspecto de una larga dedicación: de cosa infinitamente usada y desgastada, arrastrada y estirada hasta el exceso, con su elasticidad llevada hasta el límite y sus muelles aflojados, y sin embargo preservada milagrosamente y mantenida a punto, como un reloj antiguo y valioso, que acaso se estremeciera y retumbara pero respecto del cual podía confiarse en que daría la hora sin falta. Ante las

primeras palabras que pronunció la vieja actriz, Gabriel Nash exclamó simpáticamente:

—Ah, la voix de Célimène!

Célimène, que llevaba una gran flor roja en la cúspide de su densa peluca, tenía un aire de extrema grandiosidad, un marcado gesto en la cabeza, y otras diversas pequeñas majestuosidades de estilo; además de lo cual era extraña, casi grotesca, y para algunas personas habría sido hasta terrorífica, capaz de reaparecerse, con su intensa mirada, como inquietante visión en las tinieblas. Pidió excusas por haber hecho aguardar al grupo, y jugó con la boca y demás rasgos y miembros para remedar de la forma más extravagante, con entonaciones tan finas como una flauta, la conducta y las pretensiones de las bellas damas a quienes acababa de estar comunicando unas cuantas de las nociones básicas.

—Mais celles-là, c'est une plaisanterie —continuó, dirigiéndose a la señora Rooth—; mientras que usted y su hija, chère madame... estoy segura de que son otro cantar bien distinto.

La muchacha se había dejado de lágrimas y estaba contemplándola, y la señora Rooth se adelantó y dijo de modo insinuator:

—Conoce cuatro idiomas.

Madame Carré adoptó una de sus miradas histriónicas, echando hacia atrás la cabeza, y contestó:

—Le sobran tres. La cosa está en hacer algo con uno de ellos.

—Estamos muy seriamente decididas —continuó la señora Rooth, que hablaba un francés excelente.

—Me alegra oírlo. Il n'y a que ça. La tête est bien. La cabeza es muy buena —dijo, mirando a la muchacha—. ¡Pero veamos, hija mía, lo que tienes dentro de ella!

La muchacha se hallaba aún incapacitada para hablar; abrió los labios, pero nada salió de ellos. Tras el fracaso de esta tentativa volvió los ojos profundos y sombríos hacia los tres hombres.

—Un beau regard. Es de calidad —comentó Madame Carré.

Pero, incluso mientras esta mujer hablaba, la hermosa mirada de la señorita Rooth se sobrecargó de nuevo, y al momento siguiente había empezado a llorar. Nick Dormer saltó como movido por un resorte; se sentía turbado e intruso, tal era la falta de delicadeza que había en quedarse allí sentado contemplando la lucha a muerte de una pobre muchacha contra la timidez. Se produjo una confusión momentánea; también se vieron fluir las lágrimas de la

señora Rooth; Gabriel Nash comenzó a reírse, dirigiendo no obstante al mismo tiempo la más amistosa y cordial aprobación a sus acompañadoras, y Peter Sherringham se ofreció a retirarse inmediatamente con Nick si sus presencias le resultaban opresivas a la joven. Pero la agitación cesó en unos segundos; Madame Carré hizo levantarse a la señora Rooth de su asiento y ocupó el lugar de ésta junto a la muchacha, y Gabriel Nash explicó con sensatez a los otros jóvenes que la muchacha se pondría peor si se marchaban. La madre les pidió que se quedaran, «de modo que hubiera por lo menos algunos ingleses» (hablaba como si la vieja actriz fuese todo un ejército de francesas). La muchacha se recobró con rapidez, y Madame Carré, en el sofá a su vera, le cogió la mano y emitió una perfecta melodía de confortación:

—Los nervios, los nervios. Son la mitad de nuestro oficio. Ten todos los que quieras, si tienes también algo más. Voyons: ¿qué es lo que te sabes?

—Me sé algunas obras.

— ¿Algunas obras del répertoire?

Miriam Rooth se quedó mirando fijamente como si no entendiera.

—Me sé algunas poesías —dijo.

—Inglés, francés, italiano, alemán —dijo su madre.

Madame Carré le dedicó a la señora Rooth una mirada que expresó su irritación ante la reincidencia de la proclama:

— ¿Desea actuar en todos esos idiomas? Un diccionario no es un libreto.

—Es sólo para darle una idea de cómo ha sido educada.

—Ah, chère madame, ¡no hay educación que importe! Quiero decir, excepto la buena educación. Su hija debe de tener sin duda un lenguaje, como yo, como ces messieurs.

—Vea si sé hablar francés —dijo la muchacha sonriéndole tenuemente a su anfitriona. Ahora parecía casi como si se hubiera recobrado del todo.

—Lo hablas a la perfección.

—Y el inglés igual de bien —dijo la señorita Rooth.

—No deberías ser actriz: deberías ser institutriz.

—Ay, no hable así: ¡hacemos esto para evitarlo! —suplicó la señora Rooth.

—Estoy segurísimo de que su hija lo evitará —se sintió movido a decir Peter Sherringham.

— ¡Oh, si usted pudiera ayudarla! —exclamó la mujer, con patetismo.

—Tiene sin duda todas las cualidades que cautivan la atención —dijo Peter.

— ¡Es usted sumamente amable, señor! —declaró la señora Rooth, arreglándose elegantemente el chal.

—Se sabe Célimène; la he oído hacer de Célimène —le dijo Gabriel Nash a Madame Carré.

—Y se sabe Julieta, y Lady Macbeth, y Cleopatra —añadió la señora Rooth.

—Voyons, hija mía: ¿deseas trabajar para la escena francesa o para la inglesa? —inquirió la vieja actriz.

—La nuestra tiene una necesidad lamentable de gente como usted, señorita Rooth —intervino Sherringham galantemente.

— ¿No podría usted hablar con nadie en Londres? ¿No podría presentarla? —preguntó ilusionada su madre.

—Estimada señora, primero necesito oírla, y oír lo que dice Madame Carré.

—Su voz es de una rara belleza, y conste que entiendo de voces —dijo la señora Rooth.

—Ah, en ese caso, si tiene inteligencia tiene todas las dotes.

—Tiene una mente de lo más poética —profundizó la señora mayor.

—Me gustaría pintar su retrato; está hecha para ello —se aventuró a observarle Nick Dormer a la señora Rooth; en parte porque estaba fascinado por las virtudes de la muchacha como modelo, en parte para mitigar la crudeza de permanecer como espectador inexpresivo.

—Lo mismo dicen todos los artistas. He tenido tres o cuatro bustos de ella, si es que le interesa verlos: la han hecho en varios estilos diferentes. Si usted la hiciera, estoy segura de que eso le otorgaría celebridad a ella.

—Y a mí también —dijo Nick, riéndose.

— ¡Vaya que sí, tratándose de un miembro del Parlamento! —declaró Nash.

—Ah, ¿tengo el honor...? —musitó la señora Rooth, con aspecto halagado y maravillado.

Nick le explicó que no tenía el honor; y mientras tanto Madame Carré había estado haciéndole un interrogatorio a la muchacha.

—Chère madame, no puedo hacer nada con su hija: ¡sabe demasiado! —

irrumpió la vieja actriz—. Es una pena, porque me gusta cogerlas en estado salvaje.

— ¡Oh, es salvaje de sobra, si es eso lo que busca! Y ése es el quid primordial: la cuestión de en qué probar —continuó la señora Rooth—. ¿Hacia dónde la estoy lanzando?... ¿hacia qué mar proceloso y amenazador? He pensado en ello con tanta ansiedad.

—Pruebe aquí, pruebe el pueblo francés: es con mucho el más serio —dijo Gabriel Nash.

—Ah, no, pruebe el inglés: ¡hay unas oportunidades tan infrecuentes! —exclamó Sherringham, en pronta oposición.

—Ah, no se trata del público, queridos caballeros. Se trata del aspecto privado, las otras personas... la vida... el ambiente moral —dijo la señora mayor.

—Je ne connais qu'une scène... la nôtre —afirmó Madame Carré—. Me han contado que no existe otra.

—Y con gran veracidad —dijo Gabriel Nash—. El teatro en nuestras tierras es pueril y bárbaro.

—Se puede hacer algo por él, y quizá mademoiselle sea la persona indicada —insinuó Sherringham, pendenciero.

—Ah, pero, en attendant, ¿qué puede hacer él por ella? —preguntó Madame Carré.

—Pues cualquier cosa que yo pueda contribuir a que haga —dijo Peter Sherringham, que estaba cada vez más impresionado por el magnífico porte de la muchacha. Miriam Rooth estaba sentada en silencio mientras esta discusión tenía lugar, mirando de un interlocutor a otro con un aire suspenso, vacío.

— ¡Ah, si juega usted con cartas marcadas, la felicito, mademoiselle! —dijo la vieja actriz, subrayando las palabras como había subrayado a menudo palabras semejantes sobre el escenario. Le sonrió con amplia indulgencia a la joven aspirante, quien pareció no comprenderla. Su tono penetró, no obstante, hasta ciertas profundidades de la naturaleza de la madre, añadiendo un bamboleo más a aguas ya agitadas.

—Me siento responsable de lo que ella pueda encontrarse en la vida, en los criterios, del teatro —explicó la señora Rooth—. ¿Dónde se halla el ambiente más puro, dónde los criterios más elevados? Es lo que busco —continuó la buena señora, con un candor persistente que arrancó de Gabriel Nash una carcajada irrespetuosa pero cordial.

—El ambiente más puro... qu'est-ce-que-c'est que ça? —exigió Madame

Carré, con el estilo más elegante de la comedia moderna.

—Somos muy, muy decentes —insistió la señora Rooth, sonriendo y adquiriendo ligereza, también—. Lo que deseo es colocar a mi hija donde la conducta (y la plasmación de ésta en que deba tomar parte) no sea absolutamente aberrante. Y ahora, chère madame, ¿qué me dice de eso?, ¿qué hay de la conducta en el teatro francés: las cosas que ella vería, las cosas que oiría?

—Me parece que no entiendo a qué se refiere. Son las cosas que vería y oiría en cualquier otra parte; sólo que están mejor hechas, mejor dichas. La única conducta que concierne a una actriz, en mi opinión, es la suya propia, y el único modo en que debe comportarse es no ser una negada. No conozco otra buena conducta.

—Pero hay personajes, hay situaciones que no creo que me gustara verla a ella encarnar.

— ¡Hay muchas, sin duda, que haría bien no tocándolas! —dijo riéndose la francesa.

—No me gustaría verla representar a una mujer perversísima... a una verdaderamente perversa —continuó la señora Rooth, con serenidad.

—Ah, entonces en Inglaterra, y en su teatro, ¿todo el mundo es bueno? Sus obras deben ser aún más ingeniosas de lo que suponía.

—No tenemos obra ninguna —dijo Gabriel Nash.

—La gente las escribirá para la señorita Rooth. Será una nueva era —comentó Peter Sherringham, con optimismo desenfrenado, o en todo caso combativo.

— ¿Lo hará usted, señor? ¿Hará algo? ¿Crearé algún personaje femenino verdaderamente noble? —preguntó la señora mayor, conmovidamente.

—Oh, ya me conozco lo que hacen ustedes con nuestras obras ¡para mostrar la virtud superior de ustedes! —irrumpió Madame Carré, antes de que Peter tuviera tiempo de contestar que él sólo escribía memorándums diplomáticos—. ¿Mujeres perversas? Je n'ai joué que ça, madame. ¿«Verdaderamente» perversas? ¡Yo he intentado hacerlas auténticas!

—Me sé L'Aventurière —interrumpió Miriam, con una entonación fría que pareció dar a entender la existencia de una falta de sintonía con las preocupaciones maternas.

—Proporcionémos el placer de oírla, en ese caso. Madame Carré le dará la réplique —dijo Peter Sherringham.

—Por supuesto, hija mía; puedo darla sin necesidad de libreto —respondió



Madame Carré—. Ponte aquí, aparta esa silla un poquito. —Y acarició a su joven invitada, alentándola a erguirse, consultando con ella la escena que escogerían, mientras los tres hombres saltaban como resortes para disponer un lugar para la representación. Miriam dejó su asiento y miró vagamente en derredor; después, habiéndose quitado el sombrero y habiéndoselo entregado a su madre, se colocó en el lugar designado, con los ojos mirando al suelo. Abruptamente, sin embargo, en vez de comenzar la escena, Madame Carré se volvió hacia la señora mayor con un aire que indicaba que una réplica a los comentarios, de unos momentos atrás, de su visitante había estado reuniendo fuerzas en sus entrañas—: Usted confunde las cosas, chère madame, y me siento obligada a decírselo. Creo que es el mismo caso de muchos otros ingleses, y nunca me ha parecido que ni la moralidad ni el talento de ustedes hayan salido ganando. Ser demasiado respetable para ir a donde las cosas se hacen mejor es, en mi opinión, ser viciosísimo de veras; y hacerlas mal con vistas a preservar la virtud es caer en una ordinariez más redomada que cualquier otra. Hacerlas bien es suficiente virtud; y la única respetabilidad, no convertirlas en un fiasco. Cuesta lo bastante para merecer el Paraíso. ¡Todo lo demás son infames bobadas! ¡Voilà, chère madame, la respuesta que tengo para sus escrúpulos!

— ¡Ha estado admirable, admirable; y me alegro de que mi amigo Dormer aquí presente haya tenido el gran privilegio de oírla pronunciar esas palabras! —exclamó Gabriel Nash, mirando a Nick.

Nick lo consideró, en efecto, un discurso lleno de apreciaciones inteligentes sobre el tema, pero más bien se resintió de la impresión expuesta por Nash de que se figuraba que esas palabras lo sorprenderían como una revelación; y para demostrar su ya viejo trato con el modo de pensar que implicaban, así como para representar agradecidamente su papel entre el pequeño círculo, le observó a la señora Rooth, como si hubieran de dar muchas cosas por ya hechas:

—En otras palabras, su hija debe encontrar su salvaguarda forjándose una conciencia artística.

Pero no bien acabó de hablar, se percató, impresionado, de cuán inhabitual era estar discutiendo tan en público, y ante las propias narices de la pobre muchacha, las condiciones que a la señorita Rooth tenían que parecerle las mejores para la preservación de su integridad espiritual. Empero, la anomalía era amena y nada opresiva, pues los ecos de una discusión en público de cuestiones delicadas parecían aferrarse con suma familiaridad en la egocéntrica habitacioncita. Además, la protagonista del evento estaba deshaciéndose obviamente de su turbación; era la sacerdotisa en el altar, aguardando la prosecución del solemne ceremonial y con el pensamiento puesto sólo en él. Era admirable su cabeza descubierta, que ella había

cambiado de postura, manteniéndola erguida, mientras los brazos le colgaban a los costados; y sus ojos escrutaban directamente hacia el exterior de la ventana, hacia las casas de la acera de enfrente en la Rue de Constantinople.

La señora Rooth había escuchado a Madame Carré con atención asombrada y respetuosa, pero Nick, estudiándola, estuvo segurísimo de que no había comprendido la pequeña perorata de su anfitriona. Sin embargo ello no le impidió a la madre exclamar, respondiéndole a él:

—Ah, una hermosa vida artística... ¿qué hay en el mundo más bello que eso?

Peter Sherringham no había dicho nada; estaba contemplando a Miriam y su actitud. Ella llevaba un vestido negro, que caía en pliegues rectos; su rostro, bajo sus móviles cejas, era pálido y de rasgos regulares, de una hermosura extraña, poderosa, trágica. «No sé qué es lo que tiene —se decía a sí mismo—; nada, se diría, dado su persistente vacío mental. ¡Pero un rostro como ése, una cabeza semejante, vale una fortuna!». Madame Carré la hizo comenzar, proporcionándole la primera frase del parlamento de Clorinde («Vous ne me fuyez pas, mon enfant, aujourd'hui»), Pero la muchacha persistió en tartamudear, y por un instante pareció hacer un esfuerzo convulsivo y vano. En dicho esfuerzo frunció el entrecejo portentosamente; su baja frente sobresalió por encima de los ojos; los propios ojos, en la sombra, miraron fijamente, espléndidos y fríos, y sus manos se afianzaron en los costados. Presentó un aspecto austero y terrible, y durante ese instante fue de veras toda una aparición, la vividez de todo lo cual arrancó de Sherringham una exclamación ahogada.

—Elle est bien belle... ah, ça! —murmuró la vieja actriz; y, durante la pausa que aún precedió a la emisión de sonidos por los labios de la muchacha, Peter se volvió a su pariente y le dijo en voz baja:

—Debes pintarla así como está.

— ¿Así como está?

—Como la Musa Trágica.

Miriam comenzó a hablar: una voz estirada, esforzada, incolora y sin atractivo salió trémula de su joven garganta. Declamó los diálogos de Clorinde, en el hermoso encuentro con Célie, en el tercer acto de la obra, con una monotonía ruda, y luego, adquiriendo confianza, cambió a hacerlo con un esfuerzo de modulación que no estuvo enteramente logrado y que ella evidentemente notó que no lo había estado. Madame Carré le devolvió la pelota sin necesidad siquiera de alzar la mano, repitiendo una vez más los parlamentos de Célie, que su memoria conocía al dedillo por haberle sido adjudicados tantas veces, y pronunciando los versos con un arte delicado y

cautivador. Así representaron toda la escena, y cuando ésta hubo acabado no había sido exactamente un triunfo para Miriam Rooth. Sherringham se abstuvo de mirar a Gabriel Nash, y Madame Carré dijo:

—Opino que tienes voz, ma fille, en un sitio u otro. Debemos sondear y localizarla.

Entonces le preguntó a la muchacha qué instrucción había recibido, y ella, elevando las cejas, miró a su madre mientras ésta le refrescaba la memoria:

—La señora Delamere, en Londres, quien una vez fue la honra de la escena inglesa. Da clases sólo a muy poquitos; es un honor que no está al alcance de cualquiera. ¡Qué persona tan encantadora! Pero, sobre todo, el Signor Ruggieri: pienso que él nos lo enseñó casi todo.

La señora Rooth explicó que dicho señor era un actor trágico italiano, en Roma, que le había inculcado a Miriam el estilo apropiado de hablar la lengua de él, y asimismo el arte de declamar y gesticular.

—De gesticular, no cabe duda —dijo su anfitriona—. Los italianos se mueven como si se dirigieran a sordos, enfatizan como si se dirigieran a ciegos. La señora Delamere es con toda seguridad un epítome de todas las virtudes, pero nunca he oído hablar de ella. Viajan ustedes demasiado —prosiguió Madame Carré—; resulta muy entretenido, pero la forma de estudiar es quedarse en casita, encerrarse a cal y canto, y trabajar con ahínco sobre las dotes propias. —La señora Rooth se quejó de que no tenían casita en que quedarse; en respuesta a lo cual la vieja actriz exclamó—: Oh, ustedes los ingleses son d'une légèreté à faire rougir. Si no tienen casita deben buscársela. En nuestra profesión es el primero de los requisitos.

—Pero ¿dónde? ¡Es lo que me pregunto! —dijo la señora Rooth.

— ¿Por qué no aquí? —inquirió Sherringham.

— ¡Ay, aquí! —Y la señora mayor negó con la cabeza, gesto que encerró un mundo de insinuaciones.

—Vénganse a vivir a Londres, y entonces tendré la oportunidad de retratar a su hija —intervino Nick Dormer.

— ¿Son ésas todas las ventajas, querido amigo mío? —preguntó Gabriel Nash.

—Ah, Londres está atestado de recuerdos —continuó la señora Rooth—. Mi padre tenía allí una gran casa, donde siempre nos alojábamos. Pero de todo eso ya no queda nada.

—Que estudie aquí y que luego vaya a Londres para presentarse ante el público —dijo Peter Sherringham, sintiéndose superficial hasta mientras

estaba hablando.

— ¿Para presentarse ante el público en francés?

—No, en la lengua de Shakespeare.

—Pero eso no se estudia aquí.

—Monsieur Sherringham quiere decir que él le dará lecciones —explicó Madame Carré—. No vacilaré en afirmarlo: es un crítico excelente.

— ¿Cómo sabe eso, usted que es perfecta? —preguntó Sherringham; pregunta cuya respuesta fue obliterada por el hecho de que la muchacha se despabilara para proclamar que sabía recitar las Nuits de Alfred de Musset.

—Diable! —dijo la actriz—. ¡Eso está fuera de mi alcance! Pero claro que sí, haznos una demostración.

La muchacha se puso otra vez en posición y desplegó ante su público un fragmento de una de las espléndidas conversaciones del poeta De Musset con su musa: lo desplegó con sonoridad y altivez, lo lanzó y lo derribó por toda la habitación. Madame Carré la escudriñó al principio, pero tras unos pocos instantes cerró los ojos, aun cuando la parte mejor de esta exhibición estaba en lo visual. Sherringham había supuesto que Miriam se hallaba avergonzada por lo limitado de su primera tentativa, pero ahora se percató de que la muchacha ni era consciente de ello; se mostraba más bien expansiva, jubilosa y arrojada. Hizo un embrollo de los divinos versos, a los cuales, pese a ciertas sonoridades y cadencias —un esfuerzo obvio de imitar a una actriz célebre, una colega de Madame Carré, a quien había oído declamarlos—, dio salida como si no tuviera más que una tenue idea de su significado. Cuando hubo terminado, Madame Carré no ofreció su veredicto; se limitó a decir:

—Quizá sería mejor que probaras con algo inglés.

Le sugirió que fuera algún pequeño poema... alguna fábula, si es que había fábulas en el idioma inglés. Pareció sorprenderse bastante poco cuando la hicieron saber que no las había: era un idioma del que podía esperarse tan poco. La señora Rooth dijo:

—Se sabe a Tennyson de memoria. Creo que es más profundo que La Fontaine.

Y, tras ciertas deliberaciones y demoras, Miriam se midió con *The Lotos-Eaters*, de lo cual pasó directamente, casi sin recobrar el aliento, a Edward Gray. A estas alturas Sherringham ya la había visto realizar cuatro intentos diferentes, y el único criterio general que se le imponía sin remedio era que ella había tratado estas composiciones tan disímiles con exactamente la misma entonación: un compás solemne, monótono, cansino, adoptado con pretensiones de pathos, una idea bastante cruda de lo que es el «estilo».

Resultaba fúnebre, y a la vez resultaba tosco y pueril. Sherringham había considerado su recital inglés menos fútil que el francés, pero sabía que Madame Carré lo había seguido con placer aún menor. En la forma en que la muchacha había ofrecido entre gemidos algunas de sus sentencias tennysonianas, él había detectado el indicio de una emoción. Pero cuanto más lejos iba ella, con mayor violencia crispaba los nervios del señor Gabriel Nash: eso también podía adivinarlo Sherringham, juzgando por el modo en que dicho caballero había terminado por deslizarse discretamente hasta la ventana y apoyarse allí, sacando la cabeza y volviéndole la espalda al espectáculo. Nash poseía el arte de la comunicación sin palabras; su actitud decía, lo más claramente posible: «No, no, no se me puede tachar ni de maleducado ni de malintencionado. Yo soy el empresario de esta función, además, y me aparto dejándoles a ustedes el juzgar. Si hay algo que deteste en esta vida, es esta nueva moda idiota de los recitales de salón, y a las criaturas insufribles que la practican, que estorban la conversación, y a quienes, como no se merecen ni eso, no se las puede castigar mediante la crítica. Por consiguiente, todo lo que soy es excesivamente magnánimo, al traer aquí a estas mujeres ignorantes, pagando con mi propia persona, ahogando mi justa repugnancia».

A la vez que Sherringham consideraba en privado que el estilo con que la señorita Rooth había desempeñado su papel no contenía elementos de interés, permaneció con la conciencia de que algo había superado y sobrevivido a su fracaso, algo que tal vez mereciera la pena retener. Era cuestión de perfil y de disposición, la forma en que ella se paraba, la forma en que volvía los ojos, la cabeza, y movía los miembros. Estas cosas conservaban la atención; había en ellas una felicidad natural y también, pese a que recordaban en exceso a la típica colegiala en un tableau-vivant, una especie de grandiosidad. Su rostro, por otra parte, crecía en importancia cuanto más se lo contemplaba; algo delicado alboreaba en el mismo, una tenue promesa de versatilidad y una súplica conmovedora de paciencia, como si fuera consciente de que sería capaz de ofrecer, andando el tiempo, mayor expresividad que la simple y llamativa lobreguez que, por el momento, había sido su principal atributo. En resumidas cuentas, las cualidades plásticas de su persona eran la única señal inequívoca de una vocación. Sherringham casi odió tener que reconocer esto; había visto dichas cualidades tan a menudo no dar de sí nada de nada después, que al final había terminado por considerarlas, casi, una garantía de incompetencia. Sabía que Madame Carré las valoraba, en sí mismas, tan poco que las excluía al hacer la estimación de una naturaleza histriónica; cuando no iban acompañadas de otras virtudes que las ayudaran y completaran, era propensa a considerarlas un obstáculo decidido para el éxito (el éxito de la única clase que ella estimaba). Mucho más a menudo que él, ella se había sentado a juzgar a muchachas en beneficio de las cuales el pelo y las cejas y

una buena disposición para lo estatuario habrían obrado el milagro de atenuar su estupidez si tal milagro hubiese sido obrable. Pero ese milagro nunca lo había sido. Las cualidades que la vieja actriz juzgaba más interesantes no eran las dotes ingénitas, sino las conquistadas: los efectos por los cuales había trabajado el actor duramente, los efectos que había extraído con mucho esfuerzo a base de un estudio tenaz. Sherringham recordaba haber tenido, en la fase más temprana de sus relaciones, una discusión amistosa con ella sobre este tema; se había sentido movido en aquella ocasión a defender la causa de las dotes naturales. Ella había llegado tan lejos como para afirmar que un comediante serio debía sentirse avergonzado de ellas, avergonzado de basar su mérito en eso; y cuando Sherringham citó a Mademoiselle Raquel como ejemplo de una gran artista cuyo talento natural era copioso y que le debía a éste sus más altos triunfos, ella declaró que Raquel era el ejemplo máximo que ratificaba su propia postura: un talento que comprendía uno o dos auxilios rudimentarios —una voz y una mirada—, pero consolidado esencialmente por el trabajo, un trabajo incesante y extenuante. «Me importan un bledo sus jóvenes preciosas —solía decir la actriz—; pero tráigame a una que esté dispuesta a trabajar como una esclava la décima parte de lo que lo hizo Raquel y le perdonaré su belleza. Por supuesto, notez bien, Raquel no era una bête: ¡eso es una dote, si a usted le parece!».

La señora Rooth, que estaba evidentemente muy orgullosa de la labor que había desarrollado su hija, le solicitó a Madame Carré, temeraria y serenamente, un veredicto; mas por fortuna la voluble bonne de esta mujer entró estrepitosamente en ese mismo momento con la bandeja del té. La vieja actriz se puso laboriosamente a impartir este refrigerio —un detalle hospitalario para con sus invitados ingleses—, y, aprovechando la distracción así lograda, mientras los demás se reunían a hablar, Sherringham le dijo a su anfitriona:

—Bien, ¿cree que ella tenga algo especial?

—No que yo vea. Es chillona y ordinaria.

—Está asustadísima; debe tener eso en cuenta.

— ¡Asustada de mí, inmensamente; pero ni una pizca de los autores que declama!... ¡ni de usted! —añadió Madame Carré, sonriendo.

— ¿No tendrá prejuicios procedentes de lo que el señor Nash le haya contado?

— ¿Por qué prejuicios? Sólo me contó que era muy atractiva.

—Y ¿no cree que lo sea?

—Admirablemente. Pero no soy fotógrafa ni modista. No puedo hacer

nada con eso.

—La cabeza tiene mucha clase —dijo Peter Sherringham—. Y en la voz, cuando habló en inglés, hubo ciertos rasgos de delicadeza.

—Oh, el inglés de usted... ¡es posible! Todo lo que puedo decir es que la he examinado concienzudamente, y no he encontrado en todo lo que ha hecho ni una sola nuance, ni una sola inflexión o sutileza. Ni una siquiera, mon cher. No creo que sea avispada.

—Pero ¿no parecen a menudo estúpidas al principio?

— ¡Diga mejor siempre!

—Y ¿no triunfan algunas... aun cuando son atractivas?

—Cuando son atractivas siempre triunfan... si no de un modo, del otro.

—Usted no nos comprende a los ingleses —dijo Peter Sherringham.

Madame Carré bebió su té; después repuso:

—Cásese con ella, hijo mío, y regátele diamantes. Hágala embajadora; quedará muy bien.

— ¿Le interesa tan poco que no se molestaría en hacer algo por ella?

— ¿Hacer algo?

—Darle unas cuantas lecciones.

La vieja actriz lo miró unos instantes; pasados los cuales, levantándose de su sitio junto a la mesa sobre la cual el té había sido servido, le dijo a Miriam Rooth:

—Hija mía, mi voto va a la scène anglaise. La parte inglesa es la que has hecho mejor.

— ¿La he hecho bien? —preguntó la muchacha.

—Tienes todavía mucho que aprender; pero hay fuerza en ti. Los elementos más importantes sont encore à dégager, pero llegarán. Debes trabajar.

—Yo opino que tiene ideas —dijo la señora Rooth.

—Las saca de usted —contestó Madame Carré.

—He de decir que si va a ser en nuestro teatro, me siento aliviada. Creo que es más seguro —continuó la buena señora.

—El nuestro es peligroso, no hay duda.

—Quiere decir que ustedes son más críticos —dijo la muchacha.

—Tu madre tiene razón —sonrió la actriz—: tienes ideas.

—Pero ¿qué hemos de hacer entonces?, ¿cómo debemos proceder? —inquirió la señora Rooth.

Había dirigido esta apelación, vaga y lastimeramente, a los tres caballeros; pero éstos se habían reunido retirándose unos pasos y estaban conferenciando, de modo que no logró alcanzarlos.

— ¡Trabajo, trabajo, trabajo! —exclamó la actriz.

—En inglés puedo interpretar a Shakespeare. Quiero interpretar a Shakespeare —comentó Miriam.

—Es una suerte, ya que en inglés no tenéis a nadie más a quien interpretar.

—Pero es tan grande... ¡y tan puro! —dijo la señora Rooth.

— ¡Eso también parece una gran suerte para ti! —expresó Madame Carré.

—En realidad me cree malísima, ¿verdad? —demandó la muchacha, con la cara seria.

—Mon Dieu, que vous dirai-je? Por supuesto que estás sin refinar; pero también lo estaba yo, a tu edad. Y si encuentras tu voz, podría llevarte lejos. Aparte, ¿qué importa lo que yo crea? ¿Cómo puedo juzgar poniéndome en el lugar de tu público inglés?

— ¿Cómo encontraré mi voz? —preguntó Miriam Rooth.

—Intentándolo, Il n'y a que ça. Trabaja como un percherón, día y noche. Aparte, Monsieur Sherringham, como él mismo afirma, te ayudará.

Al oír su nombre, Sherringham se volvió, y la muchacha lo interpeló de esta guisa:

— ¿Me ayudará usted, de veras?

—A encontrar su voz —intervino Madame Carré.

—La voz, cuando merece ese nombre, viene del corazón; así que supongo que es ahí donde hay que buscarla —sugirió Gabriel Nash.

— ¡Mucho sabe usted, para no tener nada! —contraatacó Miriam, con el primer destello de mordacidad que mostraba en este episodio.

— ¿Nada de voz, hija mía? —inquirió el señor Nash.

— ¡Nada de corazón! ¡Ni de educación!

Peter Sherringham se hizo la reflexión de que la muchacha le gustaba más cuando se ponía lúgubre; pues una nota de desfachatez no se había hallado del todo ausente de la forma que ella había tenido de pronunciar estas pocas



palabras. Estaba irritado, además, porque en la breve conferencia que acababa de mantener con el presentador de la muchacha había tenido que enfrentarse con la necesidad de decir algo optimista acerca de ella, cosa que no había resultado particularmente fácil. El señor Nash había dicho, con su sonrisa cortés: «Y bien, ¿qué impresión causa mi joven amiga?», ante lo cual le había parecido a Sherringham que una incómoda coherencia lo compelia a responder que evidentemente había grandes cosas en ella. Estaba lejos de sentirse seguro. Al mismo tiempo la muchacha, tanto con sus notabilísimas «cualidades personales» como con la pobreza de su instinto expresivo, constituía una especie de desafío, se presentaba ante él como un objeto de estudio, un problema, algo que solucionar, un país inexplorado. Era demasiado mala para entusiasmar, y no obstante era demasiado singular para pasarla por alto, especialmente cuando posaba su trágico mirar sobre él con la súplica de su profundo «¿De veras?». Esta súplica había sonado como si fuera en cierto modo en honor de él, como si le proporcionara a Sherringham una oportunidad de desafiar a la inverosimilitud, de desafiar al ridículo incluso, un poco, a fin de demostrar, en un caso particular, lo que siempre había mantenido en general: que la dirección de los estudios dramáticos de una persona joven podía resultar una ocupación de un orden tan elevado como el de cualquier otra causa artística.

—El señor Nash nos ha prestado el gran servicio de presentarnos a Madame Carré, y no hay duda de que estamos inmensamente en deuda con él —le dijo la señora Rooth a su hija, en un tono afectuosamente correctivo.

—Pero ¿qué bienes nos ha traído eso? —preguntó la muchacha, sonriéndole a la actriz y posando con dulzura las puntas de los dedos sobre su mano—. Madame Carré me atiende con una paciencia admirable, y luego me manda a paseo de la forma más gentil que imaginarse pueda.

—Mademoiselle, eso no ha estado tan sin refinar; el tono es muy juste. A la bonne heure; ¡trabajo, trabajo! —exclamó la actriz—. Ha habido una inflexión ahí, o algo muy parecido. Ensáyalo hasta que lo domines.

—Véngase a ensayar conmigo, si su madre tiene la bondad de traerla —dijo Peter Sherringham.

—¿Da usted lecciones?, ¿entiende de esto? —preguntó Miriam.

—Soy un viejo aficionado al teatro, y tengo una fe ilimitada en mi propio criterio.

—«Viejo», señor, es mucho decir —protestó la señora Rooth—. Mi hija está al corriente de su elevada posición, pero es muy franca. Siempre se lo parecerá. Quizá responderá usted que existen defectos menos honrosos. Iremos a verlo muy complacidas. Oh, yo ya estuve en la embajada, cuando

tenía la edad de ella. Por consiguiente, ¿por qué no habría de ir ella en la actualidad? Fue en la época de Lord Davenant.

—Unas cuantas personas van a venir a tomar el té conmigo mañana. Quizá quieran ustedes venirse entonces, a las cinco en punto.

—Me traerá recuerdos de los queridos viejos tiempos —dijo la señora Rooth.

—Gracias; me esforzaré y lo haré mejor mañana —comentó Miriam, muy dulcemente.

— ¡Lo hace usted mejor cada minuto! —exclamó Sherringham, mirando a Madame Carré para enfatizar esta declaración.

—Está encontrando su voz —respondió la actriz.

— ¡Está encontrando un amigo! —exclamó la señora Rooth.

—Y no olvide, cuando venga a Londres, mi esperanza de que acuda a verme a mí —le dijo Nick Dormer a la muchacha—. Para probar a retratarla. ¡Me hará bien!

—Está encontrando incluso dos —dijo Madame Carré.

— ¡Es para compensar por uno que he perdido! —Y Miriam miró con excelente desdén escénico a Gabriel Nash—. Es él quien me cree mala.

—Dices eso para obligarme a llevarte a tu alojamiento en carruaje; sabes muy bien que así lo lograrás —repuso Nash.

—Todos la acompañaremos hasta su alojamiento; ¿por qué no? —preguntó Sherringham.

Madame Carré miró a la atractiva joven, en este momento más atractiva que nunca, y a los tres muchachos que se habían hecho con sus sombreros y esperaban dispuestos a acompañarla. Una expresión más profunda apareció por un instante en sus ojos brillantes y duros, mientras suspiraba:

—Ah, la jeunesse! ¡Siempre te quedaría eso, hija mía, aunque fueras la mayor gansa del mundo!

A la reunión organizada por Peter Sherringham, al día siguiente, Miriam Rooth había acudido tan obviamente con la esperanza de «decir» algo, que fue imposible que un patrocinador semejante del arte escénico se abstuviera de

invitarla a hacerlo, por poco que la exhibición en casa de Madame Carré hubiera contribuido a que dicha invitación se efectuara con presteza. La curiosidad de Sherringham había quedado más bien apagada que avivada, pero no obstante sentía que había «apechugado» con la muchacha de cejas oscuras y su nostálgica madre y que debía enfrentarse con las consecuencias inmediatas del hecho. Esta responsabilidad le había pesado durante las veinticuatro horas que habían seguido a la dispersión definitiva del grupito a las puertas del Hotel de la Garonne.

Al abandonar la casa de Madame Carré, las dos mujeres habían declinado elegantemente el ofrecimiento de un carruaje por parte del señor Nash y se habían encaminado a pie en dirección a su alojamiento, acompañadas por los caballeros. Las calles de París resultaban a aquella hora brillantes y llenas de vida, y Sherringham las recorrió con bastante buen humor, y con no excesiva rapidez, inclinándose un poco para hablar con la muchacha mientras avanzaba. El paso de ambos iba regulado por el de la madre, que marchaba por delante, cogida del brazo de Gabriel Nash (Nick Dormer iba al otro lado de ella), ostentando una refinada desaprobación hacia el entorno. La espalda inclinada de esta señora se mantenía ante ellos, ausente de severa rectitud pese a los principios inflexibles de su dueña, con el pequeño drama del chal perdido y reencontrado perpetuamente en escena.

Sherringham no le dijo nada a la muchacha sobre su actuación o sus facultades; la charla de ambos versó tan sólo sobre el estilo de vida que llevaba ella junto a su madre: los viajes de las dos, sus pensions, sus economías, su carencia de hogar, las muchas ciudades que ella conocía bien, los idiomas extranjeros y la amplitud de visión del mundo que había asimilado. Sherringham intuyó con bastante facilidad el tipo doloroso de exilio de las dos mujeres, vagabundas en busca de los precios baratos del continente, endurecidas por el hábito de encuentros y compromisos extraños, «notablemente bien emparentadas» en Inglaterra, pero teniendo que salir al extranjero para poder comer. La muchacha no se mostró más que indirectamente comunicativa, por lo visto no a causa de ninguna intención de ocultarse, sino por la frecuencia con que se veía obligada a entablar contacto con personas a quienes no otorgaba el honor de su confianza. Era fragmentaria y abrupta, así como ni un ápice tímida, por muy subyugada por el espanto que se hubiese visto momentáneamente ante Madame Carré. Le explicó a Sherringham la razón de dicho miedo, y él consideró esa razón ingenuamente pretenciosa: ella admiraba a una gran artista más que a cualquier otra cosa en el mundo; y en presencia de arte, de un arte grande, su corazón latía violentísimamente. Los modales de la muchacha no eran perfectos, y la fricción de una experiencia variopinta la había más bien abollado que alisado. Nada dijo que probara que fuese inteligente, si bien él adivinó que tal había sido precisamente el propósito de dos o tres de los comentarios de ella; mas se

separó de la muchacha con la sospecha de que se trataba, según la expresión francesa reciente, de todo un «temperamento».

El Hotel de la Garonne se hallaba en una callecita no adecentada, donde los guijarros del viejo Pans aún ornaban floridamente, derramados entre la Avenue de l'Opéra y la Place de la Bourse. Sherringham había cruzado esporádicamente por estas callejas poco conocidas, mas nunca había reparado en aquella maison meublée elevada y rancia, cuyo aspecto, el de un albergue provincial de tercera categoría, era ilustrativo de cómo se había visto obligado a rebajarse el nivel de exigencia de la señora Rooth.

—Los invitaríamos a subir, pero es muy arriba y no tenemos sala de estar —explicó con valentía la pobre señora—. Tuvimos que recibir al señor Nash en un café.

Nick Dormer declaró que le gustaban los cafés, y Miriam, dirigiéndose a su primo, dejó caer con un destello de pasión la cuestión siguiente:

— ¿Lo maravilla que pretenda hacer algo para que podamos dejar de vivir como los cerdos?

Sherringham acabó por admitir, al día siguiente, que aun cuando podía resultar un tanto penoso verla actuar, era preferible ponerla a declamar a no ponerla a hacer nada, de tan eficazmente como la presencia de su hermana y la de Lady Agnes, e incluso la de Grace y Biddy, parecía, merced a una especie de oposición tácita, privar a la de la muchacha, por radiante que fuera, de una razón de ser. Sherringham no tuvo más que contemplarlos a todos juntos para percatarse de que ella no habría podido pasar por una de sus amistades que había acudido a «conocerlos» —hasta la insinuante gentileza de la madre fracasó a la hora de encaminar el episodio en esa dirección—, y de que por consiguiente debería darse por supuesto que él la había traído para enseñarles a todos algo especial. Ella no estaba lo bastante subyugada por el espanto ni incolora y sin atractivo como para quedarse allí sentada sin hacer nada, o siquiera para limitarse a una conversación (la clase de conversación que se esperaba que se produjese); así, pues, se impuso considerar su presencia como relacionada con el lugar principal de la alfombra, con el silencio y la atención y el arrastrar de sillas. Incluso cuando la tuvo allí situada, aquello le dio a él al principio una impresión de precariedad, a la luz —o a la lobreguez— de los rostros inexpresivos de las restantes damas, que estaban sentadas por parejas y por hileras sobre sofás (había varias, aparte Julia y las Dormer: principalmente las esposas, que acompañaban a sus maridos, de los compañeros de Sherringham en la secretaría), apenas alguna de las cuales le parecía que se podía contar con que diría algo extático cuando la muchacha hubiera terminado.

La señorita Rooth ofreció una representación de la escena de Julieta

bebiendo su pócima, según los conceptos, como explicó su madre, del mundialmente famoso Signor Ruggieri: una escena de ruido intenso y feroz, de muchos gritos y contorsiones; casi sacudió la cabellera (que acreditó su magnificencia) hasta el suelo antes de que su actuación concluyera. Luego declamó varios poemas breves de Víctor Hugo, seleccionados entre varios cientos por la señora Rooth, como la buena señora se cuidó de hacer público. Tras esto se apuntó a la lira norteamericana, regalando a la compañía con extractos, a la vez familiares y recientes, de Longfellow, Lowell, Whittier, Holmes y de dos o tres poetisas de cuya existencia se enteró Sherringham durante esa función. Ella fluía tan copiosamente, acaparando la sala y regocijándose visiblemente en su oportunidad, que Sherringham se vio ocupado preponderantemente en preguntarse cómo podría hacer para que despejara el lugar. Estaba sorprendido ante la extensión del repertorio de la muchacha, el cual, teniendo presente la circunstancia de que no era posible que ella hubiese recibido en ninguna ocasión mucho aliento —éste había tenido que provenir principalmente de su madre; él no creía en el Signor Ruggieri—, transparentaba una ambición exorbitante y una especie de tenacidad fuera de lugar. Fue su madre quien la refrenó por fin, por lo cual Sherringham se halló sospechando que había sido Gabriel Nash quien había terminado inculcándole a la señora mayor la necesidad de cierta interferencia. Por su propio alivio principalmente, Sherringham se sintió contento de que Madame Carré no estuviese allí. Le parecía meridiano que ella habría juzgado la exhibición, con su nula calidad, su fe ciega en las virtudes propias, la ausencia de discriminación, como casi obscena.

Su única impresión nueva respecto de la muchacha fue la de su referida gran fe ciega en las virtudes propias: su sangre fría, su autocomplacencia, su entusiasmo imparable. Se había sentido mortalmente asustada de la vieja actriz, pero no se sentía ni una pizca asustada de un racimo de femmes du monde, de Julia, de Lady Agnes, de las elegantes mujeres de la embajada. Eran más bien y sin duda estos últimos personajes quienes se habían sentido un tanto aterrorizados; había habido ciertamente un momento en que hasta Julia había tenido miedo, la primera vez en la vida que él la había visto tenerlo. El espacio era demasiado pequeño; los gritos, los arranques de la desmelenada muchacha estaban demasiado próximos. Gran parte del tiempo, Lady Agnes había mostrado el semblante que habría mostrado en el teatro durante una obra en que se dispararan pistolas; y sin duda que el estilo de la joven recitadora se había vuelto más espasmódico, más explosivo. Por lo visto, sin embargo, el grupo en general la consideró muy inteligente y acertada; lo cual demostró, en el sentir de Sherringham, cuán poco entendían del tema. La pobre Bidy estaba inmensamente impresionada, y se había quedado ruborizada y absorta conforme Miriam, en sus mejores momentos, se había vuelto pálida y fatal. Fue ella quien se acercó a la muchacha la primera de

todos, después de que fuera acordado que sería mejor no dejarla fatigarse más; Biddy avanzó unos pocos pasos, pues daba la casualidad de que estaba cerca de ella, murmurando:

—Oh, gracias, muchísimas gracias. Nunca había visto nada tan hermoso, tan grandioso.

Biddy ofreció un aspecto coloradísimo y hermosísimo al decir esto. Peter Sherringham la apreciaba lo bastante para fijarse en ello y para apreciarla aún más cuando lucía más hermosa de lo habitual. Mientras se alejaba, él oyó a Miriam contestarle a su prima, con una impertinencia un tanto inelegante:

—Ya te he visto antes, hace tres días, en el Salón, con el señor Dormer. Sí, sé que es tu hermano. Me he hecho amiga suya en el entretanto. Quiere pintar mi retrato. ¿Crees que lo hará bien?

Él se temía que Miriam era algo bruta, y asimismo un tanto groseramente vanidosa. Esta impresión acaso se habría visto confirmada si una parte del resto de la breve conversación que sostuvieron las dos muchachas hubiese llegado también hasta su oído. Biddy se aventuró a comentar que ella misma había estudiado modelado un poco y que entendía por qué cualquier artista consideraría a la señorita Rooth un tema espléndido. Aún más: si ella pudiese ensayar con esa cabeza, sería una oportunidad de llegar a algo grande.

—Muchas gracias —dijo Miriam con una carcajada—. ¡Creo que prefiero no passer par toute la famille! —Luego añadió—: Si tu hermano es artista, no comprendo cómo es que está en el Parlamento.

—Oh, no está en el Parlamento actualmente; solamente esperamos que lo estará.

—Ah, comprendo.

—Y no es artista, tampoco —se sintió Biddy obligada en conciencia a agregar.

—Entonces no es nada —dijo la señorita Rooth.

—Pues... es inmensamente inteligente.

—Ah, comprendo —contestó la señorita Rooth de nuevo—. El señor Nash le ha concedido tanto bombo y platillo.

—No conozco al señor Nash —dijo Biddy, culpable de una cierta sequedad, y también de una cierta tergiversación, y sintiéndose un tanto desairada.

—Oh, no te apene eso.

Biddy permaneció junto a ella unos instantes más, sin dejar de mirarla y

sin saber qué decir a continuación, pero sin que ella le pareciera en absoluto menos atractiva por tener unos modales tan chocantes. Bidy poseía un cerebritito ingenioso, que siempre intentaba todo lo posible mantener separadas las cosas diferentes. Ahora estaba impregnado por la constatación, realizada con un cierto alivio, de que aunque la muchacha le hablaba de Nick con una familiaridad tan inesperada, al menos no decía nada en absoluto acerca de Peter. Dos caballeros se acercaron, dos de los amigos de Peter, y le dirigieron unas palabras a la señorita Rooth del tipo, supuso Bidy, que la gente aprendía a decir en París. Era asimismo sin duda en París, razonó la joven para sus adentros, donde se aprendía a escucharlas como lo hacía esta intérprete sorprendente. Ésta acogió las insinuaciones de ellos de manera muy diferente de como había acogido las de Bidy. Sherringham advirtió que su joven parienta se apartaba, aún ruborizada, para ir a sentarse cerca de su madre otra vez, dejando a Miriam congeniando con los dos hombres. Parecía habersele ocurrido a Bidy que por un instante había sido extrañamente espontánea y audaz y había tenido que pagar una pequeña expiación. El asiento junto a su madre estaba ocupado por la señora Rooth, hacia quien la cabeza de Lady Agnes se inclinaba con un aire absorto de benevolencia. Sherringham imaginaba que la señora Rooth estaría hablando acerca de los Neville-Nugent de Castle Nugent, y que a Lady Agnes le estaría pareciendo raro no haber oído hablar nunca de ellos. Se dijo a sí mismo que Bidy era generosa: había acuciado a Julia para que se presentara, a fin de que pudieran ver cuán rematadamente inepta podía llegar a ser la extraña muchacha; pero ahora que ésta había resultado tan deslumbrante, había olvidado su propósito inicial y se había regocijado con lo que sinceramente suponía que había sido su triunfo. Se mantenía apartada de Julia, no obstante; ni siquiera la miró para invitarla a confesar también que, como se dice vulgarmente, las había camelado. Fue Sherringham quien se puso a hablar con Julia (que estaba inclinada hacia atrás, de una forma bastante desinteresada, en el extremo de un sofá) diciéndole algo que la impulsó a comentar a modo de réplica:

—Ah, sin duda es increíblemente buena, pero no me interesa la tragedia cuando le pisa a una los pies. Es como una vaca que haya derribado y volcado el cubo de ordeñar. ¡Hay que atarla corto!

—Mi pobre Julia, no es increíblemente buena: no es nada buena —comentó Sherringham, con alguna irritación.

—Perdona. Creía que era precisamente la razón de que nos hubieras invitado.

—Creí que iba a ser distinto —dijo Sherringham.

—Ah, si te ha decepcionado, tanto mejor. Siempre me ha parecido que valoras demasiado a esa gente.

—Oh, tampoco es que ella me haya decepcionado, en cierto sentido. Es interesante. —Su hermana le dedicó una breve mirada de desconcierto, y él añadió—: ¡Y es espantosa!

Se sentía estúpidamente molesto, y se sentía avergonzado de dicha molestia, pues no habría sabido dar razón alguna de ella. No la disminuyó, por el momento, ver a Gabriel Nash acercarse a la señora Dallow, presentado por Nick Dormer. Peter Sherringham les cedió el puesto a los dos muchachos con cierta alacridad, pues tenía cierta sensación de haber dado un paso en falso — en lo que concernía a la protagonista de la función— despertada por la mera presencia de Nash. Recordó que había sido parte de su cambalache, por así decirlo, que él debía presentarle este caballero a su hermana. No lamentó haber sido relevado de la tarea por Nick, e incluso, tácita e irónicamente, le deseó al amigo de su primo que disfrutara de su coloquio con la señora Dallow. La vida de Sherringham transcurría entre gente, estaba acostumbrado a la gente, y tanto como anfitrión como invitado la acogía, en general, con flema. Sabía observar (especialmente en calidad de anfitrión) sin incomodidad, medir los rasgos de carácter sin ansiedad. Pero en este instante sus invitados lo oprimían; se sentía nervioso, lo cual era la cosa en el mundo que él siempre había sostenido que hablaba menos en favor de un caballero dedicado a la diplomacia. Estaba irritado por su propia ligereza, que lo había hecho reunirlos con un pretexto tan pobre, y no obstante estaba irritado por la estupidez ajena, que los hacía pensar, como evidentemente así era, que el pretexto había sido suficiente. Sufría en sus adentros por la irreflexión con que había contraído una responsabilidad con la Musa Trágica (una musa trágica que era ruidosa y descarada), y no obstante deseaba que sus invitados se marcharan y lo dejaran a solas con ella.

Nick Dormer le dijo a la señora Dallow que quería que conociera a un viejo amigo suyo, uno de los hombres más inteligentes que había visto; y añadió su esperanza de que lo tratara amable y alentadoramente: su amigo era tan tímido y se desconcertaba con tanta facilidad.

Gabriel Nash se dejó caer en una silla junto al brazo del sofá de Julia, Nick Dormer se retiró, y la señora Dallow dirigió su mirada hacia su nuevo conocido sin un cambio perceptible de postura. Después pronunció, sin tardanza, el siguiente comentario:

—Es muy embarazoso cuando a la gente se le dice que alguien es inteligente.

—Es muy embarazoso si ese alguien no lo es —dijo el señor Nash, sonriendo.

—Sí, pero hay tan pocos que lo sean, lo bastante para que se diga eso de ellos.



— ¿No es justamente una razón para que una circunstancia semejante, una excepción semejante, les deba ser mencionada? —preguntó Gabriel Nash—. Podrían no enterarse por sí solos. Por supuesto, sin embargo, como usted dice, tiene que haber un criterio fiable de certidumbre; en ese caso están más seguros de saberlo. Dormer es un individuo encantador, pero es impetuoso y superficial.

Ante esto, la señora Dallow dirigió la mirada por segunda vez hacia su interlocutor; pero durante el resto de la conversación rara vez repitió este movimiento. Si apreciaba extremadamente a Nick Dormer (y puede serle comunicado al lector sin más demoras que así era), su aprecio era de una clase que no oponía dificultad alguna a su falta de aprecio (si tal complicación se producía) por cualquier persona relacionada o de cualquier manera asociada a él. No estaba en su naturaleza extender tolerancias a otros por el bien de un individuo concreto a quien amara: su tolerancia se consumía habitualmente en ese amor; no quedaba nada para otros usos. Si el afecto que aísla y simplifica a su objeto puede ser diferenciado del afecto que busca comunicación y relaciones para éste, el de Julia Dallow pertenecía totalmente a la categoría primera. No es tanto que fuera muy celosa cuanto inflexiblemente franca. No le deseaba experiencias, al pariente extravertido y sin embargo parcialmente misterioso por quien se tomaba interés, que no se habría deseado a sí misma; y, ciertamente, la causa de su interés por él parcialmente residía en la ilusión de verlo ayudándola con vistas a la experiencia concreta que sí que se deseaba con ardor: la emoción de los grandes asuntos de Estado y de la vida pública. Tener aspiraciones semejantes para él le parecía el mayor honor que podía hacerle; la conciencia de la señora Dallow estaba en ello tanto como su pasión afectiva, y su plan de acción, a su propio modo de ver, era lo suficientemente noble para hacer bueno cualquier desprecio que ella pudiera sentir hacia las fuerzas que arrastraran a Nick en una dirección distinta. Tenía prejuicios, en general, contra las amistades de él, suspicacia de ellas y una buena provisión de desdén implacable preparado para las mismas. Era una circunstancia singular el que se mostrara escéptica hasta cuando, conociéndola tan bien como la conocía, él las consideraba dignas de recomendárselas; la recomendación fortalecía inveteradamente, con mucho, la suspicacia.

Era ésta una ley que Gabriel Nash estaba condenado a sufrir, si de sufrimientos podía hablarse alguna vez refiriéndonos a Gabriel Nash. La pretensión que él tenía, honestamente, era la de haber purgado su vida de tales incongruencias, aunque probablemente habría reconocido que si aún quedaba alguna zona resentida en su piel, la mano femenina sin dudar iría a tocarla. La señora Dallow, al cenar con su hermano y con los Dormer hacía dos noches, se había sentido movida a exclamar que Peter y Nick conocían a personas de lo más extraordinario. Por lo que se refería a Peter, la muchacha amante de las poses y su madre ilustraban en este momento esa tónica de modo lo bastante

vivido; aunque existía bien poca arrogancia en dar por supuesta una naturaleza similar en el hombre vanidoso situado junto a su codo, que estaba allí sentado como si fuera capaz, de un momento a otro, de adelantarse y apoyarse sobre el brazo de su sofá. Ella no tenía ni el más mínimo deseo de hablar con él acerca de él mismo, y receló, por un instante, que Nash estuviera a punto de pasar del capítulo de su inteligencia al de su timidez. Fue una falsa alarma, empero, pues en lugar de eso, él dijo algo sobre los placeres del monólogo, como era denominada entre los franceses la distracción que acababa de serles ofrecida. Indicó que en su opinión estos placeres los experimentaban sobre todo los intérpretes. En cualquier caso, todos le habían dado una tarde encantadora a la señorita Rooth; eso era, por supuesto, lo que el amable hermano de la señora Dallow había pretendido primordialmente al organizar la pequeña fiesta. (La señora Dallow odió oírlo llamar «amable» a su hermano; el vocablo le pareció ofensivamente paternalista). Pero ocurría que él mismo, relató, estaba ahora empeñado constantemente en una idéntica beneficencia, escuchando, las dos terceras partes de su tiempo, «entonaciones» y alaridos. Dijo que ella misma sin duda lo habría observado: cómo la gran corriente de la época, la adoración de los saltimbanquis, era casi demasiado fuerte para un individuo cualquiera solo; cómo ésta lo barría a uno a su paso y lo arrojaba violentamente contra las rocas. Como ella no respondiera ante este aserto, Gabriel Nash le preguntó si no la había impresionado el signo principal de los tiempos: la preponderancia del charlatán, la gloria y el renombre, el fervor personal, de que disfrutaba. ¿Es que ella no había notado qué parte tan inmensa de la atención pública acaparaba éste, por lo menos en Londres? Pues en París la sociedad no estaba tan saturada de él, y las mujeres de la profesión, en particular, no se hallaban en todos los salones.

—No sé a qué se refiere —dijo la señora Dallow—. No sé nada de ninguna persona semejante.

— ¿Acaso no se los encuentra uno bajo los pies dondequiera que vaya... sus actuaciones, sus retratos, sus textos, sus autobiografías, sus nombres, sus modales, sus repelentes morros, como dice la gente, y sus pretensiones imbéciles?

—Sin duda todo depende de los lugares adonde se vaya. Aunque estén en todas partes —y la señora Dallow hizo una pausa momentánea—, yo no voy a todas partes.

—Yo no voy a ninguna parte, pero se montan sobre mi espalda, en mi propia casa, como a San Cristóbal. Basta con que preste usted un poco de atención cuando regrese a Londres —continuó Nash, amistosa y pedagógicamente. La señora Dallow se puso de pie ante esto: no le gustaba recibir directrices; pero ningún otro rincón de la sala parecía ofrecerle ninguna razón concreta para llegarse hasta él: ella nunca hacía nada semejante sin

disponer de un pretexto como excusa. Conque permaneció allí de pie, como si fuera a abandonar el sitio en unos momentos, lo cual verdaderamente había resuelto hacer ahora; y su interlocutor, irguiéndose asimismo, prosiguió a su lado, recusado pero impertérrito. Pasó a comentar que el señor Sherringham obraba muy acertadamente al ofrecerle una diversión vespertina a la señorita Rooth; la señorita Rooth se lo merecía por ser una muchacha hermosa, decidida y cordial. Había sido educada con gran rigor, conocía un número incalculable de idiomas, era de ilustre linaje, y resultaba inmensamente singular.

— ¿Inmensamente singular? —repitió la señora Dallow.

—Quizá debería decir que lo es su madre, en su nombre. Madre e hija son singulares en el sentido de la clase de gente que conocen... el ambiente, los criterios. Me siento obligado a decir que son como usted: no van a todas partes. Ese espíritu es meritorio; debería ser reconocido y ensalzado.

La señora Dallow no dijo nada por unos instantes; miró imprecisamente por toda la habitación, pero no hacia Miriam Rooth. No obstante, casi enseguida dejó caer las siguientes palabras aludiendo a ella:

—Es espantosamente vulgar.

— ¡Ah, no le diga eso a mi amigo Dormer! —exclamó Gabriel Nash.

— ¿Son usted y él tan grandes amigos? —preguntó la señora Dallow, mirándolo.

—Lo bastante grandes para tener la esperanza de que aún lo seremos más.

De nuevo, por unos instantes, ella no dijo nada; luego continuó:

— ¿Por qué no he de decirle que es vulgar?

—Porque la admira muchísimo. Quiere pintarla.

— ¿Pintarla?

—Pintar su retrato.

—Ah, ya entiendo. Tal vez para eso sí sirva nuestra joven.

Gabriel Nash se rio de buena gana. Y después dijo:

—Si ésa es la opinión que tiene de ella, no es muy elogiosa con el arte que él aspira a cultivar.

— ¿Aspira a cultivar? —repitió la señora Dallow.

— ¿Nunca ha hablado con él sobre el tema? ¡Ah, no debe soltarlo hasta que se lo confíese!

Por unos instantes, Julia Dallow fue consciente de ofrecer un semblante incomodado; pero la alivió preguntarle a su compañero, con un cierto tono:

— ¿Es usted artista?

—Lo intento —contestó Nash sonriendo—; pero trabajo con una materia tan difícil.

Dijo esto con tan hábil insinuación de referirse a algo inesperado que, a pesar de sí misma, la señora Dallow repitió:

— ¿Materia difícil?

— ¡Trabajo la Vida!

Ante esto la señora Dallow se marchó definitivamente, dejando a Nash con la impresión de que probablemente ella había malinterpretado sus palabras creyendo que quería decir que él ejercía un arte utilizando modelos vivos, o alguna perogrullada o sandez semejante: como si hubiese podido existir alguna probabilidad de que lo ejerciera con modelos muertos. Pero ni siquiera esto habría explicado del todo la brusquedad con que ella había cortado la conversación. No obstante, Gabriel Nash estaba acostumbrado a fulminaciones súbitas, e incluso a enemistades súbitas, por parte de sus interlocutores, y ningún hombre poseía en mayor grado el secreto de quedarse elegantemente con las ideas en las manos. Vio que la señora Dallow se acercaba a Nick Dormer —quien estaba hablando con una de las mujeres de la embajada— y por lo visto le daba a entender que deseaba hablarle en privado. Él se incorporó, intercambiaron algunas palabras durante unos momentos, y luego se volvió y le solicitó a su compañera de reunión venía para ausentarse. La señora Dallow le dijo algo a su hermano, después Dormer se reunió con ella, y luego los dos se dirigieron juntos hacia la puerta. Durante este desplazamiento tenían que pasar al lado de Nash, y esto le dio a Julia la oportunidad de decirle adiós a éste con la cabeza, lo cual él no estuvo en absoluto seguro de que lo habría hecho si Nick no hubiese estado con ella. Este último muchacho se detuvo un momento y le dijo a Nash:

—Me gustaría verte esta noche, ya tarde; debes reunirte conmigo en alguna parte.

—Daremos un paseo: eso me gustará —contestó Nash—. Me fumaré un cigarro en el café de la esquina de la Place de l'Opéra; me encontrarás allí.

Gabriel comenzó a maquinarse su propia partida, pero antes de hacerlo decidió someterse al deber de decirle unas pocas palabras de cortesía a Lady Agnes. Resultó que iba a ser difícil, pues estaba defendida por un lado por la pared de la habitación y por el otro quedaba inaccesible debido a la madre de Miriam, quien se aferraba a ella con una lealtad prontamente arraigada que no

mostraba indicios de decaer. Gabriel urdió una solución de compromiso honrosa acercándose a su hija Grace, quien le dijo:

—Ha estado usted hablando con mi prima, la señora Dallow.

—A ella más bien que con ella —sonrió Nash.

—Ah, es muy simpática —dijo Grace.

—Es muy hermosa —comentó Nash.

—Y muy inteligente —continuó la señorita Dormer.

—Muy, muy sensata.

Su conversación con la muchacha llegó poco más lejos que esto. Y al poco rato Nash le solicitó venia a Peter Sherringham para retirarse; comentándole, mientras estrechaban las manos, que lo sentía mucho por él, pero que era él quien se había buscado su horrible sino.

— ¿A qué se refiere con eso de mi horrible sino? —preguntó Sherringham.

—Las tiene encima para toda la vida.

— ¿Por qué para toda la vida, si ahora, con lucidez y valentía, reconozco que no es buena?

—Ah, pero llegará a serlo —dijo Gabriel Nash.

— ¿Eso cree usted? —inquirió Sherringham, con una inocencia que hizo reír a su invitado.

—Eso creerá usted: ¡es más apropiado decirlo así! —exclamó Gabriel, retirándose.

Diez minutos más tarde Lady Agnes puso un vago asentimiento general donde antes los había puesto profundos y concretos, y se retiró junto con sus hijas de la compañía de la señora Rooth y de la del resto de los asistentes. Peter había conversado poquísimos con Bidy, pero la joven disimuló en sus hermosos ojos la desilusión y le dijo:

—Nos habías dicho que ella no tenía arte. ¡Pero sí que lo tiene! —No había ningún indicio de desilusión en esto.

Sherringham le sostuvo la mano un momento.

— ¡Ah, eres tú quien tiene arte, querida Bidy! —respondió; y fue consciente de que si la ocasión hubiese sido más íntima le habría dado, legítimamente, un beso.

Al rato se marcharon otros tres de sus invitados, y la afirmación del señor Nash de que las tenía encima para toda la vida volvió a cernirse sobre él

mientras observaba que la señora Rooth y su hija se negaban pertinaces a imitar todos estos ejemplos. Aún quedaban los Lovick —un colega y su sociable esposa—, y Peter les hizo una indirecta en el sentido de que no fueran a dejarlo absolutamente solo con las dos mujeres. Miriam se zafó de la señora Lovick, quien había intentado congeniar con ella sin gran sutileza, y se acercó hasta Sherringham como si sospechara que tuviese el propósito de marcharse a hurtadillas de la habitación y estuviese decidida a impedirlo:

—Quiero un poco más de té; ¿podría darme un poco más? Me siento desfallecer. No parece imaginarse cómo se queda una tras una cosa así.

Sherringham se disculpó, exageradamente, por no haberse preocupado de que tuviera en todo momento la cantidad adecuada de refrigerio, y la llevó hasta la mesa redonda, en un rincón, sobre la cual había sido servida la pequeña colación. Le sirvió té y la animó a tomar pan con mantequilla y petits fours, de todo lo cual participó ella copiosa y metódicamente. La hora era avanzada; la tarde se había desvanecido y habían traído una lámpara, el amplio alcance de la cual derramaba un hermoso resplandor sobre el servicio de té, los platitos de los aperitivos. Los Lovick estaban sentados con la señora Rooth en el otro extremo de la habitación, y la muchacha estaba de pie ante la mesa bebiendo su té y comiendo su pan con mantequilla. Consumía de estos artículos con tanta voracidad que él se preguntó si no podría ser que se hallara gravemente desnutrida, se preguntó si es que ellas eran tan pobres que tenían que sobrellevar este tipo de carencia. Esta suposición resultó ablandante, pero todavía no lo suficiente como para moverlo a pedirle que se sentara. En realidad, ella parecía preferir estar de pie; tenía mejor aspecto así, como si la libertad, la notabilidad de saberse plantada sobre sus pies, y pisando un escenario, le resultara agradable. Mientras Sherringham permanecía junto a ella, con aire distraído, en los bolsillos las manos, sin saber exactamente qué decir y evitando instintivamente, ahora, la cuestión teatral (había momentos en que se sentía empachadamente harto de la misma), ella espetó abruptamente:

— ¡Confíese que me considera intolerablemente inepta!

—Intolerablemente... no.

— ¡Nada más que tolerablemente! Creo que eso es peor.

—Una que otra vez hace usted algo que resulta portentoso —dijo Sherringham.

— ¿Cuántas cosas de éstas he hecho hoy?

—Oh, tres o cuatro. No estoy seguro de haberlas contado cuidadosamente.

Ella alzó su taza hasta los labios, mirándolo por encima del borde, actitud que proporcionó a sus ojos una expresión extraña.

—Se siente harto, y le parece muy desagradable —dijo repentinamente—, una muchacha que siempre está hablando de sí misma. —Él protestó que ella nunca podría hartarlo, pero ella prosiguió—: Oh, no quiero cumplidos. Quiero la verdad. Una actriz tiene que hablar de sí misma; ¿de qué otro tema podría hablar, pobre cosa vanidosa?

—Puede hablar a veces de otras actrices.

—Viene a ser lo mismo. No sería serio. Y yo voy endiabladamente en serio. —Hubo algo que le llamó la atención a Sherringham en la forma como ella dijo esto: un deseo vehemente, mitad desesperado, mitad razonador, de que creyeran en ella—. Si en serio se quiere hacer algo, hay que acabar por resolverlo a fuerza de insistir; por supuesto, todo no llega el primer día —prosiguió—. No lo veo todo de una vez; pero veo un poco más (paso a paso) conforme avanzo: ¿no es así?

—Así es el camino, así es el camino —dijo Sherringham—. Si se ve lo que hay que hacer, el arte de hacerlo llegará si no se ceja en el empeño. El quid principal es verlo.

—Sí; y usted no me considera lo bastante inteligente para conseguirlo.

— ¿Por qué dice eso, si le he pedido premeditadamente que venga aquí?

—Me ha pedido que venga, pero no he triunfado.

—Al contrario: todo el mundo ha dicho que es maravillosa.

— ¡Oh, no tienen ni idea! —dijo Miriam Rooth—. Usted no me ha dicho ni una palabra. No me importa que no me haya alabado; eso sería una fruslería. Pero si soy inepta (y sé que soy espantosa), me gustaría que hablara conmigo sobre el particular.

—Es encantador hablar con usted —dijo Sherringham.

—No, no lo es, pero es usted muy amable —contestó ella, desviando de él la mirada.

Al pronunciar las anteriores palabras, la voz de Miriam Rooth tuvo unas características que lo hicieron exclamar:

— ¡Una que otra vez dice usted algo que resulta...!

Ella le volvió a dirigir la mirada, sonriendo, y dijo:

—No quiero que ocurra sin querer. —Luego añadió—: Si se puede sacar alguna ventaja de intentarlo, de exponerse, ¿cómo va a llegar a menos que una oiga la sencilla verdad, la verdad que llega a lo más profundo? ¡Todo es para eso: para saber cómo es una, si es una negada!

—Tiene usted mucho valor, tiene cualidades infrecuentes de dijo

Sherringham. Ella había empezado a conmoverlo, a parecerle diferente: Sherringham se alegraba de que no se hubiera ido.

Durante un instante ella no respondió nada a esto; bajó su taza vacía y miró vagamente la mesa, como escogiendo algo más que comer. Repentinamente alzó el rostro y exclamó con vehemencia:

— ¡Lo haré, lo haré, lo haré!

—Hará lo que quiera, evidentemente.

—Triunfaré. Seré grande. Por supuesto sé muy poco, he visto muy poco. Pero siempre me ha gustado; nunca me ha gustado otra cosa. Cuando tenía cinco años solía aprenderme cosas, y representar escenas, y declamar con estilo rimbombante por toda la habitación.

Continuó en este tono, comunicativa, persuasiva, familiar, egocéntrica (lo necesario), y ligeramente vulgar, o tal vez solamente natural; con recuerdos, argumentos y anécdotas, una profusión inesperada, y con un aire de camaradería, de libertad de trato, que parecía pedir que se reconociera que por lo menos sí que era capaz de abarcar ese lado de la profesión que deseaba adoptar. Él se percató de que, si ella había visto muy poco, como decía, asimismo había visto mucho; pero tanto la experiencia como la inocencia de la muchacha habían sido accidentales e irregulares. Ella había visto muy pocas actuaciones (el teatro siempre había sido demasiado caro). Si tan sólo pudiera ir con frecuencia —en París, por ejemplo, todas las noches durante seis meses — para ver lo mejor, lo peor, todo, comenzaría a saber desenvolverse, observaría y aprendería lo que hacer, lo que no hacer: sería una especie de cursillo. Pero no podía, como no vendiera hasta las ropas que llevaba puestas. Era frustrante y humillante ser pobre; y si alguna vez llegaba a conocer la felicidad de tener unos francos en el bolsillo, no se lo pensaría dos veces, ¡eso podía prometerlo! Nunca había conocido a nadie que supiera decirle nada —si estaba bien o mal, acertado o equivocado—, a excepción de la señora Delamere y el pobre Ruggieri. Suponía que ellos le habían enseñado mucho, pero quizá no había sido así, conque estaba perfectamente dispuesta a olvidarlo si era malo. Era evidente que Madame Carré pensaba de ese modo: lo consideraba horrendo. ¿No había sido absolutamente divino cómo había recitado la veterana actriz aquellos versos, aquellos parlamentos de Célie? Si ella tan sólo la dejara ir a escucharla una vez cada cierto tiempo, como entonces, era cuanto pediría. Había sacado montones de ideas, sólo con eso; las había ensayado una y otra y otra vez, nada más llegar a su alojamiento. Sherringham podía preguntar a su madre, podía preguntar a los vecinos de al lado. Si Madame Carré no la creía capaz de trabajar, habría debido tener la oportunidad de escuchar algo que la habría hecho mudar de opinión. Pero la veterana actriz no la consideraba lo bastante buena, ni siquiera para criticarla;



pues aquello no había sido crítica, el decirle que su cabeza estaba bien. Naturalmente que su cabeza estaba bien; no le hacía falta internarse hasta los *quartiers excentriques* para que le dijeran eso. Era su madre —por la manera de hablar— quien daba esa impresión: la de que ella quería ser elegante, y muy moral, y una *femme du monde*, y todas esas estupideces. Por supuesto eso la privaba del interés de la gente, cuando ellas tan sólo estaban tratando de dar con la forma. ¿Acaso no sabía ella, la propia Miriam, que era lo único en que había que pensar? Pero cualquiera querría ser amable con su madre si supiera el encanto de persona que era.

—No tiene ni idea de cuándo está bien y cuándo mal, pero es una perfecta santa —dijo la muchacha, embrollando considerablemente su vindicación—. No le importa si recito cosas sin parar durante horas, dándole la tabarra con ellas mientras está allí sentada leyendo. Es una lectora tremenda; conoce la literatura endiabladamente bien. Me lo ha enseñado todo ella misma... quiero decir, todas las cosas de ese estilo. Por supuesto, yo no soy tan devota de la lectura; prefiero zambullirme en el libro de la vida. —Sherringham se preguntó si no habría sido su madre, comoquiera que hubiese sido, quien le había enseñado esa expresión, y lo consideró altamente probable—. Todo eso acabaría con mis nervios, la vida que le hago soportar —continuó Miriam—; pero es realmente una mujer deliciosa.

La extrañeza de este epíteto hizo reír a Sherringham, y en conjunto, en unos pocos minutos, lo cual es tal vez señal de que había abusado de su derecho a ser un hombre de humor caprichoso, la muchacha había producido una revolución de curiosidad en él, reavivado su interés. La mezcla que ella proponía, tal como se desplegaba ante uno, era un espectáculo emocionante: Miriam Rooth era inteligente y desmañada, era malcriada y fina. Ciertamente era muy variada, y eso era infrecuente; en este momento no era en absoluto la criatura aterrorizada y de ojos cargados que había recobrado con tal esfuerzo el dominio de sí misma en casa de Madame Carré, ni el «fenómeno» exaltado que acababa de estar recitando, ni la joven persona un tanto amanerada e incoherente a quien él había acompañado hasta su residencia desde la Rue de Constantinople. ¿Era esta sucesión de fases señal de que ella poseía realmente el célebre temperamento artístico, la naturaleza que convertía a las personas en provocadoras e interesantes? Que el propio Sherringham era de esta complejión inestable queda quizá demostrado por su extraña capacidad de ser de dos opiniones casi exactamente al mismo tiempo. Miriam era hermosa ahora, de un aspecto acogedor y ojos encantadores. Sí, había cosas que él podía hacer por ella; ya había olvidado el escalofrío de la ironía del señor Nash, de su profecía. Incluso apenas se acordaba de lo mucho que, en general, detestaba las indirectas, las insinuaciones, los favores solicitados oblicua y lastimeramente: aquello se debía también sin duda a que la muchacha era tan hermosa y confraternizadora. Además, tal vez era injusto calificarlo de rodeo

indirecto, el modo en que la señorita Rooth le había transmitido que él podía no sólo pagarle sus lecciones, sino además correr con los gastos de su presencia nocturna, con su madre, en exhibiciones instructivas de arte teatral. Era mucho pedir, eso de mandar a la pareja a todas las obras; pero lo que Sherringham se halló pensando ahora era que no importaba tanto la magnitud del pedido cuando iba a resultar bastante interesante ir con ellas a veces y destacarle a Miriam las enseñanzas de las obras (las enseñanzas técnicas, no las morales), indicándole las cosas que a él le gustaban, las cosas que descalificaba. Ella repitió su declaración de que reconocía la falacia contenida en las opiniones de su madre sobre las protagonistas «nobles» y sobre la importancia de que ella encontrara y se juntara con personas tan tremebundamente intachables.

—No hay más remedio que dejarla hablar, pero eso naturalmente crea prejuicios —dijo Miriam, con su mirada puesta en el señor y la señora Lovick, quienes se habían erguido, concluyendo su tertulia con la señora Rooth—. Es todo un embrollo, ya lo sé, pero es que no soporta las ordinariieces... y con todo derecho, además. Yo tampoco lo haría como no estuviese obligada. Pero no me importa adónde vaya yo si puedo actuar, o quiénes son si van a ayudarme. Quiero actuar, eso es lo que quiero hacer; no quiero entrometerme en aventuras ajenas. Sé cuidar de mí misma, ¡soy estupenda! —exclamó la muchacha, rotundamente, francamente, con una aura de honestidad que la hizo natural y pura—. En cuanto a interpretar a las malas, no me da miedo.

— ¿A las malas?

—A las malas mujeres, las de las obras, como Madame Carré. Haré lo que sea.

—Creo que lo que hará mejor es de sí misma —comentó Sherringham, riendo—. Es usted una muchacha extraña.

—Je crois bien! ¿No hace falta serlo, para querer ir a exhibirse ante una muchedumbre nauseabunda, sobre una plataforma, con trompetas y un gran tambor, por dinero... poner en público el cuerpo propio y el alma propia?

Sherringham la miró unos instantes; el rostro de ella cambiaba constantemente; ahora había en él un ligero rubor y una exquisitez noble.

—Déjelo; vale usted demasiado —dijo él abruptamente.

— ¡Jamás, jamás! ¡Jamás hasta que me hayan acribillado!

—En ese caso quédese aquí una temporada; yo la llevaré al teatro.

— ¡Ay, qué majo! —exclamó Miriam encantada. El señor y la señora Lovick, acompañados por la señora Rooth, cruzaban ahora la habitación hacia ellos, y la muchacha prosiguió, con el mismo tono—: Mamá, preciosa, es el

mejor amigo que nunca hemos tenido; es muchísimo más simpático de lo que me había imaginado.

—También usted, mademoiselle —dijo Peter Sherringham.

—Oh, confío en el señor Sherringham, confío en él infinitamente —repuso la señora Rooth, abarcándolo con ojos benignos, respetables, zalameros—. La amabilidad de todo el mundo ha superado todo lo imaginable. El señor y la señora Lovick no podrían decir más. Hacen los ofrecimientos más generosos; quieren que conozcas a su hermano.

—Oh, en fin, no es hermano mío —protestó el señor Lovick, de buen talante.

—Piensan que nos será de gran ayuda; que nos encaminará adecuadamente —continuó la señora Rooth.

—No es más que un hermanito mío: un muchacho de lo más encantador e inteligente —explicó la señora Lovick.

— ¿Saben que mi esposa tiene nueve? ¡Palabra de honor que los tiene! —dijo su marido—. Éste es el sexto. ¡Bonita cosa si yo tuviera que cuidar de todos ellos!

—Sí, sería un poquitín difícil —reconoció la señora Lovick cordialmente—. Se ha dedicado a los escenarios el pobre y querido chiquillo; actúa bastante bien.

—Intentó la carrera diplomática, pero no deslumbró precisamente a sus examinadores —comentó el señor Lovick.

—Edmund es muy antipático con él. Hay una buena cantidad de caballeros sobre el escenario; él no es el primero.

—Es un gran consuelo enterarse —dijo la señora Rooth.

—Les estoy muy agradecida. ¿Él tiene un teatro? —preguntó Miriam.

—Mi querida jovencita, no tiene ni tan siquiera un contrato —contestó el cuñado no simpatizante.

—No lleva mucho tiempo en ello, pero estoy segura de que lo logrará. Se lo toma con una seriedad inmensa, y su apariencia es inmejorable. Acabo de comentar que, si él viene a vernos, a ustedes tal vez les gustaría conocerlo. Él podría darles algunos «soplos», como dice mi marido.

—No me importa su apariencia, pero sí me importan sus «soplos» —dijo Miriam, sonriendo.

—Y ¿va a venir a verlos? —preguntó Sherringham, a quien, mientras había tenido lugar este intercambio de comentarios, que no había dejado de seguir,

había estado dirigiéndose la señora Rooth con acentos humildes.

— ¡No si puedo evitarlo; tal es mi intención! —declaró el señor Lovick, mas tan jocosamente que no se produjo una situación embarazosa.

—Oh, señor, estoy segura de que le profesa usted cariño —protestó la señora Rooth, mientras el grupo pasaba todos juntos a la antecámara.

—No, de verdad; aprecio a algunos de los otros, a cuatro o cinco de ellos; pero no a Arty.

—Tendremos que compensarlo de eso, entonces; nosotras lo apreciaremos —proclamó Miriam alegremente; y su voz resonó por la escalera (Sherringham los acompañó un breve trecho) con un encanto que su anfitrión no había logrado hallar en su nota sarcástica del día anterior.

## 9

Nick Dormer encontró a su amigo Nash aquella noche en el lugar que éste había designado; Nash estaba fumando un cigarro en la noche cálida y brillante, sentado en la parte exterior del café que hay en la esquina de la plaza que se halla ante la Ópera. Nick Dormer se sentó con él, pero al cabo de cinco minutos expresó su protesta contra el agolpamiento y la confusión del sitio, su indiscriminación y su vulgaridad, la procesión de la muchedumbre que se arrastraba penosamente, los codazos de los vecinos de mesa, el perpetuo roce de los camareros.

—Vámonos. Quiero hablar contigo, y aquí no puedo —le dijo a su compañero—. No me importa adónde vayamos. Será agradable caminar; nos daremos una vuelta hasta los quartiers sérieux. Cada vez que vengo a París, al cabo de tres días pienso en el bulevar, con su horrendo aspecto convencional, con aún mayor disgusto. Odio hasta atravesarlo; para evitarlo doy un rodeo de casi un kilómetro.

Los jóvenes dirigieron juntos su caminar bajando de la Rue de la Paix hasta la Rue de Rivoli, la cual atravesaron, pasando junto a la verja sobredorada de las Tullerías. La belleza de la noche —cuyo único defecto era que la inmensa iluminación de París le impedía ser lo suficientemente nocturna y la convertía en una especie de día vestido alegremente y rejuvenecido— daba encanto a las calles más tranquilas, y alejó a nuestros amigos hacia la derecha, hacia el río y los puentes, la ciudad más antigua, más sombría. El pálido fantasma del palacio que había sucumbido por el fuego se cernió ante ellos unos instantes, y, por el pasaje ahora abierto a todas horas que atraviesa el jardín de las Tullerías, salieron sobre el Sena. Siguieron y

siguieron, desplazándose con lentitud, fumando, charlando, deteniéndose, parando para contemplar, para glorificar, para comparar. Se metieron en discusiones, en confidencias, en preguntas, preocupada o satíricamente, y en explicaciones que precisaban a su vez explicaciones. La balsámica noche, la oportunidad de hablar, la atracción de París, el recuerdo de tempranas confabulaciones, dieron un encanto peculiar a la ocasión. Nick ya había olvidado el pequeño roce que había tenido con la señora Dallow cuando abandonaron juntos la fiesta de Peter, y ya había olvidado que se había sentido casi desconcertado ante la forma como ella había descrito al individuo odioso que a él se le había metido en la cabeza presentarle. Impertinente y pedante lo había llamado; y cuando Nick había comenzado a explicarle que en realidad no era ninguna de esas dos cosas, aunque se imaginaba que a veces sus modales podían dar esa impresión, ella había declarado que no deseaba discutir sobre él, ni tan siquiera oír hablar de él otra vez. Nick no había esperado que a ella hubiese ido a agradecerle Gabriel Nash, pero había considerado que no tendría mucha importancia si le desagradaba un poquitín. Se había dado la pequeña diversión, que no había soñado que pudiera resultar cruel para ninguno de los implicados, de comprobar cómo se tomaba ella a una clase de persona con la que nunca antes se había encontrado. Se la había tomado mucho peor de lo que él había esperado, y la insinuación que ella hizo de que Nick le había jugado esa mala pasada apostada, había sido lo bastante irritante para impedirle a él reflexionar que el fallo había podido estar en cierto grado en Nash. Pero ahora Nick se había recobrado de su resentimiento lo suficiente para preguntarle a este personaje, con todas las posibles ceremonias de consideración implícita para con la dama, cómo se había tomado él, por su parte, a su encantadora prima.

—Palabra de honor, querido amigo, la considero una pregunta capciosa — fue la respuesta—. Aparte, si tú consideras encantadora a la señora Dallow, ¿qué diablos puede importarte lo que yo piense? La superioridad de la opinión de un hombre sobre la de otro nunca es tan grande como cuando versa sobre una mujer.

—Era para que me ayudara a averiguar lo que pienso sobre ti —dijo Nick Dormer.

—Oh, eso nunca lo lograrás. Seré una turbación para ti hasta el final. La dama a quien has tenido la bondad de darme a conocer es un hermoso espécimen de la jardinería inglesa, el producto de un esmerado cultivo y cuantiosas atenciones: un tallo alto y delicado, con la cabeza dispuesta sobre él de una forma que, tal como lo evoco, irradia una distinción beneficiosísima en los tiempos que corren. Es el prototipo perfecto de cosa criada, o mantenida, y todo lo que le concierne es armonioso, desde el ángulo de su codo hasta la forma en que suelta ese pequeño «Oh» impreciso, convencional y seco, que

prescinde de toda ulterior consideración. Tal forma de plenitud es siempre satisfactoria. Pero yo no la satisfice a ella, y ella no me comprendió a mí. No creo que habitualmente comprendan.

—No es peor que yo, en ese caso.

—Ah, ella no lo ha intentado.

—No, no lo intenta. Pero probablemente te ha considerado vanidoso, y te consideraría aún más si pudiera oírte hablar sobre sus intentos o falta de ellos.

—Muy probablemente, muy probablemente —dijo Gabriel Nash—. Tengo la impresión de que una buena cantidad de gente me considera vanidoso. Me parece tan curioso. Supongo que es consecuencia de mi pequeño ideario.

— ¿Tu pequeño ideario?

—Oh, no es nada del otro mundo. Es la intención de ser exactamente el mismo para con todos. La gente se ha liado tantísimo a sí misma que lo último que puede imaginarse es que uno sea humilde.

—Señor, ¿te consideras humilde? —exclamó Nick.

—Absolutamente; en el sentido de no tener ningún interés personal por los apremios, ninguna panacea que promocionar, ningún deseo de granjearme voluntades, ningún son de guerra que entonar. No soy asocial (ah, lejos de ello) pero de veras que me creo perfectamente individualista.

— ¡Oh, eso es siempre subversivo! —dijo Nick riéndose.

—Así quiere parecer, para la gran mayoría de los compañeros de mortalidad; y me acuerdo muy bien del dolor con que originariamente hice ese descubrimiento. Ennegreció mi espíritu, en una época en que no tenía propósito alguno de hacer el mal. Lo que nos gusta, cuando somos unos irredentos, es que todo recién llegado nos diga la contraseña, se pegue a nuestro lado, se una a nuestra pequeña causa política o religiosa, se suba a nuestro barquito, en resumidas cuentas, cualquiera que éste sea, y nos ayude a que siga bogando. Es bastante natural; nos hallamos generalmente en diversos barquichuelos, remando para seguir con vida. Nuestras opiniones, nuestras convicciones y doctrinas y criterios, son sencillamente el elemento concreto que hará que el barco marche... nuestro barco, naturalmente; pues muy a menudo pueden resultar exactamente el elemento que hundiría a otro distinto. Si uno no se embarca, la gente por lo general lo odia.

—Tu metáfora es muy endeble —dijo Nick—; son los barcos sobrecargados los que se van a pique.

— ¡Oh, entonces la apuntalaré con una viga más o dos! Los barcos pueden ser grandes, en el infinito del espacio, y una doctrina es una balsa que flota

mejor cuantos más pasajeros soporta. Un pasajero se tira de vez en cuando, no tanto por miedo de hundirse cuanto por falta de interés en el rumbo del conjunto. Se pone a nadar, se zambulle, bucea, llega hasta el fondo y hace visitas a los peces y a las sirenas y a las cavidades submarinas; va de embarcación en embarcación y chapotea, por su propia cuenta, en el agua azul y fría. Los redimidos, como yo los llamo, son los pasajeros que se tiran en busca de una diversión mejor. Yo di mi salto mortal hace ya mucho.

—Y ahora, por supuesto, te encuentras a la cabeza de los redimidos; pues todos vosotros, a vuestra vez, formáis un selecto cardumen de marsopas.

—Ni hablar, y no sé nada de cabezas, en el sentido que pretendes. Si lo deseas, me ha crecido cola; soy el tritón que vaga a su antojo. ¡Es una ocupación deliciosa!

Antes de que hubiesen seguido adelante muchos pasos más, Nick Dormer se detuvo en seco y le dijo a su compañero:

—Y digo yo, mi querido amigo, ¿te importaría confesarme si eres el charlatán más redomado del planeta o una inteligencia genuina que ha analizado cuidadosamente para sí las cosas?

—Te desconcierto. Lo siento de veras —contestó Nash, benignamente—. Pero soy siempre muy sincero en todo lo que digo. Y he intentado poner en orden y arreglar un poco para mí las cosas.

—En ese caso ¿por qué le das a la gente un pretexto tal?

—¿Un pretexto tal?

—Para considerarte un... para considerar que no eres sabio.

—Seguramente se trata de mi comportamiento; están tan poco habituados a la sinceridad.

—¿Por qué no pruebas otro? —inquirió Nick.

—Uno tiene el comportamiento que puede; y el mío, además, es parte de mi pequeño ideario.

—Ah, si tienes un pequeño ideario no eres mejor que cualquier otro —dijo Nick, profundizando.

—No pretendo ser mejor, pues somos todos unos miserables pecadores; tan sólo pretendo ser malo de una manera más agradable, más brillante, juzgando por lo que se halla a mi vista. Es la cosa más simple del mundo; sencillamente doy por sentada una cierta brillantez en la vida, un cierto humor y agrado. ¿Qué hay más esencialmente solidario que eso, qué menos dañino? Pero la tradición del aburrimiento, de la pesadez, del prosaísmo necio, inexpresivo y plano, ha cegado tantísimo a la gente, que ésta ha terminado por considerar la

cosa más normal del mundo a la más anormal. ¿Por qué ser aburrido, en estos tiempitos que corren? Nadie sabe decirme por qué, y casi todo el mundo me aplica calificativos por el mero hecho de plantear esta pregunta. Pero yo persisto, pues creo que se puede hacer algún bien con ello. Deseo tanto hacer algún bien —continuó Gabriel Nash, cogiendo del brazo a su acompañante—. Mi persistencia es sistemática; ¿no entiendes lo que te quiero decir? No estoy dispuesto a ser aburrido, no, no y no; y nunca reconoceré la existencia de una necesidad, ni tan siquiera, si se puede arreglar de otro modo, la existencia de una circunstancia excepcional, que justifique el aburrimiento en el vivir que me rodea. Con eso basta para que la gente se quede mirando estupefacta: ¡es tan estúpida!

—Hay quien te considera impertinente —indicó Dormer.

Ante esto su acompañante lo detuvo en seco, con una exclamación de pesar, y, volviendo la mirada, Nick vio bajo los faroles del muelle que había provocado un vivo enrojecimiento en el rostro de Nash.

— ¿No te inspiraré a ti esa consideración? —preguntó Gabriel, con reproche.

— ¿A quién, a mí? ¿No acaba de quedar establecido que no tengo ni la menor idea de cómo tomarte?

— ¡Sería lo último! —protestó Nash, como si estuviese reflexionando sobre la idea, con un aire de sincera preocupación—. Pero con un poco de paciencia desentrañaremos este tema juntos, si sientes interés por él —añadió, más animado. Dejó que su amigo se pusiera de nuevo en marcha y continuó—: ¡El cielo nos asista!, ¿qué entiende la gente por impertinencia? Hay muchísimos, creo, que no conocen la naturaleza o los límites de ese concepto; y palabra de honor que literalmente he visto cómo puros destellos de inteligencia o de entendimiento, la ascensión de uno o dos peldaños espirituales, un pequeño batir de las alas de la elocuencia, han sido tomados por tal. Sí, me he tropezado con hombres y mujeres que lo consideraban impertinente a uno si no era tan estúpido como ellos. La única impertinencia es la violencia, y con indignación protesto que nunca soy culpable de esa grosería. ¡Ah, por qué cosas lo toman a uno, con sus impertinencias! Incluso a veces, para defenderme, he de declarar enfáticamente que me importa no ser impertinente. Siempre me parece como si no lograra que los demás lo creyeran. Quizá ellos ven una impertinencia en eso. Pero casi seguro que la ofensa se halla en las cosas que doy, como digo, por sentadas; pues si uno intenta sentirse feliz, da la impresión, tal vez fatalmente, de sentirse feliz sobre todo consigo mismo. De verdad que no es ése mi caso, pues me parece que mi capacidad para el disfrute se encuentra deplorablemente por debajo del listón que he establecido. Es el motivo, como ya te he dicho, de que la cultive, de



que intente hacerla crecer. Y me impulsa una generosidad genuina; esa aspiración tengo. A todo esto me refiero con lo de ser exactamente el mismo para con todos, con lo de tener sólo un comportamiento. Si, con ese fin, uno hace pequeñas exhibiciones de su inteligencia y su ingenio, ¿qué es lo que hay de malo, cuando los motivos son tan puros? A base de nunca, nunca hacer la concesión, uno puede terminar convirtiéndose en una evidente fuerza del bien.

— ¿De qué concesión hablas? —preguntó Nick Dormer.

—Caray, de la concepción de que hemos venido a este mundo tan sólo para aburrirnos. Es imposible admitirlo siquiera para alguna situación particular si es que se desea negarlo en toda ocasión.

—Y ¿a qué te refieres con eso del aburrimiento? Usas una jerga moderna y terriblemente imprecisa. Muchas cosas buenas son aburridas... la virtud, y la decencia, y la caridad, y la perseverancia, y el coraje, y el honor.

— ¡Di de una sola vez que la vida es aburrida, mi querido muchacho! — exclamó Gabriel Nash.

—Es globalmente mi impresión habitual.

—C'est là que je vous attends! Precisamente estoy ocupado en probar lo que puede hacerse tomándolo al revés. Es mi pequeño experimento personal con la vida. La vida consiste en los experimentos personales que con ella hace cada uno de nosotros, y el quid de un experimento está en que tenga éxito. Lo que ponemos exactamente en estos experimentos es nuestro tratamiento del material, nuestra versión del texto, nuestro estilo. La estimación correcta de las cualidades de un estilo es tan infrecuente que muchas personas deben sin duda ser perdonadas por no ser capaces de leerlos, o en todo caso de apreciarlos; pero ¿es razón para renunciar, para no ser, en este otro terreno, si se puede, un Macaulay, un Ruskin, un Renan? Ah, debemos escribir lo mejor que sepamos; es la gran tarea que podemos llevar a cabo en el mundo, en el bando acertado. Uno tiene su forma propia, que diable, y es algo realmente impresionante que se tiene. No tengo miedo de adaptar a la mía todo lo que hay en la vida, sin temor de retorcerlo o comprimirlo indebidamente. No tengo miedo de hacerlo con el honor y el coraje y la caridad sin arruinarlos: al contrario, lo único que les haré es bien. Es posible que la gente no te sepa leer al primer vistazo, es posible que no te aprecie, pero existe una posibilidad de que acaben por avenirse; y la única manera de cortejar esa posibilidad es continuar con ello, siempre continuar con ello. Es lo que hago, mi querido amigo, si es que me crees inconstante. Si alguien lo recoge una que otra vez, si damos una impresioncita de estar en lo cierto, ésa es nuestra recompensa; aparte, por supuesto, del placer que le comporta a uno el mero hecho de conducirse así.

— ¿No crees que tu estilo es un poco retorcido? —preguntó Nick, riendo,

mientras proseguían avanzando.

—Es la acusación que siempre se hace contra un estilo personal: si se lo tiene en lo más mínimo, la gente dice que se tiene demasiado. Tal vez, tal vez... ¿quién podría decirlo? Por supuesto que uno no es perfecto; pero eso es lo que tiene de delicioso el arte: que siempre queda más que aprender y más que hacer; uno puede pulir y pulir y refinar y refinar. Sin duda estoy todavía muy verde, pero voy en la dirección acertada: convierto en mi causa el dar por supuesto un interés por lo hermoso.

— ¡Ah, lo hermoso!... ¡ahí lo tenemos, ahí encima! —dijo Nick Dormer—. En ese sentido no estoy tan seguro de lo tuyo, no sé lo que tengo entre manos. Pero Notre Dame sí está en lo cierto; Notre Dame sí es sabia; en Notre Dame la mente desconcertada puede confiar. ¡Ven a contemplarla!

Habían salido de frente a la isla sobre la que la gran catedral, exenta hoy de sus antiguos contactos y adherencias, se alza elevada y bella, con su portada de hermosuras y su empaque majestuoso, oscurecida a aquella hora, o por lo menos simplificada, bajo las estrellas, mas únicamente más serena y sublime a causa de su venturosa unión, allá a lo lejos en lo alto, con la distancia fría y la noche. Nuestros jóvenes, charlando (con tanto provecho como le dejo al lector la tarea de juzgar), atravesaron el puente ancho y corto que los puso enfrente de los monumentos del viejo París: el Palais de Justice, la Conciergerie, la sagrada capilla de San Luis. Salieron ante la iglesia, que domina una plaza donde al pasado, que una vez latió con máxima intensidad en el mismísimo corazón de París, lo habían convertido casi en un espacio en blanco, impregnado, no obstante, por el vigor imperecedero de la gran fachada de la catedral. Esta gratificó a Nick Dormer y Gabriel Nash con una penetrante suavidad que los siglos no habían conseguido entibiar en absoluto. La luz de las farolas de la gran ciudad tapaba los cimientos a base de sombras, pero las torres y contrafuertes, los arcos, las galerías, las estatuas, el inmenso rosetón, la composición grandiosa y profusa, parecían ganar en radiante claridad conforme más alto se erguían, como si poseyeran una benévola y consciente respuesta para las inquisitivas miradas ascendentes de los hombres.

— ¡Cómo pone en claro las cosas y disipa las quimeras de uno... cualquier cosa que sea irreversible! —dijo Nick; mientras tanto, su compañero exclamó con ternura y afecto:

— ¡Nuestra querida y vieja amiga!

—El quid fundamental está en hacer algo, en lugar de quedarse parado discurrendo y divagando; y, por Júpiter, ¡me hace desearlo!

— ¿Desear construir una catedral? —inquirió Nash.

—Sí, justamente.

—Eres tú quien me desconcierta a mí en ese caso, mi querido amigo. No lograrás construirlas a base de palabras.

—Y ¿qué es lo que hacen los grandes poetas? —preguntó Nick.

—Las palabras de ellos sí son ideas: sus palabras son imágenes, disposiciones encantadoras y representaciones inolvidables. ¡Pero la verborrea de los discursos parlamentarios!

—Vaya —dijo Nick, con un suspiro sincero y reflexivo—, se puede erigir una gran estructura a base de muchas cosas: no sólo de piedras y vigas y cristal pintado.

Caminaron rodeando Notre Dame, deteniéndose, considerando, admirando y polemizando; mezclando gravedad con ligereza, y paradoja con contemplación. Detrás y a los lados, el enorme bajel sombrío de la iglesia parecía hundirse en el Sena, o surgir de él, flotando expansivamente: un barco de piedra, con sus arbotantes sobresaliendo como una hilera de poderosos remos. Nick Dormer se demoró cerca de él con gozo, con una cierta alegría curativa; como si fuese el templo de una fe que le resultase tan cara, que en su recinto inhalara paz y serenidad. Y hubo bienestar también, y alivio de la misma especie, en la compañía, en este momento, de la reacción similar de Nash, de su apreciación —manifestada con el lenguaje que le era propio— respecto de la misma gran emoción. Nash sentía esa emoción con tanta generosidad y expresaba su impresión con vividez tal, que Nick hubo de recordar la brillantez que su propia admiración adolescente había encontrado en él desde muy atrás, al igual que también había encontrado en él la facultad de la comprensión espontánea de todas las cosas de este tipo. «Todas las cosas de este tipo» significaba, en el fuero interno de Nick, la referencia a un ámbito amplio y deslumbrante.

Cruzaron al lado del río más alejado, donde la influencia del monumento gótico derramaba distinción incluso sobre las «pulcritudes» parisienses: las consecuencias del reglamento municipal, las simetrías inoportunas, la «preciosidad» de todo, el dispendio de la luz de gas, el chasquido perpetuo en los bien acabados puentes. En el exterior de un pequeño café tranquilo de la ribera derecha Gabriel Nash dijo: «Sentémonos» (siempre estaba dispuesto a sentarse). Se trataba de un establecimiento entrañable y en un barrio no frecuentado por la moda, bien lejos todo ello del Grand Hotel; había las típicas mesitas y sillas en el muelle, las cortinas de muselina tras el escaparate acristalado, una sensación general de serrín y de la pringosidad de la cerveza derramada. El lugar se hallaba sometido a la quietud —mas no aniquilado— por lo avanzado de la hora; no pasaban coches de caballos, tan sólo una que otra vez algún ligero pie parisiense. Más allá del pretil oían el fluir del Sena. Nick Dormer dijo que lo hacía pensar en el París antiguo, en la gran

Revolución, en Madame Roland, quoi! Gabriel Nash dijo que podían pedir aquella insípida cerveza, pero que no estaban obligados a tomársela. Se sentaron un rato muy prolongado; hablaron con profusión; y, cuanto más dijeron, más se sintió la presencia de lo no dicho. Enseguida Nash halló ocasión de comentar:

—Yo atiendo mi negocio, como cualquier otro buen ciudadano. Eso es todo.

—Y ¿cuál es tu negocio?

—El espectáculo del mundo.

Nick soltó una carcajada, y preguntó:

—Y ¿qué es lo que haces con él?

— ¿Qué es lo que hace cualquiera con un espectáculo? Lo contemplo.

—Estás repleto de contradicciones e incoherencias. Te auto-calificaste ante mí hace media hora como el apóstol de la belleza.

— ¿Dónde está la incoherencia? Lo que quiera que yo haga, lo hago en presencia de la cruda luz del día: eso es virtualmente lo que he querido decir. Si contemplo el espectáculo del mundo, lo hago con una atención preferente para lo que de encantador haya en él. A veces he de viajar lejos para encontrarlo... casi con toda seguridad; pero es exactamente lo que hago. Viajo lejos, tan lejos como me lo permiten mis medios. El año pasado me hablaron de un lugarcito totalmente delicioso: un sitio donde crece una higuera silvestre en el muro del sur, por el lado exterior, de una antigua ciudad española. Me habían contado que se trataba de un rincón de deliciosos tonos pardos, ¡con el sol calentándolo en invierno! Tan pronto como pude me fui allí.

—Y ¿qué es lo que hiciste?

—Me tendí sobre el primer césped verde. Fue un placer.

—Si cosas de ese tipo son todo lo que llevas a cabo, no eres alentador.

—Llevo a cabo mi felicidad; me parece que eso es algo. Tengo sentimientos, tengo sensaciones; déjame decirte que no es tan frecuente. Es insólito tenerlas; y, si resulta que se tienen, es insólito no avergonzarse de ellas. Yo las persigo, cuando juzgo que no van a perjudicar a nadie.

—Eres afortunado por tener dinero para tus gastos de viaje —dijo Nick.

—Sin duda, sin duda; pero me las ingenio para que me salgan baratísimos. Me guío por mis inclinaciones, por mi disposición. No me avergüenzo de ello. No creo que mi disposición sea tan horrible. Pero hemos ofuscado y entenebrecido tantísimo todo el tema de la libertad, de la naturalidad, del buen

humor y la afición y el gozo, que no hay cosa que deje más estupefacta a la gente que descubrir que uno es espontáneo.

—Siempre estás pensando demasiado en «la gente».

—Dicen que pienso en ella demasiado poco —sonrió Gabriel.

—Bien, pues he accedido a presentarme por Harsh —dijo Nick, en una transición repentina.

—Eres tú en ese caso quien es afortunado por tener dinero.

—No lo tengo —repuso Nick—. Mis gastos me los van a pagar.

—Entonces tú también has de pensar en «la gente».

Nick no contestó a esto, sino que tras un momento dijo:

—Me gustaría muchísimo que tuvieras más que alegar en favor de todo eso.

—Que alegar en favor ¿de qué?

—De tu pequeño ideario. De la vida estética.

Nash dudó, tolerantemente, cordialmente, como a menudo lo hacía, con un aire de sentirse vacilante a la hora de elegir entre varias respuestas, cualquiera de las cuales resultaría indicadísima.

—Oh, tener algo que alegar es un asunto más bien pobre —contestó—. Es una especie de confesión de fracaso.

—No hay duda, eres más retorcido que otra cosa —dijo Nick con impaciencia.

—No, mi querido amigo, lo que más soy es afable; ¿no lo estoy demostrando? Me siento muy decepcionado de comprobar que no eres merecedor de la doctrina esotérica. Pero existe, lo confieso, otro nivel del entendimiento, honroso, y muy honroso a su modo, estando en el cual puede parecer legítimamente importante tener algo que alegar. Si tienes que restringirte a ese nivel, no te retiraré mi afabilidad. ¡Después de todo, es lo que yo tengo que alegar! Pero el grado de mi afabilidad ha de depender por supuesto de la naturaleza de la revelación que estés pensando en hacerme.

—Ya la sabes muy bien, la adivinas —comentó Nick, mirando enfrente suyo de un modo forzado y humilde que, si hubiese tenido unos cuantos años menos, habría podido tildarse de avergonzadillo.

—Ah, has roto el hechizo diciéndome que vas a volver a la Cámara de los Comunes —dijo Nash.

— ¡No es de extrañar que no acabes de asimilarlo! Mi situación es

ciertamente bastante absurda. Lo que quiero de verdad es ser pintor. Ésa es la abyecta, la cruda, la ridícula verdad. En este rincón apartado, a altas horas de la noche, con tonos susurrados, me aventuro a desvelártelo. ¿No satisfacen suficientemente todas estas condiciones los cánones de la vida estética?

— ¿Sabes pintar? —preguntó Nash.

—Ni lo más mínimo. No hay elemento burlesco, en consecuencia, que falte en mi situación.

—Eso no lo hace diferente. ¡Me alegra tanto!

— ¿Te alegra tanto que no sepa pintar?

—Me alegra tanto todo el asunto. Sí, eso no hace sino mejorarlo. Eres un caso delicioso, y me encantan los casos deliciosos. Debemos llevar tu apetencia a buen fin. Es un placer haberte conocido.

— ¿Crees que puedo llegar a hacer algo? —inquirió Nick.

— ¿A pintar buenos cuadros? ¿Cómo podría decirlo, mientras no haya visto algo de tu obra? ¿No me viene a la memoria que en Oxford hacías antiguamente unos bocetos muy logrados? Pero eso es lo último que importa.

— ¿Qué es lo que importa, en ese caso? —demandó Nick, dirigiendo su mirada hacia su acompañante.

—Estar en el bando acertado: del lado de la belleza.

—A raudales la va a haber como no produzca más que adefesios.

—Ah, te aferras a la vieja medida falsa del éxito. Tengo que curarte de eso. Habrá habido la belleza de haber sido desinteresado e independiente; de haberte enfrentado al mundo de un modo libre, audaz y personal.

—De todas maneras, pintaré decentemente si puedo —declaró Nick.

— ¡Casi lo sentiría! Hará que sea menos egregio tu caso, menos grandioso tu ejemplo.

—Mi ejemplo será grandioso de sobra, con todas las oposiciones que voy a tener que combatir.

— ¿Las oposiciones? ¿De quiénes?

—La mía propia, en primer lugar. Estoy endiabladamente en contra.

—Ah, pero me tendrás a mí en el otro bando —sonrió Nash.

—Pues vas a tener que enfrentarte a más de unos poquitos. A todo, a todo lo que es mío, lo que me ata de cerca o de lejos: mi familia, mi sangre, mi herencia biológica, mis tradiciones, mis promesas, mis circunstancias, mis

prejuicios; mi pequeño pasado, tal como ha sido; mi gran futuro, tal como se ha previsto que va a ser.

—Ya veo, ya veo. ¡Es admirable! —exclamó Nash—. Y la señora Dallow también de por medio —añadió.

—Sí, la señora Dallow también, si así lo deseas.

— ¿Estás enamorado de ella?

—Ni muchísimo menos.

—Pues ella lo está de ti. Tal he advertido.

—No digas eso —dijo Nick Dormer, con repentina severidad.

— ¡Ah, lo estás, lo estás! —comentó su compañero, juzgando por lo visto a partir de dicho tono.

—No sé lo que estoy ni lo que soy... ¡el cielo me asista! —espetó Nick, arrojando con vehemencia su sombrero sobre la mesita de latón—. ¡Soy una, aberración de la naturaleza y una chanza de los dioses burlones! ¿Por qué tienen que salirse de sus asuntos para meterme en líos? ¿Para qué tienen que hacer algo tan incoherente, tan improbable, tan disparatado? Es la más estúpida de las bromas pesadas. Nunca ha habido nada de esta clase entre los míos; somos todos unos filisteos hasta el fondo del alma, con tanta sensibilidad estética como este sombrero. Es una tierra excelente (no me quejo de ella), pero no para que crezca esa flor determinada. ¿De dónde diablos, entonces, ha caído la semilla? Examino detalladamente todas mis generaciones anteriores; exploro nuestros anales sin conseguir hallar ni la más diminuta abuelita aficionada a los garabatos, ni rastro de un antepasado constructor, poeta, coleccionista, o siquiera cultivador de tulipanes. Eran todos tan ciegos como murciélagos y, no obstante, felices de serlo. Soy una variante caprichosa, un engendro inefable. Mi querido padre, que en paz descansa, fue por la vida sin la menor sospecha de que existiera en ella algo que no pudiera reducirse a un libro azul de informes oficiales; y se convirtió, con esa convicción, en una persona muy distinguida. Y me educó en la misma simpleza y en la esperanza de la misma eminencia. Habría sido mejor que todo hubiera continuado igual. Creo que es parcialmente culpa tuya si no ha sido así —continuó Nick—. En Oxford me fuiste muy mala compañía: fuiste mi genio del mal; me abriste los ojos, transmitiste el veneno. Desde entonces, poco a poco, ha estado operando en mi interior; vagamente, a escondidas, imperceptiblemente al principio, pero desde el año pasado o el anterior con violencia, tenacidad, crueldad. He probado todos los antídotos existentes; pero es inútil: estoy vencido. Me hace pedazos, si puedo decirlo así.

—Entiendo, te sigo —dijo Nash, que había escuchado esta perorata con

interés y curiosidad radiantes—. Y es el motivo de que vayas a presentarte.

—Exactamente: es un antídoto. Y, en la actualidad, tú eres otro.

— ¿Otro?

—Por eso te he agarrado. Una dosis mayor de ti tal vez me provoque un rechazo tal que me muera o me cure.

—Tendré que controlar la dilución —dijo Nash—. ¡Pobre... como salgas elegido! —agregó.

—Pobre de todos modos. No conoces el ambiente en que vivo, el horror, el escándalo que mi apostasía inspiraría, los ultrajes y sufrimientos que infligiría. Estoy convencido de que mi madre se moriría de esto. Ella piensa que mi padre está contemplándome desde los cielos.

— ¡Pasádoselo bomba con el espectáculo hasta dar saltos! —exclamó Nash.

—Daría saltos, sin duda; caería directamente sobre mi cabeza. Y luego está lo grotesco del asunto: el comenzar, así, de repente, a mis años.

—Imposible pedir más; es un caso magnífico —ratificó Nash.

—Considera cómo sonaría, en un párrafo de los periódicos de Londres: «El señor Nicholas Dormer, M. del P. por Harsh e hijo del difunto Honorable tal y cual, etcétera, etcétera, está a punto de renunciar a su escaño y de retirarse de la vida pública a fin de consagrarse a pintar retratos. Se solicitan instrucciones con los debidos respetos».

—El siglo diecinueve es mejor de lo que pensaba —dijo Nash—. ¿Son los retratos lo que te interesa?

—Me gustaría que lo vieses; debes venir de inmediato a mi estudio en Londres.

— ¡Miserable, eres capaz de tener talento! —bramó Nash.

—No, soy demasiado viejo, demasiado viejo. Es demasiado tarde para obrar con el ímpetu necesario.

— ¡A mí me haces joven! No te pierdas tus elecciones, sabiendo lo que está en juego. Piensa en el ejemplo moral.

— ¿El ejemplo moral?

—De que lo tires todo por la ventana al momento siguiente.

—Le agradará al señor Carteret —observó Nick.

— ¿El señor Carteret?



—Un individuo anciano y encantador que estará dispuesto a pagar la factura de mi apoderado.

—Le estará bien merecido, por sus gustos tan depravados.

—Me haces bien —dijo Nick, irguiéndose y comenzando a volver.

—Entonces no digas que no soy una consecuencia provechosa.

—Ah, pero no del modo en que estás pensando. Sólo si no salgo elegido tal vez me consuele con el pincel —prosiguió Nick, mientras desandaban lo andado.

—En nombre de todas las musas, entonces no te presentes. Porque vas a salir elegido.

—Muy probablemente. De todas formas he dado mi palabra.

— ¿Le has dado tu palabra a la señora Dallow?

—Es su lugar; ella me introducirá —dijo Nick.

— ¡Siniestra mujer! ¡Pero yo te sacaré!

## 10

Durante unos días Peter Sherringham tuvo trabajo a manos llenas que no le dejó ni tiempo ni libertad de pensar para poder ocuparse activamente de las damas del Hotel de la Garonne. Hubo momentos en que éstas rozaron, al pasar, su mente, pero su paso fue rápido y no recibió la luz de ninguna complacencia concreta de la atención; pues era considerable en él la ausencia de deseos de someter a análisis la cuestión de si Miriam iba a ser una fuente de interés o tan sólo una carga. Ella se había separado de él, tras su segundo encuentro, dejándolo con una esperanza avivada, pero en el curso de unas pocas horas aquella llama se había entibado. Como muchos otros hombres, Sherringham era una mezcla de impulsividad y reflexión; pero tenía una peculiaridad a este respecto: el meditar sobre las cosas casi siempre lo hacía tenerlas en menor consideración. Las ilusiones le parecían necesarias, así que a fin de mantener con vida un adecuado número de ellas, a menudo se prohibía severamente aquella actividad. La señora Rooth y su hija estaban ahí, y ciertamente se podía confiar en que se harían sentir. Era consciente de la ansiedad de ellas, de sus cálculos, como se es consciente de una especie de opresión; sabía que, cualesquiera fueren los resultados que se siguieran, iba a tener que hacer algo concreto por ellas. Una impresión de tenacidad, de alarmante persistencia femenina, se asociaba con su presencia; habría asentido

con un gesto tácito a la constatación (enunciada por Gabriel Nash) de que había contraído una obligación con ellas. Ciertas salidas permanecían, cerniéndose, ante él, pero se presentaban a la vez como complicaciones; la imprecisa gama iba desde el desembolso de dinero hasta el descubrimiento de que estuviese enamorado. Este último accidente sería particularmente enfadoso; tenía una percepción completa de las artes mediante las cuales podría triunfar la madre de la muchacha en lo que tocaba a darle tal carácter. No sería una compensación por las molestias, sino una molestia que por sí sola requeriría compensación. ¿Brotaría ese bálsamo del espectáculo del genio de la muchacha? El genio habría de ser grandísimo para justificar que un joven diplomático en alza se pusiese en ridículo.

Con la excusa del trabajo apremiante fue postergando a su joven pupila de día en día, y de día en día esperó oír la llamar a su puerta. Ya sería hora, de sobra, cuando vinieran en pos de él; y no fue capaz de figurarse cómo podría él, después de todo, serles de utilidad incluso entonces. Había propuesto impetuosamente una peregrinación por teatros; pero aquello exigiría un considerable esfuerzo personal, ahora que el verano estaba a punto de iniciarse, con el aire viciado, obras rancias, actores exhaustos. No obstante, cuando hubo transcurrido más de una semana sin que le llegaran recordatorios de su promesa incumplida, consideró que debía dar una señal por iniciativa propia que dejase a salvo su honor. Había delicadeza en una discreción semejante: se sentía conmovido de que lo hubieran dejado en paz. El chaparrón de trabajo en la embajada había cesado, y ahora tenía tiempo para preguntarse lo que, en concreto, debía hacer. Deseaba tener algo definitivo que ofrecer antes de ponerse en contacto con el Hotel de la Garonne.

Como consecuencia de esta especulación decidió volver a dirigirse a Madame Carré, para pedirle que reconsiderara su veredicto desfavorable y le diera a la joven inglesa —para complacerlo— una docena de lecciones del tipo que ella sabía dar. Era consciente de que esta petición apenas podría tenerse en pie; pues en primer lugar Madame Carré nunca reconsideraba, una vez que había decidido su opinión, y en segundo nunca desperdiciaba su persona con cuestiones que la naturaleza no había dotado para que redundaran en su honor. Sherringham sabía que el hecho de que él le pidiera que realizara una concesión para agradarle le daría a Madame Carré una idea falsa (a ese respecto, ya la tenía) de sus relaciones, actuales o proyectadas, con la muchacha; pero reflexionó que no era necesario que él se preocupara por ello, cuando la propia Miriam probablemente no se preocuparía. Lo que principalmente tenía pensado era decirle a la vieja actriz que estaba equivocada: la jeune Anglaise no era tan borrica. Esto demandaría cierto coraje, pero asimismo contribuiría a la emoción de su visita.

Encontró a Madame Carré en casa, pero tan pronto como hubo expresado

la convicción antes mencionada, ella exclamó:

— ¡Oh, su jeune Anglaise! ¡Sé mucho más que usted sobre ella! Esa muchacha ha vuelto a venir a verme dos veces; no le gustan los procedimientos largos e indirectos. Carga sobre mí como un granadero, y me pide que le dé unos cuantos... ¡adivine qué! Recitales privados, todos para ella sola. Si no lo consigue, no será por no saber aporrear las puertas. Hace poco, al entrar, me la encontré esperándome; llevaba aquí una hora. Mis recitales privados... ¿tiene usted idea de lo que paga por ellos la gente?

—Entre artistas, ya se sabe, las condiciones son más flexibles —dijo divertido Sherringham.

—Y ¿cómo sé que es una artista? No abre la boca en mi presencia; lo que quiere es hacerme recitarle cosas. Lo logra (no sé cómo) y se sienta ahí mirándome boquiabierta con sus enormes ojos. ¡Parecen bolsillos abiertos!

—Seguro que a ella le aprovechará —dijo Sherringham.

— ¡Seguro que a usted le aprovechará! Ella pone su cara estúpida mientras me contempla, y, cuando me ha dejado exhausta, sencillamente se marcha. No obstante, como va a volver... —Madame Carré hizo una pausa momentánea, escuchó, y después exclamó—: ¿Qué le decía?

Sherringham oyó un rumor de voces en la pequeña antecámara y al momento siguiente se abrió la puerta de un empujón y Miriam Rooth entró en la habitación en dos zancadas. Estaba sofocada y sin aliento, sin una sonrisa, sin afectaciones de ningún tipo.

— ¿Puede escucharme hoy? Me he aprendido unas cuantas cosas —comenzó de inmediato. Entonces, reparando en Sherringham, agregó con el mismo tono serio y resuelto, como si la cuestión fuese de la más elevada importancia—: Oh, ¿qué tal está? Me alegro mucho de verlo por aquí.

No le dijo nada más que eso, no apeló a él en modo alguno, no hizo alusiones a que la hubiera defraudado, sino que se encomendó por entero a Madame Carré, como si él no estuviera allí; y lo hizo sin esgrimir pretextos y sin recurrir a halagos; asumiendo más bien un tono de autoridad indiferente, como si considerara que la celebrada artista tuviera un deber sagrado con ella. Era otra variante, pensó Sherringham; difería de cada una de las actitudes en que la había visto previamente. Se le ocurrió a Sherringham de súbito que, lejos de que hubiera duda alguna de que Miriam Rooth tuviera una naturaleza histriónica, ocurría sencillamente que la tenía con tal perfección que siempre estaba actuando; que su existencia era una serie de papeles asumidos por un momento, sucediéndose unos a otros ante el espejo perpetuo de alguna curiosidad o admiración o extrañeza, alguna condición de espectadores que ella percibiera o imaginara en las personas que la rodeaban. Por interesado que

él siempre hubiera estado en la profesión de la que ella era potencial gala, esta idea lo sobresaltó con su novedad e incluso le prestó a Miriam Rooth, sobre la marcha, un carácter formidable, verdaderamente terrible. Sherringham comprendió abruptamente que una mujer cuya única existencia consistiera en «hacer creer» (en hacer creer que poseía todas y cada una de las características que uno quisiera, que sirvieran para algún propósito, produjeran cierto efecto) y cuya identidad residiera sólo en la sucesión de sus encarnaciones, de tal forma que careciera de interioridad espiritual, como lo expresó concisamente para sus adentros, y viviera en un vendaval de exhibición, de representación... una mujer semejante sería una especie de monstruo, en quien por necesidad no habría nada que apreciar con cariño, porque no habría nada que asir duraderamente. Sintió por un momento que había sido muy ingenuo al no haber realizado antes este análisis del carácter de las actrices. El propio rostro de la muchacha se lo mostraba ahora vívidamente: el descubrimiento de que sin lugar a dudas carecía de un semblante propio; sólo tenía el semblante de cada ocasión, una procesión, una variedad (posiblemente capaz de hacerse interminable) de movimientos interpretativos. Ella siempre estaba probándolos, ensayándolos para su diversión o provecho, saltando de uno a otro e incrementando su gama; y ésta sería sin duda cada vez más su ocupación, conforme adquiriera soltura y confianza. La expresión facial que más se acercaba a ser verdaderamente de ella, por así decirlo, era la que más se acercaba a la inexpresividad total: un aire inane cuando se olvidaba de sí misma, al contemplar algo. Entonces su mirada se mostraba grave y su boca más bien vulgar; si bien era acaso justamente cuando los hermosos rasgos de su cabeza más decían. Había tenido una apariencia ligeramente béte incluso cuando Sherringham, durante su primer encuentro en casa de Madame Carré, le dijo a Nick Dormer que era la imagen de la Musa Trágica.

Ahora, de todos modos, lo poseía la aprensión de que ella podría hacer lo que quisiera con su rostro. Era una sustancia elástica, un objeto de gutapercha, como la flexibilidad del gimnasta, la mujer que, en un teatro de variedades, sale disparada por la boca de un cañón. Él se acaloró un poco ante esta vivida visión de lo que podía ser una actriz; siempre había considerado de una forma más poética, en todos los casos, a esta sacerdotisa del arte. Pero ¿qué era la sacerdotisa, si uno se ponía a considerarlo, sino un gimnasta en femenino, una saltimbanqui de tarifas más elevadas? No colgaba literalmente de un trapecio sujeta por los talones y sosteniendo a un hombre gordo con la dentadura, pero hacía el mismo uso de la lengua, de los ojos, de los artificios imitativos, que su homóloga musculosa hacía de pierna y mandíbula. Era una circunstancia extraña que el rostro de Miriam Rooth le pareciera a él hoy un instrumento más fino que el de la anciana Madame Carré. Era sin duda que el de la muchacha era flamante y poderoso, con un futuro en él, mientras que el de la pobre Madame Carré estaba gastado y cansado, con un pasado tan sólo.

La anciana dijo algo —medio en guasa, medio por auténtico resentimiento— sobre la brutalidad de la juventud cuando Miriam se fue ante un espejo y se quitó con rapidez el sombrero, pasándose la mano por el pelo y arreglándolo como preliminar al acto de hacerse escuchar. Sherringham observó sorprendido e intrigado que la inteligente francesa, que a lo largo de su larga vida había dominado todas las habilidades, estaba en una posición indefensa, constreñida, a la vez protestando y consintiendo. A Miriam no le habían hecho falta sino unos pocos días y un par de visitas para convertirse en una fuerza triunfante; se había autoimpuesto, y Madame Carré, mientras se reía (sin embargo tenía a la vez un aspecto terriblemente amenazador, con expresiones en las miradas y los ademanes), se veía reducida a la última línea de defensa: la de declararla ordinaria y torpe, diciendo que podría apabullarla; pero aquello se quedaba en nada. Hablaba lo bastante en guasa para no ofender a Miriam, pero su conducta delataba la irritación de una mujer inteligente que, a una edad avanzada, se veía por vez primera incapaz de comprender. Lo que esta mujer inteligente no comprendía era el tipo de producto humano que le había sido presentado por Gabriel Nash; y esto le sugirió a Sherringham que la jeune Anglaise era tal vez verdaderamente rara, un tipo nuevo, ya que Madame Carré había debido de conocer innumerables variedades. Adivinó que la muchacha estaba perfectamente dispuesta a ser insultada, y que su indiferencia ante lo que podría pensarse de sus modales era una evidencia de vida, salud y ánimo, la insolencia de una fuerza consciente.

Cuando nuestra joven se hubo dado unos retoques ante el espejo, se dio la vuelta, con un rápido «*Ecoutez maintenant!*», y permaneció apoyada un momento contra la mesa que había delante del espejo, ligeramente encogida e inclinada hacia atrás, con las manos detrás suyo. Aguardó un instante, dirigiendo su mirada de uno de sus compañeros al otro como si estuviese tomando posesión de ellos (un proceder eminentemente deliberado e intencionado, que hizo que Sherringham se preguntara qué había sido del antiguo terror de ella y si éste y las lágrimas habían sido todo una comedia); tras lo cual, irguiéndose abruptamente, comenzó a recitar un breve poema francés, una composición moderna y delicada, una de las cosas que había acuciado a Madame Carré para que le declamara. Se lo había aprendido, lo había practicado, lo había ensayado ante su madre, y ahora estaba infantilmente ansiosa de mostrar lo que sabía hacer con él. Lo que principalmente hacía era reproducir con una cruda fidelidad, pero con una memoria extraordinaria, las entonaciones, los trémolos y cadencias personales de su modelo.

— ¡Qué mala haces que me parezca a mí misma, y si yo fuese tú cuantísimo mejor lo recitaría! —fue la primera observación crítica de Madame Carré.

Miriam le concedió poco tiempo para desarrollar esta idea, pues asestó, aprovechando los más mínimos intervalos, las otras cinco muestras poéticas de las que la vieja actriz le había proporcionado la clave. Todas eran poemas líricos delicados, de intención tierna o patética, de poetas contemporáneos; todos ellos exigían un buen gusto y un arte impecables, toda una maestría en el tono, en la insinuación, por parte del intérprete. Miriam los había engullido vorazmente, los espetaba de la misma forma que el primero, con un mimetismo fiel, brutal y despiadado. Hubo un momento en que Sherringham tuvo miedo de que Madame Carré pensara que se estaban burlando de su estilo, de sus celebradas sonrisas sofisticadas y visajes, por lo estrafalarios que hacía la actuación de la muchacha que parecieran estos refinamientos.

Cuando hubo acabado, la anciana dijo:

— ¿Te gustaría oír ahora cómo lo haces tú?

Y, sin esperar respuesta, entonó y gorjeó la última de las piezas, de cabo a rabo, exactamente como Miriam lo había hecho, haciendo de esta imitación de una imitación la cosa más bufonesca imaginable. Si se había sentido molesta, era una venganza perfecta. Miriam se había dejado caer sobre un sofá, exhausta, y al principio miró atónita, con un aspecto sofocado y huraño; entonces dio paso al desenfado, riéndose con gran sentido del humor. Después dijo, para defenderse, que los versos en cuestión, e incluso todos los que había recitado, eran de la clase más difícil: había que hacerlos; no estaban hechos en sí mismos, eran asuntos en los que los gros moyens no eran de utilidad.

—Ah, pobre hija mía, tus recursos son todos gros moyens, no parece tener otros —contestó Madame Carré—. Haces lo que puedes, pero es que hay personas que son así; así es como están hechas. Nunca saben aproximarse a lo delicado; los matices no existen para ellas, no ven ciertas diferencias. Ha sido para enseñarte una cuestión de matices para lo que he recitado ese texto de la forma como tú lo recitas, como tú pretendes remedar mi forma de hacerlo. Si te impresiona lo poquísimo que tienen en común las dos formas, tanto mejor. Pero me das la sensación de que vulgarizas todo lo que tocas.

Sherringham consideró este veredicto áspero hasta la crueldad, y se percató de que la señorita Rooth tenía la facultad de provocarle dentera a su profesora. Le crispaba a ésta los nervios; estaba hecha de una sustancia densa y rugosa que la anciana no estaba acostumbrada a manipular. No obstante, esta exasperación constituía una especie de elogio; al menos no era ni indiferencia ni simple desprecio; daba fe de una presencia desconcertante en la muchacha e incluso de un grado de importancia. Miriam comentó, con bastante serenidad, que lo que ella más deseaba hacer eran las cosas con las que no servían los gros moyens, los vulgares trucos obvios, los brincos y alaridos que a todo el mundo se le podían ocurrir y que al gros public le gustan. Deseaba hacer lo

más difícil, y zambullirse en ello desde el principio; y explicó, como si fuese un descubrimiento suyo, que había dos tipos de escenas y parrafadas: aquéllas que se resolvían por sí solas, para las cuales el tratamiento era evidente, el modo único, así que no había más que ponerlo en práctica; y aquellas otras que estaban abiertas a la interpretación, con las cuales había que batirse pulgada a pulgada, interpretando, disponiendo, haciéndolas según un concepto personal. Algunas de las escenas más eficaces, y de las más celebradas y admiradas, como el frenesí de Julieta con su pócima, eran de la primera especie; pero eran las otras lo que ella prefería.

Madame Carré acogió esta revelación con bastante buen talante, teniendo en cuenta su falta de novedad, y únicamente se rio de la joven por tener un aspecto tan noblemente paternalista mientras la proclamaba. Estaba claro que su risa estaba parcialmente destinada a la buena fe con que Miriam se había pintado como interesada preponderantemente en los problemas más sutiles de su arte. Sherringham estaba encantado con el valor de la muchacha —si es que era valor y no mera estupidez—, la astucia con que se sometía, para lograr su propósito, al trato brutal de la anciana. Deseó llevarse un momento a Miriam, para ofrecerle una advertencia amistosa, para aconsejarle que no se volviera cargante, que no corriera riesgos irresponsables. Pero ella sostenía su hermosa cabeza de un modo que daba a entender que ahora no le importaba qué riesgos corría y también que (era mitad vulgaridad —Madame Carré tenía razón hasta ese punto— y mitad entereza) no tenía ninguna intención de abandonar mientras siguiera habiendo algo cuya asimilación valiera la pena. Se sentó, y en esa posición permaneció quieta, requiriendo a su anfitriona con preguntas de todo tipo: algunas razonables, algunas ingeniosas, algunas extrañamente fútiles y algunas gravemente indiscretas; pero todas tuvieron el efecto, contrariamente a las previsiones de Sherringham, de que Madame Carré se aplicara animadamente a contestar y a explicar, se sintiera interesada, estuviera contenta de tenerla allí y hablarle. Sin embargo, la vieja actriz asimismo se puso cómoda en su terreno; dio rienda suelta, con el cinismo infrecuente del artista, a toda la crudeza, la ironía e intensidad que puede haber en una discusión sobre asuntos esotéricos, sobre misterios personales, sobre métodos y secretos. Era la hora más extraña que Sherringham había pasado nunca, incluso si tomamos en cuenta el desarrollo de sus investigaciones que a menudo lo habían llevado dentro de la cuisine, como los franceses la llamaban, la destilería o trastienda de su admirada profesión. Se levantó varias veces con intención de marcharse; pero siempre terminó quedándose, en parte por no dejar a Miriam sola con su terrible iniciadora, en parte porque se sentía a la vez divertido y aleccionado, y en parte porque Madame Carré lo retuvo mediante el reclamo de su vieja mirada aguda y confidencial, dirigiéndole a él sus palabras, utilizando a Miriam como tema de las mismas, como una ilustración vil. La vieja actriz puso al desnudo a esta muchacha, por así

decirlo, de pies a cabeza, la volvió del revés, la sopesó y midió y sondeó: todo aquello constituyó, para Sherringham, una revelación nueva del extremo hasta el cual había sido llevada, en la profesión y el país de Madame Carré, la técnica del análisis feroz con una gran inteligencia de la cuestión y un vocabulario específico. Lo que lo impresionó más que ninguna otra cosa fue la forma como la vieja actriz dominaba sus propios razonamientos y todo se hallaba nítido y preciso en su cabeza y era gobernado por su mano. Aunque Madame Carré tenía concepciones insólitas, las había rastreado hasta sus fuentes; podía dar cuenta de lo que hacía; sabía perfectamente los porqués; podía explicarlos, defenderlos, enriquecerlos, luchar por ellos; y todo esto resultaba un placer intelectual para ella, que le daba ocasión de explayarse y porfiar y mostrarse inteligente. Hubo una especie de crueldad, o por lo menos de dureza, en todo aquello, para el sentir inglés de Sherringham, ese sentir que nunca puede volverse sinceramente compatible con la idea del ajusticiamiento y que posee una sensibilidad inaccesible a cualquier intento de aplacarla mediante avenencias y superficialidades, faltas de seriedad que a menudo exhalan una agradable fragancia moral. En teoría, no había nada que él más valorara que precisamente una tal pasión lógica como la de Madame Carré; pero en la vida real, cuando se veía ante ella, era capaz de parecerle mucho ruido y pocas nueces.

Si decimos que la anciana era dura, no es porque muchas de sus conclusiones presentes, en lo relativo a Miriam, no fueran indulgentes, sino porque tenía una visión de lo que es un gran estilo, de lo acertado y lo equivocado, de lo genuino y lo falso en el terreno del arte, tan elevada y religiosa que el individuo no contaba nada puesto ante ella: un sacrificio sin demoras y sin escrúpulos. Ello incomodó a Sherringham, como lo habían incomodado ciertos feuilletons (críticas teatrales en los periódicos de París) que se sentía obligado a considerar importantes, pero de los cuales, cuando eran buenísimos, estaba un tanto abochornado. Cuando eran buenísimos, o sea cuando eran meticulosísimos, resultaban personalísimos, como era inevitable tratándose de la interpretación, la más personal de las artes; entraban en detalles; ponían los puntos sobre las íes; discutían con imparcialidad la calidad de presencia, las dotes físicas del actor o la actriz, dictaminándolas en algunos casos reprensiblemente inadecuadas. Sherringham no podía librarse de un cierto prejuicio contra estos pronunciamientos; en el caso de las actrices especialmente, dichos pronunciamientos se le antojaban brutales y carentes de delicadeza: indignos de un verdadero hombre procediendo de un crítico sentado fumando en su asiento. Al mismo tiempo era consciente del dilema (lo odiaba; lo hacía acalorarse aún más) en que lo colocaba su objeción. Si a uno lo apasionaba gustar del arte del actor, se tenía que estar interesado por fuerza en todas las recensiones sinceras de él, las cuales, dadas las circunstancias especiales, serían legítimas en la medida en que fueran minuciosas. Si la



recensión que cumplía francamente estas condiciones parecía una cosa baja u ofensiva, en ese caso ¿qué podía haber de bueno en el arte en cuestión? ¡Vaya una conclusión la que podía deducirse si la crítica era tolerable sólo con tal que no tuviera valor, con tal que permaneciera imprecisa y tímida! Era un embrollo que Sherringham nunca había conseguido desenredar: se había tranquilizado afirmando que no había razón para que un crítico teatral no fuera un caballero, estableciendo a la vez con frecuencia que se trataba de una profesión odiosa, que ningún caballero sería capaz de adoptar. Los mejores de esta hermandad, tan conspicua en París, eran los que no la adoptaban: los que, mientras simulaban escribir acerca de las tablas, escribían en realidad acerca de cualquier otra cosa.

Fue como si Madame Carré, en prosecución de su enardecido ideario según el cual el arte lo era todo y el individuo nada, excepto si daba la casualidad de que estuviera al servicio de aquél, hubiese dicho: «Pues bien, si ella lo quiere lo va a tener; va a saber lo que se está buscando, lo que yo he tenido que afrontar, lo baqueteados y maltrechos que hemos quedado todos... todos los que valemos, los que hemos tenido el honor. Va a enterarse de la dura verdad». Fue como si todavía la persiguieran y obsesionaran las tonterías de la señora Rooth, su hipocresía, sus escrúpulos... algo que sentía la necesidad de apalear, de pisotear. Miriam se lo tomó todo como un baño, un bautismo, con un regocijo pasivo y estremecimientos de gozo; escudriñando, considerando, a ratos sonrojándose y sintiéndose incapaz de comprender, pero sin desertar ni resultar herida; riéndose, cuando era necesario, a su propia costa, y opinando evidentemente que esto era por fin el ambiente de la profesión, una iniciación que nada lograría borrar. Sherringham le dijo que quería acompañarla hasta su alojamiento, que quería hablarle y que por lo tanto debía marcharse con él.

—Y queda acordado, entonces, que puede volver por aquí —agregó Peter para Madame Carré—. Yo me haré cargo del asunto, naturalmente. Usted se tomará interés por ella durante un mes o dos; estará a su cuidado.

—Oh, la sacudiré bien; ¡parece bastante robusta! —dijo la vieja actriz.

## 11

Cuando hubo salido a la calle con Sherringham, Miriam lo hizo saber que estaba sedienta, que se moría por tomar algo; a causa de lo cual él le preguntó si pondría alguna objeción a entrar con él en un café.

— ¿Objeción? ¡Me he pasado la vida en los cafés! —exclamó ella—. Están

calentitos en invierno y llenos de luz de gas. Mamá y yo hemos estado sentadas dentro de ellos durante horas, muchas veces, con una consommation de tres perras chicas, para ahorrar fuego y velas en casa. Hemos vivido en sitios donde no podíamos sentarnos, si es que la cuestión lo interesa, donde sólo había auténticamente espacio si nos metíamos en la cama. El dinero de mamá llega desde Inglaterra, y en ocasiones no llegaba. Una vez no llegó durante meses... durante meses y meses. No me explico cómo sobrevivimos. No lo había para moverse; no lo había para volver a casa. No resulta agradable cuando se está afuera, en una ciudad del extranjero, sin ningún amigo. Mamá pedía prestado, pero la gente no siempre estaba dispuesta a prestar. No tema: no le va a pedir prestado a usted. Ahora estamos un poco mejor. Algo se ha hecho en Inglaterra; no sé el qué. Se trata tan sólo de unos pocos cuartos al año, pero es estable; llegan con regularidad; antes llegaban sólo tras que hubiéramos escrito y suplicado y esperado. Pero no suponía diferencia: mamá siempre estaba sumergida hasta las orejas en libros. Eran su comida y su bebida. Cuando no tenía qué comer, empezaba una novela en diez volúmenes, de las anticuadas; eran las que duraban más. Se conoce todos los cabinets de lecture de cada ciudad; los viejos, sucios, pequeños y baratos, quiero decir, en las callejuelas de los barrios bajos, donde tienen volúmenes rarísimos y sólo piden una ridiculez, y los libros son tan viejos que huelen mal. Se los lleva a los cafés (los cafés viejos, sucios, pequeños y baratos, también) y se pone a leer allí la tarde entera. Eso le sienta estupendamente, pero yo personalmente no lo encuentro nutritivo. No me gusta estar a dieta de novelas viejas y sucias. Allí me siento junto a ella, sin nada que hacer, ni siquiera una media que remendar; ella cree que eso no sería comme il faut. No sé por quién me tomará la gente. Sin embargo, nunca nos han dicho nada: cualquiera ve que mamá es toda una dama. En cuanto a mí, seguramente podría ser cualquier cosa. Si se va a ser actriz, hay que acostumbrarse a ser mirada. Había personas en Inglaterra que antes nos pedían que nos quedáramos con ellas; algunas eran primos nuestros... o mamá decía que lo eran. Yo nunca vi muy clara la cuestión de nuestros primos, y no creo que ellos vieran nunca clara en absoluto nuestra cuestión. Algunos de ellos han muerto; los demás ya no nos piden nada. Debería escuchar usted a mamá cuando habla del tema de nuestras visitas en Inglaterra. Es muy conveniente que los primos de una estén muertos, porque así eso lo explica todo. Mamá tiene unas frases deliciosas: «Mi familia está casi extinguida». En ese caso la familia de una puede haber sido lo que una quiera. La nuestra, por supuesto, fue magnífica. Una vez estuvimos en un lugar donde había un parque natural con ciervos, y también representaciones privadas teatrales de aficionados. Actué en ellas; tenía sólo quince años pero estaba muy desarrollada y me parecía estar en el cielo. Iré a dondequiera que a usted le guste; descuide; ¡hemos estado en cada sitio! He aprendido mucho de ese modo, sentada al lado de mamá y contemplando a la gente, sus rostros, sus

pintas, sus movimientos. Suceden cosas fascinantes en los cafés: la gente acude a ellos para discutir sus asuntos, sus aventuritas privadas, sus complicaciones; celebran reuniones importantes. Oh, he observado cada escena, entre hombres y mujeres... muy discretas, terriblemente discretas, ¡pero trágicas! Una vez vi a una mujer hacer algo que haré algún día, cuando yo sea importante... si me veo en esa situación. Algún día le contaré lo que es; lo haré para usted. ¡Oh, es el libro de la vida!

Así divagó Miriam, con familiaridad, inconexamente, mientras la pareja recorría su camino por la Rue de Constantinople; y siguió abundando en anécdotas y comentarios después de que se hubieran sentado cara a cara ante una mesita de mármol en un establecimiento que Sherringham seleccionó cuidadosamente, y después de que él, a petición suya, hubiera hecho que le sirvieran a ella sirop d'orgeat.

—Sé adónde irá a parar esto: Madame Carré querrá retenerme.

Ésa fue una de las constataciones que ella realizó al poco.

— ¿Retenerla?

—Para la escena francesa. No querrá dejar que usted se me lleve.

Ella decía cosas de este estilo, con una autocomplacencia alarmante, dando por supuesto un triunfo veloz. Hablaba en serio, evidentemente estaba dispuesta a trabajar, pero su imaginación se saltaba los preliminares y las pruebas, no tenía en cuenta los pasos sucesivos del proceso, especialmente los primeros y más enojosos, la prueba de paciencia. Sherringham todavía no había hecho nada por ella, no había dado ninguna garantía sustancial de interés; no obstante, ella ya hablaba como si su protección fuera segura y celosa. Ciertamente es, empero, que ella parecía ser responsabilidad suya en enorme grado mientras estaba sentada frente a él en el café de Pans, con su juventud, su belleza y su confianza locuaz. Este grado de responsabilidad le resultaba a Sherringham cuantiosamente grato, y no anheló sino poder hacerlo durar y progresar. El impulso a hacerla hablar era irresistible, a alentarla para que se revelase hasta el final; pues si estaba destinado de verdad a hacerse cargo de su carrera, contaba con que habría alguna recompensa agradable... como, por ejemplo, que ella al menos lo entretuviera.

—Es muy singular. No conozco nada semejante —dijo Peter—, el dominio igual de dos idiomas que posee usted.

—Diga mejor de media docena —sonrió Miriam.

—Oh, no me fío tanto de los restantes. No puedo imaginar, con todos los respetos a su innegable fluidez, que la juzgaran apta para dirigirse a un público alemán o italiano en su propia lengua. Pero podría con uno francés,

perfectamente, y son los más tiquismiquis de todos; pues su idioma es hipersensible y son incapaces de tolerar el baragouinage de los extranjeros, que nosotros escuchamos con tanta complacencia. De hecho, el francés de usted es mejor que su inglés: es más ortodoxo; hay pequeñas extravagancias e impurezas en su inglés, como si hubiera vivido demasiado tiempo en el extranjero. Ah, tiene que trabajar sobre eso.

—Lo trabajaré con usted. Me gusta cómo habla.

—Debe hablar primorosamente; debe hacer algo por el nivel de exigencia.

— ¿Por el nivel de exigencia?

—No hay ninguno, pensándolo bien; se ha echado a perder.

—Oh, yo lo rescataré. Sé lo que quiere decir.

—Nadie lo sabe, a nadie le importa; ese sentido crítico se ha arruinado, no existe en el público —continuó Sherringham, ventilando un motivo de queja y agravio que raramente era capaz de olvidar, la visión del cual impuso de repente una misión sacrosanta sobre Miriam Rooth—. En nuestra escena, la pureza de dicción no existe. Cada uno declama como le viene en gana, y el público nunca se entera; es lo último en que se fija. El terreno ha sido invadido por dialectos abominables y truquillos efectistas, cualquier vulgaridad prospera, y para colmo vienen los norteamericanos, con todas las tosquedades imaginables, para añadir confusión a la confusión. Y cuando uno se lamenta de ello la gente se queda estupefacta; no saben a qué se refiere uno.

— ¿Prefiere el estilo grandioso, cierta forma de dicción ampulosa, al modo de Kemble y compañía?

—Prefiero cualquier estilo que sea estilo, es decir una metodología, un arte, que aporte belleza palpable a la dicción. Si pago diez chelines por oírla hablar, exijo que sepa hacerlo, que diable! Diga eso a la gente y en su mayoría se quedarán mudos de estupor; sólo unos pocos, los muy inteligentes, exclaman: «¿Es que desea que los actores sean afectados?».

—Y ¿lo desea? —preguntó Miriam, llena de interés.

—Mi pobre muchacha, ¿qué otra cosa, de las que hay bajo el sol, deberían ser si no? ¿No es todo su arte la afectación par excellence? Hoy el público no aguantaría eso, tal oye uno que dicen. Si es cierto, significa sencillamente que el teatro, en el sentido en que yo lo concibo, es decir como un arte practicado como una expresión sobre todo personal, está acabado.

— ¡Jamás, jamás, jamás! —exclamó la muchacha, con una voz que hizo que una docena de personas se dieran la vuelta.

—A veces lo pienso, que el arte personal está acabado, y que de ahora en

adelante tan sólo nos quedarán las artes (capaces, sin duda, de un refinamiento inmenso a su modo; de hecho, ya lo han alcanzado) del tramoyista y el figurinista. En Londres el drama está ya asfixiado por la escenografía; la interpretación trata de arañar un poco de atención como buenamente puede. Para recibir la antigua impresión personal, que antes lo era todo, hay que irse a los países pobres, y sobre todo a Italia.

—Oh, eso no me es desconocido; ¡son muy personales! —dijo Miriam maliciosamente.

—Usted ha visto la desnudez del escenario, la pobre y andrajosa tela pintada al fondo, y en el espacio vacío el histrión, haciéndolo todo él sabe cómo, en completa posesión. Esta personalidad no es lo que los ingleses entendemos por personalidad, y es posible que no siempre logren entusiasmanos con ella; pero el rumbo es el correcto, y posee superioridad, consistente en que se trata de una exhibición humana, no mecánica.

—Sé actuar exactamente como un italiano —dijo Miriam con entusiasmo.

—Preferiría que actuara como una inglesa, si una inglesa quisiera alguna vez actuar.

— ¡Oh, ya se lo demostraré!

—Pero usted no es inglesa —dijo Sherringham cordialmente, adoptando una actitud desenfadada.

— ¿Cómo dice? Debería oír a mamá extenderse sobre nuestra «raza».

—Usted es judía, estoy seguro —ahondó Sherringham.

Ella se aferró de inmediato a esta idea, como él estaba destinado a comprobar —posteriormente— que estaba dispuesta a aferrarse de inmediato a cualquier cosa que pudiera hacerla más interesante o impresionante; incluso a cosas que, grotescamente, se contradecían o excluían entre sí.

—Eso siempre es posible, cuando se es inteligente —respondió ella—. Me encantaría, porque quiero ser la Raquel inglesa.

—Entonces debe irse del lado de Madame Carré tan pronto como haya obtenido de ella todo lo que pueda dar de sí.

—Oh, no tema; no me perderá usted —contestó la muchacha, con grosera y encantadora fatuidad—. Mi nombre es judío —continuó—, pero era el de mi abuela, la madre de mi padre. Era baronesa, en Alemania. Quiero decir, era hija de un barón.

Sherringham aceptó esta declaración con reservas, pero respondió:

—Junte todo eso, y la convierte de modo más que suficiente en miembro

de la tribu de Raquel.

—No me importa, con tal de ser de su tribu artísticamente hablando. Soy de la familia de los artistas; ¡je me fiche de cualquier otra! Soy del mismo estilo que esa mujer; lo sé.

—Habla como si la hubiera conocido —dijo Sherringham, haciéndole gracia la forma en que ella hablaba de «esa mujer».

—Oh, lo sé todo sobre ella; lo sé todo sobre todos los grandes actores. Pero ser de la tribu de Raquel no me impedirá llegar a hablar un inglés divino.

—Debe aprenderse muchísimas poesías; debe recitármelas —continuó Sherringham—. Debe acostumbrarse hasta que sea capaz de recitar cualquier cosa. Debe aprenderse pasajes de Milton, pasajes de Wordsworth.

— ¿Escribieron ellos obras teatrales?

— ¡Oh, no es sólo cuestión de obras teatrales! No se sabe declamar un papel idóneamente hasta que se sabe declamar cualquier otra cosa, cualquiera que se presente, especialmente en tanto en cuanto sea difícil. Eso confiere autoridad.

—Ah, sí, me interesa tener autoridad. Hay más oportunidades en inglés —añadió la muchacha, cuando volvió a coger aliento—. No hay tantos otros: la terrible competencia. Hay tantos aquí... no es que me asusten —siguió parlotando—. Pero nosotros tenemos América, y ellos no. América es un gran sitio.

—Habla como un representante teatral. Más bien son afortunados por no tenerla, al revés que nosotros. Algunos terminan yendo allá, y eso los arruina.

— ¡Qué va, les llena los bolsillos! —exclamó Miriam.

—Sí, pero mire a cambio de qué. Es la muerte de un actor representar ante grandes poblaciones que no comprenden su estilo. Entonces ya no es otra cosa que los gros moyens; toda su sutileza fenece. No obstante, la comprenderán a usted.

—Quizá resultaré demasiado afectada —dijo Miriam.

—No más que Garrick, o la señora Siddons, o John Kemble, o Edmund Kean. Comprendieron a Edmund Kean. Toda reflexión es una afectación, y toda actuación es una reflexión.

—No sé; las mías son instinto —repuso Miriam.

—Mi querida muchacha, usted habla de «las suyas»; pero no se ofenda si le digo que las suyas no existen. Algún día existirán, si todo va bien. Las de Madame Carré sí existen, porque ha reflexionado. El talento, el deseo, la

energía son instinto; pero en el momento en que estas cosas conforman una interpretación, son instinto sometido a una finalidad.

—Madame Carré es muy filósofa. Yo nunca seré como ella.

—Por supuesto que no; será original. Pero también tendrá criterios intelectuales.

—Seguramente tendré una buena cantidad sacados de usted —dijo Miriam, sonriendo en dirección al otro lado de la mesa.

Permanecieron sentados un momento mirándose mutuamente.

—No se rebaje a la coquetería; sería una pérdida de tiempo.

— ¡Vaya, qué amable! —exclamó la muchacha.

—Oh, no lo digo por mí; lo digo por usted. Deseo verla tan concentrada. Estoy dedicándome a darle buenos consejos. Usted no me da la impresión de ser una aficionada al flirteo y a esa clase de cosas, y ello va en su favor.

— ¡En mi favor!

—Se ahorra mucho tiempo.

—Tal vez se ahorra demasiado. ¿No cree que los artistas tengan que tener pasiones?

Sherringham dudó un instante: consideraba prematuro un examen de esta cuestión.

—Los flirteos no son pasiones —respondió—. No, usted es formal. Por lo menos, sospecho que lo es; pues naturalmente, en el caso de una mujer, hace falta inteligencia para verlo. —Ella preguntó por qué la dictaminaba formal, pero él juzgó preferible, y más en consonancia con el juego limpio, diferir incluso un examen somero de este aspecto de la cuestión; conque, para cambiar de tema, dijo—: Asegúrese de no delatarme ante su amigo el señor Nash.

— ¿Delatarlo? ¿Se refiere a contarle eso de que recomienda afectación?

—Cielos, no; él mismo la recomienda. Es decir, la práctica, ¡y en qué escala!

—Pero consigue que la gente la odie.

—El demuestra lo que quiero decir —dijo Sherringham—: que el comediante grande es el que la eleva al rango de ciencia. Si hubiera que pagar diez chelines por escuchar al señor Nash, seguramente se le consideraría buenísimo. Pero nosotros queremos discurrir en qué se supone que debe consistir realmente su afectación.

— ¡Es tan odioso, el modo como él habla de nosotros! —exclamó Miriam, con aprobación.

— ¿De «nosotros»?

—De nosotros los pobres actores.

—Es la competencia que le hacen lo que le desagrada —dijo Sherringham, riéndose.

—De todos modos el señor Nash es muy considerado; le prestó a mamá treinta libras —añadió la muchacha, con sinceridad. Ante esta información, Sherringham no fue capaz de reprimir una cierta congoja, que su acompañante notó y de la cual pareció confundir el significado. —Por supuesto las recuperará —continuó ella, mientras Sherringham la miraba en silencio durante un instante. La fortuna no lo había surtido profusamente de dinero, pero su punzada no había sido ocasionada por la aprensión de que también él probablemente habría de llevarse las manos a los bolsillos en beneficio de la señora Rooth. Se trataba sencillamente del horror, instintivo en una naturaleza refinada, ante la idea de una intimidad familiar con personas que vivían al día, y se trataba también de una sensación de que dicha intimidad habría primeramente de ser definida con exactitud si había intención de que progresara mucho más. Le habría gustado discurrir en qué se suponía que debía consistir realmente, al igual que el histrionismo de Gabriel Nash. Tras un instante Miriam malinterpretó sus pensamientos aún más plenamente, y al hacerlo le ofreció un destello de conocimiento anticipado acerca de hasta qué punto estaba en la naturaleza de ella hacer sonar de vez en cuando una nota exasperantemente, casi intencionadamente vulgar, que uno por necesidad tenía que odiar por la razón, entre otras, de que a esas alturas uno tenía que estar enamorado de ella. —Bueno, pues entonces no las recuperará... ¡si no se lo cree! —exclamó con una carcajada. Él estaba diciéndose que el único camino posible era que ellas le pidieran prestado sólo a él. Miriam persistió—: Es usted un hombre muy sorprendente: lo hago sofocarse.

—Debo responder con el tu quoque, aunque yo no consiga esa reacción en usted.

— ¿Qué quiere decir? —dijo la muchacha.

—Que también usted es una joven muy extraña.

—Quiere decir que soy repulsiva. Pues seguramente lo soy. Pero mejoro cuando usted me trata.

Sherringham no hizo ningún comentario directo ante esto, sino que tras una pausa dijo:

—Su madre debe devolver ese dinero. Yo se lo daré.



— ¡Mejor que se lo dé a él! —exclamó Miriam—. Porque como lo cojamos nosotras... —Ahí se interrumpió; y, después, con otro tono distinto y más calmado, una de sus transiciones profesionales, comentó—: Supongo que usted nunca había conocido a nadie que fuera pobre.

—Yo mismo soy pobre. Me refiero a que me hallo muy lejos de ser rico. Pero ¿para qué aceptar favores...? —Y aquí él se contuvo a su vez, con la sensación de que de veras estaba echándose una gran carga sobre las espaldas si pretendía tan pronto (no llegaban a tres las veces que había visto a la pareja) regular los intercambios de ellas con el resto del mundo. Pero de inmediato Miriam le completó la ocurrencia y más que la ocurrencia:

— ¿Favores del señor Nash? ¡Oh, es como si no existiera!

La forma como soltó estas palabras (habrían resultado admirables sobre el escenario) lo hizo reír y decir inmediatamente:

—Lo que quise decir hace un momento era que usted no debe decirle, después de todas mis fanfarronadas, que considero que usted y yo somos realmente precisos para regenerar nuestro teatro.

— ¡Oh, sí podemos regenerarlo, ya se enterará él solito!

Entonces Miriam añadió que debía marcharse a su alojamiento, sin más tardanza; su madre iba a estar nerviosísima: de veras que ella había salido sola muy contadas veces. Tal vez él no lo creyera, pero era así. Las ideas de su madre, aquéllas tan insoportablemente rectas, no eran todo palabras. ¡Su madre se encargaba activamente de ella! Sherringham lo aceptó: tuvo una visión ajustada, e incluso profundamente analítica, del tradicionalismo de la señora Rooth; pero notó, al mismo tiempo, que su compañera no hacía ningún ademán de incorporarse. Él no hizo ninguno, tampoco; se limitó a decir:

—Somos muy poco responsables, con esta forma de charlar. Lo que desea usted hacer, poner el pie en el estribo, es supremamente difícil. Hay infinidad de escollos que superar. No tiene ni un contrato ni la perspectiva de un contrato.

— ¡Oh, usted me conseguirá uno! —El estilo de Miriam dio a entender que esto era tan seguro que no valía la pena extenderse sobre ello; conque, en lugar de extenderse sobre ello, preguntó abruptamente, por segunda vez—: ¿Por qué piensa que soy tan formal?

—Entonces no lo pienso. ¿No acabo de decirle que es extraña? Es más, ésta es la palabra que usted misma se aplicó cuando vino a verme, cuando dijo que una muchacha tenía que serlo para desear salir a un escenario. Sigue siendo la palabra adecuada, y la formalidad de usted no mitiga el hecho. Lo que hay de extraño en usted es que no tiene (lo sospecho, al menos) una

naturaleza propia. —Miriam escuchó esto como si estuviera dispuesta o no a rebatirlo dependiendo de si le parecía o no una descripción agradable; pero por el momento, naturalmente, no acababa de comprender—. Está siempre interpretando; en usted no hay entreactos. Es la ausencia de entreactos, de un fondo o trasfondo, lo que no comprendo. Es usted un bordado sin cañamazo.

—Sí, quizá —contestó la muchacha, con la cabeza ladeada como si estuviera mirando el patrón del bordado—. Pero soy muy sincera.

—No puede serlo todo: una actriz consumada y una flor del campo. Tiene que elegir.

Ella lo miró un momento. Y dijo:

—Me alegro de que me considere tan maravillosa.

—Sus simulaciones es posible que sean sinceras, en el sentido de que sus únicos sentimientos son los simulados —continuó Sherringham—. A eso me refiero cuando hablo de la ausencia de un fondo o de entreactos. ¡Se trata de una especie de cosa que es un laberinto!

—Yo sé lo que soy —dijo Miriam, sentenciosamente.

Pero su acompañante continuó, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos:

— ¿Estaba de veras tan aterrorizada el primer día en que fue a casa de Madame Carré?

Ella se quedó mirando fijamente un momento, y después, con un cierto sonrojo, echando hacia atrás la cabeza, dijo:

— ¿Cree que estaba fingiendo?

—Creo que siempre lo está. Sin embargo, su vanidad (¡si tuviera alguna!) sería genuina.

—La tengo de sobra; no me avergüenza tenerla.

—Sería capaz de fingir que la tiene. Pero excuse el atrevimiento y la crudeza de mis especulaciones: no hacen sino testimoniar mi interés. ¿A qué se refiere cuando dice que usted sabe lo que es?

—Vaya, a que soy una artista. ¿No es eso un cañamazo?

—Sí, uno intelectual, pero no espiritual.

—Oh sí, sí lo es, también. Y soy una muchacha decente: ¿no es bastante?

—Está por ver —dijo Sherringham, riéndose—. Lina criatura que es toda ella artista. Siento curiosidad por verla.

—Ya se ha visto de sobra, en la mar de pintores, la mar de músicos.

—Sí, pero esas artes no se ejercen con la persona propia, como la suya. Quiero decir, no tanto. En la suya queda sitio para... ¿cómo llamarlo?... para la personalidad, precisamente.

Miriam miró fijamente otra vez, con su resplandor trágico.

—Y ¿cree que no tengo personalidad? —preguntó.

Mientras él dudaba, ella empujó su silla hacia atrás, irguiéndose rápidamente.

Él alzó la vista hacia ella un instante; le parecía tan «maleable». Y luego, irguiéndose también, respondió:

— ¡Criatura deliciosa, tiene usted un centenar!

## 12

Llegó el verano, y la cargada atmósfera de los teatros de París se convirtió verdaderamente en una mezcla aún más compleja; sin embargo, no fueron pocas las ocasiones en que Peter Sherringham, habiendo puesto a disposición de la señora Rooth y de su hija algún palco cercano al escenario (lo más frecuente era que se tratara de una baignoire oscura y mal ventilada), sacó tiempo para echar un vistazo, como él decía: para pasar con ellas parte de la velada y destacar los valores de la función. Las obras, los éxitos del invierno, habían entrado en la fase automática: seguían su andadura mediante la fuerza del ímpetu adquirido, exhalando poca vida genuina en lo concerniente a las actuaciones; y si Sherringham se hubiese hallado en condiciones normales, los puntos fuertes de estas obras, tal como ahora los manejaban los actores, le habrían resultado tan fatigosos como una repetición inoportuna de una buena historia. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Sherringham reparara en que sus condiciones no podían considerarse normales. Había una infusión nueva en su conciencia, un elemento en su vida que alteraba las relaciones de las cosas. No se encontró a gusto hasta que hubo hallado la denominación idónea para aquello, un nombre tanto más satisfactorio cuanto que resultaba sencillo, abarcador y plausible. Una nueva «distracción», en el sentido francés de la palabra, era lo que se felicitaba de haber encontrado; podía admitirlo tan francamente como el que más sin notarse obligado a identificar este agradable recreo como otra modalidad de las marañas embarazosas. No se sentía ni demasiado ni demasiado poco divertido; estaba en posesión de toda su atención habitual para consagrarla a su trabajo: tan sólo sucedía que disponía de una ocupación para sus ratos sueltos, la cual, sin ser imperativa, tenía,

además de varias otras, la ventaja de una cierta asiduidad.

Y no obstante, me apresuro a agregar, no se sentía tan orgullosamente complacido con aquel asunto como para no guardar por el momento, en lo relativo a sus amigos, una considerable reserva al respecto. No sentía ningún impulso irresistible de contarle a la gente que había desenterrado a una muchacha extraña y atractiva a quien estaba educando para una vida en el teatro. Había sido vista por varios de sus colegas en sus habitaciones, pero no había trazas de que fuera a volver a vérsela por allá. La reserva de Sherringham habría podido ser calificada como disimulo por los maliciosos, puesto que si las mujeres de la embajada le preguntaban qué había sido de la joven que las había entretenido con tanto arte aquel día, daba a entender que su paradero era incierto y su destino probablemente oscuro; dejaba que se supusiera, en una palabra, que la generosidad de él apenas había durado lo que una celebración accidental y caritativa. Como él se dedicara a su trabajo acostumbrado, y quizá pusiera incluso un poco más de celo en su realización, no había nada que les sugiriese a sus compañeros que estaba envuelto en una dedicación privada y de una índole singular. Acaso llevar tan lejos la aprensión ante el ridículo era una debilidad por su parte; pero podría decirse que constituía su excusa el que sostuviera que, para un hombre enrolado públicamente en el servicio de su patria, era imperdonable mostrarse ridículo. Por supuesto que no era novedoso que tales funcionarios, si se lo permitía su situación privada, disfrutaran de relaciones personales con estrellas del arte dramático, del lírico, y aun del coreográfico: diplomáticos elevados habían cultivado de hecho este privilegio no poco a menudo y no poco al descubierto sin que ello acabara siendo el sepulcro de sus reputaciones. Que un caballero que no fuera bobo consintiera en hacer un poco el ídem por amor a una cantante o actriz celebrada... cela s'était vu, aun cuando acaso no fuera lo más aconsejable. No era una tendencia que fuera alentada desde las altas esferas, donde ni siquiera a los jóvenes más en alza se los dejaba creer que caer fuera imposible. Aun así, aquello podía pasar si se llevaba con discreción; y existían veteranos hombres ilustres y notables en la profesión (no aquéllos, empero, a quienes la tradición había ayudado a llegar más lejos) que sostenían que alguna cosa de ese tipo resultaba un elegante adorno del carácter diplomático. Sherringham era consciente de hallarse muy «en alza»; pero Miriam Rooth todavía no era una actriz celebrada. No era más que una artista adolescente, en escrupuloso proceso de formación, abrumada por una madre aún más escrupulosa que ella misma. Se trataba de una joven inglesa que se tomaba muy en serio los problemas del arte y de la satisfacción personal obtenible por ese medio. Él había aceptado la posición de ser una influencia formativa, y era eso precisamente lo que podía despertar incredulidades y sarcasmos. Era un ángel al servicio de ella: su paciencia y su buen talante de cierto le daban derecho a esta descripción, y sin duda su recompensa se concretaría algún día;

pero mientras tanto había otros actos promotores con perspectivas eventuales de triunfo, del fracaso de los cuales los primeramente citados no serían, ni aun cuando tuvieran éxito en abundancia, una compensación: Sherringham tenía la mirada imperturbablemente puesta en Downing Street; y si bien podía decirse sinceramente en su favor que no era un envarado ni un fatuo, no olvidaba que la última impresión que había de desear producir era la de inconstancia.

No se consideraba particularmente inconstante, empero, cuando se sentaba detrás de Miriam en el teatro y miraba al escenario por encima del hombro de ella: las dotes de observación de que ella hacía gala eran tan agudas, y sus comentarios tan inesperados en su vivacidad, que la curiosidad de Sherringham se vio remozada y su atención dilatada más allá de toda medida habitual. Si el espectáculo ante las candilejas había perdido en ese momento gran parte de la brillantez exhibida a lo largo del año, la forma en que Miriam lo seguía se acercaba mucho a ser en sí misma suficiente espectáculo. Además, las funciones a que acudía el grupito se daban en la mayoría de los casos en el Théâtre Français; y ya se ha indicado con suficiencia que Sherringham, aunque hijo de una era escéptica y defensor acérrimo de un ideario cínico, era aún lo bastante cándido para acatar el punto de vista serio, religioso, de esa institución: el punto de vista de Monsieur Sarcey y de las mentes empedernidamente refractarias a las modernas corrientes culturales ilustradas:

—En la profesión que tengo vemos las cosas demasiado a la implacable luz de la razón, del cálculo —le comentó una vez Sherringham a su joven protégée—; pero es bueno para el espíritu alentar una o dos supersticiones: eso deja un margen, como el tener un segundo caballo para el carruaje brougham de uno en caso de actividades nocturnas. Las artes, los deleites, la parte estética de la vida, son actividades nocturnas, si puedo decirlo sin dar a entender algo nefando. En cualquier caso uno quiere su segundo caballo (su superstición que aguarda en casa mientras el sol está en lo alto) para hacer sus rondas nocturnas. El Théâtre Français es mi segundo caballo.

El apetito de Miriam por este placer le mostró a él lo bastante vívidamente cuán rara vez, en el pasado, había estado al alcance de ella; y lo complugo al principio porque a ella le gustaba todo, sin ver prácticamente diferencias y tomando tragos profundos sin diluir. Ella se apoyaba en la barandilla del palco con brillante voracidad, saboreando todo hasta el fondo y no por ello dejando de entusiasmarse con las superficies; observando cada movimiento de cada actor, fijándose en el modo como cada cosa era dicha o hecha, como si cada una fuera la más importante, y emitiendo de vez en cuando sonidos aprobatorios o reprobatorios. Era una exhibición muy vistosa de entusiasmo, si es que alguna vez el entusiasmo se ha mostrado crítico. Sherringham tenía sus dudas sobre ello, siendo como era parte del atractivo ejercido por esta muchacha el que lo hiciera tener sus dudas sobre todo cuanto ella hacía. ¿Se

trataba literalmente de una exhibición, una línea de conducta escogida por sus efectos prácticos, de modo que, en la comedia, la propia comedia de ella era la más conseguida de todas? La pregunta planeaba con solicitud sobre las generosas relaciones de estos jóvenes, y afortunadamente, por ahora, no amargó en exceso la parte que le correspondía a Sherringham en las mismas. La sensación general que éste tenía de que ella estaba interpretando poseía sus momentos especiales de suspense y perplejidad, y añadía variedad e incluso ocasionalmente un cierto grado de emoción a sus conversaciones con ella. En el teatro, casi todo el rato, ella estaba verdaderamente ruborizada de excitación; y para los espectadores que dirigían una mirada de admiración hacia el compartimiento en penumbra cuya parte delantera ella acaparaba, habría podido pasar por una romántica, o en cualquier caso por una insaciable joven provinciana fácilmente impresionable.

La señora Rooth se tomaba las cosas con más calma, pero prestaba una atención inmensa al argumento de las piezas teatrales, con respecto al cual manifestaba una acogedora buena fe que tenía sus sorpresas y sus lados cómicos para Sherringham. A la señora Rooth ninguna obra le parecía demasiado aburrida, ningún entreacto demasiado prolongado, ninguna baaignoire demasiado sofocante, ninguna serie ininterrumpida de acontecimientos demasiado complicada, ninguna situación demasiado irreal, y ningún sentimiento demasiado sublime. Demostró ante Sherringham la medida de su capacidad para estar sentada y seguir estando sentada: un don al que debía, en la lucha por la supervivencia, tal superioridad como podía decirse que había logrado. Podía estar sentada más tiempo que nadie, que nada; con el aspecto de haber adquirido la práctica en repetidos años de rigurosas frugalidades combinadas con abundantes ratos de ocio, períodos en los que no tuvo nada que gastar como no fuera el tiempo y en los que había aprendido a calcular, para cualquier situación dada, cuánto tiempo podía quedarse. «Quedarse» significaba tan a menudo un ahorro... ahorro de velas, de fuego, e incluso (pues a veces llevaba implícita la esperanza de un ligero refrigerio) de comida. Sherringham constató bien pronto que la señora Rooth era a su modo una mujer de rica personalidad, y si hubiese sido adicto al análisis de las mezcolanzas humanas en sus diferentes variedades, habría encontrado en ella un interesante compendio de algunos de los empecinamientos que pueden sobrevivir al rigor de una férrea disciplina. De hecho, Sherringham se hizo sin dificultad la reflexión de que la vida que ella había llevado habría podido enseñarla a enterarse de la realidad de las cosas, al tiempo que apenas pudo evitar considerar inteligente por parte de ella haber rechazado tan pertinazmente la lección. Ella parecía haberla declinado con una sonrisa desaprobadora, afectada: un alegato de ser demasiado bondadosa y delicada para atender a la voz de la experiencia.

La señora Rooth adoptaba una concepción del mundo exquisita,

sentimental, tierna, comenzando por su propia historia personal y sus propias convicciones. Creía en todo lo elevado y puro, desinteresado y ortodoxo, y aun alojándose en el Hotel de la Garonne se mostraba inconsciente de los aspectos vulgares o repulsivos de la existencia. Nunca desesperaba: si no, ¿cuál habría sido la ventaja de ser una Neville-Nugent? Sólo no haberlo sido, eso sí que habría resultado desalentador. Se deleitaba con las novelas, los poemas, las tergiversaciones, las inexactitudes y las evasivas, y tenía una capacidad para las falsificaciones inocentes, discretas e innecesarias que hacía que Sherringham la considerara una cuentista a ratos entretenida y a ratos tediosa. Pero no era peligrosa ni aun si se la creía; ni siquiera resultaba una advertencia moral si no se la creía. Era inapropiado llamarla hipócrita, porque nunca se habría conseguido devolverla a su «verdadera personalidad»: en su aparatosidad no había un reverso. Construía castillos en el aire y no era menos simpática de lo que pretendía: sólo que también esto último constituía una pretensión. Se movía enteramente en un mundo de fábulas galantes y fantasía, y Sherringham debía habitar en él con ella, por el bien de Miriam, en acuerdo amable y resignado, pese a su parecer de que tales territorios eran poco recomendables. Él no supo muy bien cómo tomarse lo que la señora Rooth contaba —ella hablaba dulce y discursivamente acerca de tantísimas cosas— hasta que sencillamente reparó en que nunca había otra cosa que tomarlo todo por falso. Cuando Miriam se reía de ella, se sentía un tanto desagradablemente afectado: «las preciosas historias que cuenta mi querida mamá» era una referencia demasiado cínica a la flaqueza inmemorial de una progenitora. Pero cuando la muchacha le seguía la corriente a su madre, como él lo había expresado para sus adentros, aquello le gustaba todavía menos.

A la señora Rooth la entusiasmaba la moral y nunca perdía su afición a los aleccionamientos éticos. La deleitaban los personajes altruistas y agradecía encontrar tantísimos de esa clase en el teatro francés contemporáneo. Nunca omitía dirigir la atención de Miriam hacia ellos y recordarle que nada hay en la vida tan precioso como un ideal. Sherringham advertía la diferencia entre la madre y la hija y la consideraba singularmente marcada: el modo como la una lo tomaba todo por la ideología, o se comportaba como si lo hiciera, importándole sobre todo el tema y la historia, el triunfo o la derrota de la virtud y el esclarecimiento moral que se obtenía, y que la otra estuviese interesada hasta el hambre en el estilo y las artes, la presentación y la intensidad emocional. La señora Rooth abundaba en evocaciones impresionantes, y no obstante él no veía vínculo alguno entre su genio superficial y aquel del que ofrecía síntomas Miriam. La pobre señora nunca habría podido ser acusada de fraude perpetrado con éxito, mientras que el éxito en este terreno era exactamente la especialidad de su inteligente hija. La señora Rooth hacía que hasta lo verdadero sonara ficticio, mientras que el propósito de Miriam era convertir lo ficticio en verdadero. A Sherringham le

había parecido una tierra labrantía pobre y poco prometedora (la de los Neville-Nugent) para que de ella brotara un talento interpretativo, hasta que reflexionó que la evolución era totalmente natural pensándolo bien: el instinto fabulador de la madre se había hecho consciente en la hija, y por tanto más intenso, mediante el hallazgo de una finalidad, que era la belleza. Muy probablemente el hebraico señor Rooth, con su amor por los potes viejos y los manteles de altar cristianos, había aportado, en la constitución de la muchacha, el elemento estético, el sentido de la forma. En sus visitas al teatro no había nada en que la señora Rooth insistiera más que en las terribles consecuencias de la mentira, tal como las habían mostrado los autores más distinguidos: la locura y la degradación, el efecto corrosivo sobre el alma, de los procedimientos tortuosos. Sherringham bien pronto abandonó la fútil tarea de hacer encajar entre sí las contradictorias referencias de la señora Rooth a su vida temprana y a su familia de Inglaterra. Abjuró incluso de la doctrina de que realmente había un poso de verdad en su alegato de parentescos grandiosos, pues, ciertos o no, le importaba exactamente lo mismo (es decir, muy poco) su árbol genealógico. El principio rector de esta indiferencia era en el fondo un cierto deseo de desligar a Miriam; pues era desagradable no tener independencia a la hora de tratar con ella, y él podría tenerla plenamente sólo si ella la tenía.

Las primeras semanas de aquel verano (que se continuaron en realidad hasta iniciado agosto) estaban destinadas a quedar en el recuerdo de él como una temporada de hechos agradables. El embajador se fue, pero Sherringham hubo de aguardar hasta sus propias vacaciones; cosa que hizo, durante aquellos calurosos días, suficientemente satisfecho, en salas espaciosas, con un umbroso jardín favorito de los pájaros. El mundo oficial y la mayoría de los demás mundos se habían marchado de París, y la Place de la Concorde, un desierto mayor y más vacío que nunca, se volvió, mediante una reversibilidad de traje, posible de explorar sin riesgos. Los Campos Elíseos tenían un aspecto polvoriento y rural, con pequeñas casetas y tabladillos crujientes y exhibiciones que formaban un ruido como las cigarras; el Arco del Triunfo proyectaba hasta muy lejos su sombra fresca y marcada; el Palais de l'Industrie brillaba con la luz de los luengos días; los cocheros, con sus chalecos rojos, dormitaban en los pescantes; y Sherringham se permitía llevar un sombrero «de copa alta» y muy raramente se topaba con algún amigo. Así se hallaba Miriam aún más desligada, y así resultaba posible tratar con ella con aún mayor independencia. Los teatros del bulevar habían cerrado, en su mayoría; pero el gran templo de la Rue de Richelieu, por responsabilidad cultural, continuó dispensando imperturbablemente ejemplos de estilo. Madame Carré iba a marcharse a Vichy, pero aún no se había ido, lo cual constituía una gran ventaja para Miriam, que ahora podía solicitar su interés sabedora de que la vieja actriz no tenía compromisos en ville.



—Hago que ella me escuche, hago que me cuente —decía la enardecida joven, que siempre estaba subiendo la cuesta de la Rue de Constantinople por el lado de la sombra, cuesta donde en las mañanas de julio había un olor a violetas procedente de los húmedos tenderetes de flores de las bouquetières gordas y de cofia blanca, en las esquinas de los portales. A Miriam le gustaba el París de las mañanas de verano, la maña refrescante de todas las pequeñas ocupaciones y la vida al aire libre, los gritos, las conversaciones de puerta a puerta, que le recordaban el sur, donde, en la multiplicidad de sus estadías, había vivido una vez; y sobre todo el gran placer, o casi, de su paseo: las cestas envidiables de la lavandera, apiladas con una blancura guarnecida con volantes y acanalada: el lujo indudable, pensaba ella —al pasar— con una rápida premonición del alborear de su propia gloria. En realidad el placer mayor era acaso registrar la hermosa sensación de lo temprano del momento, la particular congruencia con la hora en el vestido estudiado y escogido de las mujercitas de andares garbosos que se dedicaban a aprovechar el día mientras no empezaba a ser sofocante. En cualquier caso ella siempre se traía consigo de su caminata a través de la ciudad suficiente buen humor (junto con el manojito barato y menudo de violetas que ella prendía en la pechera de su vestido) para enfrentarse a cualquier cosa que la aguardara en casa de Madame Carré. Miriam le había dicho a Sherringham que su querida maestra era terriblemente severa, que le imponía los más difíciles, los más agotadores ejercicios, mostrando una especie de furor por disciplinarla.

—Tanto mejor —contestaba Sherringham; pero no hacía más preguntas y se sentía feliz de poder dejar en manos de la preceptora y la pupila las disputas educacionales y los eventuales acuerdos. Por el momento, quería saber lo menos posible de todo aquello: ya había tenido una sobredosis de información aquel segundo día en que las había visto juntas. Le enviaba a Madame Carré su dinero (ella era en verdad de lo más complaciente y solícita), y en el entretanto era consciente de que Miriam sabría cuidar de sí misma. A veces le comentaba a Miriam que no era necesario que en los ratos libres ella estuviera siempre hablándole de su «trabajo»: había veces que se sentía hartísimo del trabajo... del de ella. Aparte, admitía con franqueza que también se sentía harto del suyo propio, así que la reprobación no era necesariamente brutal. Cuando ella contestaba, mirando sorprendida: «¡Caray, creía que usted lo consideraba un arte tan hermoso, tan interesante!», él no disponía de comentario más filosófico que «De veras que así lo considero; pero hay momentos en que me cansa, pese a todo». En otras ocasiones él le respondía —: Oh sí, el resultado, la obra acabada, el plato perfectamente aderezado y servido: no la confusión de los preparativos (por lo menos no siempre), no los experimentos que provocan extrañas reacciones en el material.

—Creía que precisamente encontraba usted de lo más fascinantes estos temas del estudio, de la educación artística, como la ha denominado en mi

presencia —persistía la muchacha. Algunas veces se mostraba muy lúcida.

—Bueno, después de todo resulta que no soy actor —contestaba Sherringham, riendo.

—Podría serlo si se pusiera a ello —decía Miriam. Ante lo cual su amigo respondía que el señor Gabriel Nash tenía que escucharla; cosa que la hacía exclamar, con una cierta severidad siniestra, que algún día ella les iba a ajustar las cuentas a él y a sus teorías. Sherringham, para no parecer demasiado incoherente —pues era cruel desconcertarla cuando se había hecho cargo de ella para ilustrarla—, repetía varias veces que para un hombre como él mismo el interés del tema en su totalidad dependía de que se lo considerara de un modo amplio y generoso, con una inteligencia que lo elevara por encima de la cuestión de los pequeños trucos de la profesión y que le confiriera belleza y nobleza. Miriam le hizo saber que Madame Carré sostenía que no existían los llamados trucos pequeños; que todo tenía su importancia como medio hacia una finalidad grandiosa; y que si no se estaba ansioso por profundizar la razón por la que en una situación dada había que rascarse la nariz con la mano izquierda en vez de con la derecha, no se era merecedor de pisar un escenario digno de ese nombre.

—Eso está muy bien; pero si he de entrar en detalles léame un poco a Shelley —decía el joven diplomático, con el espíritu de un elevado raffiné.

—Es usted peor que Madame Carré; ya no saben qué inventar: ¡entre los dos van a matarme! —constataba la muchacha—. Sospecho que hay una alianza secreta entre ustedes para arruinar mi voz, o por lo menos para debilitar mi resuello antes de que tenga siquiera una oportunidad. Pero, à la guerre comme à la guerre! ¿Cómo voy a leer a Shelley, sin embargo, si no lo comprendo?

—Eso último es justamente lo que quiero que acabe haciendo. Es parte de su formación general. Se puede seguir adelante sin ello, por supuesto. Sin cultura ni buen gusto ni sagacidad. Pero en ese caso no será usted más que una vulgar cabotine, y nada tendrá una trascendencia digna de consideración.

Sherringham tenía la teoría de que los grandes poetas líricos (la indujo a leer y a recitar también largos pasajes de Wordsworth y de Swinburne) le enseñarían a Miriam muchos de los secretos de la pronunciación competente, los misterios del ritmo, la comunicabilidad del estilo, la música latente en el lenguaje y el arte de «gobernar» parlamentos copiosos y de mantener un resuello potente, dócil y versátil. Sostenía con perfecta sinceridad que en ellos había un esclarecimiento indirecto que le resultaría a ella de la mayor importancia, y al cual estaba precisamente, gracias a la buena fortuna, dentro de las posibilidades de él contribuir. Ella lo haría todo mejor en proporción al mayor conocimiento que poseyera; incluso conocimiento que podía aparentar

no tener sino una relación muy remota con el oficio de Miriam. El talento de un actor era esencialmente un don, una cosa en sí, implantada, instintiva, casual, desligada por igual del intelecto y de la virtud: Sherringham era pleno defensor de esta opinión; pero no le parecía contradicción considerar, al propio tiempo, que el intelecto (dejando la virtud, por el momento, al margen de la cuestión) podía ser llevado a una relación fructífera con el talento. El talento sería más grande si un cerebro mejor se proyectaba sobre él... con tal que no se sacrificara el cerebro en el empeño. Así es que le prestó a Miriam libros que ella nunca leyó (ella se hallaba en términos casi irreconciliables con la letra impresa), y en los largos días veraniegos, cuando disponía de tiempo, la llevaba al Louvre a admirar las grandes obras de la pintura y la escultura. Aquí, como en toda ocasión, se vio asombrado ante el misterioso revoltijo que había en el gusto de ella, su mezcla de inteligencia e infantilismo. Sabía que ella nunca leía lo que él le daba, si bien a ella le habría gustado algunas veces que supusiera que sí; pero ante la presencia de cuadros y estatuas famosos ella ofrecía destellos notables de perspicacia. Sentía estas obras, las apreciaba, aun cuando era siempre a causa de que le daban ideas que pensaba que podría utilizar. Las ideas eran a menudo quiméricas, pero aquello probaba qué interés sentía por su profesión. «Yo podría ofrecer exactamente ese aspecto si lo intentara». «Ése es el traje que pienso llevar cuando haga de Porcia». Tales eran las observaciones que solían surgir de ella bajo la sugestión de mármoles antiguos o cuando se paraba ante un Tiziano o un Bronzino.

Cuando las articulaba, como articulaba muchas otras además, el efecto le resultaba irritante en ocasiones a Sherringham, quien había de reflexionar un poquito para recordar que ella no era más egocéntrica de lo que una conciencia histriónica requería. Se preguntaba si tenía que haber por necesidad algo vulgar en la conciencia histriónica, algo condenado a prestar atención tan sólo al tema de los pequeños trucos. ¿No era mejor ser perfectamente estúpido que tener abierto un ojo, pero nada más que uno, y presentar eternamente, ante la gran faz de la tierra, la expresión de un guiño de complicidad? En el teatro, en las numerosas veladas de julio en que la Comédie Française representaba el repertorio, con intérpretes decididos a que el público más disperso y provinciano se emocionara y se quedara boquiabierto ante los frutos de la tradición, la apreciación de ella fue tremendamente técnica y evidenció que no estaba perdiendo el tiempo al hallarse en la actualidad debatiendo y sopesando los consejos más recónditos de Madame Carré. Pero hubo momentos en que hasta su misma sagacidad le pareció a él que recortaba los altos vuelos de la cuestión, le pareció que veía la misma en un sentido mezquino y superficial. Lo que él se felicitaba de estar tratando de hacer por Miriam (y, mediante ella, por los escenarios de su tiempo, dado que ella era el instrumento, e incontestablemente un instrumento satisfactorio, que había venido a parar a sus manos) era precisamente dar altura a dicha cuestión, volverla rara y

preciosa, preservarla en la región de la distinción y la grandiosidad. Empero, ella tenía sin duda razón y él se hallaba equivocado, consideró él finalmente: uno se podía permitir el lujo de hablar a base de vaguedades sólo si no se tenía una responsabilidad directa. Él tenía ideas de carácter sublime, pero era ella quien habría de interpretar, o sea aplicarlas, y no él; y la aplicación práctica era siempre por necesidad una especie de vulgarización, algo más rebajado que la teoría. Si algún día ella podía ejercitar el gran arte que no era puramente de fantasiosos prever en ella, el asunto se vería sin duda suficientemente enaltecido y no importaría que alguno de los pasos en el camino hacia la cumbre hubiera sido cojitranco.

Esto estuvo claro para él en varias ocasiones en que ella le recitó o le actuó mejor de lo habitual alguna cosa: en esos casos lo entusiasmaba absolutamente, haciéndolo desear no plantearle más dudas, sino limitarse a dejar que a ella se le aclararan a su peculiar manera las ideas. En esos momentos ella le ofrecía espasmódicamente pero con vigor la impresión de belleza que iba a ser su justificación. Era demasiado pronto para hacer cualquier estimación general de sus progresos; Madame Carré por fin le había brindado a la muchacha una descripción rica en matices, así como una sensación de dolor y de herida personal, respecto de cuán inepta era. Por consiguiente, Miriam había vuelto a empezar siguiendo una nueva premisa; había regresado al abecedario y a las nociones básicas. Era una fase realmente incomodante, como las panzadas de un nadador incipiente, pero la capacidad de mantenerse a flote se seguiría con certeza de todo aquello. Por el momento no había, en general, una gran alteración del hecho de que, cuando hacía las cosas según su propio criterio, todavía no le habrían servido, seriamente juzgadas, ni al diablo, como Madame Carré decía; y, cuando las hacía según el de su instructora, eran demasiado propensas a constituirse en una grosera parodia de las intenciones de aquella mujer. No obstante, ofrecía destellos, y sus destellos hacían que Sherringham considerara no sólo que ella no era tonta (aquél era un alivio pequeño), sino asimismo que tampoco lo era él.

Sherringham la hizo concentrarse en su inglés y leerle a Shakespeare en voz alta. La señora Rooth había reconocido la importancia de tener unas habitaciones donde pudieran recibir decentemente a tan benefactor visitante, y ahora era dueña de un salón pequeño, con un balcón y una raquílica hilera de macetas (por no hablar de una vista de muchos tejados y chimeneas), y de un tortuoso suelo encerado, de un reloj estilo imperio, de una armoire à glace (grandemente conveniente para los ensayos de poses de Miriam), y de varias puertas de alacenas, encubiertas éstas —posibilitando así la presencia de engañosos espacios vacíos— con el papel pintado color magenta desvaído de las paredes. El asunto se había resuelto con facilidad, pues Sherringham había dicho:

—Oh, debemos disponer de una sala de estar para nuestros ensayos, ya sabe. Lo acordaré con la casera.

A la señora Rooth le había gustado el uso de la primera persona del plural contenido en ese «debemos» (de hecho le gustaba todo cuanto de él procedía), y él entendió de ese modo que ella no pondría ninguna objeción insuperable a hallarse bajo una obligación pecuniaria con tal que quedara claramente establecido que sería temporal. El hecho de que él recuperaría su dinero —con intereses— tan pronto como Miriam hubiese comenzado a triunfar, era un consuelo tan profundamente instilado que no podía sino contribuir a la intimidad. La ventana permanecía abierta en el balconcito, y cuando el sol ya no la tocaba, Sherringham y Miriam podían demorarse allí, apoyados contra la barandilla y charlando, por encima del gran murmullo de París, sin nada que tomar en cuenta salvo las tejas y las grandes cañerías vecinas. La señora Rooth, con un atuendo lacio bastante desceñido, se sentaba en el sofá con una novela, dando testimonio personal de su frecuente aseveración de que podía tolerar cualquier existencia que le permitiera dichos dos artículos. Cogía obras románticas que Sherringham jamás había leído, y con respecto a las cuales éste se había preguntado vagamente a qué clase de lectores irían dirigidas — las producciones tempranas de Monsieur Eugène Sue, las creaciones que una vez estuvieran de moda de Madame Sophie Gay—, con las cuales la señora Rooth se hallaba harto familiarizada y que estaba dispuesta a leer indefinidamente una y otra vez, sin que por ello su interés decayera, si no podía hacerse con nada más reciente. Siempre tenía un volumen grasiento desplegado ante ella mientras su nariz se inclinaba hacia las páginas correspondientes en ese momento. Muy rara vez alzaba la vista, ni aun cuando Miriam subía el tono para mostrarle a Sherringham lo que sabía hacer. Estas notas trágicas o patéticas se iban todas por la ventana y se disolvían en el indescifrable concierto de París, de modo que no molestaban a ningún vecino. La muchacha emitía alaridos y quejidos cuando la ocasión así lo requería, y la señora Rooth no ejecutaba otra acción que la de pasar la página, mostrando de esta manera una gran confianza tanto dentro del terreno estético como del ético.

La señora Rooth molestaba un tanto a Sherringham con tanta serenidad en su confiar (por una razón que sólo con posterioridad comprendió él plenamente), salvo cuando Miriam producía un efecto o una entonación con tal destreza que lo hacía olvidar, mediante el placer así obtenido, que su progenitora se hallaba presente. El continuó objetando el inglés de la muchacha, con sus retazos extranjerizantes que podían pasar en el caso de la prosa pero que resultaban ofensivos en la recitación de versos, y deseó saber por qué ella no sabía pronunciar tan bien como su madre. Tuvo que hacer justicia a la señora Rooth reconociendo el encanto de la voz y el acento de ésta, que daban una cierta riqueza incluso a los disparates que soltaba. Su voz

y su acento eran de una excelente tradición insular, llenos de dulzura tanto natural como cultivada, y lo desconcertaban cuando otros indicios parecían delatar a la señora mayor, relegarla a la clase de las pelmazas simplonas. Su voz y su acento eran como la reverberación de ricos salones situados en lejanos pagos.

La relación entre el desarrollo del genio de Miriam y la necesidad de una ocasional excursión al campo —el bellissimo campo que se extiende en tantas direcciones pasada la banlieue parisiense— no le habría parecido evidente de inmediato a un observador meramente superficial; pero un día, y después otro, en Versalles, un día en Fontainebleau y un viaje, particularmente armonioso y cordial, a Rambouillet, se produjeron dentro del programa de Sherringham como parte de una legítima infusión indirecta de cultura, como una diligencia necesaria en la formación de un gusto. Sugerencias implícitas del estilo grandioso, por ejemplo, brotaron en abundancia del palacio simétrico y de los jardines de Luis XIV. Sherringham era muy afecto a Versalles, y fue allí más de una vez con las damas del Hotel de la Garonne. Eligieron horas tranquilas, cuando las fuentes estaban secas; y la señora Rooth se cogía un mazacote de novelas y se sentaba en un banco del parque, flanqueada por setos cortados y antiguas estatuas, mientras sus jóvenes acompañantes paseaban tranquilamente, andaban hasta el Trianon, exploraban las vistas prolongadas de los bosques. Rambouillet fue indistinta y agradable y ociosa; tuvieron la sensación de que allí se encontraron con resonancias sugestivas; y de hecho había un viejo château blanco, que no albergaba ninguna otra cosa. En cualquier caso, hallaron almuerzo y, en el paisaje, una impresión encantadora del verano y de ser figuras pertenecientes a cuadritos franceses creados por el pincel.

He dicho que durante estos días Sherringham reflexionaba curioso con gran frecuencia, y para cuando sus vacaciones le fueron concedidas, esta práctica había engendrado en su ánimo una incógnita muy peculiar: se sorprendía de no estar enamorado de Miriam Rooth, y se preguntaba en momentos de ocio las causas de esta inmunidad. Había constatado desde el principio que ella era un «temperamento», y cuanto más se ofrecía la muchacha a su vista, más vívidamente le parecía a él que su belleza era infrecuente. Hacía falta atrapar la esencia del rostro de la muchacha, pero, una vez que esto se lograba, lo que había era una espléndida máscara móvil. Y la poseedora de este gran privilegio tenía franqueza y coraje y diversidad y lo inhabitual y lo inesperado. Tenía características que rara vez llegan a aunarse: precipitaciones y timideces, atrevimientos e inanidades, un algo vulgar, pueblerino y vigoroso, todo entremezclado con desdenes y languideces y nervios. Y luego, sobre todo, ocurría que estaba allí, que era accesible, casi le pertenecía. Sherringham reflexionó con ingenio que el haber escapado se lo debía a una razón particular: a que ella y él tenían en común un objetivo

externo concreto. En dicho objetivo, por así decirlo, estaba toda su comunión; ésta no era personal e interesada, sino cuestión de arte y oficio y debate. El debatir lo había salvado y lo seguiría salvando; pues siempre tendrían algo sobre lo cual disentir apasionadamente. Sherringham, que no en balde era diplomático, que tenía sus razones para mantener la vista al frente y que no deseaba ni privar al público británico de una estrella en alza ni cambiar su situación actual por la de impresario conyugal, bendijo la benignidad, la salubridad, el exorcismo puro que le había brindado el arte. Al mismo tiempo, un tanto incoherentemente y pensando que disponía de una visión nueva — más completa que antes— del extraño animal que era cualquier artista que hubiera dado la casualidad de haber nacido mujer, se desaconsejó a sí mismo una relación seria (concedió gran importancia a lo de «seria») con criatura tan escurridiza y espinosa. Las dos mujeres tenían que limitarse a permanecer en París, dejarse de frivolidades y, como había mandado Madame Carré, practicar las dotes propias: por lo visto no había en perspectiva por parte de la señora Rooth visitas otoñales a mansiones campestres inglesas.

Sherringham se separó de ellas entendiéndose que en Londres buscaría lo más exhaustivamente posible una solución al tema de un contrato para Miriam. El día anterior al comienzo de sus vacaciones, fue a ver a Madame Carré, quien le dijo:

—Vous devriez bien nous la laisser.

— ¿Hay algo en ella, entonces?

—Hay mucho en ella. Llegará lejos. Es la primera vez en mi vida que me equivoco. Pero no se lo diga... yo no me dedico a halagarla; se envanecería demasiado.

— ¿Es muy vanidosa? —preguntó Sherringham.

—Mauvais sujet! —dijo Madame Carré.

Durante su viaje a Londres fue cuando él más se recreó en algunas de esas meditaciones sobre su situación sentimental que he mencionado; pero debo agregar que para cuando llegó a la estación de Charing Cross en Londres (fumaba un cigarro —acto pospuesto hasta después de haber cruzado el Canal — en un compartimiento donde viajaba él solo) súbitamente se le ocurrió que eran fútiles. Ahora que se había separado de la muchacha, una corazonada impremeditada y subversiva le dijo —lo hizo contener el aliento por un momento, ya dentro del coche de caballos— que, después de todo, no había escapado. Estaba enamorado de ella; había estado enamorado de ella desde el primer instante.

El trayecto desde Harsh hasta la Villa, como los de allí la llamaban, podía llevarse a cabo, contando con caballos briosos, en menos de diez minutos; y si ya los poneys de la señora Dallow eran trotones magníficos, el gran alcance general de la ocasión hacía coherente que mostrasen ahora todas sus aptitudes para la velocidad. La ocasión era el día de la votación, en la hora después de la batalla. Los poneys habían sudado, como todo el mundo, durante toda la semana anterior, pasando y volviendo a pasar ante las límpidas ventanas del llano pueblecito (la señora Dallow sostenía la complacida creencia de que no había ninguno en el reino donde las macetas de flores tuvieran un aspecto más admirable entre las consistentes cortinas de muselina), con su ama detrás de ellos en la pequeña y elegante tartana. Muy a menudo la señora Dallow había ido acompañada del candidato liberal, pero incluso cuando no, los pertrechos del coche apenas habían parecido sugerir en menor medida la amistosa y agradable fiabilidad de aquél. El carruaje se había movido en medio de un esplendor de bandas y octavillas y apretones de manos y sonrisas; de trato acelerado e intimidad súbita; de cordialidad que entendía sin prejuzgar y gratitud que prometía sin solicitar. Mas, bajo la guía de Julia, los poneys producían ahora un repiqueteo de cascos ligeros, sin dar indicio de una merma de vigor, a lo largo de la avenida ancha y firme que serpenteaba y hacía curvas —para compensar con un efecto pintoresco la carencia de una superficie ondulada— directamente desde las puertas del pueblo hasta la mansión palatina alta, cuadrada, gris y limpia que se erguía, entre parterres y fuentes, en el centro de su hacienda. Una vez había habido que sacrificar la vida de un corcel generoso haciéndolo portar una buena nueva desde Gante hasta Aquisgrán, pero se daba la circunstancia de que ninguna espectacularidad semejante era realmente necesaria en esta ocasión para ponerse en contacto con Lady Agnes.

Esta se había quedado en la mansión palatina, sin ir con los demás a «La Gavilla de Trigo», el lugar de reunión de los liberales; prefiriendo aguardar en privado, e incluso en soledad, el resultado definitivo del escrutinio. Se había llegado hasta Harsh con sus dos hijas en el curso de la campaña. No es que Julia hubiese considerado que ellas fueran a resultar de gran ayuda, pero se había sentido expansiva e indulgente en esos momentos y les había pedido con liberalidad que vinieran. Lady Agnes no poseía un estilo cautivador de hacer campaña, por muy efectiva que hubiese podido resultar en el papel de madre elevada, benigna y afable —que diera a entender que participaba con dulzura pero que no interfería— del joven y apuesto, del brillante, convincente, maravillosamente inteligente y ciertamente irresistible candidato. Grace Dormer poseía celo sin arte, y Lady Agnes, quien en vida de su marido había



visto guiarse sus asuntos por el decente principio rector de una tendencia a rendir tributo sólo ante la existencia de méritos supremos, nunca había aprendido de verdad la lección de que los votos se conquistan a base de zalamerías. No obstante, sabía rezar a Dios aunque no supiera adular al queso, razón por la cual Nick pensaba que se había quedado en la casa para rezar por él. He de agregar que Julia Dallow se sentía demasiado contenta en este momento, haciendo restallar el látigo en el brillante aire del verano, para decir algo tan desagradable, incluso para ella misma, como que su compañero había salido elegido a pesar de su parentela femenina más próxima. Por otra parte, Bidy sí había sido una colaboradora halagüeña: se había mostrado persuasivamente bonita, vestida de blanco y rosa, sobre tribunas y en carruajes que recorrieron repetidamente el distrito, desde donde había proferido, ruborizándose y haciendo que la gente recordara sus ojos, varias palabras que habían resultado de mucho efecto en virtud de su misma simpleza.

La señora Dallow se sentía verdaderamente demasiado feliz para hacerse ninguna reflexión concreta, incluso para la exultación personal, para la vanidad de atribuirse su propia y abundante colaboración en el logro del resultado. Nick estaba en el poder y estaba junto a ella, cansado, callado, abstraído, colmado de flores y de cintas, y había estado espléndido de principio a final, deliciosamente bienhumorado y al mismo tiempo deliciosamente diestro... aún más diestro de lo que ella había supuesto que podía ser. La sensación de que ella había contribuido a esa destreza y de que se había visto recompensada por la misma, o por la gratitud de él (venía a dar lo mismo), de un modo que ella agradecía, no era triunfal y celosa; pues el cese de la prolongada tensión la había aplacado y apaciguado, era tan agradable como una ligadura desatada. Conque nada pasó entre ellos durante su recorrido hasta la casa; no se produjo ningún sonido en la hacienda excepto el del alegre susurro del verano (parecía un murmullo de aplausos) y el del veloz desplazamiento del coche de caballos.

Lady Agnes ya estaba al tanto, pues tan pronto como se declaró el resultado Nick había despachado un hombre a caballo para que le llevara el cómputo en una tarjeta garabateada. Él había estado bien lejos de poder marcharse al instante, teniendo que responder al griterío de las aclamaciones, que hablar una vez más, que darles las gracias a sus electores, individual y colectivamente, que tomarles el pelo a los conservadores, que ser transportado de aquí para allá, y sobre todo que fingir que el interés de la tarea era ahora para él mayor que nunca. Si no había dicho ni una palabra después de ponerse en manos de Julia para volver a la casa, posiblemente se debía en parte a que comenzaba a despuntar en su interior la conciencia de que dicho interés había por el contrario menguado ahora súbitamente. Él quería ver a su madre porque sabía que ella quería verlo a él, estrecharlo en sus brazos. Éstos habían estado abiertos allí a ese fin durante la última media hora, y la impaciencia de ella,

que ya había dejado de ser la angustia de la incertidumbre, era el motivo del ritmo enérgico de Julia. Sin embargo esa misma impaciencia extrañamente hacía que Nick se estremeciera un poco. Reunirse con su madre era como ser elegido de nuevo otra vez.

Los demás aún no habían regresado: Lady Agnes se encontraba sola en el enorme y brillante salón. Cuando Nick entró con la señora Dallow, vio a su madre en el extremo más alejado; evidentemente ella había estado paseando de un lado para otro, por toda su longitud, y su negra figura femenina, alta y noble y erguida, parecía estar en posesión de esa límpida inmensidad, como un signo de admiración en la parte inferior de una página en blanco. La habitación, exquisita y sencilla, era un lugar tanto de perfección como de esplendor en delicadas tonalidades, con bellísimas muestras de mobiliario francés del siglo anterior dispuestas contra paredes de brocado de colores claros y por aquí y por allá un cuadro de valor casi incalculable. George Dallow había sido el responsable, con sus cuidados hacia estas cosas y su gusto por hablar de ellas (y su disgusto por hablar de cualesquiera otras); de modo que el sitio todavía parecía representar a su artífice, lo que de mejor había habido en la naturaleza afable y equilibrada de éste: una insistencia cariñosa, entendida, fatigante, en lo relativo a la pureza y la armonía. Nick Dormer aún podía oírlo, y verlo, demasiado grueso y con una pastosidad ingénita en el hablar, ganduleando apoltronado con un atuendo desceñido y su eterno cigarrillo. «Y bien, mi querido amigo, esto es lo que yo llamo estilo; no sé a qué lo llamará usted», tal era el modo como George Dallow solía comenzar. La habitación estaba llena de flores en insólitos jarrones, pero parecía un lugar donde las bellezas disfrutarían de su dulce fragancia incluso en ausencia de ellas.

Lady Agnes había cogido una rosa blanca de uno de los ramos y la estaba sosteniendo ante su rostro, el cual se volvió hacia la puerta al trasponer Nick el umbral. La expresión de la figura de ella le dijo a él al instante (él vio la tarjeta arrugada que le había enviado depositada sobre una de las hermosas mesas desnudas) cómo había estado moviéndose su madre de arriba a abajo con la majestuosidad de la satisfacción. Lo henchido del vestido largo y liso de ella, la emocionada fatiga de su rostro orgulloso, aún estaban en el aire. En un abrir y cerrar de ojos él le había dado un beso y estaba siendo besado a su vez, no con rápida sucesión, sino con prolongación tierna, en la que se mezclaba el perfume de la rosa blanca. Pero además había otra cosa: las dulces y ahogadas palabras de ella en su oído: «¡Oh, hijo mío, hijo mío... oh, tu padre, tu padre!». Ni la sensación de alegría ni la de dolor, en el caso de Lady Agnes (y de hecho en el de la mayoría de las personas de quienes trata esta historia), provocaban una explosión de elocuencia; conque durante un rato todo lo que ella volvió a decir fue: «Pienso en Sir Nicholas, ojalá estuviese aquí», dirigiéndole las palabras a Julia, quien se había puesto a dar algunos pasos sin

una finalidad concreta y sin mirar hacia madre e hijo.

— ¡Pobre Sir Nicholas! —dijo la señora Dallow con vaguedad.

— ¿Hiciste otro discurso más? —preguntó Lady Agnes.

—No lo sé; ¿lo hice? —preguntó Nick.

— ¡No lo sé! —contestó la señora Dallow, vuelta la espalda, haciéndole algo a su sombrero ante el espejo.

— ¡Oh, ya me imagino la confusión, el desconcierto! —dijo Lady Agnes, en un tono rico en reminiscencias políticas.

— ¡Ha sido realmente divertidísimo! —exclamó la señora Dallow.

— ¡Julia querida! —enfaticó Lady Agnes. Después añadió para ésta—: Has sido tú quien lo ha hecho todo tan infalible.

—Va a venir un grupo apreciable de gente a cenar —dijo Julia.

—Tal vez tengas que hablar otra vez —le sonrió Lady Agnes a su hijo.

— ¡Muchas gracias; estamos buenos con la forma como tratas el tema! —exclamó Nick—. ¡Soy como Yago: «Desde este momento no volveré a pronunciar palabra»!

—No digas eso, Nick —dijo su madre con gravedad.

—No temas: ¡parloteará sin cesar como una urraca! —Y la señora Dallow se marchó de la habitación.

Nick se había dejado caer sobre un sofá con aire de cansancio, aun cuando no de animación completamente desvanecida; y Lady Agnes permaneció de pie frente a él jugueteando con la rosa entre los dedos y mirándolo. Los ojos de él no miraban a los suyos: parecían fijos en algo que ella no podía ver.

—Espero que le habrás dado las gracias a Julia —dejó caer Lady Agnes.

—Caramba; naturalmente, madre.

—Ha hecho tanto como si el asunto no hubiese sido infalible.

—El asunto no era en absoluto infalible... y ella lo ha hecho todo.

—Ha sido tan buena. Pero nosotros también hemos hecho algo. Espero que no dejes de tener en cuenta a tu padre —concretó más Lady Agnes, al haber parecido la mirada de Nick interrogarla por un momento sobre su «nosotros».

— ¡Jamás, jamás! —Nick pronunció estas palabras quizá un poco maquinalmente, pero al siguiente instante ahondó, como si se hubiese visto de súbito llevado a pensar qué podría decir que pudiera darle a su madre mayor satisfacción—: Por supuesto que su nombre ha trabajado en mi favor. Muerto

como está, es aún una fuerza viva. —Se sintió bastante hipócrita, pero un escaño no se gana todos los días. Bien probablemente, jamás volvería a ganar otro.

— ¡Él te escucha, te observa, se regocija contigo! —dejó sentado Lady Agnes.

Esta idea le resultó opresiva a Nick: la del regocijo casi tanto como la de la observación. Él había hecho una concesión, pero, con un cierto impulso de impedir que su madre siguiera tirando de la ventaja lograda, espetó:

—Julia es una mujer tremendamente efectiva.

— ¡Pues claro que lo es! —contestó Lady Agnes, pícaramente.

—Su aspecto encantador es la mitad de la batalla —dijo Nick, explicando con un poco de frialdad a qué se refería. Pero sintió que su frialdad le había resultado una protección inadecuada cuando oyó a su madre observar, con algo de la misma sabiduría:

—Una mujer siempre es efectiva cuando aprecia a una persona.

Al muchacho lo descomponía ser descrito como una persona apreciada, y encima apreciada por una mujer; así es que preguntó abruptamente:

— ¿Cuándo vais a marcharos?

—Lo antes que la cortesía permite: mañana por la mañana. Tú te quedarás, espero.

— ¿Quedarme? ¿Para qué habría de quedarme?

—Caramba, podrías quedarte para mostrarle a Julia tu agradecimiento.

—Lo tengo todo por hacer.

—Yo pensaba que ahora ya lo tenías todo hecho —dijo Lady Agnes.

—Pues ésa es la razón —respondió su hijo, sin mucha claridad—. Quiero hacer otras cosas diferentes... otras cosas muy diferentes. Me gustaría coger el próximo tren. —Y Nick miró su reloj.

— ¿Cuando hay personas que van a venir a cenar para conocerte?

—Te conocerán a ti. Será mejor.

—Siento que tenga que venir nadie —dijo Lady Agnes, con un tono que no daba pábulo a una desviación de la intensidad de los temas—. Ojalá estuviéramos solos, exactamente como una familia. Hoy le agradecería a Julia sentir que somos una. Quédate con ella mañana.

— ¿No sería una decisión inconveniente? Está sola aquí.

—No estará sola, teniendo a la señora Gresham.

—La señora Gresham no cuenta.

—Ahí está precisamente por qué quiero que no te vayas. Y, siendo su primo, casi su hermano, ¡vaya idea ésa de que resultaría inconveniente! ¿Acaso no te has quedado aquí anteriormente, no habiendo habido nadie?

—Nunca me he quedado mucho, y siempre ha habido alguien. En todo caso, ahora es diferente.

—Es justamente porque es diferente. Por otra parte no es diferente, y nunca lo ha sido —dijo Lady Agnes, siendo más incoherente, habiéndose propuesto hablar en serio, de lo que habitualmente le sucedía ser—. Siempre te ha apreciado, y ahora te aprecia más que nunca, ¡si eso es lo que llamas diferente! —Nick se levantó ante esto y, sin mirarla a los ojos, anduvo hasta una de las ventanas, donde permaneció de pie, vuelta la espalda, mirando hacia el exterior con su verdor grandioso. Ella lo contempló un momento y bien habría podido estar deseando —mientras él permanecía, mirando, allí—, por lo que parecía, que a él se le ocurriera con la misma fuerza con que se le había ocurrido a ella (muy a menudo ya anteriormente, pero más que nunca durante estos últimos días) que las llanas tierras de Harsh, extendiéndose a lo lejos ante la ventana, que el jardín francés, con su simetría, sus rejas y sus estatuas, y que una gran cantidad de cosas más, de las cuales éstas constituían nada más que la punta del iceberg, eran propiedad de la mismísima Julia, con las cuales hacía exactamente lo que le apetecía. Ninguna palabra de apreciación o envidia brotó, no obstante, de los labios del muchacho, y al poco su madre continuó—: ¿Qué podría resultar más natural que el que tras tu triunfal candidatura tú y ella tengáis muchísimas cosas que concretar y discutir, un sinfín de cuestiones prácticas, un sinfín de tareas? ¿No eres su diputado, y acaso no puede su diputado pasar un día con ella, y no es ella una gran propietaria?

Nick se dio la vuelta ante esto, con una expresión de extrañeza, y dijo:

—Su diputado... ¿Soy suyo?

Lady Agnes vaciló un momento; se dio cuenta de que necesitaba de todo su tacto.

—Bueno, si el lugar es suyo y tú representas el lugar... —comenzó. Pero no siguió adelante, pues Nick la interrumpió con una carcajada:

— ¡Qué cosa tan curiosa eso de «representar», cuando uno se pone a pensarlo! Y ¿qué es lo que él representa, el pobre municipio pequeño y torpe, con su olor a harina y sus habitantes de caras llamativamente orondas? ¿Has visto alguna vez una colección tal de caras infladas, alzándose durante los

actos electorales? Parecían un enorme sofá, con mejillas en vez de frunces y ojos en vez de botones.

—Oh, caramba, la próxima vez tendrás una gran ciudad —contestó Lady Agnes, sonriendo y pareciéndole que estaba mostrando gran tacto.

— ¡No será más que un sofá más grande! Estoy bromeando, por supuesto —siguió Nick—, y debería avergonzarme de mí mismo. Me han hecho el honor de elegirme, y nunca diré una palabra que no sea de amabilidad refiriéndome a ellos, pobres gentes. Pero hasta un nuevo diputado tiene derecho a bromear ante su madre.

—Yo preferiría que te pusieras serio ante tu madre —dijo Lady Agnes, acercándosele.

—La dificultad estriba en que soy dos hombres; es la cosa más extraña que jamás se ha visto —prosiguió Nick, inclinando su espléndido rostro hacia ella—. Soy dos seres humanos absolutamente distintos, que apenas tienen un solo punto en común; ni tan siquiera el recuerdo, por parte de uno, de los logros y las aventuras del otro. Un hombre gana el escaño... pero es el otro quien se sienta en él.

— ¡Oh, Nick, no eches a perder tu victoria con tu perversidad! —exclamó Lady Agnes, uniendo las manos en un ademán de ruego.

—Me metí en ello con gran júbilo, no lo negaré: me ha excitado, me ha absorbido, me ha divertido. Una vez que estaba en ello, me gustaba. Pero ahora que he vuelto a salirme...

— ¿Salirte? —Su madre se quedó mirando atónita—. ¿No está todo el quid de la cuestión precisamente en que has entrado?

—Oh, he entrado tan sólo en la Cámara de los Comunes.

Por un momento Lady Agnes pareció no entender y estar a punto de llevarse el dedo rápidamente a los labios con un «¡Chsst!», como si el difunto Sir Nicholas pudiese oír el «tan sólo». Entonces, como si una adecuada comprensión de las palabras del muchacho hubiese suplantado con presteza aquel impulso, respondió con energía:

—Estarás en los Lores el día que te lo propongas.

Este comentario fútil hizo que Nick se riera de nuevo, y no sólo que se riera sino además que le diera un beso, lo cual representaba siempre una forma más intensa de desconcierto para la pobre Lady Agnes, y, por lo visto, la que a Nick más le gustaba practicar; tras lo cual éste dijo:

—Lo curioso es, tú sabes, que Harsh no tiene necesidades. Por lo menos no es desesperada ni locuazmente consciente de ellas. Todos las hemos discutido

juntos, y he prometido llevarlas en lo más hondo de mi corazón. Pero palabra de honor que no me acuerdo ni de una sola de ellas. Julia dice que las necesidades de Harsh son sencillamente las necesidades de la nación... una expresión muy hermosa, para ser de Julia. Quiere decir que ella lo hace todo por el lugar; ella es realmente su diputada, y esta casa en que nos encontramos es su cámara legislativa. Por consiguiente las lagunas que he tomado a mi cargo resolver son las necesidades de la nación. Va a ser toda una tarea enmendar algunas de ellas, ¿no crees? Yo no represento los apetitos de Harsh: Harsh está satisfecha hasta el hartazgo. Represento las ideas de mi partido. Es lo que Julia dice.

— ¡Oh, no tiene importancia lo que Julia diga! —espetó Lady Agnes, con impaciencia. Esta impaciencia hizo singular que las primerísimas palabras que pronunciara a continuación fueran—: Mi queridísimo hijo, me gustaría infinitamente que te casaras con ella. ¡Resultaría tan apropiado ahora! —añadió.

— ¿Por qué ahora? —preguntó Nick, frunciendo el entrecejo.

—Te ha mostrado tal cariño, tal devoción.

— ¿Los ha mostrado para eso?

—Ah, deberías sentirlo... ¡no te lo puedo explicar con palabras! —dijo Lady Agnes, con reproche.

Nick se sonrojó ante esto, como si lo que de hecho hubiera sentido hubiera sido el reproche.

— ¿Debo casarme con ella porque a ti te agrada?

— ¿A mí? Caramba, a todos nos agrada a más no poder.

—Mi querida madre, tengo la esperanza de que la mujer, sea quien fuere, con quien me case, si es que alguna vez lo hago, sea una persona agradable no sólo en tu opinión, sino también, ya que le concedes tanta importancia, en la de Grace y Bidy. Pero tengo que decirte una cosa: no me casaré con ninguna mujer de quien no esté inequívocamente enamorado.

—Y ¿por qué no estás inequívocamente enamorado de Julia... con lo encantadora, lo inteligente y lo generosa que es? —Lady Agnes lo cogió con las manos, lo agarró con fuerza—. Mi querido Nick, si te importa lo más mínimo hacerme feliz, quédate aquí mañana y sé obsequioso con ella.

— ¿Obsequioso con ella? ¿Quieres decir que me declare?

—Con una sola palabra, con una mirada de refilón, un movimiento de tu dedo meñique... —Y Lady Agnes hizo una pausa, mirando intensamente, implorantemente, al rostro de Nick—. En menos de lo que se tarda en decir lo

que estoy diciendo, puedes tenerlo todo. —Como él no respondiera, limitándose a devolverle la mirada, ella añadió con insistencia—: Sabes que es una criatura extraordinaria, ¡lo sabes muy bien!

—Queridísima madre, lo que me parece que sé muy bien, y hasta mejor que nadie en el mundo, es que amo mi libertad. La pongo muy por encima de todo lo demás.

— ¿Tu libertad? ¿Qué libertad hay en ser pobre? ¡Hablar de ese modo cuando Julia pone a tus pies todo lo que posee!

—No puedo hablar de eso, madre: es una idea demasiado terrible. Y no puedo hablar de ella, ni de lo que pienso de ella. Debes dejarme eso a mí. Le hago perfecta justicia.

—No se la haces, o te casarías con ella mañana mismo. Pensarías que la ocasión es exquisitamente insólita, con todo lo imaginable para hacerla perfecta. Tu padre la habría valorado, mirando por ti, más allá de toda medida. Considera un poco lo que a él lo habría complacido. A eso me refería cuando hablaba hace un momento de todos nosotros. No era en Grace y Bidy en quienes estaba pensando, ¡fíjate!: pensaba en él. Él está contigo siempre; da contigo, a tu lado, todos los pasos que tú das. Bendeciría con devoción tu matrimonio con Julia; pensaría que era por tu bien y por el de todos nosotros. No pido ningún sacrificio, y él tampoco lo pediría. Sólo pedimos que no cometas el crimen... —Nick Dormer la interrumpió con otro beso, y le dijo, en un murmullo: «¡Madre, madre, madre!», mientras se inclinaba hacia ella. Deseaba que no prosiguiera, que lo dejara; pero la profunda desaprobación contenida en su entonación no le impidió a ella decir—: Lo sabes... lo sabes perfectamente. Todo, y más que todo lo que pueda decirte, lo sabes. —Él la atrajo hacia sí, le dio otro beso, la mantuvo allí como habría mantenido a un crío presa de un paroxismo, apaciguándola silenciosamente hasta que aquello se le pasara. A ella la emoción le estaba arrancando lágrimas de los ojos; se las secó al apartarse. Al momento siguiente, no obstante, Lady Agnes reanudó su plática, atacándolo de nuevo—: Para un hombre público sería la compañera ideal. Está hecha para la vida pública; está hecha para brillar, para involucrarse en grandes asuntos, para ocupar una posición elevada y para colaborar con su marido. Te ayudaría en cualquier asunto como te ha ayudado en éste. Juntos no habría nada que no pudierais lograr. Puedes tener la primera casa de Inglaterra... ¡sí, la primera! ¿Qué libertad hay en ser pobre? ¿Cómo puedes hacer algo sin dinero, y qué dinero puedes hacer tú solo, qué dinero te llegaría nunca? Ese es el crimen: desdeñar un instrumento semejante de poder, un instrumento tan valioso para hacer el bien.

—No lo garantiza todo el ser rico, madre —dijo Nick, mirando al suelo de un cierto modo paciente, con una docilidad provisional y las manos en los



bolsillos—. Y no es tan temible el ser pobre.

—Es vil. Es abyecto. Si lo sabré yo.

— ¿Pasas unas necesidades tan mayúsculas? —preguntó Nick, sonriendo.

— ¡Ah, no me hagas explicarte lo que no tienes más que mirar a tu alrededor para observar! —contestó su madre, como dando a entender todo un mundo de alusiones a elementos dolorosos en su sino.

—Por otro lado —siguió Nick—, hay más dinero en el mundo aparte del de Julia. Podría hacerme con un poco de él.

— ¿Te refieres al del señor Carteret? —La pregunta lo hizo reír, al igual que lo había hecho reír la tenue alusión de su madre, cinco minutos antes, a la Cámara de los Loes. Pero ella persistió, demasiado ensimismada para prestarle atención a una sustitución, tan poco matizada, de lo que debe ser una respuesta—: Déjame que te diga una cosa, puesto que conozco a Charles Carteret desde mucho antes que tú y lo entiendo mejor. Nada podrías hacer que te reportara mayor estima ante él que casarte con Julia. Sé cómo considera él las cosas y sé exactamente cómo se tomaría eso. Lo complacería, lo encantaría; sería lo que mejor le demostraría que te comportas en serio. Necesitas hacer algo de esa especie.

— ¿Acaso no he salido ya con bien en este asunto de Harsh? —preguntó Nick.

—Oh, el señor Carteret es muy prudente. Le gusta ver rica a la gente. Entonces cree en ella. Entonces está dispuesto a creer más. Es amable contigo porque eres hijo de tu padre; pero estoy segura de que el que seas pobre te quita un montón.

—Él puede remediar eso con tanta facilidad —dijo Nick, aún sonriente—. ¿Es ser mantenido por Julia lo que tú llamarías hacer un esfuerzo por mí mismo?

Lady Agnes titubeó; luego replicó:

— ¡No hace falta que insultes a Julia!

—Además, si tengo el dinero de ella, no querré el de él —observó Nick.

Otra vez su madre aguardó un instante antes de contestar; tras lo cual inquirió:

—Te ruego que me digas: ¿no te gustaría gozar de independencia?

—Eres deliciosa, querida madre... ¡eres deliciosísima! Me encanta particularmente tu concepto de la independencia. ¿No se te ocurre que en caso de apuro podría incrementar mi capital mediante algunos procedimientos

distintos de llevar a cabo un matrimonio mercenario o de buscar favores con adulación ante un anciano caballero rico? ¿No se te ocurre que podría trabajar?

— ¿Trabajar en la política? ¿Cómo se puede hacer dinero con eso honradamente?

—No me refiero a la política.

— ¿A qué te refieres, en ese caso? —exigió Lady Agnes, mirándolo como si lo desafiara a expresarlo si se atrevía. Su mirada pareció provocar un cierto efecto sobre él, pues permaneció silencioso; conque ella continuó—: ¿Has sido elegido o no?

—Parece un sueño —dijo Nick.

— ¡Si lo has sido, actúa en consecuencia y no mezcles cosas que son tan contrarias y se hallan tan alejadas entre sí como los dos polos! —Ella hablaba con severidad, y el silencio de él podía significar el reconocimiento de que su severidad le resultaba edificante. Posiblemente ello la conmovió; en cualquier caso, tras unos instantes, durante los cuales nada más sucedió entre ellos, ella apeló a él en un tono más suave y más dolido, que tuvo la virtud de conmoverlo, sabiendo él que era absolutamente la primera ocasión en su vida en que Lady Agnes suplicaba por algo. Nunca se había visto obligada a suplicar; se las había arreglado sin ello y había conseguido la mayoría de sus propósitos. Podía él juzgar por consiguiente bajo qué luz consideraba ella esta petición por la cual, a una edad provecta, se rebajaba a mostrarse suplicante. En su madre había tal orgullo, que Nick pudo sentir lo que a ésta le costaba ponerse de rodillas incluso ante su propio hijo. Juzgó él de hecho hasta qué punto estaba en sus manos hacerla feliz; y como era generoso y poseía empatía, se sintió agitado y conturbado conforme se le hizo presente, mediante la acción violenta de una metafórica hipnosis, que él podía compensarla por tantas y tantas cosas. Apenas necesitó oírla rogar, con un quejido lastimoso que resultó casi trágico—: ¿No ves cómo nos han salido las cosas?, ¿no sabes lo infeliz que soy?, ¿no te das cuenta de qué amargura...? —Ella paró por un instante, con un sollozo en la voz, y él se hizo cargo vívidamente de la causa de esta última turbación: se trataba de la herida abierta en su madre por su viudedad y su desprotección y por la forma en que se había hundido desde la eminencia hasta la medianía—. Ya sabes lo que es Percival y el consuelo que obtengo de él. ¡Ya conoces la heredad y lo que está haciendo con ella y cuánto consuelo obtengo de eso! Todo es horrible, menos lo que tú puedes hacer por nosotras. Todo es odioso, incluyendo vivir en un agujero con unas hijas que no se casan. Grace es imposible: no sé qué le ocurre; nadie la mira, y ella se enorgullece tanto de eso; ¡a veces me dan ganas de propinarle una buena paliza! Y Biddy no se casará nunca. Y somos tres mujeres deplorables en una casa mugrienta. ¿Qué son tres mujeres deplorables de más o de menos en

Londres?

Así, en un inesperado arrebató de sinceridad, Lady Agnes habló de sus frustraciones y sufrimientos, desgarró el velo que camuflaba su tristeza y resquemor. Casi lo asustó a Nick caer en la cuenta de cómo odiaba ella la vida que llevaba, aun cuando en otro tiempo pudo divertirlo notar cómo su señoría despreciaba su casa sin jardín. Naturalmente que no se trataba de una mansión, y Lady Agnes no podía acostumbrarse a eso. Mucho mejor que él —pues era un asunto de una especie que, en todos los casos, afecta a una mujer más que a un hombre—, ella se imaginaba qué ascensión hacia aires más esplendorosos, qué revalorización de las posibilidades de sus hermanas, obraría para ellas su matrimonio con Julia. Él no sabía muy bien hacerse una idea exacta de la diferencia; pero su madre lo veía todo como un cuadro resplandeciente, e hizo que la visión resplandeciera ahora ante él, en la imaginación de él, sin que él hubiese sabido decir cómo, mientras permanecía allí como una mendiga llorando por una caridad. Lo que había de filial en él, toda la piedad que debía, especialmente al recuerdo reavivado de su padre, recuerdo presente más que nunca en un día de semejantes juramentos solemnes en público, fue capaz en cuestión de segundos de transformarse en una sumisión condolidada. Él poseía el don, tan embarazoso cuando se trata de actuar tajantemente, de ver a la luz de su propia afectividad y de su propia experiencia cualquier detalle que ilustrara con fuerza dramática la vida de otra persona: tales cosas obraban una unión con hechos sacados de la vida de él, y esa identificación con las mismas estaba bien dispuesta a convertirse en un tipo de entusiasmo benefactor en el cual no había conciencia alguna de estar realizando ningún sacrificio. Ni apenas tampoco de tener mérito.

Rápidamente, en el presente caso, esta fusión de escenas tuvo lugar ante la mirada de su alma. Se encontró creyendo, porque su madre le transmitió la creencia, que estaba en su mano transformar el perfil social de tres mujeres que se aferraban a él y que se calificaban a sí mismas de deplorables. Esto último no era el método más elevado de apelar a su conciencia, pero era conmovedor, y se produjo la identificación —de la estampa que así ofrecían las tres mujeres— con borrosas mezcolanzas de símbolos pertenecientes al pasado de él, símbolos de autoridad y de esperanza. Y el ancho reino de Julia se abrió alrededor de todos ellos, haciendo del futuro casi un vértigo de venturoso poder. Su madre y hermanas flotaron en una atmósfera color de rosa con semblantes iluminados, transfigurados por la sensación de seguridad. «La primera casa de Inglaterra», la había llamado ella; pero podía ser la primera casa de Europa, la primera casa del mundo, gracias al fino aire y a las elevadas humanidades de que iba a estar repleta. Todo lo que era hermoso en el lugar donde Nick se hallaba, adquirió una gracia aún más delicada; la casa se irguió por encima de su cabeza como un museo de exquisitas recompensas, y la imagen del pobre George Dallow se cernió allí obsequiosa, como para declarar

que había sido tan sólo el precursor modesto, aunque de gusto irreprochable, que había sido designado para dejarlo todo dispuesto y en orden y esfumarse oportunamente. El tono de Lady Agnes penetró en el espíritu de Nick todavía más profundamente de lo que hasta ahora lo había hecho cuando ella le dijo solemnemente, desgranando cada sílaba:

—No nos abandones, no nos abandones.

— ¿Que no os abandone?

—Sé grande, sé grande —dijo su madre—. Soy vieja, he vivido, he visto. Búscate una gran posición material. Simplificará todo lo demás.

—Haré lo que pueda por ti, cualquier cosa que pueda, todo lo que pueda. Confía en mí, déjalo de mi cuenta —dijo Nick Dormer.

—Y ¿te quedarás... pasarás el día con ella?

— ¡Me quedaré hasta que me eche!

Su madre ahora le había cogido la mano de nuevo; se la llevó a los labios y la besó:

— ¡Mi queridísimo hijo, mi única alegría! —Después añadió—: No comprendo cómo logras resistirte a ella.

— ¡Yo lo comprendo todavía menos!

Lady Agnes contempló toda la gran habitación con una calmada exhalación de gratitud y esperanza, diciendo:

—Si te gusta tanto el arte, ¿qué arte es comparable a todo esto? ¡El placer de vivir rodeado de él, de ver las más grandes obras todos los días! Tendrás todo lo que el mundo puede ofrecer.

—Es exactamente lo que se me estaba pasando por la cabeza: es excesivo.

— ¡No seas acaparador!

— ¿Acaparador? —repitió Nick.

—No seas desprendido, entonces. Lo compartirás con nosotras.

—Y un poquito con Julia también, espero —dijo Nick.

— ¡Dios te bendiga! —exclamó su madre, mirándolo. La mirada de su señoría se congeló a causa de su percepción súbita en la de él de algo que no le pareció claro; pero, antes de que ella tuviera tiempo de pedirle explicaciones sobre aquello, Nick inquirió abruptamente:

— ¿Por qué has hablado así de la pobre Biddy? ¿Por qué no va a casarse?

—Mejor pregúntaselo a Peter Sherringham —dijo Lady Agnes.

— ¿Qué tiene que ver él en este tema?

— ¡Qué extraño que lo preguntes, cuando es tan evidente lo que ella siente por él, que se ha convertido en asunto de pitorreo público!

—Sí, en eso lo hemos convertido, y ella se lo toma como un ángel. Pero Peter la aprecia.

— ¿Sí? En ese caso es una vergüenza mayor por su parte comportarse como lo hace. Haría mejor dejando en paz a sus actrices. ¡Lo suyo es también parte del amor al arte, imagino! —dijo burlescamente Lady Agnes.

—Biddy es tan encantadora. Se casará con otro distinto.

—Nunca, si ama a Peter. Pero Julia se ocupará de ello, Julia la ayudará — dijo Lady Agnes con mayores ánimos—. Eso es lo que tú harás por nosotras: ¡que ella lo haga todo!

— ¿Por qué iba a ponerse a ello Julia entonces más que ahora? —preguntó Nick.

—Porque entonces nosotras seremos vuestras.

—Vosotras ya sois mías.

—Sí, pero ella no lo es. ¡Sin embargo, ya es como si lo fuera! —dijo con regocijo Lady Agnes.

—Me va a echar de la casa —dijo Nick.

— ¡Ven a contármelo cuando lo haga! Pero ahí está... ¡ve con ella! —Y lo arrastró hacia una de las ventanas que permanecían abiertas a la terraza exterior. La señora Dallow se había hecho visible afuera; paseaba lentamente a lo largo de dicha terraza, arrastrando su larga sombra—. Ve con ella —repitió Lady Agnes—, te está aguardando. —Nick salió al exterior con el aire de un hombre que estuviera tan dispuesto a dirigirse en esa dirección como en cualquier otra, y en el mismo instante sus dos hermanas, recién de vuelta de las emociones del pueblo, entraron en la habitación desde otra estancia. Su madre les dijo—: Volvemos a casa mañana, pero Nick se quedará un día o dos.

— ¡El majísimo de Nick! —profirió Grace, mirando a Lady Agnes.

—Por fin va a hablar —prosiguió esta última—. Pero no lo mencionéis.

— ¿Que no lo mencionemos? —dijo Biddy, extrañada—. Y ¿no ha hablado ya bastante, el pobre?

—Quiero decir ante Julia —contestó Lady Agnes.

— ¿No entiendes, boba? —exclamó Grace, dirigiéndose a su hermana.

La mañana siguiente le trajo a Nick Dormer muchas cartas y telegramas, y su café le fue servido en su habitación, donde permaneció hasta el mediodía contestando a esos recados. Cuando salió, se enteró de que su madre y hermanas ya se habían marchado de la casa. Esta información le fue facilitada por la señora Gresham, a quien encontró ocupándose de su propia colección voluminosa de misivas sobre una de las mesas de la biblioteca. Se trataba de una mujer que recibía treinta cartas diarias, el tema de las cuales, así como el de sus puntuales respuestas, con una caligrafía que habría resultado «finolis» para ser de una intrigante, era un enigma para quienes reparaban en ella.

Le dijo a Nick que Lady Agnes no se había mostrado dispuesta a molestarlo durante su trabajo aunque fuera para despedirse, sabiendo que lo vería dentro de un día o dos en la capital. A Nick le hizo gracia la forma en que su madre se había escabullido a hurtadillas; como si hubiera temido que una conversación posterior con él hubiese podido debilitar el conjuro que estaba segura de haber creado. El lugar estaba franco, además, de sus otros visitantes, así es que, como dijo la señora Gresham, la juerga se había terminado. Esta mujer expresó su idea de que la juerga, a fin de cuentas, era bastante pesada. En cualquier caso, ahora podían reposar la señora Dallow y Nick y ella, y se alegraba de que Nick fuera a quedarse quieto por una temporadita. A ella le gustaba más Harsh cuando no se hallaba en fête: entonces era cuando se comprobaba qué viejo pueblecito tan acogedor era. Esperaba que Nick no estuviera horriblemente cansado; se temía que Julia estaba completamente exhausta. Sin embargo, la señora Dallow se había ido por los terrenos, con su agotamiento por única compañía: estaba vagabundeando por algún sitio. La señora Dallow había supuesto que habría más gente que se pasaría por la casa, gente del pueblo, gente del país, y había salido de tal forma que no tuviera que verlos. No se había ido lejos, Nick sabría encontrarla fácilmente. Nick insinuó que él mismo tampoco estaba ansioso por ver gente, a consecuencia de lo cual la señora Gresham repuso, sonriendo bastante pícaramente:

— ¡Y por supuesto me odia a mí por estar aquí! —Él realizó manifestaciones de protesta en rechazo de tal afirmación, y ella añadió—: Pero yo soy casi parte de la casa, usted sabe... soy una de las sillas o de las mesas. —Nick declaró que nunca había visto una casa tan bien amueblada, y la señora Gresham dijo—: Tengo entendido que van a venir algunas personas a cenar; ¡vaya una interferencia, ¿verdad?! Julia vive tan públicamente. Pero todo esto es por usted. —Y después de un momento añadió—: Es una constitución maravillosa. —Al principio Nick no logro inteligir esta alusión: la consideró

un comentario político rezagado, un homenaje súbito al gran instrumento no escrito mediante el cual eran gobernados; estaba a punto de decir «¿La británica? ¡Maravillosa!» cuando se percató de que la intención de su interlocutora había sido alabar la gran calidad de la robustez de la señora Dallow—. La superficie es tan delicada, el tema tan plácido, y no obstante el marco es de acero.

Nick dejó a la señora Gresham a solas con su correspondencia y salió afuera de la casa, preguntándose, mientras caminaba, si esta mujer querría que hiciera lo mismo que su madre quería que hiciera, de modo que sus palabras habrían sido dichas con intención de espolearlo... preguntándose si, incluso, las dos mujeres no se habrían confabulado en lo concerniente a sus deseos. La señora Gresham era una mujer casada que era a menudo tomada por viuda; principalmente a causa de que perpetuamente estaba siendo «hecha venir» por sus amistades y de que sus amistades nunca hacían venir al señor Gresham. Ella acudía en todos los casos y tenía un aire de ser *répandue* conseguido a base de pertenencias más bien deslustradas. Su figura era admirada —vale decir, era a veces mencionada— y vestía como si se esperara de ella que fuera elegante, como la muchacha de una tienda o un criado muy a la vista. Se escabullía con la misma facilidad con que se colaba, acompañaba al piano, charlando con los visitantes desatendidos, le gustaba caminar bajo la lluvia y, tras la llegada del correo, habitualmente celebraba conferencias con su patrona, durante las cuales se manipulaba el mentón y ofrecía un aspecto familiarmente serio y formal. Era peculiaridad suya que la gente siempre estuviera diciéndole las cosas con voz susurrada. Estaba metida en asuntos de todo tipo, y en pequeños establecimientos a veces confeccionaba los menús. Los grandes establecimientos, por otro lado, no encerraban terrores para ella: había conocido tantísimos. Nadie había descubierto nunca si obtenía algún ingreso más de otras fuentes.

Si Lady Agnes, con voz susurrada, había debatido con ella lo pertinente de una unión entre la señora de Harsh y la esperanza de los Dormer, nuestro joven podía sin irritación, e incluso con una indulgencia maquinales, considerar por efectuada tal circunstancia; pues ahora no se sentía desdichado y su espíritu estaba despejado y ágil. El día veraniego era espléndido, y el mundo, tal como lo contempló desde la terraza exterior, no ofrecía mayor incertidumbre preocupante que la que pueda ofrecer una etérea bóveda celeste arqueándose sobre un manto de césped uniforme y homogéneo. Los amplios y quietos árboles de la hacienda parecían estar aguardando alguna especie de revisión diaria de rutina; y los ricos campos, con su adorno oficial de setos, regocijarse en la luz, la cual les daba su aprobación como a acres provistos de nombre y de número. A Nick le pareció un lugar feliz, advirtiendo que poseía un encanto al que hasta el momento acaso no había hecho justicia; algo semejante a la impresión que había recibido de pequeño ante «vistosas vistas»

de hermosas fincas, como si hubieran sido más impresionantes y contundentes de lo habitual. Había un par de pavos reales en la terraza, y le llamaron la atención los destellos de los cisnes en un lago lejano, lago donde había asimismo un templete construido sobre una isla; y estas cosas resultaron estar en consonancia con su actual disposición de ánimo, que en otra época habría podido sentirse indignado ante ellas por representativas del filisteísmo en toda su esencia y a escala grandiosa.

Ciertamente había sido evidencia de un carácter joven y sano por su parte el que su buena disposición hubiese crecido conforme había crecido el alboroto y el que al zambullirse en las turbias aguas de una candidatura reñida hubiera sido capaz de dar volteretas y chapotear, no sólo con una sensación de tarea peliaguda, sino además con considerables aptitudes para la alegría. Por tibio que lo notáramos en París, se había encontrado con que su relación con esta oportunidad se había visto sorprendentemente alterada por su pequeño trayecto hacia el otro lado del Canal. Había visto las cosas desde una nueva perspectiva e inhalado un aire que lo había excitado inesperadamente. Había habido en dicho aire alguna cosa que se le había subido a la cabeza: un componente que su madre y sus hermanas, su padre desde el más allá, Julia Dallow, el partido liberal y un centenar de amigos se habían ocupado, a la vez secreta y abiertamente, de insuflarle. Aunque en el momento presente se mostrara impreciso en lo relativo a su éxito, le había gustado la refriega, y hay que tener en cuenta que sostenía como regla general que, cuando uno se siente desorientado, las ideas se aclaran con la acción. La turbación —vale decir, el resurgir del escepticismo—, una turbación que podría dar como resultado una incoherencia de sentimientos bochornosa de exhibir y no obstante muy difícil de ocultar, ya llegaría más tarde sin lugar a dudas; y en verdad, a riesgo de hacer que nuestro joven amigo parezca un personaje puramente fantasioso, debo apuntar que algo de esa sensación enfermiza ya había comenzado, tan pronto, a teñir una cuarta parte de su horizonte intelectual.

Me temo además que no dispongo para él de excusa mejor que la que él mismo había manejado durante la decisiva conversación con su madre que he considerado conveniente reproducir en todo detalle. Era consciente de una doble naturaleza; había dos hombres en él, bien contrapuestos, cuyas características primordiales tenían poco en común y cada uno de los cuales insistía en dar un rumbo distinto a su vida. Entretanto, aunque estaba convenientemente enterado de que el lecho de su proceder interior iba a necesitar una buena cantidad de reparaciones si quería reposar sobre él sin riesgo de hundimientos intempestivos, asimismo se daba cuenta de la pertinencia de no dejar ver sus incongruencias en público, de no permitir que sus intereses enmarañados se convirtieran para el vulgo en espectáculo. No tenía para nada ese deseo de parecer complicado que está en el fondo de la mayoría de las modalidades de la fatuidad; estaba perfectamente dispuesto a



pasar por simple, tan sólo aspiraba a gozar de alguna coherencia interna. Si no se era de veras simple, esto último presentaba dificultades; pero él habría convenido con la afirmación de que se debe ser tan tajante como se pueda y de que contribuye mucho a ser tajante el tragarse el humo del propio fuego interno. El fuego era en este caso lo verdaderamente notable y no la chimenea. No concebía una forma de encarar la existencia que desechara la necesidad de aprender (era más bien para la enseñanza para lo que sabía que no poseía una vocación imperiosa). Y le gustaba la vida, le gustaba inmensamente, así es que estaba dispuesto a estudiar todos sus mecanismos y modalidades con cierta intensidad. Tenía en mucho las clásicas admoniciones sabias, tales como que no se debe hacer el ridículo y que no hay que llevar a cabo en público los experimentos particulares. No obstante, se había debido a que todavía le gustaba la vida de un modo general y a que no veía claro que le gustara en especial ninguna rama concreta de ella, el que con ocasión de que un distrito electoral le hubiese ofrecido cordialmente la mano, mientras al propio tiempo extendía la otra en una dirección distinta, una cierta pelusilla de niñez que aún quedaba en él no hubiera logrado resistirse ante la idea de disputar un torneo.

Lo había aceptado al igual que había aceptado en la escuela otros torneos, pues su carácter juvenil gustaba de experimentar el goce de una demostración derrochadora de vitalidad. Se había aplicado a tratar con los electores y granjearse la voluntad de los pelmazos y piroppear a las mujeres y contestar preguntas y desenrollar discursos y ridiculizar a los adversarios porque era emocionante y ligeramente arriesgado, como jugar al fútbol o practicar el alpinismo: pasatiempos para los cuales la naturaleza le había conferido una capacidad de un tipo no muy diferente de la necesaria para exhibir una galante viveza sobre las tribunas. Había habido dos voces que le habían dicho que todo esto no era en absoluto acción de verdad, sino tan sólo una imitación pusilánime: una de ellas se había hecho audible espasmódicamente en las profundidades de su propia alma y la otra había hablado, con los acentos equívocos de una escritura indescifrable, desde una carta de cuatro páginas redactada por Gabriel Nash. Con todo, Nick se había entregado a la acción tanto como había sido posible en las circunstancias dadas, y eso le había resultado reorientador: había traído consigo gozo y una convicción muy efectiva. No había ido en contra del axioma de que en caso de duda hay que abstenerse; pues dicho axioma se refiere al caso de una elección, y él no había tenido en el caso presente ni la más ligera impresión de estar eligiendo. Había sido consciente de ser empujado y dirigido, de que lo que estaba haciendo no era de calidad genuina, de que nada quedaba establecido a causa de ello y de que, si había esencialmente un problema en su vida, éste tan sólo se volvería aún más difícil si se lo rehuía. Pero si dejar para mañana lo que se puede hacer hoy no hace más fácil lo que hay que hacer, por lo menos sí hace más fácil el día de hoy.

A veces, en el decurso de la última quincena, le había parecido que se había presentado por Harsh porque estaba seguro de perder; a veces se había presagiado que ganaría precisamente para ser castigado por haberlo intentado y por su falta de sinceridad; y cuando poco después ganó de hecho, se sintió casi aterrorizado ante su éxito. Entonces se le ocurrió que había hecho algo todavía peor que no elegir: había dejado que los demás eligieran por él. Lo característico en esta cuestión estribaba en que los demás habían elegido con tan sólo los propios objetivos de ellos presentes; pues ¿qué sabían ellos de la extraña disyuntiva de él? Había sido sumido en tal vértigo durante una quincena (Julia se había ocupado de ello) que no había tenido tiempo para pensar salvo cuando intentaba recordar una cita o alguna fábula norteamericana, y su vida entera se había visto convertida en una catarata de verbosidad. El pensamiento se había batido en retirada ante el incremento del ruido, el cual debía resultar agradable y elocuente e incluso (por lo menos en superficie) coherente sin la ayuda del primero. El propio Nick se había sorprendido ante los sonos que sabía tocar; y a menudo cuando, como acto que daba por terminado el día, había cerrado por la noche la puerta de su habitación, mentalmente había exclamado que nunca había tenido idea de lo saltimbanqui que era.

Debo matizar que si esta reflexión no lo había preocupado mucho rato, y si ninguna meditación, tras su vuelta desde París, lo había paralizado durante un número excesivo de segundos, había habido una razón mejor incluso que la de que se hubiese sentido cansado u ocupado o excitado ante la agradable combinación de vivas y hurras. Esa razón había sido sencillamente la señora Dallow, quien de repente se había convertido en toda una presencia dentro de su conciencia, y todavía más grandiosa que la de la política activa. La señora Dallow era, a decir verdad, la política activa; es decir, que aunque la política era cosa de él, por poco que lo fuera, la actividad lo era de ella. Ella tenía formas de demostrar que era una mujer inteligente mejores que decir cosas inteligentes, actividad ésta que únicamente prueba en el mejor de los casos que a uno le gustaría ser inteligente si pudiera. Aquí el hecho indiscutible había sido la comprobación de que la señora Dallow podía; y cuando Nick había vuelto en sí tras la proclamación del vencedor y el cese del ruido, la figura de ella había sido, de toda la extraña fantasmagoría, el elemento más sustancial que había sobrevivido. Ella siempre había estado allí, pasando, volviendo a pasar, ante él, junto a él, detrás de él. Había hecho la tarea infinitamente más hermosa de lo que lo habría sido en su ausencia, había aportado música y flores y helados, un encanto, y la había convertido en todo un juego de sociedad poseedor de cierto carácter hazañoso. Había sido una fiesta al aire libre donde se rifara algo, o una celebración por anticipado de alguna cosa, con todo el mundo invitado. La aventura concluida le había legado a él no sólo un escaño en la Cámara de los Comunes, sino también un indicio de lo que la

mujer en abstracto es capaz de hacer al ocuparse de asuntos de importancia elevada, y un abismo de intimidad con una mujer concreta.

Ella lo había envuelto a él en algo, él no sabía qué —una sensación de bienestar, una fragancia irresistible—; y se habían conducido juntos con una fraternidad inmensa. No había habido cortejo, ningún contacto que hubiera sido exclusivamente personal, ningún atisbo de vulgar flirteo: el frenesí de los días y la intensidad con que ambos se habían afanado por un objetivo exterior habían convertido todo eso en inoportuno. Era como si ella hubiera estado demasiado cerca de él para que él ahora la viera alejarse; pero sin embargo, cuando ahora él cobraba aliento y miraba retrospectivamente, todo lo que había sucedido se le presentaba ante sus ojos como un cuadro ordenado: un cuadro cuyo tema eran indefectiblemente Julia y sus poneyes: Julia maravillosamente hermosa y diestra, sosteniendo la cabeza más que nunca en su característico estilo, brillante, generosa, haciendo ondular el látigo, surcando la muchedumbre, dando las gracias a la multitud con su sonrisa, llevándolo a él junto a sí, llevándolo hacia su sino fatal. Él no había reparado en que en tan pocos días hubiera montado tantísimo en carruaje con ella por todas partes; pero la imagen de aquello estaba allí, en su conciencia interrogada, así como en un resplandor personal todavía no enfriado: dicha imagen parecía grandiosa cuando se la representaba para sí. Las cosas que su madre le había dicho servían de marco suficientemente rico para la misma, y la impresión global, la noche anterior, lo había tenido bastante insomne.

## 15

Mientras que, tras haber dejado a la señora Gresham, estaba dudando qué dirección tomar y estaba a punto de interpelar a un jardinero para preguntarle si la señora Dallow había sido vista, Nick advirtió, como una mancha de color en medio de una extensión de arbustos, un quitasol a lo lejos moviéndose en dirección al lago. Dirigió sus pasos hacia allá, atravesando la hacienda, y como la portadora de aquella sombrilla estaba paseando tranquilamente sin prisas, no habrían pasado cinco minutos antes de que él la alcanzara. Se acercó a ella sin ruido sobre la hierba (había ido silbando al principio, pero dejó de hacerlo conforme se le acercó), y no fue hasta que estuvo muy próximo cuando ella se dio la vuelta. Él había estado contemplando sus movimientos y le había parecido como si ella estuviera dándole vueltas a las cosas en la cabeza; ella caminaba rozando, al pasar, las tersas alamedas y el límpido césped con su vestido, haciendo girar lentamente la sombrilla sobre el hombro y llevando, en la mano que pendía a su costado, una publicación que él identificó como una revista mensual.

—He salido para escapar —comentó ella cuando él comenzó a caminar a su vera.

— ¿Escapar de mí?

—Ah, eso es imposible —dijo la señora Dallow. Después añadió—: El día es tan hermoso.

—Un tiempo delicioso —completó Nick—. Supongo que entonces quieres escapar de la señora Gresham.

La señora Dallow se quedó un momento callada.

— ¡De todo! —dijo.

—Pues yo también quiero escapar.

—Ha sido un jaleo tal. Escucha los queridos pájaros.

—Sí, nuestro ruido no es tan bonito —dijo Nick—. Me siento como si me hubiera casado y hubiera herraduras y arroz arrojados detrás mío —prosiguió—. Pero no contigo, Julia... para nada algo tan maravilloso.

La señora Dallow no contestó a esto; se limitó a dirigir su mirada hacia la radiante agua que se extendía hacia lo lejos a su derecha. Tras un momento exclamó:

— ¡Qué aspecto tan desagradable tiene el lago! —Y Nick identificó en el tono de estas palabras una manifestación de esa curiosa reserva —una sequedad perversa en un momento en que probablemente ella tan sólo deseaba mostrarse cálida— que, tomada en combinación con las demás características de ella, estuvo tan lejos de resultarle desagradable que para él representó de hecho la aproximación más intensa que ella había realizado nunca al encanto extremado. Él no se mostraba reservado ahora, pues consideraba, esta mañana, que veía las cosas muy claramente y con una sensación de entera superioridad y disfrute. Esto lo capacitaba para sentirse generosamente condolido de su compañera, aunque él fuera el motivo de que ella se sintiera incómoda en cualquiera que fuese el grado, y no obstante a la vez le permitía paladear la hermosura de algunas de las señales mediante las que se manifestaba dicha incomodidad. No pensaba plantear nada de momento; así que comentó que el nivel de exigencia de su prima en materia de lagos era en exceso elevado, y luego habló un poco sobre su madre y hermanas, la marcha de éstas a casa, el que él no las hubiera visto aquella mañana, la profunda satisfacción de Lady Agnes con su triunfo y el hecho de que ésta se iba a ver obligada a «hacer algo» para el otoño: alquilar una residencia o algo así.

—Yo le prestaré una mansión —dijo la señora Dallow.

— ¡Oh, Julia, Julia! —exclamó Nick.

Pero la señora Dallow no prestó atención a su exclamación; se limitó a alzar la revista y dijo:

—Mira lo que me he traído conmigo para leerlo: el artículo del señor Hoppus.

—Qué bien; en ese caso no tendré que leerlo yo. Tú me lo contarás. —Él pronunció lo anterior sin creerse de veras que ella se propusiera o deseara leer el artículo, que se titulaba La revisión de la Constitución británica, a pesar de que se hubiera tomado la molestia de llevarse consigo aquel número recién salido y nuevecito de la revista. Sabía que ella no se hallaba carente de una ocupación mental semejante a la que podía proporcionarle la literatura periodística. Siguieron caminando y entonces él añadió—: Pero ¿es que es para esto para lo que hemos luchado: para leer al señor Hoppus? ¿Es la clase de cosas que nuestro electorado espera? ¿O, peor aún, para pretender que uno lo ha leído cuando no ha sido así? ¡Ah, valiente sarta de embustes nos dedicamos a tejer!

—La gente habla de él —dijo la señora Dallow—. Hay que estar informados. Es el artículo del mes.

Nick miró a su compañera con recelo por un momento, y dijo:

—Dices cada cosa de vez en cuando que me dan ganas de matarte. «El artículo del mes», por ejemplo: te voy a matar por eso.

— ¡Pues mátame!

—Déjame llevarte tu publicación —comentó Nick, de forma digresiva. La mano en que ella la llevaba estaba en el costado junto al que él iba caminando, y él alargó su propia mano para cogerla. Pero durante un par de instantes ella se resistió a cederla, y la sostuvieron juntos, disputándose un poquito. Antes de que ella la cediera finalmente, él le preguntó hacia dónde tenía intención de ir.

—A la isla —contestó ella.

—Pues te acompañaré. Te mataré allí.

—Las cosas que digo son las apropiadas —dijo la señora Dallow.

—Son justamente las cosas apropiadas las que son inapropiadas. Es porque eres tan política —siguió Nick—. Es tu horrible ambición. La mujer que lleva una tertulia debe haberse leído el artículo del mes. Mira cómo una cosa horrible lleva a otra.

—Hay algunas que no llevan a nada.

—Sin duda, sin duda. Y ¿cómo piensas llegar hasta tu isla?

—No lo sé.

— ¿No hay una barca?

—No lo sé.

Nick se detuvo momentáneamente, para buscar la barca por los alrededores, pero la señora Dallow siguió avanzando sin volver la cabeza.

— ¿Sabes llevar una barca remando? —preguntó su compañero.

— ¿Es que no te has enterado de que lo sé todo?

—Sí, a ciencia cierta. Por eso quiero matarte. Ahí está la barca.

— ¿Vas a ahogarme?

— ¡Oh, déjame perecer contigo! —respondió Nick con un suspiro. La barca les había sido tapada por el tronco de un gran árbol, que se alzaba de la hierba al borde del agua. Estaba amarrada a un pequeño embarcadero y era lo bastante espaciosa para dar cabida a tantas personas como era probable que desearan visitar de golpe el templete en el centro del lago, templete que a Nick le gustaba porque era absurdo y por el cual la señora Dallow nunca había sentido una particular estima. El lago, surtido por un manantial natural, era una extensión abundante de agua en comparación con las proporciones del paisaje de la hacienda; y aun cuando su mérito principal consistía en que, visto desde la lejanía, proporcionaba un destello de abstracción al muy concreto verdor, haciendo el efecto de un ojo perspicaz en un rostro estólido, asimismo se podía uno acercarse a él sin hacer el ridículo en una dulce mañana veraniega, cuando hacía murmullos y reflejaba tal cuales eran varias cosas que con probabilidad resultaban más hermosas que él: el cielo, los grandes árboles, el vuelo de los pájaros.

Un hombre de gusto, cien años atrás, habiendo regresado de Roma, había hecho levantar una pequeña estructura decorativa, sobre una base artificial, en el seno del lago, y se había propuesto que este capricho arquitectónico recordara lo más posible a la pequeña rotonda en ruinas que se halla en la ribera del Tiber y que según los ciceroni había sido dedicada a Vesta. Era circular, tenía tejas antiguas en el tejado, se hallaba rodeada de columnas blancas y estaba considerablemente desmoronada. George Dallow se había tomado interés por ella (no le recordaba Roma en absoluto, sino otras cosas distintas que le gustaban), y se había entretenido en restaurarla.

—Dame la mano; siéntate ahí y te transportaré de una orilla a la otra —dijo Nick Dormer. La señora Dallow obedeció, situándose en el lado opuesto al de él en la barca; pero cuando él empuñó los grandes remos, ella declaró que prefería permanecer en medio del agua: había demasiada mala idea deliberada en el templete. Él le preguntó a qué se refería con eso, y ella dijo que resultaba

ridículo que se retiraran a una isla de escasos metros cuadrados, hecha a propósito para meditar. Ella no tenía nada sobre lo que meditar que exigiese tanta «pose». Él repuso—: Al contrario, sería precisamente dejamos de «poses». «Poses» son lo que hemos estado manteniendo durante una semana; y estar durante media hora donde no haya nadie mirando y uno no tenga que mantenerlas es precisamente el objetivo a que quería dedicar un día ocioso e irresponsable. Ahora no las estoy manteniendo... supongo que te habrás dado cuenta —prosiguió Nick, mientras iban a la deriva y apenas mojaba los remos.

—No te entiendo —dijo la señora Dallow, echándose hacia atrás en la barca.

Nick no ofreció ninguna otra explicación que no fuera preguntar al instante:

— ¿Van a venir personas hoy a cenar?

—Creo que tres o cuatro, pero las despacharé si quieres.

— ¿Tienes que estar siempre viviendo tan públicamente, Julia? —continuó Nick.

Ella lo miró un momento, y él vio que Julia se había sonrojado un poco.

—Vámonos a casa. Los despacharé —dijo la señora Dallow.

—Ah no, no te vayas a casa; se está tan bien aquí. Que vengan, que vengan, ¡pobres desgraciados!

—Qué poco me conoces, cuando, tantísimas veces, he vivido aquí meses enteros sin una sola alma viviente.

—Exceptuando a la señora Gresham, imagino.

—Ha hecho falta que cuiden de la casa, lo reconozco.

—Eres perfecta, eres admirable, y no te critico.

— ¡No te entiendo! —repitió.

—Eso no hace sino aumentar la generosidad de lo que has hecho por mí — repuso Nick, comenzando a bogar más rápido. Se inclinó sobre los remos e hizo avanzar la barca, manteniendo esta tónica durante diez minutos, durante los cuales ambos permanecieron callados. La señora Dallow, en su sitio, inmóvil, recostada (el asiento de popa era muy cómodo), se limitó a mirar el agua, el cielo, los árboles. Finalmente Nick puso rumbo hacia el templete, diciendo antes sin embargo—: ¿Visitamos la ruina?

—Si quieres. No me importa ir a comprobar qué tal la cuidan.

Llegaron hasta los blancos escalones que subían hacia ella. Nick sujetó la

barca y la señora Dallow se bajó. Él aseguró la embarcación y ambos subieron la escalera juntos, trasponiendo la puerta abierta.

—La cuidan muy bien —dijo Nick, echando un vistazo alrededor—. Es un sitio estupendo para olvidarse de todo.

—Pues bien podría ayudarte a explicarme qué es lo que te propones —dijo Julia, sentándose.

—Lo que me propongo es fingir durante media hora que no represento a los ciudadanos de la población de Harsh. Es encantadora, es una obra muy delicada. Seguramente ha sido retocada.

El interior del pabellón, iluminado por ventanas que supuestamente resultaban ocultadas, desde fuera y desde la distancia, por el círculo de columnas, poseía un techo abovedado; y estaba ocupado por unas cuantas muestras de mobiliario del siglo anterior, marchitas y de repuesto, cuyo color armonizaba con la decoración de las paredes. Éstas últimas y el techo, coloreado y no exento de manchas de humedad, estaban cubiertos con hermosas molduras y medallones. Resultaba una casita de té elegantísima.

La señora Dallow estaba sentada sobre el borde de un sofá, mientras liaba su sombrilla y comentaba:

—Deberías leerme el artículo del señor Hoppus.

—Caramba, ¿conque esto es tu tertulia? —preguntó Nick, sonriéndole.

— ¿Por qué estás siempre hablando de eso? No es más que una invención tuya.

—Pero ¿acaso no es el tema en que más piensas?

Súbitamente, nerviosamente, la señora Dallow abrió su sombrilla y la dispuso sobre sí, como si no se diera excesiva cuenta de lo que hacía.

— ¡Cuánto me conoces! —repuso—. Yo no pienso en nada... en nada que tú puedas nunca adivinar.

Nick Dormer se paseó por toda la estancia, examinando diversos objetos que ésta contenía: los curiosos volúmenes sobre las mesas, las piezas de porcelana de estilo antiguo en los anaqueles. Y dijo:

—La cuidan muy bien; tienes cosas preciosas.

—Se supone que vienen todos los días, a ocuparse de ella.

—A la fuerza tienen que venir.

—Oh, ¿quién sabe?

—Está impecable. ¡Qué bien lo haces todo!



—Creo que escondes alguna intención cuando dices eso —dijo la señora Dallow. Había bajado la sombrilla y estaba liándola otra vez firmemente.

—Pero tienes razón en lo de que no te conozco. ¿Por qué has estado tan dispuesta a hacer tanto por mí?

Se paró frente a ella y ella alzó la vista hacia él. La mirada de ella se posó un instante en la suya; luego ella exclamó:

— ¿Por qué me odias tanto?

— ¿Ha sido porque te agrado personalmente? —preguntó Nick—. Es posible que la consideres una pregunta extraña, o incluso odiosa; pero ¿no es natural mi deseo de saber?

— ¡Ah, si no sabes! —exclamó la señora Dallow.

—Es cuestión de estar seguro.

—Pues, en ese caso: ¡si no estás seguro!

— ¿Lo hiciste por mí como amigo, como hombre?

—Tú no eres un hombre; eres un niño —dijo su anfitriona, con un semblante que se mostró frío, aun cuando hubiera estado sonriendo el instante anterior.

—A fin de cuentas, he sido un buen candidato —continuó Nick.

— ¿Qué me importan a mí los candidatos?

—Eres la más deliciosa de las mujeres, Julia —dijo Nick, sentándose junto a ella—, y no logro imaginarme a qué te refieres cuando dices que te tengo odio.

—Si no has descubierto que me agradas, bien puedes.

— ¿Bien puedo descubrirlo?

La señora Dallow se puso seria; él nunca la había visto tan pálida ni tan hermosa. Ahora había cesado de liar su sombrilla: sus manos se hallaban unidas sobre el regazo y sus ojos apuntaban hacia ellas. Nick se puso a mirarlas también, una pizca comprometidamente.

—Bien puedes tenerme odio —dijo la señora Dallow.

—Nos hemos compenetrado tan maravillosamente, todos estos días: ¿por qué no nos compenetrarnos igual de bien para siempre, para siempre jamás? —La señora Dallow no contestó, y de repente Nick le dijo—: Ah, Julia, no sé qué me has hecho, pero lo has hecho. Lo has hecho utilizando métodos tortuosos, pero funciona. Sí, te odio —añadió, con un tono diferente, acercando su rostro al de ella.

—Querido Nick... querido Nick... —comenzó ella. Pero se calló, pues de repente se dio cuenta de que él estaba en su totalidad más cerca, más cerca de ella de lo que nunca lo había estado, y de que el brazo masculino la rodeaba, de que él había tomado posesión de ella. Cerró los ojos pero lo oyó preguntar: «¿Por qué no puede ser eterna, eternamente?» con una voz que poseyó, para su oído, una vibración como ninguna otra voz había poseído nunca.

—Lo has hecho, lo has hecho —repitió Nick.

— ¿Qué quieres de mí? —demandó ella.

—Que te quedes conmigo, así, para siempre.

—Ah, así no —replicó suavemente, pero como con dolor, y haciendo un esfuerzo, con cierto ímpetu, por desprenderse.

—Así, entonces... ¡o así! —Él aprovechó la oportunidad con tal destreza que en un abrir y cerrar de ojos ya la había besado. Ella se levantó no menos rápidamente, pero él aún la asía, y mientras así hacía le dijo a ella con el mismo tono de ternura—: Si te casas conmigo, ¿por qué no habría de ser todo igual de sencillo, igual de hermoso? —La atrajo hacia sí de nuevo, demasiado como para que ella pudiera contestar. Pero el forcejeo de ella cesó, y reposó contra él un instante, hundió la cabeza en su pecho.

— ¡Eres duro, y es cruel! —exclamó ella entonces.

— ¿Duro, cruel?

— ¡Pones tan poco en ello! —Y tras esto, inesperadamente para Nick, la señora Dallow rompió a llorar. Antes de que pudiera detenerla, ella se zafó hacia la puerta del pabellón, como si quisiera abandonarlo inmediatamente. Allí, no obstante, él la detuvo, inclinándose hacia ella mientras ella sollozaba, indescriptiblemente gentil para con ella.

— ¿Tan poco? Lo pongo todo... todo lo que tengo.

— ¿Lo he hecho, dices? ¿Qué me acusas de hacer?

Sus lágrimas ya habían cesado.

—De hacerme tuyo; de ser tan preciosa, Julia, tan exactamente lo que un hombre necesita, a mi entender. No sabía que pudieras —continuó él, sonriéndole—. No lo sabía... no, no lo sabía.

—Es lo que yo digo, que siempre me has odiado.

—Entonces trataré de reconciliarme contigo.

Ella se apoyó en la entrada con la cabeza contra el dintel, y dijo:

— ¿Ves? Ni siquiera lo niegas.

— ¿Contradecirte yo ahora? Lo admitiré aposta, pese a que es una bobada, a fin de lograr borrarlo.

— ¿Qué más da? —dijo ella lentamente—; pues, por mucho que me hayas querido, nunca habrías hecho por mí ni la mitad de lo que yo he hecho por ti.

— ¡Ah, soy tan pobre! —se quejó Nick, jocosamente.

Ella lo miró, sonriendo, y negó lentamente con la cabeza. Después declaró:

—Nunca podrías.

— ¡Estamos buenos! ¿Acaso no he sido yo quien te ha pedido que te cases conmigo? ¿Cuándo me lo has pedido tú?

— ¡Todos los días de mi vida! Como digo, es duro... para una mujer orgullosa.

—Sí, demasiado orgullosa incluso para darme una respuesta.

—Debemos pensarlo, debemos hablarlo.

— ¿Pensarlo? Yo ya lo he pensado de sobra.

—Quiero decir juntos. Hay asuntos que discutir.

—El principal de los asuntos es que me des alguna respuesta, tu parecer.

La señora Dallow lo miró en silencio; luego exclamó:

— ¡Ojalá no te adorara! —Y directamente bajó los escalones.

—No me adoras si me dejas en este momento. ¿Por qué te vas? Se está tan bien aquí, y estamos tan deliciosamente solos.

—Suelta la barca; seguiremos sobre el agua —dijo la señora Dallow.

Nick estaba en lo alto de la escalera, mirándola.

—Ah, quédate un poco... ¡por favor, quédate! —rogó.

—Me montaré sola, me haré al agua —contestó ella.

Ante esto Nick bajó y se agachó un poco para deshacer el nudo. Estaba pegado a ella, y al levantar la cabeza notó que se la cogían; ella la había tomado en sus manos y le aplicó los labios en el primer lugar que encontró. Al siguiente instante ella estaba en la barca.

Esta vez él hundió los remos de veras muy lentamente; y mientras que, durante un espacio de tiempo que fue más largo de lo que les pareció, se desplazaron sin rumbo concreto, lo que primordialmente hicieron fue permanecer sentados y sonrojarse mutuamente de felicidad, como si todo hubiera quedado establecido entre ellos. Había razones de sobra para que Nick se sintiera feliz; pero es un hecho singular que la más destacada fuera la

sensación de haber evitado una grave falta. El resultado final de la apelación que le había dirigido su madre el día anterior había sido la resolución de que él tenía que actuar con irreprochable honor. Era capaz de tomar como garantía (de que lo estaba haciendo) el hecho de que Julia lo hubiera puesto en una obligación que un caballero sólo podía satisfacer de una manera. Si ella también lo había entendido así, poniendo la esperanza, o al menos la apetencia, de un vínculo más estrecho en todo lo que había hecho por él, el caso era superlativamente sencillo y el criterio de actuación de él inequívocamente obvio. Por eso Nick se había sentido alegre cuando salió de la casa para buscarla: se sentía alegre cuando su criterio de actuación era inequívocamente obvio. Se sentía lo más alegre del mundo, naturalmente, debo añadir, porque, al darles vueltas a las cosas en la cabeza, como había hecho durante la mitad de la noche anterior, lo que había sacado en conclusión más repetidamente era que reconocía que ahora Julia poseía un nuevo influjo sobre él. No en balde ella se había inmiscuido insolentemente en su vida. Con esta decisión, lo había hecho vivir el doble, y un tal servicio, si un hombre lo aceptaba y lo paladeaba hasta las heces, era ciertamente una cuestión que lo obligaba en su honor. Nick admitía con gusto que no había nada que pudiera hacer con prioridad que no fuera ruin a su ver si implicaba cualquier desviación de este propósito. Su madre lo había hecho sentirse incómodo insinuándole que Julia estaba enamorada de él (no le gustaba, en general, que le dijeran tales cosas); pero la responsabilidad parecía ahora más llevadera y se sintió menos circunspecto en relación con ella una vez que se halló a cubierto de miradas ajenas, con sólo la de Julia para expresar esa verdad y rodeado por todas partes de la indiferente naturaleza. Por otro lado, ¿qué descubrimiento había hecho él esta mañana sino que también él estaba enamorado?

—Debes llegar a ser un hombre muy grande —le dijo ella, en el centro del lago—. No sé a qué te refieres con lo de mi tertulia; pero soy ambiciosa.

—Tenemos que mirar la vida de un modo grandioso y audaz —contestó Nick, dejando descansar los remos.

—A eso me refiero. Si no considerara que está en tu mano, ni te miraría.

— ¿Qué es lo que está en mi mano?

—Hacer todo lo que puedes y debes... todo lo que concibo, todo aquello con que sueño. Eres inteligente: nunca me harás creer lo contrario, después de tu discurso del martes. ¡No digas nada! He visto, he oído, y sé lo que hay en ti. Te lo restregaré toda tu vida. Eres todo lo que finges que no eres.

Nick se puso a mirar el agua mientras ella hablaba. Luego preguntó:

— ¿Será siempre tan emocionante?

— ¿Qué es lo que siempre lo será?

—Caramba, mi carrera.

— ¿Acaso no estoy para que sea así?

—Será tuya; no será mía —dijo Nick.

—Oh, no digas eso: ¡no me supongas una mujer de esa clase! Si dijeran que soy yo, decidiría ahogarme.

— ¿Si dijeran que eres tú el qué?

—Caramba, te estás haciendo viejo. Si dijeran que soy yo quien te sostiene, que hago las cosas por ti.

—Ah, ¿no las vas a hacer? Es exactamente lo que espero.

—No seas fastidioso —dijo la señora Dallow—. Sería odioso si dijeran que soy más capaz que tú. No es ése el tipo de hombre con quien me quiero casar.

— ¡Oh, te voy a hacer trabajar, querida!

— ¿Conque es eso? —exclamó la señora Dallow, con un tono que podría quedársele grabado a un hombre para el resto de sus años.

—Tú harás lo principal, harás mi vida deliciosa —declaró Nick, como si en ese momento paladeara plenamente toda esa delicia—. Seguro que con eso podré conservarme animado.

— ¿Animado? ¿Por qué no ibas a estar animado?

Los ojos de Julia, permaneciendo clavados en él, atravesándolo, parecieron interrogarlo todavía más que sus labios.

— ¡Oh, todo marchará bien! —exclamó Nick.

—Te gustará el éxito, tanto como a cualquiera. No me digas que no: ¡no eres tan etéreo!

—Sí, me gustará el éxito.

— ¡Ya mí! Y, por supuesto, me alegro de que vayas a poder hacer cosas —continuó la señora Dallow—. Me alegro de que vayas a tener cosas. Me alegro de no ser pobre.

—Oh, no hables de eso —protestó Nick—. Tan sólo sé amable con mi madre: entre los dos la haremos supremamente feliz.

—Me alegro de que me agrade tu familia —expresó la señora Dallow—. ¡Déjala a mi cuidado!

—Eres generosa, eres noble —balbució Nick.

—Tu madre tiene que vivir en Broadwood; debe ser suya para toda la vida.

No está nada mal.

—Ah, Julia —contestó su acompañante—, ¡menos mal que te quiero!

—Y ¿por qué no ibas a hacerlo? —dijo riendo Julia; y, tras esto, nada más se habló entre ellos hasta que la barca tocó la orilla. Cuando se hubo bajado, la señora Dallow comentó que era la hora de comer; pero no hicieron nada en consecuencia, sino que se pusieron a pasear en una dirección que no era la de la casa. Había un paisaje que los atraía, un sendero cubierto de hierba que bordeaba las raíces de hayas diseminadas y que llevaba a un portillo de cerca desde donde el encantado merodeador podía introducirse en otra parcela, distinta, de la propiedad de la señora Dallow. Esta dama dijo algo acerca de llegar hasta la altura del portillo; después, al instante siguiente, exclamó—: ¡Inútil, te has olvidado al señor Hoppus!

—Nos lo dejamos en el templo de Vesta. Querida, tenía otras cosas en que pensar allí.

—Mandaré a por él —dijo la señora Dallow.

—Señor, ¿puedes pensar en eso ahora? —preguntó Nick.

—Claro que puedo. Más que nunca.

— ¿Regresamos a por él? —inquirió Nick, deteniéndose.

La señora Dallow no contestó; prosiguió avanzando, diciendo que quería que llegasen hasta la altura del portillo.

—Por supuesto, ya sé que eres temiblemente despistado —reanudó la conversación enseguida.

—No he sido despistado en absoluto. Pero tenías tantas prisas por marcharte de la glorieta.

—Qué más da. Hay otra en la casa.

— ¿Otra glorieta? —sugirió Nick.

—Otra revista con lo del señor Hoppus.

— ¡Dios del cielo, cuánto te apasiona! ¡Tienes nada menos que dos!

—Él en persona me ha enviado un ejemplar de la revista; y el otro es el que me llega todos los meses.

—Todos los meses... ya veo —dijo Nick, con un tono que justificó con creces la acusación de despiste que le hacía la señora Dallow. Habían llegado hasta el portillo y él se apoyó contra éste, contemplando un gran prado apacible y los animales de granja que pastaban a lo lejos.

— ¿Suponías que los recibo a diario? —preguntó la señora Dallow.

—Claro que no, ¡gracias a Dios! —Se quedaron allí unos momentos; él continuó mirando los animales y al poco añadió—: «Deliciosa escena pastoril inglesa». ¿Por qué dicen que no es un buen tema pictórico?

— ¿Quién dice que no lo es?

—No sé. Algunos. Si es francesa, sí; pero extrañamente aquí no.

— ¿De qué estás hablando? —demandó la señora Dallow.

Nick pareció incapaz de satisfacerla a ese respecto; en todo caso, el hecho es que, en lugar de contestarle directamente, le dijo:

— ¿Es Broadwood muy bonita?

— ¿Nunca has estado allí? Eso demuestra de qué forma me has tratado. Antiguamente íbamos allí en agosto. George tenía ideas acerca de ella —añadió la señora Dallow. Nunca había afectado no querer hablar sobre su difunto marido, especialmente ante Nick, que había sido pariente de él de algún modo y que lo había apreciado más que ciertos otros.

—George tenía ideas acerca de muchísimas cosas —dijo Nick.

Julia Dallow pareció considerar que resultaba un tanto extraño tocar esa cuestión en un momento semejante. Era extraño incluso que Nick hubiese dicho aquello.

—Broadwood es perfecta —comentó ella finalmente—. No es ni demasiado pequeña ni demasiado grande, y se cuida sola. No hay nada que haga falta reformar: no exige ni un penique.

—Y ¿no quieres utilizarla tú?

—La utilizaremos con ellas —dijo la señora Dallow.

—Van a pensar que les traigo un ángel. —Y Nick cubrió la mano femenina, que descansaba sobre el portillo, con la enorme suya propia.

—Como a ti mismo ya te consideran uno, les parecerá natural que te asocies con los de tu clase.

— ¡Oh, mi clase! —murmuró Nick, mirando las vacas.

La señora Dallow se apartó de él como si se dirigiera de vuelta a la casa, y él comenzó a desandar con ella lo andado. Súbitamente ella dijo:

— ¿Qué querías decir aquella noche en París?

— ¿Aquella noche?

—Cuando viniste hasta el hotel conmigo, después de que todos hubiéramos cenado en aquel lugar con Peter.

— ¿Qué quería decir con qué?

—Con lo de que te importaban tantísimo las bellas artes. Parecías querer asustarme.

— ¿Por qué habrías tenido que asustarte? No me imagino lo que tenía en la cabeza; no ahora.

—Eres despistado —dijo Julia, acalorándose un poco.

—No en lo referente a lo principal.

— ¿Lo principal?

—Que te debo todo lo que un hombre honrado pueda ofrecer. ¿Cómo voy a ocuparme de las bellas artes en este momento?

La señora Dallow se detuvo, mirándolo, y repuso:

— ¿Es porque piensas que me lo debes... —e hizo una pausa, todavía con los colores intensificados en la mejilla; después prosiguió—:...por lo que me has hablado allí como lo hiciste? —Al mismo tiempo apuntó con la cabeza en dirección al lago.

—Me parece que te hablé así porque no pude evitarlo.

—Eres... despistante. —Y la señora Dallow echó a andar de nuevo.

—Me afectas de un modo distinto que cualquier otra mujer.

— ¡Oh, las otras mujeres! ¿Por qué no ibas a poder ocuparte de las bellas artes en este momento? —añadió.

—No tendría tiempo. Todos mis días y mis años no serían suficientes para hacer todo lo que esperas de mí.

—No espero de ti que renuncies a nada. Tan sólo espero que hagas más cosas.

—Para hacer más tengo que hacer menos. No poseo talento.

— ¿No posees talento?

—Quiero decir para la pintura.

La señora Dallow se detuvo de nuevo.

— ¡Eso es ofensivo! —replicó—. Lo posees. Tienes que poseerlo.

Nick rompió a reír, y observó:

—Eres absolutamente deliciosa. Pero ¡cuán poco sabes de eso... del cultivo honroso de cualquier arte!

— ¿A qué llamas tú cultivo? Tendrás todas nuestras obras, vivirás rodeado



de ellas.

—Ciertamente disfrutaré contemplándolas, disfrutaré estando tan cerca de ellas.

—En ese caso no digas que te he apartado.

— ¿Apartado?

—Del amor al arte. A mí misma me gustan ahora, los tesoros del pobre George. Antiguamente no me gustaban demasiado, porque me parecía que él las valoraba excesivamente: siempre estaba hablando de ellas.

—Pues yo no hablaré —dijo Nick.

—Puedes hacer lo que te plazca: son tuyas.

—Dónalas a la nación —abundó Nick.

— ¡Y un cuerno! No hasta que hayamos terminado con ellas.

—Habremos terminado con ellas cuando tus Van Dycks y tus Moronis me hayan curado de la idea ilusoria de que yo podría ser de su familia. Seguramente no tardarán mucho.

—Me pintarás a mí —dijo Julia.

— ¡Jamás, jamás, jamás! —Nick pronunció estas palabras con un tono que hizo que su compañera se quedara mirándolo; y pareció sentirse ligeramente turbado ante tal consecuencia de su énfasis. Para aliviarse dijo, aprovechando que habían vuelto al lugar junto al lago donde la barca estaba amarrada—: ¿De veras que no quieres que vayamos a buscar al señor Hoppus?

Ella titubeó. Después dijo:

—Puedes ir tú; yo no iré, si no te importa.

—No era eso lo que pretendía.

—Compláceme yendo. Te aguardaré aquí. —Dicho lo cual, la señora Dallow se sentó en el banco adjunto al pequeño desembarcadero.

Ante esto, Nick montó en la barca y comenzó a impulsarla; le sonrió a Julia mientras estaba sentada allí contemplándolo. El muchacho completó su pequeño trayecto, desembarcó y entró en el pabellón; pero cuando salió con el objeto de su recado vio que la señora Dallow había abandonado su puesto: había regresado a la casa sin él. Volvió remando a toda prisa, saltó ágilmente a la orilla y la persiguió a grandes zancadas. Por lo visto ella había ido rápida: casi había llegado a la puerta cuando él la alcanzó.

— ¿Por qué has desertado vilmente? —preguntó Nick, deteniéndola allí.

—No sé. Porque me siento así de feliz.

— ¿Puedo contarle todo a mi madre?

—Puedes contarle que Broadwood será suya.

## 16

Nick fue sin pérdida de tiempo a hacerle una visita al señor Carteret, a quien había escrito inmediatamente tras las elecciones y que le había respondido con doce páginas, corregidas, de paralelo histórico. Repetidas veces Nick había sentido envidia de la vida ociosa y holgada del señor Carteret, una impresión de la cual le llegó de nuevo ahora, en la tarde veraniega, al ascender la colina hacia la tranquila residencia donde el disfrute, a su parecer, siempre se había visto mezclado con una vaga opresión: volvía a ser niño cuando se hallaba bajo el techo del señor Carteret, un niño a quien se le había inculcado debidamente que en las habitaciones anchas, austeras y apacibles no debía «tocar». Cuando tributaba una visita al viejo amigo de su padre, había de hecho muchas cosas —muchos temas de conversación— de las que mantenía instintivamente apartada la mano. Hasta el señor Chayter, el mayordomo inmemorial e inexpresivo, que se parecía tanto a su señor que bien habría podido ser un hermano gemelo, contribuía a recordarle que debía ser bueno. El señor Carteret le parecía a Nick una persona muy grave, pero tenía la sensación de que Chayter lo consideraba un poco frívolo.

Nuestro joven siempre venía a pie desde la estación, dejando su gran maleta para que le fuese transportada: el camino directo era empinado y a él le gustaba acercarse lentamente, lo cual le daba la oportunidad de contemplar el lugar todo en derredor y de recibir el olor del heno recién segado. Durante esta época del año el aire estaba repleto de él: los campos se hallaban tan cerca que aquel olor llegaba hasta las calles pequeñas y vacías. A Nick nunca se le habría ocurrido llamar a la puerta del señor Carteret aporreando. Ésta tenía una vieja placa de latón con su nombre, cual si se tratara del médico del pueblo. La casa estaba en la parte alta, y los límpidos tejados de las otras casas, más abajo en la colina, servían de inmediata orientación hacia ella, sin apenas llamar la atención no obstante, pues el verde campo estaba hasta debajo de ellas, amistoso y omnipresente, en forma de jardines pequeños mas de tupidos manojos. Siempre crecía algo en todos los intersticios, y el único desorden del lugar consistía en que a veces se advertía avena sobre las aceras. Una vereda, tortuosa, limpia, con guijarros, se abría frente a la residencia del señor Carteret y discurría hacia la vieja abadía; pues la abadía era la segunda realidad en importancia dentro de Beauclere, después del señor Carteret. El señor Carteret

en ocasiones se ausentaba y la abadía nunca; sin embargo, extrañamente, constituía en medida mayor la esencia del lugar el propietario de la más cuadrada de las rojas casas cuadradas, la cual poseía los más bellos ventanales arqueados, divididos de a tres, sobre la más ancha de las entradas concebidas el siglo anterior. Se veía la gran abadía desde su umbral, más allá de los jardines, y en la quietud se podía escuchar el aleteo de las aves que volaban en círculo alrededor de las torres inmensas y poco elevadas de ésta. Las torres nunca habían sido terminadas, excepto en el sentido en que el tiempo termina las cosas, perpetuando su incompletud. Hay algo acertado en los monumentos antiguos que han sido defectuosos durante siglos: alguna moraleja semejante a ésta se hallaba habitualmente en la mente de Nick, como si fuera una emanación de Beauclere, cuando contemplaba el magnífico perfil del tejado, surcando los cielos e incomparable en su longitud.

Cuando la puerta de la placa de latón se abrió y apareció el señor Chayter a una distancia intermedia (siempre se quedaba exactamente en el mismo punto, cual un primer ministro recibiendo a un embajador), Nick comprobó una vez más que habría sido asombrosamente parecido al señor Carteret si hubiera tenido expresión. Pero el señor Chayter no se toleraba esa libertad; nunca hacía una señal de reconocimiento, por muy a menudo que el muchacho hubiese aparecido por la casa. Era sumamente atento en lo relativo a las necesidades de los visitantes, pero por lo visto temía que si se tomaba una familiaridad, aquello podría tener consecuencias imprevisibles. Siempre era preciso hacerle la misma pregunta: ¿había terminado el señor Carteret su siestecita? Habitualmente no la había terminado, y esto le dejaba a Nick lo que deseaba: tiempo para fumarse un cigarrillo en el jardín o incluso, antes de la cena, para darse una vuelta por el lugar. Ahora comprobaba que, cada vez que venía, la siestecita del señor Carteret duraba un poquito más. Cada año éste tenía que hacer un acopio un poquito mayor de energías para la ceremonia de la cena: tal era el síntoma principal —casi el único— que el viejo caballero de mejillas rasuradas daba de no encontrarse tan en buena forma como antaño. Todavía estaba magnífico para su edad. Hoy se estaba mostrando particularmente esmerado: Chayter sí se permitió la libertad de mencionarle a Nick que eran esperados cuatro caballeros a cenar, una libertad que acaso resultó explicada en cierto modo por la circunstancia de que Lord Bottomley fuera uno de ellos.

El anuncio de la cercana presencia de Lord Bottomley, extrañamente, no le produjo agitación al muchacho; tan sólo hizo que éste se dijera con un suspiro corto y leve: «¡Esta vez va en serio!». E inmediatamente volvió a experimentar la poco política sensación de que no había nada tan agradable como la forma en que la apacible residencia del solterón tenía sus mejores habitaciones dando al gran jardín, el cual parecía introducirse en ellas a través de las amplias ventanas y conferir un aire silvestre a su monotonía.

—Calculo que será más bien pasadas las ocho, señor —dijo el señor Chayter, supervisando en la biblioteca el servicio de té a gran escala. Le parecía a Nick que todo en casa del señor Carteret era a mayor escala que en ningún otro lugar: las tazas de té, los cuchillos y los tenedores, los picaportes, los respaldos, las patas de cordero, las velas y los trozos de carbón. Esto representaba, y por lo visto agotaba, el sentido de lo que es un efecto agradable que tenía el dueño, pues por lo demás la casa no tenía decoración. Nick calificaba este hecho como verdaderamente sórdido, pero al mismo tiempo era capaz de extraer un cierto grado de entretenimiento de cualquier detalle que fuera fuertemente revelador, y sin duda que los interiores del señor Carteret revelaban toda una concepción de la existencia. Nuestro joven era lo bastante generoso para encontrar un centenar de sugerencias instructivas en ellos incluso al mismo tiempo que se daba cuenta (como siempre se daba cuenta en Beauclere) de que ésta era la forma de ver las cosas que se esperaba que él mismo adoptara. En ninguna otra parte eran los huevos pasados por agua tan grandes o servidos en recipientes tan enormes; sus propios zapatos, colocados en su habitación, le parecían más vastos que en su casa. Salía al jardín y recordaba qué fresas tan descomunales les pondrían en la cena. Por otra parte, en la casa había una buena cantidad de hule y de obra de carpintería pintada y «graneada».

Habiéndose enterado de que disponía de tiempo antes del condumio nocturno, o antes de que el señor Carteret estuviera en condiciones de verlo, Nick abandonó la casa y emprendió un tranquilo paseo hasta la abadía. Ésta se asentaba sobre acres enteros de terreno en la cima de la colina, y tenía características a causa de las cuales su inmenso conjunto le recordaba el arca que se había posado elevada y seca sobre el monte Ararat. Cuando menos, evocaba la imagen de un gran naufragio, el del indestructible bajel de una fe, con los restos depositados allí por una tormenta hacía siglos. La erosión del tiempo contribuía a esta apariencia ocasionando endebleces alrededor de las cuales, como estaba enterado, había comenzado a dirimirse la batalla de la restauración. Se había alzado un grito de alarma para salvar la espléndida mole, así como un contra-grito de los puristas, los sentimentales o lo que quiera que fuesen, para salvarla de ser salvada. Todos ellos ya estaban intercambiando finezas en los periódicos matutinos.

Nick anduvo pausadamente alrededor de la iglesia: se tardaba un buen rato; se apoyó sobre diversas cosas bajas que le ofrecían asiento y alzó la vista para contemplarla mientras se fumaba otro cigarrillo. Le dio una gran pena la idea de que fuese a ser tocada: había tanto del pasado enterrado allí que era como un sacrilegio, como profanar una tumba. Y los años parecían estar haciéndola caer con tanta ternura; ¿a cuento de qué apartar con tanta violencia el lento trabajo artesano del tiempo? La tarde crepuscular era exquisitamente pura; el sitio estaba vacío; no se oía nada excepto los gritos de varios niños, que

sonaban agradablemente, quienes estaban jugando sobre las superficies lisas de las antiquísimas tumbas. Supo que éste sería inevitablemente uno de los temas de conversación durante la cena: la restauración de la abadía; daría pábulo a un rato considerable de controversia civilizada. Lord Bottomley, por curioso que parezca, con probabilidad se opondría al costoso proyecto, pero por criterios que serían característicos suyos aunque la postura no lo fuera. Los nervios de Nick, a este respecto, siempre sabían guardar la calma; pero cambió de posición con ligera impaciencia al figurarse la estampa de Lord Bottomley debatiendo una cuestión estética. Aquello bastaba para hacerlo a uno querer sumarse al bando contrario, la mera idea de compartir los gustos de milord: tal coincidencia se debería a razones tan contrapuestas.

El entrañable señor Carteret se mostraría de todo punto prudente y equitativo, y haría gala, como su amigo el aristócrata, de mucho mayores conocimientos arquitectónicos que los que él, Nick, poseía; lo cual no haría, a ojos de nuestro joven, ni una pizca menos excéntrico que una cuestión artística, tan poco asimilada profundamente, fuera introducida en aquella mesa y en aquel ambiente. Dicha cuestión permanecería tan ajena a los pensamientos de ellos, y los pensamientos de ellos permanecerían tan ajenos a dicha cuestión. Por fin sería abandonada, no obstante, tras media hora de preocupación honrosa, y la conversación se inclinaría hacia los asuntos públicos. El señor Carteret encontraría ahí su verdadero terreno: la narración de anécdotas relativas a la formación de gobiernos anteriores. Sabía más que nadie acerca de las personalidades que habrían compuesto determinados gabinetes si no los hubiesen compuesto otras. Su práctica favorita era ilustrar cuán diferente habría podido ser todo de como lo era en la actualidad, y cómo los motivos de la diferencia siempre habían estado en la incapacidad de alguien para aceptar el punto de vista de otro alguien: un punto de vista habitualmente tratado en su época, en estricta confianza, con el señor Carteret, quien rodeaba su violación actual de aquella confianza, treinta años después, con múltiples precauciones preventoras de un escándalo. En esta vena retrospectiva, a la cabecera de su mesa, el viejo caballero siempre gozaba de un atento público o en cualquier caso imponía silencio, a menudo profundo. Todo el mundo le dejaba a otro la tarea de hacer alguna pregunta; y cuando por ventura ese otro la hacía, todo el mundo se quedaba impresionado de que alguien hubiera sido capaz de decir algo. Nick sabía que llegaría un momento en que él mismo tomaría un vaso de un oporto determinado y, mirando subrepticamente su reloj, comprobaría con asombro que marcaba las diez en punto. Bien habría podido marcar 1830.

Todo ello sería parte de la impresión de vida ociosa y holgada que invariablemente caía sobre él en Beauclere: la imagen de una orilla en pendiente sobre la cual la marea del tiempo rompía con murmullo demasiado apagado para constituirse en un aviso. Pero había otra admonición distinta que

era casi igualmente seguro que caería sobre su alma, permeándola, en una de las horas del estío, durante un paseo por la gran abadía, al sumergirse él en su ambiente mientras la luz se consumía con lentitud sobre los rugosos muros rojizos y mientras el acento local de los niños sonaba melodioso en el cementerio. Se trataba sencillamente del sentimiento de Inglaterra: una especie de revelación aprehendida de la esencia de su país. Los oscuros anales del lugar parecían cernirse sobre el ambiente (fundaciones desconcertantemente arcaicas, una gran actividad monástica, las guerras de las Dos Rosas, con batallas y sangre en las calles, y después la prolongada quietud de los siglos prósperos, todo campos de maíz y magistrados y vicarios), y estas cosas se emparentaban con una sensación que surgía del país verde, de la rica tierra sobre la que habían vivido infinitas generaciones, y ponían sobre él una mano que era demasiado fantasmal para presionar y sin embargo, extrañamente, demasiado acuciante para ser llevadera. Producían en él una palpitación de la cual no habría sabido dar cuenta, tan profunda era, y que procedía mitad de su imaginación y mitad de su conciencia. Estas impresiones se fundían entre sí y formaban un clamor general, del cual, con sus nuevos honores como legislador, él era el sujeto sentiente. Si sentía amor por este determinado escenario del mundo, ¿no podría éste sentir amor por él y esperar algo de él? ¿Qué destino podía ser tan insigne como ir envejeciendo consagrado a una preocupación por la tierra propia? ¡Qué grandiosa clase de intercambio, transformar en mera inquietud todos los consuelos que podía suministrar lo impasible!

La gran iglesia todavía se hallaba abierta, y él se introdujo en ella y deambuló un rato durante el crepúsculo, que se había recogido más temprano allí dentro. Toda aquella estructura, con su inmensidad de altura y distancias, parecía erigirse sobre tremendos logros —logros de construcción y perduración—; y los grandes pilares normandos, aparecerse en medio de las tinieblas como si fueran las almas de héroes. Nick se sintió más impresionado por la significación humana del lugar que por la divina, y advirtió la agitación de su conciencia mientras caminaba lentamente por él. Meditó que nada en la vida estaba verdaderamente claro y limpio, todas las cosas estaban entremezcladas y contaminadas, así que el patriotismo podía ser una pasión digna y fructífera incluso si había de contar con Lord Bottomley y con la ceguera del señor Carteret respecto de algunas cuestiones. Al poco se dio cuenta de que eran casi las siete y media, y mientras volvía a la residencia de su anciano amigo no habría sabido decir si se encontraba en un estado de exultación o de melancolía.

—El señor Carteret estará en el salón a las ocho menos cuarto, señor —dijo Chayter; y Nick, de camino a su aposento, se preguntó dónde estaría la ventaja de ser miembro del Parlamento si uno permanecía tan receptivo, a una intimación por parte de semejante encargado de la servidumbre, que

verdaderamente habría tenido ya que haber empezado a vestirse. Las palabras de Chayter significaban que el señor Carteret contaba con celebrar una breve conversación amistosa con él antes de la cena. La celeridad habitual de Nick a la hora de vestirse resultó, empero, bastante apropiada a la ocasión, y así su anfitrión aún no se había presentado cuando él bajó. Había flores en el nada femenino salón, que contenía varias pinturas, además de grabados de estampas de animales; pero nada lograba impedir que a Nick le recordara la confortable sala de juntas de un comité.

El señor Carteret se personó enseguida, con su bastón de mango de oro, una risa parecida a una serie de tosecillas voluntarias de advertencia, y el aire de desconcierto que nuestro joven siempre le advertía en los primeros momentos. Tenía casi ochenta años, pero aún era tímido; se reía muchísimo por nada, desmayada y vagamente, como para compensar la seriedad con que se tomaba algunos chistes. Siempre comenzaba sin mirar directamente a su interlocutor, y sólo poco a poco sus ojos terminaban por centrarse en éste; tras lo cual el límpido y benevolente color azul de aquellos ojos hacía que uno se preguntara por qué tenían siempre que comportarse con tanta circunspección. Iba completamente afeitado y poseía un grueso labio superior. Cuando se hubo sentado, habló de «las mayorías» y mostró disposición a conversar sobre el tema global de las fluctuaciones en los progresos de los liberales. Poseía una memoria extraordinaria para los datos a ese respecto, y podía mencionar los cómputos relativos a elecciones celebradas en innumerables localidades en años concretos. A muchos de estos datos les atribuía gran importancia —en su simple y cordial estilo, que no se privaba de hacer supuestos—, volviendo sobre ellos cinco minutos más tarde para rectificar si había dicho que alguien, en 1857, había logrado 6014 en lugar de 6004.

Nick siempre se sentía un gran hipócrita cuando adoptaba un aire de escucharlo atentamente, pese a la cortesía del anciano, una característica tan agradable en sí misma que habría resultado una grosería pintarlo como un pelmazo. El problema estribaba en que éste daba por supuestos asentimientos completos de todas las categorías, y Nick, en su compañía, se veía inmerso en una atmósfera de concesiones tácitas que constituían el mismísimo instrumento de comunicación y que no obstante lo hacían contener un poco el aliento, alarmado, cuando por un instante se percataba de las dimensiones que llegaban a adquirir. No habría habido hipocresía ninguna si hubiese podido considerar al señor Carteret meramente un espectáculo encantador, el último o casi el último ejemplar de una tradición de modales en trance de extinción. Pero el señor Carteret representaba algo más que modales; representaba lo que él habría denominado concepciones éticas e ideas: ideas en relación con las cuales se tomaba los respetuosos y formularios silencios ajenos (sin descubrir que eran maquinales) por conformidades. A Nick le gustaba acordarse de que a su padre, aun cuando en vida había sido diez años menor, le había parecido

congruente convertir en su mejor amigo al dueño de un talante tan simpático: proporcionaba dulzura a los sentimientos de Nick hacia aquella remembranza el que le fuera recordado que Sir Nicholas había sido del mismo carácter general: un carácter tan puro, tan desinteresado, tan volcado hacia el bien público. De ahí que el señor Carteret se hiciera querer por Nick cuando éste advertía que el anciano consideraba que su padre había realizado una labor decisiva, prematuramente interrumpida, indiscutiblemente en pro del pueblo de Inglaterra. Lo curioso estribaba, empero, en que si bien tanto el aspecto del señor Carteret como sus apreciaciones estaban todavía llenos de vida, esta pasada relación personal suya con su distinguido amigo difunto hacía que éste último le pareciera aún más irremisiblemente muerto a Nick. El buen anciano tenía casi un vocabulario propio, compuesto de expresiones políticas chapadas a la antigua e incontaminado de términos nuevos, los cuales solían ser tomados en su mayoría de Norteamérica por la gente; ciertamente, su lenguaje y su tono hacían que los de casi cualquiera que pudiese estar hablando con él pareciesen por contraste no poco norteamericanos. Nunca se ponía, al menos en la actualidad, dogmático o denunciatorio; mas en ocasiones, al narrar una anécdota, introducía alguna expresión semejante a «el granuja me dijo», o algún epíteto como «el tipejo soez».

A Nick siempre le llamaba la atención la infrecuente simplicidad (la llevaba inscrita en el semblante) de alguien que había vivido tanto y visto tal cantidad de connivencias que sacan a la luz las flaquezas y perversidades del hombre. A menudo ello lo hacía decirse que el señor Carteret había tenido que ser de veras muy notable para lograr con esa forma de ser tantos objetivos que requerían sagacidad. Era como si la experiencia, aunque le había llegado en abundancia, hubiese tratado al señor Carteret con mano tan impoluta que no hubiera dejado huellas, y nunca lo hubiese abocado a reflexiones generalizadoras de ningún estilo. El señor Carteret nunca había saltado de modo irónico desde lo particular hasta lo general; ciertamente, nunca había efectuado una reflexión sobre nada tan extraparlamentario como la Vida. Habría puesto en entredicho el buen gusto de una excrecencia tal, y si se hubiese topado con ella en los labios de otro la habría considerado como una especie de juguete francés, con el funcionamiento del cual no estuviese familiarizado. La vida, para él, era una operación puramente práctica, no un objeto de especulaciones intelectuales. Debe agregarse que el señor Carteret presentaba, al parecer de Nick, ciertas oscilaciones: ventanas traseras que permitían atisbar terrenos más privados. Esto se podía observar en la forma en que la mirada del anciano se enfriaba y todo su deferente semblante se volvía no poco austero cuando escuchaba algo con lo que no estaba de acuerdo o que tal vez ni siquiera entendía; como si su modestia no le prohibiera con demasiado celo la sospecha de que una cosa que él no entendiera tenía que contener a la fuerza algo inconveniente. En tales ocasiones había algo que



resultaba casi mortal en el silencio con que se limitaba a aguardar con expresión vacía y sin ayudar a su interlocutor a salir del paso. Nick habría sentido mucho intentar transmitirle al señor Carteret una concepción que éste probablemente no entendería. Ello descartaba de la conversación, por supuesto, multitud de temas.

La velada discurrió exactamente tal como Nick se la había presagiado, hasta la dispersión un poco temprana de los invitados, dos de los cuales eran personalidades «locales», formales y diferenciadas, si bien no particularmente distinguidas. El tercero era un caballero joven, delgado y falto de iniciación, a quien Lord Bottomley se había traído consigo y respecto del cual Nick había sido previamente informado de que se hallaba comprometido con la Honorable Jane, la segunda hija de milord. Se produjeron alusiones reiteradas a la victoria de Nick, en relación con la cual él había tenido el temor de que podría parecer que sentía menos interés por ella que el resto del grupo. Tomó, pues, enérgicas precauciones contra esta contingencia y se sintió repetidas veces un tanto agotado debido a las mismas, pues el tema continuamente volvió a salir una y otra vez. Sin embargo, los del resto del grupo no consideraban el triunfo como de él, sino como de ellos. El señor Carteret se despidió de Nick, para irse a acostar, nada más marcharse los otros invitados, utilizando en ese momento las palabras que con anterioridad había usado tan a menudo:

—Puedes quedarte levantado cuanto te plazca. Sólo te pido que no te pongas a leer en la cama.

## 17

La breve visita de Nick estaba previsto que finalizara inmediatamente después del almuerzo del día siguiente: por mucho que el anciano disfrutara con su compañía, ni en sueños le habría pedido una cantidad mayor de su tiempo ahora que Nick tenía éste acaparado por tales grandes cuestiones públicas. Le parecía muchísimo mejor que su joven amigo lo dedicara al trabajo parlamentario que el que lo dedicara a hablar sobre dicho asunto con él. Hablar sobre dicho asunto, no obstante, era la segunda mejor cosa que se podía hacer, tal como al día siguiente tras el desayuno el señor Carteret le demostró a Nick que consideraba. Estaban sentados en el jardín —la mañana era cálida— y el anciano tenía una mesa a su vera, cubierta por las cartas y periódicos que le había traído el correo. Se sentía orgulloso de su correspondencia, que versaba enteramente sobre asuntos públicos, y orgulloso en cierto modo del hecho de que ahora lo dictaba casi todo. Aquello resultaba característico en un estadista retirado, una personalidad por demás no asumida

conscientemente por el señor Carteret, pero siempre atribuida tácitamente a él por Nick, quien veía este aspecto más bien desde el punto de vista pictórico: en todas las ocasiones recordaba sólo posteriormente que, aun cuando se hallara en retiro, el anciano no había sido exactamente un estadista. Un muchacho, un muchacho muy despierto y mañoso, venía todas las mañanas a las diez en punto y escribía por él hasta la hora de comer. El muchacho tenía hoy vacación, en honor de la visita de Nick: un hecho que, al serle mencionado, movió a Nick a pronunciar algunas palabras, no particularmente sinceras, en el sentido de que él estaba dispuesto a tomar cualquier cosa al dictado si el señor Carteret se hallase apurado respecto de lo que fuere.

—Ah, pero tu propia provisión de misivas: ¿qué será de ella? —objetó el viejo caballero, echando un vistazo hacia los bolsillos de Nick como si se sorprendiese bastante de no verlos rebosantes de documentos metidos en sobres abiertos. Su visitante hubo de confesar que no había dispuesto que le enviaran su correo a Beauclere: se ocuparía de él en la capital aquella tarde. Esto provocó una pequeña homilía por parte del señor Carteret que lo hizo sentirse bastante culpable; hubo tal insinuación de una falta al deber en el modo como el anciano dijo: «No estarás a la altura de la confianza depositada en ti, no estarás a la altura de la confianza depositada en ti». El anciano habló durante diez minutos, con su estilo profundo, sencillo y cortés, sobre las consecuencias nefastas de ir rezagado. Su doctrina favorita era que uno siempre debía ir con un poco de antelación; y su propia respiración, verdaderamente más que regular, parecía ilustrar esa idea. Un hombre llevaba sin duda antelación cuando había dejado tantísimo atrás.

Esto condujo después al obsequio de una buena cantidad de consejos generales relativos a los errores que hay que evitar en los inicios de una carrera parlamentaria, respecto de los cuales el señor Carteret habló con la experiencia de alguien que había estado presente durante cincuenta años en la Cámara de los Comunes. Nick consideró interesantes todas estas cosas, pero asimismo se sintió desconcertado y aun un poco irritado ante su discurso: estaba éste basado en la idea de la observación, y sin embargo Nick se sintió incapaz de considerar observador al señor Carteret. «No me observa a mí —se dijo—; si lo hiciera se daría cuenta, no pensaría que...». Y lo restante de esta cogitación privada fue una vaga impaciencia ante todas las cosas que su venerable anfitrión daba por supuestas: éste no veía ninguna de las cosas que Nick veía. Algunas de ellas eran los diminutos detalles de una mañana estival desparramados por todo el viejo y delicioso jardín. El tiempo discurrió allí de modo muy semejante a como si se hubiese detenido y puesto cómodo, con una manta escocesa bajo los pies, mientras el señor Carteret siguió destilando fragmentos de la sabiduría adquirida en esos cincuenta años. Este inmenso lapso de tiempo tenía algo de monstruoso y fabuloso para Nick, quien se preguntó si era la clase de cosa que su compañero suponía que él ambicionaba.

No era extraño que el señor Carteret fuera distinto de él; era posible que en los inicios hubiese sido más... (para sí mismo Nick no se sintió obligado a dar con la palabra exacta: a lo que nuestro joven se refería era, sobre todo, a aquello que le resultaba perceptible que su anfitrión actualmente no era). ¿Se volvería así incluso él mismo, Nick, al cabo de cincuenta años? Lo que el señor Carteret tenía la bondad de esperar de él era que llegara a ser todavía más distinguido; y ¿acaso no significaba eso precisamente volverse así todavía en mayor grado? Por supuesto Nick hubo de escuchar algunas cosas que ya había escuchado anteriormente; como, por ejemplo, las circunstancias que originariamente habían llevado al anciano a establecerse en Beauclere. Había éste salido elegido por aquella localidad (fue su segundo escaño), hacía muchos y bien lejanos años, y se había ido a vivir allí porque por entonces poseía una convicción indoblegable (por demás modificada por la experiencia posterior) según la cual un diputado debía ser un residente permanente. Habló de esto ahora, sonriendo alegremente, como habría podido hablar de alguna barbaridad cometida durante su juventud; sin embargo insistió para Nick sobre el hecho de que hasta ahora aún se aferraba a su convicción lo bastante como para defender (pese a ser perfectamente consciente de lo que podría aducirse en pro de la concepción contraria) que un representante debía residir por lo menos cuanto le fuera posible en el lugar donde hubiera salido elegido. Esto le dio la oportunidad a Nick de decir una cosa que había estado toda la mañana pugnando por salir de sus labios.

—Según eso, debería fijar mi residencia en Harsh.

—Mirando por lo conveniente, no sentiría ver que lo haces.

—Será de lo más conveniente —contestó Nick, sonriendo—. Tengo una noticia que darle, que he reservado, como se reservan las cosas de este tipo (pues es muy buena), para el final.

Aguardó un poco, para ver si el señor Carteret la adivinaba, y al principio le pareció que nada se le ocurriría. Pero tras posar su mirada juvenil sobre Nick un instante, el anciano dijo:

—De veras que me sentiría muy feliz de enterarme de que te has decidido a tomar esposa.

—La señora Dallow ha tenido la bondad de decirme que se casará conmigo —prosiguió Nick.

—Es muy adecuado. Creo que resultará sumamente provechoso.

—Es una gran dicha —dijo Nick. Menos mal que el señor Carteret no era lo que su invitado llamaba observador, o, si no, le habría parecido que había menos alegría en el tono de esta frase que en su significado.

—A tu querido padre le habría gustado.

—Así opina mi madre.

—Y ella debe estar encantada.

— ¿Se refiere a la señora Dallow? —preguntó Nick.

—Estaba pensando en tu madre. Pero no hay por qué excluir a la cautivadora dama. La recuerdo de cuando era niña. Debí de verla en Windrush. Ahora comprendo el ardor y la buena disposición con que se volcó en tu campaña electoral.

—A ella es a quien en realidad eligieron —dijo Nick.

—Me parece que nunca he sido muy entusiasta de las mujeres políticas, pero no cabe duda de que, a la hora de encararse con una muchedumbre de electores, unas maneras llenas de gracia y de donaire, las maneras de una verdadera dama inglesa, son una fuerza que no se debe desdeñar.

—La señora Dallow es una verdadera dama inglesa, y al mismo tiempo una mujer muy política —apuntó Nick.

— ¿No es en gran parte cosa de familia? Recuerdo haber ido una vez a visitar a su madre en la capital y habérmela encontrado sentada con los dirigentes de ambos partidos.

—Mi mejor amigo, de entre los otros de esa familia, es su hermano Peter. No me parece que él se preocupe demasiado por esta clase de cosas.

— ¿Por qué clase de cosas se preocupa? —inquirió el señor Carteret, con algo de gravedad.

—Está en el cuerpo diplomático; es secretario en París.

—Eso puede perfectamente ser una cosa seria —dijo el anciano, complacido.

—Se toma gran interés por el teatro; supongo que dirá usted que eso también puede perfectamente ser una cosa seria —añadió Nick, riéndose.

— ¡¿De veras?! —exclamó el señor Carteret, mirando como si apenas comprendiera. Después reanudó la conversación—: En cualquier caso, no puede perjudicarte.

— ¿No puede perjudicarme?

—Que la señora Dallow se tome interés por tus intereses.

—Cuando un hombre se halla en mi situación, le parece que nada puede perjudicarlo.

—Me alegro mucho de que seas feliz —dijo el señor Carteret. Y posó sus ojos apacibles sobre nuestro joven, quien tuvo la sensación de ver dentro de ellos por un instante la pálida sombra de una antigua historia, la confusa resurrección de un sentimiento que se había convertido en el recuerdo de un recuerdo. Aquel leve indicio de admiración y envidia por parte de su anfitrión, la revelación de una vida intensamente misógina, resultó por un instante infinitamente conmovedor. Nick siempre había albergado la teoría —extraída de una vaga alusión por parte de su padre, quien había sido discreto— de que su benevolente amigo había tenido en su juventud una relación sentimental desdichada que lo había llevado a renunciar para siempre al trato con la mujer. Lo que de abstención voluntaria perduraba en el anciano había producido en éste un leve estremecimiento mientras contemplaba a su optimista acompañante, quien tenía previsto conducirse en este asunto de modo tan radicalmente distinto. —Es bueno casarse —continuó el señor Carteret—, y creo que es lo indicado. Yo no hice lo indicado, ya lo sé. Si se trata de una mujer buena, es lo mejor que hay. Es lo que deseaba para ti. A veces había pensado hablarte sobre ello.

—Es una mujer muy buena —dijo Nick.

—Y espero que no sea pobre. —El señor Carteret habló exactamente con la misma ternura.

—No, por cierto: es rica. Su marido, a quien conocí y aprecié, le dejó una gran fortuna.

—Y ¿bajo qué condiciones la disfruta?

—No tengo ni la menor idea —dijo Nick.

El señor Carteret calló un instante.

—Comprendo. No te preocupa —dijo—. No es cosa que necesite preocuparte —añadió, pasado un momento.

Ante esto, Nick pensó en su madre, pero comentó:

—Seguramente ella puede hacer lo que le plazca con su dinero.

—Yo también, mi querido y joven amigo —dijo el señor Carteret.

Nick trató de no darse por enterado, pues había advertido una intención en el rostro del anciano. Volvió el suyo hacia cualquier parte excepto hacia él, mientras pensaba otra vez en su madre.

—Eso debe ser muy agradable, cuando se tiene —comentó.

—Me gustaría que tú tuvieras un poco más.

—A mí no me importa demasiado —dijo Nick.

—Tu matrimonio te surtirá; no puedes evitar eso —prosiguió el señor Carteret—. Pero me gustaría que no te hallases en una deuda tan abrumadora.

— ¡Oh, estoy tan en deuda con ella por lo que me quiere!

— ¿Tan en deuda que el resto carece de importancia? Ciertamente es muy bonito por su parte quererte. Pero ¿por qué no iba a hacerlo? Otras personas también te quieren.

—Algunas me hacen sentirme como si no me lo mereciera —dijo Nick, mirando a su anfitrión—. Quiero decir, no es que ellas me hagan sentirme así, pero el caso es que es así como me siento —añadió, puntualizando.

—No tengo hijos —dijo el señor Carteret—. ¿Acaso no vas a portarte con ella con toda gentileza? —prosiguió—. Satisfarás sus aspiraciones.

—Oh, ella me cree más inteligente de lo que soy.

—Eso se debe a que está enamorada —comentó el viejo caballero, como si su comentario encerrara una gran perspicacia—. No obstante, tienes que mostrarte tan inteligente como te creemos. Si no lo haces... —E hizo una pausa, con las manos entrelazadas.

— ¿Si no lo hago? —preguntó Nick.

—Ah, no ocurrirá tal cosa, no ocurrirá —dijo el señor Carteret, con una entonación que su invitado estaba destinado a rememorar posteriormente—. He dicho que no tengo hijos —insistió—; pero, si hubiera tenido uno, éste habría llegado muy alto.

—Qué bien me viene que no exista dicho personaje. No me habría sido fácil encontrar esposa.

—Habría ido al altar con un poco de dinero en el bolsillo.

—Ésa habría sido la menos relevante de sus dotes, señor.

— ¿Cuándo te casas? —preguntó el señor Carteret.

—Ah, he ahí el problema. La señora Dallow no se decide a fijarlo.

—Pues puedes contar con que para cuando quede fijado haré una asignación en favor tuyo.

—Agradezco su gentileza más de lo que puedo expresar con palabras —repuso Nick—; pero será probablemente la hora en que menos consciente seré de padecer necesidad alguna.

—La agradecerás más tarde. La agradecerás muy pronto. Me gustará verte agradecerla —siguió el señor Carteret, como si poseyera una visión ajustada del modo en que debería sentir un muchacho espiritualmente sano. Y añadió

—: A tu padre le habría gustado verte agradecerla.

— ¡Pobre papá! —exclamó Nick ambiguamente, un tanto azorado, reflexionando sobre la extrañeza de una situación en la que el motivo de que pudiera llevar erguida la cabeza como marido de una mujer rica iba a ser haber aceptado una donación monetaria de otra distinta fuente. Era obvio que su sino no le iba a permitir exactamente la independencia; lo más a que iba a poder aspirar sería a una dependencia que se mostrara genuinamente agradecida. Con el semblante serio, agregó—: ¡Cuánto espera usted de mí!

—Lo mismo hacía tu padre. Hablaba con tal encomio de ti, me acuerdo, en sus últimos momentos, justamente después de que hubieras estado a solas con él; tú sabes que yo entré a verlo entonces. Él estaba intensamente conmovido por su coloquio contigo, y también lo estuve yo cuando me habló de aquello. Dijo que seguiría viviendo en ti, que obraría por medio de ti. Eso siempre me ha producido una sensación muy peculiar, si se me permite la expresión, respecto de ti.

—Las sensaciones son de veras peculiares, querido señor Carteret, cuando adoptan una forma tan munífica. Pero de veras que espera usted (oh, vaya si lo hace) demasiado.

— ¡Lo que espero es que me compenses con creces! —dijo el anciano jovialmente—. En cuanto a la forma, ya la tengo pensada.

— ¿La forma de la compensación?

—No, no..., de la asignación.

—Ah, no hablemos de ello ahora —dijo Nick—, pues, verá usted, el caso es que nada más está «asignado». A nadie se le ha dicho nada sobre este asunto, excepto a mi madre. Ella sólo ha consentido en que se lo cuente a usted.

— ¿Te refieres a Lady Agnes?

—Oh, no; a mi querida madre le gustaría gritarlo por los tejados. Está tan contenta; quiere que culminemos el asunto mañana mismo. Pero Julia desea aguardar. Por consiguiente, le ruego que no le mencione nada de esto a nadie por el momento.

—Mi querido muchacho, a este paso no hay nada que mencionar. ¿A qué quiere aguardar Julia?

—Hasta que la aprecie más profundamente. Es lo que ella dice.

—Es el modo de hacer que la aprecies más superficialmente. ¿No tiene tu cariño?

—Lo tiene en tal medida que sus demoras me dejan extremadamente

afligido.

El señor Carteret miró a su joven amigo como si no acabara de parecerle extremadamente afligido; pero inquirió:

—En ese caso, ¿qué más quiere? —Nick se tomó esto a risa, pero se dio cuenta de que su anfitrión no se había propuesto con ello componer un epigrama; el anciano continuó—: No lo comprendo. O se está comprometido o no se está comprometido.

—Ella lo está, pero yo no. Así es como ella dice verlo. El problema está en que no cree en mí.

— ¿No te ama entonces?

—Es lo que yo le pregunto. Su respuesta es que me ama demasiado. Tiene tanto temor de constituir una carga para mí que me deja en libertad hasta que yo haya dedicado otro año a pensarlo.

— ¡Estamos buenos con la forma como habláis de «otros años»! — exclamó el señor Carteret—. Mejor sería que os decidierais mientras yo esté aquí para daros mi bendición.

—Cree que me declaré porque me ayudó en la cuestión de Harsh —dijo Nick.

—Bueno, no me cabe duda de que sería un pago en recompensa muy bonito.

—Ah, ella no cree en mí —se quejó Nick.

—En ese caso yo no creo en ella.

—No diga eso, no diga eso. Es una criatura de valor incalculable. Pero es reservada, orgullosa, suspicaz.

—Suspicaaz ¿de qué?

—De todo. Considera que no soy tenaz.

— ¿Tenaz?

—No logra creer que llegaré a ser una verdadera eminencia.

—Una buena esposa debe creer lo que su marido crea —dijo el señor Carteret.

—Ah, por desgracia yo tampoco lo creo.

El señor Carteret miró con seriedad, y dijo:

—Tu querido padre sí lo creía.

—No lo olvido, no lo olvido —repuso Nick—. Ciertamente eso me



ayudará. Si digo que estamos comprometidos —continuó—, es porque así lo considero yo. Ella me da la libertad, pero yo no la tomo.

— ¿Cree que podrías cambiar de parecer?

—Es lo que yo le pregunto. Ella nunca lo hará. Por consiguiente estamos realmente inmovilizados.

—No me gusta esto —dijo el señor Carteret, pasado un instante—. No me gustan las situaciones ambiguas, inciertas. Me complacen mucho más cuando son claras y definidas. —La expresión de su semblante tocó a retirada: había asumido el aspecto que asumía cuando deseaba no mostrarse alentador. Pero tras un momento añadió con un tono más suave—: No me decepciones, mi querido muchacho.

— ¿Decepcionarlo?

—Ya te he contado lo que quiero hacer por ti. Vela para que se produzcan pronto las condiciones en que pueda hacerlo. ¿Estás seguro de que haces todo lo posible por complacer a la señora Dallow? —insistió el señor Carteret.

—Creo que soy muy simpático con ella —declaró Nick—. Pero es que es tan ambiciosa. Hablando con franqueza, es una lástima (para ella) que yo le guste.

—No puede remediarlo.

—Posiblemente. Pero ¿no es eso en sí una razón para aceptarme tal como soy? Lo que ella se propone es aceptarme tal como es posible que sea dentro de un año.

—No logro comprenderlo, si es que, como me cuentas, aun entonces no piensa cambiar de parecer —dijo el señor Carteret.

—Si no se casa conmigo, pienso que no se volverá a casar nunca de ningún modo.

—En ese caso, ¿qué sale ganando con la demora?

—Simplemente esto, por lo que colijo: que sentirá que habrá sido muy magnánima. No tendrá que reprocharse a sí misma no haberme dado una oportunidad de cambiar.

— ¿Cambiar? ¿Qué te considera propenso a hacer?

Nick calló un instante. Después exclamó con no entera franqueza:

— ¡No lo sé!

— ¡Cómo han mudado las cosas! Los jóvenes en mis tiempos trataban estas cuestiones con mayor espontaneidad —declaró el señor Carteret—. Una

mujer enamorada no siente la necesidad de ser muy magnánima. Si la siente, es que no está enamorada —agregó perspicazmente.

—Oh, la señora Dallow lo está, sobre eso no puede haber duda —sonrió Nick.

—Si fuera cuestión de escoger entre ti y otro caballero, se podría entender. Pero ¿qué sentido tiene, entre ti y la nada?

—Me siento muy halagado, señor —repuso Nick—. El problema está en que ella no sabe muy bien en quién diantres ha ido a fijarse.

— ¡Ah, si no sabes aclarárselo!

—Soy un farsante tal —dijo el muchacho. Su compañero lo miró atónito, pero él completó—: Engaño a la gente sin proponérmelo en lo más mínimo.

— ¿Qué diablos quieres decir? ¿Me estás engañando a mí?

—No lo sé; depende de lo que usted considere.

—Me parece que te estás mostrando irresponsable —dijo el señor Carteret, llegando más cerca de la severidad de lo que Nick lo había visto jamás—. Nunca antes me lo había parecido.

—Discúlpeme; no he dicho nada. No soy un frívolo; eso puedo afirmar que no lo soy.

—Me has engañado si lo eres.

—No he dicho nada —balbució Nick, sonrojándose.

—Recuerda tu apellido. Hónralo al máximo.

—Lo haré... tanto como me sea posible.

—No tienes excusa. ¡No me vengas con historias, después de tus discursos en Harsh! —Nick estuvo en un tris de declarar otra vez que era un farsante, de tan vivida como fue su conciencia de lo que él opinaba de sus artificiales sermones públicos, que tenían la maldita propiedad de crearle horrendas responsabilidades y granjearle credulidades inoportunas. Si él era «inteligente», ¡cuán estúpidas eran muchas otras personas! Reprimió su impulso, y el señor Carteret ahondó—: Si, como tú lo expresas, la señora Dallow no sabe muy bien en quién diantres ha ido a fijarse, ¿no le aclarará un poquito la cuestión si la haces saber que el día anterior al que se decida definitivamente para tu boda entrarás en posesión de algo conveniente?

Una visión nítida de lo que el señor Carteret probablemente consideraba algo conveniente pasó velozmente ante Nick, pero no le impidió responder:

—Oh, me temo que no serviría de nada. La haría apreciarlo más a usted,

pero no la haría apreciarme más a mí. Me temo que nada le importará ningún beneficio que me llegue de manos distintas de las suyas. Su afecto es de una naturaleza muy celosa.

— ¡Es de una naturaleza muy peculiar! —suspiró el señor Carteret—. El mío es un afecto celoso también. No obstante, si ella lo ve de ese modo, no se lo hagas saber.

—Lo informaré a usted tan pronto como ella se avenga a razones —dijo Nick.

—E informarás también a tu madre —dijo el señor Carteret—. Deseo que también ella se entere.

—Será una información deliciosa para ella. Pero mi madre ya tiene de por sí grandes dotes adivinatorias.

—Sí, ya lo sé. Ahora puedo mencionar que me ha escrito —añadió el anciano.

—Eso andaba yo sospechando.

—Nos hemos carteadado sobre este asunto —prosiguió confesando el señor Carteret—. Mi opinión sobre el carácter ventajoso de una alianza semejante coincide enteramente con la suya.

—Ha sido muy considerado por parte de usted dejarme hablar primero —dijo Nick.

—Me habría sentido muy defraudado si no lo hubieses hecho. No es que me guste absolutamente todo lo que me has contado. Pese a ello, no me defraudes ahora.

— ¡Ah, querido señor Carteret! —exclamó Nick.

—Yo no te defraudaré a ti —concluyó el anciano, consultando su gran reloj anticuado.

Al principio Peter Sherringham pensó en solicitar el traslado a otro puesto y en Londres llegó hasta el extremo de, según él lo consideraba, hacerse aconsejar bien sobre el caso. Los consejos acaso le parecieron de lo mejor por consistir en una enérgica recomendación de no hacer nada tan demencial. Dos o tres razones le fueron mencionadas en virtud de las cuales una solicitud semejante no sería, en las actuales circunstancias, granjeadora de mayor

estima ante sus superiores, y él reconoció su fuerza persuasora con prontitud. Lo siguiente que se le ocurrió fue que podría ayudarlo (no con sus superiores, sino consigo mismo) el solicitar una prórroga de sus vacaciones; pero una posterior reflexión lo dejó convencido de que aun cuando existen peligros ante los cuales es perfectamente compatible con el honor escabullirse, sería mejor para todos los implicados que se enfrentara a esta batalla concreta dando la cara. Durante sus vacaciones su plan de campaña le proporcionó infinitas horas de ocupación. Comprobó su armamento, puso a punto su estrategia, estableció sus líneas de defensa.

Había habido tan sólo una cosa en la vida que hubiera visto lo bastante clara, pero en esa cuestión nunca había flaqueado: se proponía llegar a lo más alto en su profesión. Era un asunto en el cual resultaba perfectamente legítimo mostrarse insolidario con los demás: ser vigilante, afanoso, suspicaz, egoísta. De hecho, hasta ahora no se había mostrado insolidario con los demás, pues sus progresos no lo habían requerido: le había ido suficientemente bien sin necesidad de endurecer su corazón. La fortuna le había sonreído, y había rebasado así a tantos competidores por el camino, que había podido prescindir de mezquindades y mostrarse generoso. Pero siempre se las había prometido muy felices porque su mano no titubearía el día en que hallare necesario verter amargura en su copa. Ese día amanecería sin lugar a dudas alguna vez, pues ninguna carrera es un lecho de rosas de principio a fin; y ese día el sacrificio lo encontraría a él bien dispuesto. Su espíritu se había familiarizado con la idea de ese sacrificio: era cierto que con antelación nada seguro podía decirse sobre el momento, el objeto, la víctima. Todo lo que resultaba tolerablemente obvio era que la ofrenda propiciatoria habría de ser algún disfrute entrañable para él. Por demás, muy probablemente, este disfrute estaría relacionado con los encantos de otra persona: una probabilidad asociada a la convicción de que tales encantos tendrían que ser arrojados sin contemplaciones fuera de su vista. En todo caso, nunca se le había pasado por la cabeza a Sherringham que la víctima en el sacrificio pudiera llegar a ser él mismo. Ciertamente es que había que pagar por hacer carrera; pero la compensación era que se pedía prestado a los demás para poder hacerlo. Cuando no se podía pedir prestado, pues no se hacía carrera: ya que ¿cuál podía ser la situación de la vida en que fuera uno mismo quien satisficiera todos los requisitos del impuesto?

Y menos que nada se le había ocurrido a nuestro amigo que el desgarramiento pudiera llegarle a través de su interés por aquella rama del arte en relación con la cual se había chancado de él Nick Dormer. Lo singular del amor al teatro estribaba precisamente en que era una pasión desplegada dentro de las circunstancias más cómodas. No era una región de responsabilidades. Soportaba el descrédito de ser mirada con desprecio por los ascéticos; pero si no se trataba, como ellos decían, de un terreno serio, ¿no consistía la compensación exactamente en que uno no podía verse seriamente enmarañado

a causa de él? La gran habilidad de Sherringham, según él veía la cuestión, era que siempre había mantenido su afición dramática a raya. El guasón de su primo era muy libre de pretender que se había extendido desproporcionadamente a toda su existencia; pero esto era una tontería, como cualquier desprejuiciado observador de dicha existencia atestiguaría sin vacilar. No había habido ni la más mínima extensión desproporcionada, y su devoción por el arte de Garrick nunca había revestido las dimensiones de una excentricidad. Nunca le había acarreado por parte de las altas esferas nada parecido a una reprimenda, una censura, un comentario. Sherringham estaba decididamente orgulloso de su discreción; y además estaba decididamente orgulloso de la cultura que había adquirido acerca de la dramaturgia. Bobaditas por bobaditas, había una buena cantidad de sus colegas que tenían en sus vidas encaprichamientos privados mucho más estúpidos y menos confesables. ¿Acaso no había conocido a individuos que coleccionaban tarjetas de invitación antiguas (especialmente interesados en las del siglo anterior), y a individuos que profesaban una pasión secreta hacia la tabla de jugar al tejo? Las pequeñas debilidades de él eran intelectuales; constituían parte de la vida mental. Con todo, el día en que mostraren síntomas de interferir, serían extirpadas inexorablemente con un mero ademán de su muñeca.

Sherringham olfateaba interferencia en el momento actual, e interferencia de un tipo especialmente detestable. Podía ser un inconveniente, desde el punto de vista de su profesión, encontrarse uno, siendo además crítico de la escena, enamorado de una coquine; pero era un inconveniente mucho mayor encontrarse enamorado de una muchacha cuyo carácter estaba por determinar. Miriam Rooth no era ni carne ni pescado: uno no tenía con ella ni las garantías de la clase de él ni las exenciones de la clase de ella. Y ¿cuál era la de ella, si a eso nos poníamos? Un ligero desconcierto acerca de esta precisa cuestión era parte de la fascinación que ella había terminado por despertar en él. El esquema del pobre Sherringham para hacer progresos no había previsto una cláusula contra el enamoramiento, pero sí que había incluido una cláusula —e importante— sobre el problema de las sorpresas. Siempre era una sorpresa enamorarse, especialmente si uno estaba fuertemente prevenido contra ello. Le convenía a un hombre que sintiera respeto por el servicio que había tomado a su cargo en nombre del Estado, estar en guardia contra atolladeros cuya única salida fuera el rigor del matrimonio. Sería probablemente sabio por parte de un diplomático ambicioso el casarse, pero sólo con los ojos muy abiertos. Ésa era la sorpresa nefasta: ser llevado al altar arrastrado por una ilusión. El punto de vista de Sherringham acerca de las condiciones que debían ir asociadas necesariamente a una decisión semejante era elevado y estricto: si defendía que un hombre en su posición era, especialmente conforme la posición ascendía, esencialmente una viva representación de la grandeza de su país,

consideraba que la esposa de un tal personaje desempeñaría, en su propia escala (por ejemplo, en un palacio real en el extranjero), una función no menos simbólica. Esta mujer siempre sería, en resumidas cuentas, un factor muy importante, y el panorama estaba sembrado de ejemplos ilustrativos de esta verdad general. Podría ser una gran ayuda y podría ser un gran engorro, conque una natural prudencia exigía que se la pusiera a prueba por anticipado. Sherringham había visto en su profesión esposas estúpidas o vulgares que habían provocado auténticos fiascos: aquello bastaba para destrozarle a uno el corazón. Por consiguiente, tenía una idea muy nítida de cómo había de ser la embajadora ideal, la futura azucena en todo su esplendor; y con esa idea Miriam Rooth no presentaba analogía ninguna.

La muchacha se había descrito a sí misma, con su característica falta de afectación, como «estupenda»; y bien podía serlo, ciertamente lo era: sólo que estupenda ¿para qué? Él había conjeturado que no era una frívola; que, cualquiera fuere su capacidad de responder a una devoción o para desearla, no era en todo caso propensa a los amoríos casquivanos. Con él no cabía duda de que no estaba dispuesta a amoríos casquivanos. Sherringham casi tenía miedo de pensar en esto, por temor a que engendrara en él un furor transformable primordialmente en un mayor cariño hacia ella. Con furor o sin él, habría sido encantador estar enamorado de ella si no hubiera habido complicaciones; pero las complicaciones eran, con diferencia, exactamente lo que más destacaba en este asunto. Acaso tenía la sangre fría necesaria para pensar en ellas, mas debe recordarse que ellas constituían el elemento concreto que su preparación lo había adiestrado para hacer frente. De todos modos, no demostró que su sangre fuera desmesuradamente fría, ya que tuvo, durante los dos meses que duraron sus vacaciones, muy pocas visiones interiores de algo que fuese un poco más abstracto que el rostro de Miriam. El ansia de verlo de nuevo era tan apremiante como la sed; mas intentó autoinculcarse la resistencia del viajero por el desierto. Mantuvo el Canal entre ambos, mas su espíritu se trasladó cada día un centímetro más cerca de ella, hasta que (y no tardó mucho) ya no quedaron más centímetros espirituales que acortar. Lo último que esperaba que fuese la futura embajadora era una fille de théâtre. Su propia respuesta a esta objeción era, como cabía esperar, que Miriam aún no se había convertido lo suficientemente en eso como para que él no pudiera desviarla de rumbo con facilidad. Entonces surgían en él angustiosas réplicas cortantes ante esto, la principal de entre las cuales era la sensación de que para su propia conciencia artística desviarla de rumbo sería sencillamente un crimen contra el arte. La pobre muchacha tenía derecho a una oportunidad, y en realidad él no lograría alterar nada quitándosela de las manos; pues ¿acaso no era ella una artista por antonomasia de punta a cabo (y nada en absoluto una embajadora por antonomasia) y no se cobraría a cambio con alguna otra cosa si uno se decidía a desviarla? Tan seguro era que esas irreprimibles y diabólicas dotes lucharían

hasta el fin por subsistir.

Por otro lado, ¿se podía de veras desviarla? Si ella no tenía una propensión natural a los amoríos casquivanos, ¿en qué se fundaba él para suponer que podría ser sobornada ofreciéndole respetabilidad? ¿Cómo podía la carrera (la carrera de él) significar algo para una naturaleza que poseía ambiciones, tan vividas como crudas, de una categoría tan diferente, y para quien el concepto del éxito se medía por parámetros bien distintos? ¿Podría el deslumbramiento de la idea de casarse con Peter Sherringham constituir tal soborno que lograra una renuncia? ¿Cómo podía él pensar eso sin sentirse un fatuo, cómo tenía la ocurrencia de considerarse una gran recompensa? La renuncia a ejercitar un talento realmente infrecuente no resultaba, por la propia naturaleza de las cosas, un esfuerzo fácil de llevar a cabo por una muchacha en quien la vanidad y la ambición corrían parejas. Por otro lado, ella podía ejercitar su talento y además conseguir todos estos beneficios mundanos: podía hacer fortuna tanto sobre escena como en sociedad. Actrices renombradas habían acabado desposándose con duques, y ¿no era eso preferible a continuar una existencia oscura y casarse con un plebeyo? Hubo momentos en que Sherringham trató de convencerse de que el talento de Miriam no era un hecho con el que hubiera que contar; había tan poca reconocida evidencia de él todavía, que el capricho de creer en su existencia bien podía acaso abandonar a la muchacha de súbito. Pero en Sherringham la sospecha de que sí que era auténtico resultaba demasiado incomodante como para hacer de tamaño experimento algo sin sobresaltos, y además él siempre acabó volviendo a su impresión más sincera: la de que ella era de una psicología que sólo poseía constancia para el despliegue de talento. ¿No había admitido por ventura Madame Carré al final que Miriam podía «hacerlo todo»? Verdad era que si Madame Carré se había equivocado en un primer momento, igual había podido equivocarse en el segundo. Pero en el último de dichos casos sería compañera suya en el error, y un tal error se asemejaría excesivamente a un acierto.

Posiblemente es mi obligación vacilar antes de revelar lo mucho que Sherringham sentía la desazón que, para él, suponían las ventajas que de él extraía Miriam: las ventajas procedentes de que ella se mostraba bajo una luz que prestaba, a cualquier pasión hacia ella que pudiera él abrigar, una implicación de deberes no menos que de placeres. Por qué debía haber esta implicación, era más de lo que él habría sabido explicar; a veces se dijo que era pura superstición sentirla. No recordaba, a duras penas acertaba a imaginar, otro caso de la misma especie en el que la habría sentido. En el extranjero había muy pocas mujeres de la profesión anhelada por la señorita Rooth que no habrían considerado mucho pedir eso de que —para consolarse de no ser admitidas en los salones— debieran conformarse con una única compensación: la práctica de una virtud en la cual nadie querría creer. Porque es que en el extranjero las actrices no eran admitidas en los salones: hacerlo

era pura excentricidad inglesa, que se preocupaba igualmente poco por el histrionismo que por el tono de las concurrencias de asistentes. ¿Procedería el carácter sagrado que, para su sentir, convertía en una obligación el tener que hacerse cargo de Miriam, del hecho de que fuera inglesa? Sherringham recordó casos en que aquel privilegio había logrado imponer una obligación lo menos que imaginar se puede. Dicho carácter sagrado procedía primordialmente de las artes de la señora Rooth, en quien él encontró abismos de frío cálculo en relación con lo que podría obtener para su hija a base de «trabajar» la idea de una vida sin tacha. La psicología romántica de dicha señora no le impedía a ésta en lo más mínimo considerar la citada idea como un capital de primera magnitud que poner en circulación para obtener los mayores beneficios mundanos. No obstante, lo que había de irrespetuosidad innata en Miriam era capaz, si había una razón para ello, de hacer picadillo la citada idea: de eso estuvo seguro; pues el único capital que ella reconocía era el talento que algún día lograría que empresarios y representantes se sobrepusieran unos a otros para poder disponer de él. Ella era una criatura considerada, bondadosa y pura: amaba a su madre, hacía lo que fuese por complacer (eso podía funcionar en todo tipo de sentidos), y probablemente apreciaría las mullidas zapatillas de la intachabilidad tanto o más que los inmensos prestigios de la actitud contraria.

Sherringham, me es lícito añadir, no sintió deseos de que adoptara ahora unas propensiones diferentes: no entraba en su forma de ser el hacer un cálculo de las probabilidades que había de que una muchacha se descarriara en beneficio de sí mismo (aquello le parecía decididamente infame), y se habría considerado un canalla si, profesándole cariño a Miriam, no hubiera deseado lo mejor para ella. Lo mejor para ella sería sin duda convertirse en la esposa de un hombre ante cuya petición de mano ella se volviese toda oídos. Que esto fuese a ser lo mejor para el caballero en cuestión, era sin embargo asunto muy diferente; y la convicción definitiva de Sherringham fue que él nunca estaría realmente en su papel si aspiraba a encamar a tal hipotético personaje. No solicitó traslado de puesto ni prórroga de sus vacaciones; y se demostró a sí mismo lo bien que sabía lo que se traía entre manos, no enviando ni una sola línea, durante su ausencia, al Hôtel de la Garonne. Se propuso sencillamente volver al buen camino e infligir el menor daño posible tanto a Peter Sherringham como a cualquier otra persona. Se mantuvo apartado de su protegida, hasta el último instante de sus vacaciones, y prosiguió obrando con lucidez mediante el expediente de negarse a tener nada que ver con la madre y la hija durante varios días después de su regreso a París.

Fue cuando esta autodisciplina tocó a su fin, una tarde después de que hubiera transcurrido una semana, cuando sintió con mayor énfasis la fuerza del elemento a que se ha hecho referencia hace poco bajo la denominación de los fríos cálculos interiores de la señora Rooth. La encontró a ésta en su



residencia, sola, escribiendo una carta bajo la lámpara, y, tan pronto como él entró, ella le clamó que él era justamente la persona exacta a quien la carta iba dirigida. Ella no había podido soportarlo más y se había tomado la libertad de reprocharle su terrible silencio, de preguntarle por qué las había literalmente abandonado. Resulta ilustrativo del modo como su visitante había llegado a considerar a esta señora el hecho de que él descreyera más bien que creyera en esta descripción de los arrugados papeles que descansaban sobre la mesa. Ni tan siquiera estuvo seguro de creerse que Miriam acabara justamente de salir. Le contó a su madre lo ocupado que se había visto durante todo el intervalo en que había estado ausente, y cuánto tiempo en particular había tenido que dedicar, en Londres, a ver en beneficio de su hija a personas relacionadas con el mundo del teatro.

— ¡Ah, si se compadece usted de mí, dígame que le ha conseguido un contrato! —lagrimeó la señora Rooth, juntando las manos.

—Me he tomado una gran cantidad de molestias; he escrito infinitas cartas, he buscado por todos los medios posibles ser presentado, he hablado con la gente (gente tan imposible algunos de ellos). En definitiva, he llamado a todas las puertas y me he metido en el asunto hasta el cuello.

Y pasó a enumerar las cosas que había hecho, a impartir algunos de los conocimientos que había reunido. Las dificultades eran grandes, e incluso con la influencia que él podía ejercer (considerable como era) había muy poco que hacer a la vista de ellas. De todas formas había conquistado terreno: había dos o tres individuos, gente con teatros pequeños, que lo habían escuchado con mayor educación que los otros, y había uno en particular acerca de quien tenía la esperanza de que podría estar de veras interesado. Le había conseguido sonsacar ciertas garantías misericordiosas: estaba dispuesto a ver a Miriam, a escucharla, a hacer por ella lo que estuviera a su alcance. El problema consistía en que nadie movía un dedo por una muchacha a menos que fuese conocida, y sin embargo ésta nunca podría volverse conocida hasta que se hubiesen movido innumerables dedos. No se podía entrar en el agua a menos que se supiese nadar, y no se podía saber nadar a menos de haber entrado en el agua.

—Pero de vez en cuando aparecen actores nuevos; consiguen teatros, consiguen público, salen en los periódicos —objetó la señora Rooth—. Sé de estas cosas tan sólo lo que Miriam me cuenta. No es ninguna ciencia infusa.

—Es perfectamente cierto; todo se consigue a base de dinero.

—Y ¿de dónde sacan el dinero? —preguntó la señora Rooth candorosamente.

—Cuando se trata de mujeres, la gente se lo da.

—Bien, ¿qué gente, en ese caso?

—Gente que cree en ellas.

— ¿Como usted cree en Miriam?

Sherringham calló un momento.

—No, de un modo harto distinto —respondió—. Un hombre pobre no cree en nada del mismo modo que uno rico.

— ¡Ah, no me diga que es usted pobre! —gimió la señora Rooth.

— ¿Qué bien me haría ser rico?

—Caramba, podría hacerse con un teatro; podría hacerlo todo usted mismo.

—Y ¿qué bien me haría eso?

—Caramba, ¿no lo deleita el genio que ella posee? —requirió la señora Rooth.

—Me deleita la madre que ella posee. Me juzga usted más desinteresado de lo que soy —añadió Sherringham, con cierto escozor de irritación.

— ¡Ya sé por qué no ha escrito! —declaró la señora Rooth pícaramente.

—Deben ustedes marchar a Londres —dijo Peter, sin conceder atención a este comentario.

—Ah, si tan sólo estuviéramos allí, sería ya tal alivio. Respiraría profundamente. Allí por lo menos sé dónde estoy y qué es la gente. ¡Pero aquí una vive rodeada de arenas movedizas!

—Cuanto antes marchen, mejor —insistió Sherringham.

—Ya sé por qué dice eso.

—Es justamente lo que estoy tratando de explicar.

—Yo no habría podido resistir de no haber tenido tanta confianza en Miriam —dijo la señora Rooth.

—Bien, pues ya no necesita resistir más.

— ¿No confía usted en ella? —preguntó la anfitriona de Sherringham.

— ¿Que si confío en ella?

—Usted no tiene confianza en sí mismo. Ése es el motivo de que no diera señales de vida, el motivo de que habríamos podido pensar que estaba muerto, el motivo de que habríamos podido perecer nosotras mismas.

—Me parece que no la entiendo; no sé qué quiere insinuar —dijo

Sherringham—. Pero es igual.

— ¿Es igual? Oh, deje de reprimirse. ¿Por qué no se decide a admitir ante sí sus propios deseos? —inquirió la señora mayor.

Su inesperada insistencia impacientó a su visitante, quien calló de nuevo, mirándola, a un paso de decirle que no le gustaba en absoluto su tono. Pero tenía su lengua bajo tal control que, al poco, fue capaz de decir en lugar de eso (y fue para él un alivio dar expresión verbal audible a su reflexión):

—Es un gran error, en todos los casos, que un hombre se enamore de una actriz. O bien no representa para él nada serio, en cuyo caso ¿qué finalidad tiene?, o bien lo representa todo, y entonces es todavía más engañoso.

— ¿Engañoso?

—Ilusorio, vano, poco provechoso.

—Estoy convencida de que un afecto sencillo y puro lleva en sí su propia recompensa —comentó la señora Rooth, razonando cálidamente.

—En un caso así ¿qué posibilidades tiene de ser sencillo y puro?

—Creía que se estaba refiriendo a un caballero inglés —dijo la señora Rooth.

—Califique al pobre hombre como mejor le plazca: un hombre que tiene que encauzar su vida, que abrirse su camino, que cuidar de su trabajo, de sus obligaciones, de su carrera. Si, como digo, estar enamorado de una actriz no significa nada para él, lo que significa menos de todo es matrimonio.

— ¡Oh, Miriam de mi alma! —se lamentó la señora Rooth.

—Y, por lo que respecta a la posibilidad contraria, bonita cosa las complicaciones si un hombre semejante se casa con una mujer que está sobre el escenario.

La señora Rooth miró como si estuviera tratando de comprender.

—Miriam no está aún sobre el escenario —dijo.

—Vayan a Londres y pronto lo estará.

—Sí, y entonces tendrá usted su excusa.

— ¿Mi excusa?

—Para dejarnos de lado definitivamente.

Sherringham rompió a reír ante esto, tan chocante era el tono. Después comentó:

—Muéstreme un poco de buena interpretación y no las dejaré de lado.

— ¿Buena interpretación? Ah, ¿qué es la mejor de las interpretaciones comparada con el atractivo global de una verdadera dama inglesa? Si usted la acepta tal como es, puede ser suya —añadió la señora Rooth inopinadamente.

— ¿Tal como es, con todas sus ambiciones insaciadas?

—Casarse con usted: ¿no podría eso ser una ambición?

—Una ambición bien mezquina. No responda por ella, no lo intente —dijo Sherringham—. Ella puede hacer cosas mejores.

—Y ¿cree que usted puede? —sonrió la señora Rooth.

—No quiero. Lo único que quiero es dejar el asunto en paz. Ella es una artista; debe usted dejarla en completa libertad —continuó Peter—. Se debe dejar siempre a los artistas en completa libertad.

—Pero yo sé de grandes damas que habían sido artistas. En la alta sociedad inglesa siempre hay sitio para eso.

— ¡No me hable de la alta sociedad inglesa! A Dios gracias, para empezar, no vivo en ella. ¿Quiere que Miriam renuncie a su genio?

—Me había parecido entender que su genio no lo deleitaba.

—Ella diría: «No, muchas gracias, mi querida mamá».

— ¡Qué hija tan dotada tengo! —masculló la señora Rooth.

— ¿Se lo ha propuesto a Miriam alguna vez?

— ¿Proponérselo?

—Que renuncie a él.

La señora Rooth vaciló, mirando al suelo.

—No por la razón a que usted se refiere. Nunca hablamos de amor —sonrió forzosamente.

—En ese caso se desperdicia mucho menos tiempo. No inutilice la mano aferrándola a lo peor, cuando es factible que algún día tenga a su alcance lo mejor —prosiguió Sherringham. La señora Rooth elevó la mirada hacia él como si reconociera la tremenda verdad que podía haber encerrada en aquello, y él añadió—: Déjela resplandecer, déjela mirar a su alrededor. Después, podrá usted hablar conmigo si lo desea.

—Es todo muy desconcertante —comentó la señora mayor, torpemente.

Sherringham se rio de nuevo, y después dijo:

—Ahora no me diga que no soy un buen amigo.

—Lo es de veras: es un caballero muy noble. Tal es precisamente el

motivo de que una vida tranquila junto a usted...

— ¡No sería tranquila para mí! —espetó Sherringham—. Y Miriam no ha sido hecha para eso.

— ¡No diga una cosa así, ay mi niña bonita! —dijo la señora Rooth con voz temblorosa.

—Vayan a Londres, vayan a Londres —repitió su visitante.

Pensativamente, pasado un momento, ella extendió la mano y cogió de la mesa la carta en cuya composición él la había encontrado atareada. Entonces, con un movimiento rápido, la señora Rooth la hizo pedazos. Y dijo:

—Eso mismo es lo que aconseja el señor Dashwood.

— ¿El señor Dashwood?

—Me olvidaba de que no lo conoce. Es el hermano de aquella dama a quien conocimos el día en que tuvo usted la bondad de invitarnos, la que se mostró tan cordial con nosotras: la señora Lovick.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Sherringham.

— ¿No recuerda que ella se refirió a él, y que el señor Lovick no parecía muy simpatizante del muchacho? Ella nos dijo que si su hermano nos llegaba a conocer (y fue tan atenta de insinuar que para él resultaría un placer hacerlo) podría darnos, como ella dijo, un «soplo».

Sherringham se sumió en un visible esfuerzo de reconstrucción mental.

—Sí, ya lo identifico. Es actor.

—Y además un caballero —dijo la señora Rooth.

—Y ¿han llegado a conocerlo y les ha dado un «soplo»?

—Como digo, él quiere que vayamos a Londres.

—Ya veo, pero eso sé decirlo hasta yo.

—Oh, sí —dijo la señora Rooth—; pero él dice que puede ayudarnos.

—No lo dejen escapar entonces, si está introducido en el mundillo.

—Es un perfecto caballero —dijo la señora Rooth—. Está inmensamente impresionado con Miriam.

—Mejor que mejor. No lo dejen escapar.

—Bueno, pues me alegro de que no ponga usted objeciones —sonrió la señora Rooth.

— ¿Por qué habría de ponerlas?

— ¿No nos considera en exclusiva suyas?

— ¿Mías? Caramba, las considero del público... las considero del mundo entero.

La señora Rooth sufrió un leve estremecimiento, que la hizo contestar:

—Hay una especie de escalofrío en eso. Es grandioso, pero resulta gélido. De todos modos no debo dudar entonces en decirle que es el señor Dashwood la persona con quien Miriam se ha marchado.

— ¿Por qué dudar, santo cielo? —Pero al siguiente segundo Sherringham preguntó—: ¿Adónde se ha marchado?

— ¡No le gusta! —dijo riéndose la señora Rooth.

— ¿Por qué habría de ser algo que despertara regocijo?

—Bueno, él es encantador, y yo me fío de él.

—También yo —dijo Sherringham.

—Se han ido a ver a Madame Carré.

— ¿Ha regresado ya ella entonces?

—Se esperaba que regresara la semana pasada. Miriam quiere mostrarle cómo se ha perfeccionado.

—Y ¿se ha perfeccionado?

— ¿Cómo podría decirlo yo... con mi corazón de madre? —preguntó la señora Rooth—. Yo no juzgo; me limito a esperar y a rezar. Pero el señor Dashwood opina que es maravillosa.

—Es una bendición. Y ¿cuándo se presentó dicho caballero?

—Hará cosa de una quincena. Nos encontramos a la señora Lovick en la iglesia inglesa, y tuvo la amabilidad de reconocernos y de hablar con nosotras. Dijo que había estado ausente con sus hijos, que, si no, habría ido a visitarnos. Acababa de regresar a París.

—Sí, yo aún no la he visto —dijo Sherringham—. Sí veo a Lovick, pero él no habla de su cuñado.

—Aquel día no me gustó el tono que empleó el señor Lovick al referirse a él —observó la señora Rooth—. Anduvimos un pequeño trecho con la señora Lovick, y ella preguntó a Miriam por sus perspectivas y si estaba trabajando. Miriam le dijo que no tenía perspectivas.

—Eso no fue muy considerado conmigo —la interrumpió Sherringham.

—Pero, cuando usted nos había dejado en la más absoluta oscuridad,

¿dónde estaban nuestras perspectivas?

—Comprendo; no he dicho nada. Prosiga.

—Entonces la señora Lovick dijo que su hermano iba a llegar a París para pasar unos días y que ella le diría que viniera a vemos. Él llegó, ella se lo dijo, y él vino. Voilà! —dijo la señora Rooth.

—Así, pues, ahora (al menos por lo que a él respecta) la señorita Rooth sí tiene perspectivas.

—Él no es empresario, desgraciadamente.

— ¿Dónde actúa?

—No está actuando en este momento; ha estado en el extranjero. Ha estado en Italia, creo, y se halla aquí tan sólo de paso hacia Londres.

—Ya veo; es un perfecto caballero —dijo Sherringham.

—Ah, está celoso de él.

—No, pero usted está tratando de que lo esté. Cuantos más contrincantes haya disputándose el honor de lanzarla al estrellato, mejor para ella.

—El señor Dashwood quiere alquilar un teatro —dijo la señora Rooth.

—En ese caso tal vez sea nuestro hombre.

—Oh, ¿lo ayudará usted? —exclamó la señora Rooth.

— ¿Que si lo ayudaré?

—Si lo ayudará a ayudarnos.

—Trabajaremos todos juntos en común; será muy entretenido —dijo Sherringham, jovial—. Se trata de una causa sagrada, el amor al arte, y seremos una pandilla feliz. ¿Es Dashwood su nombre? —agregó pasado un momento—. La señora Lovick no se apellidaba Dashwood de soltera.

—Es su nom de théâtre: Basil Dashwood. ¿Le gusta? —inquirió la señora Rooth.

—Dice usted eso con la misma entonación con que Miriam lo habría dicho: su talento es pegadizo.

—Siempre está ensayando... siempre recitando cosas una y otra vez, para acertar con el tono. Tengo su voz en los oídos. Él no quiere que ella tenga ninguno.

— ¿Tenga ninguno?

—Ningún nom de théâtre. Quiere que utilice el suyo propio; le gusta muchísimo. Dice que funcionará estupendamente, que no se puede mejorar.

—Es un consejero formidable —dijo Sherringham, levantándose—. Volveré mañana.

—No lo invito a que se quede hasta que regresen porque pueden tardar mucho —observó la señora Rooth.

— ¿La acompañará él de vuelta? —inquirió Sherringham, corrigiendo su sombrero.

—Espero que sí, con la hora que es. Cuando mi hija está por las calles, tiemblo. El dinero no nos alcanza para cabriolés, como puede usted fácilmente suponer.

— ¿Se fueron a pie? —siguió Sherringham.

—Oh, sí; partieron muy animados.

—Y ¿conoce el señor Basil Dashwood a Madame Carré?

—Oh, no; pero estaba deseoso de que se la presentaran; le suplicó a Miriam que lo llevara. Naturalmente ella desea complacerlo. Se porta muy bien con él... por si él puede hacer algo.

—Hace bien; así es el camino.

—Y mi hija deseaba además que él viera lo que ella es capaz de hacer para la gran crítica —agregó la señora Rooth.

— ¿La gran crítica?

—Me refiero a aquella terrible anciana de peluca roja.

—Eso también me gustaría verlo a mí —dijo Sherringham.

—Oh, ella ha progresado mucho; está satisfecha consigo misma. Madame Carré había dicho: «¡Trabajo, trabajo, trabajo!». Pues bien, ha trabajado, trabajado, trabajado. Es lo que le agrada de ella al señor Dashwood, todavía más que las demás cosas.

— ¿A qué se refiere con eso de las demás cosas?

—Oh, a su genio y a su hermoso aspecto.

— ¿Aprueba él su hermoso aspecto? Lo pregunto porque usted considera que él sabe lo que triunfará.

—Sé por qué lo pregunta —dijo la señora Rooth—. El dice que le reportará cientos de miles.

—Ésa es una cosa del tipo que me gusta oír —comentó Sherringham—. Volveré mañana —repitió.

—Y ¿lo molestará que esté aquí el señor Dashwood?



— ¿Viene todos los días?

—Oh, siempre están en ello.

— ¿Siempre están en ello?

—Vaya, ella actúa para él, cosas de todo tipo, y él dice si está bien.

— ¿Cuántos días ha estado aquí entonces el señor Dashwood?

La señora Rooth reflexionó.

—Oh, no sé —dijo—. Desde que se presentó han pasado tan rápidamente.

—Lejos de «molestarme», estoy deseoso de verlo —declaró Sherringham—; y no podría imaginarme nada mejor que lo que me cuenta... si es que el caballero no es un asno.

—Cielo santo, si no es inteligente debe usted decírnoslo: ¡no podemos permitirnos el lujo de ser engañadas! —exclamó la señora Rooth, candorosa y lastimeramente—. ¿Qué sabemos nosotras, cómo podemos juzgar? —añadió.

Sherringham vaciló, con la mano en el picaporte. Y dijo:

— ¡Oh, ya les contaré mi opinión sobre él!

## 19

Cuando Peter Sherringham hubo bajado a la calle, miró a su alrededor buscando un carruaje, pero se vio obligado a caminar cierto trecho antes de dar con uno. Durante ese pequeño intervalo no halló razón alguna para modificar la determinación que había tomado mientras descendía las empinadas escaleras del Hotel de la Garonne; de hecho, el anhelo que la había causado no hizo sino acelerar sus pasos. Tenía un rato libre, así que él también iría a visitar a Madame Carré. Si Miriam y su acompañante se habían encaminado a pie a la Rue de Constantinople, probablemente llegaría a la casa al mismo tiempo que ellos. Resultaba todo bastante lógico: estaba deseoso de ver a Miriam, era de lo más natural; y ya había reconocido ante la señora Rooth que se sentía vivamente interesado ante el asunto del hermano teatral de la señora Lovick, de quien tanta y tan eficaz ayuda podría quizá obtenerse. Pillar a Miriam empleándose a fondo ante la vieja actriz (dado que tal había sido el propósito confesado de ella), con el salto que ella creía haber dado, sería un golpe muy afortunado, el mero presentimiento del cual puso impaciente a su benefactor. Pronto dio con su carruaje, y, al acomodarse, intimó al cochero a llevarlo rápido. Se enteró por medio de la portera de Madame Carré de que su ilustre locataire se hallaba en casa y de que una dama y un caballero habían

llegado hacía poco.

En la pequeña antecámara, después de que lo hicieran pasar, oyó una potente voz procedente del salón, y, deteniéndose un momento a escuchar, se percató de que Miriam ya se había embarcado en una demostración. Consiguió identificar claramente sus palabras, tanto más cuanto que, antes de que él pudiera impedirlo, la doncella que lo había admitido ya había abierto la puerta de dicha habitación (una de sus hojas, pues se trataba, como la mayoría de las puertas en Francia, de una puerta doble), ante la cual, por dentro, se encontraba corrido un pesado cortinaje. Miriam estaba en plena tarea de declamar grandiosamente un parlamento extraído de un drama teatral inglés en verso:

For I am sick and capable of fears,

Oppressed with wrongs and therefore full of fears.

(Pues estoy desvalida y dada a los temores,

Abrumada por el dolor y por ello plena de temores).

Sherringham reconoció en éste una de las grandes diatribas de la Constanza de Shakespeare, y comprobó que Miriam acababa de comenzar la magnífica escena al principio del acto tercero de *El rey Juan* donde la madre viuda pasional y agraviada da rienda suelta en un arrebatado a todas las manifestaciones posibles de su ironía y de su cólera. El cortinaje lo ocultaba y se quedó allí acechando durante tres minutos, después de haber dado instrucciones a la *femme de chambre* para que se retirara de puntillas. El trío del salón, absorto en el espectáculo, por lo visto no había notado ni su llegada ni la apertura de la puerta, acciones cuyos ruidos habían resultado ahogados por el espléndido recitado de la muchacha. Sherringham escuchó con toda atención, de tan fascinado como estaba por el dominio con que ella trataba sus complejísimo versos. No le hizo falta oírlos pronunciar sino media docena de ellos para apreciar con plenitud el largo camino que ella había recorrido en su ausencia; le demostraban que ella había llegado a la plena posesión de sus recursos. Permaneció quieto allí donde estaba, hasta que ella llegó a:

Then speak again; not all thy former tale

But this one word, whether thy tale be true.

(Hablad pues de nuevo; no todo cuanto acabáis de afirmar

Sino tan sólo una única palabra: si lo que afirmáis es cierto).

Este apostrofe, al ser brevemente replicado por otra voz distinta, le dio tiempo de descorrer rápidamente la cortina y mostrarse, penetrando en la habitación con un «¡Adelante, adelante!» y un ademán que suplicaba fervorosamente que no se produjera interrupción.

Miriam, entregada de lleno a su papel, no paró sino por un instante y se puso a hacerse oír de nuevo, mientras Peter se dejaba caer en la silla más próxima y ella le clavaba su mirada enardecida, o mejor dicho la de la delirante Constanza. Madame Carré, hundida en su asiento, le envió un beso por los aires, y un joven, que se hallaba cerca de la muchacha dándole a ésta pie, lo miró fijamente por encima de un librito.

—Admirable, magnífico. Adelante —repitió Sherringham—. ¡Adelante hasta el final de la escena! ¡Hágala toda!

Miriam se ruborizó ligeramente, pero de inmediato él descubrió que ella no sentía ninguna emoción personal por verlo de nuevo; la fría pasión por el arte se había posado sobre el estandarte de ella, de modo que Miriam sólo se prestaba atención a sí misma, con un oído tan avizor como si hubiese sido Paganini haciendo uso del arco del violín. Este efecto se agudizó conforme ella siguió adelante, elevándose y elevándose hasta lo sublime, obrando con extraordinaria soltura y con el estilo más grandioso y deslumbrante sobre la cresta vertiginosa de su concepción. Que ella poseía una concepción propia era bien palmario, así como también que la cosa en su totalidad era muy diferente de todo lo que Sherringham la había visto intentar hasta el momento. Constituía un esfuerzo de una categoría radicalmente opuesta; ahora ella era como la estatua terminada alzada desde el suelo hasta su pedestal. Era como si el sol de su talento hubiese despuntado sobre las colinas y ella supiera que se conducía, que siempre se conduciría, bajo la guía de su luz. Esta convicción era lo único no fingido, que brillaba como brilla una alegría juvenil, atravesando la trágica máscara de Constanza; y el corazón de Sherringham latió más rápido cuando advirtió dicha convicción en el semblante de ella. Eso tan sólo consiguió hacerla aparecer más inteligente; ¡y pensar que había habido un instante en que él la había considerado estúpida! Inteligente fue el aliento global con que ella llevó a cabo la escena, haciéndolo exclamar para sus adentros una y otra vez: «¡Cómo lo siente! ¡Cómo lo comprende! ¡Cómo le da vida!».

Miró él en determinados momentos a Madame Carré y advirtió que ésta tenía un libro abierto sobre el regazo, por lo visto una traducción francesa en prosa de la obra, traída por sus visitantes; pero la vieja actriz nunca le echó un vistazo a Sherringham ni al volumen; se limitó a seguir sentada taladrando a la muchacha con su mirada brillante y dura, pulimentada por la experiencia como los buenos metales antiguos. El muchacho que pronunciaba los diálogos distintos de los correspondientes a Miriam estaba atento en otro sentido: seguía a Miriam con su propio ejemplar de la obra, para asegurarse de no confundir las réplicas; pero se sentía entusiasmado y visiblemente emocionado, se hallaba con evidencia hasta sorprendido; mudaba de color y sonreía, y cuando extendió la mano para ayudar a Constanza a levantarse del

suelo, tras de que Miriam, actuando el texto al pie de la letra, se hubiese sentado majestuosamente sobre «la vasta y sólida tierra», el muchacho se inclinó hacia ella tan obsequiosamente como si hubiera sido su soberana en persona. Se trataba de un joven muy bien parecido, alto, bien proporcionado, de rasgos graves y rubio, sobre el cual era evidente que lo primero que se decía en cualquier ocasión era que tenía en grado sobresaliente el aspecto de un caballero. Llevaba dicho aspecto, que terminaba siendo inveterado e importuno, hasta un punto tal que se constituía casi en una negación de su propio espíritu; es decir, que se habría podido poner en entredicho si podía resultar de buen gusto ir con cualquier personalidad, incluso aquélla, pregonándola con o sin necesidad a los cuatro vientos. Su aspecto emanaba en considerable proporción de su atavío, y especialmente de una cierta levita ajustada de color azul oscuro (un milagro en cuestión de ajustes), que se amoldaba a las juveniles líneas de él justo lo suficiente y nada en exceso, y que constituía (como Sherringham estaba destinado a advertir posteriormente) su perpetuo uniforme o enseña. Fue sólo posteriormente cuando Sherringham comenzó a sentirse exasperado ante el «tipo» de Basil Dashwood (el joven desconocido era naturalmente Basil Dashwood), e incluso ante su levita azul, la reiterada, invariable, imperturbable «buena forma» de su apariencia. Dicho aire poco característico terminaba por parecerle al observador el más característico de los aires que había adoptado, y era desde luego (hasta una medida que ya se ha insinuado) su «capital» teatral, lo que de más cualificado tenía para acreditar sus dotes para el escenario.

El estilo poderoso y majestuoso con que Miriam había llevado a cabo su escena produjo todo su efecto, el arte con que había superado las dificultades, la liberalidad con que había satisfecho los grandes requerimientos sobre su voz, y la riqueza de expresión que había logrado introducir dentro de un torrente de reconvenciones. Era toda una composición, tachonada de pormenores que casi habrían arrancado de todo labio un «¡Bravo!» a duras penas contenido, y que parecía garantizar que un talento capaz de una demostración semejante era capaz de cualquier cosa.

But thou art fair, and at thy birth, dear boy,

Nature and Fortune join'd to make thee great:

Of Nature's gifts thou mayst with lilies boast,

And with the half-blown rose.

(Mas vos sois hermoso, y cuando nacisteis, hijo querido,

La Naturaleza y la Fortuna se unieron para haceros grande:

De dones de la Naturaleza podéis junto a los lirios jactaros,

Y junto a la rosa a medio abrir).

Cuando Miriam se volvió con este apostrofe exquisito hacia donde habría debido estar su hijo (se dirigió al señor Dashwood como si éste interpretara a Arthur, y él soltó el libro, bajó la cabeza y los ojos, y asumió un semblante candoroso y azorado), puso de golpe en la imaginación de Sherringham la esperanza de que todavía se la iba a ver transmitir ternura mejor aún que cualquier otra cosa. La voz de ella se hizo encantadora en este segmento, y lo singular de su interpretación residió en que, aun cuando encarnó toda la ira de su papel, no se le escapó nada de su poesía.

«¿De dónde lo ha sacado, de dónde lo ha sacado? —se preguntó Sherringham mientras sus cinco sentidos vibraban—. No lo tenía cuando me marché». Y en su interior se acrecentó a raudales otra vez la certidumbre de que ella había dado por fin con la llave de su caja de tesoros. En verano, durante las semanas de los frecuentes encuentros de ambos, ella se había limitado a tantear torpemente la cerradura. Un día de octubre, mientras él estaba ausente, la llave había logrado entrar, había encajado, o los dedos de ella habían tocado finalmente el correspondiente resorte, y de golpe el caprichoso cofrecito se había abierto de par en par.

Fue durante la presente celebración solemne cuando Sherringham, entusiasmado ante la forma en que ella se revelaba como artista, y con un centenar de ideas asombradas acerca de ella dándole vueltas en la cabeza, fue visitado por vez primera y con mayor vividez por una idea que acabó por volverse frecuente en él: la de la perfecta frialdad, no perturbada ni atosigada por los sentimientos, que cualquier recital artístico requiere, y que todos requieren, sea cual fuere el instrumento, en exactamente la misma medida: la aplicación, en otras palabras, científica y precisa, firme como el hielo por así decirlo, de la concepción que hubiera sido engendrada a la luz de las experiencias, del sufrimiento, del gozo. Posteriormente Sherringham hablaría a menudo de esto con Miriam, quien no obstante no fue capaz de obsequiarlo con una teoría nítida sobre el particular. Ella ni siquiera era consciente de que esto fuera objeto de debate público; en la práctica ratificaba la opinión de quienes mantenían que en el momento de la creación el artista no puede estar con los cinco sentidos excesivamente alerta. Cuando Peter le contaba que había gente que sostenía que en un momento tan crítico el artista debía abandonarse al frenesí creador, ella se quedaba mirando fijamente con sorpresa y luego exclamaba: «¡Ah, sí, los idiotas!». Con el tiempo Miriam se volvería en sus juicios, en cuestión de impaciencia y expresiones de desprecio, muy lenguaraz y absolutamente irrespetuosa.

— ¡Qué espléndida retahíla de enojos! —exclamó Sherringham cuando, con la entrada del legado papal, el compañero de ella cerró el libro y dio por concluida la escena. Peter besó la mano de Madame Carré; la vieja actriz se

levantó y abrió los brazos dirigiéndose hacia Miriam. La muchacha no apartó de Sherringham la vista mientras fue objeto del abrazo de Madame Carré y permaneció así quieta. Sus ojos estaban rebosantes de su habitual fulgor sombrío, y siempre se daba el caso de que expresaban en grado sumo cualquier cosa que expresasen; pero no eran desafiantes ni tan siquiera triunfales en este momento: eran tan sólo acusadamente informativos; parecían decir: «Este es el tipo de cosa que me propongo hacer; es lo que tenía en la cabeza cuando le pedí que tratara de hacer algo por mí». Madame Carré envolvía a su alumna en su seno, manteniéndola allí como habría podido hacerlo la vieja marquesa de una comédie de moeurs, en la última escena, con su ahijada la ingénue.

— ¿Me ha conseguido un contrato? —le preguntó Miriam a Sherringham—. Sí, él ha hecho algo espléndido por mí —continuó para Madame Carré, dejando su mano cariñosamente en una de las de la actriz mientras la anciana charlaba con el señor Dashwood, quien le estaba contando, en un francés muy conseguido, que estaba tremendamente excitado por la señorita Rooth. Madame Carré lo miraba como si se preguntara qué aspecto tendría cuando estuviera calmado y cómo expresaría, en calidad de artista dramático, tal estado de ánimo.

—Sí, sí, algo espléndido, para ser los inicios —respondió Sherringham radiante y atolondradamente; pensando ahora tan sólo en que diría lo que fuera, haría lo que fuera, por complacer a Miriam. Se gastó allí mismo, en lo referente a su imaginación, hasta el último penique.

—Qué pena que no haya podido entender el texto; le habría gustado muchísimo más —le comentó el señor Dashwood a su anfitriona.

— ¿Que no he podido entenderlo? ¿Me toma por une sottise? —exclamó la celebrada artista—. ¡Me da la impresión de que lo he entendido de plus près que vous, monsieur!

—Ah, vea usted, el vocabulario es tan endiablidamente refinado —contestó Basil Dashwood mirando hacia sus propios zapatos.

— ¿El vocabulario? Caramba, pero si su personaje se dedica a despoticar como una verdulera. ¿Es eso lo que ustedes llaman un vocabulario? El nuestro sí que es otro cantar.

—Si lo entendiera... si lo entendiera comprendería toda su grandeza —declaró Miriam. Y añadió, con otro tono—: ¡Qué expresiones tan deslumbrantes!

—On dit que c'est très fort. Pero ¿quién podría decirlo, si realmente así lo afirmas? —requirió Madame Carré.

— ¡Ah, par exemple, yo podría! —exclamó Sherringham.

—Oh, usted... usted es todo un francés.

— ¿No podría decirlo si no lo fuera? —preguntó Basil Dashwood.

La anciana se encogió de hombros.

—No tendría ni idea —respondió.

—Eso resulta halagador para mí.

—Oh, usted, no me venga con quejas —dijo Madame Carré—. Yo prefiero nuestras imprecaciones... las de la dama de las camelias —prosiguió—. Poseen la belleza des plus belles choses.

—También sé hacerlas —exclamó Miriam.

—Insolente! —sonrió Madame Carré—. La dama de las camelias no se planta en mitad del suelo en medio de ellas.

For grief is proud and makes his owner stoop.

To me and to the state of my great grief

Let kings assemble.

(Pues el pesar es altivo y obliga a su poseedor a doblegarse.

Ante mí y ante la majestad de mi gran pesar

Que se congreguen los reyes).

Tal se apresuró a declamar Miriam. Y agregó:

— ¡Ah, si no siente usted la forma como ella las convierte en algo regio!

—En verdad son extremadamente sublimes, chère madame —dijo Sherringham—. No tienen comparación.

—Vous êtes insupportables —respondió la anciana—. Quédate entre nosotros. Te enseñaré Phèdre.

— ¡Ah, Fedra, Fedra! —exclamó sin un propósito claro Basil Dashwood, con un continente más caballeresco que nunca.

—Has aprendido todo lo que te he enseñado, pero ¿dónde diantres has aprendido todo lo que no te he enseñado? —continuó Madame Carré.

—He trabajado, he trabajado; usted lo llamaría trabajo... durante todo el resplandeciente final del verano, durante todos esos días tórridos, monótonos, vacíos. He logrado derribar la puerta: un día la oí ceder. Pero no soy tan buenísima aún; tan sólo ocurre que voy en la dirección acertada.

—Malicieuse! —protestó Madame Carré.

—Oh, puedo hacerlo mucho mejor —insistió la muchacha.

— ¿No se levantó usted una mañana y se encontró con que le había crecido un par de alas? —preguntó Sherringham—. Porque es tantísima la diferencia. Verdaderamente se eleva usted hasta los cielos. Más aún, es un ángel —añadió, entusiasmado ante la imprevisibilidad de ella, ante la dignidad de su renuncia a reprocharle no haberle escrito. Y le pareció para sus adentros que Miriam era angelical cuando como respuesta a esto ella le dijo, con toda la deferencia del mundo:

—Ya sabe usted que leyó El rey Juan conmigo antes de marcharse. Me dediqué a rumiar sin descanso lo que me había explicado. No lo comprendí demasiado en su momento: era tan estúpida. Pero más tarde se me aclaró todo absolutamente.

—Ojalá pudiera verse a sí misma —contestó Sherringham.

—Mi querido amigo, puedo. ¿Por quién me toma? No me he perdido ni una sola vibración de mi voz, ni un solo pliegue de mi ropaje.

—No la he cazado mirando —adujo Sherringham.

—Nadie lo logrará nunca. ¿Cree que me gustaría que se notara?

—Ars celare artem —citó Basil Dashwood jocosamente.

—Primero hay que tener arte, para poder luego disimularlo —dijo Sherringham, preguntándose un poco por qué Miriam no le presentaba a su joven amigo. Ella se mostraba, en cambio, tanto entonces como posteriormente, perfectamente negligente a ese respecto, sin importarle o prestar atención a cómo se sentían los demás unos en relación con otros. Cuando se encontraba con que no sabían qué hacer, se reía de ellos: era lo que más se asemejaba en ella a tomarse interés por los demás. Sherringham tuvo ocasión de percatarse, a partir del momento en que Miriam se dio cuenta de su poderío, del desmesurado incremento de la despreocupada indiferencia de ella hacia los detalles... exceptuando los detalles consustanciales a su oficio, al cual estaba dispuesta a sacrificar holocaustos enteros de sentimientos cuando eran los de los demás. Ello le confirió una reputación de desconsiderada, de ausencia de ceremonia en sus relaciones sociales, que fue a la vez divertida (porque insinuaba que estaba dispuesta a cobrarse lo que estaba dispuesta a ofrecer) y temible (porque resultaba incomodante y a uno podría desagradarle tener que pagar lo que estaba dispuesta a cobrarse).

—Si no se tiene ningún arte no es lo mismo que si se lo tiene y se disimula, ¿verdad? —preguntó Basil Dashwood.

— ¡Exacto! ¡Ahora dinos otro de tus aforismos ingeniosos! —se quejó Miriam con dulzura, dirigiéndose al muchacho.



—Siempre estás actuando —contestó éste, en inglés, con una carcajada, mientras Sherringham se quedaba atónito de oírlo expresar exactamente lo que él mismo había sentido semanas antes.

—Y, cuando ya le hayas mostrado tu verdulera a tu público de là-bas, ¿qué harás a continuación? —preguntó Madame Carré.

—Haré de Julieta, haré de Cleopatra.

—No es pequeño el programa, ¿verdad? —le dijo el señor Dashwood a Sherringham por iniciativa propia, con unos modales amistosos y refinados.

—Cleopatra y Julieta; cuídese de no confundirlas —dijo Sherringham.

—Quiero ser variada. Una vez usted me dijo que tenía un centenar de personalidades —contestó Miriam.

—Ah, vous-en-êtes là? —exclamó la vieja actriz—. Puede que tengas un centenar de personalidades, pero tienes tan sólo tres obras. Me han dicho que es todo lo que hay en inglés.

Miriam apeló a Sherringham:

— ¿Qué acuerdos me ha conseguido? ¿Qué quieren esas personas?

— ¿Las que van al teatro?

—Me temo que no quieren al rey Juan, y no creo que estén ansiosas por Marco Antonio y Cleopatra —sugirió Basil Dashwood—. Barcos y asedios y ejércitos y pirámides, ustedes saben: no hemos de excedernos.

— ¡Oh, aborrezco los grandes despliegues escenográficos! —suspiró Miriam.

—Elle est superbe —dijo Madame Carré—. Tendrán ustedes que montar esas obras en el escenario: ¿cómo lo conseguirán?

—Oh, ya sabemos cómo se monta una obra en Londres, Madame Carré —respondió afablemente Basil Dashwood—. Invierten dinero en ellas; es del dominio público.

— ¿Dinero? Pero ¿qué capital humano invierten en ellas? ¿Quién las va a interpretar junto a ella? ¿Quién se va a atrever a un estilo como ése, el estilo del que constituyen una muestra los versos que ella acaba de recitar? ¿A quién tienen de quien se haya oído hablar alguna vez?

—Oh, se va a oír hablar de muchas cosas una vez que ella debute —defendió Basil Dashwood con entusiasmo.

Madame Carré lo miró un instante; después le dijo a Miriam:

—Te vas a volver malísima. Qué suerte que yo no vaya a estar allí para

verlo.

—La gente hará obras para mí; yo la obligaré —declaró la muchacha—. La incitaré tanto que a la fuerza se le ocurrirán ideas.

— ¿Qué gente, si me haces el favor?

— ¡Ah, perversa mujer! —se lamentó Sherringham teatralmente.

—Traduciremos las obras de ustedes; habrá buenos papeles de sobra —dijo Basil Dashwood.

—En ese caso, ¿por qué salir por la puerta para volver a entrar por la ventana?... ¡especialmente si se destroza el cristal! Una adaptación inglesa de una obra francesa es como una mujer hermosa vista de espaldas.

— ¿De verdad pretende apropiarse de la señorita Rooth? —le preguntó Sherringham a Madame Carré como si hubiera pensado por un momento que, después de todo, aquello podía ser cierto.

Ella posó su extraña mirada sobre él, y respondió:

—No, son ustedes excesivamente chiflados y misteriosos en conjunto; no sabríamos ocuparnos de ustedes, y además no se lo merecen.

—Me alegro de que sea «en conjunto»; así podremos consolarnos unos a otros.

—Si tan sólo quisieran; ¡pero no parecen quererlo! En resumidas cuentas, no los comprendo: los dejo a su suerte. Pero todo esto carece de importancia —dijo la anciana, fatigadamente—, pues el teatro ha muerto, y ni siquiera tú, ma toute-belle, lo devolverás a la vida. Todo va de mal en peor, y no me preocupa en absoluto lo que vaya a ser de ti. Tú no nos comprenderías a nosotros aquí y ellos no te comprenderán a ti allá, y todo carece de sentido, y nadie tiene ni un ápice de seso, y nada de nada tiene la menor trascendencia. Tan sólo, cuando alces los brazos, elévalos un pelín más —agregó Madame Carré.

—Mi madre se sentirá más contenta chez nous —dijo Miriam, rápidamente alzando del todo los brazos en un aristocrático ademán trágico.

—Nunca estarás ni de lejos en la dirección acertada hasta que veas que tu madre se desespera.

—Bueno, pues tal vez podamos conseguirlo hasta en Londres —sugirió Sherringham riéndose.

—La entrañable señora Rooth... Es todo un caso —se le escapó al señor Dashwood.

Miriam volvió la belleza tenebrosa de su mirada hacia éste, como si

estuviera ensayando, y le dijo:

—Tú no la vas a preocupar, en ningún caso. —Entonces se plantó con su máscara fatal ante Madame Carré—: Quiero hacer también el repertorio contemporáneo. Quiero hacer le drame, con detalles realistas.

—Y ¿quieres parecerte al pórtico de la Madeleine cuando lo adornan con colgaduras para un funeral? —se burló su instructora—. Jamás, jamás. No creo que seas variada: no es así como te veo. O eres tragedia pura, con de grands effets de voix, al estilo grandioso, o no eres nada.

—Sea hermosa... sea tan sólo eso —aconsejó Sherringham—. Sea tan sólo lo que tan bien es capaz de ser: algo a que pueda recurrir el mundo buscando vislumbrar el reino de los cielos, elevarse por encima de todas las vulgaridades cotidianas de la existencia.

Interpelada de esta guisa, la muchacha inició uno de los parlamentos de la Fedra de Racine, imponiendo silencio a sus acompañantes en el acto.

—Serás la Raquel inglesa —dijo Basil Dashwood cuando concluyó.

— ¡Sólo si actúas en francés! —exclamó Madame Carré—. No creo en la idea de una Raquel inglesa.

—Tendré que decidirlo, lo que voy a ser —respondió Miriam, con un suntuoso ademán meditabundo.

—Está usted en una forma maravillosa hoy —le dijo Sherringham. Esta apreciación suya puso de manifiesto una sumisión personal que fue incapaz de ocultar a sus acompañantes, pese a lo mucho que lo habría deseado.

—De veras que me propongo hacerlo todo.

—Muy bien; Garrick lo hizo, a fin de cuentas.

—Pues seré la Garrick de mi sexo.

—Existe un autor muy inteligente que está haciendo una cosa para mí; me gustaría que lo vieran —dijo Basil Dashwood, dirigiéndose por igual a Miriam y a su diplomático amigo.

— ¡Ah, si tienen ustedes autores muy inteligentes! —Madame Carré imprimió un cierto acento a su tono produciendo el más refinadamente satírico de los efectos.

—Me sentiré muy complacido de verlo —dijo Sherringham.

Esta respuesta fue tan cordial que Basil Dashwood le dijo casi de inmediato:

— ¿Puedo preguntarle con qué teatro ha llegado a un acuerdo?

Sherringham lo miró un instante.

—Venga a verme a la embajada —dijo— y se lo contaré. —Enseguida añadió—: Conozco a su hermana, la señora Lovick.

—Eso suponía; por ello me he permitido la impertinencia de una pregunta semejante.

—No es ninguna impertinencia; pero el señor Sherringham no parece estar en condiciones de contestarte —dijo Miriam.

—Bueno, ya saben que es un mundillo muy curioso, toda esa gente del teatro de por allá —dijo Sherringham.

—Ah, no diga nada contra ellos, siendo yo del mismo gremio —dijo riéndose Basil Dashwood.

—Puedo alegar la eximente de falta de información, puesto que la señorita Rooth se ha negado a presentarnos el uno al otro.

Miriam sonrió.

—Los conozco a ambos tan poco —dijo.

Pero los presentó mutuamente, con gran aire señorial; y los dos hombres estrecharon las manos mientras Madame Carré los observaba y decía:

—Tiens! ¿Se tratan aquí por vez primera? Obran bien al hacerse amigos: es lo mejor. Convivan en paz y mutua armonía. C'est de beaucoup le plus sage.

—Sin duda, tratándose de futuros compañeros de fatigas —dijo Sherringham.

Y comenzó al siguiente instante a recitarle a su recién conocido algunas de las cosas que le habían dicho en Londres; pero su anfitriona lo interrumpió bruscamente, expulsando semejante charla con cajas destempladas, recurriendo a un horror teatral y encantadoramente exagerado y a la resolución juvenil de las heroínas de Marivaux:

— ¡Ah, esperen hasta haberse marchado para hablar de esas cosas! ¿Suponen que estoy interesada en tener noticias de sus tablados de saltimbanquis?

Como mucha gente sabe, en el célebre Théâtre Français no hay más que una docena de asientos codiciables al alcance de las mujeres. Las butacas de

platea les están vedadas, los palcos están a medio kilómetro del escenario, y el anfiteatro es un verdadero fraude salvando unos pocos asientos a cada extremo de su forma de vasta herradura. Mas existen dos excelentes baignoires d'avant-scène, que por demás en modo alguno se hallan siempre disponibles. No obstante, fue en una de ellas donde Sherringham, inmediatamente tras su regreso a París, acomodó a la señora Rooth y a su hija, con la escolta añadida de Basil Dashwood. Había elegido la velada de la reaparición de la celebrada Mademoiselle Voisin (que había estado disfrutando de un congé de tres meses), una actriz a quien Miriam ya había visto varias veces anteriormente y cuyo estilo ésta tenía en alta, si bien algo crítica, estima. Era únicamente el regreso de esta encantadora intérprete lo que había estado aguardando Sherringham para satisfacer el más ardiente anhelo de Miriam: el de pasar un rato en el foyer des artistes del gran teatro. Mademoiselle Voisin era la persona de las del lugar de Moliere a quien él conocía mejor; podía contar con ella para que les hiciera los honores alguna noche en que estuviera «en cartel», y para que sazónara la ocasión con un ambiente de cordialidad. Miriam había estado esperando esto con impaciencia: estaba de veras convencida de que en el sancta sanctorum vería la luz definitivamente; pero, deseando Sherringham muy particularmente, como era el caso, estar presente mientras ella recibía esta impresión, la había hecho prometerle que se abstendría rigurosamente de tal experiencia si él no estaba; que no dejaría que Madame Carré, por ejemplo, la llevara en su ausencia. Había preguntas que la muchacha deseaba formularle a Mademoiselle Voisin, preguntas que, habiéndola admirado desde el anfiteatro, Miriam pensaba que se trataba de la persona más idónea para contestar. Mademoiselle Voisin estaba en la actualidad más «en ello», después de todo, que Madame Carré, pese a que su talento no fuera tan gigantesco: era más joven, estaba más al día, resultaba más moderna y le parecía (Miriam logró dar con la palabra) menos academicista. Sherringham se imaginó perfectamente el día en que su joven amiga realizaría comentarios indulgentes acerca de la pobre Madame Carré tratándola de modo paternalista como a una ancianita bienintencionada.

La obra, esta noche, contaba ya con seis meses de vida: una comedia larga, seria, exitosa, del más distinguido de los dramaturgos, con un «mensaje» — que en Grecia habría sido asunto del coro— encamado en un personaje, una scène à faire y un papel lleno de pretextos para que Mademoiselle Voisin se luciera. Había una o dos cosas que decir acerca de esta artista, censuras que oponer en lo relativo a la calidad global de su arte, y ahora Miriam se sentaba arrellanada en la ocasión presente, haciendo sus comentarios como si éstos ya no le exigieran casi esfuerzo; pero la actriz poseía destreza y distinción y pathos, por lo cual nuestra muchacha aseveró repetidas veces:

— ¡Cuán impasible se muestra, cuán maravillosamente impasible! Apenas modifica nada salvo su rostro y su voz. Le geste rare, pero esta técnica es

realmente expresiva si se la cultiva concienzudamente. Me gusta esa economía; es la única forma de hacer que los gestos, cuando por fin llegan, resulten significativos de verdad.

—Yo no admiro su forma de colocar los brazos —dijo Basil Dashwood—; es como una demoiselle de magasin probándose una chaqueta.

—Pero los coloca, en cualquier caso. Seguramente es más de lo que tú sabes hacer con los tuyos.

—Oh, sí, los coloca; no cabe la menor duda. «Los coloco, ¿verdad que sí, hein?», parece decirle a toda la sala. —El joven inglés de la profesión se reía con buen talante, y a Sherringham lo impresionó la alegre familiaridad que éste había establecido con la audaz acompañante de ambos; Basil Dashwood era ducho en la materia y sagaz, y les ofreció, durante el primer entreacto (estaban aguardando al segundo para irse entre bastidores), comentarios a un tiempo divertidos y acertados—. Las enseñan a mostrarse delicadas y distinguidas, y es lo que la Voisin está siempre intentando hacer. «Miren cómo ando, miren cómo me siento, miren lo impasible que me muestro y cómo practico le geste rare. ¿Se atreverán, después de todo esto, a afirmar que no soy delicada y distinguida?». Lo hace todo como si se dirigiera a un alumnado.

—Bueno, esta noche yo soy su alumnado —dijo Miriam.

—Oh, no quiero decir de actrices, sino de femmes du monde. Les muestra cómo actuar en sociedad.

—Estaría bien que tú aprendieras algunas lecciones —repuso Miriam.

—Deberían ver a la Voisin en sociedad —intervino Sherringham.

— ¿Se mueve en sociedad? —requirió la señora Rooth con interés.

Sherringham titubeó.

—Recibe a una buena cantidad de gente —dijo.

— ¿Por qué no iba a hacerlo, si es simpática? —prosiguió la señora Rooth.

— ¿Si la gente es simpática? —preguntó Miriam.

—En ese caso no me diga que ella no es todo lo que se puede desear —le dijo la señora Rooth a Sherringham.

—Depende de a qué se refiera con eso —contestó éste, con una sonrisa.

—A todo lo que yo podría desear si fuera mi hija —comentó la señora mayor, en tono afable.

— ¡Ah, desee que su hija actúe francamente bien, y eso sí que será un gran servicio!

—Vaya, pues esta actriz da la impresión de sentir realmente lo que dice — murmuró la señora Rooth, piadosamente.

—Tiene algunas cosas problemáticas que decir. Me refiero a su pasado — observó Basil Dashwood—. ¡El pasado, el temible pasado...! El de su personaje, claro está.

—Espere hasta el final, a ver cuál es la verdad, qué nos revela. ¡Todos debemos ser bienpensados! —suspiró la señora Rooth.

—Ya hemos visto la obra, ya sabemos lo que pasa —le observó Miriam a su madre.

—Es que he visto tantas. Las confundo.

—Sí, en todas tenemos los mismos increíbles atolladeros. ¡Mi pobre madre, qué cosas te hacemos ver! —dijo la muchacha con una carcajada.

—Ah, querrás decir qué cosas me haces ver: ¡algo con nobleza y sabiduría!

—Quiero hacer esta obra; es un papel magnífico —dijo Miriam.

—Sería imposible montarla en Londres; no estarían dispuestos a tragarla —declaró Basil Dashwood.

— ¿No hay nada que hacer en estos casos? ¿No se puede mejorar el estado de cosas?

—Lo que no se puede mejorar es el estado de cosas de la vida privada del personaje —contestó el muchacho.

—No, es cierto. Lo hecho, hecho está. ¡Todos debemos pagar por nuestras culpas, debemos expiarlas! —se lamentó la señora Rooth, mientras el telón se abría de nuevo.

Cuando el segundo acto hubo finalizado, nuestros amigos salieron de su baignoire a esos pasillos de tribulación donde la colérica ouvreuse, como un preñado a cargo de un negocio estruendoso, monta guardia ante rimeros de vestuario heterogéneo; y, alcanzando la cima de la hermosa escalera que sirve de entrada para los espectadores insignes y que pone en comunicación el vestíbulo exornado de estatuas de la planta baja con la grandiosa grada de palcos, abrieron una puerta cuya función no estaba del todo clara, exornada de espejitos, y se encontraron en el recinto de los iniciados. Los ujieres eran personas corteses que saludaron a Sherringham como a un viejo amigo, y éste no halló dificultad alguna en hacer marchar a su pequeña troupe rumbo al salón de descanso. Atravesaron un corredor bajo y que describía una curva — donde colgaban retratos y el mobiliario consistía en asientos cubiertos de terciopelo— en el cual varias personas no identificadas, de ambos sexos, los miraron sin hostilidad, y así llegaron junto a una abertura a la derecha desde

donde, mediante un breve tramo de escalones, se extendía un declive que conducía a uno de los bastidores del escenario. Aquí Miriam hizo una pausa plena de excitación muda, cual un joven guerrero fascinado ante un lejano atisbo del campo de batalla. Su mirada fue transportada a través de un pasaje de luz hasta el lugar estratégico desde donde el actor se enfrenta con la sala; mas había un centinela en profundo silencio custodiando el acceso, y la curiosidad no tuvo más posibilidades que echar un vistazo y pasar de largo.

Enseguida Miriam llegó junto con sus acompañantes a una especie de salón de recibir, de suelo brillantado, poca extensión y más bien escasa presencia humana, una vez en el cual su atención se posó embelesada en un perchero, que había en un rincón, de donde colgaban tres o cuatro vestidos — vestidos que de inmediato identificó como pertenecientes a la obra de aquella noche—, y luego en un platito de algo y una borla para empolvase muy gastada dejada descuidadamente sobre un sofá. Esto último representaba una nota familiar dentro de la impresión general (que ya en el umbral se había iniciado) de elevado decoro: una sensación de majestad en el lugar. Miriam se fue derecha hacia la borla (no había nadie en la habitación), la agarró apresuradamente y la examinó con llamativa veneración; luego se quedó extasiada un momento ante las encantadoras enaguas («Ésas son las primeras enaguas de la Dunoyer», le dijo a su madre), mientras Sherringham explicaba que las actrices tradicionalmente se cambiaban de vestuario en esta estancia, cuando la operación era lo suficientemente sencilla, para ahorrarse el largo ascenso hasta sus loges. Sherringham se sentía como un cicerone enseñando una iglesia a un grupo de provincianos; y cierto es que había una hospitalidad grave en el ambiente, mezclada con un no sé qué de tipo académico e importante, el tono de toda una institución, de un templo, que los hizo a todos, por motivos de respeto y delicadeza, contener un poco el aliento y pisar los suelos relucientes con discreción.

Estas precauciones se intensificaron (la señora Rooth avanzó cautelosamente como un gato inofensivo pero sin domesticar) después de que entraran en el salón de descanso propiamente dicho, un salón cuadrado espacioso, cubierto de retratos y reliquias y ornamentado de cortinas y colgaduras de solemne terciopelo verde, donde el *genius loci* celebra una recepción todas las noches del año. La impresión fue para Sherringham de encanto renovado; le había cobrado afición al sitio, siempre lo volvía a ver de nuevo con placer, apreciaba su aspecto venerable y el modo en que, entre los retratos y diplomas —recuerdos de una espléndida actividad dilatada— y entre el terciopelo verde y los suelos encerados, el *genius loci* parece encontrarse «en su ambiente» bajo la apacible luz de lámpara. En el extremo de la habitación, en una amplia chimenea, resplandecía un fuego de leños. Miriam no dijo nada; todos ellos miraron en derredor, percatándose de que los retratos y los cuadros eran en su mayoría «chapados a la antigua»; y Basil Dashwood



expresó su decepción ante la ausencia de todas las personas a quienes más deseaban ver. Tres o cuatro caballeros en traje de etiqueta paseaban lentamente, mirando, como ellos mismos, las pinturas, y otro caballero se hallaba de pie ante una dama sentada contra la pared, con quien sostenía una conversación. El salón de descanso, en estas circunstancias, recordaba una sala de baile despejada para que pueda tener lugar la danza, antes de que los invitados o los músicos hayan llegado.

—Oh, es suficiente ver esto; hace que mi corazón se acelere —dijo Miriam—. Está lleno del pasado extinguido, me emociona. Las siento aquí, a las grandes artistas que nunca veré. ¡Y pensar que Raquel (¡mirad su gran retrato allí!) estuvo sobre estas mismas tablas y arrastró sobre ellas las túnicas de Hermione y de Fedra!

La muchacha expresó su entusiasmo teatralmente, como era lo indicado dado el lugar, ni una pizca intimidada por su propia voz pese a que resonó por toda la habitación, apelando a sus compañeros mientras éstos permanecían bajo la araña de luces, y haciendo que las otras personas presentes, que ya le habían prestado a Miriam algo de atención, se volvieran para examinar detenidamente a un espécimen tan inhabitual de damisela inglesa. Ella se rio melodiosamente cuando advirtió esto último, y su madre, escandalizada, le imploró que bajara la voz.

—No pasa nada: no es más que un efecto artístico como otro cualquiera —dijo Miriam—. No se podrá decir que yo no he disfrutado también de mi pequeño éxito en la maison de Molière.

Asimismo Sherringham ratificó que no pasaba nada: el lugar estaba familiarizado con el regocijo y el apasionamiento, a menudo se gozaba allí de charlas estupendas, y era tan sólo el decorado lo que resultaba impasible y solemne. Daba la casualidad de que esta noche —era imposible saberlo de antemano— la escena no resultaba tan brillante como de costumbre; pero, para corroborar su aserto, mientras él estaba hablando, Mademoiselle Dunoyer, que también salía en la obra, entró en la habitación escoltada por un par de caballeros.

Mademoiselle Dunoyer era la celebrada, la perpetua, la indispensable ingénue, que, pese a todo su talento, nunca habría podido interpretar a una mujer de su edad real. Tenía los movimientos planeantes y a saltitos de un pajarillo, el mismo aire de no tener relación alguna con el paso del tiempo, y la entonación clara, segura y penetrante, un milagro de vocalización exacta. Se puso a chancearse de sus acompañantes, se puso a chancearse de la sala; parecía una niña inteligentísima que tratara de hacerse pasar por una mujer más bien tonta. Esparció su afabilidad (mostrando a Miriam con qué soltura las hijas de Molière se sentían como en su casa), y ésta rápidamente la puso en

contacto, con la mayor cordialidad, con Peter Sherringham, quien ya presumía de su amistad y que ahora hizo ésta extensiva a sus propios acompañantes y en particular a la joven sur le point d'entrer au théâtre.

—Mereces un sino mejor —dijo la actriz, alzando brillantemente la vista hacia Miriam, como si se tratara de una cumbre elevada, y tratándola como una anfitriona trata a sus invitados; visto lo cual Sherringham las dejó a solas un momento e invitó a la señora Rooth y al joven Dashwood a conceder otra dosis de atención a algunos de los cuadros.

—De lo más simpáticos, de lo más curiosos —murmuraba la señora mayor, acerca de todos; mientras que Basil Dashwood exclamaba, en presencia de la mayoría de los retratos:

—Pero su fealdad, su fealdad: ¿han visto ustedes alguna vez tamaña colección de personas repulsivas? Y aquéllas que supuestamente gozaban de buena presencia (las bellezas del pasado), son peores que las otras. Ah, digan ustedes lo que quieran. Nous sommes mieux que ça!

Sherringham malició que Dashwood era víctima de un escozor espiritual; víctima de que no le gustara que el teatro de la gran nación rival le fuera introducido a la fuerza por el gazonate. Volvieron junto a Miriam y a Mademoiselle Dunoyer, y Sherringham interrogó a esta actriz acerca de uno de los retratos, el cual no tenía adjunto ningún nombre. Ella explicó, como una cría que lo único que en su vida hubiese hecho en esa habitación hubiese sido jugar, que se sentía toute honteuse de no estar en condiciones de decirle quién había sido la modelo del mismo: se le había pasado, nunca había preguntado («Vous allez me trouver bien légère!»). Y apeló al resto de los presentes en el salón, que formaron corro alrededor de ella, y se rio con un murmullo delicioso ante las sugerencias de éstos, que cubrió de burlas. Acabó intrigada; declaró que indagaría, que no se sentiría satisfecha hasta que lo averiguara; y se fue de la habitación como flotando en el agua, con la ayuda de los más vistosos de los remos, para hacerse con la información, dejando tras de sí un perfume de delicada gentileza y de jovialidad. Su talante impresionaba por encima de todo como obsequioso, y Sherringham comentó que se portaba casi con la misma espontaneidad fuera del escenario como sobre él. No regresó.

Si Sherringham lo había tramado con antelación, es más de lo que estoy en condiciones de afirmar; pero el caso fue que Mademoiselle Voisin se demoró

tantísimo en presentarse que la señora Rooth, que deseaba ver el resto de la obra, aunque ya la hubiese aguantado hasta el final en otra ocasión, expresó con fruición su anhelo de volver a su rincón en la baignoire y le dio a su guía el mejor pretexto que éste habría podido desear para pedirle a Basil Dashwood que tuviera la bondad de escoltarla de vuelta. Cuando el incipiente actor, de cuyas predilecciones afectivas estaba Sherringham lo suficientemente al tanto, se hubo llevado a la señora Rooth con una ausencia de hosquedad que certificó que su impresionante analogía con un caballero no la reservaba exclusivamente para las candilejas, los dos que se quedaron se sentaron en un diván en la parte de la habitación más distante de la entrada, de modo que pudieron disfrutar de un cierto grado de intimidad, y Miriam se puso a contemplar el ir y venir de visitantes y a las personas indefinidas, relacionadas con el teatro, que por allí pululaban, mientras su acompañante revelaba el nombre de algunas de aquellas figuras, celebridades parisienses.

— ¡Pobrecito Dashwood, enjaulado allí con mamá! —exclamó la muchacha, dejándose llevar por la imaginación.

—Es usted endiabladamente cruel; pero está bien —dijo Sherringham.

—Tengo la impresión de que no soy menos amable que usted, que es quien lo ha despachado.

—Lo hice por su madre: estaba cansada.

— ¡Ah, pillastre! Y ¿por qué, suponiendo que yo fuera cruel, estaría bien eso?

—Porque usted ha de destruir, atormentar y consumir: ésa es su naturaleza. No puede evitar tener su carácter ingénito, ¿no es cierto?

— ¿Mi carácter ingénito? —repitió la muchacha.

—Es malvado, perverso, peligroso. Es esencialmente despótico.

—Y ¿me hace el favor de decirme cómo es el suyo, que lo hace decir cosas como ésas? ¿Se atrevería a decírmelas a la cara si no conociera bien lo profundo de mi buen temperamento?

—Todo su buen temperamento termina revirtiendo en eso —dijo Sherringham—. Es un infierno de ruina y desolación... para los demás. No siente respeto. Estoy hablando del temperamento artístico, con la orientación y la plenitud de que disfruta el suyo. Es inescrupuloso, avasallador, caprichoso, desenfrenado.

—No sé qué decirle de eso; se puede ser bondadosa —razonó Miriam.

—Carece de importancia, con tal de tener fuerza —contestó Sherringham—. No se puede tener todo, y sin duda que hemos de entender que debemos

pagar por las cosas. Una organización espléndida para un fin determinado, como la suya, es tan infrecuente y rica y hermosa que no tenemos derecho a rezongar ante las condiciones que impone.

— ¿A qué se refiere con eso de las condiciones que impone? —requirió Miriam, volviéndose a mirarlo.

—Oh, a la necesidad de sentirse como en su propia casa, de acaparar espacio, de ponerse cómoda en el mundo, de estirarse bien y derribar a los demás sin importar dónde se hallen. Es un comportamiento desenvuelto y liberal; es el buen temperamento de que usted hablaba. Debe saquear y asolar y dejar por doquier huellas de su paso; debe vivir a costa de las tierras que sojuzgue. Y proporciona usted tales deleites que al final resulta bienvenida... ¡resulta infinitamente bienvenida!

—No lo comprendo a usted bien. Lo único que me preocupa es mi concepción artística —dijo Miriam.

—Es exactamente lo que pretendo; y todos debemos ayudarla en esa cuestión. Usted nos usa, nos obliga a realizar imposibles, nos deshace. Nosotros somos sus mesas y sus sillas, el simple mobiliario de su existencia.

— ¿A quiénes se refiere con eso de «nosotros»?

Sherringham soltó una carcajada, y respondió:

—Oh, no tema: habrá otros de sobra.

Miriam no hizo comentario alguno ante esto, pero pasado un momento exclamó de nuevo:

—Pobre Dashwood, encadenado a mamá; es como una silla coja que haya sido arrinconada.

—No lo dé por deshecho antes de que haya sido útil. Creo de veras que puede sacarse algo de él —prosiguió su acompañante—. De todos modos, usted me deshará a mí primero —añadió—, y a él, probablemente jamás en la vida.

—Y ¿por qué habría yo de honrarlo a usted tantísimo más?

—Porque soy un objeto mejor, ya se dará cuenta.

—Tiene, eso sí, la superioridad que la modestia confiere.

—Soy mejor que un saltimbanqui jovenzuelo; eso sí que tengo la suficiente vanidad para afirmarlo.

Ella lo miró con un rubor en la mejilla y un espléndido semblante dramático. Y dijo:

— ¡Cómo nos odia! Sí, en el fondo, por debajo de su pequeña afición, usted ¡nos odia! —repitió.

Él se sonrojó también, le sostuvo a ella la mirada, sondeó en ésta un instante, pareció admitir la imputación, y después dijo rápidamente:

—Déjelo; véngase conmigo.

— ¿Que me vaya con usted?

—Abandone este lugar; déjelo.

—Usted me trajo aquí, insistió en que debía ser sólo con usted, y por tanto ahora vamos a quedarnos —declaró ella, haciendo un gesto negativo con la cabeza y riéndose—. Debería usted saber mejor lo que en realidad desea, mi buen señor Sherringham.

—Sé lo que deseo... ahora lo sé. Véngase, antes de que ella llegue.

— ¿Antes de que ella llegue?

—Ella es éxito, la maravillosa Voisin, es triunfo, es logro absoluto: la despiadada y brillante puesta en práctica de lo que quiero apartar de usted. — Miriam lo miró en silencio, con el color inflamado todavía en el rostro, y él repitió—: Déjelo, déjelo.

Los ojos de Miriam se relajaron tras un instante; sonrió y después dijo:

—Es cierto, es usted mejor que el pobre Dashwood.

—Déjelo y vivamos para nosotros mismos, siendo nosotros mismos, de algún modo que pueda dar cabida a un refugio para la intimidad.

—Así y todo, verdaderamente nos odia —insistió la muchacha.

—No quiero parecer engreído, pero estoy seguro de que soy lo bastante bueno y complejo para tentarla. Soy un caro reloj moderno, provisto de un flamante motor con maravilloso mecanismo de escape incluido; por consiguiente, usted me hará añicos si puede.

— ¡Nunca, nunca! —dijo la muchacha, levantándose—. Me da la hora demasiado bien. —Se alejó de su compañero y se quedó contemplando el hermoso retrato, obra de Gérôme, de la pálida Raquel investida de los inmemoriales atributos de la tragedia. La apertura del telón se había llevado consigo a la mayoría de los presentes. Desde su asiento, Sherringham analizó un poco a Miriam, dirigiendo su mirada desde ella hasta la vivida imagen de la difunta actriz y considerando que su compañera no salía malparada de la yuxtaposición. Al poco se levantó y se acercó hacia donde estaba ella, quien le dijo—: Me pregunto si era esto lo que su primo tenía en la cabeza.

— ¿Mi primo?

— ¿Cuál era su nombre? El señor Dormer; aquel primer día en casa de Madame Carré. Propuso pintar mi retrato.

—Lo recuerdo. Yo se lo sugerí.

— ¿Estaría su primo pensando en esto?

—No creo que lo haya visto nunca. Me atrevería a decir que era yo quien sí que estaba pensando en esto.

—Pues cuando vayamos a Londres su primo debe pintarlo —dijo Miriam.

—Oh, no es urgente —contestó Sherringham.

— ¿No quiere usted mi retrato? —preguntó la muchacha, con uno de sus logrados efectos artísticos.

—No estoy seguro de quererlo de manos de usted. Y no sé muy bien qué es lo que él haría con usted.

—Su primo parecía tan inteligente; me cayó bien. Lo vi luego otra vez, durante la fiesta que usted organizó.

—Es un excelente muchacho; pero ¿qué se puede decir de un pintor que en busca de inspiración se va a la Cámara de los Comunes?

— ¿A la Cámara de los Comunes?

—Recientemente ha conseguido que lo elijan.

— ¡Cielos, qué lástima! Yo quería posar para él; ahora quizá no esté dispuesto a aceptarme, no siendo yo parte del Parlamento.

—Es mi hermana, mejor dicho, quien consiguió que lo eligieran.

— ¿Su hermana, la que estaba en sus habitaciones aquel día? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Caramba, es su prima, al igual que yo soy su primo. Y por añadidura — prosiguió Sherringham— se va a casar con él.

— ¿Casar? ¿De veras? Así es que él se dedica a pintarla a ella, imagino.

—No abusivamente, por lo que sé. El talento de mi primo en este terreno no es lo que ella más aprecia de él.

— ¿No es un talento grande, entonces?

—No tengo ni la menor idea.

— ¿Y en el terreno político?

—Apenas sabría decirlo. Es muy inteligente.

—Pero ¿sigue pintando?

—Seguramente.

Miriam volvió a contemplar el cuadro de Gérôme.

— ¡Es gracioso eso de que se haya metido en la Cámara de los Comunes! —exclamó—. Y ¿dice que es su hermana quien lo ha metido allí?

—Trabajó con él, le hizo la campaña electoral.

— ¡Ah, son ustedes una familia realmente curiosa! —exclamó la muchacha, volviéndose ante un ruido de pasos.

—Estamos perdidos: aquí llega Mademoiselle Voisin —dijo Sherringham.

Dicha celebridad se presentó sonriendo y dirigiéndose así a Miriam:

—He actuado para ti esta noche; me he esforzado al máximo.

— ¡Qué honor poder hablar con usted, poder darle las gracias! —musitó la muchacha, llena de admiración. Se sintió sobresaltada y deslumbrada.

—No me ha sido posible venir a verlos antes, pero ahora tengo un hueco libre, media hora —continuó la actriz. Grácil y pasiva, como si se sintiera un poco cansada, dejó, sin mirarlo, que Sherringham le tomara la mano y se la llevara a los labios. Entonces añadió—: Lamento hacerlos perderse a los demás: son tan buenos en este acto.

—Ya los hemos visto en otra ocasión, y no hay nada tan bueno como usted —respondió Miriam.

—Me gusta mi papel —dijo Mademoiselle Voisin, afablemente, todavía sonriéndole a nuestra joven con claros y encantadores ojos—. Una siempre lo hace mejor en ese caso.

— ¡Lo hace tan mal en otras ocasiones, ya se sabe! —bromeó Sherringham, para Miriam; causando que la actriz dirigiera una mirada de refilón, benévola e imprecisa, al autor de la frase, y que se produjera un pequeño silencio que, con ella, no era posible describir como turbación, sino más bien como un paso más en el gradual abandono de la afectación.

—Y es tan fascinante encontrarse aquí... ¡tan fascinante! —declaró Miriam.

—Ah, ¿te gusta nuestra casucha? Sí, estamos muy orgullosos de ella. —Y Mademoiselle Voisin sonrió de nuevo a Sherringham, de buen talante, como diciéndole: «Pues bien, aquí estoy; y ¿qué se espera de mí? No me pida que me lo invente yo solita; pero si usted me lo dice, lo llevaré a cabo». Miriam se maravilló ante el tono de discreta interrogación que había habido en la voz de la actriz: la ligera insinuación de sorpresa ante el hecho de que su «casucha» gustara. Ella ya había pasado a constituir una total estupefacción para Miriam,

debido a que en un examen de cerca parecía aún más perfecta; el cual no era el caso, por lo que ella sabía, de la mayoría de las actrices. Este hecho le resultó muy alentador a Miriam: ensanchó las ambiciones de una joven a punto de abrazar la profesión de las tablas. Tener tanto que mostrar ante las candilejas y, no obstante, quedar tanto para cuando se las abandonaba: eso era en verdad formidable. Los ojos de Mademoiselle Voisin, si se los escrutaba con detenimiento, eran todavía más agradables de lo que el alejado espectador habría podido suponer; y había en su porte general un acabado perfecto que al punto hizo que a Miriam le pareciera que ella misma, en comparación, era desproporcionada y basta y rugosa.

—Está usted encantadora esta noche, está usted especialmente encantadora —dijo Sherringham, con gran franqueza, traduciendo las propias impresiones de Miriam y al mismo tiempo proporcionándole a ésta una ilustración de la forma como se expresan los caballeros, al menos en París, en presencia de las estrellas dramáticas. Miriam pensaba que ya conocía muy bien a su amigo, y que ya había sido testigo del grado hasta el cual, en estas circunstancias, podían incrementarse las familiaridades de éste; pero su forma de dirigirse a la mujer esbelta, distinguida y armoniosa que tenían ante sí había presentado unas características diferentes, el indicio de un tratamiento peculiar. Si Miriam sintió aprensión alguna de que una tal franqueza pudiera ser considerada excesiva, fue disipada por el modo como Mademoiselle Voisin repuso:

—Oh, una es siempre lo bastante buena cuando ya ha quedado definitivamente conformada; una es entonces exactamente igual siempre.

Aquello sirvió como ejemplo del buen gusto con que una estrella dramática podía recibir cumplidos que no descollaban por su originalidad. Miriam resolvió en aquel mismo instante que tal sería el modo como ella los recibiría. La gracia y el encanto de su recién conocida resultaban aún mayores por el hecho de que su magnético esplendor, al cual su poseedora aludía como artificial, era el resultado de una aplicación cuasicientífica tan consumada, que no poseía ni un ápice de la grosería de una máscara. La constatación de todo esto causó excitación en nuestra joven aspirante, y dicha excitación salió al exterior concretada en la siguiente pregunta, que le pareció cruda a ella misma en cuanto la hubo formulado:

— ¿Ha actuado usted para mí? ¿De qué me conoce? ¿Quién soy yo para usted?

—Monsieur Sherringham me ha hablado de ti. Afirma que no somos nada a tu lado; que vas a ser la gran estrella del futuro. Me siento orgullosa de que me hayas conocido.

—Por supuesto, es lo que le digo a todo el mundo —le dijo Sherringham, una pizca torpemente, a Miriam.



—Me lo creo ahora que te he visto. Je vous ai bien observée —continuó la actriz, con su tono dulce y conciliador.

Miriam miró de uno de sus interlocutores al otro, como si para ella hubiese un regocijo en este informe sobre los comentarios de Sherringham, regocijo acompañado empero, y parcialmente mitigado, por una visión más nítida de lo que se pueden traer entre manos un secretario de embajada y una criatura tan exquisita como Mademoiselle Voisin.

— ¡Ah, son ustedes una gente maravillosa, una experiencia de lo más inolvidable! —suspiró Miriam.

—Estaba ansiosa por conocerte; él me había preparado. ¡Los dos somos tan buenos y viejos amigos! —dijo la actriz, con un tono cortésmente espontáneo y sincero; ante lo cual Sherringham le cogió de nuevo la mano y se la llevó a los labios, con una gentileza que el aspecto global de la actriz parecía exigir para con ella, una especie de consideración en el trato y cuidado en el manejo, como si fuera un objeto frágil y de valor incalculable, un instrumento que produjera sonos inhabituales, que había de ser manipulado, como un violín legendario, con respetuoso conocimiento de su rareza.

—Su camarín es tan precioso. Muéstrole su camarín —dijo Sherringham.

—Con mucho gusto, si ella está dispuesta a subir hasta él. Vous savez, c'est une montée.

—Sería lastimoso tener que infligírsela a usted —objetó Miriam.

—Comment donc? ¡Lo haré encantada con sólo que te apetezca un poquito!

Ambas intercambiaron pleitesías, casi podríamos decir mimos, en una reñida contienda para decidir quién trataba con más agradables modales a la otra. Fueron los modales de la actriz los que finalizaron por abrumar a Miriam: daban fe de tal práctica continuada, de tantísimo buen gusto, expresaban una concepción tan sumamente madurada de la urbanidad.

«No es de extrañar que ella actúe bien, cuando ocurre que posee ese tacto... ¡cómo adivina, cómo comprende, es tan fuera de serie, mon Dieu, mon Dieu!», se dijo Miriam mientras seguían a su anfitriona, entrando en otro pasillo y subiendo una ancha y desnuda escalera. La escalera era espaciosa y larga, y esta parte del edificio daba una impresión sombría y apagada, con la gravedad de una universidad o de un convento. Entraron en otro corredor, donde se hallaba una hilera de puertecitas, sobre cada una de las cuales había un rótulo con el nombre de una comedianta; y aquí el aspecto se volvió aún más monástico, como el de una serie de solitarias celdas. Mademoiselle Voisin condujo a sus amigos hasta su propia puerta, obsequiosamente, como si

anhelara mostrarse hospitalaria, dirigiéndoles sobre la marcha algunos amagos de explicación discretos y cordiales. Al llegar a su umbral el monasticismo se esfumó. Miriam se encontró de pronto en un refugio apacible maravillosamente tapizado, un nidito de luz de lámparas y delicada cretona. Exceptuando su par de considerables espejos, parecía un tocador menudo, con su dibujo a la acuarela de gran valor en cada panel de quebradizo material, su fuego crepitante, su deliciosa disposición ordenada. Era intensamente brillante y extremadamente cálido, incomparablemente hermoso e inmaculado. No había nada desperdigado. Una pequeña entrada exornada por un cortinaje daba a otra salita privada interior. A Miriam todo aquello le pareció regio; al punto convirtió el arte de la comedia en la cosa más distinguida del mundo. Era exactamente un lugar del tipo que ellas debían tener, destinado a los entreactos, si de verdad se quería que fueran grandes artistas. Era resultado del mismo proceso que había producido a la propia Mademoiselle Voisin; no es que nuestra muchacha hubiera dado con esta formulación concreta para expresar sus sensaciones, pero su mente se hallaba de veras anegada por una impresión de estilo, de refinamiento, de la larga continuidad de una tradición. La actriz dijo: «Voilà, c'est tout!», como si todo aquello no fuera gran cosa y hubiera incluso algo de reprobable en haberlos hecho desplazarse tanto para tan poco y en que se hubieran quedado allí todos aguardando y mirándose unos a otros hasta que fuera la hora de cambiarse de vestuario. Pero para Miriam había sobrada ocupación en estudiar lo que la actriz hacía y decía: estas cosas y la personalidad y el porte de ella, todo eso le parecía realmente exquisito visto en su aplicación práctica a esta ocasión. Hasta el momento, Miriam había tenido el prejuicio de que las actrices extranjeras eran en su mayoría del tipo cabotin; pero su anfitriona le recordaba muchísimo más a una princesa que a una cómica. Seguramente estaba acostumbrada a hacer las cosas a su capricho, y sin vacilar: Miriam no lograba imaginársela inmersa en las tentativas y humillaciones de los ensayos. Todo en ella había sido cribado y cincelado, su tono era perfecto, su cordialidad total, y habría podido ser sin problema la adorable y joven esposa de un secretario de Estado recibiendo a una pareja de extranjeros de alto rango. Miriam escudriñaba todos sus movimientos. Y es que, como había dicho Sherringham, estaba especialmente encantadora.

De improviso la actriz le dijo a Sherringham que no tenía más remedio que enviarlo a la porte: quería cambiarse de atuendo. Él se retiró y regresó al salón de descanso, donde Miriam quedó en reunirse con él tras permanecer aquellos pocos minutos más con Mademoiselle Voisin y bajar con ella. Sherringham aguardó a su compañera paseando de un lado para otro y haciendo cábalas; y cuando al poco rato Miriam se presentó, él le dijo:

—Por favor, no vuelva para ver el resto de la obra. Quédese aquí. —Ahora tenían el salón de descanso virtualmente para ellos solos.

—Yo quería quedarme aquí. Lo prefiero. —Miriam volvió a colocarse junto a la repisa de la chimenea, de por encima de la cual pendía el frío retrato de Raquel, y Sherringham se acercó a ella, diciéndole:

—Hablaba en serio cuando dije lo de antes.

— ¿Lo que le dijo a la Voisin?

—No, no: lo que le dije a usted. Déjelo y viva conmigo.

— ¿Dejarlo? —Y la muchacha volvió su expresión hacia él teatralmente.

—Déjelo y me casaré con usted mañana mismo.

— ¡Es un momento excelente para proponérmelo! —se burló ella—. Y el lugar adecuado.

—De veras adecuadísimo, y por eso hablo: es un lugar que lo obliga a uno a escoger, que lo pone todo ante uno.

—Que lo obliga a usted a escoger, querrá decir. Me siento muy halagada, pero yo no tengo ninguna elección que hacer —dijo Miriam riendo.

—Sería usted lo que mejor le pareciera... excepto esto.

— ¿Excepto lo que más ansío? Me siento muy halagada.

— ¿No le importo nada? ¿No siente ninguna gratitud hacia mí? —preguntó Sherringham.

— ¿Gratitud por quitarme la copa dorada de los labios con toda amabilidad? Ansío ser lo que ella es, lo ansío más que nunca.

— ¡Ah, lo que ella es! —replicó él con irritación.

— ¿Quiere decir que no soy capaz? Ya veremos si no lo soy. Cuénteme más sobre ella, cuéntemelo todo.

— ¿No ha visto por sí misma, no sabe juzgar?

—Es rara, es misteriosa —declaró Miriam, mirando al fuego—. No nos ha mostrado nada... nada de su verdadero ser.

—Tanto mejor, considerando el estado de la cuestión.

— ¿Hay otras cosas de todo tipo en su existencia? Es la impresión que tengo —continuó Miriam, alzando la mirada hacia él.

—No sabría decirle qué hay en la existencia de una mujer semejante.

— ¡Imagínelo... siendo tan perfecta como es! —exclamó la muchacha, pensativamente—. ¡Ah, ella me ha dejado fuera, me ha dejado fuera! Sus modales encantadores son en sí mismos una especie de desprecio. Son un abismo, son la muralla china. Tiene un lustre contundente, una superficie

inimitable, como ciertas porcelanas maravillosas que cuestan más de lo que una puede hacerse idea.

—Y ¿quiere usted volverse así? —preguntó Sherringham.

—Si pudiera, me encantaría. Siempre se puede intentar.

—En tal caso, debe actuar mejor que ella —dijo Sherringham.

— ¿Mejor? Me parecía que deseaba usted que lo dejara.

— ¡Ah, no sé qué es lo que deseo, y usted me atormenta y me vuelve del revés! Lo que deseo es a usted misma.

—Oh, cálmese —dijo Miriam, con gentileza. Y agregó que Mademoiselle Voisin le había pedido a ella que fuera a visitarla a su casa; a lo cual contestó Sherringham, con cierta sequedad, que a Miriam probablemente acabaría por no parecerle necesario. Esto la hizo quedarse mirando extrañada y preguntar —: ¿Quiere decir que es preferible abstenerse teniendo en cuenta los prejuicios de mi madre?

—Diga mejor, esta vez, teniendo en cuenta los míos.

— ¿Lo dice porque ella tenga amantes?

—Sus amantes no son de nuestra incumbencia.

—No son de la mía, ya veo. ¿Conque ha sido usted uno de ellos?

—No ha habido tanta suerte.

— ¡Qué lástima! Me habría gustado verlo. Una debe verlo todo, para ser capaz de hacerlo todo. —Y como él le inquiriera qué era lo que le habría gustado ver, ella contestó—: El modo como una mujer de esa clase recibe a los buenos y viejos amigos.

Sherringham soltó un gruñido ante esto, que al mismo tiempo fue en parte una carcajada, y, dándose la vuelta y dejándose caer sobre un asiento, exclamó:

— ¡Será usted capaz de hacerlo todo, es obvio!

Se quedó allí sentado unos instantes, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos. Miriam prosiguió contemplando el retrato de Raquel; después de lo cual requirió:

—Una mujer semejante a ésa, ¿no recibe a... no recibe a todo el mundo?

—A todo el mundo que acepta ir a verla, sin duda.

—Y ¿quién acepta?

—Cantidad de hombres... hombres inteligentes, hombres eminentes.

— ¡Ah, qué vida tan deliciosa! Entonces; ¿es que nunca sale?

—No, en el sentido que los filisteos solemos darle a esa palabra: no se la admite en sociedad, nunca. Nunca pisa el salón de una dama.

—Qué extraño, cuando se es tan sumamente distinguida, salvando que de ese modo debe de evitarse una buena cantidad de estupideces y corvées. Entonces ¿dónde aprende tales modales?

—Ella enseña modales, à ses heures; no necesita aprenderlos.

— ¡Ah, Mademoiselle Voisin me ha dado tantas ideas! Pero en Londres las actrices sí son admitidas en sociedad —insistió Miriam.

— ¡Oh, en Londres nous mêlons les genres!

—Y ¿no me admitirían a mí... quiero decir, si estuviera interesada en que me admitiesen?

—Tendrá usted todas las facilidades del mundo para abrirse paso. No lo dude.

—Y ella, ¿no se siente excluida? —preguntó Miriam.

—Excluida ¿de qué? Vive la más plena de las existencias.

— ¿La más plena?

—Una intensa vida artística. Los hombres más inteligentes de París discuten con ella su labor; los principales dramaturgos comentan con ella temas y personajes y cuestiones de tratamiento. Vive en el mundo del arte.

—Ah, el mundo del arte... ¡cómo la envidio! ¡Y usted me ofrece una cosa como Dashwood!

Sherringham se levantó a causa de la conmoción recibida:

— ¿Que yo le ofrezco...?

Miriam rompió a reír.

— ¡Qué cara se le ha puesto! —exclamó—. Digamos entonces que usted me ofrece a sí mismo como compensación por renunciar a todas estas cosas.

—Hija mía, también yo soy un hombre muy inteligente —dijo él, sonriendo, si bien consciente de que por un instante se había quedado boquiabierto.

—Lo es, lo es; me deleita. ¿Nada de damas en absoluto, nada de femmes comme il faut? —comenzó Miriam de nuevo.

—Ah, ¿qué importan ellas? ¡Lo único que debe preocuparla es su concepción artística! —espetó él con inconsecuencia y con una pequeña

irritación, al oírla tocar de nuevo aquella nota frívola.

— ¡Es usted un cielo: vuelve a hablar con su encantador buen sentido! ¿Qué es lo que quiere de mí en conclusión?

—La quiero a usted para mí solo... no para los demás; y ahora, a tiempo... antes de que se haya hecho nada.

—En ese caso, ¿por qué me ha traído aquí? Ya se ha hecho todo; esta noche lo sé.

—Yo sí que sé de qué modo debería usted considerarlo... si es que le parece que exista alguna razón para considerarlo —afirmó Sherringham.

— ¡Qué fácil de decir! Creía que usted apreciaba de veras el teatro —dijo Miriam, arteramente.

— ¿No quiere que yo llegue a ser una persona eminente?

—Y ¿no quiere usted que llegue a serlo yo?

—Lo sería: compartiría mi fama.

—Al igual que compartiría usted la mía.

— ¿Como el marido de una actriz? ¡Sí, ya me lo estoy imaginando! — exclamó Sherringham, con un sincero timbre de aversión en la voz.

—Sería una situación ridícula, ¿verdad que sí? Pero si es usted demasiado insigne para ello, ¿para qué seguir hablando? ¿No creía que yo tenía tanta importancia? —inquirió Miriam. Su acompañante se quedó mirándola, y ella dijo de improviso con un tono diferente—: Ah, ¿por qué hemos de pelearnos, cuando ha sido usted tan atento, tan generoso? ¿No podemos ser para siempre amigos, los más inquebrantables amigos?

Su voz había descendido a la más dulce de las cadencias y su mirada se reveló agradecida y bondadosa mientras se posaba sobre él. A veces ella decía las cosas con tal perfección que parecían fingidas, pero en este caso Sherringham se sintió movido a reaccionar positivamente y a expresarse en consecuencia. No obstante, justo en el momento en que iba a hacerlo, hubo de pronunciar palabras de muy distinto tenor:

— ¡Cuidado, que viene Dashwood!

El acompañante de la señora Rooth entró por la puerta. Había regresado para decirles que en verdad ya era hora de que lo relevaran.

La señora Dallow se había trasladado a Londres poco después de la inauguración de las sesiones del Parlamento; para nadie era un secreto que aquella institución le gustaba, y, como es natural, en las condiciones presentes no habría podido resultarle menos atractiva. Pero ahora se preparaba para marcharse de sus cercanías con motivo de las vacaciones de Semana Santa, no para regresar a Harsh, sino para tributar un par de visitas a mansiones campestres. Empero, no dejó la ciudad en medio de la multitud —nunca hacía nada en medio de la multitud—, sino que aguardó hasta el lunes inmediato al cese de las actividades parlamentarias; haciendo frente con compostura, en Great Stanhope Street, a los horrores, tal como se la había enseñado a considerarlos, de un domingo fuera de temporada. Hizo lo que pudo para mitigarlos, mandando invitaciones para cenar con ella esa velada a un puñado de «casos aislados». Otros componentes más de esta afligida clase buscaron refugio en Great Stanhope Street durante la tarde, y también a éstos los invitó en su mayoría a volver a las ocho en punto. Hubo por lo tanto casi demasiada gente a la hora de cenar: acudieron incluso una o dos esposas. Nick Dormer vino a cenar, pero no había estado presente durante la tarde. Cada una de las personas que ahí se hallaban había dicho al entrar: «Con que no se ha ido usted... me alegro muchísimo». La señora Dallow había respondido «No, no me he ido», pero en ningún caso añadió que se alegraba, ni ofreció tampoco una explicación de su permanencia. Nunca ofrecía explicaciones: siempre daba por sentado que nadie sabía inventárselas tan bien como quienes tenían la llamativa afición a desearlas.

Y en este caso había estado en lo cierto, pues es probable que pocos de sus invitados dejaran de decirse para sus adentros que el que ella no se hubiera ido había tenido algo que ver con Dormer. Aquello podía servir como explicación del hecho para muchos de los invitados de la señora Dallow, que considerados globalmente no eran patológicamente analíticos; en especial para quienes vieron sin ninguna sorpresa que Nick asistía a la cena. La presencia de él en los convites de esta dama, acudiendo a su casa siempre que, como reza el dicho, se encendían las velas, se tomaba como señal de que había algo bastante de particular entre ellos dos. Nick le había dicho a Julia más de una vez que la gente se preguntaría por qué no se casaban; pero se equivocaba a este respecto, dado que había muchas de las amistades de ambos a las que jamás se les habría ocurrido que la situación de él pudiera verse mejorada mediante tal ceremonia. Que fueran primos era un hecho no tan evidente para los demás como para ellos mismos, a consecuencia de lo cual daban una impresión de notable intimidad. La persona que veía más claro en este asunto era la señora Gresham, que vivía tan inmersa en el mundo que el que las personas se vieran a solas había llegado a considerarlo la prueba definitiva de la existencia de un aprecio que excediera las exigencias de la etiqueta. Sabía

muy bien que si ella misma hubiera estado liada secretamente con un muchacho tan cordial como Nick Dormer, se las habría arreglado para que los eventos públicos no adquirieran tal relevancia en sus relaciones; conque tenía su secreta dosis de desdén hacia la estupidez de los individuos cuya idea de lo que podía existir entre Nick y Julia Dallow se basaba en el hecho de que él siempre estuviera presente en las fiestas de ella. «Si nunca lo estuviera, entonces podrían murmurar», se decía para sí. Pero es que la señora Gresham era hipersutil. A ella le habría parecido lo natural que Julia celebrara el breve intermedio en la sucesión de las sesiones parlamentarias yéndose a Harsh y asegurándose la compañía de Nick allí durante una quincena; evaluaba los presentes planes de la señora Dallow como un sustitutivo más bien pobre en comparación: su proyecto de pasar las vacaciones en las residencias de otras personas, a donde Nick también había prometido acudir. La señora Gresham era una romántica; se preguntaba dónde estaba la gracia de conformarse con meros retazos y fragmentos sueltos, con unos proyectos vacacionales de lo más vulgares y comunes, cuando existía la posibilidad de gozar de días largos y tranquilos à deux... proyectos vacacionales la mitad de cuyo carácter esencial, además, estribaba en lo que excluían. Empero, entre la señora Dallow y su extraño pariente había aún más temas sujetos a una carencia de decisiones terminantes de lo que podía concebir incluso la excelente perspicacia de la señora Gresham. No estuvo ésta presente el Domingo de Ramos a la hora de la cena en Great Stanhope Street; pero, de haber estado, la singular impenetrabilidad de Julia ante las tentativas de observación la habría hecho desistir de desear quedarse en el salón —como sí hizo Nick— después de que se hubiera marchado el resto de la concurrencia. Puedo agregar que los conocimientos que la extrema curiosidad de la señora Gresham había reunido la habrían instigado igual de poco a hacerlo. Habría dado por supuesto que la pareja deseaba quedarse en mutua compañía a solas, aun cuando habría considerado esto tan sólo un «retazo».

Los invitados se habían quedado hasta tarde, y ya era cerca de las doce cuando Nick, de pie junto al fuego de la habitación, que por fin había quedado totalmente desalojada, exclamó para su compañera:

—Vamos a ver, Julia, ¿cuánto tiempo esperas que esté aguantando esta situación? —La señora Dallow no contestó; se limitó a echarse hacia atrás en su asiento con su mirada puesta en la de él. Él le sostuvo la mirada un instante; después se volvió hacia el fuego y lo contempló durante otro rato. Pasado el cual se enfrentó con la señora Dallow de nuevo, clamando—: ¡Es tan absurda... es tan estúpidamente absurda!

Ella siguió sin decir nada, pero al cabo de unos instantes por fin habló sin contestarle:

—Te espero el martes, y me gustaría que vinieras en buena disposición de



ánimo.

— ¿A qué te refieres con eso de en buena disposición de ánimo?

—Me refiero a que desearía que hasta el último momento no te marcharas, de modo que pudiéramos dar un pequeño paseo o algo por el estilo.

— ¿Qué es eso de un pequeño paseo o algo por el estilo? Caramba, si manifiestas tan magnas expectativas de mi visita a Griffin, me pregunto si realmente te apetece que siquiera me presente allí.

La señora Dallow vaciló un instante; después exclamó:

— ¡Sabía que detestabas Griffin!

—Me provocas para que lo haga —dijo Nick—. Lo intentas, me da la impresión.

—Y detestas Severals todavía más. Te zafarás del compromiso si puedes —prosiguió la señora Dallow.

— ¿Si puedo? ¿Qué va a impedírmelo?

—Le has dado tu palabra a Lady Whiteroy. Pero por supuesto eso no representa nada.

—Me importa un bledo Lady Whiteroy.

—Y me has dado tu promesa a mí. Pero eso representa todavía menos.

—Es absurda... es verdaderamente de lunáticos —dijo Nick, con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en el techo.

Se produjo otro silencio, al cabo del cual la señora Dallow comentó:

—Habrías podido contestarle al señor Macgeorge cuando estuvo hablándote.

—El señor Macgeorge... ¿A qué viene eso ahora?

— ¡Viene a que tienes una curiosa forma de desear hacer progresos!

Nick rompió a reír.

— ¡Estamos buenos, Julia, si eres tú quien va a dar lecciones sobre hacer progresos! —exclamó—. Supongo que te refieres, en otras palabras, a dar caba.

— ¿Por qué yo no?

—Porque eres incapaz de hacer nada indigno. Te resulta imposible adoptar un comportamiento adulator para conseguir algo; por consiguiente, ¿cómo puedes esperar que yo lo haga? Te vuelves más austera, más seca, cuanto más pueda haber en juego.

La señora Dallow saltó de su silla como un resorte y se acercó a él diciendo:

—Hay una única cosa en el mundo que yo quiera conseguir, lo sabes muy bien.

—Sí, quieres tantísimo conseguirla que no estás dispuesta a aceptarla ni aunque te obliguen. En serio, ¿cuánto tiempo esperas que lo soporte? —repitió Nick.

—No te he pedido que hagas nada indigno —dijo ella, de pie frente a él—. Si yo no me comporto inteligentemente en cuestión de las cosas que me atañen, razón de más para que tú sí lo hagas.

— ¿Si no te comportas inteligentemente, mi querida Julia? —Nick, de pie muy cerca suyo, puso las manos sobre los hombros de ella y la zarandeó ligeramente con una mezcla de ternura y rabia—. ¡Te comportas lo bastante inteligentemente como para averiguar cómo ponerme furioso, más de una vez!

Ella abrió y cerró su abanico, contemplando este objeto mientras se sometía a aquella violencia atemperada. Y después dijo:

—Todo lo que quiero es que, cuando te hable un hombre como el señor Macgeorge, no des la impresión de sentirte mortalmente aburrido. Antes resultabas encantador en este tipo de situaciones. Y ahora no parece sentir interés hacia nada. Durante la cena de esta noche apenas has despegado los labios; los has tratado a todos como si sólo hubieras estado deseando que se marcharan.

—Es que he estado deseando que se marcharan. ¿No te he contado un millón de veces lo que opino de tu tertulia?

—Entonces ¿cómo quieres que sea mi vida? —preguntó la señora Dallow—. ¿No puedo tener ni un solo ser vivo en la casa?

—Tantos como gustes. Tu libertad es absoluta, y por lo que a mí respecta siempre lo será. Sólo que cuando me desafías y me pones a prueba (inmerecidamente, en mi opinión) me veo forzado a reconocer la sencilla verdad: que muchas de tus amistades no me producen alborozo.

— ¡Oh, tu idea de cómo han de ser las personas agradables! —exclamó Julia—. Me gustaría conocerla a fondo de una vez por todas.

—Puedo decirte cómo no han de ser: no han de ser como el señor Macgeorge. Es, hasta un extremo casi grotesco, un ser limitado.

—Va a ser lo que tú nunca serás... a menos que cambies.

—Ser lo que el señor Macgeorge es: la perspectiva no resulta en demasía de mi agrado. Por tanto, ¿para qué voy a cambiar? —requirió Nick—. No

obstante, no ha sido ni lo más mínimo mi intención mostrarme descortés con él, y no creo haberlo sido —prosiguió—. Con toda buena fe te aseguro que he empleado a fondo mi capacidad, aunque pensándolo bien quizá no tenga mucha; pues por lo visto no valgo gran cosa como comediante.

— ¿Que quizá no tengas mucha? Cuando dices cosas así es cuando resultas enojosamente hartante. ¡Como si hubiese algo que no tuvieras en abundancia o que no pudieras tener!

Nick se volvió de espaldas a su anfitriona; dio unos cuantos pasos impacientes por la habitación, mirando hacia la alfombra, otra vez con las manos en los bolsillos. Luego regresó hasta el fuego formulando la siguiente observación:

—Es más bien duro que a uno lo juzguen inepto cuando ha intentado representar tan primorosamente su papel. —Hizo una pausa, posando su mirada sobre la de la señora Dallow; después continuó, con una resonancia en la voz—: He puesto en peligro la salvación de mi alma, o por lo menos he dejado exhausto mi cerebro, a causa de todas las cosas que no me interesan que he tratado de hacer, y de todas las cosas que detesto que he tratado de ser, y de todas las cosas que nunca podré ser que he tratado de aparentar que soy: todos los fingimientos e imitaciones, todas las imposturas e hipocresías en que me he metido hasta el cuello; ¡y al final resulta (¡me está bien empleado!) que mi recompensa es sencillamente enterarme de que no soy un buen farsante ni la mitad de lo necesario!

La señora Dallow apartó de él la mirada en el momento en que él pronunció estas palabras; se puso a mirar al reloj que había detrás de él y observó digresivamente:

—Lo siento mucho, pero me parece que harías bien marchándote. No quiero que te encuentres aquí pasada la medianoche.

— ¡Ah, lo que quieres y lo que no quieres, y dónde una cosa empieza y la otra acaba!... ¡todo eso es un misterio impenetrable! —declaró el muchacho. Pero no siguió recensionando la alusión a su partida, sino que añadió con un tono distinto—: ¡«Un hombre como el señor Macgeorge»! Cuando dices una cosa como ésa, de una cierta forma peculiar, me gustaría ponerte ante un pelotón de fusilamiento.

La señora Dallow se quedó mirando fijamente; por un instante habría podido semejar que trataba de parecer estúpida.

— ¿Cómo voy a evitarlo —dijo—, si de aquí a unos años es seguro que estará al frente de cualquier gobierno liberal?

—No podemos evitarlo, está claro, pero podemos evitar hablar de ello —

sonrió Nick—. Si no lo mencionamos, es posible que pase inadvertido.

—Estás tratando de ponerme furiosa. Estás en uno de tus momentos sádicos —observó la señora Dallow, apagando de un soplido una vela que ardía con goterones sobre la repisa de la chimenea.

—Que estoy exasperado, ya he disfrutado con suma vehemencia del honor de hacértelo saber. No obstante, sigo manteniendo que me he conducido irreprochablemente durante la cena. No me interesa que pienses que voy a estar siempre igual de bien.

—Parecías sentirte tan ajeno a todo; estabas tan melancólico como si toda esperanza te hubiera abandonado sobre esta tierra, y no hiciste ni una sola intervención en ninguna de las discusiones que tuvieron lugar. ¿Crees que no me fijo en ti? —preguntó la señora Dallow, con una ironía atemperada por una ternura que no consiguió disimular satisfactoriamente.

— ¡Ah, amor mío, las cosas en que te fijas! —exclamó Nick, riéndose y ocasionando una pausa. Pero añadió al siguiente instante más seriamente, como si su tono anterior hubiese sido irrespetuoso—: Me sondeas hasta el fondo, no cabe duda.

—No hace falta que te vengas ni a Griffin ni a Severals si no quieres.

— ¡No vayas tú tampoco; quédate conmigo!

Ella se acaloró al instante al decir él esto, y exclamó:

— ¡Señor, cómo odias los lugares relacionados con la política!

— ¿Cómo puedes decir eso, si de un extremo al otro del año me paso todas las dichas veladas en uno?

—Sí, y es el que más odias de todos.

—Igual que la mitad de los que allí están. Hay que cargar con tantas cosas, tantas personas, tanta mise-en-scène, y que vivir en un espectáculo perpetuo semejante —continuó Nick—. ¡Movimiento perpetuo, visitas perpetuas, gentíos perpetuos! Si uno va al campo, hay que ver a cuarenta personas cada día y estar rodeado de ellas por todas partes a todas horas. La idea de quedarme dos semanas tranquilo aquí en la capital, en un momento en que gracias a una superstición feliz aunque idiota todo el mundo se va, me desconcierta y atemoriza. Y pensar que es el momento ideal, el sitio ideal, para poder trabajar un poco y sentirse en posesión del alma propia.

Esta alocución animosa evidentemente cogió a la señora Dallow algo desprevenida; pero esta dama fue lo bastante sagaz para, en lugar de intentar una réplica generalizada, ceñirse por el momento a un único aspecto concreto y decir:

— ¿Trabajar? ¿Qué trabajo puedes llevar a cabo en Londres en un momento como éste?

Nick titubeó un poco.

—Podría contarte —respondió— que quiero estudiar y preparar un montón de asuntos, sentarme en casa y leer libros de informes oficiales; pero no sería eso lo que de verdad anhelo.

—Lo que de verdad anhelas ¿es ponerte a pintar?

—Sí, exactamente, ya que insistes en sacarlo a colación.

— ¿Por qué lo envuelves en tanto misterio? Estás en plena libertad de hacerlo —dijo la señora Dallow.

Extendió la mano para apoyarla en el manto de la chimenea, pero su compañero aprovechó la ocasión para interceptársela y para asirla entre las dos suyas mientras le decía:

—Eres encantadora, Julia, cuando hablas de esa manera; en esos instantes es cuando me doy cuenta de por qué te quiero. Pero no estaré en libertad de hacerlo si voy a Griffin, si voy a Severals.

—Comprendo, comprendo —dijo Julia, reflexiva y gentilmente.

—Apenas he puesto el pie en mi estudio durante meses, y siento bastante nostalgia de él. La idea de dedicarle unos pocos días apacibles se ha apoderado de mí, en cuerpo y alma.

— ¡Parece tan extraño eso de que tengas un estudio! —se le escapó a Julia, hablando tan rápidamente que las palabras resultaron casi ininteligibles.

— ¿No suena absurdo, para el bien que me hace, o para el que hago en él? Naturalmente uno no puede dar a luz más que pintarrajos en las condiciones presentes: sin continuidad ni persistencia, con sólo unos pocos días por aquí y por allá. Debería avergonzarme de mí mismo, es verdad; pero hasta mis pintarrajos me interesan. «Guenille si l'on veut, ma guenille m'est chère». Pero estoy dispuesto a irme a Harsh contigo sin pensármelo, Julia —prosiguió Nick—; sería igual de maravilloso, si pudiéramos estar allí tranquilos, sin gente, sin un solo ser vivo; y de veras que me sentiría perfectamente satisfecho. Posarías para mí; sería la ocasión que ambos hemos deseado tan a menudo y que nunca hemos encontrado.

La señora Dallow hizo lentamente un gesto negativo con la cabeza, con una sonrisa que para Nick tuvo cierta intencionalidad, y dijo:

—Muchas gracias, amor mío; por nada del mundo me iría contigo a Harsh.

El muchacho la miró. Y le exigió:

— ¿Cuál es el problema, siempre que se plantea una cuestión de este tipo? ¿Tienes miedo de mí? —Ella retiró la mano rápidamente de entre las suyas, apartándose de él y volviéndole la espalda; pero él insistió—: Quédate conmigo aquí entonces, ahora que todo resulta tan propicio. Lo pasaremos divinamente: tendremos toda la ciudad, tendremos todo el día para nosotros solos. ¡Al infierno tus compromisos! Telegrafía diciendo que no irás. Nos alojaremos en mi estudio, posarás para mí todos los días. Ahora o nunca es nuestra alternativa; ¿cuándo volveremos a disponer de una oportunidad semejante? ¡Piensa en lo encantador que será! Haré que te mueras de ganas de que dé a luz algo realmente bueno.

—No puedo cancelar lo de Griffin, es imposible —repuso la señora Dallow, apartándose un poco más, dándole la espalda aún.

—Entonces ¿es que tienes miedo de mí, ni más ni menos?

Ella se dio la vuelta rápidamente, muy pálida, diciéndole:

—Desde luego que sí; te felicito por averiguarlo.

Él avanzó hacia ella, y, por un instante, ella pareció realizar otro ligero amago de retirada. No obstante, éste fue apenas perceptible, y además no existía motivo alguno de alarma en el tono de ruego razonable con que Nick, mientras avanzaba hacia ella, le estaba diciendo:

—Pon término, Julia, a nuestra absurda situación; de veras que no podemos seguir así: no tienes derecho a esperar de un hombre que se sienta feliz o a gusto en una posición tan falsa. Se murmura de nosotros abyectamente... de eso podemos estar seguros; y sin embargo, ¿qué provecho sacamos nosotros de toda la situación?

— ¿Se murmura? ¿Qué puede importarme a mí?

— ¿Quieres decir que te es indiferente porque lo hacen sin fundamento? Precisamente por esa razón lo odio.

— ¿Qué quieres insinuar? —preguntó la señora Dallow, con súbita indignación.

—Cásate conmigo mañana mismo. Cásate conmigo la semana que viene. Acabemos con este experimento extravagante y seamos felices.

—Déjame ahora, vuelve mañana. Te enviaré recado. —Ella tuvo un aire de súplica en este momento, como antes lo había tenido él.

— ¡No tienes derecho a resignarte a la idea de que uno parezca «sentirse tan ajeno a todo»! —dijo Nick con sorna.

—Ven mañana, después de comer —persistió la señora Dallow.

— ¿Para que se me diga que tengo que esperar seis meses más y luego se me mande de vuelta a casa? ¡Ah, Julia, Julia! —protestó el muchacho.

Hubo algo en esta sencilla exclamación —había parecido perfectamente espontánea y nada calculada— que fue evidente que, al punto, causó una gran impresión en su interlocutora.

—No tendrás que esperar más —dijo ésta tras un breve silencio.

— ¿Qué debo entender con eso?

—Dame unas cinco semanas... digamos hasta la fiesta de Pentecostés.

—Cinco semanas no son moco de pavo —sonrió Nick.

—Hay asuntos que solucionar, tienes que comprenderlo.

—Lo único que comprendo es cuánto te quiero.

— ¡Nick de mi vida! —dijo la señora Dallow; ante lo cual él la estrechó entre sus brazos.

—Recuerda que acabo de obtener tu promesa de que de aquí a cinco semanas nos casaremos —recalcó él, cuando ella quedó libre.

—Determinaremos eso: el día exacto; hay asuntos que considerar y que solucionar. Ven a comer mañana.

—Vendré pronto. Vendré a la una —dijo Nick; y por un momento se quedaron inmóviles sonriéndose el uno al otro.

— ¿Te crees que a mí me gusta esperar, más de lo que te gusta a ti? —preguntó la señora Dallow.

— ¡Ya no me siento tan ajeno a todo! —exclamó él a modo de respuesta—. Por supuesto ahora te quedarás, ¿verdad? ¿Cancelarás tus visitas?

Ella le había asido la solapa de la chaqueta; la había conservado en su mano incluso mientras se desligaba de su abrazo. Había una flor blanca en el ojal de Nick, que ella miró y con la cual jugueteó por un momento antes de decir:

—Tengo una idea mejor; no hace falta que vengas a Griffin. Quédate en tu estudio; haz como te plazca; pinta docenas de cuadros.

— ¿Docenas? ¡Será bárbaro! —exclamó Nick.

El epíteto contuvo por lo visto una insinuación cariñosa al sentir de la señora Dallow; en todo caso la movió a permitirle besarla en la frente, la movió a decir:

— ¿Qué diantres quiero yo sino que hagas totalmente tu santa voluntad y

que seas tan feliz como el que más?

Nick la besó otra vez, en otro sitio, al oír esto; pero a continuación inquirió:

— ¿Cuál es la noticia horrenda que me toca oír ahora?

—Me marcharé y cumpliré con mis visitas y regresaré.

—Y ¿me dejarás solo?

— ¡No seas falso! —dijo la señora Dallow—. Bien sabes que trabajarás mucho mejor sin mí. Te alojarás en tu estudio; no estaré presente para estorbar nada.

—No es eso lo que se espera de una modelo. ¿Cómo podré pintarte?

—Podrás pintarme todo el resto de tu vida. Seré una modelo perpetua.

—Creo que sabría pintarte sin necesidad de tenerte delante —dijo Nick, sonriéndole—. ¿Queda convenido, entonces, que me relevas de la obligación de ir a esos nefandos lugares?

— ¿Cómo podría insistir, después de todo lo que me has contado sobre el placer de reservarte para ti estos días? —preguntó con dulzura la señora Dallow.

—Eres la mejor mujer del mundo... aun cuando resulta verdaderamente insólito que tengas que marcharte precipitadamente justo en cuanto nuestro pequeño asunto quede fijado.

—Ya lo compensaremos de sobra en el futuro. Sé lo que me traigo entre manos. Y ahora, ¡vete!

La señora Dallow puso así fin a la escena, casi empujando a su visitante fuera de la estancia.

Fue ciertamente singular, dadas las circunstancias, que al sentarse en su estudio después de que Julia se hubiera marchado de la ciudad Nick Dormer no se sintiera, en lo concerniente a las tentativas de reproducir alguna forma hermosa, más desalentado a causa de la ausencia de una compañera que constituía tal encamación de la hermosura. Ella se había ido y él la echaba de menos, y no obstante sin ella el lugar estaba más lleno de lo que él quería ver allí. Había penetrado en la habitación afectado por una confusión de sentimientos, el más nítido de los cuales había sido una sensación de



liberación y de gozo. El estudio presentaba un aspecto mustio y abandonado y polvoriento, y los viejos bosquejos, conforme los fue descubriendo después de revolverlo todo, le parecieron aún más toscos que la última vez que se había aventurado a ponerles la vista encima. Pero en medio de estos papeles maltrechos y repudiados, a la luz obstruida e incolora procedente de una elevada ventana que daba al norte y que precisaba limpieza, degustó más intensamente la posibilidad de una felicidad considerable: le dio la impresión de que, como le había dicho a Julia, se sentía más en posesión de su propia alma. Era una frivolidad y una irresponsabilidad, era una puerilidad desperdiciar horas preciosas en pequeñeces manejando los vanos artilugios de un arte al que había renunciado formalmente; y una cierta vergüenza que había sentido al presentar su ruego ante Julia Dallow aquel domingo por la noche lo afligió ahora debido a la conciencia, no de aquello a que se iba a dedicar, sino de aquello que había postergado. Había dado la espalda a tareas serias, de tal forma que perder el tiempo en pequeñeces era todo aquello a que podía aspirar ahora. No podía ser provechoso, no podía ser nada aparte de ridículo, casi despreciable; mas le relajaba los nervios, tenía algo de la esencia de un vicio secreto. Nunca había sospechado que algún día habría de velar por sus nervios; pero esta contingencia le había sido revelada el día en que vio claro que estaba dejando escapar algo inapreciable. Se alegraba de no haberse visto obligado a justificarse ante las personas de talante dado a la crítica, pues habría podido ser asunto delicado. Las personas de talante dado a la crítica se hallaban en su mayoría ausentes; y, por otro lado, encerrado todo el día en su estudio, ¿cómo iba a tener la menor posibilidad de encontrárselas? Era, entre todos los lugares del mundo, aquél donde se sentía más inaccesible a sus electores. Esto constituía parte del placer: la conciencia de que por el momento no había moros en la costa y su mente estaba libre. Su madre y sus hermanas se habían marchado a Broadwood: Lady Agnes (la expresión suena brutal, pero era representativa de su estado de ánimo) no habría podido estorbar ni aunque hubiese querido. Él le había escrito tan pronto como Julia hubo dejado la ciudad, la había apercibido de que el día de su boda había quedado fijado: un alivio, para la pobre Lady Agnes, tras un período de intolerable desconcierto, de meditaciones taciturnas y esperas. Su madre, lo que tenía que decir ya lo había dicho el día de la votación en Harsh; era demasiado orgullosa para preguntar y demasiado discreta para «dar la tabarra»; así, pues, lo único que a la pobre le cupo fue sentarse a aguardar algo que no terminaba de llegar. La cesión incondicional de Broadwood había sido naturalmente una especie de soborno para la paciencia. Al principio ella había creído que el día en que tomara posesión de esa excelente residencia, Julia parecería de veras haber ingresado en la familia. Pero la donación había confirmado esperanzas tan sólo en la medida necesaria para hacer más amarga la decepción; y la inquietud era mayor proporcionalmente al hecho de que

Lady Agnes no lograba comprender la situación. Su hija Grace se mostraba muy ocupada con el tema y lo introducía en la conversación de un modo que le resultaba irritante a su señoría, quien había convertido en un ideal elevado el guardar silencio sobre el particular, pero que no obstante, a la larga, se sentía más infeliz cuando, a consecuencia de un rapapolvo, la muchacha no sugería absolutamente ninguna explicación que cuando las sugería estúpidas. Tranquilizaba un poco a Lady Agnes poder debatir sobre el misterio si podía guardar la apariencia de no haber comenzado ella.

La carta que Nick recibió de su madre en los inicios de la Semana Santa en respuesta a su importante comunicación fue la única que leyó en aquellos momentos; descontando por supuesto varias tarjetas que la señora Dallow le envió desde Griffin. Había cartas amontonadas, como él sabía muy bien, en Calcutta Gardens, que su criado tenía órdenes estrictas de no traer al estudio. Ahora Nick dormía en el dormitorio anexo a dicho retiro; se traía las cosas de Calcutta Gardens conforme las iba necesitando; y cenaba en su club, donde uno o dos amigos aislados aún presentes en la ciudad, viéndolo merodear por la biblioteca al atardecer, eran libres de suponer que una tal excentricidad no carecería de un astuto fundamento político. Cuando Nick pensó en su correspondencia postergada, recordó las convicciones del señor Carteret acerca de la cuestión de no «ir rezagado»; lo hicieron reír, en la habitación pictórica levemente dotada de eco, mientras se inclinaba sobre uno de los viejos lienzos que se había aventurado a exponer a la luz. Estaba resueltamente decidido, no obstante, a hacerse cargo de su correo antes de marcharse a pasar —como último detalle antes del reinicio de las sesiones— otro día en Beauclere. Hacerse cargo de su correo significaba en el lenguaje de Nick hacer pedazos los contenidos de sobres abiertos; el escribir contestaciones apenas estaba incluido en el concepto. Pero el señor Carteret nunca lo sospecharía. Nick ni siquiera se sintió movido a escribirle que el asunto con la señora Dallow estaba a punto de adoptar la forma que él había tenido la bondad de desear: se reservaba el placer de este anuncio para un encuentro personal.

La víspera del Viernes Santo, por la mañana, la tranquilidad de Nick fue interrumpida por unos golpes en el portal de su estudio, propinados por lo que parecía ser el puño de un bastón de paseo. Su criado no estaba, así que él mismo se dirigió a la puerta, preguntándose quién podría ser su visitante en un momento como ése, especialmente si pertenecía al tipo íntimo. Que era del tipo íntimo, lo indicaba a las claras la poca perseverancia del visitante a la hora de buscar la campanilla; pues había una campanilla, aun cuando requería una cierta labor de pesquisa. Al momento el misterio quedó disipado: el caballero que permanecía sonriéndole desde el umbral no era otro que Gabriel Nash. Dormer no había visto a este fantástico personaje durante varios meses, y no había tenido noticias de él más allá de la imprecisa información de que se

había ido de viaje por el extranjero. Este viejo amigo ya había preparado a Nick con suficiencia durante el episodio de su reencuentro en París para que éste tuviera un atisbo de lo imprevisibles que eran sus apariciones y desapariciones; y Nick no había dejado de percibir a su regreso de París que habría tenido ocasión de echarlo de menos si no se hubiese encontrado demasiado afanado como para encontrar dicha ocasión. En Londres, tras la aventura de Harsh, Gabriel no había reaparecido: no había cumplido ninguna de las promesas hechas la noche en que caminaron juntos hasta Notre Dame y conversaron sobre materias relevantes. Tenía que haberse inmiscuido en el destino de Nick, pero no se había inmiscuido; tenía que haberlo arrastrado en dirección contraria a la de la señora Dallow, pero no había habido arrastre; tenía que haberlo salvado, como él decía, y sin embargo Nick estaba perdido. Esta circunstancia constituía por demás la excusa que se daba Nick de su perdición: Nash no lo había ayudado y así era como el parlamentario por Harsh se había visto precipitado a ella. Había habido un momento en que Nick había deseado seriamente tenerlo a su lado: lo había considerado una influencia saludable. Sin embargo, cuando volvió en sí tras su elección, nuestro muchacho había reconocido que Nash muy bien había podido reflexionar sobre lo ingrato de un asunto tan escurridizo; había podido considerar que estaba dispensado de sus solemnes votos. Por supuesto, había sido particularmente si se daba la ocasión de un triunfo de los liberales, cuando Nash había amenazado con hacerse sentir; el impacto de una «tea» extraída de una cuestión candente sería mucho mayor si las llamas estuvieran aún en toda su furia. Sin embargo Nick no había esperado que Nash cumpliera al pie de la letra sus promesas, y había reconocido tan plenamente el derecho que tenía un esteticista de constitución saludable a hartarse de él que ahora se sintió lejos de tener intención de darle la bienvenida a su visitante con una salva de reproches. Se sintió mucho más preocupado por aprestarse a su propia defensa.

Gabriel no lo atacó, no obstante. Traía consigo tan sólo cortesía y benevolencia y un gran contento por haber obedecido a la voz sobrenatural — era en verdad un caso notable de tenencia de un sexto sentido— que le había susurrado que el camarada desertor que conociera en sus años mozos estaba en la ciudad. Nash acababa de regresar de Sicilia, tras haber pasado el invierno en el sur, de acuerdo con una costumbre arraigada en él, y se había sentido impulsado por una presciencia milagrosa, por desfavorable que hubiera podido parecer el momento, a ir a preguntar por Nick en Calcutta Gardens, donde le había sonsacado al criado de su amigo un domicilio que no era del dominio público. Le mostró a Nick cuán equivocado había sido temer reproches de él, y también le mostró cómo corrientemente hacía caso omiso de cualquier intervalo de separación y mantenía siempre el tono por el sencillo procedimiento de dar por supuestas un centenar de hermosas circunstancias.

Asimismo Nash se presentó más que nunca haciendo ostentación de sus inconfundibles características, haciendo que su amigo reparara una vez más en cómo ninguna remembranza de él, ninguna evocación de él en su ausencia, podía hacerle justicia. No era posible recordar a Nash sin tener la impresión de exagerarlo, y resultaba que luego se advertía al verlo de nuevo que la exageración se había quedado corta. Nash emergía procedente de un cúmulo de vaguedades (su Sicilia habría podido ser la Sicilia de El cuento de invierno), y obviamente sería reabsorbido por ellas; pero mientras duraba su presencia, ésta era lo bastante contundente y abrumadora. Resultaba muy concreto durante sus apariciones. Sus relaciones de amistad eran con la belleza, la elegancia y el arte de la conversación, como de costumbre, pero no era éste un círculo social que figurara en la Court Guide: a Nick le daba la sensación de que Nash conocía a «un montón de individuos de la tribu esteticista», mas éste aludía a ideas mucho más que a nombres y direcciones. Estaba cordial y jocosamente, tostado por el sol y lleno de anécdotas románticas. A Nick le pareció entender que Nash se había estado hospedando durante muchos días en una fortaleza construida por los sarracenos, donde su ocupación primordial había sido aguardar a que arreciara el viento del oeste. Gabriel conservaba toda la serenidad de sus convicciones, y se tomaba a broma, restándoles importancia, con una ausencia de afectación cuyo único defecto era en apariencia no ser lo bastante una virtud consciente, muchos de los objetos de estima compartida. Cuando Nick le preguntó qué había estado haciendo, él respondió:

—Oh, vivir, ya sabes.

Y el tono de estas palabras hizo que pareciera ofrendarlas como si fueran el testimonio de un triunfo magnífico. Su visita fue prolongada, quedándose a comer y después de comer, de modo que el pequeño estudio escuchó de una sola vez más conversación, y de alcances más amplios, que en todos los varios años anteriores de su existencia. Es una lástima que sólo sea posible transcribir aquí tan poco de su rico coloquio dado que aún falta por narrar una gran parte de nuestra historia; porque, conforme los acontecimientos posteriores siguieron su curso, este coloquio marcó verdaderamente (si se trata de una cuestión de aquilatar con exactitud el momento preciso) un cambio de rumbo en la situación personal de Nick Dormer. Nick estaba destinado a recordar posteriormente el acento con que Nash exclamó, cuando él le puso a la vista especímenes variopintos de sus primeros pinitos pictóricos:

— ¡Vaya, vaya, vaya!

Nick desvió la mirada con las mejillas encendidas, y dijo:

—Qué malos son, ¿verdad?

— ¡Ah, eres un ser abstruso! —completó Nash.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Te parece tu conducta la de un hombre de honor?

—A duras penas, probablemente. Pero ¡ten en cuenta que nadie los ha visto!

—Esa es tu villanía. C'est de l'exquis, du pur exquis. Vamos, mi buen amigo, esto es muy grave; qué desastre —dijo Gabriel Nash. Luego añadió, casi con sequedad—: Vas a tener la bondad de poner ante mi vista todas las paletadas de pintura, todos los bocetos y borradores que esta habitación contenga.

Con espléndido buen humor, Nick obró de acuerdo con lo solicitado. Volcó sus cajas y cajones, escarbó los contenidos de abultados portafolios, se subió a sillas para descolgar viejos lienzos que habían sido, por motivos de severidad crítica, colgados muy alto. Se mostró modesto y dócil y paciente e intrigado, y sobre todo terriblemente excitado: excitado con la perspectiva de arrancar un comentario aprobatorio en un momento tan tardío de su carrera. Fue de lo más extraña la forma en que en este instante se encontró atribuyéndole verdadera potestad a Gabriel Nash, atribuyéndole —entre otras atribuciones más confusas— la dignidad del juicio, la autoridad de la inteligencia. Nash era un ser ambagioso, pero una excelente piedra de toque. Los dos hablaron muy poco durante un rato, y tuvieron casi media hora de silencio, durante la cual, después de que Nick hubiera improvisado apresuradamente una pequeña exposición, sólo hubo chupadas rápidas de cigarrillos. El visitante anduvo por todo el lugar, mirando esto y aquello, alzando ensayos en sucio y depositándolos, haciendo una pregunta técnica, pescando del suelo con su paraguas en un rintero de bocetos desordenados. Nick aceptó con jocosidad el clima de suspense, pero hubo todavía más de dicho suspense en su corazón que en su rostro. Tan poca gente había visto su obra primeriza... casi nadie digno de consideración. Se había sentido avergonzado de ella, sin nunca mostrarla con el fin de solicitar un juicio, dado que era precisamente un juicio lo que mayor miedo le inspiraba. Ahora silbaba mientras dejaba que su acompañante se tomara su tiempo. Nick limpió entretanto paneles viejos frotando con la manga y aplicó humedecidas esponjas sobre superficies que habían acabado por volverse deslucidas. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan animado, por extraña que suene semejante afirmación en el caso de un muchacho cuya fecha de bodas había quedado por fin y gracias a sus acuciantes solicitudes recientemente fijada. Había permanecido en la ciudad para estar a solas con sus sueños, y de improviso, paradójicamente, la sensación de hacerlo le había llegado de manos de la compañía de Gabriel Nash.

—Nicholas Dormer —comentó por fin este personaje—, en cuanto a

magnitud de inmoralidad creo que nunca he conocido a quien te iguale.

—La expresión es tan bonita que vacilo en arriesgarme a arruinarla con mi deseo de que me la expliques.

— ¿No reconoces en algún grado el elevado concepto del deber?

—Si no lo encamo con una cierta solidez, soy un gran fiasco, pues precisamente en él me educaron —dijo Nick.

—En ese caso eres el fiasco más consumado del cual tenga noticia. La vida es repelente, después de todo.

— ¿Debo inferir que tú mismo reconoces obligaciones del orden a que aludes? —preguntó Nick.

— ¿Que si «debes inferir»? —Nash se quedó mirando fijamente—. Caramba, ¿no son acaso la mismísima llama de mi fe y las coplas de mi cantar?

—Mi querido amigo, el deber consiste en hacer, y me daba la impresión de que tenías una opinión bastante pobre del hacer, de que supone un destrozo del estilo propio.

—El hacer equivocadamente, en efecto.

—Pero ¿qué es lo que tú consideras «hacer acertadamente»? ¿Cuál es para ti en este terreno el instrumento para medir el grado de acierto?

—La conciencia que llevamos dentro: esa realidad fascinante, ecléctica, infinita, la más intensa que conozcamos. Pero debes tratar al oráculo con delicadeza si deseas hacerlo hablar. No debes entrar estrepitosamente en el templo con botas altas llenas de barro, y sin quitarte el sombrero, como los soldados de caballería puritanos pisotearon las queridas y viejas abadías. Hay que hacerlo lo mejor que se sepa para que nos diga lo que es acertado, y tu sacrilegio parece haber sido que no te has tomado ni siquiera las molestias más corrientes.

—No te tenía para que me explicaras estas cosas —sonrió Nick—. Pero mi idea del deber es hacer algo. Y si uno tiene demasiado miedo de que pueda ser lo equivocado, creo que es lícito dejar las cosas en paz.

—Ser equivale a hacer, conque si es un deber hacer algo, es un deber ser algo. ¿Me sigues?

—A gran distancia.

—Es un deber ser lo que uno es capaz de ser: serlo con plenitud y eficiencia —completó Nash—, descubrirlo y entenderlo, aceptarlo, asumirlo, abrazarlo: eso es el ideal de conducta, en eso consiste la vida.

—Y, suponiendo que uno sea un bruto o un borrico, alguien incapaz de ser nada, ¿dónde está la eficiencia?

—En la mismísima falta de inteligencia. En tales casos se está al margen de la cuestión; la cuestión ni siquiera existe; sencillamente uno se vuelve parte del deber de los demás. El bruto, el borrico, ni descubre, ni entiende, ni acepta, ni asume. Estos refinados procesos son en sí mismos lo que nos asigna a cada uno nuestra categoría. Instruyen, elevan, sostienen; de manera que, para no perder la oportunidad de beneficiarnos de ellos, debemos estar lo más despiertos posible. Debemos identificar cuál es en esta vida nuestro peculiar medio de expresión, el instrumento que cada uno de nosotros (cada uno de nosotros que posea algo) posee en su interior. Y luego debemos dominar el instrumento, aprender a tocarlo con perfección y maestría: eso es lo que yo llamo nuestro deber, lo que yo llamo el ideal de conducta, lo que yo llamo triunfo.

Nick escuchó con atención amistosa, y hubo en su rostro un aspecto de conformidad general cuando observó:

—Pero ¿lo tiene todo el mundo, ese instrumento individual?

—«Todo el mundo», mi querido amigo, es mucho decir, pues el mundo está repleto del más tosco remplissage. En el libro de la vida hay mucha paja, mucha, mucha: ha sufrido una lamentable labor de edición. Yo hablo de todo el mundo que sea alguien. Por supuesto hay instrumentos e instrumentos: flautitas trémulas para los pasajes a cargo de toda la orquesta y enormes cornets-à-piston para los grandes solos.

—Comprendo, comprendo. Y ¿cuál sería el instrumento que tienes tú?

Nash no vaciló ni un instante; su respuesta fue esplendorosamente pronta:

—Hablar a la gente exactamente igual que te estoy hablando a ti ahora. Para, por ejemplo, evitar que sea cometida una grave equivocación.

— ¿Una grave equivocación?

—Sí... para la raza humana. Me dedico a conversar, a conversar. Digo las cosas que los demás no dicen, que no pueden decir, que no quieren decir — continuó Gabriel con su inimitable franqueza.

—Si es cuestión de tocar con perfección y maestría, sin duda que las tienes —repuso su acompañante.

—Y tú no, ay; ése es el drama en este asunto, ése es el escándalo. Ésa es la equivocación que quiero transformar en acierto, antes de que se convierta en una vergüenza demasiado pública. Hace un rato, te he llamado magnamente inmoral a causa del espectáculo que ofreces, un espectáculo que hay que ocultar de las miradas de los niños puros e inocentes; el de un hombre que

reniega de su propio violín para hacer desatinos con el de uno de sus congéneres. No podemos permitirnos errores semejantes, no podemos tolerar tal descamo.

—Entonces, ¿crees que tengo un violín? —preguntó Nick.

— ¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Nick, permaneciendo de pie ante su visitante, con las manos en los bolsillos y un rubor en su rostro sonriente, y repitiendo, con diferente tono, la exclamación de Nash de hacía media hora.

—Me gusta tu talento; lo sopeso, lo aprecio, insisto en él —continuó Nash, entre bocanada y bocanada de su cigarrillo—. Para poder hacerlo tengo que ser un hombre capacitado, pero por fortuna lo soy. Pues, en un caso semejante, hacerlo es mi deber. Te vas a convertir en asunto mío durante una temporada. Por consiguiente —agregó Nash, beatíficamente—, no me digas que no acato las leyes morales.

— ¿Un Stradivarius? —dijo Nick en tono interrogativo y con los ojos abiertos a más no poder; estaba considerando, para sus adentros, hasta qué punto era esto diferente de estar en Griffin.

— ¡Un Stradivarius genuino! Todas estas obras que me has mostrado son singularmente interesantes. Tienes un talento de un linaje maravillosamente puro.

## 24

Gabriel Nash tuvo sobradas oportunidades posteriores para dilucidar esta y otras expresiones metafóricas, pues no sólo pasó varias de las horas centrales del día con su amigo, sino que regresó con el crepúsculo (cenaron juntos en un pequeño tabernucho extranjero del Soho, que le fue revelado a Nick en esta ocasión) y debatieron la gran cuestión hasta bien entrada la noche. La gran cuestión consistió en si, tras haber enseñado todas aquellas muestras de su capacidad de las que estaba ahora densamente sembrada la habitación donde se hallaban, Nick Dormer tenía justificado «tomarse en serio» el ejercicio del arte pictórico. Ésta puede parecerles a muchos de mis lectores una disquisición mezquina e incluso trivial, de escaso carácter heroico o romántico; pero no obstante fue llevada hacia un punto muy sutil por nuestros inteligentes jóvenes. Nick recelaba de que Nash exagerara su entusiasmo con vistas a jugarle una mala pasada al mundo de la política, a cuyas expensas tenía afición a divertirse (sin conseguir arruinar la citada organización, todo hay que decirlo), y le recordó que su actual acusación de inmoralidad era extrañamente incongruente con la ardiente esperanza que había expresado en París: la



esperanza de que el candidato liberal por Harsh saliera elegido. Nash respondió al principio: «¡Ah, por entonces yo no había estado aún en este lugar!», pero luego se defendió con mayor poder de convicción diciendo que no se quejaba de que Nick hubiera logrado ganar: se quejaba de su ostensible vacilación a la hora de mandar a paseo su escaño. Nick le pidió que no hablara de eso, y la honestidad le impidió poder abstenerse de decir: «La verdad es que no tengo valor para hacer lo que me sugieres». Hablaron entonces durante un rato de lo que Nick podía hacer, no de lo que no podía hacer: de los misterios y milagros de la plasmación y la representación; de los goces intensos y saludables de la vida artística. Nick hizo de nuevo, con mayor plenitud, su gran confesión: la de que su privado ideal de felicidad era llevar la vida de un gran pintor de retratos. Manifestó tan copiosa y lúcidamente sus consideraciones acerca de la materia que la propia exuberancia de Nash quedó acallada, y éste las escuchó casi como si hubiera estado escuchando algo completamente nuevo, por difícil que fuera concebir que existiese un punto de vista relacionado con tal cuestión con el cual no se hallara ya familiarizado.

—Ahí la tienes —dijo Nick en conclusión—, ésa es la desnuda y absurda verdad: que si yo hiciera exactamente lo que deseo, dedicaría mi vida a reproducir los continentes más o menos vacuos de mis congéneres. Así encontraría paz y gozo y sabiduría y valía, encontraría fascinación y una cierta sensación de triunfo: lejos del estrépito y la suciedad y las tretas, el mundillo de consignas de partido, congresos de partido, pactos de partido y deslealtades de partido... de patrañas, hipocresías y bonitas frases ininteligibles. La pureza y la serenidad del otro estilo de vida, del esfuerzo individualista por lograr algo, por dejar algo que siga proporcionando placer al hombre mucho después de que los griteríos se hayan apagado hasta no ser más que la ínfima sombra de un eco... una visión semejante me subyuga en ciertos momentos con poder casi irresistible.

Mientras daba salida a estas observaciones, Nick estaba repantigado en un gran diván, con una de sus largas piernas completamente doblada. Su visitante se paró ahora enfrente de él, tras haber estado paseando por toda la habitación imprecisa y discretamente, casi de puntillas, para no interrumpirlo. Y le dijo:

—Hablas con la elocuencia que acude a los labios del hombre en una ocasión muy concreta: cuando, no importa cuál sea su ideario, a efectos prácticos ha renunciado a lo acertado y ha accedido sórdidamente a una equivocación. En esos casos sus lamentaciones por su renuncia a lo acertado, una cierta apreciación exquisita de ello, asumen un acento que he aprendido a reconocer muy bien.

Nick lo miró un instante.

—Has dado en el clavo —dijo—, si con eso quieres decir que no he

dimitido de mi escaño y que no tengo intención de hacerlo.

—Me parecía que lo querías aceptar tan sólo para dejarlo. ¿No recuerdas lo que hablamos en París?

—Me complace tomar parte en el espectáculo que te divierte, pero soy incapaz de tomarme tantísimas molestias a ese fin.

—Pero ¿no es todo una comedia absurda, la vida que llevas?

—Comedia o tragedia: no sé muy bien qué. Sea lo que fuere, parezco estar dispuesto a ello para complacer a dos o tres personas.

—Luego eres capaz de tomarte molestias —dijo Nash.

—Sí, por la mujer con quien voy a casarme.

—Ah, ¿vas a casarte?

—Ése es el nuevo factor que se ha introducido desde nuestro encuentro en París, y que representa por entero la diferencia.

—Ah, mi pobre amigo —sonrió Gabriel, parado allí de pie—, ¿no es de extrañar que tengas tal elocuencia, tal acento!

—Lástima que los tenga en el lugar inadecuado. Se espera que los tenga en la Cámara de los Comunes.

—Así será cuando pronuncies allí tu discurso de despedida, para anunciar que abandonas. Y ¿puedo tener la osadía de preguntar quién va a ser tu esposa? —prosiguió Nash.

—La señora Dallow es quien ha tenido la bondad de dar su consentimiento. Creo que ya la conoces, de París.

—Ah, sí; me hablaste de ella además. Recuerdo haberte preguntado si estabas enamorado de ella.

—No lo estaba por aquel entonces.

Nash dudó un momento.

—Y ¿lo estás ahora? —preguntó.

—Oh claro, por supuesto —dijo Nick.

—Eso sería mejor si no fuese peor.

—Nada podría ser mejor; es lo mejor que ha podido sucederme.

—Pues entonces —dijo Nash— debes permitirme dirigirme a ella con todo respeto. Debes dejarme hacerla entrar en razón.

— ¿Hacerla entrar en razón?

—Acabar convenciéndola a fuerza de hablar.

—Convenciéndola ¿de qué?

Nick repitió interrogativamente las palabras de su acompañante, un poco como para ganar tiempo, porque se acordaba de la impresión que Gabriel Nash le había producido a Julia: una impresión que apenas garantizaba la pertinencia de un nuevo encuentro. Julia no había tenido ocasión de referirse de nuevo al amigo imperturbable de Nick; había sido borrado de la vida de ella de una vez para siempre; pero perduraba en Nick un débil vestigio del vivido desprecio que Nash le había hecho expresar, completado con una especulación sobre lo impropio que ella juzgaría el hecho de que su prometido se hubiera negado a dos deliciosas visitas para cultivar tamañas compañías.

—De cuán orgullosa es su deber sentirse de lo que eres capaz de hacer... de lo que eres capaz de hacer sobre todo si ella te ayuda.

—Apenas logro figurarme cómo me puede ayudar —dijo Nick, con aire meditabundo.

—Es extremadamente hermosa, por lo que recuerdo; podrías hacer grandes obras con ella.

—Ah, he ahí la dificultad —continuó Nick—. Yo deseaba que posara para mí esta semana, pero ella no ha querido.

—Elle a bien tort. Debes hacer una prueba con una modelo de tipo refinado y con carácter. ¿Se halla la señora Dallow en Londres? —inquirió Nash.

— ¿Por quién la tomas? Está de visita fuera.

—En tal caso tengo una modelo para ti.

— ¿En tal caso tienes...? —Nick se quedó mirando fijamente—. ¿Qué tiene que ver la ausencia de la señora Dallow con eso?

— ¿No dispones así de más tiempo?

— ¡Oh, mi tiempo se agota! —suspiró Nick, de un modo que hizo que su acompañante rompiera en carcajadas; carcajadas a las cuales por un momento él mismo se sumó, sonrojándose ligeramente.

—A la señora Dallow ¿le gusta que pintes? —continuó Nash, con una de sus entonaciones francas y directas.

—Eso dice.

—Pues haz algo realmente bueno que puedas mostrarle.

—Preferiré mostrártelo a ti —confesó Nick.

—Mi querido amigo, yo puedo verlo por adelantado, si es que cumples con tu deber. ¿Te acuerdas de la Musa Trágica? —prosiguió Nash, con fines especificativos.

— ¿La Musa Trágica?

—Aquella muchacha en París, a quien vimos recitar en casa de la vieja actriz y posteriormente reencontramos en el atento convite que dio tu primo (lo es, ¿no?) el secretario de embajada.

—Ah, la muchacha de Peter; por supuesto que la recuerdo.

—No digas de Peter. Di, más bien, mía —dijo Nash con humorístico tono disuasorio—. Yo la inventé, yo la impulsé, yo la revelé.

—Creo que por el contrario la ridiculizaste y repudiaste.

—Como ser humano, nada en absoluto; me da la impresión de que he estado haciéndole favores todo el rato. Dije que me desagradaban las vociferadoras con que nos obsequian durante los tés, y en efecto es así; pero si mi estimación de sus facultades fue insuficiente, ella ya me ha castigado más que de sobra.

— ¿Qué ha hecho? —preguntó Nick.

—Se ha vuelto interesante, como supongo sabes.

— ¿Cómo voy a saberlo?

—Debes verla, debes pintarla —dijo Nash—. Me ha contado que se dijo algo sobre ello aquel día en casa de Madame Carré.

—Oh, lo recuerdo. Lo dijo Peter.

—En ese caso este asunto le producirá agrado al señor Sherringham: te sentirás más contento de llevarlo a cabo. Supongo que sabrás todo lo que él ha hecho por Miriam.

—No tengo ni idea. No sé nada de las aventuras de Peter, excepto que hablando en términos generales les tiene afición a los saltimbanquis y a los mimos, y que me suena que he oído a una de mis hermanas comentar (le había llegado el rumor) que él había estado promocionando a la señorita Rooth.

—La señorita Rooth no se cansa de hablar de su gentileza; es deliciosa cuando habla de ello. Les debe a los buenos oficios de él estar apareciendo aquí.

— ¡Aquí! ¿Está ella en Londres? —inquirió Nick.

—D'où tombez-vous? Creía que los de tu gremio leíais los periódicos.

— ¿Para qué voy a leerlos, si estoy en pleno marasmo (¡a veces!) de lo que

luego aparece en ellos?

—Comprendo, por supuesto. Tu compromiso con tu propio teatro te impide acudir al resto. Entérate en ese caso —dijo Gabriel Nash— de que te ha salido una gran competidora, y de que definitivamente no eres, por mucho que así te lo parezca, el mayor de la nueva generación de comediantes. La Musa Trágica es el gran personaje de nuestro tiempo. ¿No has oído a la gente hablar de ella?, ¿no te han llevado a verla?

—Seguramente habré oído hablar de ella; pero con tantas cosas en la cabeza se me ha olvidado.

—Desde luego puedo imaginarme lo que has tenido en la cabeza. Ella se acuerda de ti, en todo caso; recompensa la desatención con el interés. Quiere venir a verte.

— ¿A verme?

—A que la veas; viene a ser lo mismo. Merece la pena verla, déjame que te la traiga; te parecerá muy sugestiva. Ese proyecto de que la pintes... parece considerarlo una especie de bicoca.

— ¿Una bicoca? ¿Qué piensa pagarme? —preguntó Nick.

—Piensa pagarte con la oportunidad que vas a tener de trabajar con una modelo espléndida. Es espléndida.

—Oh, pues entonces tráela —dijo Nick.

## 25

Nash la trajo —al gran personaje de nuestro tiempo, como la había calificado— al día siguiente sin demora, y poco tardó Nick Dormer en refrendar interiormente su alegato de que Miriam Rooth era espléndida. Ella le había causado a Nick cierta impresión diez meses atrás, pero aquello había durado únicamente un día, sepultado inmediatamente por otras imágenes. No obstante, en cuanto Nash le hubo hablado el día anterior unos pocos instantes acerca de ella, él había conseguido evocarla de nuevo; algunas de sus posturas, algunas de sus entonaciones habían comenzado a cernirse sobre él. Se sintió contento por adelantado con la idea de pintarla. Cuando ella se presentó allí en carne y hueso, sin embargo, a Nick le pareció que no la había recordado bien: la brillante muchacha que al instante llenó su estudio con una presencia que éste jamás había conocido, estaba exenta de la curiosa tosquedad que había mezclado, al antiguo momento que él había tenido de admiración hacia ella, una cierta lástima. En la hora presente Miriam Rooth era ligera, brillante y

erguida: erguida sin resultar rígida y brillante sin resultar chillona. Para la idiosincrasia quizá inadecuadamente sofisticada de Nick, las modelos, las actrices, tenían rasgos demasiado ostentosos en un envoltorio demasiado vulgar; pero habría sido imposible dar menores muestras de haber incurrido en ese sino fatal que las que daba su actual visitadora extremadamente natural y aun así extremadamente distinguida. Era más natural incluso que Gabriel Nash (la «naturalidad» seguía siendo una de las fórmulas de Nick, en opinión de su viejo amigo), y al lado de ella éste parecía casi tópico.

Nash reconoció la superioridad de ella con una franqueza que resultó honrosa para ambos, constituyéndose de esta manera en evidencia, al modo de ver de Nick, de que ellos tres eran sin excepción personas de categoría, perfectamente capaces de enfrentarse con éxito a la realidad. Ella atraía multitudes a su teatro, pero en la apreciación que hacía Nash de una circunstancia como ésta, importante sin duda a su modo, había limitaciones que ya se había tomado la molestia de explicar. Lo que se sentía obligado en toda su integridad a explicar ahora era su constatación de que ella poseía, globalmente y al margen totalmente de la cuestión de la taquilla, un notable, un muy notable temperamento artístico. Confesó que ella lo había sorprendido a este respecto; sabiendo de ella —en otra época— primordialmente que estaba ansiosa por ejercer una profesión sobrevalorada, él no le había atribuido una cantidad aceptable de inteligencia. Ahora reconocía —había tenido unas cuantas charlas con ella— que era inteligente; tanto, que lo sentía por las complicaciones que el hecho le iba a ocasionar. Nick se hizo idea perfectamente de la desventaja que suponía tener una característica de esa clase a la hora de emplear la misma en las condiciones ambientales.

—Es toda una mujer distinguida, verdaderamente distinguida —expresó Nash, gentil y recalcadamente, casi con paternalismo—; y, en cuanto a la esplendidez de su cabeza, puedes juzgar tú mismo.

Miriam, sonriente, mientras se sentaba en una vieja silla veneciana, sostuvo en alto, con el más aristocrático de los efectos, esa porción de su ser así ensalzada, y le comentó a Nick que, por extraño que pudiera parecer, había acabado por apreciar mucho al pobre señor Nash: éste estaba dispuesto a ir con ella a todas partes; era un alivio para su madre.

—Cuando salgo con él, se queda totalmente tranquila —dijo la muchacha—; entonces puede quedarse en casa y recibir a los entrevistadores. Le encanta ése trámite y yo lo odio, conque nuestro amigo aquí presente supone realmente una gran comodidad. Naturalmente se supone que una femme de théâtre puede salir sola, pero causa una especie de sensación ir con alguien, es un chic añadido. La gente piensa que tengo, en lugar de una dama de compañía, un caballero de compañía; estoy segura de que se imaginan que lo pago. Lo pagaría antes que renunciar a él, pues poco importa que no sea una dama. Es

único en cuestión de tacto y simpatía, como ve. Y, por indigno que considere el tipo de cosas a que me dedico, no puede privarse de acudir a mi teatro. Cuando una persona es célebre, la miran hasta individuos que anteriormente se habrían preguntado por qué habrían de mirarla.

—Cuando una persona es célebre, se vuelve más atractiva; al menos eso es lo que ha ocurrido contigo, aunque ya eras hermosa desde antiguo —arguyo Gabriel—. Yo voy al teatro a contemplar tu cabeza; me proporciona el más grande placer. Me aferró a cualquier cosa de esa clase en cuanto me la encuentro; nunca se sabe lo que puede durar.

— ¿Habla de mi aspecto? —preguntó Miriam.

—No, cielos, de mi placer, mientras constituye una novedad —abundó Nash—. Dormer al menos (déjame decírtelo para hacerle justicia) no ha esperado hasta que fueras célebre para desear verte de nuevo (ahí donde lo ves con los ojos tan abiertos); por la sencilla razón de que no tenía ni idea de tu renombre. Tuve que anunciárselo.

— ¿No ha ido usted a verme actuar? —le preguntó Miriam, sin reproche, a su anfitrión.

—Iré esta misma noche —dijo Nick.

—Tiene su Parlamento, ¿no es eso? ¿Cómo se dice? ¿Las exigencias de la vida pública? —continuó Miriam; a lo cual comentó Gabriel Nash que Dormer tenía también las exigencias de la privada, puesto que estaba enamorado, estaba a punto de casarse. Miriam escuchó esto con interés, y después dijo—: Ah, en ese caso tráigase también a su... ¿cómo se dice en inglés? (siempre temo decir algo incorrecto)... a su «futura». Les daré un palco; dadas las circunstancias, usted lo preferirá.

Miriam puntualizó que si él iba a pintarla, debía verla a menudo sobre el escenario, ¿verdad?, para beneficiarse de la optique de la scene (¿cómo se decía eso en inglés?), estudiándola y fijando su impresión. Antes de que él tuviera tiempo de responder a esta proposición, ella le preguntó si le disgustaba oírle hablar de esa manera, como si estuviera siempre dándose tono y pensando en sí misma, viviendo tan sólo para ser contemplada, restregándose su persona a las gentes. A menudo ella se hartaba de hacerlo, de veras; pero à la guerre comme à la guerre.

—Ése es el genuino temperamento artístico, ya tú ves: una especie de descontento divino hirviendo en el interior de ella —clarificó Nash.

—Si es que a fin de cuentas desea usted pintarme, naturalmente. Me asombra el modo como estoy dándolo por hecho —prosiguió Miriam—. Cuando el señor Nash me habló de ello, me entusiasmé al instante con la idea.

Recordé nuestro encuentro en París y las cosas amables que usted me dijo. Pero no cabe duda de que una no debería entusiasmarse al instante con ideas que suponen serios sacrificios por parte de los demás.

— ¡¿Verdad que ella habla bien?! —exclamó Nash dirigiéndose a Nick—. ¡Ah, llegará lejos!

—Es un gran privilegio para mí poder pintarla; ¿qué derecho tengo en el mundo para aspirar a disponer de una modelo tal? —repuso Nick, dirigiéndose a Miriam—. El sacrificio es de usted... sacrificio de tiempo y gentileza y credulidad. Usted llega con su belleza y su genio a este mezquino lugar donde no tengo nada que mostrarle, ninguna garantía que ofrecerle; y yo me pregunto qué he hecho para merecer tamaño don de los dioses.

— ¡¿Verdad que él habla bien?! —le requirió Nash, sonriente, a Miriam.

Ella no le prestó atención, sino que le repitió a Nick que no había olvidado su conducta cordial en París; y cuando él contestó que seguramente había sido muy poca cosa, ella espetó, posando antes sobre él la mirada un momento con una profunda y serena sonrisa e incorporándose luego rápidamente:

— ¡Bien, en ese caso, si no me queda más remedio que justificarme, diré que me cayó usted bien!

— ¡Es divertido eso de que sea yo quien le resulte sugestivo a usted! —dijo riendo Nick—. Verla de nuevo es desear intensamente tratar de hacer algo especial; pero ha de tener usted una paciencia infinita, pues soy un pobre inepto.

Miriam miró las paredes que tenía a su alrededor, y dijo:

—Ya veo su obra... bien des cosas.

—Ella entiende, ella entiende —se le escapó a Gabriel. Y añadió para Miriam—: ¡Imagínate: cuando él podría dedicarse a algo de gran prestigio, escoge consagrarse a la imitación de la vida! En el fondo es como tú: un maravilloso temperamento artístico.

—Tendré paciencia —dijo la muchacha, sonriéndole a Nick.

—Entonces, hijos míos, os dejo. Que la paz del Señor sea con vosotros. —Y con estas palabras Nash se marchó.

Los que se quedaron escogieron al fin el emplazamiento y la postura para que Miriam posara, después de que ella se colocase en muchas actitudes diferentes y bajo muchas iluminaciones diferentes; de este modo una hora había transcurrido antes de que Nick pusiera manos a la obra, comenzara, sobre un amplio lienzo, a hacerla entrar, como él decía. Nick se vio entorpecido un poco incluso por cierto nerviosismo, la emoción de hallarse,



por una merced del cielo, confrontado con una modelo tal y embarcado en una tarea tal. La situación era incongruente: él había renunciado formalmente, poco tiempo atrás, a todas las modalidades «artísticas», una renuncia no menos firme por haber hecho la concesión de dar gusto antes a un capricho, al cual se había entregado sabiéndolo un capricho (el último que se permitiría en su vida): a la excentricidad de reincidir sólo por un par de semanas en el manoseo de viejos esbozos, con el propósito, como habría podido él decir, de consumirlos en llamas: de desmontar su estudio y dar por finalizado su contrato de arrendamiento. Había turbación e inspiración a la vez en la extraña decisión de volver en un arrebató momentáneo a un placer abjurado: el ímpetu con que sintió que aún podía alzarse por una oportunidad semejante lo dejó un tanto sin aliento al tiempo que la idea —la idea de lo que podía hacerse con tamaño material— lo tocaba con una irresistible vara de autoridad. Sobre la marcha, para sus adentros, Miriam ya había producido en él un magnífico resultado, sacando de su atribulado sopor un centenar de instintos creadores, desafiándolo en el terreno en que privadamente él se sentía más fuerte e imponiéndose a sí misma triunfalmente con su propia fuerza. Tenía Nick la buena suerte de verla, considerada como tema, y sin necesidad de encender lámparas, a una luz vivida, y la intensa tentativa en que se halló embarcado era tan excitante como un galope súbito, era casi la sensación de montar un caballo desbocado.

Ella resultaba tan radiante a su modo, que él apenas podía pensar en otra cosa que en cómo «realizarla»: tan arduo cálculo pronto aplastó la conciencia, pertinaz en él al principio, de que ella era una mujer hermosa que no había parado hasta encontrarlo en su retiro. Al final de su primera sesión el hecho de que ella no hubiera parado hasta encontrarlo en su retiro parecía la cosa más natural del mundo: él tenía su perfecto derecho a cobijarla allí; explicaciones y complicaciones se vieron engullidas por el ánimo creativo. La tarea de «hacerla entrar» añadió claridad al asunto de la hermosura de ella, le mostró a él cuán asombrosa cantidad había de ésta y que ella era infinitamente interesante. Él no deseaba enamorarse de ella (¡eso sí que sería una traición!, como se dijo a sí mismo), y ella bien pronto se volvió demasiado interesante para que ello aconteciera. Nick habría podido reflexionar, por mor de la simplificación, como lo había hecho su primo Peter, mas con mayor validez, que se hallaba comprometido con la señorita Rooth en un proyecto que no se refería en absoluto a ellos mismos, que estaban trabajando juntos con seriedad y que el trabajo suponía una suspensión de los sentimientos. Pero tras la primera sesión (hubo de venir, pobre muchacha, no menos de dos veces) la necesidad de tales exorcismos ya se había esfumado de su espíritu: tan absoluta, tan prácticamente había calibrado y asimilado él a Miriam desde una óptica artística. En cuanto a si Miriam experimentaba la misma sensación brillante y serena de cooperación con vistas a un objetivo externo definido y

concreto, esa sensación de la obligatoria naturaleza inequívocamente técnica de todas las respuestas a las preguntas a que pudiera la ocasión dar lugar, ese misterio quedaría aclarado únicamente si nos fuese posible estudiar a esta muchacha a través de algún otro medio que no fuera el punto de vista de sus amistades respecto de ella. Hemos escogido, qué le vamos a hacer, por algunas de las ventajas que comporta, el punto de vista indirecto; y éste no puede decirnos por el momento lo que Nick desde luego se preguntó (como por demás le había confiado a su visitante) antes de que el tema dejara de importarle: por qué a una joven coronada por el éxito se le había metido en la cabeza que había algo especial aguardándola en lugar tan destartalado. Ella habría debido ir a uno de los pintores genuinos, de los grandiosos: le habrían dado la bienvenida con los brazos abiertos. Cuando Nick le preguntó si ningún miembro de la Royal Academy había expresado su deseo de probar con ella, ella le respondió:

—Oh, cielos, no, tan sólo los hartantes fotógrafos; ¡y figúrese cómo serán ellos en el futuro! ¡Ojalá mamá pudiera hacer eso en mi lugar! —Y añadió, con la encantadora campechanía por la cual había brillado en esta ocasión—: ¿Sabe?, no creo que haya habido nadie hasta ahora que se haya sentido ni la mitad de impresionado conmigo que usted.

— ¿Ni tan siquiera Peter Sherringham? —preguntó Nick, sonriendo y alejándose unos pasos para juzgar el efecto de un trazo.

—Oh, el señor Sherringham es distinto. Usted es un artista.

— ¡Por el amor de Dios, no diga eso! —exclamó Nick—. Y, en lo concerniente al arte de usted, creo que Peter sabe más que nadie.

—Ah, se ha dejado usted influir fácilmente —dijo Miriam.

— ¿Me he dejado influir fácilmente?

—Porque es lo que él mismo piensa. Pero es cierto que sabe una barbaridad: ha sido providencial conmigo.

—Y ¿por qué no se ha pasado por aquí para verla actuar?

Miriam vaciló un instante.

— ¿Cómo sabe usted que no se ha pasado por aquí? —repuso.

—Porque doy por supuesto que en ese caso me habría hecho una visita.

— ¿Lo aprecia a usted muchísimo? —preguntó Miriam.

—No sé. Yo lo aprecio a él.

—Él es un caballero... pour cela —dijo Miriam.

— ¡Oh, sí, sobre todo por eso! —prosiguió Nick distraídamente,

concentrado en su labor.

—Pero tiene temor de mí, temor de verme.

— ¿A él no le parece que sea usted lo bastante buena?

—Al contrario. Está convencido de que lo entusiasmaría, y tiene terror de que lo consiga.

—Debería apetecerle —dijo Nick.

—A eso me refiero cuando digo que él no es un artista. No obstante, afirma que sí que le apetece, sólo que por lo visto no es lo que más le conviene. Ah, lo que más le conviene... está obsesionado con eso. Pero no soy yo quién para criticarlo, pues también yo lo estoy. Se presentará cualquier noche, no obstante: ¡se atreverá a tomar una dosis!

— ¡Pobre Peter! —exclamó Nick, con una compasión no menos auténtica por jovial, dado que el tono de la muchacha había expresado muy a las claras que ésta poseía una fuerza despreocupada y arrasadora.

—Él es una mixtura muy curiosa —continuó Miriam—; a veces pierdo la paciencia con él. Lo del señor Sherringham no es exactamente tratar de servir a la vez a Dios y al dinero, pero es mezclar de una manera rarísima el escenario y el mundo. En mi opinión, el mundo puede irse a paseo; el escenario, o cualquier otra cosa semejante (quiero decir, representativa de la fe de uno), está antes que nada.

—Bravo, bravo, bien dicho, usted me sienta bien —musitó Nick, aún alegre y laborioso—. Pero es muy amable por su parte, habiéndome encontrado yo en este absurdo estado de ignorancia, atribuirme el honor de haberme sentido más impresionado con usted que ningún otro —continuó, tras un momento.

—Sí, confieso que no lo entiendo muy bien... cuando las tiendas estaban repletas de mi foto.

— ¡Ah, soy tan pobre! No voy a las tiendas —repuso Nick.

— ¿Es muy pobre?

—Vivo de la caridad.

—Y ¿no le pagan... el gobierno, el ministerio?

—Mi querida joven: por hacer ¿qué? ¿Por encerrarme en compañía de bellas mujeres?

—Ah, ¿tiene otras entonces? —preguntó Miriam.

—No tan gentiles como usted, lo reconozco.

—Se lo compraré, lo que está haciendo: lo pagaré bien cuando lo haya terminado —dijo la muchacha—. Ahora dispongo de dinero; hago un montón, ¿sabe? Es realmente delicioso, después de haber estado malviviendo y muerta de hambre. Pruébelo y verá. Deje el mundo vulgar y mezquino.

—Pero ¿no se supone que es el mundo vulgar y mezquino quien paga?

—Exactamente; hágalo pagar, sin piedad... estrújelo hasta dejarlo seco. Para eso ha sido hecho, para pagar por el arte. ¡Ah, si no fuera así! Le traeré un repertorio de fotografías mías, mañana; debe permitirme volver mañana; es tan gracioso tenerlas, a centenares, por nada en absoluto, para poder ir dándolas por ahí. Es lo que más fascina a mamá: no puede creérselo. Eso es el lujo y la gloria; ni tan siquiera en Castle Nugent lo hacían. Antiguamente la gente me dibujaba, aunque no tanto como mamá veut bien le dire; y en toda mi vida yo nunca había tenido más que una pobre y diminuta carte-de-visite, cuando tenía dieciséis años, con un vestido a cuadros, junto a las orillas de un río, a tres francos la docena.

## 26

Era el triunfo, consideraba Nick, lo que había refinado a Miriam: la plena posesión de su talento y la sensación de que éste había sido reconocido. Había una insinuación en la mera presencia de ella (si él le hubiera prestado atención a eso) en el sentido de que, en el caso de él, también la misma causa podría producir el mismo efecto; es decir, le demostraba que no hay como enfrascarse en el ejercicio de un arte para averiguar lo que éste puede hacer por uno. Nick se sentía zafio al lado de una persona que en la actualidad poseía tan manifiestamente una familiaridad sumamente extraordinaria con los secretos del estilo. Recordaba asimismo la inferioridad que una vez hubiera en su visitante: un elemento de tosquedad y mezquindad, de una naturaleza bien diferente de su actual elegancia, como la llamarían en Londres, bien diferente de sus actuales dotes y evidente dominio de más de un registro. Aunque ya pareciera hermosa el año anterior, por entonces había sugerido ambientes provincianos, apuros monetarios, tragedia desmelenada y lágrimas; y si por entonces había sido una muchacha desastrada de cabellera espesa que deseaba ser actriz, ahora se había convertido en cuestión de semanas en una actriz que sabía actuar incluso cuando no estaba actuando. Mostraba a las claras cuán extremada sutileza estaba a su alcance, se negaba a sobresaltar y poseía tan buena apariencia para las actividades no profesionales como Julia; lo cual no era sino la perfección de su carácter profesional.

Dicho carácter salió a relucir repetidamente en su charla, pues se

produjeron numerosas pequeñas manifestaciones de confianza así como muchas pausas campechanas mientras ella posaba en el estudio; y estuvo dispuesta a contarle a Nick la historia completa de su debut: la oportunidad que se había presentado súbitamente y que ella había atrapado al vuelo sin pensárselo. Nick se perdió algunos de los pormenores, atento como estaba a su propia labor, y otros no consiguió entenderlos, al estar relacionados con un caballero que atendía por el nombre de señor Basil Dashwood, de quien oía hablar por vez primera. Había sido gracias a la dedicación extraordinaria del señor Dashwood como habían obtenido una prueba para ella, consistente en tener que ofrecer una representación matinal en un teatro de Londres. Aquél había sido el gran paso, pues había conducido al montaje vespertino de aquella obra en el mismo teatro, ocupando el lugar de una mamarrachada que estaban intentando (era un caso perdido) mantener en pie, y a que la contrataran a ella para el papel protagonista. Miriam había causado sensación en él (no podía fingir no haberse enterado); pero ya la tenía harta, pues había tantas otras cosas que quería hacer; y cuando llegó a la conclusión de que su obra iba a durar probablemente uno o dos meses más en cartel, se vio tentada de maldecir las odiosas condiciones que una época como ésta imponía a la creación artística. La obra era una versión simplificada de una pieza francesa reciente, una cosa que había tenido algún éxito en París, en un teatro de tercera categoría, y que ahora, en Londres, había resultado ser lo bastante buena para establecimientos equipados principalmente con butacas de platea de a diez chelines. Fue Dashwood quien dijo que funcionaría, si podían hacerse con los derechos y con alguien que hiciese algunos retoques. Dashwood la había descubierto en un teatrillo miserable al cual ella nunca había ido, sobre el Sena. Habían obtenido los derechos, y quien había hecho los retoques había sido prácticamente el propio Dashwood; había otro individuo, en Londres, el señor Gushmore —Miriam no sabía si Nick había oído alguna vez hablar de él (Nick no había oído nunca hablar de él)—, que había hecho también algunos de ellos. Habían masacrado la obra lastimosamente, hasta dejarla en los huesos, con toda la carne volatilizada; pero eso era lo que a las gentes de Londres parecía gustarles. Dichas gentes eran muy ingenuas, eran precisamente perritos distrayéndose con huesos. En todo caso ella había logrado algo, había convertido en todo un personaje a esta mujer (una insoportable majadera, en verdad, especialmente después de la revisión de Dashwood); y Miriam agregó, con la autocomplacencia de su incipiente prosperidad:

—Ah, que me den cincuenta palabras, las que sean, y nada más que el esbozo de una situación, y soy capaz de crear un personaje para la eternidad. Aparte, no debería injuriar a la pobre Yolande: a fin de cuentas nos ha sacado a flote.

— ¿Yolande?

—Nuestra ridícula obra. Es el nombre de la imposible dama. Nos ha dado el pan de cada día y además es un gran bollo guardado en la despensa para el futuro. Los derechos son míos.

—Es usted afortunada por poseerlos —dijo Nick con cierta vaguedad, atribuladamente enfrascado en la nariz de su modelo, que tenía un aire judío pero sin el puente convexo.

—Desde luego que lo soy. Él me los dio. ¿No es un detalle?

—Él se los dio... ¿El señor Dashwood?

—Oh cielos, no; ¿cómo habría podido conseguirlos el pobre Dashwood? No tiene ni un penique en el mundo. Además, si él los hubiera conseguido se los habría quedado. Me refería a su bendito primo.

—Comprendo. Son un regalo de Peter.

—Como tantas otras cosas. ¿No es un cielo? Si no hubiese ido por él, la despensa seguiría vacía. Compró los derechos de la obra para su explotación en este país y América por cuatrocientas libras, y arriesgándose totalmente: ¡póngase en su lugar! Nadie se peleaba por ella, y ¿qué iba a saber él? Y luego atentamente me la entregó. Así es que ya tengo mi pequeño capital. ¿No es un encanto? Tiene usted simpáticos primos.

Nick asintió a dichas afirmaciones, interponiendo tan sólo una enmienda en el sentido de que sin duda también Peter tenía simpáticos primos, y haciéndose, mientras proseguía con su tarea, una o dos tácitas reflexiones distraídas; como, por ejemplo, que debía de ser agradable prestar pequeños servicios como aquél a la juventud, la hermosura y el genio (se sintió tentado de especular sobre de dónde habría sacado el dinero Peter), y que, por muy «encanto» que fuera, el benefactor de la señorita Rooth era alguien a quien la actriz y sus amigos más bien daban por supuesto, sin preocuparse mayormente por él. Sic vos non vobis, razonó laxamente el cerebro de Nick. Esta coincidencia de temas de interés con su visitante, o cuando menos de relaciones personales, aceleró el paso del tiempo, de tal forma que aún no se hallaba cansado cuando la sesión llegó a su término. Se convino en que Miriam volviera al día siguiente, para dar oportunidad a su retratista de sacar el mayor provecho posible de los pocos días de cesación de las actividades parlamentarias; y justo antes de marcharse preguntó ella:

—Entonces ¿va usted a venir a verme actuar esta misma noche?

—Sin falta. No me perderé ni un segundo de usted.

—Yo me encargaré de su entrada.

—Es muy amable por su parte —respondió él—. Pero conseguir una entrada de platea es tarea bien sencilla para mí. Imagino que esta semana las

habrá disponibles.

—Le daré un palco —dijo Miriam—. Ya que viene, ha de ser bien. En estas fechas los hay de sobra.

— ¿Por qué he de quedarme ahí perdido, totalmente solo, en la grandiosidad de un palco?

— ¿No puede traerse a su compinche?

— ¿Mi compinche?

—La dama con quien se halla prometido.

—Por desgracia se ha ausentado de la ciudad.

Miriam lo observó con majestuosa hondura; después dijo:

— ¿Lo deja a usted solo de esa manera?

—Pensó que yo lo preferiría: tendría mayor libertad para pintar. Ya ve usted que la tengo.

—Sí, quizá sea ventajoso para mí. ¿Le ha hecho un retrato a ella? —preguntó Miriam.

—No le gusta que la pinte.

— ¿De veras? Tal vez en ese caso no le gustará que me pinte a mí.

—Por ese motivo quiero acabar rápido —dijo Nick riéndose.

— ¿Antes de que ella lo sepa?

—Lo sabrá mañana. Le voy a escribir.

Miriam le dedicó otra de sus miradas peculiares; después dijo:

—Comprendo; la teme. —Y añadió—: Diga mi nombre: le darán el palco en el teatro.

Temiera o no Nick a la señora Dallow, el caso es que protestó declinando recibir aquella generosidad de manos de la señorita Rooth, repitió que prefería sacar una butaca de platea según acostumbraba y pagarla él. Ello instó a Miriam a declarar con un súbito arranque pasional que si él no obraba como ella deseaba, nunca volvería a posar para él.

—Ah, en ese caso estoy pillado —repuso Nick—. Sólo que no entiendo por qué ha de darme usted tantísimas cosas.

— ¿Qué diantres le he dado yo?

—Caramba, ideas. —Y Nick dirigió una mirada al retrato una pizca apesadumbradamente—. Eso no quiere decir que no se me hayan escurrido

entre las manos y hecho añicos.

—Ah, ideas... son una gran cosa para los pertenecientes a nuestra cofradía. Pero de todos modos me verá usted mucho mejor desde el palco, y le enviaré a Gabriel Nash —añadió Miriam, metiéndose en el carruaje que el criado de su anfitrión le había buscado. Mientras se volvía a su estudio después de contemplarla alejarse, Nick se rio de la pretensión de que los dos pertenecieran a la misma «cofradía».

Nick compartió su palco en el teatro con Gabriel Nash, quien en los entreactos no habló en absoluto ni de la interpretación ni de la intérprete, sino sobre la grandeza que encerraba el arte del retratista: su alcance, su categoría, su fascinación, los magníficos ejemplos que nos había dejado en el pasado: ventanas abiertas hacia la historia, hacia la psicología, elementos que se contaban entre las más preciosas posesiones de la raza humana. Insistió, por encima de todo, en el interés y la riqueza que se derivaban de su gran peculiaridad: la de que, al contrario que la mayoría de las restantes modalidades artísticas, se trataba de la revelación simultánea de dos realidades. Una era el hombre por revelar al cual hacía el artista un esfuerzo consciente, y la otra el hombre (el artífice) que se revelaba a sí mismo en la propia calidad y temple de dicho esfuerzo. Así, el arte del retratista ofrecía una doble visión, la más poderosa dosis de vida que el arte era capaz de proporcionar, la más poderosa dosis de arte que la vida era capaz de proporcionar. Nick Dormer ya se había percatado por entonces de que poseía dos distintas disposiciones anímicas cuando escuchaba a Gabriel Nash: en una de las cuales se reía, dudaba, a veces incluso reprobaba, y en cualquier caso no conseguía seguirlo o convenir con él; en la otra, aquel genio contemplativo parecía quitarle las palabras de la boca, pronunciar por él, mejor y más plenamente, las mismísimas cosas que él estaba a punto de decir. Que fuera Nash quien las dijera en tales ocasiones parecía convertirlas en verdades, imponérselas al mundo, y esta noche dijo una notable cantidad de ellas, especialmente en lo relativo a la dicha de cultivar el jardín propio; criando allí en quietud y libertad ciertas flores recias y puras que permanecerían lozanas eternamente, mucho después de que los repulsivos hierbajos pasajeros se hubieran marchitado y se los hubiera llevado el viento.

Había sido para no quitarle ojo a Miriam Rooth con vistas a su retrato para lo que Nick había venido al teatro; y al alcance de su vista estuvo ella toda la velada, constantemente en escena. Él estuvo tan preocupado en escrutar su rostro (pues ahora veía con claridad lo que debía hacer a partir de él) que fue consciente tan sólo en un grado secundario de la trama que ella estaba representando, y en lo relativo a su actuación en particular tuvo sobre todo la sorprendente sensación de que se mostraba extraordinariamente serena. Recordó su estridencia, sus excesos en París, en la fiesta de Peter



Sherringham, y sus quejidos salvajes, la primera vez, en casa de Madame Carré; comparado con los cuales su proceder actual aparecía eminentemente atemperado y remozado. Nick Dormer no ponía en juego su sentido crítico en el teatro: creía de buena fe en todo lo que se le mostraba, con un agradable sentimiento de inevitabilidad; por consiguiente, jamás habría advertido lo que Gabriel Nash hubo de señalarle: que para Miriam, con su continente trágico y sus atributos peculiares, su presente actuación, llena de realismo, de insinuaciones ligeras y refinadas y, en ciertos segmentos, de agudos toques cómicos, era un inhabitual tour de force. Transcurría por completo en un registro que él no había previsto que poseyera; en el cual, como él dijo, ella no tocaba para nada su cuenta bancaria, haciéndolo todo exclusivamente a base de sus ahorritos caseros. Aquello había convertido a Nash a la idea de que ella estaba dolada para casi cualquier cosa.

En uno de los entreactos se desplazaron para ir a verla; pero para Nick este propósito se vio parcialmente malogrado por la maravillosa cordialidad con que fue acaparado por la señora Rooth, a quien hallaron sentada con su hija y que lo atacó con un centenar de preguntas sobre su querida madre y sus encantadoras hermanas. La señora Rooth aseveró que aquel día en París ellas la habían tratado con una gentileza que nunca olvidaría. Abundó asimismo en expresiones de elogio relativas al retrato que con tanto talento había él iniciado, declarando que estaba tan impaciente por verlo, por poco que hasta ahora estuviese avanzado, que se hallaba dispuesta a concederse a sí misma el honor de poder hacerle una visita al día siguiente por la mañana, cuando Miriam fuera a posar.

—Estoy actuando para usted esta noche —le dijo la muchacha a Nick, antes de que éste retomara a su palco.

—No, eso es exactamente lo que no estás haciendo —intervino Nash, con uno de sus altivos tonos intelectuales—. Has cesado de actuar, lo has reducido al mínimo imprescindible, sencillamente eres... eres ni más ni menos que la visible imagen, el cuadro en la pared. Eso te hace resaltar maravillosamente. Nunca te había visto tan hermosa.

Miriam, ante todo esto, se quedó mirando fijamente; luego pudo observarse que se había ruborizado.

— ¡Qué lujo es en esta vida poder tenerlo todo esclarecido! Él es el gran esclarecedor —dijo, volviéndose hacia Nick.

Este último le estrechó a ella la mano para despedirse por aquella noche, respondiéndole:

—Bien, pues en ese caso es nuestro deber proporcionarle mucho trabajo.

Ella acudió a su estudio al día siguiente por la mañana, pero sin la

compañía de su madre; en alusión a lo cual dijo sencillamente:

—Mamá quería venir, pero no se lo he permitido.

No tardaron en ponerse manos a la obra. La muchacha se despojó de su sombrero y abrigo, asumiendo la postura ya establecida para ella. Después de que hubieran trabajado durante más de una hora, con mucha menos charla que el día anterior, hallándose Nick concentrado en extremo y Miriam sobrellevando en silencio el más gentil y religioso aire de consideración para con la afilada tensión que imponía sobre él, al final de este paciente lapso inundado de una quietud sagrada, nuestra joven de improviso se levantó y exclamó:

— ¡Diablos, tengo que verlo!

Con lo cual, rápidamente, se desplazó desde su puesto y se volvió ante la tela. A petición de Nick, ella no había mirado su obra el día anterior. Él dio unos pasos hacia atrás, contento de poder descansar, y depositó su paleta y sus pinceles.

—Ah bien, c'est tapé! —exclamó Miriam, mientras permanecía de pie ante el caballete. Nick se sintió complacido con su exclamación, estaba incluso complacido con lo que él mismo había logrado; había llevado a cabo un esfuerzo supremo sostenido y afortunado, y se sentía excitado, aprobado y compensado. Miriam, dando también unos pasos hacia atrás, se dejó caer en una silla chapada a la antigua de respaldo elevado que se encontraba colocada a dos o tres metros del cuadro, y se reclinó sentada en ella, con la cabeza ladeada, examinando la semejanza aproximada y sin pulir aún. Hizo uno o dos comentarios sobre la misma, a los cuales contestó Nick de pie detrás suyo y apoyándose tras un momento sobre la parte superior del respaldo de la citada silla. Nick trató de mirar objetivamente su labor, y sus ojos la escudriñaron con una especie de cariño esperanzado. Se desviaron, no obstante, en cuanto al poco fue consciente de que la puerta —que se hallaba frente a él— de la gran habitación se había abierto sin hacer ruido y de que alguien se encontraba en el umbral. La persona en el umbral era Julia Dallow.

En cuanto se fijó en ella, Nick deseó haberle mandado su carta la noche anterior. Le había escrito tan sólo aquella mañana. Empero, hubo una alegría genuina en las palabras con que avanzó hacia ella —«¡Ah, mi preciosa Julia, qué agradable sorpresa!»—, pues su imprevista intromisión le insinuó por encima de todo la existencia de un irresistible deseo en ella de verlo de nuevo antes de lo que habían planeado. Ella había avanzado un paso, pero nada más había hecho, frenando en seco ante la visión de la mujer desconocida, tan despojada de atavíos de visita que parecía medio desnuda, y que estaba repantigada sin hacer nada y con toda familiaridad en medio de la habitación, y por encima de la cual Nick había estado apoyándose con mayor familiaridad

aún. Los ojos de Julia se detuvieron sobre esta encarnación viviente de todo lo inesperado, y al hacerlo se puso pálida, tan pálida que Nick, dándose cuenta, miró instintivamente hacia atrás para enterarse de lo que había hecho Miriam para producir semejante efecto. No había hecho nada en absoluto; lo cual era precisamente el elemento embarazoso: Miriam se limitaba a mirar fijamente a la intrusa, inmóvil y soberbia. Parecía, de alguna extraña manera, en indolente posesión del lugar, y, así y todo, en aquel instante Nick apreció lo hermosa que se mostraba; de tal forma que exclamó para sus adentros, inaudiblemente, en algún recóndito lugar interior, en una región por debajo de sus demás emociones: «¡Cuánto me gustaría pintarla así!». La señora Dallow desplazó su mirada por un único instante hacia la de Nick; luego la retiró, fuera del alcance de la de Miriam, dejando que vagara por toda la habitación.

—Estoy con una muchacha que me sirve de modelo, pero no te importe; estamos tomándonos un descanso. Me alegra mucho verte —dijo Nick, y cerró la puerta del estudio detrás de ella (el criado de él se hallaba todavía en el portal, que se encontraba abierto y a través del cual vio Nick estacionado el carruaje de Julia). Esto la hizo adelantarse un poco más, pero siguió sin decir nada; no ofreció ninguna respuesta ni siquiera cuando Nick continuó, consciente de hallarse en una situación violenta—: ¿Cuándo has regresado? Espero que no haya ocurrido nada malo. Llegas en un momento interesantísimo —prosiguió, reflexionando —después de haber hablado— que se trataba de una frase que habría podido hacerla reír.

Ella estuvo lejos de reírse; tan sólo se las arregló para no mirar ni a Nick ni a Miriam y para decir, pasados unos momentos, cuando él repitió su pregunta acerca del anticipado regreso:

—He vuelto esta misma mañana. Me he venido directamente aquí.

—Y no pasa nada malo, espero.

—Oh, no. Todo va bien —contestó ella con rapidez y sin expresión. No se dignó explicar su regreso prematuro y no hizo caso del asiento que Nick le ofreció; ni tampoco pareció oírlo cuando él le pidió que no mirara todavía la obra sobre el caballete —estaba aún tan poco avanzada—. Nick fue consciente, al terminar de formular la anterior petición, de que ésta le daba, a la situación de Miriam directamente frente a su lienzo, un aire privilegiado que el hecho de que Miriam se abstuviera de darse por enterada en manera alguna de la entrada de la señora Dallow o de su trascendencia, nada hizo por modificar. Pero aquello no tenía tanta importancia puesto que la petición no había conseguido llegar hasta el entendimiento de Julia, según juzgó él, observando cuán profundamente agitada se encontraba ésta. Nada tenía importancia al lado de la sensación de peligro que tomó posesión de él después de que ella llevara en la habitación unos momentos. A él le habría

gustado decir: «¿Qué ocurre de particular? ¿Ha pasado algo?», pero pensó que a ella no le gustaría que pronunciara palabras tan íntimas en presencia de la persona al encontrarse a la cual entre ellos se había sentido tan bruscamente sobresaltada. Nick pronunció el nombre de Miriam dirigiéndose a la señora Dallow y el de la señora Dallow dirigiéndose a Miriam, pero la participación de Julia en este rito fue tan leve como para resultar apenas perceptible. Miriam tenía el aspecto de estar aguardando algo más antes de hacer ella por su parte alguna señal; y como nada más aconteció, continuó silenciosa y sin mudar de posición. Nick agregó un comentario en el sentido de que la señora Dallow probablemente recordaría haber tenido el placer de conocer a la señorita Rooth el año anterior: en París, aquel día, en la fiesta de su hermano Peter; ante lo cual la señora Dallow comentó: «Ah, sí», sin mayor matización, mientras dejaba fija la vista en algunos estudios un poco descoloridos, enmarcados en bastidores, que estaban dispuestos a lo largo del suelo, apoyados contra la base de la pared. La agitación de Julia constituía para sí misma manifiestamente un tormento; había sufrido un golpe de extremada violencia, y Nick entendió que, visto que Miriam no mostraba síntomas de tener intención de levantarse de su asiento, la presencia de Julia sería de lo más breve. Él deseaba que Miriam hiciese algo: que dijese que se retiraba, que se levantase, que se moviese un poco; en su actitud actual tenía el aspecto de estar disfrutando desde su posición ventajosa del espectáculo del desconcierto de la señora Dallow. Nick hizo una serie de preguntas sobre las actividades de Julia en provincias, a dos o tres de las cuales dio ella contestaciones monosílabas y apenas inteligibles mientras no hacía más que mirar y mirar por toda la habitación como si estuviera buscando algo que no lograba encontrar —una escapatoria quizá, algo que no fuera Miriam—. Fue al cabo de unos instantes cuando ella finalmente dijo:

—No he venido a quedarme... veo que estás ocupado. Sólo he parado aquí para saber si estabas. Adiós.

—Es un detalle encantador por tu parte haber venido. Me alegro mucho de que hayas visto por ti misma lo bien dedicado que estoy —contestó Nick, no desconocedor de hallarse coloradísimo. Esta circunstancia hizo que la señora Dallow lo mirara, mientras Miriam los estudiaba a los dos. En los ojos de Julia había algo que él nunca había visto hasta entonces: un destello de terror ante el cual él mismo se sintió aterrorizado. —Por supuesto iré a visitarte más tarde —añadió Nick, riéndose torpemente, mientras ella se llegaba hasta la puerta, la abría por sí misma y se marchaba sin despedirse de Miriam—. Te escribí esta mañana... te has perdido mi carta —repitió él detrás suyo, habiéndole dado ya esta información antes. La puerta del estudio estaba muy cerca de la del portal del edificio, pero antes de que la señora Dallow hubiese podido salir a la calle sonó la campanilla de los visitantes. El pasillo era estrecho y ella se mantuvo por delante de Nick, anticipándose al movimiento de él para abrir la puerta de

la calle. La campanilla aún estaba resonando cuando, mediante acción de la mano femenina, apareció un caballero de pie en los escalones.

— ¡Ah, encanto, no te vayas! —oyó Nick que alguien decía en un rápido y amable intento disuasorio y con el acento ahora reconocido por él de Gabriel Nash. Siguió una rectificación aún más rápida, si bien una rectificación que arregló la cuestión bastante poco—: Le pido un millón de excusas. Pensé que era usted Miriam.

Gabriel se hizo a un lado, y la señora Dallow se precipitó fuera de la casa. El coche de ella, un victoria con un par de caballos que se notaban cansados, había subido un poco por la calle, pero el cochero ya había reparado en la presencia de su señora y estaba volviendo con celeridad. Se acercó; no lo bastante rápido, empero, como para que Nash no tuviera tiempo de acompañar a la señora Dallow hasta el bordillo brindándole excusas por la familiaridad en que desatinadamente había incurrido. Nick estaba al otro lado de ella, esperando para acomodarla en su carruaje y nuevamente desconcertado, ahora por el encuentro con Nash, quien por alguna razón, mientras permanecía ofreciéndole a Julia una explicación a la cual ella no atendía, parecía menos eminente de lo habitual, si bien no más atribulado ante las dificultades que de costumbre. Nick se sonrojó profundamente y vio al lacayo saltar al suelo al parar el victoria; oyó que Nash decía algo acerca del honor de haber conocido a la señora Dallow en París. Nick deseó que Nash se metiera en la casa: lo maldijo interiormente por su falta de discreción. Ansiaba tener unas palabras a solas con Julia... tan a solas como lo permitiesen los dos inoportunos criados. Pero Nash no se sintió lo bastante desalentado como para dejar de decir:

— ¿Ha venido usted a echarle un vistazo a la gran modelo? ¿Verdad que posa que da gloria? Es lo que yo también quería, esta mañana: nada más que un vistazo que santificase el día entero. Ah, pero usted, señora...

Julia había saltado dentro del carruaje mientras Nash estaba todavía hablando, y había fulminado al cochero con un rápido «¡A casa!» que por sí solo puso en marcha el vehículo. El carruaje avanzó unos cuantos metros, pero mientras que Gabriel, con una reverencia majestuosa, dio media vuelta, Nick Dormer, con su mano en el borde de la capota, se puso a correr a su altura.

—No te ha gustado, pero yo te lo explicaré —dijo, riendo y en tono bajo.

—Me explicarás ¿qué? —preguntó la señora Dallow, aún muy pálida y seria, pero sin dar muestras de nada especial en la voz. Estaba pensando en los criados. Podía pensar en ellos incluso en ese instante.

—Oh, ya hablaremos. Me presentaré a las cinco —repuso Nick, caballerosamente festivo, mientras que el carruaje siguió rodando y acabó por perderse en la lejanía.

Gabriel se había metido en el estudio y Nick se lo encontró de pie en actitud admirativa hacia Miriam, quien había retomado la posición en que había estado posando.

— ¡Señor, está magnífica hoy! ¿No te parece que está magnífica hoy? — exclamó Nash, asiendo a Nick por el brazo para situarlo en una determinada perspectiva. Miriam parecía de veras todavía más hermosa que antes, y había readoptado su postura con el esplendoroso aspecto, semejante al de una esfinge, de ser capaz de mantenerla eternamente. Nick no dijo nada, sino que retornó al trabajo estremecido aún por la confusión, que resultó, a decir verdad, cuando recogió su paleta, ser un intenso y, pasado un instante, un delicioso estímulo. Miriam no dijo ni una sola palabra, pero se volvió doblemente espléndida, y durante más de una hora, hasta que Nick exhausto afirmó que no podía más, el industrioso silencio fue interrumpido tan sólo por la plática esporádica de Gabriel Nash.

## 27

Nick Dormer llegó a Great Stanhope Street a las cinco en punto y se enteró, para su gran asombro, de que la señora Dallow no estaba en casa: para su gran asombro porque él le había dicho que iría a aquella hora, y le atribuía, con cierta simpleza, un estado anímico de ansiedad en relación con la explicación que él quería darle. Por lo visto no estaba ansiosa; la ansiedad era más bien de él: era él quien estaba ansioso por explicarse. Nick admitía, no sin cierta sensación de magnanimidad al hacerlo, que ella había tenido alguna razón al retirarse precipitadamente de su estudio, o en todo caso al turbarse extraordinariamente allí. Unos días antes, él había extendido una súplica en favor de un corto período de adoración en ese santuario, y ella la había aceptado y dado su consentimiento; pero la adoración, al descorrerse el telón, había resultado ser a una espléndida joven, una actriz de cabellera desordenada, que mostraba en grado singular la apariencia de una persona bien dispuesta a pasar allí el día entero. La explicación era sencilla: estribaba en que cuando uno se pone a pintar, aunque sea malamente y sólo como excepción a una regla, son necesarios modelos. Nick se hallaba impaciente por aclararlo, con francos y afectuosos tonos y un pleno y desenfadado reconocimiento de que era natural que Julia se hubiera sentido sobresaltada; y se notaba a sí mismo tanto más impaciente cuanto que, pese a que nunca había esperado que a ella le agradara en lo más mínimo encontrarse con una mujer desconocida cobijada momentáneamente bajo su techo, aquello la había disgustado todavía más de lo que habría parecido probable. Ello se debía a que, no habiendo sido enterada por él del asunto, en ese instante había sido

insoportable para ella la impresión de que se le había jugado una mala pasada. Pero tres minutos a solas con ella disiparían el malentendido.

Tendrían de veras que disipar un considerable malentendido, reflexionó Nick, conforme un número muy superior de minutos transcurrió sin que con ellos regresara la señora Dallow. Pues Nick le había dicho al mayordomo que pasaría y esperaría (aun cuando era extraño que ella no le hubiera dejado recado ninguno): sin duda ella retomaría de un momento a otro. Nick tenía naturalmente plena licencia para aguardar, en el aposento que más le gustara; y fue hecho pasar a la sala de estar particular de Julia y provisto de té y de los periódicos de la tarde. Tras un cuarto de hora, empero, dejó de lado estas distracciones debido al aumento de su parecer de que era extraño que, sabiendo ella claramente que él iba a venir, no se hubiese tomado más molestias por quedarse en casa. Paseó de un lado a otro y miró por la ventana, cogió algunos libros y volvió a depositarlos, y luego, habiendo transcurrido ya media hora, comenzó a sentirse un poco enojado. ¿Qué demonios podía ella estar haciendo dado que, en una época en que Londres estaba completamente vacío, no podía estar de visita? Entró un lacayo para hacerse cargo del fuego; aprovechando lo cual, Nick lo interrogó en relación con la ocupación en que la señora Dallow pudiera hallarse enfrascada. El hombre le desveló que su señora había salido tan sólo un cuarto de hora antes de que Nick llegara; y, como si el hombre agradeciera la oportunidad de una conversacioncilla decorosa, además le dio a Nick aún más información de la que le había solicitado. De ella pareció desprenderse que, como Nick sabía o podía suponer, la señora Dallow había telegrafiado la tarde anterior, desde provincias, pidiendo que el victoria la recogiera por la mañana en la estación de Paddington, y había ido directamente de dicha estación al estudio, en tanto su criada, con el equipaje, se dirigía en un carruaje de alquiler a Great Stanhope Street. Al marcharse del estudio, no obstante, la señora Dallow no había regresado derecha a casa: había escogido esta insólita época para dar un paseo de una hora en coche por Hyde Park. Luego llegó por fin a su residencia, pero permaneció en el piso superior todo el rato, sin ver a nadie y sin bajar a comer. A las cuatro en punto había ordenado que estuviese dispuesto el brougham a las cinco menos cuarto, y se metió en él puntualmente, diciendo «¡A Hyde Park!» mientras lo hacía.

Después de que el lacayo lo dejara, Nick se sintió muy desconcertado ante la súbita pasión de Julia por las orillas de la Serpentina, en el momento presente invadidas por las nieblas y solitarias, habida cuenta de que la tarde se había puesto gris y la luz iba menguando. Por lo habitual ella odiaba Hyde Park y odiaba los carruajes cerrados. Nick sufrió una incomodante visión de Julia encogida en un rincón de su brougham y cubierta con un velo como si hubiese estado llorando, dando vueltas por los parajes desiertos del camino para coches de caballos. Desde luego se había sentido profundamente agitada, y estaba nerviosa y confusa: el movimiento del carruaje la confortaría y la

haría tranquilizarse. Nick recordó que por la mañana, ante la puerta de él, ella había dado a entender que se marchaba a casa; así que se había tenido que meter en Hyde Park tras pensárselo mejor, al pasar junto a éste. Él se quedó otra media hora, paseó de un lado para otro de la habitación muchas veces y pensó en muchas cosas. ¿Lo había entendido ella mal cuando él le dijo que iría a las cinco? ¿No pudo figurarse, aunque así fuera, que él iría más bien pronto que tarde, y no habría podido dejarle un mensaje por si las moscas? El marcharse de esa forma unos minutos antes de que él llegara, presentaba un poco incluso el cariz de una decisión tomada a propósito para agraviarlo; como si se hubiese sentido tan ofendida que hubiera aprovechado la primera ocasión propicia para hacerlo entender que se proponía romper con él. Mas ¿eran cosas así las que Julia solía hacer, y era ésa la turba como las hacía... su bella, digna, delicada, generosa Julia?

Al dar las seis en punto, el pobre Nick se sentía claramente resentido; pero se quedó diez minutos más, contemplando la posibilidad de que la señora Dallow hubiese creído por la mañana oírlo decir aquella hora. El crepúsculo de abril principió a insinuarse y la escasa cordialidad de la conducta de ella, especialmente si todavía estaba vagando por el Parque, adquirió matices absurdos. A la memoria de Nick acudieron anécdotas, evocadas vagamente, escuchadas no sabía dónde ni cuándo, sobre artistas desgraciados a quienes se les había hecho muy difícil la vida a causa de esposas que no les permitían el empleo de modelos femeninos de carne y hueso y que armaban escenas si, en la escalera, se encontraban con tales fuentes de inspiración. Aquellas mujeres le parecían personas odiosas y vulgares, con quienes semejaba grotesco que Julia tuviese algo en común. Por supuesto ella no era aún su esposa, y por supuesto si lo hubiese sido él se habría desentendido de toda forma de actividad que requiriera los servicios de una retratanda; pero ni siquiera dichas matizaciones lo libraron totalmente de una propensión a estremecerse al pensar en la forma en que Julia acababa de escabullirse parangonándose así con las temperamentales damiselas.

A las seis y cuarto Nick hizo sonar una campanilla y le dijo, al criado que acudió, que se marchaba y que hicieran saber a la señora Dallow tan pronto como regresara que él había esperado encontrarla y que la había aguardado una hora y cuarto. Pero no bien hubo puesto el pie en el umbral de la residencia, al disponerse a partir, cuando en ese momento el brougham, emergiendo de la niebla vespertina, se detuvo enfrente de la casa. Nick se quedó en el umbral, esperando a que ella saliera, dejando que fueran los criados quienes la asistiesen. Ella lo vio (no llevaba velo, al contrario que en la imagen mental que él se había forjado), pero eso no le impidió hacer un alto para dar instrucciones al cochero, una cuestión que por lo visto requirió especificaciones minuciosas. Cuando ella llegó hasta la puerta de la residencia, Nick le comentó que llevaba esperándola una eternidad; a lo cual respondió



ella que no debía tomarse aquello como un agravio por su parte... y que se sentía demasiado indispuesta para que tal calificación resultase justa. Él le manifestó inmediatamente su condolencia y preocupación, agregando, no obstante, que en ese caso ella habría hecho mejor en no salir. Ella no contestó a esto: había tres criados en el vestíbulo que miraban como si por fin fueran a enterarse de lo que no se les había contado; únicamente cuando él la siguió al interior, ella le preguntó si su intención era quedarse todavía.

—Desde luego, si no te sientes demasiado enferma para verme.

—Ven, entonces —dijo Julia, alejándose del pie de las escaleras que conducían a los pisos superiores, habiéndose llegado primero hasta él. Esto lo consideró él inmediatamente otra penalización inferida a su visita: ella no quería readmitirlo en su salón o en su boudoir, lo iba a recibir en una estancia impersonal de la planta baja, donde despachaba las visitas por asuntos de negocios. ¿Qué iba a hacer con él? A estas alturas estaba preparado para una escena de celos; pues estaba seguro de haber aprendido a interpretar el carácter de ella acertadamente al llegar a la conclusión de que, aun cuando presentara la apariencia de una mujer fría, Julia tenía asimismo en ciertas ocasiones disposición a las emociones extremadas. Julia era impasible en grado sumo, pero una que otra vez encendía la mecha de un cañón. No bien hubo cerrado Nick la puerta de la estancia, ella le dijo sin sentarse—: Sin duda apreciaste que aquello no me gustó en absoluto.

— ¿El que alguien posara para mí, de esa manera? Yo mismo me sentí muy molesto —respondió Nick.

— ¿Por qué molesto? Es muy hermosa —dijo la señora Dallow, con perversidad.

— ¡Creía que ni la habías mirado! —dijo Nick riéndose.

Julia vaciló un instante; después dijo:

— ¿Estuve muy descortés?

—Oh, no tiene importancia. Fue embarazoso sólo para mí, porque no estabas al tanto —contestó Nick.

—Sí que lo estaba; por eso fui.

— ¿Cómo puede ser? Mi carta no pudo llegarte.

—No sé nada de tu carta —dijo la señora Dallow, indagando con la mirada en busca de un asiento y sentándose después en el borde de un sofá, mirando hacia el suelo.

—Ella posó para mí ayer también; estuvo allí toda la mañana; pero no te escribí ayer contándotelo. Me dediqué a ella con gran energía y, aunque no te

lo creas, me sentí demasiado cansado después para escribir nada. Además, por la noche fui a verla actuar.

— ¿Actúa? —preguntó la señora Dallow.

—Es actriz; tal es su profesión. ¿No la recuerdas aquel día en las habitaciones de Peter, en París? Ya es una celebridad; posee gran talento; tiene un contrato aquí con un teatro y está causando sensación. Como te digo, la vi anoche.

—No es necesario que me cuentes nada —replicó la señora Dallow, alzando la mirada hacia él con un rostro cuya intensa, cuya trágica tristeza lo sobresaltó.

Él había permanecido de pie ante ella, pero ante esto inmediatamente se sentó a su lado, cogiéndole la pasiva mano y diciéndole:

—Deseo hacerlo, por favor; de lo contrario podría parecerte todo demasiado extraño. Sabía que ella iba a venir cuando te escribí anteayer. Pero no te lo conté entonces, porque no sabía cómo resultaría el asunto al final y no deseaba regocijarme prematuramente con una pobre e insignificante intentona que podía quedarse en nada. Además, no podía decirte nada del tema en absoluto sin contarte exactamente cómo había acontecido todo —continuó Nick, explicándose gentil y copiosamente—. Fue el resultado de una visita que inesperadamente me tributó Gabriel Nash.

— ¿Ese hombre... el hombre que me habló? —preguntó Julia, agitada por un recuerdo desazonante.

—Hizo lo que creyó que te agradaría, pero me temo que no lo logró. Lo conociste en París y no te cayó bien; así que al escribirte estos días, pensé que sería mejor refrenar mi lengua en lo relativo a todas las cuestiones en que él estuviese involucrado.

— ¿Te cae bien a ti?

—Muchísimo.

— ¡Santo cielo! —exclamó Julia, casi en voz baja.

—La razón por la que me sentí molesto fue porque, de alguna manera, cuando entraste de repente, di la impresión de haberme zafado de esas visitas y encerrado a cal y canto en la ciudad sólo para hacer algo que te había mantenido en secreto. Y me he sentido muy intranquilo hasta haber podido explicarlo.

—No lo explicas, no puedes explicarlo —declaró la señora Dallow, dirigiéndole a su compañero una mirada que, pese a su estudiada impasibilidad, expresó una profunda agitación—. Yo ya sabía; lo sabía todo;

por eso me vine.

—Fue una especie de sexto sentido, fue lo que se denomina una inspiración súbita, ¿no es eso? —sonrió Nick.

—Me sentí intranquila, experimenté una especie de llamada; me vino de improviso, ayer. Fue irresistible; nada habría podido disuadirme de hacer lo de esta mañana.

—Eso es muy serio, pero lo que es sobre todo es delicioso. No debes dejarme otra vez —dijo Nick—. Debemos permanecer juntos, para siempre jamás.

Él le puso el brazo alrededor, pero ella se liberó tan pronto como sintió la presión. Y se levantó con rapidez, retrocediendo, en tanto que, desconcertado, él siguió sentado mirándola, como ella lo había hecho respecto de él hacía unos instantes.

—Lo he pensado de arriba a abajo; he estado considerándolo todo el día —comenzó ella—. Ésa es la razón de que haya estado ausente.

—No pienses en ello demasiado; no vale la pena.

—Te gusta más que cualquier otra cosa. ¡Vaya que si te gusta! No puedes negarlo —prosiguió ella.

—Hija mía, ¿de qué hablas? —preguntó Nick con cortesía.

—Es lo que más deseas: hacer lo que estabas haciendo esta mañana; con mujeres arrellanadas indolentemente, despojadas de sus vestidos, para que las pinten, y la gente como ese hombre.

Nick se irguió con lentitud, dubitativo.

—Mi querida Julia —dijo—, aparte la sorpresa de esta mañana, ¿tienes objeciones contra el uso de modelos de carne y hueso?

—Ninguna en absoluto, en tu caso particular y sabiendo tu forma de ser.

— ¿Cuál es el inconveniente entonces, dado que en mi estudio nadie más las trata aparte de mí?

— ¡Lo adoras, te chifla; es lo que más deseas y es lo único que deseas! —estalló Julia.

— ¿Te refieres a tener modelos, mujeres arrellanadas indolentemente?

—Es lo que presentí, lo que supe cuando me sobrevino y me obsesionó ayer, de un modo tal que no pude desecharlo. Me pareció que si lo veía con mis propios ojos y tenía una prueba inequívoca me sentiría mejor, me quedaría más tranquila. Y ahora lo estoy... tras una tormenta de varias horas, lo

reconozco. Lo he visto; todo el asunto está claro y me noto satisfecha.

—Yo no, y para mí todo el asunto no está nada claro. ¿De qué me estás hablando exactamente? —requirió Nick.

—De lo que estabas haciendo esta mañana. Es tu preferencia más arraigada, es tu pasión secreta.

— ¿Un pequeño intento con vistas a algo serio? Pues verdaderamente casi ha sido serio —dijo Nick—. Pero fue una casualidad no buscada, esta mañana y ayer: todo salió mejor de lo que me esperaba, mas no pienso seguir con ello toda la vida.

—Estoy segura de que tienes un talento inmenso —comentó la señora Dallow, con una ausencia de alegría que resultó casi cómica.

—No, no, quizá lo tuve. Pero lo arranqué de la tierra donde crecía; ya es demasiado tarde para volver a intentar que florezca. Mi querida Julia, soy perfectamente incompetente y estoy perfectamente resignado.

—Sí, ese aspecto exactamente tenías esta mañana, cuando estabas apoyado por encima de ella. ¡Oh, ella rescatará tu talento!

—Es una criatura atenta e incluso inteligente, y no tengo duda de que lo rescataría si estuviera en su mano hacerlo. Pero ya he recibido de ti toda la ayuda que las mujeres están destinadas a prestarme. Nadie puede volver a hacer por mí lo que tú has hecho.

—Yo no volvería a intentarlo; actué por ignorancia. ¡Oh, lo he meditado todo muy bien! —manifestó Julia. Después, dirigiendo hacia él una extraña expresión de angustia, dijo—: ¡Antes de que sea demasiado tarde, antes de que sea demasiado tarde!

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Para que seas libre, para que seas libre. Y para que yo... para que yo sea libre también. ¡Odias todo lo que me gusta! —exclamó ella, con voz estremecida—. ¡No finjas, no finjas! —insistió, al emanar de él expresiones de protesta.

—Me había parecido que querías que pintara —arguyó Nick, acalorado y mirando con fijeza.

—Quiero, quiero. Por eso debes ser libre, por eso debemos separarnos.

— ¿Por eso debemos separarnos?

—Oh, he pensado en ello desde todos los ángulos. Me he enfrentado a la verdad. No iría bien en absoluto —dijo la señora Dallow.

— ¡Es delicioso el modo como hablas de ello, como si se tratara de un

ajuste de tu vestido! —comentó Nick con amargura—. ¿No te iría bien en tu opinión ser querida y apreciada como ninguna otra mujer de Inglaterra?

La señora Dallow se alejó de él, cerrando los ojos como para no ver algo que podía ser peligroso para ella, y contestó:

—No debes renunciar a nada por mí. Yo lo sentiría constantemente, y sería muy desagradable. Yo no tengo miedo a la verdad, pero tú sí.

— ¿La verdad, querida Julia? Mi único deseo es averiguarla —dijo Nick—. Y me parece que ya lo he logrado. La única verdad es que si dos personas se hallan unidas por un afecto sincero y un amor correspondido y son juiciosas y generosas y honradas, ninguna dificultad que interfiera en esa unión de sus vidas es insuperable, ningún problema es irresoluble.

La señora Dallow pareció reflexionar durante un instante sobre estas palabras; habían sido pronunciadas con un tono acaso capaz de conmovérla. De todos modos, al final de ese instante, alzando la mirada, proclamó:

—Odio el arte, como tú lo expresas. Consideraba que lo odiaba, sabía que lo odiaba; pero hasta esta mañana no he sabido cuantísimo.

—Madre mía, eso no era arte —protestó Nick—. El arte genuino estará a mil kilómetros de distancia de nosotros; nunca entrará en nuestra casa, soyez tranquille. ¿Por qué has de preocuparte entonces?

—Porque deseo entender, deseo saber lo que hago. ¡Eres un artista: lo eres, lo eres! —exclamó la señora Dallow, acusándolo con pasión.

—Mi pobre Julia, las cosas no son tan sencillas, ni se trata de una personalidad que uno pueda adquirir de la noche a la mañana. Hay cuestiones de todo tipo; hay que iniciarse joven y someterse a un adiestramiento riguroso y ver las cosas tal como son. Habría sacrificios que yo nunca podría hacer.

—Pues bien, hay sacrificios para ambos, y yo tampoco podría hacerlos. Seguramente por tu parte no hay inconveniente, pero por la mía sería un lamentable error. Cuando creo estar haciendo una cosa, no debo estar haciendo exactamente la contraria —continuó Julia, como si ansiara explicarse y ser clara—. Hay cosas que me he propuesto, las cosas que más me atraen; y no son las que te propones. Sería una enorme decepción, y no es así como concibo mi vida, y será muy doloroso si no lo entendemos.

Nick la miró aquejado de profunda perplejidad, pues ella no había logrado explicarse tan bien como ansiaba.

—Si no entendemos ¿el qué? —le inquirió.

—Que somos endiabladamente distintos... que todo lo que haces lo estás haciendo por mí.

—Y ¿me objetas por eso... por lo que hago por ti? —preguntó Nick.

—Haces demasiado. Tienes un gran corazón, eres generoso, eres una persona maravillosa; pero no me fío del resultado. En el fondo, no me he fiado desde el principio: por eso te he hecho esperar, por eso te devolví tu libertad. ¡Oh, sospechaba de ti! Tenía mis ideas. Para ti todo está bien, pero no lo está para mí: soy enteramente distinta. ¿Por qué ha de imponérseme esto siempre, si lo odio? ¿Qué he hecho yo para merecerlo? Ya he escarmentado una vez.

Estas últimas palabras, al ser pronunciadas, fueron acompañadas, incluso conforme brotaron, por un rápido rubor; de tal forma que Nick pudo discernir en ellas igual de rápidamente la involuntaria confesión de una irritación ya antigua, casi de una vergüenza ya antigua: la producida por la afición monótona y escasamente gloriosa del difunto marido de ella por los objetos hermosos, la indiferencia de éste hacia cualquier posibilidad de representar un papel importante en la vida pública. Tal había sido la mortificación de la juventud de ella, y era de veras una perversidad del destino el que una nueva alianza llevara consigo otra vez una exigencia siquiera oblicua del mismo espíritu de temporización, le impusiera la escondida amargura de las mismas concesiones. Mientras Nick permanecía allí ante ella, conteniendo sinceramente contra la energía que ahora había visto afianzarse en ella, la intensa resolución de romper con él, una energía madurada en unas pocas horas, descifró un enigma que hasta el momento lo había tenido confundido, vio cómo un gran misterio se volvía sencillo. Una pasión hacia él inspirada por razones de tipo peculiar casi había arrojado a Julia en sus brazos (un tipo de hecho al que hasta un hombre vanidoso —y Nick no era especialmente vanidoso— podía vacilar a la hora de concederle mérito); la había sostenido en esa actitud, a pesar de haberse producido por momentos una gran tensión en la cuerda —cuya vibración él podía sentir aún—, gracias a la profunda, la infrecuente ambición de ella; y la había detenido en el último instante justo a tiempo de preservar sus proyectos. El presente atisbo por parte de Nick de la inmensa operatividad de los proyectos de Julia, no lo hizo considerarla pobre de espíritu o fría; había de hecho una virtud extraña y positiva en ellos y le parecieron más bien grandiosos y elevados. El hecho de que ella fuese capaz de abandonarlo incluso anhelándolo, abandonarlo porque ahora la conciencia de ella veía con nitidez que, después de todo, él no la ayudaría en su determinación de verse involucrada, tanto como le fuera posible a una mujer, en los grandes asuntos; el hecho de que ella fuese capaz de postergar, y postergar sin otra compensación que la incertidumbre, la satisfacción de un cariño que la reconcomía y apostar a largo plazo; esta manifestación de voluntad y coraje, del vasto designio que la dominaba, suscitó al instante la admiración de él. Él pagaba el elevado precio de ser un soñador, dotado para lejanas incursiones del espíritu, rebeldías ante la tradición e incluso ante la fe, y abierto a revelaciones portentosas. De momento luchó para convencerla de

que él sí lograría lo que no iba a lograr, pues la visión del futuro de él que ella había intentado abrigar resplandeció ante él como un soborno y un desafío. Le pareció a Nick que no había nada a que él no pudiese aspirar para que ella aspirara a ser suya. Conque de inmediato dijo:

—Lo que quieres es estar segura de que el hombre con quien te cases será primer ministro de Inglaterra. Pero ¿cómo vas a poder estarlo, con quien sea?

—Puedo estar segura de que algunos no lo serán —contestó la señora Dallow.

—La única seguridad, acaso, estaría en casarse con el señor Macgeorge —sugirió Nick.

—No sé si ni tan siquiera con él.

—Tú misma eres primera ministra —respondió Nick—. Mantenerme fiel a ti como lo hago, estar resuelto a ser de tu partido... ¿no es eso lo bastante político, dado que eres la mismísima política encamada?

— ¡Ah, cómo la odias! —se lamentó Julia—. Lo noté claramente cuando te vi esta mañana. El lugar entero apestaba a ello.

—Mi querida niña, los más grandes estadistas tuvieron sus pasatiempos. ¿Qué me dices de mi talento hereditario para la vida pública? Es un potencial considerable.

—No te llevaría muy lejos. —Después la señora Dallow añadió—: Tienes que ser un gran artista. —Nick soltó una carcajada ante el involuntario desprecio contenido en esta expresión, pero ella continuó—: Es muy desprendido por tu parte estar dispuesto a renunciar a todo, y por ello te aprecio. Siempre te apreciaré. Seremos amigos, y siempre me tomaré interés por...

Ante esto él la detuvo, hizo un movimiento que interrumpió su frase, y ella permitió que le cogiera la mano, como si ahora no le tuviera miedo.

—No es sólo por ti —arguyó él con gentileza—; tú representas mucho, pero no lo representas todo. Innumerables votos y juramentos descansan sobre mi cabeza. Estoy inextricablemente enzarzado y comprometido. Se me formó en el templo; mi padre era sumo sacerdote y soy un hijo del Señor. Y además la misma vida... cuando tú hablas de ello me siento agitado hasta las entrañas; es como la trompeta de un heraldo. ¡Lucha junto a mí, Julia; no contra mí! Ponte de mi parte, y lo haremos todo. Es fascinante, eso de ser un gran hombre ante la multitud... ser amado por ella, ser seguido por ella. Un artista no lo es... nunca, nunca. ¿Por qué habría de serlo? No olvides lo inteligente que soy.

— ¡Oh, si no fuera por eso! —comentó ella, sofocada por el esfuerzo de resistirse ante el tono de él. Y preguntó abruptamente—: ¿Insinúas que si fuera

a morirme mañana, seguirías de todos modos en la Cámara de los Comunes?

— ¿Si fueras a morirme? ¡Sabe Dios! Pero les haces singular poca justicia a mis incentivos —prosiguió Nick—. Mi carrera política lo es todo para mi madre.

Julia vaciló un instante; después inquirió:

— ¿Le tienes miedo a tu madre?

—Sí, en especial; pues representa infinitas posibilidades de contratiempos y disgustos. Representa todas las de mi padre tanto como todas las suyas propias; y en ellas trágicamente mi padre continúa vivo. Por otra parte lo veo a él arrobado, como la veo a ella, ante la idea de nuestro matrimonio y nuestra vida de aspiraciones comunes; si bien por supuesto no es ésta una consideración que pueda yo esperar que influya en ti.

La señora Dallow negó con la cabeza lentamente, incluso sonriendo un poco con un aire de calma y lucidez recobradas.

—Nunca te harás con un alto cargo —dijo.

—Pero ¿por qué no aceptarme tal cual soy?

—Porque soy abominablemente exigente en las cuestiones de este tipo; tengo que reconocerlo. Tengo que encarar la fea verdad. Ya he pasado por lo peor; todo está decidido.

—Lo peor, supongo, fue cuando me encontraste esta mañana.

—Oh, aquello fue bastante bueno... para ti.

—Eres magnánima, Julia; pero evidentemente lo que es bastante bueno para mí no lo es para ti. —Nick hablaba con amargura.

—No te aprecio lo suficiente: ése es el obstáculo —dijo con valentía la señora Dallow.

—Me apreciabas lo suficiente hace un año; me lo confesaste.

—Bueno, hace un año fue hace un año. Hoy todo ha cambiado.

—Eres muy afortunada... por tener la capacidad de desligarte de una devoción —repuso Nick.

Julia tenía su pañuelo de bolsillo en la mano, y ante esto lo oprimió con rapidez contra los labios, como para impedir la salida de alguna exclamación. Luego, pareció por un instante ponerse a escuchar como atendiendo a un ruido procedente del exterior. Nick interpretó su gesto como un honroso impulso de reprimir las palabras: «¿Estás refiriéndote a la devoción de que fui testigo esta mañana?». Pero, inmediatamente después, ella dijo algo bien diferente:



—Me ha parecido oír llamar. He telegrafiado para que acuda la señora Gresham.

— ¿Por qué lo has hecho? —preguntó Nick.

—Oh, la necesito.

Él se aproximó a la ventana, donde las cortinas no habían sido echadas, y vio en la tiniebla un carruaje a la puerta. Cuando se dio la vuelta dijo:

— ¿Por qué no confías en mí en el sentido de que lograré hacerte apreciarme, como tú dices, mucho más? Si te hago apreciarme tanto como yo te aprecio a ti, se parecerá bastante a lo suficiente, creo.

—Oh, te aprecio lo suficiente para velar por tu felicidad. Y no me desligo de una devoción —siguió la señora Dallow—. Constantemente seré considerada contigo. Me portaré exquisitamente contigo.

—Me harás perder una fortuna —declaró Nick.

Julia miró fijamente, después se sonrojó.

—Ah, puedes tomar todo el dinero que quieras —dijo.

—No me refiero a la tuya —contestó él, sonrojándose a su vez. Había decidido en ese instante, por si acaso sirviera de algo, contarle aquello de lo que nunca le había hablado hasta ahora—: El señor Carteret me prometió el año pasado una calderada de dinero el día en que sellara mi alianza contigo. Tiene su corazón puesto en nuestro matrimonio.

—Siento muchísimo decepcionar al señor Carteret —dijo Julia—. Iré a verlo. Lo aclararé y arreglaré todo —prosiguió—. Además, harás una fortuna a base de tus retratos. Los grandes reciben millares, tan sólo por un rostro.

—Estoy bromeando tan sólo —repuso Nick, con una sombría mirada que contradujo tal aseveración—. Mas ¡cuántas cosas te mereces que haga!

— ¿Te refieres a formidables retratos?

— ¡Vaya que si lo odias! Llevado hasta ese punto, resulta llamativo —meditó en voz alta el muchacho.

— ¿Quieres decir que estás bromeando con eso de la promesa del señor Carteret?

—No, la promesa es auténtica. Pero no la propongo en serio como una razón.

—Iré a Beauclere —dijo la señora Dallow—. Llega usted una hora tarde —agregó en un tono diferente; pues en ese momento la puerta de la habitación se había abierto de par en par y había sido hecha pasar la señora Gresham,

mientras el mayordomo pronunciaba su nombre.

—Ah, no impugne mi puntualidad; ¡es mi forma de ser! —exclamó la útil mujer, metiendo en su monedero una moneda de seis peniques que el cochero le había devuelto. Ante esto, Nick se marchó con una despedida esquemática... se marchó previendo con exactitud con qué se encontraría al día siguiente: con que la señora Gresham había recibido órdenes de no moverse del lado de su señora. Él acudió de visita ya avanzada la tarde, y Julia lo recibió con liberalidad, para mostrarse coherente con su aseveración de que se portaría «exquisitamente» con él, de que no se había desligado de su devoción; pero la señora Gresham permaneció inmutablemente como espectadora de dicha liberalidad. Julia lo miró con gentileza, pero la escolta de ella se mostró más benigna aún; de forma que lo que Nick hizo con su propia mirada no fue apelar a la señora Dallow para que accediera a verlo un momento a solas, sino rogar insistentemente, en procura de tal privilegio, a la segunda ocupante del salón. La señora Gresham pareció decir, mientras que Julia dijo poquísimamente: «Lo entiendo a usted, mi pobre amigo, lo sé todo (ella me ha contado sólo su versión, pero soy tan capaz que conozco la de usted también), y me compadezco de todos sus desalientos profundamente. Pero ahora trate usted, a su vez, de ponerse en mi lugar». Ni aun así fue la señora Gresham lo suficientemente lejos como para ofrecerle a Nick siquiera una mínima insinuación de aquello con que él se encontró dos días después y que no había siquiera llegado a sospechar: con que las dos damas habían realizado rápidos preparativos para un plan de viajes por el extranjero. Dichos preparativos ya habían sido evidentemente llevados a término cuando, a la puerta de la casa de Great Stanhope Street, se le comunicó a Nick la circunstancia de que la señora Dallow y su amiga habían partido aquella misma mañana en dirección a París.

## 28

En su viaje con destino a Florencia, Julia Dallow y la señora Gresham pararon tres días en París, donde Peter Sherringham tuvo tanta conversación con su hermana como solía acaecer que un miembro cualquiera de aquella familia la tuviera con otro miembro de la misma. En otras palabras, en dos ocasiones diferentes disfrutó de media hora de charla con ella en su sala de estar en el hotel. En una de esas ocasiones se tomó la libertad de preguntarle si se proponía o no, definitivamente, casarse con Nick Dormer. Julia le expresó que se sentía muy halagada ante su interés, pero que Nick y ella no eran más que meros parientes y buenos amigos.

—Él quiere casarse contigo, con toda su alma —comentó Peter.

A lo cual contestó la señora Dallow sencillamente:

— ¡Bien, pues en ese caso digamos que puede que él quiera!

Tras esto permanecieron sentados en silencio durante algunos instantes, como si el tema hubiese quedado zanjado para siempre entre ellos. Peter no sentía impulsos de seguir hurgando, pues no era costumbre entre los Sherringham hablarse entre sí sobre sus andanzas amorosas; y Peter no perdía de vista el peculiar factor disuasorio consistente en que él y Julia tenían en general un modo de pensar tan disímil que nunca podían llegar muy lejos juntos en una conversación. Él la apreciaba y sentía lástima de ella, consideraba solitaria su vida y se maravillaba de que ella no contrajera un «gran» matrimonio. Además la compadecía por no tener los intereses y consuelos que él había hallado sustanciales: se refería con esto a los de tipo erudito e intelectual, no sabiendo lo muchísimo que ella consideraba reflexionar y analizar ni cuán grandes conocimientos suponía ella que había reunido gracias a sus aspiraciones políticas, que él juzgaba apenas una parte mayor de la personalidad de ella que la librea de sus criados o que las joyas que el dinero de George Dallow había adquirido. Las relaciones de ella con Nick le parecían a Peter misteriosas; pero no eran asunto suyo. Ningún asunto de Julia era lo bastante suyo para justificar un intento por su parte de entenderlo. Que hubiera habido alguna posibilidad de que ella se casase con Nick constituía para él la anomalía, más bien que el que la posibilidad de marras se hubiese visto descartada. Él apreciaba considerablemente a su inteligente primo tal como era... lo bastante para padecer una vaga sensación de que éste podría salir perjudicado de transformarse en cuñado. Además, aun cuando acaso no era nítidamente consciente de ello, Peter se inmiscuía muy poco en el proceder de Julia debido al entendimiento tácito de que, de seguir así, ella lo dejaría a él igual de tranquilo. Él no habría sabido decir con exactitud de qué juzgaba pertinente que lo dejaran tranquilo: tal vez de odiosas pesquisas referentes a si había ofrecido algún otro té artístico en honor de jóvenes relacionadas con el teatro.

La renuencia de Peter, no obstante, no le proporcionó a éste todo el autocontrol que esperaba. Tras un intervalo Peter fue incluso lo bastante lejos como para preguntarle a Julia si Nick se había portado mal con ella; pero era una pregunta inspirada por el afecto, no por las ansias de controlar. Ella contestó:

—Cielos, no... aunque es muy fastidioso.

De ello dedujo Peter que habían tenido una disputa en la cual no le concernía a él intervenir: sumó el epíteto pronunciado y la huida de Inglaterra de Julia, y le dio como resultado, a su parecer, uno de esos pequeños

embrollos cuya importancia se ve magnificada porque en realidad reemplazan en sus funciones a los verdaderos que detrás de ellos se esconden. Era preferible no fastidiar a Julia que hacerlo, y Peter reflexionó que el que Nick lo hubiera hecho no encajaba enteramente con la disposición globalmente amable y bondadosa de éste. Peter se preguntó posiblemente por qué ella no se había casado con el diputado por Harsh, puesto que tal había sido en principio su proyecto; pero se preguntó aún más por qué Nick no se había casado con ella. Julia no dijo nada, una vez más, como para darle la oportunidad de plantear alguna cuestión que a ella le ahorrara tener que explayarse sobre temas sentimentales; mas como la idea de él pareciera ser cambiar de tema, pero como a su vez lo cambiara tan sólo por el silencio, se vio forzada a proseguir al poco:

—Me pareció que irías a ver a tu amiga la actriz.

— ¿Cuál de mis amigas? Conozco a tantas actrices —repuso Peter.

—La dama con que nos castigaste en esta ciudad hace un año, la que ahora está en Londres.

— ¡Ah, Miriam Rooth! Me habría gustado ir, pero he estado muy atareado. ¿La has visto tú?

—Sí, la he visto.

— ¿Te gusta?

—Nada en absoluto.

—Tiene una voz preciosa —aventuró Peter, después de un instante.

—No sé nada de su voz. No la oí.

—No actuará a base de pantomima, ¿verdad?

—No sé nada de su estilo interpretativo. La vi en privado, en el estudio de Nick Dormer.

— ¿En el estudio de Nick Dormer? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Estaba repantigada en medio de la habitación y mirándome fijamente.

Si la señora Dallow se había propuesto «desviar» a su hermano, es probable que en este momento sospechara que había tenido éxito, pese al cuidado que él se tomó en despojar su tono de cualquier cosa que se pareciera a una emoción al pronunciar las siguientes palabras:

—Caramba, ¿tanto la conoce él? No tenía ni idea.

—Está posando para que le haga un retrato. Al menos eso hacía cuando la vi.

—Ah, sí, ya recuerdo. Yo se lo sugerí a Nick. Me interesa mucho lo que dices. ¿Es bueno el retrato?

—No tengo la menor idea. No lo vi. Seguramente está hecho con talento —agregó Julia.

— ¿De dónde demonios saca Nick tiempo para pintar?

—No lo sé. Ese individuo repulsivo se la presentó.

— ¿Qué individuo repulsivo? —requirió Peter.

—Ése a quien Nick tiene por tan inteligente, el vulgar tipejo que estaba en tus habitaciones aquel día y que trató de hablar conmigo. Recuerdo que se mostró injurioso respecto de la gente del teatro delante mío... como si me importaran algo. Pero por lo visto tiene algo que ver con esta muchacha.

—Oh, ya lo evoco. Tuve una especie de debate con él —dijo Peter.

— ¿Cómo fuiste capaz? —Y Julia añadió—: Tengo que vestirme.

—Estuvo inteligente, de modo notable. La señorita Rooth y su madre eran antiguas amigas tuyas, y fue la primera persona que me habló de ellas.

— ¡Qué distinción! ¡A mí me pareció irritante! —exclamó la señora Dallow, que estaba apremiada por el tiempo y ahora se había levantado.

—Oh, eres severa —dijo Peter; pero al separarse tuvo conciencia de que ella le había dado motivos de reflexión.

El hecho de que Nick se hallara retratando a una hermosa actriz era sin duda, al menos en parte, la razón por la cual Nick era fastidioso y la razón por la cual la más íntima amiga de éste se había venido al extranjero. Tal hecho no hizo que Nick le pareciera fastidioso a Peter Sherringham: por el contrario, Peter había sido bien sincero cuando había calificado el hecho como interesante. E incluso, al reflexionar, el hecho se volvió tan sumamente interesante que tuvo tal vez casi tanto que ver con la marcha súbita de Sherringham a Londres como con la huida precipitada de Julia de allí. La reflexión hizo que Peter acabara por concluir que el tema era en conjunto bastante delicado, pero además le insinuó que de veras era extraño que él se sintiera ahora implicado activamente en el mismo, cuando, como asunto de Julia, lo único que al principio había deseado había sido verse apartado de él. Mas era también un poco asunto suyo; extrañamente tuvo una sensación todavía más acuciante de que así era cuando su hermana le dijo al día siguiente que le agradecería inmensamente que él le tomara cariño a Bidy Dormer. Dijo más: dijo que había habido una época en que había creído que se lo había tomado... creído también que la propia pobre muchacha había creído lo mismo. Bidy era con muchísimo la joven más agradable que ella conocía: la más encantadora, dulce, inteligente, la mejor, y una de las más preciosas

criaturas de Inglaterra, que nunca fastidiaba nada. Sería la esposa más maravillosa que un hombre podría tener, adecuada a cualquier posición, sin importar cuán elevada fuese, y (a Julia no le importaba mencionarlo, dado que Peter no tendría dificultad en apreciarlo él solo, lo mencionara ella o no) estaba tan predispuesta en favor de él que él no tendría problemas en absoluto. En resumidas cuentas, la propia muchacha le allanaría el camino... Julia respondía personalmente de que él no tendría sino que decir una palabra. La existencia de Biddy en su casa era horrenda; a Julia le daba mucha lástima, la chiquilla merecía una suerte mejor. Peter se preguntó dónde estaría lo horrendo de la existencia de Biddy, y advirtió que dicha opinión había provenido principalmente del hecho de que a Julia le desagradaran Lady Agnes y Grace, desagrado que ella experimentaba sin remordimiento aprovechándose cómodamente de la licitud que para ello tenía, conferida por haberles dado una residencia que quizá no había echado de menos hasta que ellas tomaron posesión de la misma. Él sabía que Julia siempre había apreciado a Biddy, pero se preguntó para sí (en esto estribó lo añadido en su deseo de inmiscuirse) por qué le habría dado por apreciarla tan extraordinariamente justo ahora. Él mismo apreciaba a Biddy; incluso le gustaba que le hablaran de ella, y estaba de acuerdo con todo lo que Julia había dicho; lo único que lo desconcertaba era qué motivo habría podido tener ésta para decirlo así tan de repente. Peter le aseguró a Julia que se hallaba infinitamente en deuda con ella por las energías mentales que había empleado buscando el beneficio de él, pero que lo sentía si había contribuido a hacer creer a alguien (sobre todo a la propia muchacha) que él miraba a Biddy con ojos codiciantes. No sabía si resultaría una buena esposa, pero la apreciaba demasiado de verdad para desear someter semejante espinosa cuestión a una prueba empírica. Sin duda Biddy no había sido hecha para ser objeto de experimentos crueles. Daba la casualidad de que él no tenía en proyecto casarse con nadie: tenía razones de sobra contra dicha contingencia. Por supuesto uno nunca estaba totalmente seguro contra posibles accidentes, pero uno podía por lo menos tomar precauciones, y no le importaba decirle que había varias que había tomado ya.

—No sé a qué te refieres, pero a mí me parece que la precaución más segura con mucho sería interesarse por una muchacha deliciosa y estable como Biddy —replicó la señora Dallow—. Entonces sí que estarías a cubierto, conocerías qué es lo peor que puede pasarte, y verías que no es nada malo. — La objeción que Peter opuso a este argumento carece de importancia, en especial porque no fue desmesuradamente sincera; tan sólo es preciso indicar que antes de que Julia y él se separaran ella le dijo, refiriéndose todavía a Bridget Dormer—: Ve a verla y sé simpático con ella; ella te ahorrará muchos disgustos.

Estas últimas palabras reverberaron en el ánimo de Sherringham; hubo

cierto cariz sobrenatural en ellas, parecían proceder de un conocimiento más profundo del tema que el que él mismo poseía a estas alturas. No se habían esfumado de su recuerdo cuando a comienzos de mayo, sirviéndose del servicio nocturno para ahorrar tiempo, se trasladó de París a Londres. Llegó antes de la hora del desayuno y se fue a la casa de su hermana en Great Stanhope Street, donde siempre hallaba alojamiento, estuviera ella o no en la ciudad. Si ella estaba en la ciudad le daba la bienvenida, y si no, los relajados sirvientes lo agasajaban por la oportunidad que les ofrecía de volver a ponerse «en forma». En ambos casos el espacio que se le destinaba era generoso, y su independencia, completa. Este año Sherringham había obtenido permiso para disfrutar fraccionadamente, en lugar de en un único bloque, el período de vacaciones a que tenía derecho; y además estaba pendiente la cuestión de su posible traslado a otra embajada, en cuyo caso creía que podría contar con un mes o dos en Londres antes de ser transferido a su nuevo destino.

Esperó tras el desayuno tan sólo unos pocos minutos antes de coger un cabriolé y dirigirse con gran rapidez hacia la zona norte. Una parte de dicha espera, por cierto, la había invertido en una caminata inquieta por Bond Street, durante la cual había consultado su reloj tres o cuatro veces mientras se demoraba ante los escaparates por miedo a presentarse un poco antes de la cuenta. En el coche, mientras éste rodaba, después de haber dado él una dirección —Balaklava Place, St. John's Wood—, el miedo a presentarse demasiado pronto asumió curiosamente en determinados momentos la forma del miedo a presentarse demasiado tarde, símbolo todo lo cual de las contradicciones de que su espíritu estaba pletórico en el momento presente. Peter Sherringham se sentía nervioso, demasiado nervioso para ser un diplomático, y obsesionado por propensiones, e incluso por determinaciones, que se contradecían unas a otras. Quería apartarse de la cuestión que lo trabajaba, y no obstante temía no estar en ella, y en esta ocasión concreta el experimentar la exclusión le dolía. Al mismo tiempo no dejaba de percibir un impulso a detener el carruaje y a hacerlo virar y dirigirse exactamente hacia la zona sur. Se veía a sí mismo saliendo de una bahía emprendiendo con velas desplegadas una arriesgada aventura al mismo tiempo que se veía a sí mismo desviado de su rumbo y halado de vuelta a la tórrida arena de los elevados principios, y tenía la suficiente inteligencia para darse cuenta de cuán poco poseían en común estas dos caras de la misma moneda. Empero, tal como la sensación del movimiento lo conminaba a reflexionar, un elevado principio era bien pobre cosa si se quedaba en mera inacción. Sin embargo, desde el momento en que se pasaba a la acción, era manifiesto que en este caso la acción sólo podía ser la acción concreta en que estaba ahora empeñado; de modo que se halló en la absurda tesitura de considerar más terminante su conducta por el motivo de que se hallara en franca oposición a sus propósitos.

Se había mantenido lejos de Londres todo el tiempo desde que Miriam

Rooth se trasladara allí; resistiendo a la curiosidad, al aprecio, a la inoportuna pasión absorbente, y considerando que su resistencia, fundada —a fin de que resultara verdaderamente saludable— en una filosofía personal y global de la existencia, era el mayor mérito que él había conquistado hasta la fecha. Estuvo profundamente enfrascado en la tarea de arrancar de un tirón el sentimiento que lo vinculaba a la muchacha, y ya había tronchado, merced a varias pequeñas ingeniosidades, algunas de las raíces de éste. La había dejado hacer su primera aparición, en el escenario que fuera, sin el apoyo de su voz ni el aplauso de sus manos; diciéndose que el hombre que podía hacer lo magno podía hacer lo diminuto y que tal manifestación de potestad era prueba de que sabría mantenerse firme. No era exactamente mantenerse firme eso de marcharse a toda prisa a Londres tres meses después y, nada más llegar, enfilarse arrebataadamente hacia Balaklava Place; pero a fin de cuentas no se proponía más que mostrarse humano e intentaba en su conducta llegar sólo a lo heroico, no a convertirse en un monstruo. El más elevado heroísmo consistía, en sus tres terceras partes, en suave discreción. No le había escrito a Miriam que iba a viajar a Inglaterra y que iba a ir a visitarla a las once de la mañana, porque constituía su secreto orgullo haber cesado de corresponderse con ella. Sherringham encontraba evidencias de actuar con sensatez donde buenamente podía, y en esto se parecía bastante a un alcohólico que, basándose en el hecho de no probar la limonada, se congratulara de haber renunciado a las bebidas espirituosas.

Es ilustrativo de cuán implacablemente se sentía arrastrado en varias direcciones a la vez el que cuando, al llegar a Balaklava Place y apearse ante la puerta de una casita profusamente cubierta de hiedra y que recordaba a una casita de guarda que estuviera desposeída de su correspondiente finca, se enteró de que la señorita Rooth había abandonado el lugar un cuarto de hora antes en compañía de su madre (se habían ido al teatro, a unos ensayos, dijo la criada que salió al ruido de la campanilla que él había hecho sonar al otro lado de una pared con un enlucido, más bien deslucido, de yeso); el que cuando, como iba diciendo, al final de su peregrinaje fue saludado por esta decepción, repentinamente se sintiera aliviado y de momento hasta salvado. La Providencia lo amparaba, después de todo, así es que decidió someterse a la Providencia. Pues seguiría amparándolo indudablemente incluso si seguía a las dos mujeres hasta el teatro, presentaba su tarjeta y lo admitían en la fábrica de histrionismos. Todo su antiguo interés técnico por el perfeccionamiento de la muchacha volvió a relucir, y se preguntó qué sería lo que ella estaba ensayando, cuál sería la obra que iba a representar próximamente. Se volvió a meter en su cabriolé y bajó por Edgware Road. Para cuando llegó a Marble Arch, había cambiado otra vez de parecer: había resuelto dejar a Miriam en paz por ese día. El día terminaría a las ocho de la tarde (Sherringham no jugaba del todo limpio), y entonces volvería a sentirse autorizado para



interesarse por ella. En lugar de ir al teatro se dirigió a una tienda en Bond Street, para adquirir una localidad para la obra. Nada más salir aquella mañana, había intentado, en uno de esos establecimientos extrañamente denominados libraries sacar una butaca de platea, pero las personas que lo habían atendido no pudieron satisfacerlo: no les quedaba ni un solo asiento. Su segunda tentativa, en otra library, fue más afortunada: no pudo conseguir una butaca de platea, pero por un milagro pudo hacerse con un palco. Había cierta extravagancia irrefrenada en pagar por un palco para ver una obra en la cual ya se había gastado cuatrocientas libras; pero mientras se hallaba tomando mentalmente las medidas a aquella sima, no sabía que al cabo de cierto rato se le iba a presentar una idea que colorearía ligeramente de rosa dicha extravagancia.

Peter salió de la tienda con el pase para el palco en su bolsillo, anduvo hacia Piccadilly, advirtió que el día se estaba poniendo cálido y hermoso, se alegró de no tener esta vez temas a los cuales buscar solución, a menos que se considerara un tema el dejar una o dos tarjetas de visita en manos de personas de rango oficial, y se preguntó adonde podría ir ya que no iba a ir a buscar a Miriam. Entonces, le pareció de lo más pertinente, e incluso de lo más trascendente, ver el retrato que de ella había realizado Nick Dormer. Se preguntó cuál sería el lugar lógico a aquella hora del día para buscar al artista. La Cámara de los Comunes era quizá el más cercano, pero Nick, pese a lo muy desconcertante que ciertamente resultaba su proceder, probablemente no guardaba el cuadro allí; y, aparte, no era por lo general característica de este muchacho el hallarse en el lugar lógico. La conclusión de los considerandos de Peter fue que otra vez se metió en un cabriolé y se dirigió a Calcutta Gardens. La hora era temprana para hacer visitas, pero unos primos con quienes las relaciones que se tenían consistían primordialmente en una bronca conversacional continua, aceptarían esta decisión considerándola una ilustración fáctica de ese método. Y si Julia deseaba que fuera simpático con Bidy (lo cual era exactamente, si bien con un propósito distinto, lo que él mismo deseaba), ¿cómo podría ser más simpático que haciendo su visita a Lady Agnes (por decencia tendría que ir a verla de todos modos en algún momento) a una hora familiar, informal y de confianza, a la cual era probable que se hallaran todos en casa?

Desgraciadamente, a la hora de llevar a la práctica su plan, ninguno se halló en casa, así es que Peter hubo de replegarse hasta la formalidad y recabar la ayuda del mayordomo, quien era no obstante, por fortuna, un viejo conocido. Su señoría y la señorita Dormer se habían ausentado de la capital, para tributar una visita; y el señor Dormer también se había marchado de la capital, o estaba a punto de marcharse, para el resto del día. La señorita Bridget se encontraba en Londres, pero había salido: el informador de Peter indicó con imprecisión sincera que creía que se había ido a algún sitio a recibir

una clase. Cuando Peter le preguntó a qué tipo de clase se refería, aquél le explicó: «Oh, me parece que de aaah... escultura, usted sabe, señor». Peter sabía, pero la clase de Bidy de «aescultura» (tal como sonó en labios del mayordomo, pareció un nuevo arte de vanguardia en auge) casi se le antojó una pequeña jugarreta infligida al generoso ánimo con que él se había presentado allí a ver a la muchacha. El hombre puso cara de condolerse respetuosamente de su decepción y, para compensarlo, agregó que tal vez podría encontrar al señor Dormer en su otro domicilio. El señor Dormer había salido temprano y luego había mandado instrucciones a su criado para que fuera a Rosedale Road al cabo de una o dos horas con un baúl de viaje: el señor Dormer había decidido trasladarse a Beauclere ese mismo día, dado que el señor Carteret estaba enfermo... quizá el señor Sherringham no estuviera al tanto. Asimismo quizá el señor Sherringham pudiera ver al señor Dormer en Rosedale Road antes de que este último cogiera el tren: había dicho que iba a estar ocupado allí durante una hora. Esto merecía la pena intentarlo, y Peter se dirigió inmediatamente hacia Rosedale Road; lugar donde, como contestación a su llamada, la puerta le fue abierta por Bidy Dormer.

## 29

En cuanto Bidy lo vio, la mejilla de ella mostró la tonalidad colorada — de agrado y sorpresa— más hermosa que él hubiera observado nunca en esa zona, pese a que no estaba poco familiarizado con las fluctuaciones de la misma, y ella se quedó inmóvil, sonriéndole con una manifiesta expresión de deslumbramiento en los ojos, sin hacerle un gesto para que entrara. Lo único que hizo fue decir:

— ¡Anda, Peter! —Y añadió después—: Estoy totalmente sola.

—Tanto mejor, querida Bidy. ¿Constituye una razón para que no deba entrar?

—Cielos, no; pasa, pasa. Acabas de perderte a Nick; se ha ido al campo, hace media hora.

Ella llevaba puesto un largo delantal, y en su mano había un pequeño utensilio, embadurnado —como observó el rápido ojo de Peter— con arcilla para modelado. Bidy cerró la puerta del portal y se apresuró a volver — antecediendo a Peter con ventaja— al estudio, donde, cuando él la siguió, estaba ocupada en extender un paño sobre un busto aún sin concluir, en arcilla, que en mitad de la habitación descansaba sobre un alto soporte de madera. El esfuerzo por esconder lo que hasta unos instantes atrás había estado haciendo,

antes de que él pudiese siquiera entreverlo, la hizo sonrojarse aún más, y que sonriera más ampliamente, y que se pusiera a reírse debido a una encantadora confusión de timidez y alegría. Se restregó las manos en el delantal, se lo quitó, produjo una impresión deliciosamente desmañada, no se decidió a mirar a los ojos a Peter, y dijo:

—Sólo estoy «rascando» aquí un poco; no te tomes interés por lo que hago. Mi obra es espantosa, ya sabes. Peter, por favor no mires. He estado viniendo aquí últimamente para hacer mis pequeños mamarrachos, porque a mamá no le gusta con locura que los haga en casa. Acabo de estar en una clase que imparte una mujer que expone; pero no podrías adivinarlo, juzgando por mis obras. Nick es tan amable; me deja venir aquí; utiliza el estudio tan poco; aquí puedo hacer lo que me dé la gana. Qué pena que se haya ido; se habría alegrado tanto. Estoy de veras sola; espero que no te importe. Peter, por favor no mires.

Peter no había hecho ademán de mirar; sus ojos tenían sobrada ocupación con el aspecto, tan agradable, de Biddy, que rebosaba de un componente inhabitual de laboriosidad y seriedad. Aun cuando Biddy había tomado posesión, excepcionalmente, del alojamiento de su hermano, le pareció a su visitante que ella estaba más como en su propia casa y más natural de lo que nunca la había visto. Era la primera vez que ella se mostraba ante sus ojos tan desligada de su madre y de su hermana. Ella parecía saberlo y estar un poco asustada por ello... lo suficiente como para hacerlo desear portarse de un modo tranquilizador. Al propio tiempo Peter la vio en esta ocasión poseída asimismo por la timidez, especialmente tras de que él hubiera retrocedido y cerrado la puerta del estudio y se hubiese acomodado como para una visita formal; pues él se volvió agudamente consciente de lo que Julia le había dicho en París y se sintió incapaz de desprenderse de la sospecha de que aquello había sido dicho con conocimiento de Biddy. No es que él supusiera que su hermana le había dicho a la muchacha que se proponía hacer lo que pudiera para moverlo a declarársele; eso habría resultado cruel con Biddy (si ésta lo apreciaba lo bastante para consentir), dado lo poco de fiar que era Julia. Pero Biddy sabía del enredo gracias a su intuición, gracias a sus poderes adivinatorios, gracias a los trémulos instintos secretos de una muchacha inteligente; conocía así los propósitos que respecto de ella se había forjado su buena amiga, y esta probabilidad significaba en el sentir de Sherringham una especie de embarazoso desvelamiento de sus mutuas intimidades. Él tenía sus impresiones, probablemente injustas y poco matizadas, en relación al modo como las mujeres entran en constante comunión en el terreno de tales especulaciones y se intercomunican sutilmente —cuando no se dedican a ocultarlos aún más sutilmente— los temores o esperanzas de que son protagonistas personas del sexo contrario. Por lo tanto la pobre Biddy estaría enterada de que si ahora no lograba interesarlo, no sería porque no hubiesen

dirigido con suficiencia la atención de él hacia sus anhelos. En ese caso el resultado sería que habría sido tácitamente rechazada, virtualmente condenada. Peter no podía, sin una ligera sensación de fatuidad, pensar en procurar compensarla de aquello a base de amabilidad. Sabía que se consideraba ridículo al hombre que diera por sentado tantísimo como todo eso. Mas nadie lo iba a notar. Es extraño que en este cálculo de seguridades no tomara en cuenta a la propia Bidy. No se le ocurrió que ella pudiera tener una pequeña ironía secreta preparada para recibir su sincero y magnánimo impulso de mostrarle lo mucho que la apreciaba a fin de hacerla perdonarlo por no apreciarla más. Esta magnanimidad, de todas formas, tiñó la totalidad de la visita de Sherringham a Rosedale Road, la totalidad de la agradable y prolongada charla que lo retuvo allí durante más de una hora. Le rogó a la muchacha que prosiguiera con su trabajo y no le permitiera a él interrumpirlo; y ella al final lo complugo, retirando el paño del busto de arcilla y dándole a Peter la oportunidad de mostrarse encantador adivinando que la masa informe pretendía representar, o pretendería representar andando el tiempo, a Nick. Sherringham reparó en que ella se sintió más cómoda en cuanto hubo comenzado de nuevo a allanarla y rascarla con su pequeño utensilio, a manipularla con un aire ineficaz de «saber hacer»; pues eso le daba ocupación, calmaba su nerviosismo y le permitía darle a él la espalda mientras le hablaba.

Peter anduvo por la habitación y se sentó; se levantó y miró las obras de Nick; en ciertos momentos contempló en silencio a su prima (lo cual siempre la hizo decir de inmediato que, como siguiera mirándola así, no podría trabajar nada); observó el modo en que la postura de ella, ante el alto soporte, sus brazos alzados, sus movimientos de cabeza, al examinar su obra desde este ángulo y el otro, todo ello se confabulaba para hacerla hermosa. Ella repitió una y otra vez que era una gran lástima lo de Nick, hasta que él se vio obligado a decir que Nick le importaba un bledo: estaba satisfecho completamente con la compañía que se había encontrado. Esto no era el tipo de cosa que, dadas las circunstancias, Peter había considerado apropiado decir; pero hay que tener en cuenta que ni siquiera dichas circunstancias le exigían fingir que la apreciaba menos de lo que lo hacía. A fin de cuentas se trataba de su prima; dejaría de serlo si se convertía en su esposa; pero una ventaja de que no pasara a esta posición era precisamente que seguiría siendo su prima. Resultaba muy agradable encontrarse con una parienta joven, brillante, esbelta, de la tez de las rosas, bien dispuesta a reconocer su consanguinidad, cuando se regresaba de tierras extrañas donde no moraban primas. Peter habló de asuntos familiares; no era consciente, en su exilio, donde nadie se interesaba por ellos, de qué fondo de curiosidad latente por los mismos había en él. Estaba en su naturaleza ser un poco chismoso y disfrutar de la sensación de que él y Bidy tenían en común relaciones irrevocables, tantísimas cosas en relación a las cuales se entendían el uno al otro à demi-mot. Se puso a fumar

un cigarrillo, porque ella se lo rogó: ella dijo que siempre se fumaba en los estudios; eso la haría sentirse más artista. Bidy se disculpó de la mala calidad de su presente labor alegando que Nick estaba tan ocupado que apenas podía posar para ella siquiera un rato; así es que tenía que hacer la cabeza a partir de fotografías y contemplaciones esporádicas. Habían tenido la esperanza de poder dedicarle una hora aquella mañana, pero inopinadamente habían llegado noticias de que el señor Carteret había empeorado, y Nick se había marchado a toda prisa hacia Beauclere. El señor Carteret se hallaba muy enfermo, el pobre anciano entrañable, y Nick y él eran inmensamente amigos. Nick siempre se había portado maravillosamente con él. Peter y Bidy cogieron los asuntos de las casas de los Dormer y los Sherringham uno por uno, y al joven le pareció, pasado un breve rato, como si ellos dos fueran tan sabihondos como un conseil de famille francés, determinando qué era lo mejor para todos y cada uno. Escuchó él toda la información disponible sobre Lady Agnes y manifestó por los pormenores de la vida de ésta un interés que nunca había sospechado llevar dentro de sí, si bien ha de decirse que Bidy realizó alusiones que enardecieron su curiosidad, presentando a su madre bajo una luz que fue capaz de concitar la preocupación y la consideración de él.

—Me temo que no se ha sentido muy feliz ni muy complacida últimamente —dijo la muchacha—. Creo que mi pobre y querida madre ha tenido algunos disgustos; y Grace la ha obligado a salir de la ciudad durante tres o cuatro días, para que se airee. Se han ido a visitar a una anciana, Lady St. Dunstons, que en la actualidad nunca viene a Londres, y que, tú sabes, fue la madrina de papá (es inmensamente vieja). Todo lo cual no resulta muy jacarandoso para Grace, pero Grace es tal cielo que haría cualquier cosa por mamá. Mamá está siempre dispuesta a ir a cualquier sitio donde pueda ver a gente con quien pueda hablar sobre papá.

Como respuesta a una pregunta inmediata de Peter, Bidy agregó que lo que le había causado disgusto a su madre era... bueno, ellos mismos: sus hijos y todos los asuntos de ellos; y le explicó que Lady Agnes quería cosas de todo tipo para ellos que no acababan de llegarles, que no conseguían o que no parecía probable que consiguieran, de tal forma que sus existencias daban en conjunto la impresión de un gran fracaso. Su madre quería demasiado, admitió Bidy; en realidad lo quería todo, y había creído en sus días felices que todo iba a ser suyo. Los quería a todos tanto, y además era muy orgullosa: no podía soportar la idea de que no triunfaran. Sherringham no deseó insistir sobre este punto, pues sospechaba una de las cosas que Lady Agnes quería; pero Bidy lo alivió un poco diciendo que una era que Grace se casara.

—Es muy desprendido por su parte —comentó Peter, a quien nada importaba Grace—. Prima Agnes debería mantenerla siempre cerca, si Grace es tan complaciente y servicial.

—Oh, mamá renunciaría a toda cosa de ese tipo por nuestro bien; ¡nunca nos sacrificaría de ese modo! —exclamó Biddy—. Aparte, soy yo quien se va a quedar con mamá; no es que sepa arreglármelas y cuidarla y hacerlo todo tan bien como Grace. Pero ¿sabes?, es que quiero —dijo Biddy, con un sonido líquido en la voz, dándole a su bulto de arcilla un pequeño pinchazo.

—Pero ¿acaso no quiere tu madre que el resto de vosotros os caséis también: Percival y Nick y tú? —preguntó Peter.

—Oh, ha dado a Percy por irrecuperable. Creo que piensa que no tiene sentido. El bueno de Nick, por supuesto... es exactamente lo que desea de él, con avidez.

Sherringham titubeó.

— ¿Y de ti, Biddy?

—Oh, seguramente también; pero no tiene importancia: no voy a hacerlo.

Ante esto, Peter se incorporó; el tono que había habido en aquello lo puso en movimiento, y se dio una vuelta por la habitación. Le dijo algo a su prima acerca de que era demasiado orgullosa; a lo cual replicó ella que era lo único que a una muchacha le cabía ser, para poder llegar a vieja.

— ¿A qué te refieres con eso de llegar a vieja? —requirió Peter, deteniéndose, con las manos en los bolsillos, en el extremo opuesto del estudio.

— ¡Me refiero a dejar los ojos secos de lágrimas para siempre! —exclamó Biddy inesperadamente; pero ahogó el efecto de esta paradoja patética en una carcajada frívola y en el siguiente comentario inmediato—: Naturalmente Nick es, de entre nosotros, con quien mi pobre madre está verdaderamente descorazonada.

— ¿Qué ocurre con Nick? —preguntó Sherringham, diplomáticamente.

—Ah, Peter, ¿qué ocurre con Julia? —dijo Biddy con voz trémula y dulce, de espaldas a él, con ojos de improviso francos y melancólicos—. Seguramente sabes lo que todos esperábamos, lo que todos suponíamos, a partir de lo que ellos nos habían dicho. ¡Y ahora no van a hacerlo! —dijo Biddy.

—Sí, Biddy, lo sé. Yo tenía las más rutilantes probabilidades de convertirme en tu cuñado: ¿es ése el término para lo que iba a ser mi nueva relación familiar contigo, o se usa otra palabra? Pero ahora se han apagado ostensiblemente. ¿Qué ocurre con ellos? ¿Me permites fumarme otro cigarrillo? —Peter volvió al ancho y almohadillado banco donde antes se había apoltronado; así fue el modo como se empezó a abordar indirectamente el tema que él más deseaba dilucidar—. ¿No saben amar? —prosiguió, cuando

se hubo sentado de nuevo.

— ¡Parece una especie de maldición! —suspiró Biddy.

Peter no dijo nada durante algunos instantes, al cabo de los cuales le inquirió a su acompañadora si iba a estar completamente sola durante la ausencia de su madre. Ella le respondió que su madre era muy peculiar a ese respecto: nunca sería capaz de dejarla sola, pensaba que en tal caso algo horrible sucedería. Por consiguiente había dispuesto que acudiera Florence Tressilian y se quedara en Calcutta Gardens durante los próximos días, para cuidarla y velar de que no se metiera en líos. Peter preguntó quién era aquella Florence Tressilian: esperaba de corazón, en bien del éxito de las precauciones de Lady Agnes, que no fuese una voluble geniecilla del estilo de Biddy. Le fue descrita como una jovencita tremendamente simpática y tremendamente resuelta, pero asimismo tremendamente adulta y tremendamente de fiar; con el añadido de que a Biddy le agradaba tremendamente y de que mientras permaneciera en Calcutta Gardens pensaban pasárselo tremendamente bien. Iba a venir aquella tarde, antes de la cena.

—Y ¿vais a cenar en casa? —dijo Peter.

—Pues claro; ¿dónde si no?

— ¿Y nada más que las dos, solas? ¿Llamáis a eso pasároslo tremendamente bien?

—Por mi parte es bastante. Aunque sin duda no debería, por modestia, responder en nombre de la pobre Florence.

—No es justo con ella; debes invitar a alguien para que la conozca.

— ¿Te refieres a ti, Peter? —preguntó la muchacha, volviéndose hacia él rápidamente, con una mirada que procuró ocultar el instante en que él se percató de la misma.

—Prueba; acudiré en menos de lo que canta un gallo.

— ¡Qué amable! —dijo Biddy, dejando caer las manos y posando ahora su mirada sobre él con agradecimiento. Se quedó quieta en esa posición un momento, como bajo los efectos de un hechizo; después de lo cual se volvió bruscamente hacia su labor mientras comentaba—: A Florence eso le va a encantar.

—Me alegro de hacer feliz a Florence; ¡tu descripción de ella es tan atractiva! —dijo Sherringham riéndose. Y, cuando la muchacha le preguntó si no le importaba que no hubiera un gran festín, debido a que su madre le había dejado al marcharse una cantidad fija para las necesidades en ese apartado y a que, como podía imaginar, no se trataba de millones; cuando Biddy, como decía, con la franqueza propia de su agradable parentesco, tocó con ansiedad

esta cuestión económica (dando testimonio, al sentir de Peter, de la lucidez con que Lady Agnes había tenido que aprender a detectar en sus años de ancianidad las ocasiones en que podía ser convenientemente frugal), él le respondió que las cenas más ligeras eran las mejores, sobre todo cuando se iba al teatro. Tal era su caso esta noche, y ¿consideraba Biddy que podía él esperar de la señorita Tressilian que lo acompañara? Tendrían que cenar pronto; no deseaba perderse ni un segundo.

— ¿Al teatro? ¿La señorita Tressilian? —Biddy se quedó mirando pasmada, interrumpiendo su labor y cayendo de nuevo en la inmovilidad.

— ¿Os ocasionaría mucho trastorno cenar digamos a las 7.15 y aceptar un sitio en mi palco? El dedo de la Providencia no estaba ocioso cuando saqué un palco hace una hora. Me alegraré sumamente de que estéis libres para poder ir... si es que estáis libres para poder ir.

Biddy se volvió francamente incoherente por efecto de la alegría:

— ¡Querido Peter, qué bueno eres! Cenarán cuando sea. Florence se va a poner tan contenta.

—Y ¿ha ido Florence a ver actuar a la señorita Rooth?

— ¿A la señorita Rooth? —repitió la muchacha, más colorada que antes. Comprendió él al momento que ella había oído hablar de que él le había consagrado mucho tiempo y atención a aquella joven. Era como si ella quisiera indicarle que se daba cuenta de que él se sentiría en una posición embarazosa a la hora de hablar de ésta, y había toda una amabilidad en su indulgencia para con él en lo que se refiere a este punto. Pero Biddy estaba bastante más preocupada por él que él mismo. Él adivinó de inmediato cuantísimo había meditado ella en lo que había oído decir; ello quedó en evidencia por el hecho de que ella dijera despistadamente—: No, no he ido. —Entonces ella se percató de que estaba contestando una pregunta que él no le había formulado, y prosiguió—: Nos sentiremos encantadas a más no poder. Yo la vi (tal vez lo recuerdes) en tus habitaciones en París. ¡Entonces la consideré realmente maravillosa! Por aquí todo el mundo habla de ella. Pero no vamos mucho al teatro, tú sabes: no nos ofrecen palcos excepto cuando tú vienes. El pobre de Nick está sobrecargado de trabajo por las noches. He tenido muchas ganas de ir a verla. Dicen que es magnífica.

—Yo no lo sé —dijo Peter—. No la he visto.

— ¿No la has visto?

—Nunca, Biddy. Quiero decir sobre el escenario. En privado, a menudo; sí —añadió Sherringham, movido por sus escrúpulos.

—Ah —exclamó Biddy, inclinando de nuevo el rostro hacia el busto de



Nick. Ella no le hizo ninguna pregunta sobre la nueva estrella y él no le ofreció más información complementaria. Hubo elementos en la mente de Peter que lo empujaron en direcciones distintas, de tal forma que durante un rato el silencio fue el resultado de su conflicto intelectual. Al fin dijo, tras una vacilación ocasionada por la posibilidad de que ella ignorara el hecho que él le había sonsacado recientemente a Julia, aun cuando lo más probable era que sí estuviese enterada, y por intermedio de la misma fuente:

— ¿Soy acaso indiscreto si aludo a la cuestión de que Nick ha estado pintando el retrato de la señorita Rooth?

—No eres indiscreto si aludes a ella ante mí, porque yo estoy al tanto.

—Entonces ¿no se guarda ningún secreto en relación a la misma?

Biddy reflexionó un momento.

—No creo que mamá esté al tanto —contestó.

— ¿Quieres decir que se lo habéis estado ocultando porque no le gustaría?

—Nos tememos que podría pensar que a papá no le habría gustado.

Esto fue dicho con una ausencia de ironía que por un instante le causó risa a Sherringham; pero se recobró rápidamente, arrepintiéndose de cualquier apariencia de falta de respeto hacia la alta memoria de su difunto y celebrado pariente. Comentó al punto, aunque más bien con vaguedad:

—Ah, sí, me acuerdo de las ideas del gran hombre. —Y después prosiguió —: ¿Me permites preguntarte si la conoces, la cuestión de la que estamos hablando, a través de Julia o a través de Nick?

—La conozco a través de ambos.

—En ese caso, puesto que gozas de las dos confianzas, ¿puedo insistir y preguntarte si la aceptación por parte de Nick de ese encargo ha sido la razón por la que parece haber terminado todo entre ellos?

—Oh, no creo que a ella le agrade —repuso Biddy.

— ¿No es bueno?

—Oh, no me refiero al cuadro: no lo ha visto. Sino al hecho de que él esté pintándolo.

— ¿Le desagrada tantísimo que por eso no se va a casar con él?

Biddy cesó en su tarea, retrocediendo para contemplarla. Fue a sentarse en el largo banco sobre el que Sherringham se había acomodado. Entonces exclamó:

—Oh, Peter, es un gran lío... es un lío grandísimo; y no sé aclarártelo,

porque no lo comprendo.

—Si te pregunto no es para fisgonear en lo que no me importa; ocurre tan sólo que Julia es mi hermana, y no puedo, después de todo, evitar sentir cierto interés por su vida. Pero ella me cuenta tan poco. No me cree digno.

— ¡Ah, pobre Julia! —se lamentó Biddy, justificadamente. Su tono le recordó a Sherringham que Julia sí lo había creído digno de unirse con Bridget Dormer, y dicho tono inevitablemente delató además que la muchacha estaba pensando también en eso. Mientras ambos pensaron en eso, quedaron mirándose mutuamente a los ojos.

—Estoy seguro de que Nick no te trata a ti de esa manera. Estoy seguro de que confía en ti; de que te habla de sus preocupaciones, de sus ambiciones — continuó Peter—. Y tú lo comprendes, las compartes, te portas muy bien con él, lo ayudas.

—Oh, la vida de Nick... me importa muchísimo —dijo Biddy.

—Ello debe resultarle a él muy consolador.

—Eso me hace a mí muy feliz.

Peter profirió un quejido sordo y ambiguo; y exclamó, irritado:

— ¿Qué diablos pasa con ellos entonces? ¿Por qué no pueden llevarse bien y portarse tranquila y razonablemente y hacer lo que todo el mundo está esperando que hagan?

—Ah, Peter, es un asunto endiabladamente complicado —dijo Biddy, con penetración.

— ¿Te refieres a que Nick está enamorado de ella?

— ¿Enamorado de Julia? —Comprendiendo entonces a quién se refería la pregunta, Biddy negó lentamente con la cabeza; después, con una sonrisa que le pareció a Peter una de las cosas más hermosas que había visto en toda su vida (transmitía, a despecho de las aspiraciones sentimentales de Biddy, un tan recatado y generoso pequeño placer en aportar noticias tranquilizadoras), ella declaró—: No lo está, Peter. Julia piensa que ésa es una cuestión sin importancia y todo eso que se suele decir —añadió—. Lo que pasa es que Julia desea que él aspire a honores bien diferentes.

—Julia es la más rara de las mujeres. Yo creía que lo amaba —comentó Sherringham—. Y cuando se ama a una persona... —Él pasó a otras reflexiones, dejando impacientemente su frase sin acabar, mientras que Biddy, con los ojos bajos, se quedó esperando enterarse de lo que se hacía cuando se amaba a una persona (era cosa que le interesaba)—: No consigo imaginármela renunciando a él. Está muy bien dotado, además de ser una persona tan

excelente.

—Lo hace por la felicidad de él, Peter... es así como ella razona —explicó Biddy—. Lo hace todo con un motivo; ella me ha hablado muchísimo sobre ello, y puedo comprender el modo en que ella siente.

—Tratas de lograrlo, Biddy, porque eres un cielo de muchacha, pero no creo que lo consigas en lo más mínimo. Se parece muy poco al modo en que tú sentirías en su lugar. El motivo de Julia, como tú lo llamas, debe de ser curioso.

—Realmente lo es, Peter —admitió Biddy melancólicamente—. No está dispuesta a correr el riesgo de no llegar a la cumbre.

—A la cumbre ¿de qué?

—Oh, de todo. —El tono de Biddy evidenció un matiz de temeroso respeto ante miras tan elevadas.

—Sin duda uno se encuentra en la cumbre de todo cuando está enamorado.

—No lo sé —dijo la muchacha.

— ¿Lo dudas? —requirió Sherringham.

—Nunca he estado enamorada, y nunca lo estaré.

—Eres tan perversa a tu manera como Julia. Pero confieso que no entiendo la actitud de Nick mucho mejor. Me parece que no es, si se me permite decirlo, ni carne ni pescado.

—Oh, la actitud de él es nobilísima, Peter; su estado de ánimo es portentosamente interesante —abogó Biddy—. Sin duda tú debes de estar a favor del arte —dijo.

Sherringham la miró un instante.

—Querida Biddy, tus pequeñas indirectas son tan suaves como un vendaval.

Ella se puso colorada, pero se defendió:

— ¿Mis pequeñas indirectas? ¿A qué te refieres? ¿No estás a favor del arte?

—La cuestión es deliciosamente sencilla. No sé muy bien a qué te refieres. Todo tiene su lugar preciso. Una vida parlamentaria a duras penas me parece la situación ideal para dedicarse a pintar retratos.

—Es exactamente lo que el propio Nick dice.

— ¿Habláis los dos muchísimo sobre el tema?

—Sí: Nick es muy considerado conmigo.

— ¡Es sensato este Nick! Y tú, ¿qué le aconsejas?

—Oh, que haga algo.

—Es un consejo valioso —dijo Peter riendo—. No será que renuncie a su amada por un tarro de pintura, imagino.

— ¡No se trata de eso, Peter, no se trata de eso! No se trata de que él renuncie o no, pues es Julia quien por propia voluntad se ha desdicho. Creo que nunca se sintió segura; lo quería, pero no se fiaba. Ahora se limita a no fiarse: ha perdido la confianza de que había intentado hacer acopio. Nick ha tratado de persuadirla, pero ella se ha retractado tozudamente. ¿Sabes lo que ella me ha dicho? «Mi confianza se ha ido para siempre».

— ¡No sabía que fuese tan cursi! —exclamó Sherringham—. Son personas raras, verdaderamente, con agua en las venas en vez de sangre. Tú y yo no nos comportaríamos así, ¿no crees?, aun cuando hayas adoptado un punto de vista tan desalentador en cuanto a interesarte por un hombre se refiere.

—Me intereso por el arte —repuso la pobre Bidy.

—Lo harás con algún propósito —dijo Peter, dirigiendo una mirada hacia el busto.

— ¿Con el de que te rías de mí?

— ¿Renunciarías a un hombre bueno por eso que tenemos delante?

— ¿Un hombre bueno? ¿Qué hombre?

—Pues... digamos yo... si quisiera casarme contigo.

Biddy vaciló un poco.

—Por supuesto que sí —dijo al fin—, sin pensármelo. En cualquier caso, renunciaría a la Cámara de los Comunes. Es lo que Nick va a hacer ahora... sólo que no debes contárselo a nadie.

Sherringham se quedó alelado.

— ¿Va a abandonar su escaño? —dijo.

—Creo que ya lo tiene decidido. Hemos hablado sobre eso, hemos tenido algunas discusiones muy profundas. ¡Sí, estoy a favor del arte! —dijo con ardor Bidy.

— ¿Quieres decir a fin de dedicarse a pintar... a pintar a la señorita Rooth? —prosiguió Peter.

—A pintar a todo el mundo; eso es lo que desea hacer. Conservando su

escaño no ha conservado a Julia, y ella era lo que más le importaba de la vida pública. Ahora que se ha malogrado todo este asunto, él al menos verá clara por fin su posición, como él dice. Es enormemente fascinante lo que piensa, Peter; me ha hablado de ello inolvidablemente; me ha ganado por entero. Mamá está descorazonada; decírselo va a ser lo más duro de todo.

—Si aún no lo sabe, ¿cómo es que está descorazonada?

—Oh, porque el matrimonio no se ha celebrado: eso sí que lo sabe. Era lo que ella más deseaba. Lo consideraba la perfección. Culpa terriblemente a Nick. Piensa que él tenía todo el asunto en sus manos y que ha desbaratado una oportunidad magnífica.

—Y ¿qué es lo que le responde Nick?

—Le dice: «¡Mi querida y buena mamá!».

—Eso está bien —dijo Sherringham.

—No sé qué va a ser de ella cuando le llegue este otro golpe —siguió Biddy—. El pobre de Nick desea complacerla. De verdad, de verdad. Pero, como él dice, no es posible complacer a todo el mundo, y uno debe, antes de morir, complacerse a sí mismo un poco.

Peter Sherringham se quedó sentado mirando hacia el suelo; el color encamado había ido tomando posesión de su rostro conforme escuchaba a la muchacha. Después se incorporó rápidamente y se dio otra vuelta por la habitación. El discurso ingenuo pero vivido de su compañera le había puesto la sangre en movimiento. Él había dado las perspectivas políticas de Nick Dormer por cosa hecha, las consideraba nítidas y brillantes y seductoras. Enterarse de que existía algo en aras de lo cual estaba dispuesto a renunciar a semejantes honores, y haber podido identificar la naturaleza exacta de ese incentivo, afectó a Sherringham extraña y poderosamente. Se sintió como si hubiera oído un trompetazo inesperado, y se sintió al mismo tiempo como si hubiera recibido en la cara una bofetada inesperada. El incentivo de Nick era «el arte»: la extraña tentadora contra la cual él mismo había estado luchando con pies y manos, y sobre la cual se había aventurado finalmente a creer que la sensatez y la disciplina habían obtenido una victoria. Había algo en el proceder de su antiguo amigo y compañero de juegos que volvía mezquinos todos sus razonamientos. La inesperada elección de Nick actuó sobre él como un reproche y un reto. Se sintió avergonzado de haberse puesto tan antirrománticamente en guardia, y se dijo rápidamente que si Nick podía permitirse sacrificar tantísimo por «el arte», él seguramente podría mostrar un poco de idéntica confianza. Nunca había habido ni la más mínima rivalidad confesada entre ambos primos: sus trayectorias eran demasiado distintas para que ello fuera posible; pero, a pesar de todo, cabalgaban el uno a la vista del

otro, y Sherringham tuvo en el presente momento la sensación de haber visto a Nick Dormer aplicarle repentinamente la espuela al caballo, avanzar en línea recta y saltar una valla. Él también tenía interés por superarse a sí mismo, y no tenía que mirar muy lejos para divisar un obstáculo hacia el cual también él habría de cabalgar. Se intensificó su curiosidad por ver qué garantía podía tener su pariente para afrontar tales riesgos, cómo se había pertrechado para llevar a término semejante hazaña. En realidad sabía muy poco acerca del posible talento de Nick; tan poco que no se había creído con derecho a exclamar «¡Qué borrico!» cuando Biddy le había dado esa noticia que sólo la existencia de un sólido talento pictórico podía redimir del absurdo. Todos sus anhelos de cerciorarse de lo que Nick había logrado hacer basándose en un tema como Miriam Rooth volvieron a su espíritu; aunque constituían lo que primordialmente lo había traído a Rosedale Road, se había olvidado de ellos gracias al feliz azar de su encuentro con Biddy. Fue consciente de que si la sorpresa de una revelación de potente talento lo aguardaba, Nick se vería justificado más de lo que él mismo se sentiría rehabilitado en su propia estima. Pues el coraje de renunciar al foro por un estudio se le antojaba más grandioso que el coraje de casarse con una actriz de quien se estaba enamorado: la recompensa en el último caso era muchísimo más inmediata. Peter le preguntó a Biddy qué había hecho Nick con su retrato de Miriam. Él no lo había visto por ninguna parte en su escudriñar por todos los rincones de la habitación.

—Tengo idea de que está por aquí en algún lado, no estoy del todo segura —contestó Biddy, incorporándose y mirando vagamente en su derredor.

— ¿Tú no lo has visto? ¿No te lo ha mostrado?

La muchacha posó su mirada sobre él por unos instantes de una manera extraña; después la retiró con un aire maquinal de estar buscando el cuadro.

—Tengo idea de que tiene que estar por aquí, apartado y vuelto hacia la pared —dijo.

— ¿Uno de esa docena de lienzos que están de espaldas a nosotros?

—Uno de éstos quizá.

— ¿No has estado mirándolos?

—No los he tocado —dijo Biddy, ruborizándose.

— ¿No lo ha sacado Nick para enseñártelo?

—Dice que aún no está presentable... no está terminado... prefiere ocultarlo aún.

—Y ¿no has tenido curiosidad de buscarlo tú por tu cuenta?

El aspecto de hallarse en una tesitura acongojante se intensificó en el rostro

de la pobre Bidy, y le pareció a Sherringham que los ojos de ella le suplicaban por un instante, le pareció que hubo riesgo de lágrimas en ellos, un destello de ansiedad.

—Tengo la impresión de que eso no le agradaría —dijo ella.

El propio deseo de su visitante, empero, se había vuelto demasiado atroz para que fuera posible contenerlo con facilidad. Puso él la mano sobre dos o tres lienzos que resultaron, cuando los expuso a la luz, estar ora en blanco, ora cubiertos de formas rudimentarias.

—Querida Bidy, ¿eres de verdad tan sumamente dócil, tan sumamente deferente? —preguntó, mientras extraía alguna otra cosa.

Esta pregunta fue formulada con cariñosa amabilidad, pues Peter estaba impresionado, hasta el punto de la admiración, ante la circunstancia de que la muchacha pareciera poseer un sentido del honor que no todas las muchachas poseen. En este caso concreto ella tenía que haber anhelado de veras echarle un vistazo a la obra de Nick, la obra que había estado presente en el origen de tal crisis en la vida de él. Mas se había pasado horas enteras sola en su estudio sin consentirse ni una ojeada a hurtadillas; era capaz de eso si pensaba que así complacería a su hermano. A Sherringham le gustó enterarse de que una muchacha encantadora fuera capaz de tanto (había conocido a muchas encantadoras que no lo habrían sido), y su pregunta había sido en realidad una manifestación admirativa. No obstante, Bidy descubrió por lo visto un asomo de burla en ella, y exclamó incongruentemente:

—No he sentido tantísimas ganas de verlo. No tengo tanto interés por ella.

— ¿Tanto interés?

—No tengo interés por su actriz... por esa criatura vulgar. ¡No me agrada!  
—dijo inesperadamente Bidy.

Peter se quedó mirando fijamente. Y después dijo:

—Me parecía que no la habías visto.

—La vi en París. Dos veces. Era maravillosamente diestra, pero no me encantó personalmente hablando.

Sherringham consideró la cuestión rápidamente, y luego dijo con generosidad:

—En tal caso no te seguiré imponiendo el tema del cuadro; lo dejaremos de momento.

Al principio Bidy no respondió nada a esto, pero después de un instante se dirigió resueltamente al conjunto de lienzos apilados y sacó varios de ellos a la luz.

— ¿Por qué has dicho que sí querías venir al teatro esta noche? —siguió su compañero.

La muchacha continuó callada; entonces exclamó, vuelta de espaldas a él y con un pequeño temblor en la voz, mientras descubría los esbozos de su hermano uno tras otro:

— ¡Para estar contigo, Peter! Éste es, me parece —añadió, sacando con esfuerzo un lienzo considerable—. No, no, yo te lo sujetaré. ¿Recibe así bien la luz?

No estuvo dispuesta a permitirle cogerlo; le pidió que retrocediera y que la dejara a ella colocarlo en la posición adecuada. Bidy lo sostuvo con cuidado en dicha posición, en el ángulo apropiado, agarrándolo desde detrás y mostrando su cabeza y hombros por encima de él. Sherringham aceptó este favor sin rechistar desde el instante en que su mirada se posó sobre el cuadro. Inacabado, simplificado, y en algunas zonas meramente bosquejado, el retrato tenía fuerza, brillantez y encanto, y ya había en él la impresión de poseer vida propia y el aire de un objeto autónomo. Sherringham estaba sobrecogido, se sintió extrañamente desasosegado: no tenía ni idea de que Nick se desenvolviera con tanta soltura. Miriam estaba representada en tres cuartos, sentada. Estaba inclinada hacia adelante, con una de sus piernas cruzada sobre la otra, extendidos y representados en escorzo los brazos, enlazadas las manos alrededor de la rodilla. Su hermosa cabeza estaba ligeramente inclinada, con aire pensativo, y su espléndido rostro parecía contemplar la vida desde una cumbre. Había en ella una apariencia grandiosa de hallarse bien en lo alto, dominando el vasto panorama —desde la elevación de la inteligencia— de las posibilidades de una artista, de todas las expresiones y pasiones que ésta puede representar. Peter se preguntó dónde habría aprendido su pariente a pintar así. Casi se quedó boquiabierto ante su sentido de la composición, ante el dibujo de los torneados brazos. Bidy Dormer se abstuvo de mirar desde la esquina del lienzo a éste mientras lo sostenía; se limitó a escudriñar, en los ojos de Peter, su impresión ante él. Y la percibió con facilidad, y Peter se percató de que así había sido cuando, después de un momento, se acercó a Bidy para relevarla. Ella le permitió quitarle la obra; él la trasladó y la depositó contra el elevado respaldo de una silla, de tal forma que ambos pudieran seguir viéndola juntos.

—Está increíblemente lograda —dijo Peter.

—Ah, el bueno, el bueno de Nick —musitó Bidy, mirando ahora el cuadro.

— ¡Ah, la pobre, la pobre de Julia! —se sintió Sherringham compelido a exclamar, en un tono distinto. Su compañera no hizo ningún comentario ante esto, y ambos permanecieron juntos en silencio uno o dos instantes más,



examinando el retrato. Entonces Sherringham cogió su sombrero: no le quedaba tiempo, tenía que marcharse. Tendiéndole la mano, le preguntó a Bidy con una risa que resultó algo desmañada—: ¿Vendrás esta noche, a pesar de todo?

— ¿A pesar de todo?

—Caramba, dices que es una criatura tan terrible —completó Peter, con la mirada puesta en el rostro representado.

— ¡Oh, todo sea por el arte! —dijo Bidy, sonriendo.

—Bien, pues en ese caso a las siete en punto.

Y Sherringham se fue inmediatamente, dejando a la muchacha a solas con la Musa Trágica y sintiendo de nuevo, en un intenso acceso súbito, toda la belleza de Miriam, así como una inteligencia enteramente nueva del talento de Nick.

### 30

No fue hasta el mediodía, o incluso más tarde, del día siguiente cuando Sherringham vio a Miriam Rooth. Le escribió una nota aquella noche, para que se la pasaran en el teatro, y durante la representación ella le contestó mediante una tarjeta con un «De acuerdo: venga a almorzar mañana» garabateado a lápiz.

Cuando él se presentó en Balaklava Place le comunicaron que las dos mujeres estaban ausentes: se habían marchado otra vez, temprano, a unos ensayos; pero habían dejado orden de que le dijeran que tuviese la amabilidad de aguardar: regresarían de un momento a otro. Además lo hicieron saber, cuando fue hecho pasar al salón, que el señor Dashwood se hallaba en la casa. Empero, Sherringham apenas prestó atención a esta circunstancia: había estado remontándose tan alto durante las doce horas anteriores, que casi había perdido el contacto con los despreciables pormenores de las cuestiones cotidianas. Había llevado a Bidy Dormer y a su amiga la señorita Tressilian a casa después del teatro, y luego de dejarlas había paseado por las calles, había ido de manera errabunda hasta la casa de su hermana, en un estado de exaltación intensificado por haber estado conteniéndose toda la velada, habiendo considerado que resultaría más decente y decoroso, menos indeseable, no «pirrarse» abiertamente. Allá en la penumbra del palco, sentado con sus acompañantes, había contemplado a Miriam en atento pero inexpresivo silencio, vibrando y estallando interiormente pero —debido a aquellas excelentes y profundas razones— sin permitirse arrebatos

manifestados en voz alta. La delicadeza, le había parecido, debía gobernar la ocasión; y de hecho nunca había paladeado un placer tan delicado como el de este efímero espacio de tiempo de impasible observación y reprimido éxtasis. El disfrute del arte de Miriam no salió perdiendo en nada por aquella actitud, y el disfrute de la agradable cercanía de Bidy no hizo sino ganar. Esta última señorita se mantuvo silenciosa asimismo: intimidada por una gran impresión, como si también ella fuera consciente —en relación con la actriz— de varias otras cosas aparte del dominio de ésta sobre su arte. En cuanto a dicho dominio, la actitud de Bidy constituyó un homenaje sincero y generoso: la pobre jovencita permaneció sentada apagada y pálida, como bajo la luz cegadora de una comparación en virtud de la cual incluso sentirse aniquilada resultaría fatuo. Su sumisión fue, no obstante, una beneficiosa y encantada sumisión: había un verdadero festín en la visión de semejante belleza —la belleza de la figura que se movía ante las candilejas y hablaba musicalmente— aun cuando la despojara a una de esperanzas. Peter no le dijo a Bidy, con regocijo vulgar y refiriéndose a su irrazonable afirmación —en el estudio— en el sentido de que ella la disgustaba: «Y bien, ¿te sigue pareciendo tan desagradable esta intérprete?», y ella se sintió agradecida hacia él por abstenerse de decírselo, por su amabilidad tácita cuya idea esencial parecía ser: «Mi querida niña, te preferiría a ti si pudiera; pero (juzga por ti misma), ¿cómo podría? Espera de mí tan sólo cosas razonables. Ésas, espéralas con toda seguridad; pero únicamente ésas». Peter agradeció en la misma medida el aire dulce y silencioso, por parte de Bidy, de estar juzgando por sí misma, de reconocer la discreción de él y de disculparlo, mientras estaba abandonada a la ficción, a la convincente labor que se desarrollaba sobre el escenario. Fue la señorita Tressilian quien llevó a cabo la mayor parte de la tarea de los comentarios críticos: exclamó entusiástica y sonoramente de cuando en cuando, refiriéndose a la actriz: «De lo más impresionante, no cabe duda», o «Es diestra, ¿verdad que sí?». Fueron manifestaciones a las que a sus acompañantes les pareció imposible replicar. La señorita Tressilian no se sintió defraudada en nada salvo en la actitud apreciativa de éstos: no parecían considerar el espectáculo tan divertido como ella lo consideraba.

Mientras regresaba a través del ordenado vacío del barrio de Lady Agnes, con los cuatro actos de la obra resplandeciendo de nuevo ante él en la noche londinense ausente de vapores, a Sherringham le había parecido el elemento más vivido de su impresión la certidumbre de que aunque él no hubiera visto a Miriam anteriormente y aunque ella no tuviera para él ninguna de las ventajas de una relación personal, aun así habría reconocido en su interpretación la cosa más intensa que jamás le había ofrecido el teatro. Flotaba él en la sensación de felicidad que esto le proporcionaba, en la excitación general que producen las cosas perfectamente hechas, en la contundencia casi agresiva de los méritos aún más grandiosos de un arte que tan triunfal, tan exquisitamente

sabía representar la vida. «¿Representarla? —se dijo Peter para sí—. ¡Más bien crearla y transmitirla; damos algo nuevo y grandioso y de primer orden!». Ahora había visto a Miriam; nunca la había visto anteriormente; nunca la había visto hasta que la hubo visto en su propio elemento. Oh, su elemento: había mucho que decir acerca de las condiciones de éste; aún eran bastante mezquinas y despreciables, inferiores, inadecuadas, obstructivas, si se las comparaba con el acabado certero, pleno, definitivo, de un talento tal; pero su esencia estaba ahora imborrablemente en los pensamientos de Sherringham, la visión de cómo la transfiguraban el escenario elevado y el público atento. Aquella idea de que ella no tenía una personalidad propia le volvió a la mente con una fuerza que lo hizo reír en la calle vacía: era ésta una desventaja de la que ella se hallaba tan libre, que él tuvo la impresión de no haber conocido a Miriam hasta esa noche. La personalidad de ella consistía sencillamente en atraparlo a uno con su hechizo peculiar; cualquier otro aspecto —la bondad natural, el parentesco con su madre, sus amigos, sus enamorados, sus deudas, la práctica de virtudes u ocupaciones o vicios— no merecía la pena tomarlo en cuenta. Estos últimos ingredientes eran ficciones y sombras; la representación era la esencia profunda.

Sherringham había tenido, mientras caminaba, una intensa visión (ya la había tenido a menudo anteriormente) de las condiciones que aún brillaban por su ausencia en el elemento de Miriam: las grandiosas y plenas, aquéllas que le conferirían al talento de la muchacha un status supremo, glorioso. Las anheló más que nunca, las invocó mentalmente, las suministró completamente en el ámbito de su imaginación, se engañó a sí mismo con la idea de que eran posibles. Las vio en ilusión y confusión momentáneas: un gran teatro, artístico y académico, subvencionado y exento de la carga de tener que generar beneficios, rico en su repertorio, rico en las elevadas cualidades y el generoso engalanamiento de sus empleados, y, sobre todo, en la autoridad de un gerente inverosímil: un empresario personalmente altruista y desinteresado (no un actor con el ojo puesto en las oportunidades excepcionales), digno continuador de una tradición, obsesionado por la perfección, sacándole jugo a una espléndida literatura. Vio a la protagonista de un centenar de «situaciones», variopintamente dramáticas y vívidamente auténticas; vio la comedia y el drama y la pasión y el carácter y la vida inglesa; vio toda la humanidad y toda la historia y toda la poesía; y a perpetuidad, en el centro de ellas, resplandeciendo en el altorrelieve de algún momento sublime, una imagen tan recia y pura como una estatua a la intemperie. No dejó Sherringham de ser consciente de que estaba dando por realizables milagros e imposibles de todo tipo; pero en verdad le había parecido en aquel momento que la mujer a quien acababa de estar contemplando durante tres horas, la encamación de la dramaturgia genuina, iba a ser una energía nueva y revitalizadora. El mundo le resultó tan brillante a Sherringham por un instante, que Basil Dashwood le

pareció, en un primer momento, un administrador —de aquella fuerza— no indigno de la misma.

Debe confesarse que, antes de que Miriam regresara, la brisa que propulsaba la navegación de Sherringham comenzó a amainar un tanto. Éste salió del salón manifiestamente «alquilado», donde una veintena de grandes fotografías de la joven actriz eran el único adorno de las desnudas paredes; penetró en el jardín por una puerta de cristal que estaba abierta; y se encontró con el señor Dashwood reclinado en un banco y fumando cigarrillos. La conversación de este muchacho fue una tonada bien distinta: lo bajó a tierra, como le dio la impresión; le mostró, muy sensata e inteligiblemente, debe reconocerse, el mundo del teatro tal como era en realidad, aquel en que todos ellos estaban embebidos, aquel del que tendrían que tratar de sacar el miserable mejor partido. Fue una suerte que Sherringham hubiese mantenido su éxtasis para sus adentros y en secreto: la costumbre de los ingleses de no mostrarse efusivos aún tenía autoridad sobre él, incluso después de todos sus años de exposición al contagio extranjero. Nada habría podido ser menos exclamatorio que el reencuentro de los dos hombres, con sus una o dos preguntas, sus uno o dos comentarios acerca de la llegada de Sherringham a Londres: el altivo y poco ceremonioso «Me di cuenta de su presencia anoche, me alegro de que por fin haya asistido usted», de una parte, y el atenuado «Oh, sí, fue la primera vez, me sentí muy interesado», de la otra. Basil Dashwood interpretaba un papel en Yolande, y Sherringham había tenido la satisfacción de tomarles las medidas a sus aptitudes. Juzgó que eran de escasa relevancia, como asimismo su papel, que no era ni del protagonista bueno ni del malo y que lo restringía a dos o tres inconspicuos gestos y a tres o cuatro cambios de vestimenta. Interpretaba a un joven enamorado ardiente pero respetuoso, a quien la ocupada protagonista encontraba tiempo de compadecer un poquito e incluso de criticar ferozmente; pero a Sherringham le dio la impresión de que apenas representaba el amor juvenil. Su aspecto era impecable, pero Peter consideraba que ya lo había escuchado en un centenar de piezas actuales; nunca dejaba de estar ensayando. Musitaba sentimientos y exhalaba votos con una voz agradable, con un temblor tímido e infantil en ella, pero como si tuviese miedo de que lo ridiculizaran por aquello después; dándole al espectador en las butacas la sensación de tener ante sí el libreto del apuntador y de estar atendiendo a una lectura. Lo hacía a uno pensar en mansiones campestres y pistas de tenis y representaciones privadas teatrales de aficionados; mayor que en todo lo cual no podía darse, al sentir de Sherringham, una relación más alejada de lo que es el verdadero arte del actor.

Dashwood lo sabía todo acerca del nuevo asunto, la obra que se estaba ensayando; lo sabía todo acerca de todo: ingresos y salarios y gastos y artículos periodísticos, y lo que el viejo Baskerville decía y lo que la señora Ruffler pensaba: cuestiones de superficial interés para Sherringham, quien se

preguntó, antes de que Miriam se presentase, si ella hablaría con su «cómico de la legua» sobre estos temas con extensión, profundamente interesada por ellos y sin que le parecieran vulgares ni aburridos, sino el ambiente lógico de su existir y la esencia de su profesión. Por supuesto que ella lo hacía: así debía naturalmente ser; todo ello era parte de su labor cotidiana y él podía estar seguro de que ella no iba a cogerle asco al aspecto comercial. Tuvo que recordarse a sí mismo que a él no le importaba si ella no le cogía asco, que pensaría peor de ella si se lo cogiese. Era obvio que ella estaba muy compenetrada con su eficiente compañero de tablas, hablando de negocios sin cansarse: Sherringham vio esto claro juzgando a partir del modo familiar y habituado en que Dashwood estaba sentado allí con su cigarrillo, como si hubiera tomado posesión y estuviera en su propia casa. Adivinó que reinaba una gran intimidad entre los dos incipientes artistas, pero se preguntó al mismo tiempo qué era lo que él, Peter Sherringham, tenía que objetarle al hecho. Él no aspiraba a tener bajo control la vida privada de Miriam, no hacía falta decirlo; y si la había alentado para que adoptara una profesión que abundaba en tales oportunidades para la camaradería, no tenía derecho a protestar de que las hubiera aprovechado gustosamente. Sherringham ya había alcanzado a entrever un cierto carácter útil en el superficial hermano de la señora Lovick; pero lo irritó a pesar de todo —un rato después— oír a Basil Dashwood pintarse a sí mismo como casi indispensable. Era un muchacho práctico, de ello no cabía duda; y esta idea reforzó la paradójica sensación que experimentaba Sherringham de que, en lo concerniente a los temas que ahora trataban, él mismo no poseía esa virtud. Dashwood le había conseguido la casa a la señora Rooth; había sucedido por un feliz azar que Laura Lumley, quien la había estado ocupando (¿conocía Sherringham a Laura Lumley?), había estado dispuesta a deshacerse, por tan sólo cuatro perras, del resto sobrante de un contrato de arrendamiento. Se iba a Australia con una troupe propia. Cazaron la oportunidad al vuelo; allí se respiraba buen aire: la mejor clase de aire para vivir, y para descansar, en Londres, para la gente de su estilo. Sherringham se preguntó cuáles podrían ser exactamente las relaciones personales de Miriam con este caballero tremendamente astuto, y tuvo de nuevo ocasión de asegurarse que podían ser cualquier cosa de las que existen bajo el sol que ella quisiera, no importaba qué interés, qué posibles pérdidas o ganancias le fueran a él, Peter, en ellas. Dashwood le habló de todas las personas elegantes que habían intentado apadrinar a la nueva estrella: la forma en que la alta sociedad londinense ya le había tendido la mano; y quizá fue la irritación de Sherringham, el atormentado sentimiento a que he hecho referencia más atrás, lo que inculcó una leve náusea en su exclamación siguiente:

—Oh, eso... eso es una estupidez absoluta; ¡cuanto menos de ello, mejor!

Ante esto Basil Dashwood se quedó mirando fijamente; con evidencia se sintió desairado; había esperado que su interlocutor se viera complacido con

los nombres de las ansiosas damas que la habían «invitado» (cosa que le había ratificado a Sherringham que Dashwood tenía una concepción rastrera de su oficio). El secretario de embajada explicó, es de esperar que sin pedantería, que dicho oficio era una labor seria y que la alta sociedad no era más que pamplinas e imbecilidades; y asimismo que antiguamente los grandes comediantes no se habrían tratado con semejantes personas. Garrick poseía esencialmente su propio círculo.

—No, supongo que no invitaban, en los viejos tiempos de miras estrechas —dijo Basil Dashwood.

—Eran los de la profesión de usted quienes no invitaban. Tenían compañías mejores: las de los personajes románticos y galantes que encamaban. Vivían con ellos, y era preferible desde todos los puntos de vista. —Y Peter se preguntó —pues el muchacho miró como si aquélla le pareciera una época indeseable— si sería tan sólo él, para Miriam, en la nueva vida de ésta, o entre las futilidades de quienes trataban de ganársela, quien representaría un modo de pensar artístico. Por lo menos ésta, reflexionó Sherringham, sí era una situación que podía mejorarse.

Se enteró gracias a Dashwood de que la nueva obra —la que estaban ensayando— era una vieja obra, un drama romántico de hacía treinta años, cubierto, a causa del intenso sobado que había ido sufriendo, por una especie de barniz de mugre. Dashwood tenía un papel en él, pero había un acto en que no aparecía, y ése era el acto en que estaba ocupada la compañía aquella mañana. Yolande ya había hecho todo lo que Yolande podía hacer: Sherringham se equivocaba si suponía que Yolande era un exitazo imparable. Había marchado bastante bien, había estado en cartel tres meses, pero en modo alguno estaban haciéndose de oro con ella. No les habría permitido aguantar hasta final de temporada; ya desde un mes atrás habían visto claro que iban a tener que ofrecer algo distinto. Además, la señorita Rooth deseaba un papel nuevo; estaba impaciente por mostrar cuán amplia gama de registros había en ella. Y tenía ideas magníficas; pensaba que ya había sido muy considerada por haber ofrecido todos los días lo mismo durante tres meses. Basil Dashwood encendió otro cigarrillo y le describió a su acompañante algunas de las ideas de la señorita Rooth. Le dio a Sherringham una buena cantidad de información acerca de ella: acerca de su carácter, su temperamento, sus peculiaridades, sus pequeños trucos, su forma de producir algunos de sus efectos. Habló con familiaridad y confianza, como si supiera acerca de ella más que cualquier otro, como si él la hubiera creado o descubierto, como si fuera en cierto modo su propietario o su garante. Fue de nuevo una discusión comercial, con una apreciable sagacidad en ella y una conmovedora sinceridad juvenil; la franqueza del espíritu de negocios, cuando se relaja y se pone a generalizar, es consciente de hallarse a salvo con otro miembro de la cofradía.

Sherringham no pudo evitar protestar contra el lisiado y vetusto veterano que se proponían devolver al campo de batalla, veterano que ya había sido exprimido hasta quedar seco y que ya había salvado un millar de situaciones desesperadas; y despotricó contra la extraña pasión del buen público británico por aguantar una y otra vez situaciones archiconocidas, dedicar su atención a cantinelas que ya había escuchado y a sorpresas de las cuales conocía hasta el minuto exacto en que iban a producirse. Dashwood defendió los gustos de Londres, los alabó por leales, constantes y fieles; a lo cual repuso Sherringham con algo de virulencia que eran leales a la bazofia. Justificó esta salida declarando que la obra en período de ensayos era una bazofia, una cochambrosa mediocridad cuya pertinencia se había esfumado hacía muchísimo, y que el defecto estaba en la falta de vida del sentido crítico del público, que era ignominiosamente conformista y lo único que sabía hacer era abrir la boca para recibir su dosis, sin exigir condimentos distintos, preparados originales. Dashwood le preguntó si en tal caso deseaba que la señorita Rooth siguiera interpretando eternamente un papel que ya había repetido más de ochenta veces, noche tras noche: le parecía que la obra actualmente en cartel era exactamente lo que lo había oído denunciar, en París, como la enfermedad de la que estaba muriéndose el teatro. Esta imputación Sherringham la negó; lo único que él deseaba era saber si ella no podía dedicarse a algo menos rancio que la obra en cuestión. Dashwood dio su opinión de que la señorita Rooth había de tener un papel poderoso y de que sucedía que había uno para ella en la venerable novedad antes mencionada. Ella debía coger lo que pudiera conseguir; no era de esas muchachas que piden la luna. El cometido próximo era un compromiso transitorio: ya intentaría otras cosas después; tendría que mirar bien a su alrededor: no es factible que le dejen a uno una obra nueva a la puerta todos los días junto con la leche. En un punto la conciencia de Sherringham podía estar tranquila: la señorita Rooth era una mujer dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario. Bastaría darle tiempo y se haría el repertorio entero de principio a fin. Era una mujer dispuesta a hacer esto, era una mujer dispuesta a hacer lo otro: Basil Dashwood empleó esta expresión tan insistentemente que Sherringham, nervioso, se incorporó y arrojó al suelo un cigarrillo que aún no había comenzado a fumar. Por supuesto que era una mujer: ¡no hacía falta que Dashwood se lo dijera cien veces!

En cuanto al repertorio, prosiguió el muchacho, ni la mujer más encantadora del mundo podía dar más de lo que llevara dentro de sí. Explicó, después de que Sherringham se sentara de nuevo, que el ruido engendrado por la señorita Rooth no era exactamente lo que este admirador por lo visto suponía. Sherringham había podido ver la magnitud de la concurrencia la noche anterior; debía reconocer que, aun cuando había sido buena, había estado muy lejos de ser grandiosa. Ella había tenido éxito, era cierto que lo

había tenido, pero no había sobrepasado nunca un punto que Dashwood expresó en libras esterlinas, para edificación de su acompañante, quien vagamente consideró que la cifra era elevada. Sherringham recordó que no había logrado conseguir una butaca, pero Dashwood insistió en que la muchacha no había saltado a una fama sin fronteras: eso era algo que de hecho nunca sucedía; sucedía tan sólo en las obras de ficción pretenciosas. Miriam había tenido repercusión, una repercusión inhabitual para tratarse de una mujer cuyo nombre nunca había sido escuchado el día anterior: se le había reconocido, para ser novata, extraordinaria destreza y seguridad... aparte su atractivo físico, por supuesto, que era lo que en realidad había atraído a la multitud. Pero no se había convertido en la sensación de Londres; sólo se había convertido en la sensación de Gabriel Nash. Y éste no era Londres, qué le iban a hacer. Pero en cambio sí conocía a los esteticistas: a los mundanos y semiaristocráticos de entre ellos, no a la patulea de esperpentos repulsivos que vestían sucios andrajos; y los esteticistas habían corrido tras ella. Basil Dashwood inició a Sherringham a grandes rasgos en el tema de las diferentes sectas que había dentro de la gran religión de la belleza, y lo informó acerca de la «nota» peculiar del corrillo crítico al que debía Miriam el haber empezado tan rápidamente a disfrutar de popularidad. Esta información hizo que el secretario de embajada se sintiera muy ignorante del mundo, muy unilateral y encerrado en el pequeño cubil de su profesión. Dashwood le advirtió que haría falta mucho tiempo hasta que el público masivo conociera bien a la señorita Rooth, más incluso que el que haría falta para que ella se conociera bien a sí misma: ella tendría primero que hacer algo verdaderamente grande. Ellos — Sherringham y él, e incluso el pobre Nash— sabían que lo llevaba dentro, ese algo verdaderamente grande, porque la habían visto como nadie más la había visto; pero Londres nunca aceptaba a nadie de fiado: tendría que ser al contado. Su joven amiga tardaría dos o tres años en pagar su cuota y recibir lo que se mereciera a cambio. Pero naturalmente lo que se merecería a cambio sería sencillamente una mina de oro. Dentro de sus límites, empero, su éxito ya había tenido bastante de fabuloso: había habido algo mágico en la forma como ella había ocultado, desde el principio, su falta de experiencia. Lo hacía a uno pensar absolutamente que tenía una buena cantidad de ella, más que cualquier otro. El señor Dashwood repitió varias veces que Miriam poseía una profesionalidad serena e imperturbable, una profesionalidad terriblemente serena e imperturbable; y que él mismo no le quitaba ojo, veía cómo le venían a ella las ideas, la veía probar diferentes recursos en diferentes funciones. Siempre estaba llena de vida, se entregaba en cuerpo y alma. Le daba a él ideas, a pesar de que él llevara en los escenarios mucho más tiempo. Naturalmente ella tenía aún mucho que aprender... muchísimo que aprender: un cosmopolita como Sherringham comprendería que una muchacha de esa edad, que nunca había tenido más amigos que su madre —su madre sí que era



ahora todo un caso, más que nunca anteriormente—, por naturaleza debía tener mucho que aprender. Sherringham experimentó un pequeño respingo al ser llamado «cosmopolita» por su joven acompañante, al igual que había experimentado un pequeño respingo un momento antes al oírse parangonado, en materia de conocimientos esotéricos, con Dashwood y Gabriel Nash; pero el primero de estos caballeros siguió haciendo caso omiso de su susceptibilidad cuando enumeró unas cuantas de las cosas que la joven actriz aún tenía que aprender. Dashwood era una mezcla de agudeza y fatuidad candorosa; pero Sherringham hubo de reconocer que el joven poseía cierto grado de acertada visión crítica cuando éste dijo que lo maravilloso de la muchacha era que aprendía con increíble rapidez: aprendía algo todas las noches, aprendía de la misma y vieja obra muchísimo más que cualquier otro habría aprendido de veinte.

—En eso consiste el genio —comentó Sherringham—. El genio consiste tan sólo en el arte de adquirir experiencia velozmente, de saquearla, por así decirlo; y en este sentido la señorita Rooth es una auténtica forajida.

Dashwood asintió de buen humor; después añadió:

— ¡Oh, hará lo que quiera, evidentemente!

Había sido exactamente con estas mismas sencillas palabras, hablando con ella, como Sherringham había expresado una vez la misma verdad; y sin embargo no le gustó oírlas de labios de su prójimo: tuvieron un sonido irreverente, paternalista, sugeridor de desagradables similitudes.

Los dos hombres siguieron sentados ahora en silencio durante un rato, contemplando a un grueso petirrojo avanzar a saltitos sobre la pequeña franja de alicaído césped; al final de dicho rato oyeron a un vehículo detenerse en el lado exterior del muro del jardín y las voces de personas que descendían de él.

—Aquí llegan las adorables criaturas —dijo Basil Dashwood, sin moverse; y desde donde estaban sentados Sherringham vio que alguien empujaba y abría la puertecita que había en el muro. Las adorables criaturas eran tres en total, pues un caballero se había sumado a la señora Rooth y a su hija. Tan pronto como la mirada de Miriam se posó sobre su amigo parisiense, esta muchacha frenó inmediatamente, en una actitud teatral exagerada y extravagante, y, asiendo el brazo de su madre, apasionadamente exclamó:

—Míralo allí sentado, al autor de mis duelos y quebrantos... ¡frío, cínico, cruel!

Ella estaba, era evidente, del mejor humor; del cual se puso también la señora Rooth cuando espetó indulgentemente, dándole un cachete a su hija:

— ¡Anda, sigue adelante, desvergonzada!

—Siempre está tramando algo —comentó Basil Dashwood, mientras que Miriam, radiante y con un modo de andar deliberadamente teatral, se deslizó hacia Sherringham como si se estuviese aproximando a las candilejas. Él se levantó lentamente de su asiento, mirándola impresionado ante su belleza; había estado impaciente por verla, y no obstante, llegado el momento, su impaciencia había sido objeto de una desconcertante cesación.

Pues Sherringham había tenido tiempo de percatarse de que el hombre que había entrado con ella era Gabriel Nash, y esta identificación llevó a sus labios un débil suspiro mientras le extendía a ella la mano, un suspiro indicativo de su súbita sensación de que su interés por ella ahora sólo podría ser nada más que una pequeña parte dentro de una vasta comunidad. Por supuesto ello no importaba, dado que él ya le había marcado a su interés, como tope máximo, unos límites tan estrictos; pero a pesar de todo se le hizo vívidamente presente que ella constituiría a partir de este momento un asunto público y notorio, que personas inferiores se verían inveteradamente mezcladas en él, que ella había cruzado la línea y se había vendido al vulgo, convirtiéndolo a él en tan sólo uno más entre una multitud indiscriminada. El modo en que Gabriel Nash se había presentado allí exactamente en el momento en que él no deseaba verlo hizo que Peter sintiera que era un tema complicado éste de tener amistad con una actriz tan inequívocamente destinada a ser famosa. Se olvidó casi completamente de que Nash hubiera conocido a Miriam mucho antes de que a él le hubiera sido presentada, y de que asimismo aquél hubiera estado presente durante su primer encuentro con ella, del cual además había sido de hecho en gran medida el artífice. De no haberse hallado Sherringham tan embebido en convertir en algo problemático aquel peculiar placer, habría podido encontrar cierto motivo justificado para pensar que ella sí que lo distinguía a él de entre la multitud indiscriminada en la forma como ella, cogiéndole la mano con las dos suyas, alzó hacia él la mirada y musitó:

— ¡Querido viejo maestro!

Entonces, como si esto no hubiese sido ya reconocimiento suficiente, ella elevó la cabeza aún más y, caprichosamente, agradecidamente, encantadoramente, casi noblemente, lo besó en los labios, en presencia de los otros caballeros, en presencia de la buena madre cuyo «¡Oh, qué bondadosa es mi hija!» normalizó la situación.

Aunque Peter Sherringham se había sentido incomodado ante algunas de las circunstancias de Miriam, hubo consuelo en otras de ellas, aparte la

fascinación intrínseca (ahora ya no cabía duda) de la mera compañía de la joven. Pasó él allí la tarde, todos pasaron allí la tarde, y la ocasión le recordó una escena de Wilhelm Meister. La señora Rooth tenía escaso parecido con Mignon, pero Miriam se asemejaba notablemente a Philina. La comida se demoró dos o tres horas; pero la larga espera fue una decidida fuente de placeres, pues todos se dedicaron a fumar cigarrillos en el jardín y Miriam ofreció impresionantes ilustraciones fácticas de los papeles que estaba estudiando. Sherringham se hallaba en el estado de un hombre cuyo dolor de muelas ha desaparecido de repente: lo exaltaba la cesación del dolor. El dolor había consistido en el esfuerzo de quedarse en París después de que Miriam marchara a Londres, y el bálsamo que ahora constituía el verla, sugería el grado de la inflamación previa.

Gabriel Nash tuvo, como de costumbre, cosas de sobra que decir, y habló del cuadro de Nick Dormer con tal extensión que Sherringham se preguntó si no lo estaría haciendo aposta para humillarlo. Entraron y salieron de la casa; hicieron incursiones para ver cómo marchaba lo del almuerzo; y Sherringham consiguió media hora a solas, o virtualmente a solas, con el objeto de su no permitida pasión, llevándosela públicamente del lado de los demás y haciéndola sentarse con él en la zona más apartada del pequeño terreno de grava. Había suficiente esplendor en los árboles para impedir la visión de los chalets adyacentes, y Basil Dashwood y Gabriel Nash se quedaron apoltronados juntos a una distancia conveniente, mientras el extravagante amigo de Nick ensayaba teorías sobre el espíritu histriónico. Miriam confesó que, como todos los comediantes, comían a horas desusadas; hizo entrar a Dashwood a por galletas y jerez, y propuso mandarlo a la tienda de comestibles en Circus Road a por un vino supremo. Sherringham se percató de que Dashwood era el factotum del pequeño hogar: sabía dónde estaban guardadas las galletas y sabía el estado de la cuenta con la tienda de comestibles. Cuando Peter congratuló a la joven actriz por disponer de un asociado tan útil, ella dijo afablemente, pero como si sus palabras relegaran al factotum a la más absoluta insignificancia:

— ¡Ah, es endiabladamente hábil! —A lo cual agregó—: Usted no lo es, ya sabe.

Al mismo tiempo, posó la más cordial y compadecida de las miradas sobre Sherringham. La sensación que esto le proporcionó a Peter fue tan dulce como si Miriam le hubiera acariciado las mejillas, y la conducta de ella fue cariñosa hasta el punto incluso de una verdadera ternura. Lo llamó «querido maestro» de nuevo, y a veces «cher maître», y parecía expresar gratitud y respeto con cada una de sus entonaciones.

—Se está usted haciendo la humilde discípula ahora —dijo él—; lo hace impecablemente, al igual que todo.

Ella contestó que no lo hacía con la suficiente humildad, pues resultaba imposible; era demasiado orgullosa, demasiado insolente en su triunfo. Le gustaba aquello, quería decir el triunfo, demasiado, y no le importaba decirle que se sentía perfectamente feliz. Por supuesto, el triunfo era todavía muy restringido; pero el éxito era el éxito, con independencia de consideraciones cuantitativas; el plato era pequeño, pero tenía el sabor exacto. La imaginación de ella ya había traspasado el límite de la primera fase, por inesperadamente brillante que ésta hubiese sido: su posición le parecía modesta comparada con un futuro que ahora se le aparecía vívidamente. Sherringham nunca la había visto tan acogedora y simpática; ella había insistido, en París, en que su personalidad era la de una buena chica (usaba esta expresión con una soltura singular), y de hecho habría sido imposible ser una chica mejor de como se mostró durante aquella placentera tarde. Miriam rebotó charla y anécdotas y chistes; tuvo exactamente el aire que a él le habría gustado que tuviera: el de tener en la cabeza innumerables cosas que contarle. Era como si ella acabara de regresar de un largo viaje, hubiera tenido insólitas aventuras y hecho maravillosos descubrimientos. Comenzaba a hablar de esto y aquello, y se interrumpía para hablar de otra cosa distinta; habló del teatro, de los periódicos, y luego de Londres, de las personas a quienes había conocido y de las cosas exorbitantes que le habían dicho, de los papeles que iba a encamar, de montones de nuevas ideas que se le habían venido a las mientes acerca del arte de la comedia. Quería hacer comedia ahora, hacer la comedia de la vida londinense. Estaba encantada de comprobar que el ver más del mundo le sugería cosas; éstas procedían directamente de los hechos, de la naturaleza, si es que a eso se lo podía llamar naturaleza: de tal modo que se encontraba convencida más que nunca de que el artista había de vivir para salir adelante en su labor, para hallar ideas, sabiduría a partir de la experiencia: había de dar la bienvenida a cualquier experiencia que le proporcionara sabiduría. Mas el trabajo, desde luego, era experiencia, y todo lo que era bueno en la vida de uno requería trabajo. Eso era lo maravilloso del oficio del actor: compensaba de los otros elementos que eran odiosos; con tan sólo mantener los ojos abiertos, nada podía ocurrirle a uno que no fuera alimento para la reflexión y grano para el molino propio, que no enseñara cómo la gente miraba y actuaba y hablaba, gritaba y gesticulaba, o sufría y disimulaba, en situaciones dadas. Ella veía a todo su alrededor cosas que quería «reflejar»: Londres estaba repleto de ellas, si se tenían ojos para ver. Miriam se preguntó imperiosamente por qué la gente no las recogía, las plasmaba en obras y personajes, le daba a una, una oportunidad con ellas: expresó su hiriente furor contra la estupidez literaria general. Nunca se había mostrado cautelosa en relación con este desagrado concreto, y hubo momentos (era una vieja historia y un tema de franca rechifla para Sherringham) en que a base de oírla se habría terminado por pensar que no existía inteligencia alguna en ninguna parte del mundo salvo en su

desdeñoso cerebro. Quería que se hicieran cosas fabulosas, que ella pudiera utilizar, pero no pretendía decir exactamente cómo tenían que ser, ni siquiera aproximadamente cómo debían llevarse a cabo: su alegato era más bien que si ella tuviera arte para escribir... ¡era exasperante tener que explicarlo! Se contentó a grandes rasgos con declarar que en realidad nada había sido hecho todavía: sentía eso cada vez más, conforme más veía de los asuntos de la gente.

Sherringham acudió al teatro de ella otra vez aquella noche, y no tuvo escrúpulos en ir todas las noches durante una semana. Quizá debería yo constatar, mejor dicho, que sí que tuvo un escrúpulo; pero formó parte del placer de su existencia durante aquellos días arbitrarios la tarea de superarlo. La única forma de demostrarse a sí mismo que podía superarlo era acudir; y se sintió satisfecho, después de haber acudido siete veces, no sólo con el espectáculo sobre el escenario, sino también con su propia demostración de poderío. Empero, no sufrió empacho con el espectáculo sobre el escenario, dado que éste tan sólo generó una curiosidad aún mayor. La interpretación de Miriam era algo vivo, con capacidad de cambiar, crecer, desarrollarse, engendrar nuevas formas de la misma vida. Peter Sherringham contribuyó a ello a su modo amateur, contemplando con gran interés el destino de sus contribuciones: discutió sobre el tema en Balaklava Place y sugirió modificaciones, variaciones dignas de ser probadas. Miriam se declaraba agradecida ante cualquier novedad que pudiese serle aportada en relación con su cometido en Yolande, y, con una eficiencia que demostró un gran fondo de recursos, retocó su encarnación y extrajo varios aires nuevos de ella. Las sugerencias de Sherringham se centraron en su modo de pronunciar ciertos parlamentos, las entonaciones que contendrían mayor belleza o darían a las palabras más significación. Miriam tenía sus ideas, o mejor dicho tenía sus instintos, que defendía e ilustraba, con una vividez superior a la de una argumentación, con alguna feliz expresión metafórica o un gesto de remedo; pero siempre estaba dispuesta a probar cosas nuevas; le gustaban los experimentos y no perdía ocasión de llevarlos a cabo, y se sentía especialmente agradecida cuando alguien le proporcionaba una razón contundente, una explicación plausible, en un caso donde ella se había guiado tan sólo por una intuición. Fingía despreciar las razones y aceptar y desdeñar basándose únicamente en su soberano capricho; pero siempre se rendía ante estas exóticas donaciones cogitativas, de tal modo que a Sherringham lo divertía el modo liberal en que ella se conducía, como si ella fuera una nativa desnuda regocijándose ante el presente de una tela carmesí.

Día tras día pasó él la mayor parte de su tiempo en compañía de ella, y la penúltima residencia de la señorita Laura Lumley se volvió el lugar de Londres al que sus pensamientos estuvieron más encadenados. Fue plenamente consciente de no estar cumpliendo ahora con la política de

abstención que había llevado a tal grado de madurez antes de salir de París; pero se tranquilizó a sí mismo con una justificación de esta inconsecuencia mucho más tosca de lo que habría juzgado admisible anteriormente. Consistió sencillamente en la idea de que vivir los primeros pasos en público de un joven temperamento genial era una experiencia deliciosa. ¿Qué mal había en ello, si el genio era auténtico? La principal certidumbre de Sherringham ahora fue que sus relaciones con Miriam habían sido francamente colocadas bajo la protección del aceptable concepto de una extravagancia legítima. En esta situación hacían un papel muy decoroso y requerían mucho menor control y muchos menos recortes drásticos que cuando se había esforzado en hacerlas concordar con el plan general de una vida. A Sherringham le dio la impresión de poseer verdadera sabiduría cuando se dijo que seguramente bastaba con que esta momentánea participación intelectual en la naciente fama de la muchacha fuera un episodio encantador. Los episodios encantadores, en la vida de un hombre laborioso, no eran lo bastante frecuentes como para permitirse el lujo de tirarlos por la borda. Balaklava Place, vista de este modo filosófico, se volvió casi idílica: le proporcionó a Peter la más agradable de las impresiones que jamás hubiera recibido en Londres.

La estación felizmente era de sobra agradable; las temperaturas eran altas, pero no tanto como para que disuadieran a la gente de ir al teatro. El «impacto» de Miriam se incrementó visiblemente, de tal manera que la cuestión de presentar una segunda obra fue objeto de cierta reconsideración. La muchacha insistió en presentarla, mostrando en su insistencia un carácter del que Sherringham ya había vislumbrado algunos espléndidos destellos. Era muy evidente que a lo largo de su carrera ella contaba con gobernar los acontecimientos con mano firme. Sus empresarios y representantes no encontrarían en ella una víctima fácil o una energía calculable; pero el público la adoraría, la arroparía con la popularidad que destina a una princesa graciosa y de buen natural, y sus colegas la tratarían con deferencia porque ella no sería egoísta. Ellos también formarían en cierto modo parte de su público devoto. Así era como Sherringham interpretaba los signos, agradándole la caprichosa tolerancia que tenía ella para con algunos de sus vulgares compañeros de tablas, hasta el punto de que él casi perdonó la presencia de éstos en Balaklava Place, donde constituían una dolorosa aflicción para su madre, quien deseaba que ella multiplicara sus contactos tan sólo con las personas de elevada posición. Hubo momentos en que Sherringham creyó entrever que las principales relaciones de Miriam con el gran mundo serían mantener, en el plazo de dos o tres años, un grandioso duelo con éste, obligándolo a aceptarla, si es que le daba por querer ser aceptada, absolutamente tal como ella era: una imagen que llevó a nuestro joven a preguntarse, con un desvalimiento que no estuvo exento, como sabía perfectamente, de absurdidad, qué papel se iba a ver él representando en semejante enfrentamiento y si le estaba reservado ser

más ridículo como apaciguador o como colaborador beligerante.

—Ella podría relacionarse con quien le viniera en gana, y la única persona en quien por lo visto encuentra algún agrado es esa terrible señorita Rover — se dolió la señora Rooth, más de una vez, ante Sherringham, quien identificó en la joven así denominada la principal complicación de las habitantes de Balaklava Place.

La señorita Rover era una pequeña actriz que actuaba en el teatro de Miriam, combinando con unas aptitudes inhabituales para la comedia de delicados matices, una menos excepcional ausencia de rigor en su vida privada. Era hermosa y diestra, y poseía una calidad que Miriam afirmaba hallarse ya en condiciones de estimar como infrecuente. La señorita Rover no tenía control sobre sus inclinaciones afectivas; sin embargo éstas eran a veces plenamente loables, como la devoción que había concebido por su hermosa colega, a quien admiraba no sólo como adorno de la profesión sino también como un ser de una esencia más afortunada. Anteriormente la señorita Rover había tenido la opinión de que las verdaderas damas eran «asquerosas»; pero Miriam no era asquerosa, y ¿quién era capaz de negar que era una verdadera dama? Miriam se justificó ante Sherringham, quien no había hallado nada objetable: ella sabía cuánto temía su madre que el gran mundo no acudiera si se enteraba de que el pequeño, en la persona de la hermosa señorita Rover, estaba presente. ¿Qué le importaba a ella quién acudía o quién dejaba de acudir, y qué había de beneficioso en recibir la visita de la mitad de los snobs de Londres? La gente iba a tener que aceptarla exactamente tal como ella era: de eso iban a tener que enterarse; y estaban muy equivocados si la juzgaban capaz de volverse también una snob por mor de su agradable compañía. No pretendía ser nada excepto lo que se proponía ser: la mejor actriz — considerada globalmente— de su época; y ¿qué tenía eso que ver con que invitara o no a una pobre inculta que tenía aman...? Bueno, no era necesario que dijera lo que Fanny tenía. La había conocido durante sus faenas laborales: no aseguraba que en otro caso habría corrido tras ella. Le había caído bien porque no era una negada, y cuando Fanny Rover le había preguntado en forma más bien anhelante si no quería ir a visitarla, ella no se había erizado con escandalizada virtud. La señorita Rover no era ni un ápice más estúpida o más maleducada que cualquier otro; ya habría tiempo de cerrar la puerta cuando se mostrare así.

Sherringham encomió exorbitantemente la liberalidad de tamaña camaradería; dijo que desde luego una mujer no se metía en aquella profesión para comprobar cuán poco era capaz de tolerar. Ella acertaba en su decisión de convivir con los demás mientras los demás fuesen realmente soportables, y le tocaba a ella, y solamente a ella, decidir cuánto duraba aquello. Estos comentarios resultaron un tanto heroicos por parte de Peter, pues su asumido

distanciamiento de la vida personal de la muchacha le dejaba de todos modos un resquicio para ciertas formas de inquietud. Habría representado, a su sentir, una gran diferencia en sentido negativo para la mujer a quien amaba, y para quien no deseaba un enamorado menos digno que él, que ésta se hubiese entregado alegremente a la perspectiva de asociarse tan sólo con la clase más rastrera. Todo aquello estaba muy bien, pero Fanny Rover era simplemente una cabotina, y relaciones de esa índole constituían una extraña formación personal para una muchacha que habría sido lo bastante buena (no podía olvidarlo: lo seguía recordando como si aún pudiera tener una aplicación futura) para ser su esposa. Ciertamente es que él habría debido pensar en tales cosas antes de consentirse volverse tan interesado por una naturaleza teatral. No obstante, su heroísmo le rindió beneficios por el momento: lo ayudó hacia fines de semana a sentirse sumamente integrado en el pequeño círculo de Miriam. Lo que más lo ayudó de hecho fue reflexionar que ella sola se cansaría de buena parte de sus miembros con el tiempo; pues no es que fueran atroces (muy pocos de ellos brillaban con una luz tan intensa), sino que se podía confiar en que a la larga aburrirían a cualquiera.

Hubo en particular un maravilloso domingo que él pasó casi por completo en Balaklava Place —llegó bien temprano— en el cual, durante la tarde, se dejaron caer personas extrañas de todas las clases. Miriam celebró una fiesta en el jardincito e insistió en que casi toda la compañía se quedase a cenar. Su madre derramó lágrimas ante Sherringham, en la casa profanada, pues habían aceptado, Miriam y ella, una invitación —y además en Cromwell Road— para la noche. Miriam decretó que no irían: se lo pasarían muchísimo mejor en casita con sus buenos amigos. Despachó un mensaje —se trataba de una distancia increíble— por medio de un cochero, y Sherringham gozó del privilegio de pagar a este mensajero. Basil Dashwood, en otro vehículo, se dirigió a un hotel que conocía, a una milla de distancia, en busca de provisiones suplementarias, y regresó con fiambre y una docena de botellas de champaña. Fue todo muy bohemio y periodístico y pintoresco, muy supuestamente excéntrico y envidiable para espíritus rebeldes; y Miriam contó anécdotas y realizó imitaciones de las personas con quienes se habría encontrado si hubiese ido a Cromwell Road: así es que nadie tuvo la sensación de perderse nada; las dos celebraciones se vieron fusionadas como por arte de magia. La señora Rooth bebió champaña para consolarse, si bien el consuelo resultó imperfecto cuando recordó que también habría podido beberlo (aunque no tanto, desde luego) en Cromwell Road.

Tomado en unión con la noche anterior, ese día constituyó para Sherringham el más completo recital de Miriam Rooth que nunca había recibido. La velada anterior él había estado en su teatro, al cual la noche del sábado trajo la mayor cantidad de público ante la que ella había actuado hasta el momento, y volvió enseguida a Balaklava Place, para decirle a Miriam una



vez más (se lo había dicho media docena de veces la noche anterior) que, con la excitación provocada por la mayor concurrencia, ella se había superado a sí misma, había actuado con una intensidad memorable. La complugo oírlo, y el optimismo con que ella interpretó los presagios del futuro y, durante un rato que él pasó a solas con ella, hallándose la señora Rooth en la parte de arriba y sin haber llegado todavía Basil Dashwood, con que ella lo obsequió con especímenes de emoción fingida de diversos tipos, sobrepasó cualquier abundancia natural que él hubiese visto nunca en una mujer. La impresión a duras penas habría podido ser otra si ella se hubiese puesto a tocar fragmentos sueltos para él al piano: el brillante y embriagador fulgor de la charla femenina se elevó y descendió como una improvisación con las teclas. Más tarde, todo el resto del citado día siguiente, Sherringham se sintió fascinado por el afortunado donaire con que ella fraternizaba con sus invitados, hallando las palabras exactas para cada uno, el disolvente de incompatibilidades, las ideas precisas para mantener sujeta la vanidad y animada la modestia. Fue una maravillosa donación de vida generosa y vibrante. Pero lo que Sherringham identificó sobre todo en aquello fue la experiencia del éxito en la juventud, con el futuro lleno de promesas, y la acción de esa influencia sobre todas las facultades. El pasado de Miriam, aunque breve, la había hecho pasar sin embargo suficiente número de apuros como para hacer de la emancipación un dulce acontecimiento, y la emancipación había llegado por fin en un abrir y cerrar de ojos. Miriam se había puesto sus zapatitos mágicos, había adivinado todo lo que podían darle y se había posesionado de ello, se había convertido en un solo día en un fenómeno moderno absolutamente original. Naturalmente, Sherringham no fue menos consciente de ello de lo que lo había sido Nick Dormer cuando, en la fría luz de su estudio, había comprobado cuánto había cambiado la muchacha.

Pero lo verdaderamente grande a su parecer, y, durante estos primeros días, la irresistible seducción del teatro, era que Miriam era una rara encarnación de la belleza. La belleza era el fundamento de todo cuanto ella hacía y de la forma, inequívocamente, en que lo hacía: una exquisita armonía de línea y movimientos y actitud y tono, que resultaba lo más destacable y característico de su interpretación. Los accidentes y los instintos se confabulaban a este fin y daban a luz algo que era independiente del talento o del mérito de ella, en un caso dado, y que con su efecto global, según el dictamen de la meditación de Sherringham, era inmensamente superior a cualquier mérito y a cualquier talento. Era una felicidad suprema e infalible, una fuente de distinción, un sello de valor absoluto. Verlo en acción, situarse dentro de su radio de alcance y sentirlo desplazarse y revolverse y cambiar y no errar nunca, era un antídoto contra la melancolía, la humillación, el aturdimiento de la vida cotidiana. Transportaba a Sherringham fuera del momento vulgar y de la fea verdad; lo arrastraba hacia algo que no tenía más razón de ser que la dulzura, más

nombre ni lugar que lo puro, lo lejano, lo antiguo. Fue lo que más lo hizo decirse: «Oh, al diablo, ¿qué puede importarme?», cuando reflexionaba que un *homme sérieux* (como se decía en París) más bien se liquidaba a sí mismo (como se decía en Norteamérica) al ir todas las noches al mismo teatro ante la mirada curiosa de todo el mundo. Fue lo que le impidió hacer nada que no fuera merodear alrededor de Miriam; lo que le impidió tributar cualquier otra visita, dedicar su atención a cualquier otra tarea, volver a pasarse por Calcutta Gardens. Fue un hechizo que él se abstuvo rigurosamente de romper, y la causa de un centenar de aplazamientos, turbaciones e inconsecuencias. Hizo del encorvado chaletito de estuco en St. John's Wood un lugar que flotaba en el aire, dominando el panorama: un nido de heterodoxias e ironías aladas, que pendía bien en lo alto por encima de aquella ciudad amontonada en tropel. Se debía vivir en las alturas cuando ello era posible: las alturas fortalecían y simplificaban; así es que durante un dichoso intervalo Sherringham no rozó para nada la tierra.

No es que no existieran influencias que tendieran en determinados momentos a abatir a Sherringham: era ésta una humillación de la cual sólo escapó porque se hallaba en tan encumbradas alturas. Ya hemos visto que Basil Dashwood podía afectarlo en ocasiones como una bola de hierro prendida a su tobillo, debido a la circunstancia de que hacía que las estupendas condiciones de Miriam —las de la difusión pública de su genio— parecieran pequeñas y prosaicas; hasta tal punto que Sherringham se vio obligado a recordarse que quizá esta pequeñez y este prosaísmo se hallaran realmente en sus existencias después de todo. Ella transportaba la imaginación de Sherringham hacia espacios infinitos, pero transportaba la de Dashwood tan sólo hacia la taquilla y hacia la resurrección de obras que eran bárbaramente malas. Lo peor era que no dejaba de parecerle posible a Sherringham que un muchacho agudo que vivía metido dentro del negocio pudiera estar más enterado que él. Otro poseedor de conocimientos superiores (hablaba, es decir, como si estuviera más enterado que nadie) era Gabriel Nash, quien parecía disfrutar de abundante ocio para visitar con frecuencia Balaklava Place, o en otras palabras parecía gozar de la misma autoridad sobre su propio tiempo que Peter Sherringham. Nuestro joven diplomático lo miraba con sentimientos contradictorios, pues no había olvidado el carácter enfrentado de su primer encuentro con él o el grado hasta el cual se había sentido movido a sugerir a la consideración de Nick Dormer que su locuaz amigo era probablemente un asno. Este personaje se presentaba ahora como un admirador de la encantadora criatura a quien había menospreciado, y había algo exasperante en la tranquilidad de su incoherencia, de la cual no experimentaba ni la más mínima conciencia turbadora. De hecho, Nash tenía unos modos tan arbitrarios e inconstantes de ver cualquier asunto que era difícil, hablando vulgarmente, agarrarlo: sus simpatías zumbaban por doquier como abejas en un jardín, sin

ningún plan aparente, ninguna economía en su vuelo. Tenía una opinión ofensiva sobre el teatro contemporáneo y, no obstante, había descubierto una fuente de satisfacciones en la más prometedora de sus exponentes; de tal manera que Sherringham le dijo más de una vez que en verdad debía, para mantener sus puntos de vista bajo un mínimo control, atribuir mayor valor al escenario o menor a la interesante actriz. Miriam hacía infinitas bufonadas a costa de Nash y lo trataba como al más abyecto de sus esclavos, todo lo cual era digno de verse tomado como exhibición, por parte de Nash, de temple imperturbable. Cuando Sherringham lo juzgaba —para sus adentros— inescrupuloso, se sentía culpable de una injusticia: Nash tenía en poquísima medida el aire de un hombre con algo que salir ganando. Empero Sherringham sentía cierto cosquilleo en la punta del pie cuando su compañero de visitas exclamaba explicativamente (por lo general para la propia Miriam) en respuesta a una acusación de chaquetero: «Oh, eso no es exacto; es por la voz, ya saben... ¡la fascinante voz!». Quería decir con esto, como de hecho establecía luego más extensamente, que acudía al teatro, o al chalet en St. John's Wood, simplemente a obsequiar su oído con los sonidos (los más ricos que podían oírse en aquellos momentos sobre la tierra, según defendía él) procedentes de los labios de Miriam. La riqueza de éstos era totalmente independiente de las palabras que ella pronunciara o la pobre fábula a cuyo servicio estuviera, y si el placer de escucharla en público era el mayor en virtud del volumen más elevado que ella imprimía a su voz, de todos modos era bien agradable verla en casa, pues allí era donde el temperamento artístico que él le atribuía con tanta liberalidad se manifestaba con más plenitud. Hablaba Nash como si ella hubiera sido creada por la magnanimidad de la naturaleza para particular recreo de él, como si, siendo un maestro en goces inofensivos, se apropiara de los placeres sin importar dónde los encontrase.

Nash estaba perpetuamente presente, sociable, amistoso, comunicativo, inveteradamente refutado pero nunca desconcertado, dispuesto a hablar con cualquiera acerca de cualquier cosa y haciendo del desacuerdo (del cual les atribuía enteramente a los demás la responsabilidad) un fundamento de la cordialidad. Todos sabían lo que pensaba de la profesión teatral, y sin embargo no podía decirse que a sus miembros no los considerara dignos exponentes de la comedia, ya que a menudo descubría los puntos flacos de éstos de un modo que hacía que hasta Sherringham se riese, pese a su actitud de reserva en lo que a Nash se refería. De todas formas, aun cuando Nash había sido sincero en lo relativo al tema de la falacia general de los esfuerzos de los actores, toleraba su compañía, por mor de los acentos de Miriam, con una filosofía práctica enteramente de su cosecha. Miriam afirmaba que Nash era su supremo, su incorregible adorador, disfrazado de crítico para salvaguardar su vanidad y tolerado a causa de su secreta fidelidad pese a ser un pelmazo. A ojos de Sherringham no era un pelmazo, y el secretario de embajada sintió un disgusto

peculiar por no ser capaz de considerarlo tal. Nash había visto demasiadas tierras extrañas y cosas curiosas, observado y explorado demasiado para estar desprovisto de amenidad. Peter tenía la sospecha de que si él mismo habitaba en los grands espaces, Gabriel Nash probablemente se emplazaba en una región aún más monumental. Si, de entre las amistades de Miriam, Basil Dashwood lo abatía, Gabriel más bien lo desafiaba hacia mayores y más fantásticos vuelos. Si él mismo veía a la muchacha en relaciones más grandiosas que el joven actor, que principalmente la veía en papeles infamemente concebidos, Nash iba un poco más allá y la consideraba, de modo irresponsable y sublime, una sacerdotisa de la armonía, con quien nada tenían que ver los vulgares conceptos del éxito y el fracaso. Nash se reía de los «papeles» de ella, sosteniendo que sin ellos sería magna. Sherringham le envidió su capacidad de sentirse satisfecho con los placeres que tenía a su alcance; pues experimentaba la perspicaz impresión de que la satisfacción no estaba destinada a ser el edulcorante de su propio yantar.

Por encima de todo Nash atrajo su atención mediante una característica constante de referencias no calculadas a Nick Dormer, quien, como sabemos, súbitamente se había vuelto mucho más interesante para su primo. Sherringham halló alimento para la observación, y en cierta medida para la perplejidad, en las relaciones entre sí de todas estas personas tan notables. Descubrió por qué su hermana, que tenía una impaciencia muy particular para con las ideas poco prácticas, no se había sentido agradablemente impresionada por el señor Nash y no había visto con buenos ojos una predilección hacia él en el hombre con quien iba a haberse casado. Era éste un aspecto en que Peter no sintió deseos de asemejarse a Julia Dallow, pues no necesitó pormenores para adivinar que Gabriel no había estimulado la inteligencia de ella. Él, Peter, lo habría sentido mucho de haber tenido que confesar no ser capaz de comprender a Nash. Entendió, aparte, que Miriam, en el estudio de Nick, muy bien había podido parecerle a Julia una cantidad apabullante. Miriam era más joven, pero no poseía menos estilo, y era lo bastante hermosa para haber hecho que Nick la comparara con la señora Dallow aun si se hubiese hallado enamorado de esta última dama... una pretensión acerca de la cual Peter tenía sus ideas personales.

Durante muchos días Sherringham no supo nada del diputado por Harsh, si bien se habría podido decir que éste, indirectamente, participaba bastante en la vida de Balaklava Place. ¿Le había dado Nick a Julia pruebas concluyentes de conducta censurable, y era su plasmación inesperadamente lograda de Miriam un acto de virtual infidelidad? En tal caso, ¿en qué grado debía considerarse a Miriam instigadora de su traición, y cuál era la verdadera naturaleza de la estima que esta muchacha le profesaba a su nuevo y (como podría llamárselo) distinguido secuaz? Estas preguntas le habrían dado a Peter aún más que pensar si no se hubiese congratulado de haber resuelto definitivamente que

concernían a Nick y a Miriam infinitamente más de lo que le concernían a él. Miriam se encontraba en persona delante suyo, así es que no le hacía falta tener en cuenta para su placer sus recientes recuerdos del retrato. Mas pensaba en esta impresionante obra siempre que pensaba en su emprendedor pariente. Y ello ocurría a menudo, pues al alcance de su oído con frecuencia Miriam hablaba con Gabriel Nash acerca del afortunado artista y de sus potencialidades, y Gabriel disertaba sobre aquello dirigiéndose a Miriam. El tono de la muchacha sobre este tema era franco y sencillo: ella únicamente decía, con una iteración que resultaba ligeramente irritante, que el señor Dormer se había mostrado incomparablemente atento con ella. Nunca hizo delante del hermano de Julia alusión alguna a la irrupción de Julia; solamente se refirió al retrato, con un encanto inescrutable, en su calidad de consecuencia directa de la feliz sugerencia de Peter aquel primer día en casa de Madame Carré. Empero, Gabriel Nash mostraba tal disposición a extenderse amigable y brillantemente sobre el carácter peculiarmente interesante de lo que él denominaba el atolladero de Dormer y sobre el refinado suspense que tal asunto estaba destinado a inflamar en el pecho de sus amigos sapientes, que Peter se preguntó, como ya he apuntado, si esta insistencia no sería una sutil perversidad, una pequeña idea diabólica para atormentar a un hombre cuyos celos eran presumibles. No obstante, considerado globalmente, Nash le parecía escasamente diabólico y, todavía menos, preocupado por la prefiguración de sus emociones. Ciertamente era que Nash se dedicaba a extender un halo romántico sobre Nick: despachó sin esfuerzo tantísimas y tan considerables referencias iluminadoras aunque desconcertantes acerca de él, que Sherringham se sintió capaz de una curiosidad magnánima, de un deseo de seguir hasta el final la cadena de acontecimientos. Se había enterado por medio de Gabriel de que Nick estaba todavía ausente, y se notó como si estuviera a punto de rendirse, fascinado, ante todo lo que estaba descubriendo. El infrecuente encanto de estos días alocados se vio turbado —cesó de ser idílico— cuando, bien entrada la noche del siguiente domingo, Sherringham abandonó St. John's Wood, en dirección sur, junto con Gabriel. Pues entonces algo salió a la luz.

## 32

No tenía tanta importancia lo que opinaran los doctores (y Sir Matthew Hope, el más grande de ellos, había acudido dos veces en una semana) siendo así que el señor Chayter, el omnisciente mayordomo, declaraba con toda la autoridad de su posición y de su experiencia que el señor Carteret se encontraba de veras mal. Nick Dormer tuvo un prolongado cambio de impresiones con él (duró seis minutos) el día en que se presentó

apresuradamente en Beauclere como consecuencia de un telegrama. Había sido el señor Chayter quien se había encargado de telegrafiarle, pese a estar también presente en la casa el familiar más cercano del señor Carteret: su única hermana aún viva, la señora Lendon. Esta dama, una mujer voluminosa, benigna y saludable, de caminar pesado, a quien le gustaban los desayunos tempranos, los asientos incómodos y la página de anuncios de The Times, había llegado la semana anterior y estaba aguardando el desarrollo de los acontecimientos. Era viuda y vivía en Cornualles, en una casa a unos quince kilómetros de la estación, casa que tenía, a modo de compensación por este inconveniente, como ella le había contado en una ocasión a Nick, un antiguo y delicioso jardín herbáceo. Les tenía mucho cariño a los jardines herbáceos; su principal interés se orientaba en esa dirección. Nick la había visto con alguna frecuencia, pues ella venía a Beauclere una o dos veces al año. Su estancia allí no suponía una gran diferencia; era tan sólo un «querida Urania» que el señor Carteret pronunciaba al lado opuesto de la mesa cuando, al concluir la cena, era el momento de que ella se retirara. Ella siempre se iba de la habitación como si se fuese detrás de otra persona; y cuando los caballeros se le «unían» más tarde (esta unión no era muy estrecha) los recibía con los aspavientos propios de quien recibe una inesperada sorpresa.

Chayter honró a Nick Dormer con una consideración que se aproximó, sin indecorosamente competir, al cariño que su señor había depositado sobre la misma joven cabeza; y es que Chayter conocía una buena cantidad de cosas. Entre ellas conocía su sitio; pero era formidable lo poco que este conocimiento lo había vuelto inaccesible a conocimientos de otras clases. Se había tomado la libertad de llamar a Nick sin hablarlo con la señora Lendon, cuya influencia se asemejaba bastante en este momento a la de una gran pieza aparte, del mobiliario, que hubiera sido instalada por si acaso se hacía necesaria. Era una de las sólidas comodidades con que debía contar una casa comfortable; mas no es posible consultar a un sofá de caoba o a un biombo. Chayter conocía cuánto había «sacado» ella de su hermano, y cuánto había recibido cada una de las dos hijas de ella al casarse; y era de la opinión de que ya era más que suficiente, especialmente considerando la sociedad en que (apenas se podía llamarlo así) se movían. Conocía, además de esto, que todas ellas recibirían aún más, y tal había sido la razón de que dudara poco en lo relativo a ponerse en contacto con Nick. Ni aunque la señora Lendon se hubiese sentido incómoda ante la intrusión de un muchacho que ni era el hijo de un primo ni había sido formalmente adoptado, Chayter habría dejado de ser lo bastante parlamentario para cuidar de que se guardasen escrupulosa y civilizadamente las formas propias de un debate. Por lo demás, el mayordomo tenía la sensación, levemente compadecida, de que la señora Lendon no se sentía incómoda con facilidad. Esta siempre se levantaba con extraordinaria antelación al desayuno (Chayter se negaba a tomarse esto en lo más mínimo

como una admonición), pero a menudo se iba derecha al jardín (como si fuera a comprobar que ninguna de las plantas hubiese sido sustraída durante la noche), y al final había de ser buscada por el lacayo en algún sitio poco corriente detrás de los arbustos, donde, tendida sobre el suelo, estaba haciéndole alguna cosa «desusada» a una flor.

El propio señor Carteret no había manifestado cuáles eran sus deseos. Dormía la mayor parte del tiempo (era cierto que su desfallecimiento final había sido súbito; sin embargo estaba reumático y tenía setenta y siete años), y la situación estaba en manos de Chayter. Sir Matthew Hope había sido del parecer personal, incluso en su segunda visita, de que se recuperaría y saldría adelante, en un aceptable estado de salud, por algún tiempo más; pero Chayter tenía un punto de vista diferente y aún más personal. Nick se sentía confundido: apenas sabía para qué estaba allí, dado que no podía ofrecerle a su viejo buen amigo ninguna satisfacción imaginable. Los doctores, las enfermeras, la servidumbre, la señora Lendon, y, sobre todo, el sosegado equilibrio de la casa cuadrada y maciza, donde un orden inmutable parecía fluir por las limpias ventanas y reverberar en las aún más sosegadas campanillas, todo aquello representaba mejor la clase de supremo solaz a que era más accesible su señor.

Durante el primer día se juzgó preferible que Nick no pasara dentro del aposento en penumbra. Fue ésta una decisión de las dos decorosas enfermeras, a quienes el visitante había podido echar un fugaz vistazo y que, con sus uniformes negros y lozanas expresiones atareadas, sugerían una mezcla de camarera y monja. Nick se hallaba desanimado, y, no obstante, inquieto; sentía que estaba en una situación falsa y consideró afortunado que la señora Lendon tuviera capacidad para la aceptación plácida. Ambos eran viejos conocidos: ella lo recibió con cierta ceremonia, pero sin el rigor del recelo. Se trató más bien de una manifestación del remoto respeto de Cornualles hacia la capacitación juvenil y el parentesco distinguido, dado que ella lo interrogó con extensión acerca de Lady Agnes y acerca de Lady Flora y Lady Elizabeth. Él fue consciente de que se estaba mostrando amable y generosa, y su principal mortificación fue saberse demasiado desinformado para contestar sino con exiguas respuestas en lo referente a sus poco interesantes tías. Nick se sentó con periódicos en el jardín y miró hacia las persianas bajadas de la habitación del señor Carteret; vagó alrededor de la abadía con cigarrillos y aligeró el paso y se notó abrumado, deseando que todo hubiese acabado ya. Le habría gustado mucho ver al señor Carteret de nuevo, pero no sentía ningún deseo de que el señor Carteret lo viera a él. Por la noche cenó con la señora Lendon, y ella le habló, a petición suya y tanto como pudo, sobre los años juveniles de su hermano, sus primeros pasos en la vida. Ella era más joven que éste; tanto, que dichos primeros pasos parecieron ser más bien una leyenda de los tiempos de la propia juventud de ella que otra cosa; pero sus palabras hicieron que Nick

experimentara cuán increíblemente distinto había sido el señor Carteret en aquella época de como él, Nick, lo era en ésta. Había publicado a los treinta años un pequeño volumen (se lo consideró portentosamente inteligente) llamado La incidencia de la Contribución municipal; y Nick aún no había recogido material para ningún tratado que se le pareciese. Después de acabar de cenar, la señora Lendon, que no se había cambiado de vestido para la cena, se retiró al salón, adonde al cabo de diez minutos la siguió Nick, quien se demoró tan sólo porque pensó que era lo que Chayter consideraría correcto. La señora Lendon casi volvió a estrecharle otra vez la mano, y luego Chayter se presentó con café. Casi en un abrir y cerrar de ojos volvió éste a presentarse, esta vez con té, y los ocupantes del salón se sentaron durante una lenta media hora, en el transcurso de la cual hubo un momento en que la mujer paseó su mirada por todo el aposento con un suspiro y dijo:

— ¿No le parece que el pobre Charles tenía un gusto exquisito?

Por fortuna en ese momento fue introducido el «médico del lugar». Había estado arriba, y penetró risueño, comentando: «Magnífico, magnífico». Lo magnífico consistía en una mejoría notable de la respiración, un indicio inconfundible de vuelta a la vida. El doctor tomó un poco de té y charló durante un cuarto de hora de un modo que puso de manifiesto de qué personalidad «cordial» y de qué copiosa experiencia podía gozar un médico del lugar. Cuando se marchó, Nick salió con él. La casa del doctor estaba cerca y éste había venido a pie. Dejó a Nick asegurándole que con toda probabilidad el señor Carteret, que ciertamente se estaba recobrando, estaría en condiciones de verlo al día siguiente. Nuestro joven dirigió sus pasos hacia la abadía una vez más y paseó tranquilamente a su lado bajo la luz de las estrellas. Nunca parecía tan inmensa como cuando se alzaba de noche, y Nick nunca la había querido tanto como en este momento, nunca se había sentido tan confortado y reanimado gracias a su belleza. Cuando volvió fue readmitido por Chayter, quien lo examinó con respetuosa desaprobación hacia la frivolidad que lo había movido a tratar de buscar alivio en el transcurso de esa noche concreta y de esa forma concreta.

Nick se acostó pronto y durmió mal, cosa infrecuente en él; pero le pareció muy agradable que le dijeran casi tan pronto como salió de su habitación que el señor Carteret había preguntado por él. Entró a verlo y lo impresionó el cambio operado en su aspecto. No obstante, el muchacho había pasado un día con él justo a principios de Año Nuevo, y otro a comienzos de marzo, así es que ya había tenido oportunidades de percibir los primeros síntomas de alteración letal. Una semana después de la partida de Julia Dallow hacia el continente, Nick había consagrado varias horas a Beauclere y a la intención de contarle a su viejo amigo cómo se había frustrado absolutamente el feliz suceso, el afortunado destino que éste había tenido la bondad de deseárselo y de



convertir en condición de un espléndido agasajo. Antes de esto, durante unos cuantos días, Nick había estado guardándose en secreto, para anunciarla personalmente, la buena noticia de que Julia por fin había puesto la situación de ambos en claro y fijado una fecha: había querido disfrutar personalmente de la alegría del anciano, tan dolorosa tribulación se había producido por la arbitraria conducta femenina durante un año. La señora Dallow le había tributado al señor Carteret una visita conciliadora antes de Navidad; se había ausentado de Londres durante un día para comer con él, pero consiguiendo únicamente hacerlo exhibir a partir de entonces ante el pobre Nick, como víctima de la caprichosa dureza de ella, una buena cantidad de seria conmiseración pero con un estilo jocoso. Por su honor, como decía él, se trataba de la mujer más inteligente y «especiosa» (ése fue el extraño término que empleó) que había conocido en su vida. El mérito de la conducta de ella en esta ocasión, como Nick comprobó, fue que no se mostró especiosa a costa de su novio: no había consentido ninguna duda sobre el propósito declarado de él y había tenido el heroísmo femenino de declarar que a decir verdad ella era más adulta que él, por lo cual no era sino jugar limpio darles a los afectos de él tiempo para que madurasen. Pero cuando, tras la ruptura que he narrado recientemente, Nick vio al simpatizante anfitrión de ambos, no lo encontró en absoluto en condiciones de hacer frente a un disgusto: estaba gravemente achacoso; era el inicio de un empeoramiento y difícilmente era posible considerarlo ocasión de hacer experimentos con sensaciones nuevas. Después de esta excursión Nick se había vuelto a la capital entristecido por la decadencia ahora inequívocamente obvia del señor Carteret, pero más bien aliviado por no haberse visto obligado a hacer su confesión. Incluso se le había ocurrido que la necesidad de hacerla podría no producirse si el reflujó de las energías de su viejo amigo continuaba invariable. Podría ser que falleciera en la convicción de que todo iba a ocurrir de acuerdo con sus deseos, si bien, indudablemente, sin enriquecer a Nick en el día de su boda con la desorbitante cantidad que le había prometido. Muy probablemente habría llevado a cabo disposiciones legales en virtud de las cuales su generosidad tendría efecto en las condiciones debidas y sólo en ellas. En el momento presente, Nick tenía una confesión aún más extensa con que obsequiarlo: los últimos tres días habían sido decisivos para su determinación; mas, por extraño que parezca, aun cuando sus desasosegantes responsabilidades habían aumentado, su reticencia a hablar había desaparecido: estaba resueltamente deseoso de aclarar una situación en lo tocante a la cual no era compatible con su honor dejar ni la sombra de una duda.

El doctor había acertado cuando se presentó tras la cena: por la mañana fue manifiesto que no habían asistido al suspiro final de la capacidad de recuperarse del señor Carteret. Chayter, que había entrado a ver a su señor, se negó austeramente a cambiar de opinión con cada cambio en la fiebre del

mismo; pero las enfermeras fueron del optimista parecer de que le haría bien a su paciente que el señor Dormer se sentara un poco junto a él. Una de ellas permaneció en la habitación, en el profundo asiento junto a la ventana, y Nick pasó veinte minutos a la vera de la cama. No era momento de entrar en mucha conversación, pero al señor Carteret pareció agradaerle verlo. Había vida en sus afables y antiguos ojos, la cual todavía iba a expresarse en posteriores afirmaciones de su prudencia. Puso su mano liberal sobre la de Nick con una seguridad que demostró que todavía no se hallaba incapacitada. Dijo muy poco, y la enfermera había aconsejado que el propio visitante no diera rienda suelta a su lengua; pero de cuando en cuando el anciano murmuró con una desmayada sonrisa: «La votación de esta noche, ya sabes... no debes faltar». Sucedió que no había ninguna votación aquella noche, pero es que hasta los delirios del señor Carteret eran parlamentarios. Antes de que Nick lo dejara, el anciano logró asegurarle que se estaba poniendo bien con rapidez, que no debían ser desperdiciadas horas tan valiosas. «Vuelve el viernes, si se presenta por segunda vez el proyecto de ley». Tales fueron las palabras con que se despidió de Nick, y a mediodía el doctor dijo que el enfermo estaba haciendo grandes progresos, pero que era preferible que Nick lo dejara en paz durante el resto de ese día. En consecuencia, nuestro joven resolvió volver a la capital para pasar allí la noche e incluso, si no recibía otra petición de comparecencia, el día siguiente. Acordó con Chayter que le telegrafiaran si el señor Carteret se ponía ora mejor, ora peor.

—Oh, difícilmente podría ponerse peor de lo que ya está, señor —repuso Chayter inexorablemente; pero relajó su formalidad hasta el punto de comentar que por supuesto no tenía sentido que Nick descuidara sus deberes con la Cámara.

— ¡Ah, la Cámara! —suspiró ambiguamente Nick, rehuyendo la mirada del mayordomo. Sería relativamente fácil hablarle al señor Carteret, pero nada habría podido acuciarlo a realizar el esfuerzo de sincerarse ante Chayter.

Tal vez Nick se mostrara ambiguo en relación con la Cámara, pero era verdad que tenía la sensación de cosas que hacer aguardándolo en Londres. Telegrafió a su criado y pasó aquella noche en Rosedale Road. Esas cosas que hacer, por lo visto, tenía que hacerlas en su estudio: su criado se reunió con él allí llevando un gran manojó de cartas. Aquella noche Nick no consiguió errar sin rumbo fijo a menos de tres kilómetros de Westminster, y la asamblea legislativa de su país hubo de congregarse sin contar con su presencia. A la mañana siguiente recibió un telegrama de Chayter, a quien había dado Rosedale Road como dirección. La comunicación sencillamente lo hacía saber que el señor Carteret deseaba verlo; de todos modos la citada comunicación parecía dar a entender que se hallaba mejor, aunque Chayter estuviera dispuesto a morirse antes que admitir semejante cosa. Nick ocupó una vez más

su asiento en el tren a Beauclere. Había estado allí muy a menudo, pero le era claro que ahora iba a estar tan sólo una vez más, dentro de bien poco, y con un propósito concreto y sombrío. Todo aquello se había terminado; todo lo que estuviera relacionado con aquello se había terminado. Se enteró nada más llegar —vio a la señora Lendon de inmediato— de que su viejo amigo había continuado recobrándose. Este había expresado un deseo poderoso y perfectamente racional de hablar con Nick, y el doctor había dicho que si era sobre algo importante era mucho mejor no oponerse.

—Dice que es sobre algo importantísimo —comentó la señora Lendon, posando su tímida mirada sobre Nick mientras añadía que momentáneamente era ella quien cuidaba de su hermano. Había hecho salir a aquellas muchachas maravillosas para que se fueran a ver la abadía. Nick hizo una pausa, deteniéndose ante la puerta de la habitación del señor Carteret. Quiso decirle algo agradable a la hermana como pago por su acogedora generosidad, hacerle alguna insinuación, que ella estaba lejos de intentar extraer, de que prácticamente él ya no tenía ninguna participación en la herencia de los bienes de su hermano. Esto fue imposible, naturalmente. La ausencia de ironía en la dama no pareció proporcionarle a él un pretexto, así que una alusión semejante habría sido un insulto a la sencilla discreción de ella. Ella o bien no pensaba en sus propios intereses en absoluto o bien pensaba en ellos con la flexibilidad de un espíritu acostumbrado a un centenar de sometimientos a las leyes de la decencia. Nick miró por un instante a sus ojos benignos y nada escrutadores, y le fue presente de un modo supremo que la simpleza de estas personas era singularmente pura: eran parte de lo que había de más limpio y más cuerdo y más monótono en la humanidad. Había habido una pequeña inflexión burlona en la plácida voz de la señora Lendon; pero la había destinado a las muchachas de uniforme negro (quizá supiera mostrarse satírica respecto de ellas) y no a la supuesta «importancia» de la entrevista de Nick con su hermano. El contenido deseo por parte de Nick de hacerla saber que él ya no era peligroso, se tradujo en una vaga cordialidad y en las siguientes palabras, abruptas y un poco desconcertantes:

—Me es imposible expresarle ni la mitad de lo mucho que la estimo a usted.

Mientras entraba en la habitación del señor Carteret, se le ocurrió a Nick que a lo mejor ella interpretaría esta declaración como una cortés expresión de agradecimiento... ante su amabilidad al no mantenerlo bien lejos del acaudalado anciano.

El señor Carteret estaba recostado sobre varias almohadas, y en esta disposición, bajo el elevado y tenue dosel de su cama, se presentó ante el ojo artístico de Nick como una figura perteneciente a un diestro grupo escultórico o a una novela. El viejo caballero había hecho acopio de energías, si bien no se notaban mucho en su voz; se notaban primordialmente en que su mirada era más vivaz y su aspecto era de sentirse feliz consigo mismo. Extendió la mano y dijo:

—Seguro que ya sabes por qué te he mandado llamar.

Ante lo cual Nick se dejó caer sobre el asiento que ya había ocupado el día anterior, respondiendo que estaba encantado de haber venido independientemente de cuál fuera la razón. El señor Carteret no volvió a hablar de la votación o de la presentación por segunda vez del proyecto de ley; tan sólo murmuró que estaban guardándole los periódicos:

—Me estoy quedando rezagado, me estoy quedando rezagado —continuó—; pero dos o tres mañanitas tranquilas me volverán a poner al tanto. Puedes regresar esta noche, ya sabes... no tendrás problemas en volver.

Ésta fue la única cosa no enteramente normal que Nick advirtió en él: que no diera importancia a los apresurados viajes de acá para allá de su joven amigo. Nick estaba sentado mirándolo con una sensación que era mitad contricción y mitad la percepción de la infrecuente belleza de su semblante, al cual, extrañamente, el desgaste de la enfermedad parecía haber devuelto en ese momento parte de su juventud. El señor Carteret era obviamente consciente de que esta mañana no iba a estar en condiciones de extenderse mucho, de modo que debía mostrarse práctico y conciso:

—Seguro que ya lo sabes... no tienes más que recordar —prosiguió.

—Usted sabe cuán grande placer es para mí verlo; no puede haber mejor razón.

— ¿No se ha cumplido ya un año... el año de ese absurdo pacto?

Nick meditó brevemente, preguntándose si era verdaderamente necesario perturbar la anhelante fe de su interlocutor. Entonces la conciencia de lo falso de su propia situación volvió a surgir ante él, y contestó:

— ¿Se refiere al período durante el cual insistió la señora Dallow en tenerme en suspenso? Oh, ya se ha acabado.

—Y ¿estáis casados... se ha consumado ya todo? —preguntó el anciano vehementemente—. ¿Cuánto tiempo llevo enfermo?

—Somos personas enojosas e irrazonables, que no merecemos su interés.

No nos hemos casado —dijo Nick.

—Entonces no he estado enfermo tanto tiempo —suspiró el señor Carteret, con un vago alivio.

—No mucho tiempo, pero las cosas han cambiado —prosiguió Nick.

La mirada del anciano se posó en la suya, y Nick se percató de lo mucho mayores que parecían sus ojos. El anciano dijo:

— ¿Quieres decir que ya se han hecho los preparativos... que el día se aproxima?

—No se ha hecho ningún preparativo —sonrió Nick—; pero ¿por qué habría eso de preocuparlo?

—Entonces ¿qué vais a hacer... sin preparativos? —La pregunta del señor Carteret fue lastimera e infantil.

—No vamos a hacer nada... no hay nada que hacer. No nos vamos a casar: se ha terminado todo —dijo Nick. Después añadió—: La señora Dallow se ha marchado al extranjero.

El anciano, inmóvil entre sus almohadas, emitió un prolongado gemido. Y dijo:

—Ah, no me gusta eso.

—Tampoco a mí, señor.

— ¿Qué es lo que ocurre? Estaba todo tan bien. Tan bien.

—No estaba lo bastante bien para ella —declaró Nick Dormer.

— ¿Para ella? ¿Es tan sumamente encumbrada? Me dijo que sentía el mayor de los respetos por ti. Eres lo bastante bueno para merecer lo mejor, querido hijo —prosiguió el señor Carteret.

—Usted no me conoce; soy decepcionante. La señora Dallow sentía, creo, un gran respeto por mí; pero he sido desposeído de ese respeto.

El anciano se quedó mirando fijamente ante esta cínica proclama: escrutó el rostro del muchacho en busca de alguna atenuación de esas palabras. Pero Nick le pareció por lo visto poco avergonzado; y un color desmayado que se apoderó de la marchita mejilla del señor Carteret fue el indicio de su desconcierto y alarma. El anciano requirió consideradamente:

— ¿Has traicionado su confianza?

—Ella opina que lo he hecho... lo cual viene a ser lo mismo. Como le dije hace un año, la señora Dallow no cree en mí.

—Habrías debido lograr que lo hiciera, habrías debido lograr que lo hiciera —dijo el señor Carteret. Nick estaba a punto de contestarle con algún comentario cuando aquél prosiguió—: ¿Recuerdas lo que te dije que te daría si lo lograbas? ¿Recuerdas lo que te dije que te daría el día de tu boda?

—Expresó usted la más generosa de las intenciones; y la recuerdo tanto como le es posible a un hombre que no desea recordársela a usted.

—El dinero está preparado. Lo he puesto aparte.

—No me lo he ganado. No me he ganado ni un penique de él. Déselo a quienes lo merecen más.

—No comprendo, no comprendo —se lamentó el señor Carteret, mientras lágrimas de debilidad acudían a sus ojos. Su semblante se acaloró, y añadió—: No estoy en condiciones de discutir mucho; me siento muy disgustado.

—Creo que puedo afirmar que no ha sido mía la culpa: he hecho todo lo que ha estado a mi alcance —repuso Nick.

—Pero cuando una persona está enamorada, hace más que eso.

— ¡Ah, se ha acabado todo! —exclamó Nick, sin importarle demasiado ahora, momentáneamente, lo desconcertado que pudiera sentirse su compañero, con tal de desengañarlo de la idea de que fueran socios en un negocio—. Ella y yo nos hemos atormentado mutuamente y lo hemos atormentado a usted; y éstos han sido todos los resultados.

— ¿No te importa lo que yo habría hecho por ti... no te habría agradado?

—Por supuesto que a la gente le agrada la gentileza, a la gente le agrada el dinero. Pero se ha acabado todo —repitió Nick. Después añadió—: Lo fatigo, lo canso contándole todas estas cosas desagradables. Lo hago tan sólo porque me parece lo correcto que las sepa. Pero no se preocupe, no son motivo de tragedia.

Acarició la mano de su interlocutor de manera consoladora, se inclinó hacia él con afecto; pero al señor Carteret no se lo aliviaba tan fácilmente. Había practicado la claridad durante toda su vida, la había esperado de los demás y nunca había dado su conformidad ante una proposición poco nítida. Estaba débil, pero no lo suficientemente débil como para no advertir que había realizado un cálculo que ahora se veía viciado por un factor erróneo, que había puesto su firma en un contrato en el que la otra parte no había cumplido. Más de cincuenta años de éxito consciente lo forzaban a tratar de comprender: nunca había consentido la confusión en sus asuntos y no podía consentirla ahora. Al mismo tiempo era consciente de su necesidad de economizar energía; y fue evidente que se reconcentró en su interior, con paciencia y aun astucia, en busca de la pregunta adecuada y la inducción adecuada. Aún era

capaz de hacer reflexiva su agitación, y aún podía estar en consonancia con las altas esperanzas que había depositado en Nick el hecho de que se encontrara considerando que no constituía una garantía aceptable la declaración de que aquellas cosas desagradables no eran motivo de tragedia. Así, pues, luego de mirar un momento a los ojos de su compañero, inquirió:

— ¿Has hecho algo malo?

—Nada peor de lo habitual —dijo Nick, riéndose.

—Todo habría debido ser mejor de lo habitual.

—Ah, desde luego no lo ha sido... eso debo admitirlo.

— ¿No piensas a veces en tu padre? —continuó el señor Carteret.

Nick dudó un momento. Y después dijo:

—Usted me hace pensar en él: siempre tiene esa agradable virtud.

—Su nombre habría perdurado... no debe perderse.

—Sí, pero la competencia es terrible hoy día —repuso Nick.

El señor Carteret se puso a considerar aquello por un momento, como si le encontrara una grave impropiedad, tras lo cual empezó de nuevo:

—Nunca supuse que fueras un frívolo.

—Estoy decidido a no serlo.

—Me pareció encantadora. ¿No la amas? —preguntó el señor Carteret.

—No me pregunte eso hoy, pues me siento herido y resentido. Creo que ella no se ha portado bien conmigo.

—Habrías debido conservarla, no habrías debido dejarla escapar —replicó el anciano con inesperada pasión.

Su acompañante se acaloró ante esto, de tan extraño como le parecía eso de recibir una lección sobre energía de labios de un octogenario moribundo. Sin embargo, tras un instante, Nick respondió con bastante modestia:

—No he sido lo suficientemente listo, no hay duda.

—No digas eso, no digas eso —protestó el señor Carteret con un aspecto casi horrorizado—. No pienses que voy a permitirte excusa alguna de ese tipo. Sé lo bien que te desenvuelves. Estás en buen camino hacia la meta. Así me lo han asegurado varios caballeros. ¿No ha sentido ella ningún escrúpulo, sabiendo que mi asignación a ti era condicionada? —prosiguió.

—Oh, no lo sabe... no ha sabido nada acerca de ello.

—No comprendo; aun cuando me parece que me lo explicaste un poco,

hace un año —dijo el señor Carteret, con desaliento—. Me parece que ella quiso hablarme (de cualesquiera intenciones que respecto de ti yo tuviera) el día en que estuvo aquí. Muy agradable, muy apropiadamente lo habría hecho, estoy seguro. Creo que su idea era que yo debía convertir cualquier asignación en algo independiente de que te casaras o no con ella. Pero intenté transmitirle (no sé si me entendería) que la apreciaba demasiado como para hacer eso, tenía demasiados deseos de asegurarme de ella.

—De asegurarse de mí, querrá decir —apuntó Nick—. Y ahora, después de todo, ya ve usted que no lo ha conseguido.

—Pues quizá era eso —suspiró el anciano, confusamente.

—Todo esto le está siendo perjudicial... ya hablaremos en otra ocasión —comentó Nick.

—No, no: terminemos con ello ahora. Me gusta saber lo que hago. Descansaré mejor cuando lo sepa. Hay grandes cosas en perspectiva; el futuro será pleno, el futuro será glorioso —divagó el señor Carteret.

—Déjeme decirle una cosa en favor de Julia: que si no hubiésemos roto, la generosidad de ella conmigo habría sido absoluta, habría puesto su gran fortuna enteramente a mi disposición —dijo Nick, al cabo de un momento—. Su conciencia de todo ello, naturalmente, la hace inasequible a cualquier desasosiego particular en lo relativo a lo que ahora yo no vaya a percibir de otra fuente.

—Ah, no lo pierdas —suplicó el anciano con dolor.

—Está en sus manos, señor —razonó Nick.

—Me refiero al dinero de la señora Dallow. Será de la mayor utilidad. Fue lo que le faltó a tu padre.

—A mí me faltarán más cosas que a mi padre —dijo Nick.

—Ella volverá a tu lado... no me es posible mirarte y dudarlo.

Nick negó lentamente con la cabeza, sonriendo.

— ¡Nunca, nunca, nunca! —exclamó—. Usted me mira, mi viejo y magnífico amigo, pero no me ve. No soy como usted cree.

— ¿Cómo eres entonces, cómo eres? ¿Te has portado mal? —pronunció entrecortadamente el señor Carteret.

—No, no; no soy malo. Pero soy distinto.

— ¿Distinto?

—Distinto de mi padre... distinto de la señora Dallow... distinto de usted.



—Ah, ¿para qué quieres confundirme? —gimió el anciano—. Tú has hecho algo.

—No quiero confundirlo, aunque he hecho algo —dijo Nick, incorporándose. Había oído cómo la puerta se abría suavemente detrás suyo y la señora Lendon avanzaba cautelosamente.

— ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Qué es lo que ha hecho? —le dijo con voz trémula el señor Carteret a su hermana.

Ella, no obstante, tras echarle un vistazo al paciente, le indicó a Nick con gestos que saliera, e, inclinándose sobre el lecho, repuso con una voz en la que en ese momento resonó, en agudo contraste, una plenitud de humor vitalista:

—Lo único que ha hecho, me temo, ha sido excitarte un poco más de lo que te conviene. ¿No está tu querida y vieja cabeza una pizca demasiado alta?

Nick se consideró justamente desterrado, y abandonó la habitación con una bien dispuesta aquiescencia para con cualquier facultad para salvar la situación en cuya posesión pudiera hallarse la señora Lendon. Se juzgó a sí mismo claramente brutal cuando oyó a su anfitrión emitir una débil y atribulada exclamación de conformidad ante algún propuesto cambio de postura. Pero habría sentido aún más remordimientos si hubiese deseado ponerse menos en guardia contra la aceptación de cualquier recompensa por deberes no cumplidos. El señor Carteret tenía en su pensamiento, como era de esperar, la idea de un pacto sensato, y aún quedaba algo más que decir sobre la cuestión.

Nick salió de la casa y permaneció alejado de ella durante dos o tres horas, francamente dispuesto a considerar que el sitio estaba más tranquilo y más seguro sin su presencia. Rondó por la abadía, como de costumbre, y se sentó un rato prolongado al abrigo de su quietud clarificadora, dándole vueltas en la cabeza a muchas cosas. Volvió a entrar en la casa a la hora del almuerzo, a través del jardín, y se enteró, un tanto para su sorpresa y un mucho para su alivio, de que el señor Carteret se había sosegado con prontitud suficiente tras su agitada entrevista. La señora Lendon habló durante la comida como si en realidad pensase que su hermano estuviera, como ella decía, gozando otra vez completamente de buena salud. La mujer no le hizo preguntas embarazosas a Nick; lo cual resultó agradablemente bondadoso por su parte, pensó él, considerando que habría podido decir: «¿Qué narices pretendía usted de él?». Tan sólo le dijo a nuestro muchacho que el enfermo tenía muy pocas dudas de que estaría en condiciones de verlo de nuevo, hacia las siete y media, durante un espacio de tiempo muy breve: este tímido énfasis fue el único tributo de la señora Lendon al espíritu crítico. Nick adivinó que el deseo del señor Carteret de mayores aclaraciones era verdaderamente poderoso y había sido capaz de sostenerlo a lo largo de una mala mañana; capaz incluso de ayudarlo (sería una secreta y maravillosa victoria momentánea sobre su debilidad) a hacerla pasar

por una buena mañana. Nick deseó poder hacer un boceto de él del natural, tal como lo había visto después del desayuno; tenía la convicción de que podría realizar una obra muy notable, y constituiría un recordatorio de inmenso valor. Pero no sentía ningún deseo de proponer la cuestión: el señor Carteret podría considerarla poco parlamentaria. El doctor había estado de visita mientras Nick se hallaba fuera, y acudió otra vez a las cinco, sin que nuestro joven lo viera. Nick estuvo muy ocupado en su habitación a esa hora: escribió una breve carta que le exigió un largo rato. Mas por lo visto no había recaído ningún veto sobre el propósito de reanudar la conversación, pues a las siete y media el anciano lo mandó llamar. A la puerta, la enfermera dijo: «Tan sólo un momentito, ¿entendido, señor?», pero lo hizo pasar y luego se retiró.

En la habitación perduraba aún la luz del día, y el señor Carteret estaba también en esta ocasión instalado sobre su montaña de almohadas, pero con la cabeza un poco más baja. Nick se sentó a su lado y comenzó a expresar la esperanza de no haberlo enojado por la mañana; pero el anciano, con fijos y dilatados ojos, reanudó la conversación exactamente en el mismo punto donde la habían dejado:

— ¿Qué es lo que has hecho? ¿Qué es lo que has hecho? ¿Te has liado con otra mujer?

—No, no; creo que ella no puede acusarme de eso.

—Bien, pues entonces volverá contigo, si sigues con ella una línea de conducta apropiada.

Habría podido resultar realmente curioso oír al señor Carteret ofrecer su punto de vista sobre cuál era la línea de conducta apropiada con las mujeres; pero Nick no se sintió movido a disfrutar de aquel entretenimiento:

—He seguido una línea de conducta inapropiada. He hecho algo que destruirá para siempre mis perspectivas en ese sentido. He escrito una carta — siguió Nick; pero su compañero ya lo había interrumpido.

— ¿Has escrito una carta?

—A mis electores, informándolos de mi determinación de renunciar a mi escaño.

— ¿De renunciar a tu escaño?

—He tomado esa determinación, después de reflexionarlo infinitamente, querido señor Carteret, para trabajar en otro terreno. Tengo la intención de convertirme en pintor. Así que he descartado la idea de una vida dedicada a la política.

— ¿Pintor? —El señor Carteret pareció ponerse aún más blanco.

—Mis intereses están en el retrato al óleo: suena absurdo, lo sé, y sólo lo menciono para hacerle entender que no pretendo ni lo más mínimo que me honre usted con sus favores. —Al principio el señor Carteret había proseguido mirando fijamente; luego sus ojos se cerraron lentamente y yació inmóvil y sin expresión—. No deje que esto lo inquiete ahora; es una larga historia y más bien aburrida; cuando se ponga mejor se la contaré entera. Hablaremos de todo ello amigablemente, y terminará usted por convencerse de lo acertado de mi decisión —siguió Nick con hipocresía. Había depositado otra vez su mano sobre la del señor Carteret: ésta estaba fría, y como el anciano continuara en silencio, Nick tuvo un momento de exaltado pavor.

—Es una noticia horrible —dijo el señor Carteret abriendo los ojos.

—Ciertamente tiene que parecérsele, pues siempre le he ocultado (sentía vergüenza, y mi turbación presente es un justo castigo) la gran afición que siempre me han inspirado... —Nick vaciló, y luego añadió con intención humorística y una sensación de improcedencia—:...el lápiz y el pincel.

Nick había hablado de su turbación presente; pero ha de confesarse que su actitud actual la traslucía más bien poco. Estaba sorprendido ante su propia serenidad, y tuvo que reconocer que, considerando el punto a que habían llegado las cosas, se sentía profundamente tenaz y tranquilo.

— ¿El lápiz, el pincel? No son las armas de un caballero —dijo el señor Carteret.

—Estaba seguro de que tal sería su parecer. Repito que menciono todo esto tan sólo porque usted dijo en una ocasión que tenía la intención de hacer algo por mí, como suele decirse, y he considerado que no debe hacerlo en estado de ignorancia.

—Mi ignorancia era preferible. Semejante conocimiento no es bueno para mí.

—Perdóneme, mi querido y viejo amigo. Cuando se ponga mejor, lo verá de otro modo.

—Ahora ya nunca me pondré mejor.

—Ah, no —arguyó Nick—; transcurrido cierto tiempo, le hará bien. Medítelo con tranquilidad y se alegrará de que haya cesado de ser un farsante.

—Yo te apreciaba... te apreciaba como si fueras mi hijo —gimió el anciano.

Nick se arrodilló junto a la cama y se inclinó sobre él con dulzura diciéndole:

—Póngase mejor, póngase mejor, y seré su hijo durante el resto de su vida.

— ¡Pobre Dormer, pobre Dormer! —se lamentó débilmente el señor Carteret.

—Reconozco que si él estuviera vivo, probablemente yo no habría hecho semejante cosa —dijo Nick—. Seguramente me habría rendido a sus prejuicios, aun considerándolos estrechos.

— ¿Te rebelas contra tu padre? —preguntó el señor Carteret, realizando, para librar su brazo del contacto del muchacho, un esfuerzo en el que Nick identificó la irritación de una debilidad consciente. Tras esto, Nick se irguió y permaneció un momento de pie, mirándolo, mientras el señor Carteret seguía —: ¿Abjuras de tu apellido, abjuras de tu patria?

—Si llego a hacer algo bueno, es posible que mi patria lo aprecie —alegó Nick.

— ¿Las consideras comparables, las dos glorias?

—Aquí viene su enfermera, a regañarme y echarme —dijo Nick.

La enfermera había entrado, pero el señor Carteret se las apañó para dirigirle un audible, seco, cortés «Tenga la bondad de aguardar hasta que mande llamarla», que la detuvo, en la gran habitación, a cierta distancia de la cama, y luego tuvo el efecto de hacerla volver sobre sus pasos con una risa impostada. Ella pareció considerar que un caballero anciano capaz de expresarse con los refinados modales de sus años de esplendor, aún podía confiarse en que sabría cuidar de sí mismo. Cuando la mujer se hubo retirado, el señor Carteret continuó, dirigiéndose a Nick con una pregunta para hacer la cual le había procurado fuerzas su hondo disgusto:

— ¿Pretendes que hay una existencia más noble que la de una elevada carrera en la política?

—Opino que la existencia noble consiste en hacer bien el trabajo propio. Se puede hacerlo muy mal y ser muy perjudicial e indigno en lo que usted denomina una elevada carrera en la política. Después de haber estado tantos meses en la Cámara, no he podido dejar de darme cuenta. Hay en ella algunos espíritus muy mezquinos.

— ¡Tu deber es alzarte contra ellos, desenmascararlos! —balbució el señor Carteret.

— ¿Alzarme contra ellos... contra mi propio partido?

El anciano miró un instante con desconcierto al oír esto; entonces exclamó:

—Dios te perdone, ¿eres un conservador, eres un conservador?

— ¡Qué poco me comprende usted! —dijo Nick, riendo con un dejo de amargura.

—Bastante poco, bastante poco, hijo mío. ¿Les has enviado ya a tus electores tu funesta carta?

—Aún no; pero está concluida, y no voy a cambiar de parecer.

—Lo harás, lo harás; lo pensarás mejor, verás claro tu deber —dijo el anciano casi marrulleramente.

—Lo estimo muy improbable, pues mi resolución, a despecho de lo cruda y abruptamente que, a mi pesar, llega en estos momentos a sus oídos, es fruto de largas y dolorosas disputas interiores. La improbabilidad se fundamenta en que veo claro mi deber precisamente en este otro empeño.

— ¿Empeño? ¿Llamas empeño a perder la fe, rebajarte, renunciar a todo empeño? ¿Qué dice tu madre, el cielo la asista? —prosiguió el señor Carteret antes de que Nick pudiera responder a la otra pregunta.

—Aún no se lo he contado.

— ¡Estás avergonzado, estás avergonzado! —Ante esto, Nick se limitó a mirar por la ventana occidental; se notó enrojeciendo—. Dile que habrían sido sesenta mil; tenía todo el dinero dispuesto.

—Eso no se lo diré —dijo Nick, acalorándose todavía más.

— ¡Pobre mujer, pobre buena mujer! —dijo entre sollozos el señor Carteret.

—Sí, verdaderamente; no le va a gustar.

— ¡Considéralo de nuevo; no tires por la borda un espléndido futuro!

Estas palabras fueron pronunciadas con una llamarada súbitamente enérgica de pasión. Nick Dormer jamás había oído un acento semejante en los labios de su viejo amigo. Pero al momento siguiente el señor Carteret comenzó a murmurar: «Estoy cansado, estoy cansado» y volvió a hundirse con un gemido cerrando los labios.

Nick le aseguró con delicadeza que tenía motivos de sobra para sentirse exhausto, pero que lo peor ya había pasado. Le alisó las almohadas y dijo que debía abandonarlo, que mandaría llamar a la enfermera.

—Regresa, regresa —suplicó el señor Carteret antes de que Nick se retirara—; regresa y dime que se trata de un mal sueño.

Nick regresó, siendo noche avanzada; el señor Carteret había enviado un recado a su habitación. Pero una de las enfermeras estuvo presente esta vez y permaneció allí reloj en mano. El aposento del enfermo se hallaba velado y en penumbra; la vela amortiguada dejaba la cama sumida en lobreguez. La entrevista de Nick con su venerable anfitrión fue cuestión de un instante: la

enfermera intervino, impaciente e incomprensiva. Ésta pudo oír que Nick le decía al señor Carteret que ahora sí que había enviado su carta, y el señor Carteret exclamó arrebatadamente, con una acritud que conservaba el sabor de las sórdidas implicaciones de un mundo que Nick no se había visto capaz de tolerar:

— ¡En ese caso, naturalmente, mi asignación no tendrá lugar!

—Me parece justo —contestó Nick con deferencia; y se marchó a la mañana siguiente en el primer tren, mientras su herido anfitrión aún dormía. Los hábitos de la señora Lendon hicieron que a ésta le fuera posible estar presente en esplendor matutino durante el apresurado desayuno del muchacho, y la mujer le dio recuerdos en especial para Lady Agnes y (cuando Nick las viera) para Lady Flora y Lady Elizabeth. Nick tuvo un presentimiento del espíritu con que, al menos en el caso de su madre, se recibirían ahora los cumplidos huecos procedentes de Beauclere.

La noche anterior, tan pronto como él hubo salido de ver por última vez al señor Carteret, el anciano le había dicho a la enfermera que deseaba que le fuera comunicado al señor Chayter que, a primera hora de la mañana, su señor quería que se mandase a buscar al señor Mitton. El señor Mitton era el primer abogado de Beauclere.

## 34

Lo que resultaba verdaderamente tremendo para Nick era contarle todo a su madre: una verdad de la cual fue tan consciente que despachó el asunto con ella la misma mañana en que regresó de Beauclere. Ella y Grace habían vuelto la tarde anterior de casa de Lady St. Dunstons, y, sabiéndolo él (ella le había escrito desde el campo sus planes), se dirigió sin pérdida de tiempo desde la estación a Calcutta Gardens. Había allí una pequeña habitación, a la derecha de la puerta de la calle, que era conocida como la habitación de Nick, pero en la que por las mañanas, cuando él no estaba en casa, a veces Lady Agnes escribía sus cartas. Dichas cartas eran siempre numerosas, y cuando ella oyó llegar el carruaje de nuestro muchacho daba la casualidad de que estaba dedicada a ellas sobre el gran escritorio con bordes de cobre que había pertenecido al padre de Nick, donde, tras un dique de obras de tema político, a ella le parecía lograr que los asuntos públicos sintieran la punta de su codo.

Salió al vestíbulo a recibir a su hijo y a enterarse de noticias relativas al señor Carteret, pero Nick la hizo volver consigo a la habitación sin preámbulos y cerró la puerta. Era algo que iba a aparecer en los periódicos de

la tarde y ella lo vería allí, así es que él no tenía derecho a dejarla aguardar hasta entonces. Resultó de veras un momento terrible; y cuando, diez minutos más tarde, Grace, que se había enterado desde arriba de la vuelta de su hermano, bajó para saber más detalles, oyó desde el vestíbulo un ruido de voces que la hizo primeramente detenerse y después volverse de puntillas sobre sus pasos. Subió al salón y se movió por todo él cautelosa y lentamente, reflejándose sus emociones en los latidos de su corazón, mirando en ocasiones hacia la insulsa calle y preguntándose qué demonios estaría ocurriendo. No tenía a nadie a quien confiar su curiosidad, pues Florence Tressilian se había marchado y Biddy, después del desayuno, se había trasladado a Rosedale Road siguiendo una costumbre ahora inveterada en ella. Su madre estaba gritando apasionadamente: una circunstancia tremenda en su significación, pues Lady Agnes no se había visto a menudo arrastrada tan bajo. Nick ya la había visto gritar, pero este espectáculo casi monstruoso muy rara vez le había sido inferido a Grace; y aquello la obligó en aquel momento a pensar que algo horripilante habría sucedido.

Por supuesto, ello era consecuencia lógica del estado de cosas, tras la enigmática ruptura de Nick con Julia, que tan enferma había puesto a su madre y que ahora al parecer había sido seguida de cerca por nuevos horrores. La actual trifulca, como la calificó Grace para sus adentros, había tenido algo que ver con aquel incidente, algún motivo aún más profundo de disgusto había sido puesto al descubierto. Grace se preguntó si estarían hablando acerca de Broadwood; si Nick habría exigido que, en condiciones tan desagradablemente alteradas, Lady Agnes debía devolver aquella hermosa propiedad a su dueña. Esto era muy posible, mas ¿por qué habría tenido él que ponerse a discutir sobre el tema tan de improviso? Y además su madre, pese a sentirse herida en lo más vivo por todo el asunto —pues Broadwood, con su fragante comodidad, era deliciosa en demasía—, no habría acogido dicha pretensión con lágrimas, puesto que ya había declarado en una ocasión que no les era posible honestamente continuar haciendo uso del lugar. Naturalmente Julia había dicho que debían seguir, pero Lady Agnes tenía preparada una efectiva réplica a esto. No consistiría en palabras: iba a ser austeramente práctica, iba a consistir en que Julia viera, en el momento en que menos se lo esperara, que no iban a seguir en absoluto. Lady Agnes estaba ostensiblemente aguardando ese momento, el momento en que su renuncia resultara más impresionante.

Grace era consciente de cómo, durante muchos días, su madre y ella habían estado debatiéndose en las tinieblas, hondamente afectadas por el culpable (¡oh, vaya si era culpable!) fracaso de Nick a la hora de hacerse con su premio, pero percibiendo que había en el asunto un elemento con el cual no acababan de hacerse, una explicación aún encubierta que tal vez lo empeoraría, si bien tal vez las aliviaría. Nick no había explicado nada; se había limitado a decir: «Querida madre, ella y yo no nos entendemos, después de

todo; es una verdadera lástima, pero no nos entendemos», como si aquello pudiera ser, dadas las circunstancias, un bálsamo apropiado para dos corazones dolidos. De parte de Julia, naturalmente, no se esperaron atenuaciones satisfactorias; y, aun cuando Julia muy a menudo hacía lo último que a uno se le habría ocurrido, en esta ocasión no se mostró inesperadamente apologética. Grace reconocía que en semejante situación lo que le serviría de disculpa a Julia sería hacer saber a Lady Agnes sus criterios para haber dejado a Nick; si bien a ella misma no le habría gustado ser la persona encargada de sugerirle a Julia que alguien esperara algo de ella. Ninguno de los miembros de la desunida pareja había culpado al otro o lanzado calumnia alguna, así que todo había resultado muy magnánimo y elegante e impenetrable y exasperante. Con todo, Grace tenía la sospecha de que Biddy sabía algo, de que para Biddy el torturante telón se había alzado.

Biddy iba y venía estos días con un aire perceptible de desinterés hacia las tribulaciones familiares. Esto la hacía por fortuna muy hermosa, aún más hermosa de lo habitual; a veces sucedía que en los momentos en que Grace se sentía más furiosa, Biddy exhibía una tenue y dulce sonrisa que a saber si no se debería a una fuente de consuelo privada. Quizá aquello tenía alguna relación con la visita de Peter Sherringham, respecto de la cual la muchacha no había guardado silencio. Cuando Grace la interrogó sobre si poseía alguna información secreta y si ésta apuntaba a la idea de que todo se arreglaría al final, Biddy pretextó no saber nada (¿Qué iba a saber ella?, había preguntado con el más delicioso candor), y le rogó a su hermana que no dejara que Lady Agnes creyera que estaba ni una pizca en mejor posición que ellas dos. Biddy no contribuyó en nada a las búsquedas a tientas de ambas salvo con una paciencia más marcada, pero se dirigía con llamativa regularidad, con el pretexto de sus ridículos modelados, a Rosedale Road. Estaba abiertamente de parte de Nick; sin llegar al extremo de decir que había estado acertado, pero declarando inequívocamente que estaba segura de que, comoquiera que hubieran sucedido las cosas, él no había podido evitarlo. Esto resultaba chocante, porque, como Grace sabía, la menor de las hermanas había sido siempre muy agasajada por Julia y no la habría sacrificado fácilmente. Todas estas cuestiones se asociaban en el irritado espíritu de la mayor con las frecuentes visitas de Biddy al estudio, e hicieron que la señorita Dormer se preguntase si aquel perverso lugar no habría estado involucrado de alguna manera en la crisis del asunto de Nick y Julia.

Había ido allí dos o tres veces mientras Biddy estaba trabajando, para atrapar cualquier clave del misterio que pudiera asomar. Pero no le había echado el guante a nada, excepto una vez a la persona de Gabriel Nash. Grace se encontró con que esta extraña criatura, para su sorpresa, estaba tributándole una visita a su hermana; la extraña criatura había venido a buscar a Nick, quien se hallaba ausente, y Biddy le estaba recordando cómo se habían



conocido en París y cómo él la había alarmado. Cuando Grace le preguntó a Bidy más tarde cómo era capaz de recibirlo de aquella manera, Bidy replicó que hasta ella, Grace, trataría con alguna benevolencia a Gabriel Nash si supiera lo mucho que apreciaba al pobre Nick. Él le había hablado tan sólo de Nick, de nada más. Grace advirtió que Bidy hablaba de Nick como si hubiese sido injuriado, y percibió la deducción lógica de que alguna otra persona había dejado de apreciarlo mucho y había sido descalificada a ojos de Bidy como consecuencia de ello. Le pareció a Grace que aquella «alguna otra persona» tenía por lo menos derecho a que algunas de las amistades de Nick no le cayeran bien. El estudio le pareció malsano y sórdido; y, lejos de sugerirle que había podido representar algún papel en la diferencia de opiniones entre Nick y Julia, tan sólo sintió cuán poco habría podido influir sobre Julia en una u otra dirección su polvorienta falta de sentido. Grace, que tenía opiniones propias en materia de arte, no vio mérito alguno en aquellas «impresiones» sobre lienzo, salidas de la mano de Nick, de que estaba infestado el lugar. No deseaba que su hermano tuviera talento en este terreno; y sin embargo le resultó secretamente humillante que no tuviera más.

Nick experimentó una dolorosa punzada de arrepentimiento casi horrorizado, en la pequeña habitación a la derecha del vestíbulo, al momento siguiente de haber hecho entender a su madre de verdad que había tirado por la borda su escaño y que aquello probablemente figuraría en los periódicos de la tarde. Que ella se lo iba a tomar muy mal, era una idea que él ya había asimilado con plenitud; pero ella se lo había tomado aún peor de lo que había temido. Pudo él tomarle la medida, en la mirada que ella le dirigió cuando la verdad al completo se perfiló nítidamente ante ella, a la angustia mortal de la consternación de su madre: el rostro de ésta fue semejante al del pasajero de un barco que ve la enorme proa de otro buque aparecer entre la niebla de improviso alzándose muy cerca a gran altura y aproximándose cada vez más sin aparente intención de desviarse. Hay vislumbres de horrores ante las cuales retrocede hasta la más tranquila de las conciencias; y, aunque Nick había tomado su decisión con todas sus consecuencias, hubo unos cuantos instantes en que de buena gana habría aceptado que su juicio había incurrido en un negro error. Tuvo el corazón en la boca; había ido demasiado lejos; se había preparado para asistir a un disgusto de su madre... no se había preparado para asistir a la destrucción de su madre.

Lady Agnes, me apresuro a añadir, no resultó destruida; montó, tras perder completamente el aliento como primera reacción, una escena tremenda de protesta, en vista de la cual Nick se aprestó sin tardanza a seguir hasta el final. Ella debía saber lo peor, había considerado él; así que le contó todo, incluida la pequeña historia de la cancelación de sus «esperanzas» de parte del señor Carteret. Esta vez le mostró no sólo el exterior de los hechos, sino también la cara oculta; narró brevemente el incidente en su estudio que había movido a

Julia Dallow a decidir que pensándolo bien no podía soportarlo. Esto le era completamente nuevo a Lady Agnes; no había tenido ninguna orientación sobre ello, y Nick vio al instante cómo empeoraba el caso para ella, añadiendo un turbio positivo a un abominable negativo. Se percató en este instante de que, por afligida y trastornada que se hubiera sentido su madre ante su ruptura con Julia, de todos modos se había aferrado a la creencia de que su compromiso se restablecería —creyendo evidentemente que él poseía una gran influencia personal sobre la señora de Harsh que la haría volver—. Lady Agnes se vio ahora forzada a admitir que dicha influencia era precaria, a renunciar a la esperanza de un afortunado nuevo comienzo, desde el momento en que se trataba de una cuestión de pasiones mezquinas por parte de él. Nick confesó hallarse poseído por una pasión, pero hizo lo que pudo para hacerle ver que no era mezquina; que no era una pasión (pues Julia había creído en su lealtad) hacia la persona de la muchacha que había sido pillada posando para él y a quien no había visto más que media docena de veces en su vida. Procuró darle a su madre un esbozo de quién era esta muchacha y hacerla recordar la ocasión, en París, en que todos la habían visto juntos. Pero el cerebro y la memoria de Lady Agnes estaban totalmente en blanco en lo referente a la señorita Miriam Rooth, y además no quería saber nada en absoluto acerca de ella: ya era bastante con que fuese la causa de su ruina, con que estuviera involucrada en la locura imposible de describir de Nick. Su señoría no necesitó saber nada de Miriam Rooth para aludir a ella como si fuese superfluo dar un nombre explícito a la clase a que pertenecía.

Pero sí que dio un nombre explícito al grupo en que Nick se había emplazado ahora, y eso lo hizo sentirse, después del transcurso de tantos años, otra vez como un niño culpable y compungido; pues había sido hacía muchísimo tiempo, tanto que apenas podía recordarlo (aparte de que había habido nada más que un momento o dos de esa especie a lo largo de su infancia feliz), la última vez que su madre lo había reñido violentamente y llamado pequeño bobo. Ahora era un gran bobo, un bobo monumental e inconmensurable; ella repitió la palabra una y otra vez, con pasión enardecida. El elemento más doloroso de este momento doloroso fue tal vez el atisbo por parte de él del extraño cinismo femenino que acechaba en el refinado sentido de la injuria que poseía su madre. Donde había sobrevenido tal complejidad de indignaciones, habría sido difícil escoger de entre todas alguna queja concreta; pero Nick advirtió que para el ánimo de Lady Agnes él era bobo sobre todo por no haber mantenido sus relaciones con la actriz, cualesquiera que fuesen, más ocultas de los ojos de Julia. Se quedó de veras novedosamente sorprendido ante la pasión con que ella había depositado sus esperanzas en Julia. Julia estaba ciertamente muy dotada: era fascinante, era una especie de líder en femenino y era rica; pero a fin de cuentas (dejando aparte lo que pudiera representar para un hombre enamorado de ella) no era la piedra

angular del universo. No obstante, el modo en que las consecuencias de su apostasía parecían afectar más a Lady Agnes era en su aspecto de pérdida, para la familia Dormer, de las ventajas vinculadas a la «captura» de la señora Dallow. La mortificación global ya se conformaría definitivamente más tarde; por el momento, lo más horrendo era que decididamente Nick le había hecho a Julia el presente de un agravio imperdonable. Había remachado su separación mediante su carta a sus electores; y era eso, sobre todo, lo aborrecible de la carta. Julia habría terminado por olvidar el incidente de la otra mujer, pero nunca olvidaría la degradación de él a la categoría de un don nadie.

Lady Agnes lo recusó aduciendo esta pobreza de perspectivas futuras exactamente como si él la hubiese deseado aposta con el maligno propósito de hacer imposible el regreso de Julia. Su señoría se contradijo en sus premisas y perdió el rumbo en su ira. ¿Qué lo había hecho dar media vuelta de repente, cuando había mostrado tan buena fe con anterioridad? Nunca había mostrado buena fe... nunca, nunca; lo que había mostrado desde su más temprana infancia habían sido las más reprensibles ansias de una vida mezquina y vulgar consagrada a ser un pintamonas y a perder el tiempo; no se hallaban en él las más grandiosas y nobles aspiraciones —nunca se habían hallado en él— y había sido cualquier cosa menos honesto al dejarla creer, al dejarlos a todos creer, que iba a llegar a ser alguien: la conmoción y la vergüenza habrían sido menores de haberlas infligido antes. Además, ¿qué maldita necesidad había de informar de su cruel locura al señor Carteret en su mismísimo lecho de muerte?... como si no hubiese podido dejar las cosas como estaban y aceptar la donación que el anciano estaba tan contento de conferir. No era de extrañar que el anciano quisiera reservarles ahora todo su dinero a sus primitivos herederos, si era así como entendía Nick que debían agradecerse las atenciones; pero ¿dónde estaba el sentido común, dónde la caridad común, dónde la decencia común, en atormentarlo con tan infame noticia en sus últimos momentos? ¿Estaba probando a ver qué podía inventar para destrozarle a ella mejor el corazón, para enviarla antes a la tumba a base de puro pesar? ¿No eran ya todos lo bastante miserables, y no tenía acaso ni un rayo de compasión para con sus desdichadas hermanas?

La relación de causa-efecto, en lo relativo a la desdicha de sus hermanas, no le resultó sino oscuramente perceptible a Nick, quien, no obstante, sí que percibió con claridad que su madre creía sinceramente que su decisión los había privado a todos, todavía más de lo que ya afirmaba que estaban privados, de las mejores cosas de la vida. Julia era dinero, el señor Carteret era dinero, y todo lo demás era miseria. Aunque estas personas de incalculable valor habían sido ante todo un dinero para Nick, era a fin de cuentas un exquisito homenaje a su facultad distributiva haber dado por sentado que también para el resto de la familia la diferencia sería grande. Durante días, durante semanas y meses, le siguió pareciendo a nuestro muchacho que la

pequeña habitación a la derecha del vestíbulo vibraba —como si las mismas paredes y los mismos cristales de las ventanas aún padecieran— a causa del más desabrido de los calvarios que él había tenido nunca que pasar.

## 35

Aquella noche —la noche del día de su regreso desde Beauclere— Nick tuvo conciencia de un agudo deseo de marcharse, de irse al extranjero, de dejar atrás el pequeño cotorreo que su dimisión iba a originar sin duda en la era de unos medios de comunicación que nunca hacen distinciones en lo referente a la esencia de los acontecimientos. Después le pareció que sería mejor quedarse, afrontar sobre el terreno la cuestión. Además, todavía tenía que reunirse con sus electores (¿habría tenido nunca un lote de pueblerinos comedores de queso una «reunión» en circunstancias tan inhabituales?) y cuando hubiera finalizado con aquello habría finalizado con lo peor. Nick tenía la sensación de que ya conocía por adelantado cómo se sentiría siendo señalado como la persona que había renunciado a una considerable posibilidad de «promoción» eventual para dedicarse a hacer retratos con tamaño resolución. Cuando se presentara en Harsh, no trataría de tocar la cuestión de sus motivos; pues, dada la naturaleza de la opinión pública en Harsh, sería un esfuerzo excesivo y agotador para sus facultades expresivas. Pero, en lo relativo a las mofas que pudiera recibir por parte del mundo político y de la alta sociedad, tenía la impresión de que él encontraría a su vez suficiente número de mofas para utilizarlas a modo de réplicas. Ciertamente es que cuando su madre se había mofado de él a su peculiar modo drástico, se había sentido más bien achantado y apabullado; pero es que la madre propia siempre puede acometer unos excesos que no están al alcance de cualquiera.

Nick no había abjurado de la Cámara de los Comunes para divertirse; había abjurado de ella para trabajar, para sentarse con tranquilidad e inclinarse sobre su labor. De marcharse al extranjero, su madre podría pensar que él abrigaba alguna tenue intención de reunirse con Julia Dallow y de tratar, no obstante las pocas esperanzas, de reconquistarla, ilusión que resultaría singularmente pernicioso alentar. Los anhelos de Nick por la compañía de Julia habían sucumbido, cuando menos por el momento, a una irresistible cesación: se había vuelto cada vez más consciente de que ella y él hablaban lenguajes distintos. Nick se sentía como un muchacho que hubiera estado en las tierras del Rin para «afinar» su alemán con vistas a un examen: que hubiera estado comprometido a hablar, a leer, a soñar tan sólo en el nuevo idioma. Ahora que había dado su paso, todo se veía simplificado, al tiempo que todo se desarrollaba en una clave más alta y excitada; y se preguntó cómo había sido

posible que en ausencia de un dialecto compartido hubiera conversado tan felizmente, visto en su globalidad, con Julia. Entonces sintió dejos de entendimientos aceptablemente independientes de las palabras. Estaba excitado porque toda nueva responsabilidad es excitante, y no se podía poner en duda que había tomado sobre sí una de esa clase. Nadie salvo él sabía en qué consistía (Gabriel Nash apenas contaba: la actitud global de Nash respecto del tema de las responsabilidades era demasiado traviesa), conque no tendría más remedio que rogarles a sus amigos más queridos un voto de confianza. Mejor dicho, no tendría más remedio que no rogarle nada a nadie, que cultivar el individualismo, la testarudez y el buen ánimo y fijar sus pensamientos en un brillante aunque lejano mañana. Era desagradable tener que recordar que su tarea no sería endulzada por una sensación de heroísmo; pues, aunque podía ser heroico renunciar a las musas en favor del combate por los grandes asuntos, ninguna auréola romántica digna de mención se congregaría jamás alrededor de un ciudadano inglés que en la cumbre de sus energías hubiera renunciado a los grandes y aun a los pequeños asuntos en favor de las musas. Un individuo tan original podía considerar, privada y perversamente, ciertos aspectos de estas relaciones inferiores como un gran asunto; mas ¿quién le concedería el beneficio de una coincidencia con semejante parecer... excepto, naturalmente, una fiel, inteligente, e inquieta hermanita Bidy, si es que gozaba de la buena suerte de tenerla? Bidy estaba de hecho enteramente dispuesta a realizar vuelos heroicos y ansiosa de creer que podría luchar la batalla de la belleza al lado de su hermano; tanto, que Nick verdaderamente hubo de apaciguarla y recordarle que el empeño actual de él no era una cruzada, con fanfarrias y estandartes, sino una pesada faena gris y sedentaria, cuyo atractivo estaba enterrado muy hondo. Se podía sentir cierta emoción a su respecto, incluso emoción que resultara de ayuda, pero no era el tipo de cosas que cabía mostrar sin mayor dificultad: la finalidad les parecería ridículamente insignificante a los ajenos. Nick le preguntó a Bidy cómo era factible hablarle a la gente acerca de la gran «responsabilidad» de las aparentes nimiedades en que ella iba a verlo enfrascado en su estudio.

En consecuencia Nick no habló más de lo estrictamente imprescindible, teniendo además la sensación de que de ese lado del asunto ya se encargaría de manera más que suficiente Gabriel Nash. Les dejó la carga de las justificaciones a los demás, enfrentándose a ellos con la ayuda de una actitud humorística inagotable. Se dio cuenta de que habría de vivir durante meses envuelto en una densa nube de ironía, la cual no era el aire más sano de la estación, y empuñó el arma a que recurre, cuando todo el mundo saca un cigarro, una persona cuyo consumo de tabaco es sólo ocasional: fumó a chupadas rápidas el cigarrillo empírico y defensivo. No rebatió la idea de que parecía haber mucho de misterioso en su comportamiento, sino que, antes bien, la alentó tanto que los mismos que lo criticaban se hallaron

desconcertados. Algunos de ellos tuvieron la impresión de que sacaban de él, como se suele decir, muy poco —Nick ascendió mucho más alto en su buen humor que la «ascensión pública» que de él se había esperado—, ya desde su primer encuentro con el mundo tras su agarrada con su madre. Nick acudió a una cena (había aceptado la invitación muchos días antes), habiendo visto aparecer su dimisión, en la forma de un telegrama remitido desde Harsh, en los periódicos de la tarde. Las personas a quienes encontró allí también la habían visto, y las más imaginativas desearon saber qué iba a hacer a continuación. Hasta las menos imaginativas le preguntaron si sería cierto que había cambiado de ideología. Él ofreció distintas respuestas según las distintas personas, pero dejó a la mayoría con la sensación de que padecía notables escrúpulos de conciencia. No se trató en esta ocasión, sin embargo, de una reunión excepcional, pues sucedió que no asistió nadie por quien sintiera una especial estima. Existían viejos amigos a quienes no sería tan fácil satisfacer; por un instante, Nick casi lamentó tener tantos viejos amigos. Si hubiese tenido más enemigos, el caso habría sido más sencillo; y estaba plenamente al tanto de que lo más arduo sería que lo dejaran escabullirse con la misma facilidad. Conque sin remedio le tendería a parecer que se abusaba de su generosidad, y su apartamiento de su partido revestiría el más desagradable de los carices.

Cuando abandonó el lugar donde se celebraba la cena, se dirigió hacia Rosedale Road: no vio razón para acudir a la Cámara, aun cuando sabía que no había acabado aún del todo con ella. Sentía espanto de comportarse como si supusiera que se esperaba de él que pronunciara un discurso de despedida, y agradeció que su eminencia personal no fuera de un tenor que originara en semejante ocasión demandas de su oratoria. En realidad no tenía en absoluto nada que decir: ni una palabra, ni una sílaba. Aunque la hora era avanzada, se encontró a Gabriel Nash cómodamente apoltronado en su estudio, arrastrado acullá por el agradable regocijo de haber ojeado un periódico de la tarde. Nash se había venido tarde, por si acaso, y el criado de Nick le había dicho que Nick dormiría allí esa noche, así que había pasado adentro a fin de aguardarlo, tan ansioso estaba por darle la enhorabuena. Nick se sometió a su compañía de buena gana —estaba lo bastante agotado para irse a la cama, pero sin embargo estaba asimismo desvelado— pese a su sensación actual, suficientemente extraña, de que las felicitaciones de Nash poco podían contribuir ahora a su fortaleza de ánimo. Anteriormente se había sentido en buena medida como si su persona estuviera en las manos de Nash; pero ahora que había tomado su determinación definitiva, le parecía estar enteramente en las suyas propias. Gabriel era maravilloso, pero ningún Gabriel podría ayudarlo mucho de ahora en adelante.

Gabriel se mostró de hecho más maravilloso que nunca, recostado indolentemente sobre un diván y expresando una serie de reflexiones que

resultaron aún más ingeniosas que oportunas. Nick paseó de acá para allá por la habitación, y se habría podido suponer, juzgando a partir de esta conducta, que estaba impaciente por que su visitante se largara. Esta idea se habría visto rebatida sin embargo por el hecho de que subsiguientemente, después de que Nash se hubiera despedido, aún continuara deambulando. Se había acostumbrado a Nash: tenía la sensación de que ya había oído todo lo que éste tenía que decir. Era el inconveniente de las personas cuyas principales dotes son para la conversación, por estimulante que sea: las palabras engendran una sensación de monotonía mucho antes que las acciones. Las cosas que un hombre hace son por necesidad más diferentes entre sí que las que dice, incluso aunque su intención sea sorprenderlo a uno. Nick sentía que Nash ya nunca podría sorprenderlo, a no ser poniéndose a hacer algo.

Gabriel Nash habló del futuro de su anfitrión, y habló de Miriam Rooth y de Peter Sherringham, a quien había visto en casa de Miriam Rooth y a quien describió diciendo que estaba en un atolladero delicioso de contemplar. Nick hizo una o dos preguntas acerca de aquel atolladero de Peter, y se enteró más bien para su decepción de que consistía tan sólo en que estaba enamorado de Miriam. Le pidió a su visitante que se esmerara más; a consecuencia de lo cual Nash agregó el detalle de que Sherringham no iba a poder conseguirla.

— ¡Oh, esas mujeres tienen sus propias ideas! —dijo, cuando Nick le preguntó el porqué.

— ¿Qué ideas? También él las tiene, imagino.

—Sí, pero no son las mismas.

—Oh, es igual, ya se arreglarán entre sí de algún modo —dijo Nick.

—Vas a tener que ayudarlos un poco. Ella está enamorada de otro hombre —repuso Nash.

— ¿Quieres decir de ti?

—Oh, yo nunca soy «el otro» —dijo Nash—; lo soy aún menos que «el mismo». Eres tú aquél tras de quien va. —Y cuando Nick le preguntó a qué se refería con eso, añadió—: Mientras te hallabas ocupado en grabar su imagen en tu sistema sensorial, imprimiste la tuya en el suyo.

Nick se detuvo, mirando con fijeza.

— ¡Ah, qué fastidio! —dijo.

— ¿Fastidio? ¿No te parece agradable?

Nick dudó. Y respondió:

—Yo quería seguir pintándola. Ahora no puedo.

—Mi querido amigo, todo esto tan sólo logra ponerla más hermosa: me preguntaba qué diablos le estaría sucediendo.

—Oh, qué bobada —dijo Nick, volviendo la cabeza—. Aparte, ¿te lo ha confesado ella?

—No, pero lo ha hecho su madre.

—Y ¿se lo había confesado ella a su madre?

—La señora Rooth dice que no. Pero ya me conozco a la señora Rooth, y sé que suele decir lo que no es.

—Aplica esa regla en tal caso a la información que estamos debatiendo.

—En fin, ya que me hostigas, te diré que sé más —dijo Nash—. Miriam conoce que estás comprometido con cierta dama; y me dijo que la había visto aquí. Aquello bastó para incitar a Miriam: le gusta la fruta prohibida.

—No estoy comprometido con ninguna dama. Lo estaba, pero hemos cambiado de parecer.

— ¡Ah, qué lástima! —suspiró Nash.

— ¡Mefistófeles! —respondió Nick, deteniéndose de nuevo y mirando a su visitante con gravedad.

—Disculpa: en ese caso ¿quién se supone que es Margarita? ¿Puedo preguntar si tu carencia de interés por la coyuntura política es la causa de este cambio en tu coyuntura personal? —continuó Nash. Nick le hizo comprender que no podía; a consecuencia de lo cual Gabriel añadió—: No soy diabólico en modo alguno; tan sólo quiero decir que es una lástima que hayáis cambiado de parecer porque quizá Miriam haga ahora otro tanto. Siempre está yendo de una cosa a otra. No obstante, no se lo contaré.

—Lo haré yo, en tal caso —dijo Nick, medio en serio y medio en broma.

— ¿Sería de veras prudente? —preguntó Nash, con una entonación que hizo que la hilaridad acabara por imponerse.

—De todas formas —prosiguió Nick— nada me induciría a interferir en los asuntos de Peter Sherringham. Suena fatuo, pero ante ti no me importa ser un poco ridículo.

—La cosa estaría en que Sherringham (por despecho) se liara con otra mujer.

— ¿Qué beneficio lograría eso?

—Oh, entonces Miriam comenzaría a interesarse por él.

—El despecho no es ciertamente un motivo admisible... para un hombre



sensato.

—Ah, Sherringham no es un hombre sensato. Está demasiado enamorado.

—Entonces no podrá fijarse en otra mujer.

—Podría probar, y eso produciría su efecto... su efecto sobre Miriam.

—Hablas como una novela norteamericana. Que pruebe, y que Dios nos ampare.

Nick pensó, en intenso silencio, en su pobrecilla Bidy, y esperó —tendría que vigilar un poco en lo concerniente a ese tema— que a Peter no se le ocurriera «probar» con ella. Cambió de asunto y antes de que Nash se marchara aprovechó la ocasión de comentarle —la ocasión se la brindó una nueva alusión de su visitante a la diversión que esperaba obtener de ver a Nick llevar a cabo todo aquello con que se había comprometido ahora— que la gran comedia iba a quedar a fin de cuentas muy sosa, el gran episodio pasaría inadvertido.

—Oh, tú límitate a desempeñar tu papel, que yo me encargaré del resto — dijo Nash.

—Si con eso de desempeñar mi papel te refieres a que trabaje como un castor, no hay cuidado —contestó Nick.

— ¡Ah, réprobo, te convertirás en un pintor de moda, vas a terminar de presidente de la Royal Academy! —gruñó su acompañante, levantándose para marcharse.

Después de que éste se hubiera marchado, Nick se dejó caer sobre los cojines del diván, y, con las manos entrelazadas sobre la cabeza, se quedó sentado un largo rato, absorto en sus pensamientos. Había mandado a su criado a la cama; nadie lo interrumpió. Miró hacia la lobreguez que tenía ante sí, producida por la desatendida consunción de la última vela. La vaga luz exterior se filtraba a través de la alta ventana del estudio, y las imágenes pintadas, dispuestas por doquier, se confundían en la oscuridad. Si su madre lo hubiera visto, tal vez habría pensado que estaba contemplando fijamente el fantasma de su padre.

La noche en que Peter Sherringham abandonó Balaklava Place en compañía de Gabriel Nash, la charla de los dos hombres se orientó, como era natural dadas las circunstancias, hacia la cuestión del futuro renombre de

Miriam y del ritmo, como Nash lo llamó, a que ella se movería. Aun siendo espíritus críticos ambos, y uno de ellos tan disimulador dentro de su pasión como el otro era amante de contradecir dentro de su ausencia de ella, dieron sin embargo este renombre por cosa hecha tan completamente como habrían podido hacerlo unas mentes simples, un par de espectadores vehementes en la parte posterior de la platea, e intercambiaron observaciones dando por supuesto que el único elemento incierto sería el del ritmo. Esto fue prueba de una subyugación total. Peter no deseaba delatarse, pero sí deseaba enterarse; y en la inquietud de su ansiedad estaba dispuesto a arriesgarse al desenmascaramiento, por grande que así pudiera ser su sacrificio del escepticismo imperturbable y elegante que constituye el mayor adorno de un secretario de embajada. Era incapaz de desprenderse de la sensación de que Gabriel Nash se había alzado antes que él, había tenido oportunidades en días ya lejanos, los días de las hambrientas excursiones de la señora Rooth por el extranjero. Un algo de autoridad y privilegio, emanado de este hecho, era innegable en Nash, y aquello hacía que Sherringham se sintiera aún más incómodo en los momentos en que más consciente era de que en el mejor de los casos ni aun la aguerrida inteligencia diplomática conseguiría nunca un verdadero atisbo de Miriam considerada en su totalidad. Estaba constituida para mostrarse como el globo terráqueo: una u otra parte de ella estaba siempre fuera de la vista o en sombras.

Sherringham hablaba para ocultar sus sentimientos, y, como todo hombre que hace algo con ese tipo de propósito, lo hizo quizá en demasía. Convinieron ambos en que, dejando aparte accidentes inesperados, Miriam llegaría más lejos de lo que nadie lo había hecho, en Inglaterra al menos y dentro de lo que la humanidad alcanzaba a recordar; y en que era una lástima, en lo relativo a matizar esta comparación, que durante tanto tiempo nadie hubiera recorrido ninguna distancia digna de mención. Convinieron, ítem más, en que desde luego le parecería absurdo, a cualquiera que no estuviese al tanto, el que ambos profetizaran tan grandes cosas sobre la base de tan pequeña evidencia; y convinieron, por último, en que esa absurdidad se desvanecería al punto en cuanto los demás profetas estuvieran al tanto como ellos lo estaban. Su estar al tanto (ambos lo reconocieron ampliamente) era sencillamente confianza llevada al límite: era el contagio de la propia confianza de la muchacha. Las condiciones idóneas eran muy difíciles de lograr, pero la mismísima esencia de la confianza de Miriam estribaba en saber que las lograría. Los papeles, las obras, los teatros, el «apoyo», los públicos, los críticos, el dinero, eran todos aún factores inciertos, pero ella irradiaba una fascinación que impedía que aquello semeajara un obstáculo grave. Se podía no saber de un día para otro qué iba ella a hacer o cómo iba a hacerlo, pero pese a todo saldría adelante. Miriam tendría que construirse su propia carretera, por así decirlo, pero —en el peor de los casos— retrasos serían lo más que se

podría producir durante su construcción. Esos retrasos dependerían de la dureza de las piedras que tuviera que apartar de su trazado.

Como Sherringham ya había notado, nunca se sabía cómo «agarrar» a Gabriel Nash: verdad ejemplificada ahora por el inesperado deleite de éste ante la perspectiva de que Miriam llevara sobre sus hombros la modernidad de la época. Se habría podido pensar que Nash aborrecería dicha modernidad; sin embargo tenía una visión brillante, cautivada y cautivadora de ella, la veía como algo extraordinario y gloriosamente vulgar. Su vulgaridad se alzaría hasta el estilo grandioso, como la de una estación de ferrocarril londinense, y la fama de Miriam sería tan grande como el orbe mismo. Toda la maquinaria estaba lista, la tribuna montada; las instalaciones, los cordones y campanas y trompetas, el colosal y ensordecedor periodismo de la época —el signo más distintivo de la misma— estaban aguardándola, a su predestinada señora, aguardando a que pisara el resorte y lo pusiera todo en movimiento. Gabriel esbozó un cuadro brillante y espectacular de los futuros progresos de ella a través del tiempo y a lo largo del espacio, dando la vuelta al mundo una y otra vez, de continente en continente y de clima en clima; con poblaciones y delegaciones, informadores y fotógrafos, carteles, y entrevistas y banquetes, barcos de vapor, ferrocarriles, dólares, diamantes, discursos y ruinas artísticas, todo entremezclado a su paso. Costara lo que costara, el espectáculo sería sensacional, si bien algo monótono; y el drama sería un drama más animado que cualquiera que ella pusiere en escena y un telón de fondo que lo superaría todo en cuestión de escenografía. Al final su divina voz se quebraría, gritando a oídos extranjeros y bárbaros antípodas, y su fino estilo perdería toda cualidad, simplificado hasta no quedar más que unos pocos trucos inconfundibles y de éxito asegurado. En ese momento ella se encontraría en el culmen de la vida y de la gloria, todavía joven e insaciada, pero ya desgastada, endurecida y almagrada, sin nada por hacer y nada con que hacerlo, con todos los años sobrantes delante suyo y luda la *raison d'être* dejada atrás. Sería intrigante y magnífico y grotesco.

—Oh, disfrutará de algunos años buenos... habrá merecido la pena disfrutar de ellos —insistió Sherringham, mientras seguían la marcha—. Además, usted la ve excesivamente como una farsante y excesivamente poco como una verdadera artista. Ella tiene ideas, y grandes; ama su oficio sinceramente, no por sus ventajas. Ello puede mantener serio el carácter de una mujer.

—La más grande de sus ideas será siempre exhibirse; y por fortuna tiene una espléndida persona que exhibir. La considero absolutamente una gran artista, pero una artista cuyo arte es su propia persona. Ninguna «persona», ni siquiera una excelente como la suya, puede soportar eso más allá de un instante, así que la farsa habrá de hacer muy pronto su aparición. No obstante

—continuó Nash—, si es una buena farsante servirá igual de bien, y se adaptará perfectamente al propósito. A todos nos puede salvar la vulgaridad; es la solución de todas las dificultades y la bendición de esta deliciosa era. Que nadie desespere; una nueva esperanza ha alboreado.

—Ella llevará a cabo su trabajo como cualquier otro trabajador, con la ventaja sobre muchos de que su talento es infrecuente —contestó Peter—. Comparado con la vida de muchas mujeres, eso es seguridad y salud de la más elevada índole. Y además está el hecho inalterable de su hermosura. Es imposible vulgarizarla.

— ¿Lo es, dice usted? —exclamó Gabriel Nash.

—Perdurará en ella hasta el fin de sus días. No es un mero atractivo físico superficial. Está hecha de la mejor pasta.

—Sí, eso es lo enternecedor —dijo Nash—. Es una muchacha estupenda, y admito plenamente que durante un tiempo hará una gran cantidad de bien. Habrá iluminado el mundo para un número considerable de personas; les habrá acercado el ideal, lo habrá asido con mano firme por un instante, sujetando las plantas de éste contra la tierra y manteniéndolo con las grandes alas agitándose. Eso siempre es algo, pues bienaventurado el que deposita aun la más diminuta moneda en la huchita de hierro que contiene los tesoros preciosos de la humanidad. Miriam depositará indudablemente una gran pieza de oro. Que será hallada, en la arrebatina general, el día en que la raza humana se arruine. Y además, en lo que respecta a ella misma, habrá hecho de su existencia algo fenomenal.

—Oh, sí, habrá salido de su agujero; no se habrá limitado a vegetar —dijo Sherringham—. Eso la hace conmovedora a mi sentir; añade una más a las muchas buenas razones por las cuales puede uno desear ayudarla. Está emprendiendo una tarea descomunal, y emprendiéndola por sí misma; zambulléndose en el mundo, con la mejor fe, y enfrentándose a él como puede; afrontando a solas, en su juventud, su hermosura y su generosidad, todas las complicaciones de la notoriedad y todas las dificultades de una profesión de la cual, si una mitad es lo que se denomina brillante, la otra mitad es sórdida.

—Miriam posee gran coraje, pero ¿es lícito calificarla de solitaria, con tantísimos de nosotros a todo su alrededor? —preguntó Gabriel.

—Ella representa mucho para usted y para mí, pero nosotros representamos poco para ella.

—Bueno, una apreciable cantidad de pocos puede sumar un mucho —repuso Nash—. Siempre estará el hombre; es el elemento indispensable en una existencia semejante, y será lo último de que ella carezca.

— ¿De qué hombre habla? —preguntó Sherringham, un poco confundido.

—Del hombre de cada ocasión, quienquiera que sea. Ella va a inspirar innumerables pasiones.

—Por supuesto que va a hacerlo, y serán precisamente parte del lado insufrible de su existencia.

—Insufrible ¿para quién? —preguntó Nash—. No olvide que el lado insufrible de su existencia será justamente el que la haga prosperar. No se puede al mismo tiempo nadar y cuidar de la ropa, y no se puede hacer una tortilla sin cascar huevos. No se puede a la vez sentarse junto a la chimenea y recorrer el mundo entero, y no se puede dar una y otra vez la vuelta al globo sin tener aventuras. No se puede ser una gran actriz sin una desfachatez estremecedora. Si no se la tiene, se será tan sólo una pequeña actriz. Si se la tiene, los amigos bien pronto tendrán ocasión de notarlo. La desfachatez y las aventuras, los huevos y la ropa, son parte del precio de la más cara de las profesiones. Si no hay más remedio que hacer un trabajo, hay que hacerlo lo mejor posible, de modo que los costes pueden dispararse vertiginosamente. Se juega con las pasiones humanas, con exaltaciones y éxtasis y terrores, y si se comercia con la furia de los elementos, hay que saber capear el temporal.

—Ésos son los bonitos y viejos tópicos sobre el temperamento artístico, pero yo siempre me he encontrado con que los artistas son personitas muy humildes y bondadosas —dijo Sherringham.

—Nunca se encuentra uno con los artistas: tan sólo con sus obras, y son todo aquello con que uno necesita encontrarse. Cuando el artista es una mujer y la mujer una actriz, la humildad y la bondad sin duda harán su aparición en las dosis idóneas —siguió Nash—. Si se le da el punto de partida, Miriam las representará para uno con el máximo hechizo.

—Por supuesto que será destinataria de pasiones... es lo más natural —dijo Sherringham, molesto.

—Ah (¿no ve?), mitigarán su soledad, incluso la llenarán de vida —comentó Nash.

—Probablemente Miriam se meterá en el bolsillo una buena cantidad de atenciones: eso es lo que será muy vivo —replicó Peter, con cierta acritud.

— ¡Oh, será magnífico! Será una vida muy amena. Y sin embargo tendrá también sus pasajes trágicos, sus momentos aturcidos o patéticos —continuó Nash—. En resumidas cuentas, un poco de todo.

Los dos hombres siguieron su caminar sin hacer más comentarios, hasta que finalmente Sherringham dijo:

—Lo mejor para una mujer en su situación sería casarse con un hombre

bueno.

— ¡Oh, seguro que hará eso también! —dijo riendo Nash; comentario a consecuencia del cual Peter volvió a sumirse en el silencio. Gabriel le permitió disfrutarlo durante unos minutos; tras los cuales agregó—: Hay un hombre bueno con quien se casaría mañana mismo.

Peter vaciló. Y preguntó a continuación:

— ¿Se refiere a su amigo Dashwood?

—No, no, me refiero a Nick Dormer.

— ¿Se casaría con él? —preguntó Sherringham.

—Quiero decir que su cabeza está llena de él. Pero Miriam apenas tiene posibilidades.

— ¿Le gusta a ella tantísimo? —insistió Sherringham.

—No sé muy bien a cuánto se refiere usted, pero le gusta lo bastante para todos los efectos prácticos.

—Casarse con una actriz en candelera... no se puede decir que eso sea un efecto práctico.

—Ciertamente no, pero no estoy hablando desde el punto de vista de él. Es más, me parecía que hace un momento había dicho usted que sería algo estupendo para ella.

— ¿Casarse con Nick Dormer?

—Usted habló de un hombre bueno, y él es de lo mejor que hay.

—No me fijaba tanto en el hombre concreto cuanto en el propio hecho del matrimonio. El matrimonio la protegería, le haría las cosas seguras y cómodas y mantendría a raya a una buena cantidad de desaprensivos y sinvergüenzas.

—Ella debería casarse con el apuntador o el acomodador —dijo Nash—. Entonces todo iría bien. A decir verdad, me parece que es lo que por lo general hacen, ¿no cree?

Sherringham experimentó por un instante una poderosa disposición a abandonar a su acompañante allí mismo, a cruzar a la acera de enfrente y marcharse sin él. Pero hubo un impulso diferente que forcejeó con el primero y que, tras un momento, lo venció: el impulso que lo movió a decir enseguida:

— ¿Le ha dicho eso ella misma... que está enamorada de Nick?

—No, no. No es ése el conducto mediante el cual lo he sabido.

— ¿Se lo ha dicho Nick, en ese caso?

—Al contrario; yo se lo he dicho a él.

—Le ha prestado un servicio discutible, si no tiene usted pruebas —dijo Peter.

—Mis pruebas consisten tan sólo en que la he visto cuando está junto a él. Es encantadora, la pobre.

—Pero sin duda no está enamorada de todos los hombres con quienes es encantadora.

—Me refiero a que es encantadora para mí —repuso Nash—. Así es como la veo. Pero juzgue usted por sí mismo, a la primera ocasión que se le presente.

— ¿Cuándo se me presentará una ocasión? Nick no se acerca a ella.

—Ah, ya se acercará, ya se acercará. Su cuadro no está terminado aún.

— ¿Quiere decir que él será el acomodador, entonces?

—Mi querido amigo, jamás lo consentiré —dijo Gabriel Nash—. Sería idiota y absolutamente gratuito. Él está muy bien dotado... para labores bien diferentes. ¡Bonita cosa si tomara bajo su cargo una tarea de ese estilo! Además, ella nunca esperaría que fuese a hacerlo; no es tan lela. Son muy buenos amigos, y todo continuará de ese modo. Es una mujer de un tipo excelente para que él la conozca: le suministrará grandes ideas sobre aspectos plásticos. Dormer ya se habría puesto a ello hace tiempo, pero ha estado ocupado con ese delicioso embrollo suyo con sus electores. Eso por supuesto es pura diversión; pero en cuanto el asunto haya quedado zanjado, volverá al trabajo, y su trabajo será una cuestión bien distinta del de Miriam. Imagínesele redactando los anuncios de ella, viviendo de su dinero, contando sus beneficios, entablado trifulcas y recriminaciones con su representante, llevándole el chal, pasando los días en su tocador. El hombre apropiado para eso, si es que ha de haberlo, ya aparecerá. «Pour le mariage, non». Miriam no es tonta; verdaderamente, para ser una mujer, se acerca mucho a lo que es ver las cosas como son.

Como Sherringham no había cruzado la calle y dejado plantado a Gabriel, se vio obligado a arrostrar la tortura de aquel caudal de insinuaciones. Pero, al divisar en la oscura perspectiva de Edgware Road un cabriolé impreciso y al acecho, le hizo señales agitando su bastón ansiosamente, declarando con brusquedad que se sentía fatigado y que necesitaba ir en coche durante el resto del trayecto. No le ofreció a Nash, al subir al vehículo, asiento en él; pero dicha frialdad no tuvo acuse de recibo en la lucidez con que aquel experto en todos los temas siguió con su plática afirmando que había, desde luego, un peligro; el de que en unas circunstancias concretas Miriam se retirara de los

escenarios.

— ¿De que se retirara, quiere decir, por un hombre?

—Por el hombre de quien estamos hablando.

— ¿Por Nick Dormer? —preguntó Peter desde su asiento en el coche, mientras las luces de éste iluminaban su palidez.

—Si él lo pone como condición. Pero ¿por qué habría de hacerlo?, ¿por qué habría de poner ninguna condición? Él tampoco es un asno. Ya ve usted que sería un lastre —continuó Nash, mientras el cabriolé aguardaba—, porque si ella tuviera que hacer cualquier cosa de ese tipo, lo haría pagar por el sacrificio.

—Oh, sí, lo haría pagar por el sacrificio —repitió Sherringham.

—Y luego, cuando hubiere pagado, ella volvería a sus candilejas —agregó Gabriel aclaratoriamente desde el bordillo, mientras Sherringham cerraba la portezuela del coche.

—Entiendo... ella volvería... Buenas noches —contestó Peter—. ¡Por favor, póngase en marcha! —le voceó al cochero por la abertura del techo. Y cuando el vehículo se alejó rodando, Sherringham añadió para su fuero interno: «¡Está claro que volvería... y con toda razón!».

### 37

«Juzgue usted por sí mismo cuando se le presente ocasión», había dicho Nash; y sucedió que se le presentó ocasión a Sherringham dos días después, pues se encontró con su primo en Balaklava Place el martes siguiente a su paseo nocturno con Gabriel. Sherringham no sólo se había mantenido apartado de la sala teatral la noche del lunes (lo consideró un logro de cierta trascendencia), sino que además no se había acercado a Miriam durante la totalidad de dicho día. Había resuelto privarse de su compañía también el martes; determinación fortalecida por el hecho de que la tarde fuera lluviosa. Mas cuando, faltando diez minutos para las cinco, se metió en un cabriolé y lo hizo dirigirse hacia St. John's Wood, cargó precisamente al tiempo con la responsabilidad de su conducta.

Miriam ya había almorzado cuando él llegó al chalet, pero estaba echando una siesta —se había sentido cansada—, a la espera de irse al teatro. No obstante, la señora Rooth estaba en el salón con tres caballeros, en dos de los cuales el cuarto visitante no se sorprendió de reconocer a Basil Dashwood y a Gabriel Nash. Dashwood parecía haberse convertido en el hermanito pequeño



de Miriam y en un segundo hijo —más cariñoso— para la señora Rooth; había llegado a conocimiento de Sherringham, la última vez que había estado en Balaklava Place, que el joven actor finalmente se había mudado de alojamiento a este barrio, convirtiéndose en un vecino próximo a todos los efectos. «¡Al diablo con todos los efectos!», había pensado Peter, percatándose de que el «Arty» de la señora Lovick era ahora por entero uno más de la familia. Ah, la familia... era ésta una familia singular para estar en relación con ella; la conciencia de ello fue hoy aguda en el pecho de Sherringham cuando se unió al pequeño círculo de la señora Rooth. La habitación estaba llena de humo de cigarrillos y había un caótico servicio de café sobre el piano, cuyas teclas pulsaba levemente Basil Dashwood para entretenerse. Nash, dirigiéndose a la habitación entera, por supuesto, estaba en un extremo de un pequeño sofá, sin mostrarse retraído en modo alguno, y Nick Dormer estaba en el otro, sentado a sus anchas, con cierta privilegiada apariencia de haber acudido allí a menudo anteriormente, aunque Sherringham sabía que no había sido así. Nick tenía un aspecto candoroso y muy juvenil, tan alegre como un colegial disfrutando de media jornada festiva. Eran ya más de las cinco de la tarde, pero la señora Rooth aún no se había arreglado; no obstante, no le faltaba compostura en su elegante actitud: la misma grandiosidad relajada (como ella parecía darle a uno a entender) por la cual había sido notoria en Castle Nugent en las ocasiones en que se había presentado una gran concurrencia de asistentes. Estaba jugando intrascendentemente, ataviada en su bata desabotonada, con un gran abanico de oropel que se parecía a los de las panoplias teatrales.

Constituía parte del malestar de la situación de Sherringham el que muchas de esas características secundarias que son, al menos desde un punto de vista simplista, consustanciales a la forma de vida de los histriones tuvieran la facultad de disgustarlo, de tal forma que se veía obligado a hacer un esfuerzo para otorgar su indulgencia. Le desagradaban los salones que apestaban a tabaco y las comidas a deshoras y los desaliños indumentarios; sufría con la vulgaridad de los aposentos de la señora Rooth, con las inoportunas fotografías (le crispaban los nervios), con la incivil ausencia de señales de una vida doméstica ordenada, con los extraños volúmenes sacados prestados de alguna biblioteca (se podía ver lo que eran —las mismas portadas lo expresaban— con sólo un vistazo) diseminados y con tazas o vasos encima. No era que hubiese aguardado hasta aquel momento para hacerse la reflexión de que era un hecho extraño el que el destino lo hubiera incitado a entrar en una relación personal de ese jaez; pero mientras estaba de pie ante la señora Rooth y sus acompañantes se la hizo quizá más intensamente que nunca. Extrañamente, los acompañantes de la señora Rooth, que no eran responsables, no le impidieron hacérsela; lo cual resultó particularmente llamativo, pues no eran, exteriormente, ni lo más mínimo del tipo bohemio.

Casi lo primero que le había llamado la atención, daba la casualidad, al entrar en la habitación, había sido el aspecto esencialmente espléndido de su primo, quien era un caballero a simple vista pero en un sentido diferente del de Dashwood y sus cuellos subidos. Peter no lo odió por personificar a un joven inglés tan bien parecido; su conciencia se sintió, más bien, contrariada por una súbita oleada de malestar ante la incapacidad de Julia de llevarse bien con él ni aun en presencia de aquel sustancioso factor.

Era el primer encuentro de Sherringham con Nick desde su llegada a Londres: los dos habían estado, por un lado y por el otro, ocupadísimos con sus asuntos privados. Desde la última entrevista de ambos, Nick había asumido verdaderamente, como sabemos, al modo de ver de su pariente, un carácter nuevo: había asestado un mandoble contundente pero sin hacer estrépitos. Esto lo había convertido en un personaje a tener en cuenta, y exactamente en el sentido en que Sherringham menos deseaba tenerlo en cuenta. Después de haber contemplado su salto mortal sin red, el pobre Sherringham estaba muy turbado estos últimos días; pasiones contrapuestas hacían estragos en su interior; tenía que pagar, a cada instante, en una tormenta de inquietud, por todo lo que había de falso en su posición, la imposibilidad de actuar coherentemente, la oposición entre sus intereses y sus deseos. Nick, menor que él y un peso más ligero, había resuelto su problema y salido indemne: había en esto algo impertinente y desconcertante. Y mostraba allí un semblante demasiado candorosamente joven y feliz, y demasiado despreocupado y modesto y principiante para ser un rival o para poseer el genio que al parecer estaba tratando de adquirir, el genio al cual, el otro día en el estudio con Bidy, Peter había podido echar un atónito vistazo. A Sherringham le habría gustado sentir que tenía justificación para hallarse resentido contra él, que Julia había sido tratada mal o que Nick era un fatuo, pues en ese caso habría podido considerarlo ofensivo. Pero ¿dónde estaba la ofensa en que lo apreciara una mujer respecto de la cual Peter había renunciado definitivamente al lujo de cualquier pretensión, en especial si el ofensor no había hecho nada con vistas a lograr ese resultado? Difícilmente cabía calificar de culpable su acción de realizar una visita, sin mayor intención, una tarde en que la mujer permanecía invisible. En todo caso, Peter se sintió genuinamente contento de que Miriam permaneciera invisible; y decidió que le sugeriría a Nick, cuando hubiese transcurrido un ratito, que debían retirarse juntos: tenían cosas tan interesantes de que charlar. Entre tanto Nick lo saludó con acentos sinceros y miradas cordiales, en todo lo cual él no detectó ni azoramiento ni desafío. Sherringham se sintió confortado contra un peligro que estaba convencido de no admitir y perplejo ante un misterio al que se felicitaba de no conceder importancia. Y estaba aún más avergonzado de sentirse confortado que de sentirse perplejo.

Debe consignarse que Miriam permaneció invisible sólo unos pocos

minutos más. Por lo que dedujo Sherringham, Nick sólo llevaba como un cuarto de hora en la casa, lapso que había podido proporcionarle a la muchacha, despertada de su reposo, suficiente tiempo para engalanarse para bajar a verlo. En cualquier caso ella se presentó en la habitación, aparentemente vestida para marcharse al teatro, muy poco después de que Sherringham se hubiera dado cuenta de lo contento que estaba de que ella se hallara ausente. La familiaridad aún no había logrado curarlo de un cierto temblor de expectación e incluso de suspense respecto de las apariciones de ella: una emoción generada por la sencilla circunstancia de la infinita variedad de la joven. Decir que ésta siempre estaba actuando insinúa más de lo exacto que era a menudo fatigosa; pues su rostro cambiante afectaba, al menos a este admirador concreto, no como si fuera una serie de máscaras, sino como si fuera una reacción a las diferencias percibidas en los circunstantes, una intensificación de la sensibilidad, o, más aún, como si fuera algo diestramente operativo, como la transformación de un decorado en una obra teatral o como una habitación con muchas ventanas. Sus encarnaciones eran imprevisibles, pero aunque la actual desmentía la pasada y declinaba toda responsabilidad por la futura, todo ello resultaba muy entretenido y convertía el momento presente en un momento muy presente. Esta vez la actual era la de una brillante, delicada, elegante, sonriente muchacha en un vestido nuevo, preparada para salir, enfundándose tersos guantes, que tenía el aire de estar a punto de montarse en un carruaje para (fue Gabriel Nash quien describió de esta guisa su fisonomía) hacer la comedia de la vida londinense.

La muchacha disponía empero de tiempo de sobra, y se sentó y habló y rio y al poco tiempo confirió, como le pareció a Sherringham, un carácter más refinado a la chabacana habitacioncita. Esta era lo suficientemente decente si le pertenecía a ella. Miriam dijo hallarse en un estado de ofuscación nerviosa: exhausta, desconcertada, enloquecida por los ensayos de la próxima obra (la noche del estreno se les echaba encima e iba a ser d'un mauvais... ¡ya lo verían!), pero no se observaba correspondencia alguna entre aquella descripción del estado de cosas y la actual alegría grácil que ella mostraba. Hizo salir a su madre —para que «se pusiera alguna ropa o cosa parecida»— y, cuando se quedó a solas con los visitantes, se desplazó hasta un espejo de cuerpo entero que había entre dos ventanas, hablándole todo el tiempo a Nick Dormer, y revisó y rearmó un poco su propio atavío. Le habló a Nick por encima del hombro, y a Nick solamente, como si fuera el invitado de consideración y los demás ni existiesen. Enseguida lo interrogó sobre su renuncia a su escaño, pues deseaba saber si era cierta la extraña historia que le había contado el señor Nash: que había hecho puré todas las perspectivas de su partido.

Nick se lo tomó todo con el mismo humor y ofreció un cuadro jocoso de la dramática ruina de su partido, del estado crítico de los asuntos públicos:

evidentemente, de momento permanecía inasequible a la vergüenza o al arrepentimiento. Sherringham, antes de la entrada de Miriam, no había hecho, al estrecharle la mano a Nick, ni siquiera una alusión tangencial al extraño «juego» de su primo: parecía existir una vaga sensación de obrar con buen gusto en guardar silencio a ese respecto. Pero dio un ligero respingo al comprobar cómo había malgastado sus escrúpulos, y le llamó la atención el carácter campechano, franco y desenfadado de la conversación de su pariente con la joven actriz. Fue una buena prueba de lo imprevisible del comportamiento de Miriam el que ésta ahora se mostrara crítica y convencional en relación con la decisión de Nick: declaró francamente, aunque sin malas maneras, que era intolerable e insensata la tal decisión. Estaba horriblemente decepcionada; había puesto todas sus ilusiones en que él fuera un gran estadista, uno de los paladines del pueblo y las glorias de Inglaterra. ¿Qué había que fuera tan útil, qué había que fuera tan noble?... ¡Cómo empequeñecía aquello todo lo demás! Había esperado que algún día él ostentaría insignias y condecoraciones (y que lo haría muy pronto), y vendría a verla a su loge: quedaría todo tan bien. Habló como una adorable filisteo, excepto acaso cuando mostró su sorpresa al oír —lo oyó de labios de Gabriel Nash— que en Inglaterra los caballeros galardonados con tales emblemas de la estima de su soberana no se descarriaban hasta el punto de irrumpir en los camerinos de las actrices. Pasado un instante, reconoció que en realidad obraban con bastante cordura: los camerinos de las actrices eran lugares repelentes; sin embargo lo sentía, pues era la clase de cosa que ella siempre se había imaginado, en una esquina: un hombre distinguido, levemente calvo, en traje de etiqueta, con la Orden del Imperio Británico, admirando la pequeñez de un zapatito lustroso y destilando ingeniosos aforismos. Gabriel Nash tuvo convulsiones de risa ante todo aquello, ante tamaña visión del héroe político británico. Volviendo desde donde el espejo y haciendo que Nash le cediera su sitio en el sofá, ella se sentó al lado de Nick y continuó expresando su pesar ante la protervidad de éste.

—Es lo que todas dicen, todas las encantadoras damas, pero jamás se me habría ocurrido esperármelo de usted —le contestó Nick—. Le he dado tal ejemplo de lo que soy capaz de hacer en otro terreno.

— ¿Se refiere a mi retrato? Oh, es cierto que me lo ha dado, con su nombre y las siglas «M. del P.» en una esquina, y precisamente es de esto de lo que me alegro: «M. del P.» en la esquina de un cuadro es delicioso; pero quiero romper el molde: no tengo el menor deseo de que les dé ejemplos a los demás. Y la vida artística, cuando se puede llevar otra distinta (si es que se tiene alguna alternativa, por modesta que sea), es un asunto más bien pobre. Está en el último puesto en lo que toca a dignidad, detrás de todas las demás cosas. ¿Acaso no estoy metida en ella hasta el cuello y acaso no puedo hablar por tanto con conocimiento de causa?

—Habla como mi descorazonada madre —dijo Nick.

— ¿Odia ella tan intensamente la vida artística?

—Tiene las ideas más negras al respecto, las teorías más descabelladas. No consigo imaginarme de dónde las saca; en parte, supongo, de una convicción global de que el «esteticismo» (una horrible e insidiosa enfermedad foránea) está minando las saludables entrañas de la vida inglesa (¡la vieja y querida vida inglesa!); y en parte de las encantadoras caricaturas de Punch y de los ingeniosos artículos satíricos en las demás publicaciones semanales, que denuncian misteriosas profundidades de contaminación. Cree que existe una peña temible de individuos de inteligencia sobrenatural y desesperadamente refinados, que visten una especie de uniforme desharrapado y desvaído y sólo rinden culto a la belleza (que es una cosa siniestra), en la cual me ha hecho ingresar Nash; cree que ahora dedico todo mi tiempo a ésta; y cree que por mi tierno amor a la misma he repudiado las más altas empresas. ¡El pobre Nash, que, si juzgara tan sólo por lo que he visto, yo afirmarí que no pertenece a ninguna clase de secta, por satánica que sea!

—Pero mi inteligencia sí es sobrenatural —intervino Nash— y, aunque no estoy en condiciones de pagarme el uniforme (creo que donde mejor se obtiene es en algún lugar de South Audley Street), ya lo creo que rindo culto a la belleza. Me parece que es a mí verdaderamente a quien se refieren las publicaciones semanales.

—Oh, ya he leído esos artículos... ¡sé de qué va la cosa! —dijo Basil Dashwood.

Miriam le dirigió su mirada, y le dijo:

—Ve a ver si ya ha llegado el brougham. Le dije que se pasara pronto por aquí.

Sin moverse, Dashwood consultó su reloj y respondió:

—Aún no es la hora. Yo sé más que tú acerca del brougham. Le he conseguido a ella un arreglo estupendo... le viene a salir por nada —prosiguió el joven actor, dirigiéndose ahora confidencialmente a Sherringham, cerca del cual se había situado.

—Su madre tiene todo el derecho del mundo a estar descorazonada —declaró Miriam—, y me imagino perfectamente lo que ha tenido que sufrir. Me gustaría hablar con ella; me gustaría verla. —Nick emitió sonoras carcajadas y le recordó a Miriam que ella misma le había hablado a él, mientras posaba para su retrato, de un modo totalmente opuesto, del modo más sugestivo e inspirador; y Nash explicó que lo que pasaba era que Miriam estaba estudiando el papel de una duquesa política y deseaba recoger

sugerencias con vistas al mismo, para meterse de lleno en él. De hecho Miriam bien habría podido ser una duquesa política mientras se la veía sentada con la cabeza erguida y las enguantadas manos entrelazadas, sonriéndole a Nick con aristocrática vaguedad. Movía la cabeza con majestuosa melancolía; habría podido estar representando a María Estuardo en la pieza de Schiller. Miriam añadió—: He cambiado desde entonces. Quiero que usted sea lo más grandioso que existe: abogado de la corona.

Peter Sherringham se preguntó si no sería posible que ella hubiese cambiado desde que se encontró con su hermana en el estudio de Nick, si acaso no se le habría ocurrido a la joven actriz que aquello le daría a Julia la sensación de haber sido más plenamente derrotada, el saber que la mujer que había arrojado la bomba era una que también trataba de llevar a Nick por el buen camino. A decir verdad, esto daría por cosa hecha que Julia iba a saberlo, aun cuando era perfectamente posible que no llegara a saberlo y más que posible que, de saberlo, le diera exactamente igual. La afición intrínseca de Miriam a ensayar diferentes conductas siempre estaba ahí como una explicación valedera para cualquier conducta concreta: una verdad que, no obstante, a veces sólo impedía a medias que la conducta concreta le resultara vejatoria a Sherringham.

—Y sin embargo, a fin de cuentas, ¿quién es más esteticista que usted y quién se preocupa más de dar con lo hermoso? —preguntó Nick—. Nunca está tan hermosa como cuando se pone a ello.

—Oh, yo soy una criatura inferior, de un sexo inferior, y tengo que ganarme el pan como buenamente puedo. Renunciaría a todo en un instante, a mi odioso oficio... si tuviera un aliciente.

—Y dígame, por favor: ¿a qué se refiere con eso de un aliciente? —requirió Nick.

—Mi querido amigo, se refiere a ti... ¿si estuvieras dispuesto a hacerle un contrato vitalicio para posar! —exclamó Gabriel Nash—. ¡Qué preguntas tan crudas haces!

—Estamos buenos con el modo como habla ella —dijo Basil Dashwood—, teniendo en cuenta que yo renuncié expresamente a las más brillantes perspectivas, casi del mismo tipo que las del señor Dormer, para ingresar en los escenarios.

—Tú también eres una criatura inferior —dijo Miriam.

—La señorita Rooth es muy difícil de satisfacer —observó Sherringham—. Un hombre distinguido, levemente calvo, en traje de etiqueta, con la Orden del Imperio Británico, en la esquina de su loge: tiene un hombre semejante al alcance de la mano y ni siquiera se molesta en mirarlo. ¿No soy yo un

aliciente? ¿No le he ofrecido un contrato vitalicio?

—La Orden. ¿Dónde está la Orden? —inquirió Miriam, con una dulce sonrisa, levantándose.

—Seré ministro el año que viene, y embajador antes de que se haya dado cuenta. Entonces ostentará todo lo ostentable.

— ¡Y nos llaman charlatanes a nosotros! —exclamó la joven—. Me ha alegrado mucho volver a verlo; ¿desea que vuelva a posar? —continuó, para Nick, como pidiéndole venia para marcharse.

—Tantas veces como le sea posible; las agradeceré todas —respondió Nick—. Me gustaría pintarla tal como está ahora mismo. Es completamente diferente de la mujer que pinté... ¡es extraordinaria!

— ¡La Musa Cómica! —dijo Miriam riéndose—. Pues debe esperar a que hayan pasado nuestras primeras noches: estoy sur les dents hasta entonces. Aún queda todo por hacer, y soy yo quien ha de hacerlo todo. Ese individuo no sirve para nada... para nada que no sea la vida doméstica —dijo, dirigiéndole una mirada a Basil Dashwood—. No tiene ni una sola idea, ni una sola que quepa calificar como suya, si bien es de mucha utilidad para el trabajo en las cuadras. Porque es que ahora tenemos cuadras, o tratamos de que parezca que las tenemos: las ideas de Dashwood son de cete force. Dentro de diez días tendré más tiempo.

— ¿La Musa Cómica? Nunca, nunca —protestó Sherringham—. Usted no va a ir sonriendo afectadamente por la vida y quedar así para la posteridad. Prefiero verla como Medusa coronada de serpientes. Es el aspecto que ofrece cuando ofrece su mejor aspecto.

—Resulta consolador... ¡cuando acabo de comprarme un sombrero nuevo! Se me olvidó decirle hace un momento que cuando sea embajador puede hacerme todas las proposiciones que quiera —continuó Miriam—. Pero lo siento si pongo esa condición. Hablando seriamente, venga a verme resplandeciente de medallas y con probabilidad sucumbiré. No sé resistirme a las condecoraciones y las bandas. Sólo que debe usted, como dice, tenerlas todas. No me gusta oír hablar al señor Dormer con la jerga del estudio, como hace un momento: es una degradación a un estado más bajo. De todas formas, cuando se está en un estado bajo hay que reptar, y yo me voy reptando a toda prisa al Strand. Dashwood, ve a ver si mamá está lista. Si no lo está, me niego a esperar; debes llevarla tú en un cabriolé. Yo me llevaré al señor Dormer en el brougham, deseo hablar con el señor Dormer; ha de venirse hasta el teatro conmigo. Sus circunstancias están llenas de interés.

Miriam abandonó la habitación mientras continuaba parloteando, y cuando llegó a la puerta de la casa, seguida por los cuatro hombres, el carruaje

acababa de detenerse a la entrada del jardín. Por lo visto la señora Rooth no estaba lista, y la muchacha, pese a las protestas de Nick, quien tenía la sensación de estar usurpando el lugar de la señora mayor, repitió su mandato de que trasladaran a su madre en un cabriolé. Los invitados de Miriam acompañaron a la muchacha hasta la entrada del jardín, y ella insistió en que Nick tomase asiento en el brougham y en que lo tomase antes que ella. Antes de montarse ella misma, Miriam le tendió la mano a Sherringham y, mirándolo, le cogió la suya con gentileza. Y dijo:

—Querido viejo maestro, ¿no va a venir esta noche? Lo echo de menos cuando no está.

—No vaya, no vaya: es excesivo —intervino Nash.

— ¡Es extraordinaria! —dijo Basil Dashwood, mirándola con admiración—. Se ha entregado en los ensayos hasta dejarse la piel a tiras. Pero nada puede hacer que deje de serlo.

— ¡Y nada puede hacer que tú lo seas, encanto! —repuso Miriam. Después prosiguió, para Sherringham—: Usted es la persona fiel por antonomasia; es la persona con quien siempre cuento. —Él no la miraba; sus ojos escrutaban el interior del carruaje, donde se habían posado sobre Nick Dormer, quien se había instalado en el asiento más alejado y tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla del fondo. Nick Dormer era la persona, fiel o no, con quien siempre se contaba o no, a la que una mujer encantadora había preferido llevarse, y había para él un cierto triunfo en este hecho; pero a Sherringham le agradó pensar que la actitud de su primo era un poco ridícula. Miriam descubrió alguna cosa por el estilo en su mirada; pues exclamó abruptamente—: ¡No lo mate: a él no le importo nada! —Y, dicho esto, se subió al carruaje, que echó a andar.

Sherringham se quedó contemplándolo un momento, hasta que oyó a Basil Dashwood de nuevo junto a él. Éste le decía:

—Le parecería increíble por qué precio le hago encargarse, a un pequeño sujeto conocido mío.

—Adiós; cuide bien de la señora Rooth —dijo Gabriel Nash, dedicando un cordial gesto de despedida al joven actor. Después inspeccionó el cielo con una sonrisa y le comentó a Sherringham que la lluvia había cesado. ¿Se iba andando, se iba en carruaje, iban en la misma dirección? A Sherringham le importaba poco qué dirección tomar, y por consiguiente tuvo poca información que suministrar sobre este punto; se limitó a ponerse a andar en silencio, con Gabriel a su vera. Gabriel representaba para él en cierto modo una aflicción; y a decir verdad el hecho de que hubiera terminado por despertar en él una fascinación siniestra tan sólo conseguía convertirlo en una



aflicción más profunda. De todos modos, Sherringham se lo agradecía cuando se percataba de que ocasionalmente Nash sabía guardar silencio; esta tarde, por ejemplo, había participado poco en la conversación en Balaklava Place. A Sherringham le desagradaba considerablemente hablarle a Nash de Miriam, pero le gustaba que Nash hablase de Miriam e incluso le gustaba que dijera cosas tales que él se sintiera obligado a contradecir. Empero, no se sintió obligado a contradecir una aseveración dejada caer por su acompañante, sin motivo aparente, al cabo de unos minutos, en el sentido de que ella era en último término la más agradable criatura sobre la tierra. Así y todo, añadió Nash, no tenía sentido que ella tomase posesión de una personalidad como la de Nick; y repitió que, por su parte, él, Nash, nunca lo toleraría. No veía en conciencia otro remedio que intervenir. A lo cual respondió Sherringham insinceramente que todos ellos podían hacer lo que les diera la gana: a él le importaba un bledo lo que hicieran. Y, con un esfuerzo encaminado a mantener esa comedia, cambió de tema.

## 38

Peter Sherringham no habría reconocido ni por un instante que estuviese celoso de Nick Dormer, pero casi le habría gustado que lo acusasen de ello; pues eso le habría dado oportunidad de explicar plausiblemente que una pasión tan incómoda no era imputable en su caso. ¿Cómo podía estar celoso un hombre cuando no era pretendiente?, ¿cómo era posible que aspirara a preservar una propiedad que ni era suya ni estaba destinada a serlo? No podía haber tipo alguno de pérdida cuando no se tenía nada en juego, ni tipo alguno de envidia cuando era de la responsabilidad de la posesión de lo que se ansiaba ser liberado. La medida de la susceptibilidad de alguien son sus pretensiones, y Peter no sólo estaba dispuesto a declarar una y otra vez que, gracias a Dios, no tenía ninguna: su desapego espiritual era aún más completo, literalmente sufría porque dicha declaración le era solicitada con insistencia más bien escasa. Relacionaba una sensación de virtud y honor con su actitud; pues sin duda constituía un elevado ejemplo de conducta haber vencido una pasión personal por mor del servicio del pueblo. Había estudiado cuidadosamente la cuestión en su globalidad a horas insólitas e irrefrenables; había devuelto, moralmente hablando, la bofetada que le había sido inferida sorpresivamente, aquel día en Rosedale Road, por el espectáculo de la crânerie con que Nick podía dejar que se le escurrieran las glorias del mundo. Resolución por resolución, Sherringham a fin de cuentas las prefería de otra clase, y su propia crânerie se haría visible en la forma en que permanecería fiel a su profesión y se alzaría en defensa de los intereses británicos. Si Nick había saltado una

valla, él saltaría un río. El curso de su río ya estaba determinado, y Peter estaba dispuesto a actuar enérgicamente. De ese modo, se sentía justificado en su afirmación de que la medida de la susceptibilidad de un hombre es su actitud: éste era el único punto sobre el cual se sentía obligado a rendir cuentas.

Estaba perpetuamente rindiendo cuentas sobre él a su propia conciencia, a falta de otro público. Estaba enojado por haber paladeado cierto deleite en la aseveración de Miriam, ante la puerta del carruaje, conferida ciertamente con muy poca seriedad, de que a Nick ella no le importaba nada. ¿En qué le concernía a él que a Nick ella le importara o le dejara de importar? ¿En qué tenía relevancia para él que Gabriel Nash se hubiese propuesto censurar una unión entre la joven actriz y el joven pintor y frustrar una contingencia que acaso podría resultar feliz? Pues éstas también habían sido palabras tranquilizadoras en su momento, aunque Peter se sonrojara al día siguiente al pensar que había hallado en ellas otra cosa que no fuera la sublimidad personal de Nash. Estaba avergonzado de haberse sentido reconfortado, y encima reconfortado por un trago tan enfermizo, porque era su teoría que él no se hallaba en un estado febril. En cuanto a no perder de vista a Nick, pronto les resultaría evidente a ese muchacho y a la encantadora amiga de ese muchacho que él tenía otras ocupaciones bien distintas a que consagrar su agudeza visual. Nick y Miriam y Gabriel Nash podían poner orden en sus turbaciones según sus reales saberes y entenderes. Él nunca le hablaría a Nick de Miriam; de hecho, en este momento se sintió como si nunca fuera a hablarle a Nick de nada. Había determinado el curso de su río, como digo, y la verdadera demostración de ello sería la forma en que él iba a saltar en el aire. Era un asunto que requería acción, vigorosa e inequívoca acción. Había hecho muy poco, desde su llegada a Londres, que no fuera estar en la luna pensando en una fille de théâtre que estaba ocupada en parte, aun cuando ella lo desmintiera engañosamente, con otro hombre y en parte con la tarea de ataviar con enaguas nuevas un «drama poético» demencialmente arcaico; pero esta insignificante pérdida de tiempo pronto sería compensada. Se había concedido a sí mismo cierta licencia y había llegado hasta el extremo de dicha licencia, y ahora iba a dar media vuelta. Todo era perfectamente correcto; tan correcto, que a Sherringham no se le ocurrió modo mejor de expresar para sí cuán correcto era, que ponerse a silbar alegremente.

Silbaba mientras se dirigía a cenar con un gran personaje, el día posterior a su encuentro con Nick en Balaklava Place; un gran personaje a quien por fin había ido a presentar sus respetos —ya era hora— el día anterior a dicho encuentro: el lunes previo. La sensación de omisiones por reparar, de una línea superior de conducta que había que asumir, acaso lo había hecho esmerarse con más cuidado para complacer al citado personaje, quien le había dedicado diez minutos y hecho cinco preguntas. Un gran número de puertas se abrían

sucesivamente delante de cualquier tembloroso peregrino que se encontrara a punto de entrar en presencia de aquel distinguido hombre; pero fueron discretamente cerradas de nuevo detrás de Sherringham, así es que no tengo más remedio que pedirle al lector que se detenga y se quede conmigo en el extremo más cercano de esta visión momentánea. Este peregrino concreto sentía venturosamente que podía contar con ser reconocido no sólo como un fiel aunque oscuro funcionario dentro de la gran jerarquía, sino también como un muchacho capacitado que daba la casualidad de que estaba relacionado por lazos de sangre con personas a quienes milord había conocido íntimamente. Sin duda fue sencillamente en calidad de muchacho capacitado cómo Peter recibió la siguiente mañana, de parte del gerente de la hospitalidad de milord, un mensaje en que se le solicitaba que acudiera a cenar al día siguiente. Ya había recibido tarjetas semejantes anteriormente, y siempre se había mostrado receptivo a la invitación; no obstante, en la presente ocasión lo hizo con la conciencia de estar haciéndolo presidido por una intención inhabitual. A su debido tiempo aquella intención se tradujo en palabras: antes de que los caballeros abandonaran el comedor, Sherringham se tomó la libertad de preguntarle a su aristocrático anfitrión si durante los próximos días no habría otros tres minutos más que pudiera, en su extrema benevolencia, otorgarle.

— ¿Qué es lo que desea? Dígamelo ahora —contestó el señor de su destino, indicando con gestos al resto de los concurrentes que salieran y reteniendo a Peter en el comedor.

La excelente preparación de Peter cubría todas las posibles contingencias: podía ser conciso o difuso según la ocasión lo requiriera. Sin embargo, hasta él mismo se quedó sorprendido ante la viva felicidad de los términos con que fue consciente de expresar que, si era compatible con las más elevadas conveniencias, a él le gustaría peculiarmente ser destinado a tareas diplomáticas en alguna región del globo más alejada. Por lo demás, aun cuando Sherringham se regocijaba de considerarse hombre de emociones controladas por su adiestramiento, no es imposible que hubiera una sinceridad mayor de lo que supuso en la expresión de su rostro e incluso en el ligero temblor de su voz cuando formuló esta petición. Tenía nítidos deseos de que sus maneras, a la hora de formularla, fueran apropiadas, pero quizá lo mejor de ellas al modo de ver de su interlocutor fue precisamente el aspecto en que fracasaron: el modo en que confesaron un secreto que la más alta diplomacia nunca habría confesado. Sherringham le comentó al ministro que no le importaba en lo más mínimo dónde pudiera estar situado el lugar, ni lo poco ambicionado que fuera el puesto: cuanto más lejos mejor, y el clima le era indiferente. Tan sólo prefería, naturalmente, que hubiera algo que hacer, aun cuando estaba perfectamente dispuesto a cargar con ello incluso aunque no lo hubiera. Se contuvo a tiempo, o al menos le pareció que así había sido, para que no pareciera que daba a entender que buscaba disimuladamente alivio de

la miseria de una obstaculizada pasión en una huida a latitudes desfavorables para la vida humana. Su augusto superior le dedicó una mirada inquisitiva que, por un momento, pareció precursora de una pregunta aún más inquisitiva; pero el momento transcurrió y la pregunta no hizo acto de presencia. Esta deferente omisión, característica de un verdadero hombre de mundo e insinuada de rápidas adivinaciones y aún más rápidas discreciones, convirtió a Sherringham desde aquel momento en ferviente partidario de milord. Lo que sí hizo acto de presencia fue una carcajada afable y la siguiente exclamación:

—Ya sabe usted que existen pantanos y junglas de sobra, si está interesado en ese tipo de cosas. —Sherringham respondió que ese tipo de cosas era exactamente en lo que estaba interesado; a consecuencia de lo cual su interlocutor prosiguió—: Lo estudiaré, lo estudiaré; si algo así se presenta, se lo haré saber.

Algo así se presentó al mismísimo día siguiente: nuestro joven, a quien le habían tomado la palabra, se sintió agradecido al servicio de correos por entregarle una carta oficial extensa, ceremoniosa y burilada en la que se le ofrecía el alto cargo de ministro en la más pequeña de las repúblicas centroamericanas. La república, aunque pequeña, era lo bastante grande para ser «inestable», y el cargo, aunque alto, no era tan apoteósico que no hubiera altitudes mucho más elevadas sobre él hacia las cuales era un escalón. Sherringham acogió de buen talante ambas circunstancias, se regocijó ante su pronto triunfo, reflexionó que debían de apreciarlo en las altas esferas aún más de lo que se había figurado, y sobre la marcha, sin consultar a nadie ni aguardar a nada, firmó su aceptación incondicional del destino. Nadie con un gramo de sentido común le habría aconsejado otra cosa. Aquello lo hizo más feliz de lo que había supuesto que nunca podría volver a serlo; le hizo sentirse —en lo relativo a su profesión— bien encaminado, como decían en París; era un puesto serio, interesante, excitante, y la imaginación de Sherringham, complaciéndose en divagar sobre el futuro, comenzó una vez más a escalar altas cumbres. Era muy sencillo mantener el rumbo propio si se intentaba de veras, y bendijo a las repúblicas inestables. Una comunicación posterior le hizo saber que se esperaba de él que regresara a París al cabo de una semana para estar allí un breve intervalo y que antes de que se cumpliera aquel plazo lo avisarían de la fecha en que debería partir hacia sus tareas diplomáticas más remotas.

ocioso consignar que por otra parte no dio ningún paso para que su ascenso llegara a conocimiento de Miriam Rooth. Para que fuera más probable encontrar a Lady Agnes en casa, se presentó a la hora de la comida; y en efecto ella se hallaba a punto de sentarse a comer con Grace. Bidy no estaba en casa: ahora Bidy nunca estaba en casa, dijo su madre; estaba siempre en el sitio de Nick, se pasaba la vida allí, comía y bebía allí, casi dormía allí. Qué encontraba que hacer allí durante tantísimas horas, o cuál era el irresistible hechizo, Lady Agnes no podía pretender haber logrado descubrirlo. Ésta hablaba de aquel siniestro domicilio sólo bajo la denominación de «el sitio de Nick», y habló de él en un primer momento tan poco como le fue posible. No obstante, le parecía muy probable que Bidy se presentara a primeras horas de aquella tarde: había algo, no sabía muy bien qué, algún prosaico deber social, que había condescendido graciosamente a prometer que cumpliría en compañía de Grace. La pobre Lady Agnes, que a Sherringham le pareció en un estado muy lúgubre aunque muy trémulo (ella le aseguró a su visitante que todos sus nervios habían perecido), durante dos minutos casi injurió a su hija menor, mostrando con evidencia una necesidad profundamente enraizada de injuriar a alguien. Sin embargo debo añadir que no esperó a advertir la mirada de Grace para recobrar, en un rápido giro, su forma de ver las posibilidades de las cosas, esas posibilidades de las que tal vez podría exprimir aún, como madre, la gota que endulzaría su cáliz.

—Ah, mi querida hija —tuvo la presencia de ánimo de añadir—. Su único defecto pensándolo bien es que adora a su hermano. Su capacidad de adoración es infinita, y tiene siempre que recibir su evangelio de manos de alguien.

Grace le aseveró a Peter que su hermana se habría quedado en casa si hubiese soñado que él iba a venir, y Lady Agnes le hizo saber que le habían contado todo sobre el rato que había pasado con la pobre chiquilla en el sitio de Nick y sobre su extraordinaria amabilidad al llevarse a las dos muchachas a la obra. Peter almorzó en Calcutta Gardens, pasando una hora allí que en un primer momento resultó inesperadamente y, como le pareció a él, injustificadamente sombría. Había sabido gracias a sus propias percepciones globales, gracias a lo que Bidy le había contado y gracias a lo que había oído decir a Nick en Balaklava Place, que Lady Agnes tenía que sentirse herida por la apostasía de su hijo; pero no fue hasta haberla visto en persona cuando pudo apreciar la negra diferencia que la conducta de este muchacho había supuesto para el semblante de su familia. Evidentemente esa conducta había, como lo expresó para sus adentros, privado de base a innumerables cálculos y esperanzas. Estas eran cosas que ningún extraño sabría nunca valorar en su justa medida y que no eran de la incumbencia de ningún extraño; fue suficiente con que Lady Agnes le pareciera en verdad una mujer que había recibido su golpe de gracia. Parecía diez años más vieja; se mostraba pálida y

consumida y trágica. Sus ojos ardían con una extraña llamarada intermitente que le hizo decirse que sus hijos harían bien en preocuparse por ella. Cuando sus ojos no estaban acaparados por este fuego violento, rebosaban de lágrimas desconsoladas; y globalmente la afligida dama estaba muy mal, de veras muy mal. Era porque él sabía que estaría muy mal por lo que en su amabilidad había ido a hacerle una visita en la forma expuesta; pero tuvo que reconocer que para lograr ser amable con Lady Agnes proporcionadamente a las necesidades de ésta, era probable que uno tuviera que llegar muy lejos. Se alegró de no tener él mismo una madre viuda pasional y agraviada, y se preguntó cómo se las arreglaría Nick Dormer para conseguir soportar la vista del hogar que había arruinado. Por lo visto no soportaba su vista mucho tiempo, sino que había tomado definitivo y decididamente conveniente refugio en Rosedale Road.

El juicio de Peter acerca de su joven pariente era considerablemente confuso, y un elemento notable en él era la conciencia de que él mismo acaso no se hallaba en ese momento en las mejores condiciones anímicas para juzgarlo en absoluto. Al mismo tiempo, aun cuando sostenía en general que un hombre inteligente posee autorización legal —valga la expresión— para llevar a cabo lo que en concreto prefiera, apenas pudo evitar preguntarse si en el ejercicio de una varonil libertad había sido absolutamente indispensable que Nick labrara semejante infortunio familiar. Reconoció de veras que ésta era una anómala forma de ver a Nick, en el papel de Labrador de infortunios familiares. Entonces se percató de que el dolor de Lady Agnes (hubo un momento, más tarde, en que ella así lo afirmó explícitamente) no consistía exactamente en lo que Nick, en Balaklava Place, había descrito —con dudoso gusto tal vez— ante una actriz burlona: no era una mera sorprendida indignación ante la adopción por parte de él de una profesión «baja», ni un horror, el anticuado horror, a las extrañas licencias que se toman los artistas so pretexto de ser concienzudos; ese día ya había pasado, y la sociedad inglesa consideraba el pincel y el violín tan honrosos como cualquier otra cosa, con dos o tres excepciones. No era lo que Nick había abrazado sino lo que había rechazado lo que constituía la penosa diferencia, y la tragedia habría sido pareja si se hubiera convertido en vinatero o chalán. Al principio Peter infirió que Lady Agnes no se entregaría a hablar abiertamente de sus tribulaciones, y obedeció a la que consideraba ser la mejor de las discreciones no haciendo alusión a ellas. Pero unos minutos antes de que hubieran finalizado la comida, ella misma las abordó, y cuando él trató de pronunciar una palabra de mitigación hubo algo que le llegó al corazón en la forma como ella repuso:

— ¡Ah, no lo sabes tú bien, no lo sabes tú bien!

Peter se dio cuenta de que los ojos de Grace estaban fijos en él en aquel momento con una mirada de súplica, y no estuvo seguro de lo que se le

suplicaba: si que dijera algo más para consolar a su madre, o que cambiara a toda prisa de tema. Grace tenía un aspecto fatigado y grisáceo y (había pensado él al entrar) un poco malhumorado, pero evidentemente suplicaba algo.

—No lo sabes tú bien —repitió Lady Agnes, con voz temblorosa—, no lo sabes tú bien. —Había retirado de la mesa un poco su silla; mantenía su pañuelo firmemente apretado contra la boca, casi metido en ella, y su mirada estaba fija en el suelo. Le hizo sentirse como si sí lo supiera bien... supiera bien cuán auténticas torres de fe y esperanza se habían venido abajo. Entonces Lady Agnes completó su frase inesperadamente—: No sabes tú bien lo que era mi vida en tiempos de mi marido.

En esta última cuestión, desde luego, Peter estaba ligeramente falto de conocimientos; y no se le alcanzaba qué tenía que ver con todo aquello su vida en tiempos de su marido. Lo que le resultó claro, no obstante, fue que ellas habían esperado literalmente las más grandes cosas por parte de Nick. No era del todo fácil comprender por qué había sido tal el caso: no habían sido ésas precisamente las previsiones del propio Sherringham. Nick parecía haber nacido con la facultad de inspirarles aquel tipo de creencia a las mujeres; ya le había originado anteriormente a Julia una considerable dosis de ella, aunque desde entonces Julia ya se hubiera sacudido los efectos.

— ¿Piensas de veras que él habría hecho tan grandes cosas políticamente hablando? —preguntó Peter—. ¿Crees que estaba hecho para eso?

Lady Agnes vaciló un momento, miró con cierta intensidad a su visitante y dijo:

—Yo sólo pienso lo que todos sus amigos (todos los amigos de su padre) pensaban. Era hijo de su padre, después de todo. Ningún muchacho ha tenido nunca una preparación tan excelente; y dio, desde el principio, repetidas muestras de poseer la más elevada clase de destreza, la más elevada clase de ambición. Fíjate en cómo se movió en todos los terrenos. Acuérdate de su primer escaño, acuérdate del segundo —insistió Lady Agnes—. Acuérdate de lo que todo el mundo dice en este momento.

— ¡Acuérdate de todos los periódicos! —dijo Grace—. ¿Nunca lo has oído hablar en público? —preguntó. Y cuando Peter le recordó que él se había pasado la vida en el extranjero, ella prosiguió—: Vaya, pues te perdiste algo digno de oírse.

—Era maravilloso —dijo Lady Agnes quedamente.

—Naturalmente que es maravilloso, haga lo que haga —concedió Peter—. Será un artista maravilloso.

— ¡Cielo santo! —suspiró Lady Agnes, levantándose rápidamente.

—No lo será; eso es lo peor —enmendó Grace—. No parece que vaya a hacer cosas que gusten a la gente. He estado en su sitio y nunca he visto semejante colección de obras horrendas... nada en absoluto diestras o hermosas.

— ¡Tú no sabes nada sobre ese tema! —exclamó Lady Agnes, para su hija, con una aspereza inusitada. Después añadió, para Peter, que sucedía que sus hijos tenían en verdad una dosis notable de gusto artístico. Grace era la única que carecía de él por completo. Bidy era muy hábil: Bidy realmente iba a ser capaz de hacer obras preciosas. Pero todo lo que la pobre chiquilla sabía en estos momentos con certeza era el deber social que la esperaba aquella tarde. Era tan difícil prever lo que el futuro les depararía a todos ellos.

—Piensas demasiado en el futuro. Lo ves de un modo terriblemente sombrío —dijo Peter, buscando su sombrero.

— ¿De qué otro modo puede verlo una, cuando su hijo ha tirado por la borda una fortuna deliberadamente?

— ¿Tirado por la borda una fortuna? ¿Quieres decir por no haberse casado...?

—Quiero decir por haber matado con su perversidad a la persona más afectuosa con él que nunca había conocido.

Sherringham miró extrañado un instante; después rompió a reír:

—Vamos, Julia no se ha muerto por eso.

—No estoy hablando de Julia —dijo Lady Agnes con una buena dosis de majestuosidad—. Nick no es un cazadotes, y no me estoy lamentando de ese asunto.

—Se refiere al señor Carteret —explicó Grace—. Habría hecho lo que fuera si Nick se hubiese quedado en la Cámara.

—Pero no se habrá muerto, imagino.

—Charles Carteret está muriéndose —dijo Lady Agnes—. Su fin está muy, muy próximo. Él ha sido una especie de providencia para nosotros, fue el amigo más íntimo de Sir Nicholas. Pero no está dispuesto a tolerar tales despropósitos, y ese capítulo ha quedado cerrado.

— ¿Quieres decir que ha excluido a Nick de su testamento?

—Por completo. Se lo ha hecho saber.

— ¡Viejo canalla! Pero Nick trabajará con más ahínco gracias a eso; ahora va a depender de sí mismo.



—Sí, y ¿de quién vamos a depender nosotras? —demandó Grace.

— ¡No seas vulgar, por amor de Dios! —exclamó su madre, con cierta falta de coherencia.

—Oh, no os preocupéis por Nick: ganará una buena cantidad de dinero — declaró Peter animadamente, siguiendo a sus dos compañeras hasta el recibidor.

—No me importa en absoluto si lo hace o no —dijo Lady Agnes—. Debes volver a subir, tengo aún mucho que contarte —continuó, viendo que Peter había cogido el sombrero—. Debemos quedar para que vengas a cenar con nosotros cuanto antes; es sólo porque he estado tan sumida en el dolor por lo que no te escribí el otro día, nada más enterarme de que te habías pasado por aquí. No ofrecemos fiestas, como puedes figurarte, pero si no te importa venir encontrándonos tal como somos, guiado tan sólo por una antigua amistad...

—Con tan sólo la presencia añadida de Nick (si es que viene) y la querida Bidy —intervino Grace.

—Nick ciertamente debe venir, al igual que la querida Bidy, a quien tenía tantas ganas de ver —comentó Peter—. Porque me voy. No sé cuándo volveré a verlos.

—Quédate con mamá esperando. Bidy regresará en cualquier instante —acució Grace.

— ¿Te vas? —preguntó Lady Agnes, haciendo una pausa al pie de la escalera y volviendo un semblante pálido hacia él. Algo en el tono de la voz de ella evidenció que el tono de la voz de él la había sorprendido.

—Me han ascendido, y debéis felicitarme. Me van a enviar como ministro a un tórrido agujerito en Centroamérica... a siete mil quinientos kilómetros de distancia. Voy a irme muy pronto.

— ¡Oh, cuánto me alegro! —respiró Lady Agnes. De todos modos continuó inmóvil al pie de la escalera y de todos modos continuó mirando con fijeza.

— ¡Es estupendo, porque eso te llevará enseguida a otras cosas espléndidas de toda clase! —exclamó Grace.

—Oh, voy imparable hacia la cúspide, y ahora soy «mi excelencia» —dijo Peter con una carcajada.

—En tal caso, si cena con nosotros su excelencia han de estar presentes grandes figuras.

—Nick y Bidy. Son suficientemente grandes.

—Vente arriba, vente arriba —dijo Lady Agnes, volviéndose rápidamente y comenzando a ascender.

—Espera a Biddy; yo voy a salir —insistió Grace, tendiéndole la mano a su pariente—. Nos volveremos a ver, descuida; pero adiós por ahora. Espera a Biddy —repitió la joven en un tono más bajo, fijando su mirada en él con el mismo destello acuciante y desconcertante que él había creído percibir durante la comida.

—Oh, iré a verla en Rosedale Road —contestó él.

— ¿Quieres decir hoy, ahora?

—No sé si hoy, pero desde luego antes de abandonar Inglaterra.

—Bueno, estará aquí enseguida —dijo Grace—. Adiós a su excelencia.

—Sube, Peter; por favor, sube —llamó Lady Agnes desde lo alto de la escalera.

Peter subió, y cuando se halló en el salón con ella, a puerta cerrada, ella le dijo que estaba extremadamente interesada por sus brillantes perspectivas, que deseaba saberlo todo acerca de su nueva posición. Lady Agnes llamó pidiendo café y le indicó el sitio que sin duda le parecería más cómodo; por un momento él tuvo la aprensión de que también le diría que podía fumarse un cigarrillo si lo deseaba. Pues Peter Sherringham de repente se había sentido inquieto, demasiado inquieto para ocupar un sitio cómodo; se sentó en él únicamente para volver a ponerse en pie de un salto, y se dirigió a la ventana —mientras le comunicaba a su anfitriona lo poquísimo que sabía acerca de su futuro puesto— al oír detenerse un vehículo ante la puerta. Una potente luz acababa de encenderse en su cerebro, y pareció aumentar de potencia cuando, mirando hacia el exterior por la ventana, vio salir de la casa a Grace Dormer con un sombrero y una chaqueta que tenían todo el aspecto de haber sido escogidos con extraordinaria rapidez. Su chaqueta iba desabrochada, sus guantes colgaban de su mano e iba atándose las cintas del sombrero. El vehículo al que saltó a toda prisa era un cabriolé que había sido convocado por el mayordomo desde la puerta y que se marchó con ella después de que ella le hubiera facilitado al cochero una dirección.

— ¿Adónde va Grace tan presurosa? —le preguntó Peter a Lady Agnes; a lo cual respondió ella que no tenía ni la menor idea: después de la crisis en que había entrado todo, sus hijos salían y entraban a su antojo.

Peter volvió a sentarse; se quedó un cuarto de hora y después se quedó aún más, y durante ese tiempo cobró fuerza su inducción de lo que Lady Agnes se proponía. Ella le mostraba con suficiente claridad lo que se proponía, aun cuando no lo mostrara por ninguna abertura grosera ni reprehensible. Se

desprendía de su mirada melancólica y consciente y vibraba en su entonación preocupada y perentoria. Manifestó un exorbitante interés por el nuevo destino de Peter, la probable sucesión de acontecimientos en su carrera, los diversos honores a que podría aspirar, el salario adjudicado a su puesto actual, el salario adjudicado a los puestos que se seguirían —sin duda se seguirían, ¿verdad?— y lo que razonablemente podía esperar ahorrar. Oh, debía ahorrar... Lady Agnes abogó por el ahorro; y él debía ser intachablemente eficiente y progresar y mostrarse inteligente y ambicioso: debía hacerse indispensable y llegar a lo más alto. Ella se mostró acuciante y sugerente y considerada; se zambulló en la visión de los logros y emolumentos de él como para satisfacer un poco el hambre resentida en que la había dejado la traición de Nick. Aquello le resultó conmovedor a Peter Sherringham, quien no se sintió desapegado ni siquiera en los momentos más importunantes en que, cuando ella se quedaba en silencio, manoseando febrilmente una pieza de bordado que había cogido bruscamente de encima de una mesa, su presencia global se volvía un intenso llamamiento reprimido dirigido a él. Lo que ese llamamiento habría formulado, de haber sido puesto en palabras, era: «Ah, Peter, acepta a la pequeña Bidy; ah, mi querido muchacho, amigo fiel, mira por tus intereses a la vez que miras por los míos; sé gentil y razonable y perspicaz; ahórrame toda ansiedad y desconcierto añadidos y acepta de mis manos a mi encantadora e irreprochable hija».

Eso era lo que Lady Agnes siempre había dado a entender, más o menos; eso era lo que Grace siempre había dado a entender; mas lo daban a entender con singular claridad en la ocasión presente. Lady Agnes lo daba a entender tantísimo que de un momento a otro Peter apenas supo lo que ésta sería capaz de hacer; y Grace lo daba a entender tantísimo que había salido a todo correr en un cabriolé para traerse a su hermana del estudio. Sin embargo, andaba lista Grace, pues Bidy ciertamente no vendría. La noticia de su ascenso las había puesto en movimiento, añadiendo lustre a la idea que tenían de que él era un excelente partido; instilándoles profundamente el sentimiento de que si él se iba a marchar a extrañas tierras debía llevarse a Bidy consigo... de que cuando menos algo debía quedar definitivamente establecido en relación con Bidy antes de que él se marchara. Habían comenzado a palpar súbitamente bajo la convicción de que no había tiempo que perder.

Por extraño que parezca, su percatación de todo esto no tuvo el efecto de poner a Peter a la defensiva, ni tan siquiera de hacerlo desear salir huyendo. Una vez que hubo descubierto lo que se cocía en el ambiente, advirtió cierta conveniencia, cierta pertinencia verdadera en todo aquello; no podía negar que él era en ciertos aspectos un buen partido, puesto que era bastante probable que llegara lejos; y fue incluso lo bastante generoso (ya que no tenía miedo de ser arrastrado al altar) como para considerar la cuestión de que estaba en sus manos ofrecerle cierto alivio a una madre que había sufrido un terrible

disgusto. Lo adecuado de casarse con Bidy no se vio exactamente aumentado por la idea de que, si así hacía, resultaría una gran compensación por lo que Nick había hecho sufrir a Lady Agnes; pero en todo caso a él no le desagradaba tantísimo su estrenua acompañante como para desear castigarla por su estrenuidad. No la temía, hiciera ella lo que hiciese; y aunque no fue capaz de figurarse la trascendencia práctica que podría tener el que Bidy se presentara allí sin pérdida de tiempo, estuvo dispuesto a quedarse media hora más por si acaso aparecía.

Hubo cierta contagiosidad en el llamamiento de Lady Agnes: lo hizo hacerse a sí mismo un llamamiento a la sensatez. Pues en verdad, hora es ya de decirlo, el espejo del alma de nuestro muchacho había sido aclarado para emitir este reflejo. Sólo fue en este momento cuando se puso realmente sincero consigo mismo. Al tomar la resolución de que su única seguridad estaba en la huida y al adoptar la drástica medida de pedir ayuda para poder huir, había sido muy consciente de que otra salvaguarda probablemente aún más efectiva (en especial si se la combinaba con la primera) estaba en la palma de su mano. Las palabras de Julia Dallow en París habían vuelto a él y le habían parecido mucho más sabias que cuando fueron pronunciadas: «Ella te ahorrará muchos disgustos; conocerías qué es lo peor que puede pasarte, y verías que no es nada malo». Julia lo había expresado con concisión: Bidy probablemente le ahorraría disgustos. Y luego estaba que Bidy... vaya, era Bidy. Peter sabía mejor qué significaba ser Bidy desde el rato que había pasado con ella en Rosedale Road. Pero había eliminado ese conocimiento con un rápido ademán de su muñeca, aun sabiendo que al hacerlo se quedaba con una sapiencia muy incompleta, era incluso culpable de una especie de dolo perpetrado contra sí mismo. Si era sincero en su deseo de interponer un abismo entre su futuro y esa parte de su pasado y su presente asociada al nombre de Miriam Rooth, había una forma muy sencilla de llevarlo a cabo. Había eludido esa forma, aferrándose deshonestamente a otra que, a solas, estaba lejos de ser igual de buena; pero Lady Agnes lo retrotrajo a ella. Lo mantuvo en una contemplación magnánima de la misma, durante la cual la seguridad, como Julia la había llamado, del remedio se volvió fascinante para el ánimo de Peter, especialmente dado que dicha seguridad no parecía excluir un deleite concomitante. Sería sencillo y acabaría para siempre con sus problemas; les pondría fin a todas las disyuntivas, lo cual, dado que las disyuntivas estaban por su parte poniéndole fin a él, sería una excelente cosa. Dejaría resuelta totalmente la cuestión de su futuro, que ya era más que hora de que quedara resuelta.

Peter se tomó dos tazas de café mientras se dedicaba a vislumbrar su futuro con la colaboración de Lady Agnes, pero aunque se las bebió con mucha calma ya las había acabado, y Bidy aún no había aparecido. Se quedó tres cuartos de hora, diciéndose que no vendría: ¿para qué iba a venir? Lady Agnes

no dijo nada sobre ello; realmente, en palabras groseras, no dijo nada sobre ningún aspecto del negocio. Pero hizo que Peter le prometiera que dos días después vendría a cenar, y la forma en que ella repitió la declaración de que no habría nadie más, ningún otro bicho viviente que ellos, tuvo casi la fuerza coactiva de un documento legal. Al dar su palabra de que acudiría sin falta y de que no les mandarían una nota al día siguiente para darles calabazas en aras de algún compromiso que tuviera la ocurrencia de apodar impostergable, él se sintió casi como si estuviera poniendo su firma en dicho documento. Se marchó a las tres y media; Bidy por supuesto no había aparecido, y él había estado seguro de que no lo haría. No lograba imaginarse cuál habría podido ser la idea de Grace, ni qué pretexto habría esgrimido ante su hermana. Cualquiera que hubiese sido éste, Bidy había visto a su través y odiado semejantes maquinaciones. Peter no pudo sino apreciarla más por ello.

## 40

Indudablemente Lady Agnes se habría esmerado aún más, en su propio interés o el de su hija, para asegurarse la asistencia de Peter la mismísima noche siguiente. De hecho lo intentó, pero la realización práctica de aquella intención había fracasado. Peter mantuvo que estaba inextricablemente comprometido; además de eso, su señoría no estuvo en condiciones de responder por Nick. Naturalmente que debía estar presente Nick, pese a que, si había que decir la verdad, la sórdida verdad, ella y su hijo apenas se hablaban. Peter insistió en la presencia de Nick, deseaba particularmente verlo e hizo saber a su anfitriona que haría que ambos se lo perdonaran todo mutuamente. Lady Agnes manifestó que todo lo que su hijo tenía que perdonarle era quererlo más que a su propia vida, y habría desafiado a Peter, si él lo hubiese consentido, a pronunciarse sobre la dignidad comparativa de las dos artes, la de pintar retratos y la de regir el destino de naciones. Peter declinó el desafío; lo más que hizo fue insinuar que él quizá veía a Nick más en su papel como pintor que como regidor. Con posterioridad recordaría vagamente que Lady Agnes le replicó algo acerca de que ellos eran una familia regia.

Peter marchaba, por lo que él pudo averiguar, a un clima bastante peculiar, y tenía que realizar muchos preparativos. Prestó la mayor parte de su atención a éstos, y, durante un par de horas, después de haber dejado a Lady Agnes, erró por todo Londres en busca de libros de donde pudiera extraer información sobre su nuevo hábitat. Por lo visto no existía una literatura copiosa sobre el tema, de modo que pudo reflexionar que acaso estaba destinado a encontrar una saludable distracción llenando ese vacío con un buen volumen de impresiones. Después de que hubiera colegido que no había libros, se fue a

Hyde Park. Siempre se regalaba con una o dos tardes allí cuando sucedía que se dejaba caer por Londres en verano: aquello remozaba su conciencia de los intereses británicos en pro de los cuales constituía su deber alzarse. Además, había estado más o menos escondiéndose todo este tiempo, pero ahora eso había cambiado y ésta resultaba la forma más sencilla de no esconderse. Se encontró con una hueste de amigos, hizo pública su situación tanto como le fue posible, y aceptó sobre la marcha un buen número de invitaciones, ateniéndose a la matización mental de que no iba a permitir que ninguna de ellas interfiriera con su presencia durante la noche del estreno en la nueva aventura de Miriam. Se marchaba al Ecuador para huir de la muchacha; pero, a fin de romper con el pasado exhibiendo cierta decencia formal, debía mostrar un interés fingido, ya que no era capaz de sentir otro, en una ocasión que significaba tanto para ella. El menos íntimo de los asociados de ella lo haría, y Peter recordó que, sacrificando la buena educación, ya se había mantenido alejado cuando la primera aparición de ella en un escenario. Se habría sentido disgustado si se hubiese visto obligado a retomar a París sin prestarle a Miriam su apoyo personal ante la inminente crisis, tan legítimamente tenía ella derecho a esperarlo.

Fue cerca de las ocho cuando acudió a Great Stanhope Street para vestirse para cenar y se enteró de que una nota que halló sobre la mesa del recibidor, y que ostentaba signos de haber sido enviada apresuradamente, había llegado tres o cuatro horas antes. Exhibía la firma de Miriam Rooth y le hacía saber que lo esperaba inexcusablemente en el teatro a las once de la mañana siguiente, hora que había sido designada a toda prisa para un ensayo general de la pieza resucitada, habiendo quedado datada definitivamente la noche del estreno para el sábado más próximo. Ella contaba con su asistencia a ambas ceremonias, pero tenía razones especiales para desear verlo durante el ensayo. «Quiero que me vea y juzgue y me diga», había escrito, «pues mi cabeza está como un caballo zurrado por la fusta: no se siente capaz de dar otra coz». El sábado era el día que él le había prometido a Lady Agnes; él ya había pensado en la contingencia de que aquélla resultara ser la noche del estreno, pero se había aferrado a la convicción de que, juzgando a partir de síntomas inequívocos, tal complicación no tendría lugar hasta la semana siguiente. No decidió nada por el momento en relación con ese conflicto: ya fue suficiente con que le despachase a Miriam sin pérdida de tiempo tres palabras al efecto de que estaba dispuesto a morir antes que faltarle al día siguiente.

Acudió temprano al teatro, y el episodio resultó curioso e instructivo. Aun cuando en las butacas se hallaran únicamente veinte personas, aquello presentó poca semejanza con las *répétitions* generales a que, en París, lo había arrastrado a menudo su amor al drama y que, por tener lugar de noche en el teatro cerrado al público, son virtualmente primeras representaciones ante un público selecto. Estas siempre estaban, a su modo de ver, firme e

inamoviblemente predeterminadas y consistían más bien en ensayos de la première que en ensayos de la obra. La ocasión presente fue menos augusta: no fue tanto un concierto cuanto una confusión de sonidos, que celebraba audibles y a veces porfiadas deliberaciones consigo misma. Aquello fue áspero y rugoso y espasmódico, pero asimismo vivido y apasionante y, pese al carácter serio de la obra, con frecuencia sobremanera excéntrico; y mientras duró le aportó a Sherringham, por curioso que parezca, una sensación más intensa de lo que nunca la había tenido de inclinarse sobre el caldero sibilante, humeante y chisporroteante donde se cuece una representación apetitosa. Pudo ver la densa oscuridad que puede surgir de un exceso de luz; dicho en otras palabras, pudo entender cuán baqueteados, en la víspera del estreno, pueden sentirse todos los implicados en los preparativos de una obra, con los nervios hipertensos y la vista desenfocada, aguardando el examen y la reacción, el eco que ha de devolver el inmenso, acogedor, zafio, estúpido y delicioso público. El interés de Sherringham era ya considerable de antemano, y como Miriam, desde nada más llegar él, lo hizo principal destinatario de sus confidencias, él sabía lo que ella se proponía hacer y debatió con ella un centenar de cuestiones. Difieron acerca de unas cuantas, y ella siempre replicó: «¡Ah, pero aguarde a verlo en escena!». Tal era habitualmente su razonamiento principal y el más convincente de sus argumentos. Había ella introducido ciertas modificaciones en el último momento, iba a hacer varias cosas de un modo distinto. Pero deseaba una piedra de toque, deseaba una atención ajena desprejuiciada, y, como le dijo a Sherringham cuando éste se fue tras las bambalinas una vez concluido el primer acto, tal era el motivo de que hubiera insistido en celebrar una representación privada, a la cual sólo hubieran de ser admitidas unas pocas atenciones ajenas desprejuiciadas. Al principio no habían querido concedérsela: eran un hatajo de asnos; pero, en lo tocante a lo que ella se proponía obtener en general, les había ofrecido un atisbo que se felicitaba de que no les iba a ser fácil olvidar.

Miriam hablaba como si hubiese librado una gran batalla contra sus compañeros de trabajo y los hubiese derrotado triunfalmente en toda la línea. No era la primera vez que Sherringham la oía hablar como si una vida como la de ella sólo pudiera ser una vida combativa, de modo que ella reconocía francamente la feliz utilidad de poseer la capacidad de montar broncas. Ella se regocijaba de poseerla, pues sabía qué hacer con ella; y, aunque podía existir cierta fanfarronería en adoptar tal actitud desde el principio, cuando sólo se había hecho lo infinitamente poco que ella aún había hecho, de todos modos confiaba en que el futuro demostraría lo acertada que había estado al no tolerar que una patulea de imbéciles se confabulara contra ella, al haberles enseñado que no estaban en condiciones de permitirselo. Naturalmente, daba por supuesto que luchaba por lo correcto y lo justo, por la manera mejor y más plena, por hacer las cosas bien ya que no había más remedio que hacerlas. Lo

que había querido, en realidad, había sido tener cerrado el teatro una noche y que representaran el ensayo general, ante unas pocas personas, en vez de Yolande. Eso no lo había conseguido, pero lo conseguiría la siguiente vez. Hablaba como si sus triunfos detrás del escenario al igual que sobre él fueran a sucederse a pasos agigantados, y Sherringham se convenció perfectamente, en aquel momento, de que ella haría marchar a sus copartícipes por delante de ella como si fueran corderitos. El tono de Miriam era de un tipo que a cualquiera le habría parecido engreído y pretencioso si no se creía en ella; pero, si se creía en ella, tan sólo parecía el complemento natural de sus otras dotes. ¿Cómo, de otra manera, podía ella actuar esa noche, y qué se podía decir a favor de una forma tan aborrecible de hacer las cosas? Le planteó a Sherringham preguntas que éste se sintió poco capacitado para responder; abundó en superlativos y objeciones increíblemente resolutas. Él tuvo una visión más nítida de lo habitual acerca de lo chocante que era su propio destino, tratándose de un hombre amigo de la paz: el de verse involucrado en una existencia de ritmo tan violento; habría sido igual que lo ataran a uno a una rueda de fuegos artificiales y lo hicieran dar vueltas y más vueltas como una exhalación envuelto en llamas y humo.

Sólo fue de cinco minutos, entre bastidores, inmersos en codazos, carreras y empellones, el tiempo de que los dos dispusieron para mantener aquella conferencia. Miriam, espléndida en sus brocados anacrónicos —un falso atuendo de principios del siglo XIX— y excitada y atractiva, imperiosa y atolondrada y gentil, rebosante de propuestas desproporcionadas, determinaciones supremas y digresiones cómicas, mostró una joven cabeza tan radiante como nunca habían conocido los escenarios. Rápidamente la rodearon otras personas, y Sherringham comprobó que, aunque ella deseara atenciones ajenas desprejuiciadas, era propensa a decirles a quienes gozaban de tal ventaja que no tenían ni idea de lo que decían. Era una cuestión un tanto cruda con ella (Basil Dashwood fue quien lo expresó de la manera que de inmediato recogeremos, magníficamente maquillado y en un traje aún más hermoso que el de Miriam, el de un joven dandy de la época de la seda): si no se era del oficio se era una especie de burro, y si se era del oficio se era un burro de otra especie. Sherringham advirtió con cierto disgusto que Gabriel Nash no se encontraba allí; prefirió creer que esta última percatación fue el motivo de que a su mal humor le diera por apoderarse internamente de él cuando Miriam, después de escuchar el comentario de Dashwood recién consignado, riéndose y declarando que de todos modos la obra funcionaría porque sencillamente tenía que funcionar, le dio en la cabeza al joven actor, vengativa y jocosamente, con un magnífico abanico de plumas. «¿No es encantador este hombre —preguntó ella— y no sabe de veras cómo hacerlo?». Basil Dashwood tenía aún más sentido del vestuario de lo que Sherringham suponía, pues en esta ocasión parecía haberse preocupado profundamente por la



cuestión de lo que iba a vestir su diestra compañera. Había realizado diseños y encontrado tras larga búsqueda los paños y telas pertinentes, la había ayudado a probarse sus atuendos, se había erizado de ideas y alfileres. No es plenamente fácil explicar por qué veía Sherringham con malos ojos que Gabriel Nash hubiera tenido el cinismo de no estar presente; podía considerarse hasta singular que lo echase de menos. En todo caso, se acaloró un poco cuando Miriam, a quien inquino si acaso no había invitado al más antiguo y querido de sus amigos, exclamó:

—Oh, él dice que no le gusta el fuego de la cocina: ¡únicamente le interesa el pudding!

Habría hecho falta recurrir al fuego de la cocina para dar idea en aquel momento del sonrojo de las mejillas de Sherringham; y es que de veras se sintió incómodamente hirviendo al sentir que su actividad actual consistía, en expresión de su propia cosecha, en ayudar a manejar las cacerolas.

Eso lo sintió tantísimo después de regresar a su asiento, el cual se abstuvo de abandonar de nuevo hasta que el telón hubo descendido sobre el último acto, que, pese a la gran belleza de la parte de la representación que corrió a cargo de Miriam, hubo un momento en que su liberación del anterior barullo le ocasionó un contenido suspiro de alivio, tal como si acabara de salir trepando de la orilla de un torrente tras una inmersión. La propia muchacha, en todo caso, como era de prever, fue de una destreza incorruptible: había sido saturada del gran espíritu de Madame Carré con excelente provecho. Ello fue manifiesto conforme la obra se desarrollaba y ella cuidaba los detalles con devoción y pasión titánicas. A Sherringham nunca le había gustado la obra en sí; consideraba que, siendo tan chapucera de estilo y tan falsa en sentimiento, honraba bien poco el teatro británico; detestaba buena parte de sus parlamentos, compadecía a Miriam por tener que recitarlos y barruntaba que, iluminado por velas de esa calaña, el camino de la gloria muy bien podía no conducir a ninguna parte.

Cuando el ensayo finalizó, se fue de nuevo entre bastidores, y la protagonista de la ocasión, vestida del raso del color de las rosas que llevaba en el dénouement, le dijo:

— ¡Y encima tengo que soportar el otro tormento de esta noche, los idiotas!

Él no supo muy bien a quiénes identificar en aquella alusión, pero la dejó pasar: tuvo en ese instante una especie de desapegado presentimiento acerca del modo en que todo caballero relacionado personalmente con Miriam en el futuro acabaría probablemente contrayendo el hábito de dejar pasar maquinalmente reconveniones y algunas otras cosas. De hecho éste se había convertido, ahora, en un estado de ánimo frecuente en él: en cuanto se hallaba

ante ella, cerca de ella, al lado de ella, se sentía víctima indefensa de la fascinación que, por lo menos en su caso, ella ejercía con su mera presencia y cuyo potencial era incisivo y absoluto: el acceso sobrevinía, como decía él, exactamente igual que como un considerable tren expreso en imparable desfile hace su entrada en la estación con gran estruendo en un momento dado. Lejos de la joven actriz, él se recobraba parcialmente: tal era el aliciente de marcharse a la inestable república; pero nada más encontrarse en su presencia, su propia vida le parecía algo disociado de su voluntad. Era como si él fuese una cosa y su conducta otra; tuvo vislumbres de representaciones de esta escisión, extraídas, como era previsible, de los años venideros: pequeños cuadros ilustrativos en los que se veía a sí mismo en extrañas actitudes de resignación, siempre bastante triste y apagado, con la cabeza ligeramente agachada. Tales imágenes habrían debido no resultar reconfortantes, pero es un hecho que resultaron francamente hipnotizadoras. El caballero de la cabeza agachada, era obvio, había renunciado a algo muy querido, pero que estuviera allí se debía precisamente a que se sentía conforme con lo recibido a cambio.

—Venga a verme dentro de tres o cuatro horas —le dijo Miriam—. Venga a verme, es decir, hacia las seis. Voy a echarme hasta entonces, pero deseo hablar con usted en privado. No habrá nadie más, nadie asomará la nariz. Me hará usted bien.

Conque naturalmente Peter se dirigió en carruaje a Balaklava Place hacia las seis.

## 41

—No sé... no tengo ni idea... no me importa... no me pregunte a mí... — exclamó él de inmediato como respuesta a alguna pregunta que ella le había planteado, sin pérdida de tiempo, acerca de su opinión sobre la forma en que ella había llevado a término unas cuantas cosas en el teatro. Hablando con franqueza, ¿no debería ella renunciar a ese camino y volver a la primera idea de ambos, aquélla sobre la cual tanto habían hablado? Sherringham declaró que dicha idea nunca había sido suya; que en cualquier caso nunca se le ocurriría otra durante el resto de su vida; y que, el cielo era testigo, ya habían hablado más que suficiente sobre tales temas.

—Está harto de mí... sí, verdaderamente —dijo Miriam, triste y suavemente. Estaban solos, su madre no se había dejado ver, y ella ya se había adecentado para volver al teatro. —De todos modos no tiene importancia, y naturalmente su cabeza está repleta de otras cosas. Debe de considerarme vorazmente egoísta: tratando interminablemente sobre mi pequeño negocio.

¿Qué quiere, si una es una mujer de negocios? Antes le gustaba, pero por entonces no era ministro.

— ¿Qué es lo que sabe acerca de eso de que me hayan nombrado ministro? —preguntó Sherringham, echándose hacia atrás en su asiento y mirándola con ojos sombríos. A veces pensaba que ella tenía mejor aspecto en escena que fuera de ella, y a veces pensaba justo lo contrario. La primera de esas convicciones se había impuesto en sus pensamientos por la mañana, y ahora estaba siendo puntualmente sustituida por la otra. Tan pronto como ella pisaba las tablas, una grandiosa y peculiar alteración solía operarse en ella: ella ocupaba todo el cuadro y se la veía perfectamente enmarcada; no obstante, había también momentos en que lucía su rostro cotidiano ante el público, al igual que había momentos en que lucía su rostro teatral por la vida. Adoptaba cada una de esas máscaras según su humor pareciera aconsejarle. Hoy Sherringham estaba teniendo la oportunidad de verlas una detrás de la otra, y ambas le parecieron la mejor de las dos.

—Sabría muy poco si hubiera esperado a que usted me informara, eso es obvio —respondió Miriam—. En los periódicos viene que lo han destinado a usted a un puesto notable, pero yo no leo los periódicos a menos que venga en ellos algo sobre mí. La semana que viene voy a devorarlos, y además me parecerán una sarta de insensateces, no me cabe duda. Fue Basil Dashwood quien me habló, después de comer, de su nuevo destino; lo había leído en alguna parte. Me parece estupendo si va a ganar más dinero y disfrutar de mayores ventajas, pero no espere que me muestre alegre de que vaya a marcharse a algún país lejano y repulsivo.

—El hecho se ha producido muy recientemente, y los dos hemos estado muy ocupados con nuestras respectivas aventuras. Aun si no me hubiese proporcionado usted estas oportunidades —continuó Sherringham—, habría tratado de verla hoy, para contarle mis noticias y despedirme.

— ¿Despedirse? ¿No va a acudir mañana?

—Oh sí, estaré allí para apoyarla. Pero saldré disparado en cuantísimo acabe.

—Estaré mucho mejor entonces, desde luego que sí —dijo la muchacha.

—Cuanto mejor está, peor es.

Miriam le devolvió la mirada con hermosa comprensión, y dijo:

—Si con eso fuera a hacerle algún bien, no me importaría estar mal.

— ¡Cuanto peor está, mejor es! —dijo riendo Sherringham—. Es usted una especie de demonio devorador.

— ¡Ni hablar! Lo es usted.

— ¿Yo? Ésa sí que es buena.

—Es usted quien da problemas, quien se muestra resentido y suspicaz e hipersensible, sin tomar las cosas como vienen y en su justo valor, sino tergiversándolas hasta convertirlas en oprobios y malas intenciones. Ah, ya he tenido oportunidad de observarlo, querido amigo mío, y lo he sentido por usted... y por mí; pues no estoy tan egoístamente ensimismada como cree. No soy una criatura tan vil. Soy capaz de experimentar gratitud, soy capaz de experimentar afecto. Es posible que viva sepultada en coloretos y oropeles, pero una no carece por completo de alma. Sí, la tengo —insistió la muchacha—, aunque me pinte el rostro y ensaye entonaciones. Si lo que va usted a hacer es bueno para usted, me alegro mucho. Si conduce a hechos beneficiosos, a la honra y a la fortuna y a la grandeza, estoy encantada. Si significa que va a ausentarse para siempre, para siempre jamás, naturalmente el asunto es serio. Usted lo sabe, no necesita que se lo diga: lo tengo a usted en una consideración en que no tengo a nadie más realmente. Puedo fiarme de usted... oh, eso es un lujo. Es usted un caballero, mon bon, ¡un auténtico caballero! Se trata ni más ni menos que de eso. Y además ocurre que usted sabe ver, que entiende, y también eso es un lujo. Es usted un lujo de pies a cabeza, señor Sherringham. Que se vaya a marchar a un lugar donde no podré verlo, no es un hecho que vaya a permitirme disfrutar; lo sé de la separación durante estos meses... tras nuestra hermosa existencia parisiense, lo mejor que nunca me ha ocurrido en esta vida y que no se repetirá. Pero, si se trata de su carrera, si se trata de su felicidad, podré soportarlo y refrenaré mi lengua. Sé mostrarme desinteresada... ¡vaya si sé!

— ¿Para qué deseaba que viniera? —preguntó Sherringham, atento e inmóvil. La misma impresión, la vieja impresión, se había apoderado de él de nuevo: la sensación de que si ella era sincera, se trataba de la sinceridad de ejecución; de que si era auténtica, se trataba de la autenticidad de las cosas bien hechas. Las hacía tan bien en este momento, que bastaba eso mismo para que todo resultara encantador y conmovedor. Cuando ella le había pedido en el teatro que le concediera un rato por la tarde, lo que se había propuesto sinceramente (sobre todo teniendo en cuenta que él no se había acercado por Balaklava Place en varios días) era repasar con él, una vez más, en vísperas de la gran noche (era su segunda tentativa lo que los críticos estaban aguardando impacientes; el primer éxito había podido ser pura chiripa), algunas de sus dudas sempiternas, sabiendo por experiencia qué ideas tan buenas tenía él a menudo, cómo sabía él darle a una preocupante disyuntiva la definitiva solución en el último instante. Luego ella se había enterado gracias a Dashwood de la modificación de su posición, y aquello, en cuestión de segundos verdaderamente, la había hecho ponerse a pensar con interés en las preocupaciones de él, la había movido a olvidarse de las suyas propias por entero. Sentía perderlo y ansiaba hacerle saber que era consciente de lo buen

amigo que había sido para ella. Pero la expresión verbal de todo esto se convirtió enseguida, al cabo de un instante, en una extraña posesión demoniaca: ella comenzó a atenderse a sí misma, a hablar dramáticamente, a interpretar. Dijo lo que sentía como si se tratara de retazos de viejos libretos, y de hecho lo sintió aún más profundamente porque sonaba así de bien. No obstante, eso no impedía que fueran tan hermosos sentimientos como los de otra persona cualquiera, y en el momento en que Sherringham, para aquietar una emoción creciente —que sabía que no aquietaría—, articuló la inquisición que acabo de consignar, ella le dio la impresión de poseer, de todos modos, la verdad que se encuentra en la bondad y en la humildad.

—A usted le ocurre una cosa: está celoso —dijo Miriam—. Está celoso del señor Dormer. Es un ejemplo del modo en que usted lo complica todo. ¡Señor, él no le hará daño, ni yo tampoco!

—Él no puede hacerme daño, querida mía, ni usted tampoco; pues poseo un precioso corazoncito de piedra y una flamante coraza de hierro. El interés que me tomo por usted es algo bien poco común; pero lo menos común de ese interés es que está perfectamente preparado para tolerar el interés de los demás.

— ¡El interés de los demás no es preciso que preocupe mucho al suyo! — declaró Miriam—. Si el señor Dormer ha roto su compromiso matrimonial con una mujer tan deslumbrantemente magnífica (pues eso es lo que es la muy elegante de su hermana), no ha sido por un miserable adefesio como yo. Se porta amablemente conmigo porque así es su carácter, y se fija en mí por motivos profesionales; pero vive allá arriba en las nubes, a mil kilómetros por encima de mi cabeza. Algo se le ha «metido», como se dice; está enamorado de una idea. Me parece que la tal idea es nefasta a más no poder, pero es asunto suyo. Está bastante exalté; se alimenta de néctar y ambrosías, todo lo que le queda para nosotros los pobres que reptamos sobre esta tierra es nada más que unas pocas migajas duras. Ni siquiera le he pedido que venga al ensayo. Aparte, él considera que usted está enamorado de mí y que no sería honroso interferir. De eso es capaz... ¿no es encantador?

—Y, si se relajara y lo abandonaran los escrúpulos, ¿se casaría usted con él? —preguntó Sherringham.

— ¡Dios del cielo, cuánto parlotea usted sobre el matrimonio! —dijo la muchacha, riendo—. Todos ustedes no piensan en otra cosa.

—Caramba, lo expreso así para complacerla, puesto que se me quejó el año pasado de que precisamente no parecía ser eso lo que por lo general se solicita.

— ¡Ah, el año pasado! —protestó Miriam. Después, cambiando de tono,

exclamó—: ¡Sí, es muy hartante!

—Es más, me dijo usted en París, más de una vez, que no estaba dispuesta a escuchar otro tipo de proposiciones.

—Y no lo estoy, pero pienso esperar hasta que encuentre a un marido lo bastante malo. Que me pegue y me time y se gaste mi dinero con otras mujeres; ése es el hombre que me conviene. El señor Dormer, pese a lo delicioso que es, no alcanza tanta categoría.

—Se va usted a casar con Basil Dashwood —contestó Sherringham.

—Oh, ¿casarme?... llámelo casarme si lo desea. Eso es lo que opina mi pobre madre; vive aterrorizada ante tal posibilidad.

—Hasta el momento —dijo Sherringham— no he conseguido aclararme sobre lo que su madre desea. Tiene tantísimas ideas, como decía Madame Carré.

—Mi madre desea que me convierta en una criatura poco menos que egregia; todas sus ideas pueden resumirse en eso. Lo embarazoso del asunto está en que no tiene muy claro qué clase de criatura poco menos que egregia la ilusiona más. Una gran actriz o una gran dama: a veces se inclina por la una y a veces por la otra; pero en general está persuadida de que una gran actriz, si cultiva las amistades adecuadas, puede ser una gran dama. Cuando le digo que se desengañe y que una gran actriz no puede ser más que una gran pilla, entonces a mi entrañable vieja le dan berrinches y tenemos escenas, y de lo más grotescas. Serían una bicoca, en lo que se refiere a encontrar argumentos, para cualquier individuo de aspiraciones literarias, si tuviera el suficiente ingenio para imaginárselas aproximadamente; lo cual, tal vez por fortuna para nosotras, nunca será el caso. A menudo mi madre concluye afirmando... devinez un peu quoi! —agregó Miriam. Pero su acompañante confesó la más plena incapacidad adivinadora. —Concluye afirmando que, antes que aceptar semejante forma de ver las cosas, mi deber sería casarme con usted.

—Su madre es más despierta de lo que me imaginaba. Es el colmo de la vanidad hablar de esto, pero puedo mencionar de pasada que si se casara usted conmigo, llegaría a ser la más grande de todas las posibles damas.

—Cielos, mi buen amigo, ¿qué aptitudes naturales tengo yo para tal cosa?

—Usted es una artista consumada para cualquier propósito. Y yo voy a ser un gran diplomático: mi resolución está firmemente tomada. Soy infinitamente más hábil de lo que ni siquiera sospecha usted, y en consecuencia sería usted la esposa de un gran diplomático.

—Y el diablo, el demonio, ése tan devorador y destructor, de quien tan bien se lo pasa usted hablando... ¿qué haría usted, en semejante posición, con

ese elemento de mi naturaleza? OÙ le fourrez-vous?

—Ya me cuidaré de él, lo tendré bajo control. Mejor aún, quizá debería decir que lo camelaré y lo mimaré... lo empacharé a base de esplendores mundanos.

—Sin duda eso está mejor —dijo Miriam—, pues un demonio que se puede tener bajo control es un demoniejo impresentable. No seamos impresentables. —Después añadió—: ¿Es cierto que se marcha a comienzos de la semana que viene?

—La noche del lunes, si puedo.

—Eso es a París. Antes de partir a su nuevo destino tienen que concederle algunos días aquí.

—Los he rechazado. Estoy verdaderamente impaciente por comenzar mis tareas. Insistiré todo el rato en irme lo antes posible. Ah, pienso concentrarme realmente a partir de ahora.

—Iré a actuar allí —dijo Miriam con su distinguida sonrisa—. Ya se me ha olvidado qué era lo que quería debatir con usted: seguramente alguna fruslería sin importancia. Lo que quiero decirle ahora es tan sólo esto: que no es cierto absolutamente que porque mi existencia me empuja en todas las direcciones y me mezcla con personas de todo tipo (o, mejor dicho, principalmente de un solo tipo, ¡pobrecillos!), yo no tenga aspiraciones de decencia, no tenga una honestidad corriente. La consideración de usted, su generosidad, su paciencia, sus sugerencias de valor incalculable, nuestros encantadores y preciosos días en París durante el pasado verano, nunca olvidaré todas esas cosas. Es usted lo mejor que hay, no se parece a ninguno de los demás. Piense de mí lo que quiera y haga chistes malvados sobre mis perspectivas matrimoniales. Yo pensaré de usted tan sólo de una forma. Siento ante usted una gran admiración. Con todo mi corazón espero que sea muy gran diplomático. ¡Dios lo bendiga!

Miriam se levantó mientras hablaba y al hacerlo dedicó una mirada al reloj, movimiento que extrañamente no hizo sino aumentar la noble gravedad de su discurso: era como si estuviese considerando el tiempo que le quedaba a él, no a ella. Sherringham, ante esto, incorporándose también, sacó su propio reloj y permaneció un momento con los ojos fijos en él, aunque no se enteró en absoluto de lo que marcaban las agujas. Y dijo:

—Debe irse para llegar al teatro a su hora habitual, ¿no es eso? No se retrase por mí. Es decir, retrátese únicamente lo necesario para escuchar esto que voy a decirle, de una vez y para siempre, como nunca volveré a hablar de ello. Me marchó para salvarme —continuó Sherringham, con decisión, de pie ante ella y reteniéndole la mirada con la suya propia—. Debería irme, cierto es, en silencio, con dignidad, sometiéndome valerosamente a las difíciles

necesidades, sin solicitar reconocimiento o compasión, sin dar ocasión a escenas de ninguna clase o reclamar atención para mi entereza. Pero no puedo, juro por mi alma que no puedo. Puedo marchar, puedo soportarlo, pero no puedo refrenar mi lengua. Quiero que usted lo sepa todo, de tal forma que allí, cuando me sienta mortalmente hastiado, al menos contaré con el consuelo exasperantemente vano de poder pensar que usted lo sabe... ¡y que ello no nos hace ningún bien ni a usted ni a mí!

Hizo una pausa, aprovechando la cual Miriam preguntó:

—Que yo sé ¿el qué?

—Que siento por usted una pasión que me consume y que es una pasión imposible.

— ¡Ah, imposible, amigo mío! —suspiró ella, pero sin demorarse en mostrar su completo acuerdo.

—Exactamente: interfiere, la gratificación de mi pasión fatalmente interferiría, en las ambiciones de cada uno de nosotros. Nuestras ambiciones son odiosas, pero estamos encadenados a ellas.

—Ah, ¿por qué no seremos sencillos? —dijo Miriam con voz trémula—. ¿Por qué no seremos como todos los demás, comme tout le monde, simplemente un hombre y una muchacha que se aprecian mutuamente?

Sherringham vaciló un instante (ella se había mostrado tan tiernamente burlona, tan dulcemente ambigua mientras decía esto). Y contestó:

— ¡Porque somos unos asnos de antología! No obstante, soy lo suficientemente sencillo, pensándolo bien, para que usted me importe como nunca me ha importado ningún otro ser humano. Sucede que a mi ver posee usted un encanto personal que nadie ha igualado nunca, ni de lejos; y desde la parte superior de su espléndida cabeza hasta la suela de su escenográfico zapato (estaría dispuesto a postrarme —de hinojos, abyectamente— y besárselo si me lo consintiera) cada centímetro de su ser me es querido y venerado. Por lo tanto, adiós.

Miriam se quedó mirando fijamente ante esto, con los más abiertos de los ojos: él había expuesto la cuestión de una forma que le había llamado la atención. Por un momento, así y todo, él temió que le fuera a responder como si ella hubiera oído a menudo cosas de ese tipo. Pero Miriam se sentía demasiado agitada —el mero color que había hecho aparición en su rostro lo indicaba— para acogerse a ese recurso. Se sentía agitada hasta el punto de mostrar leves indicios de lágrimas, aun cuando le ofreció la mano con una sonrisa diciendo:

—Me alegro mucho de haberle oído todo eso; pues en su caso sé lo que



representa. No hay duda de que lo mejor para usted es marcharse. Naturalmente es una gran equivocación, ¿no es verdad?; pero es lo único que le cabe hacer: consiguientemente es un gran acierto, ¿no es verdad? Algún día, cuando los dos seamos grandes, hablaremos de estos instantes; entonces gozaremos de tranquilidad, gozaremos de paz (esperémoslo, al menos) y seremos mejores amigos de lo que se imaginará la gente. —Hizo una pausa un instante, aún sonriendo; después dijo mientras él le cogía las manos—: No esté presente, no, en la noche de mañana.

Y luego Miriam trató de retirar las manos, como si todo hubiera quedado irrevocablemente establecido para siempre; pero el resultado de su movimiento fue que, como él se las tenía firmemente cogidas, ella lo arrastró hacia sí, bien cerca suyo. A su vez, el resultado de esto fue que, soltándola sólo para tomar posesión más completa de ella, él la rodeó con los brazos y, exclamando «¡La amo!» con respiración profunda, la estrechó en un largo abrazo. Fue tan largo que dio tiempo a que la puerta de la habitación se abriera antes de que ninguno de los dos se diera cuenta. La señora Rooth, que no había asomado la nariz hasta entonces, la asomó ahora, convirtiéndose de ese modo en testigo de un incidente que a duras penas habría podido esperarse. De todas maneras lo inesperado, en el caso de la señora Rooth, nunca había sido un elemento insuperable: era su sistema, en general, mostrarse demasiado en armonía con su entorno para evidenciar sorpresa. Cuando los dos se volvieron, la vieron allí de pie y sonriéndoles, y la oyeron exclamar con sabia indulgencia:

— ¡Ah, chiquillos traviesos!

Miriam se quitó las lágrimas con un gesto rápido pero azarado, y dijo:

—Se marcha. Nos ha venido a decir adiós.

Sherringham —acaso debido a su excitación general— se rio ante el «nos» (acababa de reírse también ante la imputación de chiquillería), y la señora Rooth repuso:

— ¿Se marcha? ¡Ah, en ese caso ha de darme uno a mí también! —Y extendió las dos manos. Sherringham avanzó y, cogiéndoselas, la besó respetuosamente en ambas mejillas, al modo extranjero, mientras ella continuaba—: ¡Nuestro querido y viejo amigo! ¡Nuestro gentil y gallardo caballero!

—El gallardo caballero ha sido ascendido a un gran cargo la justa recompensa por su gallardía —dijo Miriam—. Se va como ministro a algún lugar imposible. ¿Por dónde se encuentra?

—Como ministro... ¡Qué maravilla! Estamos haciendo progresos. —Y la señora mayor le dedicó a Peter, alzando la vista, una pequeña mirada furtiva

interrogadora y curiosa.

—Oh, no tan imposible. Uno debe tomar lo que esté a su alcance —respondió él.

—Ahora estará a su alcance absolutamente todo, estoy segura, ¿no es cierto? —preguntó la señora Rooth, con una inflexión que lo hizo recordar, con efectos cómicos (la fuente era tan dispar), las mismísimas vibraciones que había advertido el día anterior en la voz de Lady Agnes.

—Parte en busca de la gloria y nos olvidará por completo, olvidará incluso que haya conocido alguna vez a personas semejantes. Así que nunca volveremos a verlo, y es mejor así. Adiós, adiós —repitió Miriam—; el brougham ya debe de estar ahí, pero no lo llevaré a usted. Quiero hablar sobre usted con mi madre, y se dirán cosas que no es conveniente que usted oiga. Ah, te haré saber lo que perdemos, descuida —agregó para la señora Rooth—. Es el astro creciente de la diplomacia.

— ¡Lo supe desde el principio, sé cómo terminan siempre yéndoles las cosas a las personas como usted! —exclamó la señora mayor, contemplando enternecida a Sherringham—. Pero no querrá decir que no va a estar presente en la noche de mañana, ¿verdad?

—No acuda, no acuda: es una gran locura —intervino Miriam—, y es bastante innecesario puesto que ya ha podido verme hoy.

Sherringham se quedó mirando de la madre a la hija, la primera de las cuales le espetó a la última:

—Ah, mi bribonzuela, ¡decir que alguien te ha visto ya! Sabes perfectamente a qué altura vas a estar: te mostrarás suprema.

—Sí, estaré presente. Sin falta —dijo Sherringham para la señora Rooth al llegarse hasta la puerta.

— ¡Oh, no sea bobo! —dijo Miriam, alzando la voz.

Pero él salió sin darse la vuelta para mirarla.

De momento Nick Dormer casi había fijado su residencia en su estudio, donde Bidy habitualmente se presentaba tras el desayuno para traerle noticias sobre la marcha de los acontecimientos en Calcutta Gardens y adónde al muchacho le eran dirigidas ahora muchas cartas y telegramas. Entre dichas misivas, la mañana del sábado en que Peter Sherringham había prometido

cenar en la otra casa, llegó una nota de Miriam Rooth, que hacía saber a Nick que si él no telegrafiaba para negarse, ella se presentaría allí hacia las once y media, probablemente acompañada por su madre, para posar sólo una vez más. Añadía que para ella era una jornada de nervios y que no podía estarse quieta, de modo que sería verdaderamente muy amable por su parte dejarla acudir a él como refugio. Ella deseaba estar lejos del teatro, donde ya todo había quedado fijado (o peor para ellos si no era así), hasta la noche, pero como la dejaran suelta seguramente terminaría por presentarse. Posar la mantendría quieta y la calmaría: en cualquier circunstancia él sabía mantenerla quietecita (¡en ese sentido él era una bendición!). Por lo tanto ella pensaba concederle dos o tres horas —o mejor dicho pensaba pedirle que se las concediera— como no la pusiese terminantemente de patitas en la calle.

Nick no estuvo seguro de querer que Miriam volviese a posar con vistas a la obra insignificante, como declaraba que era, que ella ya lo había ayudado a lograr. Consideraba dicha obra como una especie de obiter dictum pictórico: ya había hecho todo lo que había podido y se habría visto en un aprieto de tener que discurrir qué más podía hacer. Si no estaba acabada, era porque no era acabable; en todo caso, él ya había dicho todo lo que tenía que decir a ese respecto. Ocurría que en este preciso instante Nick Dormer no se sentía del más exaltado humor: su conciencia, en el plazo de dos o tres días, se había percatado de una cierta melancolía que él trataba de explicar en función de una supuesta reacción natural. Cualquier cambio importante, cualquier nueva elección en la vida de uno era excitante, y por mucho que se intentara no exagerar esa importancia y la de uno mismo, inevitablemente radicaba una fuerte emoción en renunciar, haciendo frente a una oposición considerable, a un tipo de responsabilidad en favor de otro. Aquello tal vez no hacía la vida necesariamente divertida, pero sí decididamente estimulante, de momento; y todo estaba muy bien hasta que la emoción amainaba. Cuando tal cosa sucedía, como no tenía más remedio que suceder, lo legendario y lo poético del asunto daban paso a lo realista y a lo prosaico. Estas dos últimas cualidades se le habían presentado vívidamente a Nick Dormer al despertar esta mañana; y la atmósfera no se veía apreciablemente dulcificada por el hecho de que él ya hubiera previsto por anticipado que iba a ser tristona y alicaída. Se había imaginado cuán tristona y alicaída podía llegar a ser, pero ahora iba a tener la oportunidad de enterarse aún mejor. Una reacción era una reacción, pero a fin de cuentas no era un desenlace definitivo. Parte de las características de dicha reacción sería hacerlo preguntarse si no habría cometido un gran error con su elección; indudablemente a dicha parte de dichas características no le haría falta extralimitarse para obligarlo incluso a contestar esta pregunta en sentido afirmativo. Pero él viviría lo suficiente para rectificar una tal concesión, no había que perderlo de vista en ningún momento.

Estaba ocupado —incluso mientras se estaba vistiendo— en el esfuerzo de desmentir por anticipado alguna retractación semejante cuando, con el primer reparto, le había llegado la nota de Miriam. Al principio no lo ayudó mucho en su esfuerzo, pues lo hizo contrastar el entusiasmo de ella con su propia falta de alacridad y preguntarse qué diablos podría hacer con la joven actriz. La ambición, en el caso de ésta, estaba perpetuamente a la carga, y no era ella persona capaz de imaginarse que los demás, en horas bajas, pudieran sentirse tentados de hacer caso omiso del toque de trompeta. A ella nunca se le habría podido pasar por la cabeza que, sin ir más lejos, el día anterior Nick hubiera pasado una parte de la tarde en un estado de ánimo no poco preocupante. Él había acudido a la National Gallery y había estado deambulando por su interior durante más de una hora, y había sido justamente mientras lo hacía cuando el inmitigable decaimiento había comenzado a invadirlo perversamente. Y dicha perversidad no era sino mayor por la circunstancia de que si la experiencia estaba resultando deprimente, no se debía a que se hubiera sentido desalentado más allá de toda medida a causa de la contemplación de las grandes obras del pasado, obras infinitamente más grandes que cualquiera que alguna vez llegaría a llevar su firma. Ya estaba debidamente familiarizado con esa sensación y no dejaría de volver a experimentarla con abundancia. Lo que le había sucedido, mientras en esta ocasión pasaba de Tiziano a Rubens y de Gainsborough a Rembrandt, era que se había encontrado poniendo literalmente en entredicho este arte en su globalidad. Pensándolo bien, ¿en qué consistía este arte en el mejor de los casos, y por qué le había otorgado la gente una consideración tan elevada? Su debilidad, su estrechez, le llamaron la atención; blasfemando tácitamente, contempló varias creaciones de fama mundial con mirada desencantada. Es decir, blasfemando si es que era una blasfemia decirse que, con todos los respetos, eran un asunto más bien pobre, sólo importante en su pequeña escala. La energía que las había producido no era de las más elevadas del ámbito humano; su trascendencia era exigua y su relación con la vida de los hombres, prescindible y superficial. Representaban muy inadecuadamente la idea —y era la idea lo que había que destacar— que en un examen global se le imponía como la primordial. Incontestablemente, él había estado mucho más intensamente involucrado en la idea unos meses atrás que en el momento presente: compensaba bastante del aspecto negativo de la política el que ésta fuera, después de todo, un método, aunque tosco, de poner en práctica la idea y propagarla. El amor de Nick por la idea había estado verdaderamente, en ciertos momentos, en el fondo de su disposición propicia a la política, aun cuando no había sido eso lo que más había salido a relucir en sus conversaciones con sus compañeros de partido e incluso con Julia. Ciertamente, por política que Julia fuese, él no había parlamentado mucho con ella acerca de la idea. No obstante, ello había podido ser culpa de él tanto o

más que de ella, y ella probablemente daba un entusiasmo semejante por cosa supuesta (ya que daba tal increíble cantidad de cosas por supuestas). Por otra parte, él sí había manifestado ese entusiasmo con frecuencia en sus múltiples discusiones con Gabriel Nash, con el efecto, cierto es, de hacer que este notable personaje se burlara supremamente de lo que lo complacía calificar como su hipocresía. Gabriel defendía precisamente que había más ideas, más ideas de las cuales vivía el hombre, en una sola sala de la National Gallery que en todas las leyes del Parlamento. Nick había replicado más de una vez que antes sería preciso especificar de qué vivía exactamente el hombre; a lo cual había contestado Nash (y era muy infrecuente que lo hiciera citando las Escrituras) que en todo caso no era sólo de pan. A él las leyes del Parlamento le proporcionaban pan tout au plus.

Nick Dormer no tenía ahora la intención de volver a examinar aquel problema; se recordó a sí mismo que la ambivalencia de sus sentimientos era circunstancial, como decían los filósofos: era resultado de un estado de ánimo, y a su debido tiempo quedaría a merced de otro estado de ánimo distinto. Lo hacía blasfemar, y la blasfemia —como finalidad— era un valor inestable; así que se dispuso a apuntalar su ánimo con otras vigas diferentes. El mejor momento de todos, con mucho, para entregarse al oficio propio es cuando éste no parece valer la pena, pues en tal caso se le brinda una brillante oportunidad, la de resistir la más dura de las pruebas: la prueba de que uno lo juzgue odioso. Esforzarse al máximo cuando de ello se puede sacar lo mínimo, es lo más cercano posible al verdadero espíritu de la creación. En todo caso, algo era plenamente seguro, reflexionó Nick: nada en el mundo lo induciría jamás a dar media vuelta; ni aunque este crepúsculo espiritual le durare el resto de sus días. Se endureció en esta resolución con un escrúpulo que, si se hubieran llegado a enterar, habría hecho a Nick aún más entretenido a ojos de quienes ya lo calificaban así; pero en ese momento y por fortuna Miriam le construyó aprisa y corriendo el pequeño puente que era preciso para llevarlo a justificaciones más confortables de su resolución. Si había conseguido hacer su retrato, era prueba de que ella le había servido de inspiración; y el hecho de que ella le hubiera servido de inspiración refulgió ante él como señal de que podría seguir resultando adecuada a sus propósitos. Nick encontró aquí las vigas que necesitaba, como las he llamado, y —sobre la estructura que erigió sirviéndose de ellas— bailó durante unos instantes poseído por el alivio. Le despachó un telegrama a su hermosa modelo a Balaklava Place rogándole que bajo ningún concepto le fallara. Cuando su criado regresó fue para hacer entrar en el estudio a Peter Sherringham, con quien el hombre por lo visto se había encontrado a la puerta.

La hora era tan temprana para las relaciones sociales que Nick infirió de inmediato que su visitante había venido animado por algún impulso especial; pero esta inferencia fue seguida al instante por la reflexión de que pensándolo

bien Peter podía tan sólo estar deseando compensar con un celo repentino no haberse acercado a él últimamente. Se olvidaba de que, como le había contado Bidy después del hecho, su primo extranjero —o casi extranjero— había pasado una hora en Rosedale Road, sin lograr verlo a él pero sí al retrato de Miriam, el día de su propia partida apresurada hacia Beauclere. La relación entre estos dos muchachos no era de carácter protocolario, y no estaba en la naturaleza de Nick llevar cuenta de los deberes sociales cumplidos o negligidos; no obstante, había tenido la vaga sensación de que durante una estancia en Londres, por parte de Peter, que al parecer se estaba prolongando llamativamente, él y su pariente se habían visto con menor frecuencia que antaño. Cierto es que se trataba de un momento absorbente en las carreras de ambos; pero, al mismo tiempo que admitía esta verdad, Nick consideraba que no era imposible que Peter hubiera resuelto mostrarse resentido con él por alguna hipotética falta de consideración hacia Julia, si bien ello habría sido estúpido y además el recién nombrado ministro (destinado no recordaba adónde) solía hacer gala de más elegantes modales. Nick estaba convencido de que, puesto que él había tratado a Julia con concienzuda generosidad, ella no tenía nada en absoluto que reprocharle; así que por lo tanto su hermano aún menos. En cualquier caso, no era asunto de su hermano. Había tan sólo dos cosas que dejaban a Nick sin entusiasmo por terminar todo este tema mediante unas pocas palabras francas: una de ellas, su inveterada aversión a hablar de su vida privada (una renuencia en cuestión de la cual él y Peter no tenían nada que envidiarse); y la otra, un sentimiento peculiar que le habría exigido todavía más dosis de confesiones íntimas y que no cabría describir de otro modo que como la percatación de que la consecuencia más nítida e incluso la más agradable del derrumbe de su compromiso matrimonial había sido, qué le iba a hacer, una sensación extremada de libertad. La facultad de observación de Nick Dormer era de un tipo diferente que la de su primo; se fijaba mucho menos en los síntomas que le ofrecía el presente y llevaba a cabo globalmente un más pobre examen de la vida. Sin embargo, así como durante estos días en Londres uno de nuestros jóvenes había encontrado el ambiente cargado de influencias personales, la agitación de las partículas humanas, así el otro, aunque sólo aspiraba a vivir sin demasiadas inquietudes y trabajar sin demasiados desastres, a —en resumidas cuentas— alegrarse y entristecerse sin salirse de la medida habitual, se había vuelto consciente de cierta tensión en lo tocante a las relaciones interpersonales, consciente de que la vida está atestada y la pasión es incansable, los accidentes frecuentes y la comunidad inevitable. Todo aquel con quien se tenían relaciones, tenía relaciones a su vez, y hasta el optimismo era un asunto turbio y la paz un resultado de necesarias intrigas. La única solución era dejar que todo en la vida fuera pasto de las intrigas salvo el buen humor propio, y que todo en la vida se arruinara salvo la labor propia. Debe agregarse que a veces Nick tomaba contra la irritación precauciones que

sobrepasaban la medida de este peligro, al igual que los inminentes viajeros a punto de atravesar como una exhalación tierras foráneas estudian tratados de gramática en busca de combinaciones verbales que nunca se verán en la necesidad de usar. Sólo se sentía a gusto cuando las cosas marchaban agradablemente: sus desviaciones de este criterio general eran escasas. Tenía la tenue impresión de que Peter pensaba que él lo exasperaba y de que había podido presentarse ahora para decírselo; en cuyo caso él lo sentiría por Peter en varios sentidos. Pero tan pronto como su visitante comenzó a hablarle, Nick sintió que la suspicacia se deshacía en la antigua cordialidad, y ello pese a que el discurso de Peter poseía una perfección levemente exagerada, como la perfección de lo ensayado, lo cual podía implicar cierto grado de deliberación intencional. A Nick pronto le pareció que era preferible sentirse desenfadado que sentirse enfadado; este sencillo argumento fue más que suficiente para que se alegrara de que Peter se encontrase allí.

—Mi querido Nick, son unas horas incivilizadas, ¿verdad? Ni siquiera estaba seguro de que estuvieras levantado, y sin embargo tenía que arriesgarme, porque tengo las horas contadas. Me marcho mañana —continuó Peter—; tengo mil cosas que hacer. Esta vez no me he visto contigo tanto como antiguamente (es una pérdida irreparable, pero es culpa tuya, ya lo sabes), y puesto que he de estar todo el día yendo de acá para allá, me pareció que debía pillarte antes de que ninguna otra persona lo hiciera.

—Alguien lo ha hecho ya, pero hay tiempo de sobra —repuso Nick.

Peter se quedó mirando fijamente un instante, como si fuera a hacer una pregunta; entonces se lo pensó mejor y dijo:

—Ya veo, ya veo. Siento decir que dispongo como mucho de sólo unos minutos.

— ¡Hombre de abrumadoras responsabilidades, has venido con el fin de humillarme! —exclamó Nick—. Ya lo sé todo.

—En ese caso sabes más que yo. No he venido con ese fin, aunque me encantará si de paso puedo humillarte un poquito. Llevo dos cosas en la cabeza, y voy a mencionar primeramente la más difícil. Me presenté aquí hace poco, el día de mi llegada a Londres.

—Ah, sí, lo hiciste; ¡vaya gran detalle! —lo interrumpió Nick, como si en ese momento lo recordara—. Habría debido devolverte la visita, o dejar una tarjeta o escribir mi nombre o algo así, en Great Stanhope Street, ¿verdad? Por entonces aún no había llegado este nuevo asunto tuyo, que, si no, lo habría hecho.

Peter lo contempló con fijeza por un momento. Y dijo:

—Diablos, ¿qué es lo que te pasa? ¿Soy realmente imperdonable por haberme tomado aquella libertad?

— ¿Qué libertad? —En este instante parecía que a Nick no le pasara nada de nada, y de hecho la alusión de su visitante no lo iluminó en absoluto. De momento Nick pensó tan sólo en Biddy, de la cual y de cuyas secretas inclinaciones Grace había insistido en hablarle. No eran en absoluto asunto de él, y si por nada del mundo habría permitido que la propia muchacha sospechara que él tenía conocimiento rebosante sobre lo que estaba más velado y oculto en ella, menos aún habría obsequiado bajamente a Peter con ese conocimiento. Grace tenía la extraña teoría de que Peter se portaba mal con Biddy, de que se portaba mal —de uno u otro modo— con todos ellos; pero el ardor de Grace (lo tenía de sobra, aunque fingiera toda suerte de refinadas indiferencias) casi siempre se manifestaba en forma de error. Nick deseaba hacer tan sólo lo que Biddy le agradeciera, y sabía muy bien lo que no le agradecería. Ella quería que él y Peter fueran grandes amigos, y el único obstáculo que había para ello era que Peter era diplomático en demasía. Peter lo hizo pensar por un instante en ella y en el rato que ellos habían pasado juntos últimamente en el estudio en ausencia de él, rato del que Biddy le había ofrecido una crónica llena de detalles y de omisiones; y eso a su vez retrotrajo las especulaciones de Nick al papel que en este asunto representaba su visitante. Esa complejidad de sentimientos, que sabía que últimamente se había incrementado en su propia conciencia, y que se debía a que cualquier hilo del que se tirara conduciría probablemente a algo poco regocijante, era ilustrada por la circunstancia de que mientras que la pobre Biddy estaba pensando en Peter, se podía apostar diez contra uno a que el pobre Peter estaba pensando en Miriam Rooth. Todo esto desfiló ante la visión interior de Nick en un espacio de tiempo más breve que mis excesivamente numerosas palabras.

—Puse la mano sobre tus tesoros, escarbé entre tus lienzos —dijo Peter—. Biddy no tuvo ninguna culpa de ello, mantuvo una actitud de irreprochable reserva. Aquello ha pesado sobre mi conciencia todos estos días, y habría debido hacer penitencia mucho antes. En cierto modo, he estado aplazándolo a causa de que me siento tan abochornado de mi indiscreción. Mi querido Nick, que *voulez-vous*? Mi delito ha sido grande. Me habían dicho que habías estado pintando a la señorita Rooth, así que no pude refrenar mi curiosidad. Sencillamente me acerqué a ese rincón y lo revolví... una pizca desconsideradamente, es innegable. Saqué a la joven a la luz; tu hermana palideció cuando me vio hacerlo. Se pareció bastante a abrir una de tus cartas, ¿verdad? Sin embargo, te aseguro que las consecuencias no han sido nefastas, pues no puedo sino felicitarte tanto por tu sintaxis como por tu corresponsal.

—Te muestras tan inteligente, tan agudo, tan bienhumorado como siempre,



mi buen amigo —comentó Nick, acercándose al rincón aludido por su acompañante y poniendo las manos sobre el mismo lienzo—. Tu curiosidad es el mejor homenaje posible a mi vulgar tentativa, y tu interés me reconcilia conmigo mismo. Aquí la tienes de nuevo —continuó Nick, haciendo entrar a presión el cuadro en un marco vacío—; la verás quieras o no.

— ¿Te reconcilia contigo mismo? ¡No querrás decir que te habías peleado! —repuso Sherringham, de pie frente al cuadro.

—Oh, no sabría decirte; he estado involucrado en tal bronca; cualquier cosa es preferible a una bronca.

—Está maravillosa. Está espléndida —dijo Sherringham—. Le has añadido cosas desde el otro día; has incluido varios detalles.

—Sí, pero he trabajado sólo a ratos sueltos. No me he plegado enteramente al célebre consejo de que uno ha de haber roto definitivamente con el antiguo amor.

— ¿Con el antiguo amor? —repitió Sherringham, mirando con intensidad el retrato.

— ¡Antes de embarcarse en uno nuevo! —No bien hubo pronunciado Nick estas palabras, se puso colorado; se le había ocurrido que Peter pensaría con probabilidad que se estaba refiriendo a Julia. Consecuentemente añadió sin demora—: No es tan fácil dejar de representar a un distrito electoral afectuoso. Realmente, la mayor parte de mi tiempo durante una quincena la he dedicado a escribir cartas. Se han mostrado todos inesperadamente encantadores. Había creído que iban a aborrecerme y a despreciarme. Pero ni por asomo; me abrazan con cariño, me derriten a base de ternura. Me he llegado hasta allá para discutir mi asunto con ellos, y hemos pasado los más cordiales y deliciosos ratos. He designado a mi sucesor; me he sentido como si fuera el emperador Carlos V en vísperas de su retiro al Monasterio de Yuste. Cuanto más los he tratado en estas circunstancias, mejor me han caído, y afirman que lo mismo les ha sucedido a ellos respecto de mí. Nos pasamos el tiempo asegurándonos que hasta este momento no habíamos empezado a conocernos de verdad. En definitiva, es un festín de cordialidad. Pero no es trabajar. C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre.

—No son todo lo encantadores que podrían, si no te ofrecen mantenerte y dejarte pintar.

—Les falta poco para hacerlo; es fantástico —dijo Nick—. No olvides que aún no han visto ninguna de mis pinturas.

—Lo siento mucho por ti: vivimos en una era demasiado ilustrada —declaró Peter—. Ya no es posible sufrir por el arte. Tu experiencia es

interesante; parece demostrar que, en el increíble grado de civilización a que hemos llegado, no se puede sufrir por otra cosa que por hambre.

—Estoy claramente destinado a sufrirla abundantemente.

—Jamás, jamás, pintando tan bien.

—Oh, vamos, eres demasiado bueno para ser sincero —respondió Nick—. Pero ¿de dónde te has sacado que la despensa de uno se llena en directa proporción a sus méritos artísticos?

Peter no lo satisfizo a este curioso respecto: se limitó a seguir mirando el retrato; tras lo cual, sin titubear, dijo:

—Te daré por él lo que me pidas, sin regatear y al momento.

— ¡Mi querido amigo, eres tan comprensivo que será tuyo gratis! — exclamó Nick, asiendo con su brazo el brazo de su compañero.

De momento Peter guardó silencio. Luego dijo:

— ¿Por qué me dices comprensivo?

— ¡Oh, cielo santo, es de ella... lo había olvidado! —dijo Nick riendo, dejando a su vez sin contestación la inquisición de su compañero—. Pero te daré otro.

— ¿Otro? ¿Vas a hacer otro?

—Esta misma mañana. Es decir, lo comenzaré. Ella se ha puesto en contacto conmigo; va a venir a posar, dentro de un rato.

Peter retrocedió un poco al oír esto, desasiéndose, y, por si aquel movimiento hubiese podido parecer consecuencia de las palabras de Nick, miró su reloj con atención, como para disipar tal apariencia. Retrocedió todavía más, para examinar el cuadro desde lejos, y declaró:

—Cuanto más lo retocas, mejor queda; ella tiene todas las virtudes de una gran modelo. Desde ese punto de vista es una pena que se dedique a otra profesión: podría hacer grandes cosas en ésta. Pero ¿en qué estilo la vas a hacer ahora? —inquirió Sherringham, sinceramente interesado.

—Oh, ¿qué puedo decir?; ya se nos ocurrirá algo; lo hablaremos ella y yo. Es extraordinario lo bien que entiende lo que uno desea: lo comprende a uno mejor que uno a sí mismo. No es una recién llegada. De todos modos no te estoy diciendo nada que tú ya no sepas, puesto que tú la inventaste, ¿no es cierto? Es lo que ella dice; se refiere a ti con la mayor dulzura —prosiguió Nick—. Lo que deberíamos hacer es intentar algo lo más distinto posible de lo que ya hemos hecho; esta vez no será la sibila, la musa, la criatura subyugadora, sino la simpática muchacha, la de sus relaciones cotidianas, con

una indumentaria diferente, tal como se muestra en ville, como ella dice. Haré algo realmente bueno y te lo enviaré allí con mis respetos. Te hará acordarte de tus orígenes y tal vez un poco incluso de mí. Cuando ella se entere de que es para ti, se entregará a la tarea en cuerpo y alma. Déjalo a nuestra cuenta, mi querido amigo; daremos a luz algo grande.

—Es muy agradable lo que me dices, pero de todas maneras te mandaré un cheque —dijo Peter.

—Supongo que puedes permitirte en tu posición, pero eres demasiado orgulloso —contestó su pariente.

— ¿Qué quieres decir con eso de mi posición?

—Tu apoteosis, tu elevada relación con tu país, tu misión de tratar con soberanos poderes en representación de un poder soberano. ¿No es así como se dice?

Sherringham, que había vuelto a acercarse a su compañero, escuchó aquello con los ojos fijos en el rostro de Nick, mientras a la vez volvía a sacar su reloj. Y exclamó cariñosamente, bajando los ojos hacia el reloj al mismo tiempo:

— ¡Desgraciado! —Y añadió—: ¿A qué hora has dicho que esperas a tu modelo?

—Oh, aún falta tiempo; no te preocupes de que yo pueda verte agitado ante su presencia.

— ¡Desgraciado! —espetó Sherringham de nuevo.

Esta cordial nota personal aclaró la atmósfera, hizo más plena la comunicación entre los dos jóvenes.

—Quédate y sigue hablando conmigo —dijo Nick—; me atrevo a pensar que es una oportunidad para mí. Sabe Dios cuándo podré volver a tratarte con tanta intimidad.

— ¿Es que tienes algo más que mostrarme, alguna otra obra? —preguntó Sherringham.

— ¿Debo camelarte pegando mis «anuncios» en la pared uno detrás de otro? Ya sabes lo que he estado haciendo; con lo cual, naturalmente, quiero decir que ya sabes lo que no he estado haciendo. Mis obras, como tienes la gran bondad de llamarlas, han sido hasta ahora terriblemente chapuceras. No he tenido tiempo, ni oportunidades, ni continuidad. Ahora tendré que ir a sentarme en un rincón y aprenderme el abecedario. Eso de ahí no es bueno, y lo que dentro de un rato voy a hacer para ti tampoco lo será. No me contradigas, mi querido amigo; durante bastante tiempo nada será digno de

verse. Y piensa en mi ridícula edad. Como dice el pueblo llano (¿o no lo dice?), es un asunto chungo. No resultará divertido.

—Oh, estás tan capacitado que harás progresos con rapidez —replicó Sherringham en su intento por ingeniar cuál podría ser la forma más directa de desobedecer la intimación de su compañero a no contradecirlo.

—Me refiero a que no resultará divertido para los demás —dijo Nick, impertérrito ante la infracción—. Quieren resultados, y no hay que culparlos por ello.

—Haz lo que quieras, pero por favor no hables como el señor Gabriel Nash —continuó Peter—. A veces tengo la sensación de que acabarás haciéndolo.

Nick miró extrañado un momento.

—Caramba —dijo—, él nunca lo habría expresado de ese modo. «Quieren resultados, los muy imbéciles»; eso habría sido más típico suyo.

—Es tan sólo una diferencia de nuance. Y ¿eres extraordinariamente feliz? —añadió Peter, mientras Nick se dedicaba ahora a darle gusto disponiendo media docena de lienzos para que él pudiera contemplarlos.

—No tanto, sin duda, como la vida artística debería hacerlo a uno; porque no toda la familia de uno es tan entusiasta como los electores de uno. Pero poco a poco voy descubriendo la belleza que hay en la obstinación.

—Tu madre está muy mal. Almorcé con ella anteayer.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —dijo Nick apresuradamente—; pero es demasiado tarde, demasiado tarde. Ahora ya no tengo otra alternativa que trabajar aquí sin descanso y despreocuparme. Después de todo, hay un gran privilegio en mi existencia.

Sherringham vaciló. Y después preguntó:

— ¿Que es...?

—Oh, que sé lo que deseo; eso lo es todo, bien lo sabes.

—Es un privilegio, sin embargo, del que sólo has comenzado a gozar recientemente, ¿no es así?

—Ya, pero haber esperado sólo consigue hacerme apreciarlo todavía más. Ahora es firme; y compensa, en el momento presente, por la ausencia de tantas otras cosas.

De nuevo Sherringham guardó silencio durante unos segundos. Y finalmente comentó:

—Suenan un poco monótono.

—Depende de con qué lo compares. Es bastante más picante que la Cámara de los Comunes.

—Oh, no creo que nunca le cobre afición a esa faena.

Se produjo otra pausa, durante la cual Nick se movió por la habitación echando una ojeada a bocetos antiguos para comprobar si tenía algo más que enseñarle a su visitante, mientras Sherringham proseguía examinando las creaciones inacabadas y en algunos casos, como le pareció, poco prometedoras que acababan de serle ofrecidas a su consideración. Eran mucho menos interesantes que el retrato de Miriam Rooth y, parecía ser, mucho menos demostradoras de la existencia de un gran talento. Para aquella obra concreta, las dotes de Nick habían experimentado un impulso considerable. Tal fue la reflexión que se hizo Peter, como ya se la había hecho con intensidad anteriormente; pero las palabras que al poco pronunció no tuvieron relación visible con esa reflexión. Se trató nada más que de esta abrupta pregunta:

— ¿Has sabido algo acerca de Julia?

—Ni una sílaba. ¿Y tú?

—Cielos, no; nunca me escribe.

—Pero ¿ni siquiera lo hará con motivo de tu ascenso?

—Seguramente no —dijo Peter; y fue la única referencia a la señora Dallow que intercambiaron el hermano y el antiguo prometido. Confirió una leve agitación a la atmósfera, que Peter procedió a disipar mediante una alusión menos digresiva comparativamente hablando. Expresó su pena de que Bidy no se presentara; tenía idea de que siempre estaba en Rosedale Road por las mañanas. Tal era el segundo motivo de su presente visita: el deseo de verla y de darle un recado para Lady Agnes, puesto que a hora tan temprana él no habría osado entrometerse en Calcutta Gardens. Nick respondió que de hecho Bidy casi siempre se presentaba, y la mayoría de las veces temprano; venía a saludarlo y a ayudarlo a emprender el nuevo día. Era una devota Electra, que trataba con cariño y dulzura a un aturdido Orestes. Le insinuó a Peter, no obstante, que ya tendría oportunidad de verla aquella noche, y de ver a Lady Agnes; pues ¿acaso no iba a hacerles el honor de cenar en Calcutta Gardens? El día anterior, Bidy se había presentado contentísima con esa noticia. Peter explicó que tal era exactamente el triste objeto de su presente démarche: que el plan de cenar en Calcutta Gardens, lamentándolo más allá de toda medida, había quedado hecho trizas. El caso era (¿no estaba enterado Nick?) que esa noche había quedado fijada inesperada y perversamente para la première de Miriam, y él se hallaba bajo un compromiso ineludible con ella en el sentido de no faltar. Para mayor complicación, estaba obligado a marchar a París la mismísima mañana siguiente. Realmente lo sentía en el alma, pues le

había dado su palabra a Lady Agnes: no había tenido conocimiento entonces de la fecha del asunto de Miriam, respecto del cual ya había dado garantía previamente. Lo sentía más de lo que podía expresarlo, pero le era imposible fallarle a la señorita Rooth: desde el principio había manifestado un interés por ella que debía hacer extensivo a aquella noche. No tenía elección: no había estado presente la primera e insegura vez que ella apareció en público. Y la segunda noche de la obra no serviría: había de ser la primera o nada. Además, no podía postergar su partida hasta el lunes.

Mientras Peter enumeraba estas contrariedades, su compañero estaba ocupado en limpiar con un paño una paleta que acababa de estar raspando.

—Comprendo; yo también lo siento mucho —dijo Nick—. Siento que no puedas darle esa satisfacción a mi madre; yo le doy tan pocas.

—Mi querido amigo: pues podrías darle algunas más. ¡Es un poco excesivo esperar que yo compense tus omisiones!

Nick miró a Peter con fijeza momentánea mientras frotaba su paleta; y en ese momento sintió la tentación de contestar: «Hay un modo en que podrías hacerlo, hasta un grado nada desdeñable. ¡Creo que lo adivinas! Y no te sería intrínsecamente fastidioso». Pero el impulso se diluyó sin alcanzar expresión verbal, y Nick se limitó a responder:

—Puedes aclararle todo eso a Bidy cuando venga, y ella se lo aclarará a mi madre.

«¡Pobrecita Bidy!», exclamó Sherringham mentalmente, imaginándose a la muchacha con tamaño encargo ante ella; pero lo que articuló verbalmente fue que tal era precisamente la razón de esta visita suya al estudio. Ya le había infligido su compañía a Lady Agnes el jueves y había compartido el almuerzo con ella, pero no había visto a Bidy, aunque se había quedado a aguardarla con la esperanza de que acudiera. Ahora se quedaría de nuevo a aguardarla: merecía por completo la pena.

—Paciencia, paciencia; siempre te quedo yo —dijo Nick; a lo cual agregó —: Si la cuestión consiste en ir a ver la obra, no comprendo muy bien por qué no puedes cenar en casa de mi madre de todas maneras. La gente va al teatro después de cenar.

—Sí, pero no sería limpio, no sería decente: esta vez el caso es estar presente desde el alzamiento del telón. Obligaría a tu madre a cenar una hora antes de lo corriente, y, después, en pago de esa cortesía, tendría que irme a mi representación a las ocho en punto, dejándolas languidecer allí a ella y a Grace y a Bidy. Ojalá hubiera propuesto con tiempo que se vinieran conmigo — insistió Peter, sin excesiva sinceridad.

—Aún puedes hacerlo —sugirió Nick.

—Oh, a estas alturas sería imposible conseguir un palco.

—Le hablaré a la señorita Rooth sobre eso si lo deseas, cuando venga —sonrió Nick.

—No, no tiene objeto —dijo Peter, volviéndose una vez más para consultar su reloj. Se dijo en silencio que eso sería aún menos decente, sería aún menos considerado que pedirle a Lady Agnes, para conveniencia de él, que cenaran temprano. Que él se hubiera llevado a Biddy la noche en que cenó con ella y con la señorita Tressilian, ya había sido algo muy parecido a una infracción de la buena etiqueta. Esto no supo decírselo a Nick, quien comentó sin tardanza que vale, que de acuerdo, ya que la decisión de Peter le devolvía a él su libertad.

— ¿Tu libertad? —hizo de eco Peter interrogativamente, volviéndose otra vez hacia él.

—Caramba; como ves, ahora yo también puedo ir al teatro.

—Ciertamente; no había pensado en ello. Ibas a ir.

—Había renunciado ante la perspectiva de poder verte.

—Palabra de honor, eres excesivamente considerado. No me merezco semejantes sacrificios —dijo Sherringham, que había visto en el rostro de Nick que aquello no había sido una figura retórica, sino la pura verdad—. Sin embargo, ¿no se te ocurrió que, como cabía esperar, yo mismo podía (incluso podríamos decir que naturalmente querría) ir? —agregó.

Nick rompió a reír.

—Se me habría ocurrido —dijo— si entendiera un poco mejor... —E hizo una pausa, sin dejar de reírse.

—Si entendieras un poco mejor ¿el qué? —requirió Peter.

—Tu situación, sencillamente.

Peter lo miró un instante, y dijo:

—Cena conmigo por ahí esta noche; iremos al teatro juntos y entonces la entenderás.

—Con mucho gusto, con mucho gusto; disfrutaremos de una alegre velada —dijo Nick.

—Llámala alegre si quieres. ¿Cuándo dijiste que venía? —preguntó Peter.

— ¿Biddy? Oh, probablemente, como digo, en cualquier momento.

—Me refiero a la gran Miriam —repuso Peter.

—La gran Miriam, si es puntual, estará aquí dentro de unos cuarenta minutos.

—Y ¿podría suceder que se encontrara aquí con tu hermana?

—Mi querido amigo, dependerá de si mi hermana se queda para verla.

—Exacto; pero el quid está en si vas a dejarla quedarse para verla, ¿no te parece?

Nick miró ligeramente desconcertado, e inquirió:

— ¿Por qué no puede Bidy hacer lo que le dé la gana?

—En ese caso probablemente se marchará.

—Sí, a no ser que se quede.

—No se lo permitas —saltó Peter—; hazla irse. —Y, para explicar estas palabras, añadió—: No parece precisamente lo más adecuado, la idea de que las jóvenes se junten con actrices. —Le pareció que su explicación requería a su vez explicación; así que prosiguió—: Al menos en el extranjero no se considera lo más adecuado, y ni siquiera en Inglaterra consigo zafarme de mis conceptos extranjeros.

No obstante, aun con este último desarrollo, su proposición siguió pareciéndole insatisfactoria a su compañero; lo cual, después de considerarlo un instante, expresó Nick con sencillas palabras:

—Caramba, fuiste tú quien las presentó mutuamente la primera vez, en París, a Bidy y a la señorita Rooth. ¿Acaso no se conocieron en tus habitaciones y confraternizaron, y no estábamos mucho más en el extranjero que ahora?

—Es cierto, pero ocurre que a ella no le gustó —respondió Peter, sospechando que para ser diplomático debía de estar pareciendo disparatado.

— ¿Que a la señorita Rooth no le gustó? —abundó Nick.

—Confieso que no me acuerdo. Además, por entonces no era actriz aún. Lo que sí recuerdo es que a Bidy no le cayó excesivamente bien.

—Caramba, pero si le pareció maravillosa, la cubrió de elogios. Yo también me acuerdo.

—No le cayó bien como mujer; la elogió como actriz.

—Me parecía que habías dicho que por entonces no era actriz aún — comentó Nick.



Peter titubeó.

—Oh, Biddy sí la consideraba actriz —dijo—. Aparte, Biddy ya ha vuelto a verla. La llevé al teatro hace poco, y su curiosidad ha quedado saciada.

—En realidad, todo esto me da lo mismo, y si hay algún motivo para ello la echaré sin contemplaciones. Pero la gran Miriam parece una mujer tan amable, tan bondadosa.

—Lo es: encantadora, encantadora —dijo Peter, mirando intensamente a Nick.

—Aquí llega Biddy —siguió éste último—. La oigo en el portal; puedes informarla tú mismo.

—No se trata de «informar», no es ésa en absoluto mi idea. Pero yo me llevaré a Biddy —dijo Peter.

—Resultará aún más drástico.

—Oh, resultará simplemente egoísta. Me gusta su compañía.

Peter se había dado la vuelta como para dirigirse hacia el portal a fin de encontrarse con la muchacha; pero enseguida se detuvo, quedándose en mitad de la habitación, y al instante inmediato Biddy ya había puesto un pie en el estudio. Cuando lo vio allí, también ella se detuvo.

## 43

—Pasa, pasa, hija mía —dijo Nick—. Peter está cansado de esperarte.

— ¡Ah, ha venido a decir que no va a cenar con nosotros esta noche! — Biddy continuaba con la mano en el picaporte.

—Me marcho de Londres mañana; estoy lleno de cosas que hacer; me siento descorazonado; va a ser imposible —arguyó Peter—. Discúlpame por favor ante tu madre; estoy avergonzado de no haberle enviado anoche una nota.

Biddy cerró la puerta y entró del todo mientras su hermano le decía:

— ¿Cómo diablos lo has adivinado?

—Lo he visto en el Morning Post —contestó Biddy, mirando a Peter.

— ¿En el Morning Post? —repitió su primo.

—Leí que va a haber un estreno en ese teatro, aquel adónde nos llevaste. Conque me dije: «Ah, Peter estará allí».

—Sí, es otra de las cosas que tengo que hacer —reconoció Peter.

—Ella va a posar para mí una vez más esta mañana, la maravillosa actriz de ese teatro. Ha quedado en venir; conque ya ves que las cosas me van bien —le anunció Nick a Biddy.

—Oh, me alegro mucho. ¡Es tan espléndida! —Ahora la muchacha desvió de Peter la mirada, pero no hacia el triunfal retrato de Miriam Rooth, aunque éste parecía acaparar el sitio.

—Qué bien que hayas llegado. He estado esperándote —se apresuró Peter a afirmarle a Biddy, aunque fue consciente de que, dadas las circunstancias, aquello resultaba magro.

— ¿No vas a venir a visitarnos tampoco en otro momento?

—Lo siento en el alma, pero de verdad que no voy a disponer de tiempo. En consecuencia es una bendición que no hayas dejado de venir hoy por aquí.

—Yo también me alegro mucho —dijo Biddy. Y añadió—: Y cuando te marches a América... ¿te vas a quedar allí mucho tiempo?

—Hasta que me destinen a algún otro sitio mejor.

—Y ese sitio mejor, ¿estará igual de lejos?

—Ah, Biddy, entonces no sería mejor —dijo Peter.

— ¿Quieres decir que te encargarán alguna misión aquí?

—Lo veo difícil. Pero sí que tengo una buena cantidad de misiones aquí hoy. —Peter consultó su reloj por enésima vez.

Biddy se volvió hacia su hermano, quien se le quejó:

—Podrías darme los buenos días.

Ella le dio un beso, y él le preguntó por noticias de Calcutta Gardens; a lo cual respondió ella:

—La única noticia es, naturalmente, que, ¡pobrecillas!, están haciendo grandes preparativos pensando en Peter. Mamá considera que debió parecerle un almuerzo muy sórdido el del otro día —amplió la muchacha, dirigiéndose al invitado de aquella romántica ocasión.

— ¡Infiel Peter! —dijo Nick, poniéndose a silbar y a preparar un lienzo en previsión de la llegada de Miriam.

—Querida Biddy, agradece a las estrellas que no fueras encaminada hacia mi horrenda profesión —declaró el individuo así motejado—. Lo hacen rodar a uno de un lado para otro como una pelota de criquet, no lo dejan responder de la tranquilidad o el tiempo propios más allá del próximo segundo.

—Ah, la nuestra sí que es una profesión, la de Biddy y la mía —espetó Nick, disponiendo su lienzo—: una carrera hecha de libertad y paz, de prolongadas mañanas encantadoras, que transcurren bajo una queda luz del norte, en la contemplación, y hasta podría decir en la compañía, de lo grato y de lo hermoso.

—Tal es ciertamente el caso cuando Biddy viene a visitarte —repuso Peter.

Biddy le sonrió, y dijo:

—Vengo todos los días. Anch'io son pittore! Me dedico a alentar a Nick con todas mis fuerzas.

—Qué lástima no ser mártir; ella perecería valerosamente a mi lado —dijo Nick.

— ¡Sí que lo eres! ¡Eres un mártir, cuando la gente dice de ti cosas tan odiosas! —exclamó la muchacha—. De veras que las dicen. He oído muchas más de las que te he contado.

—Eres tú en ese caso, con tu indignación y tu comprensión, la que sufre martirio —observó Peter, que deseaba con vehemencia ser deferente con ella.

— ¡Oh, yo no las tomo en cuenta! —respondió ella, poniéndose colorada por efecto del comentario; y, dirigiéndose a Peter, prosiguió—: ¿Tú no crees que es posible hacer tanto bien pintando grandes obras de arte como... como dedicándose a hacer lo que hizo papá? ¿No crees que el arte es necesario para la felicidad, para la grandeza de un pueblo? ¿No crees que es varonil y honroso? ¿Crees que sentir pasión por él es algo para avergonzarse? ¿No crees que el artista (el artista escrupuloso y serio) es un miembro de la sociedad tan distinguido como cualquier otro?

Peter y Nick se miraron mutuamente y se echaron a reír ante el modo como ella había expuesto su argumentación, y Nick le preguntó a su visitador si acaso Biddy no lo había expresado todo a la perfección. Por su parte, Peter le comentó divertido a Biddy:

—En general los artistas me deleitan, pero me deleitan aún más sus paladines.

—Ah, no se te ocurra meterte conmigo si tienes alguna sensatez —dijo Nick.

—Se siente uno tentado de hacerlo, visto lo radiante que se pone Biddy.

—Pues así es como se dedica a alentarme; es mi comida y mi bebida —siguió Nick—. Así y todo, me siento obligado a decir que para ella supone aventurarse irresponsablemente en las tinieblas.

— ¿En las tinieblas? —requirió su hermana.

—La oscuridad, mi querida hermanita, de tus propios proyectos, tus extrañas ambiciones y tus ilusiones estéticas. ¿No hay ciertas sombras preocupantes ahí?

—Caramba, a mí nunca me había interesado la política.

—No, pero siempre te ha interesado la vida, te ha interesado la sociedad, y resulta que has escogido la senda de la soledad y el recogimiento.

— ¡Eres fastidioso! —dijo Biddy.

—Abandona ese arduo propósito; déjalo y vente conmigo —intervino Peter.

— ¿Que me vaya contigo?

—Paseemos un poquito, o si quieres montemos en carruaje un poquito. En cualquier caso charlemos un poquito.

—Me parecía que tenías muchísimo que hacer —objetó Biddy de buena fe.

—Y así es, pero ¿por qué no habrías de poder acompañarme a hacer algunas de esas cosas? ¿Hay algún inconveniente? Tengo que hacer algunas compras tediosas; alegrarías mis actividades comerciales.

La muchacha titubeó; después se volvió hacia Nick y le preguntó:

— ¿Hay algún inconveniente?

— ¡Eh, no es asunto suyo! —protestó Peter.

—Sería preferible que te llevara a casa con mamá.

—Me voy a casa; hoy no me voy a quedar aquí —dijo Biddy. Después añadió para Peter—: He venido en un cabriolé, pero quiero volver andando. Acompáñame durante el camino.

—Será un placer. —Mas Sherringham añadió—: Pero no me será posible entrar.

—Oh, es lo mismo —dijo Biddy—. Adiós, Nick.

—Queda acordado entonces que cenaremos juntos, a las siete en punto ni un minuto más ni un minuto menos. ¿No sería preferible un club? —le preguntó Peter a Nick, antes de marcharse. Fue incluso más lejos y le sugirió el club concreto que sería preferible; y sus palabras movieron a Biddy, que había dirigido sus pasos hacia la puerta, a volverse un momento con cara de tener la intención de preguntarle con reproche si para eso se había desdicho de su compromiso con Calcutta Gardens. Pero ese impulso, si es que lo hubo, no tuvo efecto, a menos que consideremos un efecto el que Peter le explicara a Biddy de motu proprio, tras que Nick hubiese mostrado su conformidad ante

sus propuestas, que también su hermano sentía deseos de asistir al estreno de la señorita Rooth y hacía un instante le había prometido acompañarlo.

—Ah, qué bien; le resultará muy provechoso, no cabe duda, ya que va a retratarla de nuevo —contestó Biddy.

—Creo que nada le resulta tan provechoso como que el azar lo haya obsequiado con una hermana como tú —observó Peter mientras salían. Mientras estaba hablando oyó afuera el ruido de un carruaje deteniéndose; y antes de que Biddy, que caminaba delante de él, abriera la puerta del portal, tuvo tiempo de decirse a sí mismo: «¡Qué contrariedad, ahí llega Miriam!». El portal abierto le confirmó que había acertado: esa señorita estaba apeándose del brougham conseguido mediante el celo económico de Basil Dashwood. Su madre la siguió, y ambas visitantes recién llegadas pronunciaron exclamaciones y se regocijaron, a su expansivo modo, en cuanto sus miradas recayeron sobre su muy estimado amigo. El portal se había cerrado después de que Peter saliera, mas él tocó la campanilla instantánea y enérgicamente, a fin de que las hicieran pasar lo antes posible, mientras permanecía levemente desconcertado ante la súbita producción de un incidente que se había esforzado por evitar. Además, intensificó un poco la sensación antedicha la circunstancia de que pareciera que Miriam se había presentado un tanto antes de lo convenido. Empero, el incidente prometió resolverse del modo más afortunado. Antes de que él pudiera darse cuenta, ambas mujeres se habían apoderado calurosamente de Biddy, quien por contraste semejó mirarlas con frialdad, frialdad adornada inclusive por un débil destello de aprensión, y Miriam había espetado:

—Ya te conocemos, ya te conocemos; te vimos en París, y viniste a mi teatro hace poco con el señor Sherringham.

—Y conocemos a tu madre, Lady Agnes Dormer. Espero que su señoría se encuentre muy bien —dijo la señora Rooth, que nunca antes le había parecido a Sherringham una vieja tan repelente.

—Te ofreciste a hacer mi cabeza, o algo por el estilo: ¿no me dijiste que hacías cosas en arcilla? Probablemente ya no te acuerdes, pero yo estaría encantadísima —insistió Miriam, con la más detallada urbanidad.

Peter no se sintió inquieto por lo abrumadora que se mostraba la madre, si bien no lo complugo que Biddy tuviera que asistir siquiera a ese espectáculo; mas esperó que su propia acompañante acogiera la sobrecargada generosidad de la joven actriz con el mismo espíritu con que, más bien para sorpresa de él, era evidente que había sido ofrecida.

—He posado para tu dotado hermano muchas veces —dijo Miriam—; ahora voy a posar de nuevo. Seguramente ya has visto el fruto de nuestra

colaboración; tu hermano es encantador. Si vous saviez comme cela me repose! —añadió, volviéndose durante un instante hacia Sherringham. Enseguida continuó para Bidy, sonriendo—: Sólo que tu hermano no habría debido tirar por la borda tales perspectivas, ya me entiendes. Tengo la impresión de que no fui muy simpática contigo aquel día en París; estaba nerviosa y asustada y me sentí perversa. Lo recuerdo muy bien; estuve odiosa. Pero ahora soy más refinada, te darías cuenta si quisieras conocerme mejor. No soy una muchacha mala, de veras que no. Pero me imagino que ya tienes tus propias amistades. ¡Felices ellas, pareces tan encantadora! Se parece una barbaridad al señor Dormer, especialmente en la mirada, ¿verdad, mamá?

—Es de una recia estirpe normanda: el más hermoso y puro linaje —sonrió afectadamente la señora mayor—. El señor Dormer tiene la bondad de venir a visitarnos en ocasiones; los domingos siempre estamos en casa, así que si un día decides venir con él tal vez pasases un rato agradable, si bien naturalmente es un ambiente muy distinto de los círculos en que habitualmente te mueves.

Biddy murmuró un vago agradecimiento ante aquellas portentosas amabilidades, y Miriam comentó:

—Distinto, es cierto; pero somos decentes, ya me entiendes. Pásate algún día, de verdad —añadió. Después se volvió hacia Sherringham y le dijo—: Recuerde lo que le dije: espero que no venga esta noche.

—Sí, sí, comprendo. No faltaré —respondió Peter, poniéndose colorado.

—Sería una necedad. Manténlo bien, bien alejado; no le permitas ir —insistió Miriam, dirigiéndose a Bidy; dicho lo cual, y puesto que el gran portal de Nick había comenzado a abrirse, desapareció por él con su madre.

Peter echó a andar alejándose sin pérdida de tiempo con Bidy, declarando al mismo tiempo:

— ¡Esta mujer es de lo más imprevisible!

—Sí, pero increíblemente agraciada. —Y la muchacha añadió, pasado un instante—: Le diré a Nick que me lleve.

—Bueno, ella no te perjudicará. Son decentes, como ella dice. Es el mundo del arte... hace un momento defendiste tan enardecidamente el arte.

—Oh, no pensaba concretamente en el arte de esa clase —dijo Bidy.

—No lo hay más que de una clase: es todo uno. Si el de un tipo es bueno, entonces el de otro también lo es.

Biddy siguió caminando un rato. Entonces dijo:

— ¿Es seria? ¿Es escrupulosa?

—Ah, tiene todos los ingredientes de una gran artista —dijo Peter.

—Me alegra oírte decir que crees que una mujer puede llegar a serlo.

—Nunca he dudado de ello en este terreno.

— ¿Sólo en este terreno?

—Me refiero al teatro en general, sea dramático o lírico. En calidad de actriz es como la mujer produce los más plenos y satisfactorios efectos artísticos.

— ¿Sólo en calidad de actriz?

—Bueno, hay otro arte en que tampoco lo hace mal.

— ¿A cuál te refieres? —preguntó Bidy.

—Al de mostrarse encantadora y generosa e indispensable para el hombre.

—Oh, en eso no hay arte.

—En tal caso sólo le dejas el teatro. Tómallo si quieres en su sentido más amplio.

Biddy pareció reflexionar un momento, como para discernir cuál sentido podría ser ése. Mas no dio con ninguno que fuera lo suficientemente amplio, pues exclamó al momento siguiente:

— ¿Pretendes decir que la mujer no puede hacer otra cosa en la vida que ser actriz?

—No, en absoluto. Sólo digo que es lo mejor que puede hacer una mujer que se sienta irresistiblemente empujada a ejercer artes; pues en esa profesión es donde mejor se manifiesta su capacidad para las mismas y donde mejor se disimula su incapacidad. Pero al mismo tiempo le recomendaría vivamente a dicha mujer que no sea artista si puede evitarlo. Es una vida diabólica.

—Oh, es lo de siempre: los hombres nunca quieren que las mujeres representen nada.

—Es una miserable artimaña a la que se acogen para escapar de la abrumadora conciencia de que en realidad lo representáis todo.

— ¿Todo? Es el tipo de cosas que decís para mantenernos quietecitas.

— ¡Querida Bidy, ya ves cuánto éxito tenemos! —dijo Sherringham con una carcajada; a lo cual contestó la muchacha preguntando sin razón aparente:

— ¿Por qué te es tan necesario dedicar tu tiempo al teatro esta noche, si la señorita Rooth no quiere que vayas?

—Hija mía, sí quiere. Pero ésa es una cuestión sin importancia.

— ¿Por qué dijo, en ese caso, que no quería?

—Oh, porque pretendía dar a entender justo lo contrario.

— ¿Es que es así de falsa, de vulgar?

—Habla un lenguaje especial; en realidad no es falso, pues transmite lo que piensa, y quienes la conocen lo entienden.

—Pero no lo usa tan sólo con quienes la conocen, pues me ha pedido a mí, que disfruto en tan pequeña medida de ese honor, que te mantenga alejado esta noche. ¿Cómo puedo estar segura de que con eso quería decir que debo acuciarte para que no faltes?

Sherringham estuvo a punto de responder: «Porque yo te doy mi palabra»; pero a la hora de la verdad no sintió deseos de dar su palabra —experimentó algunos escrúpulos muy exquisitos—, así que procuró zafarse de esa embarazosa tesitura mediante un homenaje poco matizado:

—Querida Biddy, eres deliciosamente despierta; eres tan sumamente astuta como la señorita Rooth. —Le pareció, no obstante, que esto había resultado escasamente procedente, así que siguió—: Lo cierto es que la importancia que tiene para mí el ir es totalmente independiente de que esa señorita lo desee o no. Sucede que en ir hay un beneficio nítido e intrínseco que es lo que inclina la balanza y que me sería muy largo de explicar.

—Entiendo. Pero es gracioso eso de que tendrías que «explicármelo»: ¿me haces sentirme tan indiscreta! —exclamó la muchacha enseguida; una exclamación que lo conmovió porque él no fue consciente de que, por pronta que fuera la réplica, de todas maneras Biddy había tenido suficiente tiempo para quedarse desconcertada primero (aunque no lo habría confesado por nada del mundo) ante la extrañeza de semejante deber en semejante momento. De hecho la tal extrañeza, durante un silencio de varios minutos, acabó siendo experimentada por el propio Peter: su propia observación había sonado artificiosa, parecía casi ignominiosamente frívola en boca de un hombre en vísperas de marchar hacia un alto destino diplomático. Sin embargo, el efecto de todo ello no fue hacerlo exclamar: «¡Al diablo; voy a acudir a mi compromiso con tu madre!», sino llenarlo del deseo de acortar su excursión presente llevando a Biddy en carruaje el resto del camino. Se sentía incomodado, y a su alrededor circulaban cabriolés en los cuales se fijó con ansiosa mirada. Mientras estaba ocupado en esta actividad, su compañera reinició la conversación con una requisitoria abrupta—: ¿Por qué dijo ella que Nick no habría debido dimitir de su escaño?

—Ah, no lo sé; es su opinión. No tiene excesiva trascendencia.

—Si ella misma es artista, ¿por qué no le gusta que los demás ejerzan sus



artes, especialmente después de que Nick haya dedicado su tiempo a pintarla tan primorosamente? ¿Por qué va allí tan a menudo si desapruueba lo que él ha hecho?

—Oh, la desaprobación de Miriam... no hay que tomársela muy en serio: es una manera de hablar.

—De hablar falsedades, querrás decir. ¿Piensa justo lo contrario, es ése el modo en que habla de todo?

—Siempre admiramos más lo que menos capaces somos nosotros mismos de hacer —contestó Peter—; y Miriam no es política, no hace falta decirlo. Equipara a los pintores más o menos con su propia profesión, respecto de la cual, por nueva que sea en ella, no se hace ilusiones. Son todos artistas; hablando en general, es el mismo tipo de oficio. Ella prefiere a los hombres de mundo, a los hombres de acción.

— ¿Es el motivo de que te aprecie a ti? —dijo burlona Bidy.

—Pero si no me aprecia; ¿no lo has visto?

Bidy no dijo nada por unos instantes; después preguntó:

— ¿Por eso te permite tutearla y llamarla «Miriam»?

—Oh, nunca la tuteo, ni utilizo su nombre de pila en su presencia.

— ¡Ah, sólo en la mía! —dijo Bidy con sorna.

—Uno habla así como habla de «Raquel» refiriéndose a su insigne predecesora.

—Descontando que ella no es tan insigne aún, ¿verdad?

—Lejos de ello: es la más reciente de las principiantes, apenas lleva cuatro meses sobre el escenario. Pero ningún principiante se ha mostrado nunca tan iniciado. Avanzará muy rápidamente, y seguro que no pasará mucho tiempo antes de que llegue a ser magnífica.

— ¡Qué pena que tú no estarás para verlo! —comentó Bidy tras una pequeña pausa.

— ¿No estaré para verlo?

—Si te encuentras a miles de kilómetros.

—Es una pena —dijo Peter—; y, ya que lo mencionas, no me importa ser sincero y decirte (poniéndome en tus manos, como quien dice) que ése es el motivo de que yo conceda tanta importancia a una ocasión tan infrecuente como la de esta noche. Siento una debilidad por el teatro que, como es verosímil que sepas, nunca he ocultado, y durante muchos, muchos años, en

algún territorio yermo, probablemente no tendré otra cosa que la impresión que me deje la función de hoy.

—Comprendo, comprendo. Por lo tanto espero que sea inolvidable. —Y Bidy apresuró la marcha.

—Al igual que también habrán de durarme algunas otras impresiones inolvidables —agregó Peter, dándose cuenta de que se veía obligado a hacer un cierto esfuerzo para mantenerse al paso de ella. Bidy casi parecía estar huyendo de él, circunstancia que lo movió a sugerir, después de que hubieran seguido andando así un rato sin intercambiar más palabras, que si ella tenía prisa tal vez sería mejor coger un carruaje. La cara de Bidy le pareció extraña y conmovedora cuando ella la volvió hacia él para contestar con presteza:

—Oh, no tengo prisa en absoluto, y opino, de veras, que prefiero caminar.

— ¡Caminemos pues, por Júpiter! —declaró Peter con jocosidad un tanto forzada; cumpliendo lo cual siguieron adelante cien metros. Bidy mantuvo el mismo ritmo; empero, poco sorprendió a Sherringham que se detuviera súbitamente con la siguiente exclamación:

— ¡Pensándolo bien, aunque no tengo prisa me siento fatigada! Prefiero un carruaje; por favor, detén ése —añadió, mirando en derredor suyo.

Se hallaban en una calle vulgar, renegrada y tétrica, donde las casas pequeñas, baratas y grisáceas carecían de toda expresión, salvo de la de ser lúgubre e inconsolablemente conscientes de su ausencia de identidad. Estas casas se habrían constituido en una «hilera» de haber podido, pero ya habían desistido del intento. Incluso un cabriolé que vagaba al fondo del panorama le volvía escépticamente la espalda a éste, conque Sherringham hubo de elevar la voz en una potente llamada. Permaneció junto a Bidy contemplando al carruaje aproximárseles.

—Ésta es una de las inolvidables impresiones que recordarás —dijo ella, desplazando la mirada desde la figura particular del vehículo, que era anticuado y deprimente, hacia la chabacanería general.

Antes de que él pudiera responder, Bidy ya se había montado con agilidad; pero, cuando él contestó por fin: «Ciertamente lo es» y se dispuso a subirse también, ella cerró rápidamente la portezuela y dijo:

—Me voy sola; estás lleno de cosas que hacer, me hago cargo.

Y por la abertura del techo le voceó al cochero su dirección. Ella había hablado con decisión, y Peter percibió que deseaba separarse de él. Los ojos de Bidy lo delataron tanto como su voz, con una mirada —que sin embargo no fue dura— que él, mientras permanecía allí de pie con la mano apoyada en el coche, tuvo tiempo de advertir.

—Adiós, Peter —le dijo ella, risueña. Y mientras el coche comenzaba a alejarse rodando con gran traqueteo, él pronunció la misma tibia y ridícula despedida.

## 44

Cuando Miriam y su madre penetraron en el estudio, Nick Dormer ya había dejado de silbar, pero aún se sentía lo bastante alegre para recibirlas con todas las manifestaciones de cordialidad posibles. Él tenía a su estudio por un sitio pobre: sin adornos, sin tapices ni colgaduras, un mero taller de ruda industriosisidad, aún por venir todas las apoteosis y todos los laureles. Pero ambas visitantes lo recorrieron con la mirada sonriendo de modo muy análogo a como le habían sonreído a Bridget Dormer cuando se habían encontrado con ella a la puerta: la señora Rooth, porque un aire de vaga y prudente aprobación era la costumbre de su embobada carita (comportaba siempre la menor cantidad de riesgo); y Miriam, porque al parecer se sentía sinceramente contenta de hallarse entre las paredes de lo que ahora denominaba su asilo. Ésta última comenzó a hablarle en esa vena a su anfitrión tan pronto como hubo traspuesto el umbral, exaltando las circunstancias de él, sus condiciones laborales, como infinitamente más afortunadas que las de ella. Él vivía tranquilo, era independiente, señor absoluto de sus actos, libre de llevar a cabo lo que le viniera en gana y como le viniera en gana, encerrado en su pequeño templo junto a su altar y su deidad; no ahogado en una chusma, no obligado a adoptar poses y sonrisas estúpidas para la platea y la galería, a doblarse a cada paso ante insufribles convenciones y ante la ignorancia y la vanidad ajenas. Estaba bienaventuradamente solo.

— ¡Cielos, cómo injurias tu noble profesión! ¡Puedo afirmar que yo nunca te forcé a adoptarla! —exclamó la señora Rooth, con verdadero desconcierto, dirigiéndose a su hija.

—Estuvo injuriando la mía todavía más hace unos días —bromeó Nick—, asegurándome que debía estar avergonzado de ella y de mí mismo.

—Oh, nunca puedo estar segura de un día para otro; vivo con el corazón en la boca —suspiró la señora mayor.

— ¿Acaso no puedes estar segura en lo tocante a lo fundamental: a mi conducta? —sonrió Miriam—. Mis extravagancias son únicamente intelectuales.

—No sé muy bien a qué te refieres con eso de tu conducta.

—Lo sabrías muy pronto si no fuera como es.

—Ni sé muy bien tampoco a qué te refieres con eso de intelectuales —refunfuñó la señora Rooth.

—Ya, pero no veo nada claro cómo podría lograr que te entrara en la cabeza ese concepto. De cualquier forma —retomó el tema Miriam, mirando a Nick—, me retracto de lo que dije el otro día a propósito del señor Dormer. No deseo discutir con él acerca del modo en que ha decidido desperdiciar su vida, porque pensándolo bien resulta que me conviene en modo sumo. Me sosiega este pequeño rincón consagrado; oh, vaya si me sosiega. Se encuentra lejos de la refriega y del sofoco, es deliciosamente reposado, y no pueden localizarme. Ah, cuando el arte consiste en esto, à la bonne heure! —Y miró en su derredor, influida por la premisa de semejante pintura de lo que era «el arte», con un aire esplendoroso que hizo que Nick rompiera a reír ante su contraste con la humilde realidad del entorno. Miriam le sonrió como si le agradara ser la causa de su regocijo, e insistió con tono de súplica—: Siempre me dejará presentarme aquí un ratito, ¿verdad?, para poder recobrar el aliento, para esperar a que pase el huracán. No hará falta que se preocupe por mí; no pretendo imponerle en lo más mínimo la obligación de pintarme, aunque si con eso lo ayudo a hacer progresos puede estar seguro de que tal posibilidad siempre estará a su disposición. Haga conmigo lo que le plazca en ese respecto; tan sólo permítame sentarme aquí sobre un alto taburete (ya me ocuparé yo de no estorbarlo) y ver lo que esté haciendo en ese momento. Le contaré mis aventuras cuando usted desee oírlas.

—Cuantas menos aventuras tengas que contar, mejor, hija mía —dijo la señora Rooth—; y si el señor Dormer consigue tenerte quietecita, prolongará diez años mi existencia.

—Ese es un comentario interesante sobre la propia liberación del señor Dormer, sobre su independencia y su deleitable soledad —observó Nick—. La señorita Rooth ha de trabajar en colaboración, lo cual es a fin de cuentas ni más ni menos que lo que ha de hacer el señor Dormer cuando trabaja con la señorita Rooth. ¿Qué hay de la inevitable modelo?

—Oh —respondió Miriam—, usted puede decirle a la modelo: «¡Calla la boca, cabeza de chorlito!».

— ¿No se parece bastante al modo como te he visto dirigirte a tus colegas en el teatro? —preguntó la señora Rooth—. Es el motivo de que tenga el corazón en la boca.

—Sí, pero ellos me devuelven el golpe; me replican (comme de raison) como yo nunca replicaría ni en sueños al señor Dormer. Él tiene la gran ventaja de que si se muestra perentorio con la modelo, eso no puede sino redundar en beneficio de la misma, contribuir a su expresión de melancólica grandeza.

—Ya plasmamos la melancólica grandeza en el otro cuadro; por tanto, ¿qué tal si intentáramos algo diferente en éste? —sugirió Nick.

—Es grandioso, es sobrecogedor —murmuró la señora Rooth, que había caído en un éxtasis delante del retrato de su hija—. Hace que el espectador se pregunte en qué puede estar pensando. Cosas hermosas y loables; eso es lo que parece transmitimos.

— ¿En qué otra cosa puedo estar pensando sino en la tremenda sabiduría de mi madre? —inquirió Miriam—. La he traído esta mañana para que vea esa obra (ella sólo la había visto cuando estaba empezada nada más) y no para que ose darle consejos sobre ningún otro asunto en que pueda tener usted la bondad de embarcarse. Ella quería, o afirmaba que quería, enterarse ansiosamente de cuál había sido el resultado final. Estaba demasiado impaciente para aguardar a que nos lo enviara a casa.

— ¡Ah, envíenoslo a casa, envíenoslo a casa; déjenos tenerlo para siempre con nosotras! —acució la señora Rooth—. ¡Nos elevará; nos mantendrá en las alturas, cerca de las estrellas; será siempre para nosotras un símbolo y una advertencia!

—Ya ve que he estado acertada —redundó Miriam—; pues ella sabe apreciar plenamente a su modo, y entender. Pero si lo molesta a usted o lo distrae, la mandaré derechita a casa; he dejado el carruaje esperando ahí fuera a ese efecto. Debo matizar que hoy no me voy a sentir nada tranquila si la pierdo de vista. Sufre cierta propensión a precipitarse hacia el teatro y armar allí gigantescos zipizapes. Nunca volveré a acusar a mi madre de no tomarse interés por mis actividades. Hoy su interés sobrepasa incluso el mío. No para quieta y se le ocurren ideas, ¡y qué ideas! Es capaz de presentarse en el teatro a las cinco de esta tarde y exigir que repinten todo el decorado del acto tercero. Por lo que a mí respecta, no tengo ni una palabra más que decir sobre la obra; me he resignado. No cabe duda de que todo está mal, pero no existe modo humano de que pueda estar bien. Comamos y bebamos, que esta noche moriremos. Si usted lo desea, mamá saldrá y se meterá en el carruaje, y puesto que no hay modo de atrancar por fuera las puertas (¿o sí lo hay?), que el criado de usted monte guardia.

—Justo como está ahora, tenga la bondad de no moverse; sentada exactamente así: inclinada hacia atrás, con una sonrisa en los ojos y una mano sobre el sofá que tiene a su vera, apoyándose un poco sobre él. Le pondré una flor en la otra mano; déjela inerte sobre su regazo, tal como está. Déjese ese chisme sobre la cabeza (queda admirablemente al descubierto; y ¿dice que ese artefacto es un sombrero?) y eche un poco la cabeza hacia atrás. Eso es; hemos dado con la postura. Esta vez voy a hacer verdaderamente algo grande, y será todo lo diferente que quepa imaginarse de esa inolvidable birria. Pazienza!

Con estas palabras digresivas, pero dichas absolutamente en serio, Nick contestó a las divagaciones proferidas por su modelo, cuya inquina superficial había sido rebajada por el encantador tono y continente de la misma. Él extendió los brazos un momento, para marcarle los límites del encuadre, y unos instantes después ya estaba experimentando una placentera sensación de haber puesto manos a la obra.

— ¡La sonrisa en sus ojos; no se olvide de la sonrisa en sus ojos! — exclamó quedamente la señora Rooth, volviéndose y comenzando a andar cautelosamente por toda la habitación—. Es lo que lo diferenciará definitivamente del otro retrato, y mostrará las dos caras del genio de ella, con la amplísima gama que se extiende entre ambas. Será un complemento magnífico; y, aunque seguramente le voy a parecer muy glotona, debe tolerarme la esperanza de que también nos lo enviará a casa.

La señora Rooth estaba explorando el sitio con discreción, de puntillas, conversando mientras lo hacía e inclinando la cabeza y el monóculo hacia varios objetos con un aire de imperfecto entendimiento que no impidió que acudiera al recuerdo de Nick la historia de sus furtivos hábitos mercantiles narrada por Gabriel Nash durante el episodio de la exposición parisiense, la primera vez que el nombre de ella había sido escuchado por sus oídos. Una señora mayor rara a quien, si se dirigía uno a ella del modo convenido, se le podían comprar potes viejos: de esta guisa le había sido descrita a Nick en los comienzos. Luego Nick se había ido olvidando de dicha descripción, pero ésta revivió de nuevo cuando sus ojos observadores, al tiempo que vigilaban la activa mano propia, se percataron de los instintivos gestos tasadores de ella. Hubo un momento en que a Nick se le escapó una alegre carcajada: había tan poco que tasar en su pobre estudio. La cabeza y la inclinada espalda de la señora Rooth, elusivas, corteses, escépticas, se convirtieron al instante en un posible tema pictórico: ofrecieron una vislumbre súbita de la esencia de una raza. Nick se encontró percibiendo en ella los atributos inmemoriales de la mujer judía sosteniendo una vela en el interior de una atestada trastienda. Sucedió que allí no había ninguna vela, y que su estudio no estaba atestado, y que nunca se le había ocurrido hasta aquel momento que ella fuera de linaje hebreo, excepto siguiendo la premisa generalizadora, defendida con pertinacia por mentes preclaras, según la cual casi todos lo somos en mayor o menor grado. El difunto Rudolf Roth lo había sido, y la hija era ostensiblemente descendiente de su padre; conque, flanqueada por tal par, una idiosincrasia genuinamente semítica no le era, con seguridad, totalmente extraña a la madre. En todo caso, juzgando a partir del modo como había recibido el pequeño chaparrón satírico de Miriam sin inmutarse, la señora Rooth habría podido ser perfectamente uno de los vástagos de una tribu largo tiempo perseguida. Su templanza era imperturbable; afirmó que se estaría tan silenciosa como un ratón. Miriam, en el extremo opuesto de la habitación, en la calmada belleza

de su postura (habían de veras «dado con ella», como Nick había dicho), la observó un rato y después exclamó que ojalá la hubiera dejado encerrada en casa. Dejando aparte su humorística relación de los peligros a que estaba expuesta procedentes de su madre, no resultaba meramente fantástico imaginar que, sin salirse de los límites de esa calmosidad de la cual nunca se habían despojado totalmente los Neville-Nugent, la señora Rooth podía estar de veras una pizca agitada y llamando algo. Nick mencionó al poco que no le iba a ser posible «enviar a casa» esta segunda tentativa; y agregó, en la culona producida por haberse zambullido ya considerablemente en su labor, que posiblemente aquello no tuviera tanta importancia, puesto que —si Miriam lo dejaba tomarse su tiempo, por no hablar del de ella— una tercera obra maestra podría también ver la luz algún día. Su modelo aceptó la propuesta incondicional mente, asegurándole que podía contar con ella hasta que se volviera demasiado vieja y fea y que nada la haría tan feliz como que la pintara tan asiduamente como Romney había pintado a la celebrada Lady Hamilton.

— ¡Oh, Lady Hamilton! —reprobó la señora Rooth; mientras tanto, Miriam, que en caso de necesidad poseía el candor propio de una exquisita negociadora, inquirió qué razón concreta podía existir por ventura para no dejarlas quedarse con el cuadro que acababan de iniciar.

—Resulta que se lo he prometido a Peter Sherringham; me ha ofrecido dinero por él —respondió Nick—. No obstante, tiene mi permiso para llevárselo gratis, el pobre, y me entusiasmará emplearme a fondo por él.

La señora Rooth, que aún estaba merodeando, se detuvo en mitad de la habitación al oír aquello, y Miriam exclamó:

— ¿Le estaba ofreciendo el dinero ahora al llegar nosotras?

— ¿Se encontraron con él al final, a la puerta, con mi hermana? Suponía que así habría sido; él la iba a llevar a su casa —dijo Nick.

—Su hermana es una muchacha encantadora; ¡es de un molde tan aristocrático! —exhaló la señora Rooth. Y añadió—: Tengo que hacerle a usted una confesión tremenda.

—Las confesiones de mamá tienen que ser verdaderamente tremendas para estar en debida consonancia con sus crímenes —dijo Miriam—. Le ha pedido a la señorita Dormer que venga a vernos; incluso le ha sugerido que usted podría traérsela algún domingo. No me gusta el modo como mamá hace estas cosas: excesiva humildad, excesivas simagrees, en definitiva; pero también yo dije lo que pude para serle simpática. Su hermana es encantadora: endiabladamente hermosa y modesta. Si usted me interrogara a conciencia, le diría, siendo franca, que me parece una mezcla social un tanto

improcedente eso de que se codeen las «muchachitas de buena crianza» y las filles de théâtre; no creo que les haga mucho bien a las jóvenes damas de su clase. No obstante, es asunto suyo, y sin duda que no hay mayor necesidad de que nos crean peores de lo que somos que de que nos crean mejores. Las personas de su entorno no parecen darse cuenta de la diferencia; a veces me hago mis propias reflexiones acerca del pueblo para quien una trabaja.

—Ah, si se preocupa usted de la capacidad que pueda poseer el pueblo para percatarse de las diferencias, se muestra excesivamente exquisita —dijo riendo Nick—. *D'où tombez-vous?*, como dice el afectado sector francófilo. Si cuestiona algo en ese terreno, es mejor que se abstenga de entrar en el juego.

—Estimado señor Dormer, no la aliente a ser tan horrenda; porque es que es horrenda la forma en que ella habla —espetó la señora Rooth—. Se podría pensar que no somos respetables, se podría pensar que nunca he conocido lo que he conocido y sido lo que he sido.

—Lo que se podría pensar, amada madre, es que eres una farsante aún mayor de lo que ya lo eres. Eres tú, por el contrario, quien se arrodilla, quien se deshace en excusas por ser unas pillas.

— ¡Pillas (¡lo que hay que oír!), después de la educación que le he dado y después de nuestras magníficas perspectivas! —se lamentó la señora Rooth dejándose caer, con las manos unidas, en la otomana más próxima.

—No después de nuestras perspectivas, si perspectivas podemos llamarlas; sino bastante antes de ellas. Es cierto que me has enseñado idiomas, y estoy inmensamente en deuda contigo; sin duda imparten variedad, así como incoherencia, a mi conversación; y la de la gente de nuestra cofradía es en su mayor parte escandalosamente monótona y propia de tenderos. El don de lenguas es por lo general el sello de una aventurera genuina. Querida mamá, no soy de baja estofa; eso sería lo último —prosiguió Miriam—. Mi punto flaco es mi exaltada concepción de la respetabilidad. ¡Ah, parlez-moi de ça y del modo como yo la entiendo! Oh, si me pusiera en serio a ser respetable, se iba a ver algo bueno. Soy endemoniadamente conservadora y sé lo que es la respetabilidad, incluso tratando a la gente de la alta sociedad en la afectada tierra de nadie de las miradas ceñudas o las sonrisitas artificiosas. Sé asimismo lo que no es: no es la idílica reunión de jovencitas y actrices. Yo iría más lejos que cualquiera de esas personas: ¡yo nunca miraría siquiera a la gente como nosotras! Cada día que pasa me convenzo más de que la sabiduría de los siglos estaba en la experiencia de la querida y vieja Madame Carré, en un centenar de cosas que me enseñó. Ella tenía unos criterios muy bien fundados. Así y todo —siguió Miriam, para su anfitrión—, puedo asegurarle que si tiene usted la bondad de traer a la señorita Dormer a visitarnos, la atenderemos como ángeles y la rodearemos de todas las gentilezas y cuidados.



— ¡La gente como nosotras, la gente como nosotras! —repitió quejumbrosamente la señora Rooth, con un resentimiento formulario y estéril—. No sé de qué estás hablando, y rehúso dejarme volver del revés. Yo tengo mis propias ideas, al igual que tú, y no admito la imputación de falsa humildad. He pasado por excesivos atolladeros en mi vida para ser orgullosa, y unos modales agradables y corteses han sido siempre el norte de mi existencia incluso en los días en que, bien lo sabe Dios, lo tuve todo. Nunca he cambiado, y si, a Dios gracias, tenía una lengua gentil entonces, no veo por qué no habría de tenerla ahora. Es más de lo que tú nunca llegarás a tener, mi pobre hija díscola y apasionada. Quien ha sido dama una vez, será dama el resto de sus días; todas las candilejas del mundo, por elevadas que se te antojen, no podrán cambiarlo. Y me parece que la gente es consciente de ello, la gente con dos dedos de frente (si se me permite la expresión), y es porque son conscientes de que no me da miedo dirigirme a ellos con urbanidad. Y me siento obligada a hacer constar (e invoco al señor Dormer como testigo, pues si él pudiera hacerte entrar un poco en razón sobre el particular les prestaría un gran servicio a varias personas) que tu comportamiento con el señor Sherringham sencillamente me parte el corazón —concluyó la señora Rooth, con un salto de varios escalones en el curioso derrotero recién tomado por su alegato.

Nick se sintió tentado de hacerlo, pero vaciló un instante, y mientras duró su vacilación comentó Miriam:

—Mi madre es buena. Mi madre es muy buena. Pero sólo poco a poco es posible descubrir cuán buena es. —Esto pareció dejar libre a Nick para preguntarle a la señora Rooth, con la intimación preliminar de que lo que acababa de decir era muy sorprendente, a qué se refería con eso del comportamiento de su hija con Peter Sherringham. Antes de que la señora Rooth pudiera contestar a esta pregunta, empero, Miriam intervino digresivamente con otra de su propia cosecha—: ¿Le importaría decirme si ha hecho usted marcharse a su hermana con el señor Sherringham porque sabía que yo estaba al caer? Pobre señor Dormer; lo arrastro a líos, ¿verdad? —agregó caritativamente.

— ¿Líos? —hizo de eco Nick, mirándola a la cara pero no a los ojos.

— ¡Nada, nada, no hablemos de eso! —exclamó Miriam con una picara carcajada.

Ahora Nick se apresuró a decir que él no tenía nada que ver con la marcha de su hermana del estudio; daba la casualidad de que ella sólo había venido a estar un momento. Se había marchado con Peter Sherringham porque eran primos y amigos queridos; él iba a dejar Inglaterra en breve, por mucho tiempo, y le había ofrecido acompañarla de camino a su casa. La señora Rooth

hizo varios gestos de negación con la cabeza muy polisémicos al escuchar eso del «mucho tiempo» que el señor Sherringham iba a estar ausente (claramente tenía sus ideas al respecto); y narró escrupulosamente que en el decurso de la breve conversación que habían sostenido todos ante el portal de la casa, su hija le había recordado a la señorita Dormer algo que había ocurrido entre ellas en París en relación con el deseo de la encantadora jovencita de reproducir su cabeza.

—Lo hice para que el incidente de nuestro súbito encuentro resultara menos chocante, para poder tratarnos en igualdad de condiciones acogiéndonos a la premisa general de que ambas somos artistas. No le pregunto si ella tiene talento —dijo Miriam.

—En ese caso no estoy obligado a decírselo —respondió Nick.

—Estoy segura de que tiene talento y una inspiración muy refinada. Veo algo en esa esquina, cubierto con una funda misteriosa —aludió la señora Rooth; lo cual movió a Miriam a preguntar inmediatamente:

— ¿Ha estado su hermana poniendo a prueba su mañosidad con el señor Sherringham?

— ¿Cuándo iba a poder poner a prueba su mañosidad, la pobrecilla? El señor Sherringham está perpetuamente presentándose en nuestra casa —dijo la señora Rooth.

—Querida mamá, exageras. Él tiene sus momentos, cuando parece rezarme a mí sus plegarias; pero hemos tenido cierto éxito en nuestro empeño por atajarlos. Il s'est bien détaché ces-jours-ci, y me alegro mucho por él. Naturalmente se trata de una insinuación impertinente por mi parte, pero me encantaría poder considerarlo un poco enamorado de la señorita Dormer — continuó la muchacha, dirigiéndose a Nick.

—Lo está, me parece, un poco... justo una pizquita —dijo Nick, concentrándose en su tarea; mientras tanto, la señora Rooth exclamó simultáneamente, dirigiéndose a su hija:

— ¿Cómo puedes expresar unas esperanzas tan fantásticas, si sabes de sobra que se muere por ti?

— ¡Oh, se muere! ¡Me temo mucho que se resiste denodadamente a pasar a mejor vida! —exclamó Miriam—. El señor Sherringham es un hombre de quien nunca podré hablar con la suficiente estima y el suficiente afecto, que puede que esté destinado a perecer por alguna horrible fiebre (¡Dios no lo quiera!) en el desapacible país a donde se marcha. Pero no le habrá transmitido el virus servidora.

—Usted puede matarlo sin necesidad de dejar de estar en perfecto estado

de salud —dijo Nick—; y, ya que hablamos del tema, no tengo inconveniente en mencionar que me parece que él se encuentra muy mal; oh, de veras muy mal.

—Y ¿está enamorado de su hermana, no obstante? Je n'y suis plus.

—Trata de estarlo, pues se da cuenta de que en lo referente a usted existen dificultades. Le gustaría echarle el guante a alguna joven agradable que sirviera de antídoto para el veneno que hay en él.

—«Dificultades» es un término muy suave; incluso «veneno» es un término muy suave para calificar la enfermedad que padece. La principal de esas «dificultades» es que él no sabe lo que quiere. La segunda es que yo tampoco sé lo que quiere... ni lo que quiero. Sólo sé lo que no quiero —dijo brillantemente Miriam, como si estuviera sentando algún axioma afortunado y benéfico—. No quiero a una persona que se tome las cosas con menor calma aún que yo misma. El señor Sherringham, pobre hombre, debe de llevar una vida muy incómoda, pues uno de sus lados está perpetuamente en pugna con el otro. Intenta servir a la vez a Dios y al dinero, y no sé qué tal parado saldrá Dios. Lo que me gusta de usted es que ha renunciado definitivamente al dinero: es la única solución. Tal es mi convicción profunda, ¡y luego dirán que somos ligeros! El pobre del señor Sherringham alberga increíbles ambiciones... aspira a increíbles riguardi, como decíamos en Italia. Quiere gozar de todos los placeres y salvar todas las apariencias, y todo sin hacer un solo sacrificio. Espera que sean los demás (yo, por ejemplo) quienes los hagan todos. ¡Merci, pese a lo mucho que lo valoro y a lo mucho que le debo! Aún no me explico cómo ha llegado a extraviarse hasta el punto de relacionarse con nuestra cruda y perversa bohemia; es una triste jugarreta que le ha gastado el destino. No puede zafarse, está eternamente haciendo incursiones al otro lado de la frontera, y sin embargo no se siente allí como en casa para nada. ¡He ahí otro en cuya situación (si yo estuviese en ella) nunca se me ocurriría mirar a la gente como nosotras!

—Mis conocimientos sobre la materia son limitados, pero me da la impresión de que Peter cree haber hecho, o que al menos está haciendo, sacrificios.

—Tanto mejor; debe usted alentarle, debe apoyarlo.

—No sé de qué habla mi hija; es demasiado inteligente para mí —incidió la señora Rooth—. Pero sí hay un punto en que debe usted alentar al señor Sherringham, hay un punto en que debe apoyarlo; y tal vez no disguste a un caballero de la gentileza de usted saber que con ello me dará a la vez aliento a mí. ¿Puedo confiar en usted, estimado señor Dormer, puedo confiar en que velará para que él venga al teatro esta noche, para que no se sienta obligado a mantenerse lejos?

— ¿Qué riesgo hay de que se mantenga lejos? —preguntó Nick.

—Si le ha dado por los sacrificios, sería uno excelente para comenzar la nueva etapa —observó Miriam.

—Así es el modo insensato y malvado como ella suele hablarle; ¡le ha prohibido al entrañable e infeliz caballero asistir a la obra! —exclamó su madre—. Le sacó a relucir esta cuestión hace un momento, a la puerta, delante de la señorita Dormer; ¡vaya modales más chocantes! Mi hija pretende imponerle sus mandatos.

—Oh, asistiré; vamos a cenar juntos —dijo Nick. Y cuando Miriam le preguntó qué tenía eso que ver con su asistencia o falta de ella, prosiguió—: Vaya, eso hemos acordado; yo voy a asistir, y él no consentirá que vaya solo.

— ¿Va usted a asistir? No le he enviado entradas —objetó Miriam.

—Ya, pero he comprado una. ¿Por qué no me las ha enviado, después de todo lo que he hecho por usted?

Ella dudó un momento. Y después contestó:

—Porque soy así de considerada. Da igual —añadió—, pues si el señor Sherringham acude no actuaré.

— ¿No tendría la bondad de actuar por mí?

—Actuaré como un ángel —protestó la señora Rooth—. Es capaz de hacer, capaz de ser, cualquier cosa en el mundo; aunque las molestias vulgares y corrientes no esté dispuesta a tomárselas.

—De una cosa no hay duda —dijo Miriam—: de que, comparada con el resto de nosotros (pobres criaturas apáticas), mamá sí sabe lo que quiere.

—Y ¿qué es lo que quiere? —inquirió Nick, enfrascado en los trazos que superponía su mano.

—Lo quiere todo.

—En absoluto, en absoluto; soy bastante más humilde —repuso la señora mayor; ante lo cual su hija exigió que en tal caso le diera al señor Dormer, que era hombre razonable y excelente juez, una idea abocetada del alcance de sus aspiraciones.

Como, no obstante, la señora Rooth, suspirando y reprobando, no se apresurara a satisfacer la demanda, la muchacha decidió intentar un atajo hacia lo esencial con la siguiente interrogante abrupta:

— ¿Estás seriamente persuadida de que se casaría conmigo?

—Caramba, él te lo ha propuesto (tú misma me lo has contado) una docena

de veces.

—Propuesto ¿el qué? Ni doce ni una vez te he contado yo semejante cosa, porque nunca he logrado aclararme. Ha soltado unas parrafadas maravillosas, pero nunca ha hablado en serio.

—Me contaste que había llegado al séptimo cielo de la devoción, especialmente aquella noche en que entramos en el salón de descanso del Français —insistió la señora Rooth.

—Y ¿crees que el séptimo cielo de la devoción es algo serio? Está enamorado de... ye veux bien; está tan envenenado, tal como dice muy vívidamente el señor Dormer, como para necesitar un antídoto; pero nunca me ha hablado como si de veras esperara que le hiciese caso, y sin duda que es un caballero todavía mayor por ello. Sabe que no tenemos ninguna afinidad, que un saltamontes no puede emparejarse con un pez. Conque se ha molestado en decirme tan sólo cosas que exceden de sus verdaderas intenciones. O sea, nada.

— ¿Dijo cosas que exceden de sus verdaderas intenciones cuando se despidió formalmente de ti ayer... para siempre jamás?

—Disculpe, ¿no considera usted eso un sacrificio? —preguntó Nick.

—Oh, se resarcí ampliamente antes de abandonar la casa.

—Entonces, ¿no significa eso nada? —exigió la señora Rooth.

—Nada que yo alcance a discernir.

— ¡Oh, no tengo paciencia contigo: eres estúpida cuando te da la gana e inteligente cuando te la deja de dar! —refunfuñó la señora mayor.

—Lo que mamá desea que yo comprenda y ponga en práctica es el especial modo de ser inteligente con el señor Sherringham —dijo Miriam—. Indudablemente hay abismos de sabiduría y mérito en eso. Pero yo sólo alcanzo a discernir un modo; a saber, seguir siendo honesta.

—Me gusta oírla hablar; eso la llena de vida, saca a la luz lo mejor que hay en usted —comentó Nick—. Y encima sigue sentada primorosamente quieta. Todo lo que tengo que decirle es: por favor, continúe así; exactamente tal como se muestra (es muy importante), durante los próximos diez minutos.

—Estamos aireando nuestros trapos sucios en su presencia, pero es igual —repuso Miriam—, porque así puede comprobar qué clase de personas somos, y es lo que necesita saber. No me pinte imprecisa y estilizada y exquisita en esta nueva versión —continuó—; pínteme fuertemente caracterizada y auténtica; pínteme de modo que la vida, con todos sus horribles hechos y verdades, rebose de mí. Ojalá hubiese incluido usted a mi

madre, ojalá nos hubiese puesto juntas proclamando nuestra pequeña historia. «La asombrosa actriz y su aún más asombrosa mamá»... ¿no le parece un asunto endiabladamente bueno?

Ante esto, la señora Rooth invocó el castigo del cielo contra el frívolo humor de su hija, afirmando que —por lo que a ella respectaba— nunca aceptaría tamaño honor de la generosidad de Nick, y Miriam dejó sentado que, a pesar de los pesares, algún día y del modo que fuera, él plasmaría a su madre y se aproximaría peligrosamente a la hecatombe.

—Ella no se cree ni una pizca más que usted que él quiera casarse conmigo —constató la muchacha para Nick, retomando el debate tras una pausa—; pero sí que cree (¿cómo demonios podría darle yo una idea de lo que cree?) que puedo «trabajarlo» (creo que me acerco a expresarlo), de tal modo que, a su debido tiempo, lo tendré atornillado. Se supone que debo esforzarme por conservarlo de momento, pero sin hacerle caso, pues si le hago caso lo perderé. Es ingenioso, es retorcido; pero estoy segura de que me sigue usted.

—No se mueva, no se mueva —dijo Nick—. Excuse a un principiante.

—No se preocupe, que me explicaré inmóvil. Comoquiera que sea (lo que viene ahora es muy retorcido y no debe usted perder el hilo), seré actriz y ganaré una increíble cantidad de dinero, y comoquiera que sea, asimismo (aunque imagino que un poco más tarde), me convertiré en embajadora y seré la favorita de todas las cortes. Conque ya ve que todo va a ser encantador. ¡Sólo que debo seguir el buen camino y proceder sin flaquear! Mamá hace que me venga a la memoria una historia que oí una vez acerca de la madre de una dama joven destinataria de grandes finezas por parte del pretendiente a una corona, quien de hecho, al igual que la dama joven, posteriormente llegó más o menos a llevarla. La vieja condesa estudió el sesgo de los acontecimientos y le dio a su hija el más inteligente de los consejos: «Tiens bon, ma fille, y te sentarás sobre un trono». Mamá desea verme tenir bon (al parecer considera que existe cierto peligro de que no vaya a hacerlo), de modo que aunque no vaya a sentarme sobre un trono, al menos acabe luciéndome a los pies de uno. Y si, antes de eso, me dedico a amasar una fortuna durante diez años, se olvidarán de la forma en que la haya obtenido. ¡Es lo menos que se puede pedir, si he tenu bon! Sólo que diez años son un plazo muy poco breve para estar aguantando, ¿no le parece? Si no es el señor Sherringham será algún otro. El señor Sherringham posee la gran virtud de ser pájaro en mano. Tengo que esforzarme por conservarlo, tengo que ser más diplomática incluso de lo que él mismo puede llegar a serlo.

La señora Rooth escuchó a su hija con aire impostado de reproche que se derritió, antes de que la muchacha concluyera, en una sonrisa divertida y complaciente, indicio de la satisfacción que le producía sentirse propietaria de

una encarnación tan magnífica del ingenio y la ironía y el gracejo. El repaso de Miriam a las expectativas de su madre había sido un cuadro de comedia, y había habido un arte instintivo en la forma como la muchacha había sumado pincelada a pincelada y desarrollado argumento sobre argumento. Estuvo tan quieta, para complacer a su retratista, que sólo sus hermosos labios se movieron; toda su expresión se acumuló en su encantador recitado. La señora Rooth, tras un primer asomo de inquietud propio de un espíritu menos cínico, consintió en ser sacrificada en aras de la producción de un efecto de un orden que a estas alturas ya se la había enseñado suficientemente a respetar; así que dudó sólo un instante, cuando Miriam hubo cesado de declamar, en soltar entrañablemente una pequeña risa entre dientes y un «Comédienne!». Y miró a Nick Dormer como diciéndole: «¿No le parece que mi hija es fascinante? ¡Fíjese en cómo actúa para usted!».

—Es un poco cruel —dijo Miriam— privar a la gente del lujo de llamarla «actriz» a una como si la estuvieran llamando «embustera», ¿verdad? Me dedico a representar, pero a representar con veracidad.

—El señor Sherringham se casaría contigo mañana mismo; ¡nada de diez años! —exclamó la señora Rooth, con una comicidad sin afectaciones.

Miriam le sonrió a Nick, rogando una especie de misericordia para con su madre, y le dijo:

— ¿No es llamativo el modo en que mi madre no puede sacárselo de la cabeza? —Y después siguió, volviéndose casi marrulleramente hacia la señora mayor—: Voyons, mira a tu alrededor: no se casan con nosotras tan fácilmente.

—Que sí que lo hacen; cela se voit tous les jours. Pregúntaselo al señor Dormer.

— ¡Oh, nunca! —dijo Miriam—; sería como pedirle que nos ofreciera una demostración práctica.

—Yo nunca ofreceré ninguna demostración de ninguna clase en lo concerniente al matrimonio; para mí ese tema ha quedado arrinconado para siempre —dijo Nick.

Miriam posó una mirada de ternura sobre él, y dijo:

— ¡Diantre, cuánto debe usted de odiarme! —Y antes de que él tuviera tiempo de responder, ella añadió, para su madre—: La gente se casa con ellas para hacerlas abandonar la escena; lo cual ratifica justamente lo que digo.

—Ah, les ofrecen las más elevadas posiciones —razonó la señora Rooth.

— ¿Quieres decir que deseas que yo la abandone?

—Oh, si te lo propones, sabrás apañártelas para continuar.

—Los únicos apaños sobre los que sé algo son los de mi ocupación. Si me las apaño en ella, saldré adelante.

—Pero, queridísima, ¿acaso la ocupación propia no puede ser de muchos tipos?

—Yo sólo conozco uno —dijo Miriam.

Ante esto la señora Rooth se incorporó con un suspiro, diciendo:

—Ya veo que estás empeñada en mandarme a la calle.

—Mamá está desconcertada: hay tantísimos caminos que desea tomar, hay tantísimos montones de paja equidistantes. Como le he dicho a usted, desea engullírselos todos —insistió Miriam. Y añadió—: Tienes razón, anda y coge el coche; date una vueltecita por Hyde Park (eso siempre te encanta) y vuelve a buscarme dentro de una hora.

—Me siento demasiado contrariada por tu causa; el aire me sentará bien —dijo la señora Rooth. Pero antes de marcharse agregó, dirigiéndose a Nick—: ¿Me garantiza entonces que lo hará acudir esta noche?

— ¿Que si haré acudir a Peter? No creo que vaya a hacer falta arrastrarlo —dijo Nick—. Pero deberá usted sentirse muy agradecida conmigo; recuerde que si tuviere que recurrir a la fuerza, estaría haciendo algo que no redundaría precisamente en mi propio interés. Habré sido muy magnánimo.

—Siempre hemos de serlo, ¿no está de acuerdo? —moralizó la señora Rooth.

— ¿Cómo podría eso afectar a su interés? —le inquirió Miriam, menos abstractamente, a Nick.

—Es cierto, pues, como usted mismo dice —le refrescó la memoria a Nick la madre—, el tema del matrimonio ha cesado de existir para usted.

— ¡Mamá va derecha al grano! —dijo riendo la muchacha, levantándose mientras Nick limpiaba frotando su lienzo antes de contestar. Miriam se acercó a la señora Rooth y le acomodó el sombrero y la capa idóneamente; después permaneció de pie por unos instantes rodeándola filialmente con un brazo, como si las dos estuvieran aguardando la explicación de su anfitrión. Cuando ésta llegó, esa postura cesó ostensiblemente:

—Caramba, dijo usted hace un momento que si Peter se presentaba no actuaría.

—Actuaré por él —sonrió Miriam, encarándose con su madre.

— ¡Da igual por quién lo hagas! —declaró su madre, sagazmente.



—Date tu vueltecita y descansa el cerebro —dijo la muchacha, besándola—. Vuelve por mí dentro de una hora; ni un minuto más, pero tampoco menos. —Miriam la acompañó hasta la puerta, la despachó aprisa, cerró la puerta detrás de la señora Rooth y volvió a la pose que había abandonado. Y, mientras la readoptaba, exclamó con alivio—: ¡Ésta es la paz que deseo!

## 45

Peter Sherringham habló tan poco durante la función que su acompañante se sintió intrigado ante su mudez, especialmente dado que la actuación de Miriam le estaba pareciendo magnífica a Nick Dormer. Éste contenía la respiración cuando ella estaba en escena, tal era la elevación que ella imprimía a todo el conjunto, incluyendo la emotividad del espectador. No había llevado a la práctica su grotesca amenaza de no comparecer, y, como había dicho la señora Rooth, poco importaba por quién actuase. Nick advirtió mientras la contemplaba que actuaba por ella misma, por la idea que la poseía y a la que daba vida con extraordinaria amplitud. Ella no era capaz de abrir la puerta tan sólo lo imprescindible y limitarse a dejar que la idea asomase; ya que irremediablemente ésta había de hacer acto de presencia, tenía que hacerlo en bizarra ostentación y ocupar el lugar con toda pompa.

Era lo que estaba sucediendo en una ocasión que, como percibió Nick sentado en su butaca, se crecía con cada vibración de la reactiva sala; hasta que, en el momento en que ya había transcurrido la mitad de la obra, la ocasión pareció tender los brazos hacia el futuro. Nick había escuchado más aplausos en numerosas ocasiones, pero nunca había escuchado tanta atención; pues toda la sala estaba hechizada al unísono y en profundo silencio, y el triunfo parecía haberse aposentado entre medias de ella. Por supuesto que había habido sobradas maniobras de predisposición: los periódicos se habían prodigado y las artes del empresario se habían tomado las más absolutas licencias; mas no era difícil percatarse del unánime consenso favorable y de la capacidad de la velada para sostenerse sola perfectamente. La gente hurtaba del escenario los ojos por un instante para mirarse los unos a los otros, y una impresión de genialidad se ahondaba y extendía. Parte de dicha impresión era que la actriz tan sólo ahora empezaba realmente a brillar, pues esta vez se enfrentaba a un texto en verso y lo estaba haciendo de un modo inesperadamente exquisito. Ella era belleza, era música, era autenticidad; era pasión y convicción y delicadeza. Había asido la estrepitosa comedia con sosegantes brazos entrelazados y la había transportado al empíreo de la poesía, del estilo. Y lo había hecho con tal acento de naturalidad, tal encubrimiento de mañas, tal efusión de vida, que todo el escenario resplandecía con el fuego que

ella comunicaba, y el público, como impregnado de halagüeño fulgor, le devolvía el resplandor al escenario. Nick miró a su alrededor en los descansos; se sentía excitado y acongojado: aquella velada se había convertido en un festín de fraternidad y esperaba ver a la gente comenzar a abrazarse. La multitud, la agitación, el triunfo, la sorpresa, las señales y rumores, el aire acalorado, sus semejantes, cerca de él, apuntando a otros personajes, seguramente célebres pero de quienes él no había oído hablar nunca, todo lo maravillaba y cerraba el paso a cualquier impulso de crítica. Miriam resultaba tan satisfactoria como una intensa sensación decente: quedaría en el recuerdo de modo imborrable.

Una de las cosas que maravillaban a Nick, o que al menos contribuían a henchir su curiosidad, era la actitud de Peter, la cual al parecer no excluía la crítica; de hecho, más bien la implicaba en grado sumo. Sherringham nunca apartaba su mirada de la actriz, pero no hacía comentarios sobre ella y no se movía en su asiento para nada. Desde el comienzo Nick había tenido la intención de irse tras el escenario a hacerle una breve visita a ella, mas como era evidente que su compañero se había propuesto no desplazarse, creyó inelegante pasar a la acción. Durante su breve condumio juntos (se habían propuesto firmemente no llegar tarde), Peter había permanecido callado y rematadamente serio, pero al mismo tiempo, había juzgado su pariente, inmensamente deseoso de dejar claro que estaba calmado. En su localidad estuvo más calmado que nunca; tuvo incluso la pinta de querer darle a entender a Nick que su asistencia, preocupado como estaba con asuntos más trascendentales, era un tanto maquinal, resultado de un sentido del deber, fruto de la buena educación. Cuando, durante una escena del segundo acto —una escena donde Miriam no aparecía—, Nick le comentó que a causa de su inexpresividad se habría podido inferir que no estaba complacido, él contestó tras unos instantes:

—He estado acechando sus fallos.

Y cuando Nick repuso a esto que con seguridad no los iba a encontrar, él hizo de eco con una entonación extraña:

—Cierto, no los encontraré, no los encontraré. —Se habría dicho que, como la labor de la muchacha era un triunfo deslumbrante, él consideraba su propia velada casi como un fracaso.

Concluido el tercer acto, Nick le dijo con franqueza:

—Amigo mío, ¿cómo puedes quedarte ahí sentado? ¿No vas a ir a hacerle una visita?

A lo cual respondió Peter inescrutablemente:

—Señor, no, nunca más; ya le dije adiós ayer. Ella ya sabe lo que opino

sobre sus conceptos. Están muy bien, pero los lleva un poquitín demasiado lejos. Por otra parte, ella no quería que yo viniese, así que por lo tanto resulta más discreto mantenerme alejado.

— ¡Parece evidente que no es éste momento para la discreción! —exclamó Nick—. Dispénsame, en cualquier caso, durante cinco minutos.

Se fue entre bastidores y aguardó a reaparecer cuando se levantaba el telón dando paso al acto cuarto; y en el intermedio entre el cuarto y el quinto volvió a ausentarse durante un rato más breve. Peter mostraba desapego personal, pero consintió en escuchar el vivido relato de su acompañante acerca del estado de cosas tras el escenario, donde el regocijo de la victoria los había colmado a todos de júbilo. La tensión había cesado, el barco estaba en puerto seguro, y todo el mundo estaba pasándose el pañuelo por la cara y sonriendo hasta mostrar la dentadura. Miriam —sí, a ciencia cierta— sonreía hasta mostrar la dentadura también, y no había preguntado por Peter ni le enviaba recado alguno. Por todos lados se producían besos y se bailaba de alegría. Se hallaban en el umbral, para colmo, de una increíble permanencia en cartel. Peter gruñó, sin poder evitarlo, ante esto; fue, exceptuando otra ligera manifestación un momento después, la única muestra de emoción que le arrancó la información de Nick. No había habido entre los oficiantes más que una voz de protesta en el sentido de que era de lamentar no haber presentado la obra antes, ya que el final de la temporada los obligaría a hacer un paréntesis en las representaciones. Asimismo no había habido más que una voz a la hora de decir algo sobre el acto cuarto: se pensaba que todo Londres acudiría a presenciarlo en avalancha. Había allí un gran tropel de gente, y Miriam se portaba encantadoramente: había organizado una recepción, en el lugar repelente, como una especie de regalía, con una sonrisa y una palabra amable para cada uno. Era como una joven reina en el día de su subida al trono. Cuando lo había visto a él, a Nick, le había enviado un beso por los aires por encima de las cabezas de los cortesanos. El torpe comentario de Nick sobre este detalle fue que ella tenía un proceder sumamente agradable. Aquello hizo reír a Sherringham, a causa por lo visto de la concepción que tenía su acompañante del proceder de una joven reina. La señora Rooth, con una docena de chales en su brazo, estaba tan colorada como un pavo; pero era imposible precisar si Miriam estaba colorada o pálida: estaba maquillada con increíble y endiablada destreza, tal vez un poco más de lo necesario. Por supuesto Dashwood estaba muy en primer término, pero no era necesario hablarle de su propia interpretación: era magnánimo y no estaba dispuesto a usar más que el pronombre femenino. No decía muchas cosas, en realidad, pero era evidente que no pensaba pocas; con la cabeza hacía significativos gestos de arriba a abajo, y silbaba sonidos irreproducibles («¡yujuy, yujuy!»). Se lo veía completamente satisfecho; es más, miraba hacia el futuro más que ningún otro.

Fue al volver a su asiento después del acto cuarto cuando Nick incluyó, para beneficio de Sherringham, la mayoría de estos detalles en su pintura de la situación. Aunque Peter había seguido acechando los fallos de Miriam, aún no los había encontrado: el acto cuarto, erizado de peligros, incitador al despliegue de toda suerte de trucos baratos, se había redondeado sin un solo defecto. Sentado allí a solas mientras Nick estaba ausente, dispuso de ocio para meditar sobre el portento, sobre el arte con que la muchacha había discernido entre pasión y agresividad, llenado el lugar entero y chillado nunca; pues antaño él había tenido en ocasiones la sensación de que en Londres los berridos de emoción teatral rasgaban la impasible noche como un augurio fatídico. Miriam nunca le había estado más presente que en este momento; pero estaba inextricablemente transmutada, presente esencialmente como la heroína romántica a quien interpretaba. El estado de ánimo de Sherringham era de lo más extraño, y él era consciente de dicha extrañeza; así como era consciente, en su persona, de una cesación de la resistencia, que se identificó absurdamente con una liberación. Se sentía abatido al mismo tiempo que se sentía exaltado, y se sentía exaltado al mismo tiempo que sabía o creía saber que en su rostro sólo había inexpresividad. Veía las cosas en una radiante confusión, y sin embargo, extrañamente, algo monstruosamente nítido se perfilaba una y otra vez de entre ellas. Miriam era una joven hermosa, real, fingida, imposible, de una era pretérita y un país inencontrable, que hablaba en verso blanco y rebosaba de expresiones metafóricas, que era apasionada y heroica más allá de toda cortapisa humana, y que pese a todo ello era irresistiblemente auténtica y estaba emparentada espiritualmente con uno. Pues es que dicha autenticidad era parte del gozo de su espectador, y ella no resultaba devuelta a la cruda realidad mediante la percatación, por parte de éste, de la magnífica estratagema artística que había involucrada en su logro. Antes de que Nick Dormer volviera a donde él estaba, Sherringham, extrayendo de su bolsillo una tarjeta de visita, escribió sobre ella a lápiz unas cuantas palabras en un idioma extranjero; pero como en ese momento observó que Nick regresaba, la guardó de su vista.

Como última cosa antes de que el telón se levantara para el acto quinto, Nick mencionó que tenía para él un mensaje de Basil Dashwood, quien esperaba que ambos, al salir del teatro, acudieran a cenar con él, yendo a asistir también Miriam y su madre y algunas otras personas: había preparado un pequeño banquete informal en honor de noche tan fausta. Ante esto, mientras el telón se alzaba, Peter volvió a sacar inmediatamente su tarjeta y añadió algo, utilizando la más exquisita caligrafía diminuta que se haya visto. Nick le preguntó qué estaba haciendo, y tras una vacilación él contestó:

—Unas palabras para dar a entender que no podré ir.

— ¿Para Dashwood? Oh, yo sí voy —dijo Nick.

— ¡Pues espero que te lo pases bien! —repuso su acompañante, con un tono que a Nick le acudiría a la memoria más tarde.

Cuando bajó el telón tras el último acto, la gente se quedó en su sitio, poniéndose la mayoría en pie. El aplauso sacudió los cimientos de la sala: la petición de nueva comparecencia se volvió un griterío, el alivio de una tensión prolongada. Era éste un momento, en cualquier función, que Sherringham detestaba, pero permaneció un instante junto a Nick, quien aplaudía como si fuese un colegial. Se produjo un auténtico bramido y el telón se agitó por el extremo más separado de ellos. Sherringham vio que Basil Dashwood lo sujetaba para dejar una abertura, creando paso para que saliera el «galán joven» masculino, que tiró de Miriam detrás suyo. Nick redobló sus esfuerzos; oyó arreciar las aclamaciones; observó las reverencias del caballero protagonista, que estaba acalorado y gordo; vio a Miriam, conducida en persona y más cerca de las candilejas, volverse cada vez más brillante, más inmensa y más irresistible; y entonces se dio cuenta de que Sherringham se había escabullido inadvertidamente de la platea de butacas con extrema agilidad. Nick no fue capaz de divisarlo: por lo visto no había tardado ni un segundo en huir de la sala. Nick se sorprendió de que su primo lo hubiera abandonado sin despedirse, dado que iba a marcharse de Inglaterra a la mañana siguiente y no iban a verse en la fiesta del hospitalario Dashwood. Incluso se preguntó qué demonios andaría Peter «planeando», teniendo en cuenta que, como él mismo le había asegurado, no tenía ninguna intención de ir a decirle unas palabras a Miriam. Nick se quedó aguardando hasta que vio a esta joven volver a salir tres veces a escena, arrastrando a Dashwood con ella a la segunda con un brazo amistoso, a quien, a su vez, quedó enganchada la señorita Fanny Rover, la actriz a cargo, en la obra, de los inevitables pasajes bufos. Luego Nick salió de la sala lentamente, entre la multitud, y a la entrada volvió a ponerse a mirar buscando a Peter, que le parecía por vez primera no deseoso de cumplir con los últimos detalles de rigor. Nick no podía saber que, en otro respecto y mientras él estaba colaborando a que la sala se «pusiera en pie» ante Miriam, su pariente había sido especialmente detallista.

Al salir a los pasillos Sherringham le había echado el guante sin demora a un chiquillo que oficiaba de botones, que parecía estar superfluamente relacionado con un desierto mostrador de bebidas y bocadillos y que estaba fisgando a través de la mirilla de la puerta de un palco, de puntillas, lo que sucedía en el escenario. En una de las manos del niño hundió la tarjeta que había sacado otra vez de su bolsillo, y en la otra la mayor moneda de plata que encontró en el mismo receptáculo, mientras se inclinaba hacia él conjurándolo a cumplir un encargo, encargo que el mocito trató de asimilar más plenamente por el método de intentar también de inmediato leer con atención las palabras escritas en la tarjeta.

—Es inútil, está en italiano —le dijo Peter—; límitate a llevársela a la señorita Rooth sin perder un instante. Pónsela en la mano y que ella te dé algún objeto (un brazalete, un guante o una flor) para que me lo traigas como prueba de que la ha recibido. Estaré a la entrada; llévame allá lo que ella te dé y recibirás otro chelín... y ahora, ¡volando!

El pequeño mensajero de Sherringham lo examinó a éste un momento con la penetrante mirada de la infancia asalariada de Londres, y aun de la infancia pedigüeña de Londres, y luego se desvaneció tan velozmente como un esclavo de las Mil y Una Noches. Mientras su amo aguardaba en el vestíbulo, el público comenzó a salir en masa de la sala, y, antes de que el golfillo hubiese regresado junto a él, Peter sintió en el hombro la mano de Nick Dormer.

—Me alegro de no haberte perdido —dijo Nick—; pero dime, ¿por qué no te has quedado para contribuir al homenaje colectivo a ella?

— ¿Contribuir al homenaje? No me ha gustado.

—Mi buen amigo, no te comprendo bien —contestó Nick—. Si no vas a venir a la cena de Dashwood, me temo que aquí se separan nuestros caminos.

—Testimóniale mi gran agradecimiento; cuéntale que tengo que levantarme a una hora incivilizada. —A lo cual añadió Peter—: Me parece que es mi deber advertirte que podría ser que ella no acudiera.

— ¿La señorita Rooth? Caramba, si es en honor suyo.

—Estoy esperando una respuesta de ella: podría ser que cambiara de parecer.

Nick se quedó mirando extrañado a su acompañante, y le dijo:

— ¿Por ti? Vaya, ¿qué le has propuesto?

—Que se case conmigo —dijo Peter con una voz extraña.

— ¡Caracoles! —exclamó Nick; y en ese mismo instante el mensajero de Peter logró abrirse paso entre la aglomeración y se paró en frente de éste último.

—No me ha dao ná de ná, señor —anunció el chico—; pero dice que le diga: «¡Está bien!».

Nick se quedó asombrado un instante. Y preguntó:

— ¿Se lo has pedido a través de él?

—Ajá, y acepta. ¡Buenas noches! —exclamó Peter; y, volviéndose, saltó dentro de un cabriolé. Le dijo algo al cochero a través del techo, y la mirada de Nick siguió al coche mientras éste se ponía en marcha. Nick se sintió desconcertado, e incluso maravillado; especialmente cuando el muchachito,

plantado allí y extrañado asimismo, le comentó:

—Por favor, señor, él me dijo que me daría un chelín, y le se ha olvidado.

— ¡Oh, no puedo pagarte por haber hecho eso! —dijo riendo Nick.

Se sentía fastidiado por la cuestión de la cena.

## 46

Peter Sherringham se dirigió en el carruaje a través de la noche veraniega hacia St. John's Wood. Había empleado con Miriam la perentoriedad de los mensajes drásticos, suplicándole que se dirigiera de inmediato a su propia casa, sin la compañía de nadie, ni siquiera la de su madre. Deseaba verla a solas, por un motivo que ya le explicaría plena y satisfactoriamente... ¿no podía confiar en él? Él le había implorado que recordara la situación de él y que dejara la cena, lo dejara todo. La esperaba con indecible impaciencia en Balaklava Place.

Eso se dedicó Sherringham a hacer cuando llegó allí, mas hubo de hacerlo durante media hora. Interminable le pareció su solitaria vigilia en el salón de la señorita Lumley, donde la personalidad de la propietaria primitiva salió a su encuentro más que nunca anteriormente en una especie de apagado eco de antiguas sociabilidades, una populosa reverberación fantasmal. Habían encendido para Sherringham las numerosas velas, y las inevitables ficciones de la señora Rooth estaban desperdigadas por doquier; pero los nervios le prohibieron el solaz de tomar asiento y un libro. Anduvo de un lado para otro, pensando y a la escucha, y, como la ventana de cuerpo entero, ya que soplaba un balsámico airecillo, estaba abierta al jardín, salió y volvió a entrar varias veces. Un carruaje pareció detenerse en el exterior... después, nada; oyó el a esas horas infrecuente traqueteo de ruedas y el lejano murmullo de Londres. Su impaciencia era irrazonable, pero, aunque lo sabía, ésta persistió; a Miriam no había podido serle fácil deshacerse de su pléyade de felicitadores. Aún menos sencillo le habría sido indudablemente dejar al pobre Dashwood plantado con su cena. A lo mejor se traía a Dashwood consigo para cronometrarle el tiempo; era capaz de hacerle —de hacerle a Sherringham, es decir—, o incluso de hacerles a los dos, esa jugarreta. A lo mejor el pícaro del botones (Peter se acordó ahora del chelín negligido) se había limitado a fingir haber llevado la tarjeta, había vuelto con una respuesta inventada. Pero ¿cómo habría podido estar seguro el botones, ya que presuntamente no entendía el italiano, de que su respuesta concordaría con el mensaje? Peter lamentó ahora no haber ido él en persona, no haberse llevado a Miriam en persona, no

haberse cerciorado de que se hacía con ella y con lo que quería de ella.

Cuando hubo transcurrido media hora, le pareció evidente que ella no acudiría, y, preguntándose lo que debería hacer, resolvió que se montaría en otro carruaje y arramblaría con ella en el festín de Basil Dashwood. Entonces recordó que Nick había mencionado que ese agasajo no iba a darse en la residencia del joven actor, sino en algún mesón o restaurante, el nombre del cual él no había retenido. De repente, no obstante, Sherringham advirtió con gozo que dicho nombre carecía a fin de cuentas de importancia, pues por fin se oía algo en la entrada del jardín. Se precipitó afuera antes de que Miriam hubiera tenido tiempo de tocar la campanilla, y vio, cuando ella salió del carruaje, que venía sola. Ahora que ella se encontraba allí, ahora que él tenía esa evidencia de que ella lo había escuchado y había confiado en él, toda su impaciencia y su exasperación se esfumaron y una catarata de untuosa gentileza se manifestó en las primeras palabras que él le dirigió. Aquello había sido muchísimo más «encantador» por parte de ella de lo que él tenía derecho a soñar, pero es que ella era la mejor y la más atenta de las criaturas —la presente circunstancia lo atestiguaba— así como la más prodigiosa. De veras que él no estaba mal de la cabeza, pese a su desconcertante proceder; no, el cielo era testigo, no lo estaba, e iba a explicarse, iba a aclararlo todo. Las cosas habían cambiado.

Miriam se detuvo en seco, en el jardincito oscuro, mirándolo a él a la luz de la ventana abierta. Y le dio una voz al cochero (habían dejado abierta la entrada del jardín):

—No se vaya, haga el favor; lo volveré a necesitar enseguida.

— ¿Qué sucede?... ¿no te vas a quedar? —preguntó Peter—. ¿Vas a volver a irte a esta hora absurda? No te voy a hacer nada —insistió con suavidad. Y retrocedió y cerró la entrada del jardín. Habría querido además decirle al cochero: «Olvide lo anterior; por favor, váyase». Al mismo tiempo, por nada del mundo habría hecho nada que hubiese podido enojar a Miriam.

—He acudido porque he creído que será mejor esta noche, tal como están las cosas, para resolver lo que usted se proponga pedirme, sea lo que fuere. Probablemente es lo que calculó que yo pensaría, ¿eh? Cómo ha resultado esta velada, es cosa que ya ha podido apreciar; y me veo en el deber de reconocer lo fundamental de su aportación. Eso ya lo sabe usted de sobra, ya lo ha sentido sin duda mientras estaba allí sentado. Pero confieso que no logro imaginarme qué es lo que desea de mí aquí, ahora —agregó Miriam. Se había quedado inmóvil en el sendero.

Peter percibió la ironía de ese «ahora», y cómo lo ponía a él en ridículo, pero ya se había preparado para eso y para mucho más. Le había suplicado a Miriam que no lo considerara un lunático, pero a decir verdad en el momento



presente le importó poco que lo hiciera. Casi seguro que lo era, pese a su alegato de que las cosas habían cambiado; le importó poco incluso a sí mismo. Empero, habló en un tono de completo raciocinio y de la más plena disposición a satisfacerla. Esta lucidez no hizo sino restarle aún más dignidad a su cambio de actitud: su despedida de la muchacha el día anterior había tenido tales pretensiones de lucidez. Pero la explicación, la justificación, estaban en el propio hecho, y ese hecho había tomado completa posesión de él. Qué hecho era aquél, lo manifestó cuando le respondió a Miriam:

—Sencillamente, que había sobreestimado mis fuerzas.

— ¡Ah, lo sabía, lo sabía! Por eso le pedí que no asistiera —gruñó ella. Se dio la vuelta, irritada, y por un momento él pensó que regresaría al carruaje. Pero la tomó del brazo con la mano, para hacerla volver, y tras un instante la notó transigir.

—El caso es que tenemos que aclarar este asunto —dijo él. Después añadió, mientras la hacía entrar en la casa, inclinándose hacia ella—: El fracaso de mis fuerzas, ése ha sido exacta mente el motivo de mi asistencia.

Ella prorrumpió en carcajadas ante estas palabras, mientras penetraba en el salón, y su risa las hizo parecer pretenciosas en su adulterada elocuencia. Se quitó de encima, como una educada sumisión a la idea de aclarar el asunto, un chal blanco en el que había acudido envuelta. Aún estaba maquillada y disfrazada, con el espléndido atavío de su acto quinto, de modo que parecía protegida y poseída por el personaje que había estado interpretando.

—Sea lo que sea lo que usted quiere (cuando yo comprenda el sentido exacto de esta situación), será muy breve, ¿verdad? ¿Sabe que he abandonado una cena encantadora por su causa? Mamá está allí. He prometido que volveré con ellos.

—Eres un ángel por no haberla dejado venirse contigo. Estoy seguro de que ella lo habría deseado —dijo Sherringham.

—Oh, no se preocupe por ella, aunque está nerviosa —con testó Miriam. Después añadió sin tardanza—: ¿No consiguió ella mantenerlo alejado después de todo?

— ¿De quién hablas? —Biddy Dormer estaba tan ausente de los pensamientos de Sherringham como si nunca hubiese existido.

—De la muchacha encantadora con quien estaba usted esta mañana. ¿Se siente tan temerosa de complacerme? ¡Oh, sería tan adecuada para usted!

—No hables de eso —dijo Peter con gravedad—. Fui perfectamente sincero ayer cuando me despedí de ti. Lo fui, lo fui. Pero no puedo, no puedo: me eres demasiado inexpresablemente preciosa.

—Ay, no, por favor; otra vez no —gimió Miriam. La muchacha permaneció de pie junto a la repisa de la apagada chimenea con una de las manos sobre ella. —Si es tan sólo para decirme eso (¿no lo sabe usted bien?), ¿qué sentido tiene?

—No es tan sólo para decirte eso. Tengo una idea, una idea perfecta: todo el asunto está claro para mí.

—Y ¿en qué consiste todo el asunto?

Él vaciló un instante. Después dijo:

—Dices que tu madre está nerviosa. ¡Ah, si supieras cuán nervioso estoy yo!

—Pues yo no lo estoy. Prosiga.

— ¡Déjalo, déjalo! —balbució Sherringham.

— ¿Dejarlo? —Miriam le clavó la mirada cual una Medusa mansa.

—Me casaré contigo mañana mismo si renuncias; y, en pago del sacrificio que harás por mí, haré por ti más de lo que se haya hecho nunca por una mujer.

— ¿Renunciar, después de lo de esta noche? ¿Llama a eso una idea? —preguntó Miriam—. Son viejas palabras, y bastante insensatas: ya quiso usted algo parecido hace un año.

—Oh, por entonces sólo revoloteaba alrededor de la idea; hablábamos sin poner los pies en el suelo. No me parecía de veras que pudiera hacerte entenderla entonces, y ciertamente no la entendiste. Es más, mi propio futuro no me parecía claro. No sabía lo que podría ofrecerte. Pero estos últimos meses han importado una diferencia, y ahora sí que sé lo que puedo ofrecerte. Ahora lo que digo es plenamente maduro, ha sido profundamente meditado. Sencillamente no puedo vivir sin ti, y sostengo que juntos podemos hacer grandes cosas.

— ¿Qué cosas? —inquirió Miriam.

—Las cosas de mi profesión... de mi vida... las cosas que se hacen por el país propio, la responsabilidad y el honor de los grandes asuntos; profundamente fascinantes cuando se está inmerso en ellos, y más excitantes que todas las excitaciones del teatro. Interésate por mí sólo un poquito, y ya verás lo que son, se apoderarán de ti. Créeme, créeme —rogó Sherringham—, cada fibra de mi ser vibra en lo que digo.

—Reconoció ayer que eso no tenía sentido —dijo Miriam—. ¿Dónde estaban las fibras de su ser en aquel momento?

—Vibraban aún más que en éste, y yo trataba, como un asno, de no sentirlas. ¿Dónde estaba ayer esta noche, dónde las horas embriagadoras que acabo de presenciar? Ah, eres la perfección de las perfecciones, y mientras estaba sentado allí esta velada me revelaste qué es lo que de verdad deseo.

— ¿La perfección de las perfecciones? —repitió la muchacha interrogativamente, con la más extraña de las sonrisas.

—No necesito explicártelo: debes de haber notado esta noche, con semejante embeleso, lo que eres, lo que puedes hacer. ¿Cómo puedo renunciar a eso? —preguntó Sherringham.

— ¿Cómo puedo yo, pobre amigo mío? Estamos buenos con sus ideas y sus responsabilidades y sus grandes asuntos, como usted los llama. Voyons, son infantiles. Acabo de demostrar que soy una perfección de perfecciones; ¿por lo tanto es el momento justo para renunciar, como usted finamente dice? ¡Ah, estaba segura, estaba segura! —Y Miriam hizo una pausa, posando una mirada pesarosa y conmisericordiosa sobre su visitante, como si estuviera tratando de discurrir algún procedimiento que contribuyera a arrancarlo de sus absurdidades—. Estaba segura, quiero decir, de que si usted asistía, su pobre y querido cerebro desvariante terminaría definitivamente embobado —continuó al poco—. No puedo hacerme la torpe en público sólo por usted, pourtant. Ay, ¿por qué tiene que queremos tanto?

— ¿Quereros? ¡Os aborrezco!

—Je le vois parbleu bien! ¡Quiero decir, ¿por qué tiene que sentirnos, que juzgarnos, que entendernos tan bien?! Le agrado porque entiende, porque sabe; y porque le agrado, debe adaptarme a su conveniencia, debe coger mis riendas, valga la expresión. Me admira como artista y por consiguiente desea meterme en una vitrina donde la artista se asfixiará. Oh, sea razonable: ¡debe dejarla vivir!

— ¿Dejarla vivir? ¡Como si pudiera impedírselo! —exclamó Peter, con inequívoca convicción—. Aunque quisiera, ¿cómo iba a impedirle manifestarse a un espíritu como el tuyo? No hables de que voy a meterte en una vitrina, pues, queridísima hija, estoy sacándote de una. La artista es irreprimible, eterna: estará en todo lo que seas y en todo lo que hagas, e irás con ella triunfalmente por todas partes, ejercitando tus facultades, entusiasmando al mundo, venciendo todos los obstáculos.

Los colores de Miriam se inflamaron, a través de su maquillaje, ante este vivido cuadro, y ella preguntó de modo chocante:

— ¿Le gustaría eso?

— ¿Que si me gustaría que mi esposa fuese la mujer más brillante de

Europa? Creo que puedo sobrellevarlo.

— ¿No tiene miedo de mí?

—Ninguno en absoluto.

—Admirable coraje. ¡Qué poco me conoce, después de todo! —suspiró la muchacha.

—Digo la verdad —insistió Peter—; y debes hacerme justicia y admitir que me he tomado mi tiempo para explorar mis sentimientos hondamente. No soy un jovencito atolondrado; he vivido, he recogido experiencia, he observado; en resumidas cuentas, sé lo que hago. No es algo sobre lo que se pueda razonar; es sencillamente una necesidad que me consume. He tratado de matarla de hambre, pero es inútil... de veras que es inútil, Miriam —prosiguió el pobre Sherringham, con un leve temblor en la voz que puso de relieve toda su sinceridad—. La cuestión no es si yo confío en ti; la cuestión es simplemente si tú confías en mí. Eres estupenda, como te he oído a ti misma decir; eres franca, espontánea, generosa; eres una criatura magnífica. Cásate confiadamente conmigo y yo me ocuparé de ti.

— ¿Ocuparse de mí? —La inflexión de la muchacha resultó insólita; hizo que Sherringham mudara de color.

—Me refiero a que te daré una vida más grandiosa que la más grandiosa que puedas conseguir de cualquier otra manera. El escenario es grande, no hay duda, pero el mundo es aún más grande. Es un teatro mayor que cualquiera de esos locales del Strand. Nos interesaremos por las realidades en lugar de por las fábulas, y te harás cargo de ellas mucho mejor que de las fábulas.

Miriam lo había escuchado atentamente, pero su rostro exhibió su desesperación ante la retorcida inventiva de él.

—Perdóneme por decirlo, después de sus deliciosos homenajes a mi valía —repuso al instante—, pero nunca he escuchado una catarata semejante de sofistería tan descarada. Me tiene usted en tan elevada consideración que la propia humildad debería mantenerme callada; a pesar de todo, debo pronunciar unas pocas mezquinas palabras de sensatez. Soy una criatura magnífica sobre escena... hasta ahí, correcto; es lo que me propongo ser y es maravilloso encontrarse ante tal demostración de que lo logro. Pero fuera de escena... vamos, vamos: perdería todas mis dotes. El hecho es tan patente que me considero muy magnánima por siquiera examinarlo con usted.

— ¿Estás sobre escena ahora, por favor? ¡Ah, Miriam, si no fuera por el respeto que te debo! —protestó su acompañante.

—Si no fuera por eso yo no habría acudido a su cita aquí. Mi talento es lo que lo conquista: ¿podría haber mejor prueba de ello que el hecho de que ha

sido mi exhibición de él esta noche lo que a usted lo ha decidido? Verdaderamente es mala pata que sea usted tan sensible a este tipo particular de talento, ya que le juega tamañas malas pasadas a su capacidad de ver las cosas como son. Sin él yo sería una mujer insulsa, ignorante, de tercera categoría, y sin embargo ése es el sino que me pide que acepte y que demencialmente pretende que está dispuesto a aceptar usted también.

— ¿Sin él? ¿Sin él? —exclamó Sherringham—. Tu sofistería es infinitamente peor que la mía. Me gustaría verte sin él durante la cincuentava parte de un segundo. Lo que te pido que abandones son las empolvadas tablas y las llameantes candilejas, pero no la mismísima esencia de tu ser. Tu talento consiste en ti misma, y es porque consiste en ti misma por lo que te anhelo. Si fuera algo de lo que pudieras desprenderte por el sencillo procedimiento de bajar del escenario, nunca te habría mirado por segunda vez. ¡No me hables como si fuera un ingenuo, con tus engañosas simplificaciones! Fuiste hecha para fascinar y para consolar, para representar la belleza y la armonía y la variedad ante los míseros seres humanos; y la vida cotidiana del hombre es el teatro apropiado para ello... no un vulgar local comercial con un torniquete de entrada, que abre sólo una vez cada veinticuatro horas. ¿Sin él, dices? — insistió Sherringham, con arreciante indignación y pasión exasperada—. ¡Por favor, házmelo saber la primera vez que te halles sin tu rostro, sin tu voz, tu caminar, tu exquisito espíritu, los movimientos de tu cabeza y la maravilla de tus ojos!

Ante esto, Miriam se dio la vuelta y se apartó de él con un porte que recordó el que a veces exhibía sobre escena cuando les volvía su joven espalda a las candilejas y luego, tras dar unos pasos, giraba majestuosamente media vuelta de nuevo. Toda esta evolución la llevó a cabo (la completó en un instante) en la presente ocasión; incluso hasta el punto de detenerse en seco con la mirada clavada en él y la cabeza bien erguida.

—Desde luego es extraño —dijo la muchacha— que la otra solución nunca se le ocurra.

— ¿La otra solución?

—Que usted no abandone el escenario.

—No te comprendo —confesó Sherringham.

—No abandone usted mi escenario; deje el suyo.

Sherringham dudó un momento. Y preguntó:

— ¿Quieres decir que si hiciera eso me tomarías?

—Quiero decir que si por casualidad se le ocurriera ofrecerme un pequeño sacrificio por su parte, ello colocaría la cuestión bajo una luz ligeramente más

favorable.

— ¿Dejarte continuar actuando... siendo mi esposa? —demandó Sherringham—. ¿Es realmente una condición? ¿Debo entender que ésas son tus cláusulas?

—Puedo decir que sí sin temor, pues usted nunca las aceptará.

— ¿Las aceptarías tú de mí?... ¿Estarías conforme con mi sacrificio, con verme tirar por la borda mi labor, mis perspectivas (no tendría más remedio que hacerlo), y convertirme simplemente en escolta tuyo?

—Mi querido amigo, usted me invita a mí con la más tranquila conciencia del mundo a convertirme en escolta suya.

—Los casos no son comparables. Tú me convertirías en el marido de una actriz. Yo te convertiría en la esposa de un embajador.

— ¡El marido de una actriz, c'est bienôt dit, con ese tono de desdén! Si fuera usted consecuente —dijo Miriam—, esa posición debería serle motivo de orgullo.

— ¿Qué quieres decir con eso de que si fuera consecuente?

— ¿No ha insistido siempre en la belleza y el interés de nuestro arte y en la grandeza de nuestra misión? ¿No llegó casi a las manos con el pobre Gabriel Nash a causa de ello? ¿Qué significado tenía todo aquello si no está dispuesto a enfrentarse con las primeras consecuencias de su teoría? O bien se trataba de una convicción profunda o bien de una pretensión hueca. Si era una farsa hipócrita, me alegra enterarme —dijo Miriam, desarrollando exaltadamente sus postulados, ensombreciéndosele la mirada—. Cuanto más elevada la causa, me parece a mí, más elevada la hazaña; y si el teatro es importante para el «espíritu humano», como decía usted tan encantadoramente en el pasado, y si encima le añade el acicate de profesarme tanto cariño, no comprendo por qué sería monstruoso prestamos sus servicios de un inteligente modo indirecto. Por supuesto, si no es usted sincero no hace falta siquiera que hablemos; pero si lo es, con su visión de lo que el actor puede hacer, ¿por qué es tan indigno acudir en su ayuda, juntando una devoción con la otra? ¡Si soy tan buena, merezco que se me prodigue alguna atención, y el lugar donde mejor soy es el lugar donde prodigarme esas atenciones!

—Nunca te has mostrado mejor que en este instante, en la más profunda intimidad de la vida privada —repuso Sherringham—. No tengo ninguna teoría sobre lo que el actor puede hacer y ninguna concepción acerca de la importancia del teatro. Cualquier encaprichamiento de esa clase se me ha ido por completo, y por mí el teatro puede irse a paseo.

— ¡Es usted deshonesto, es usted ingrato, es usted falso! —relampagueó

Miriam—. Fue el teatro lo que lo condujo aquí; si no hubiese sido por el teatro, yo nunca lo habría mirado. Fue en nombre del teatro como me prestó atención al principio; es al teatro a quien debe todos los privilegios que, en lo que a mí concierne, disfruta usted.

— ¡Parezco disfrutar de una gran cantidad! —gruñó Sherringham.

— ¡Podría desde luego sacarles más partido a los que tiene! Me irrita usted, pero quiero ser limpia —dijo la encendida muchacha—, y no puedo serlo a menos que usted lo sea. Usted no es limpio, ni sincero, ni honrado, cuando se retracta así de sus palabras y abjura de su fe, cuando reniega de amigos y recuerdos queridos en favor de un propósito egoísta.

—«Propósito egoísta», como reza tu propia e idónea locución, c'est bienôt dit —contestó Sherringham—. Supongo que consideras que si te estimara de verdad, debería avergonzarme de privar al mundo de la luz de tu genio. Quizá mi estima no sea de la naturaleza adecuada; las hay de diversas clases, ¿no es cierto? De todos modos, ya te he explicado que no me propongo privar al mundo de nada en absoluto. ¡Serías celebrada, allez!

— ¡Tonterías, tonterías! —se burló Miriam, ejecutando el ceremonial de apartarse dando media vuelta y volverse a mirarlo de nuevo—. Naturalmente me hago cargo —añadió rápidamente— de que para engañarse a sí mismo con tales tópicos debe estar usted de veras muy mal.

—Sí, estoy de veras muy mal —admitió Sherringham, mirándola tristemente—. ¿Dónde quedan tus declaraciones, las que me hiciste el otro día (el día en que me encontré aquí a mi primo) en el sentido de que me tomarías si me presentara ante ti en calidad de persona que ha llegado lejos?

Miriam reflexionó un momento, y dijo:

—Ya me acuerdo: las chanzas sobre la Orden, las condecoraciones y las bandas. Mi pobre y querido amigo, no sea tan toscamente literal. ¿No reconoce una broma cuando la tiene delante? Fue para hacer sufrir a su primo, ¿no se da cuenta? Aunque no lo conseguí en absoluto.

— ¿Para qué ibas a desear hacer sufrir a mi primo?

—Porque es tan fastidioso. Y está claro que yo tenía mi libertad no menos que la tengo ahora. Le ruego que me diga, ¿qué explicaciones tengo yo que darle a usted y por qué tengo que estar teniendo en cuenta su vigilancia? No obstante, dejemos aparte esa cuestión. Supongamos que le he dicho de veras que podríamos entendernos el día en que se presentara ante mí cubierto de gloria en forma de tintineantes medallitas: ¿por qué anticipar el trámite tantísimos años y considerarme vencida con semejante antelación? ¿Dónde está la gloria, por favor, y dónde las medallas?

—Queridísima muchacha, ¿acaso no marcho a América (una promoción espléndida) el mes que viene —arguyó Sherringham— y no puedes confiar en mí lo bastante para creer que hablo a partir de una tasación exacta de las realidades (que no te miento, en suma) cuando te digo que tengo el pie en el estribo? La gloria está alboreando. Soy estupendo yo también.

—Lo que me propone entonces es acompañarlo tout bonnement a su nuevo destino.

—Lo expresas con concisión —sonrió Sherringham.

—Es usted conmovedor; la idea tiene su encanto. Pero no se puede progresar nada en América, bien lo sabe. Me han asegurado que allá nadie consigue medallas. Es el motivo de que el cuerpo diplomático la odie.

—Es un lugar de paso hacia la meta, es un lugar de paso hacia la meta —machacó Sherringham febrilmente—. No nos mantienen en lugares desagradables a menos que deseemos quedarnos. Hay una cosa que es posible conseguir en cualquier parte del mundo si se es diestro, y en ninguna si no se es, y por lo general más en los lugares desagradables que en los otros; y esa cosa (puesto que es el quid de la cuestión que estamos debatiendo) es el éxito. Es odioso tratar de convencer a alguien a base de fanfarronadas, pero es que me rebelo contra ser tratado como si no tuviera nada que ofrecer... que ofrecer a una persona que ya ha conquistado tantas glorias por su cuenta. No soy un zoquete presuntuoso; soy un hombre capacitado y resuelto, y los augurios están de mi parte. —Peter titubeó un momento, y entonces, con una extraña expresión, completó—: Recuerda que, después de todo, hablando con propiedad, también tus glorias pertenecen aún al futuro. —Una interjección, ante estas palabras, brotó de los labios de Miriam, pero su acompañante se aprestó a proseguir—: Pregunta a mis superiores oficiales, pregunta a cualquiera de mis colegas si les parece que no tengo nada que ofrecer.

Peter Sherringham se figuró, cuando cesó de hablar, que Miriam estaría a punto de estallar en algunas potentes palabras de resentimiento ante su alusión a la naturaleza contingente de las perspectivas profesionales de ella. Mas aun así le salió el tiro por la culata cuando la oyó declarar con extraordinaria urbanidad:

—Es perfectamente cierto que mis glorias pertenecen aún al porvenir, que es posible que me quede en nada y que mi pequeño triunfo de hoy sea tal vez mera agua de borrajas. Cosas más extrañas se han visto, hechos así suceden todos los días. Pero ¿no estamos atribuyéndole demasiada relevancia al papel de este aspecto? —preguntó, con una tolerancia fatigada que resultó noble en su efecto—. No cabe duda de que es vulgar considerar tan sólo el ruido que una vaya a hacer; en especial si se tiene presente la escasa inteligencia que habrá en nueve décimas partes del mismo. No es a mis glorias a lo que me



aferró; es sencillamente a mi concepción artística, incluso aunque se halle destinada a hundirme en la oscuridad. Es lo que más aprecio de todo... mil veces más que (lamento tener que expresarlo así) el dedicarme a hacer gestos displicentes con la cabeza en calidad de primera dama de un pequeño corrillo.

— ¿Un pequeño corrillo? ¡No sé a qué te refieres! —repuso Peter con considerable vehemencia.

— ¡Un gran corrillo entonces! No es más que eso, en el mejor de los casos. ¡Una «dignataria» peripuesta y repelente, que esalzada sobre su pequeño pedestal local y se cree reina para siempre porque ha sido ridícula durante una hora! Oh, no hace falta que me cuente. Ya las he visto en el extranjero, podría imitarlas aquí. Podría representarle una ahora mismo si no estuviese tan cansada. Tal vez sea un detalle de exigua importancia, pero estoy que me caigo. —Miriam recogió el mantón blanco que se había quitado, echándose con su habitual amplitud de movimientos—. Están aguardándome, y confieso que me siento hambrienta. Como no me dé prisa, se van a zampar todas las cosas ricas. No diga que no he sido considerada y vuelva cuando esté mejor. Buenas noches.

—Estoy bastante de acuerdo con que hemos estado atribuyéndole demasiada relevancia al lado vulgar de nuestro asunto —respondió Peter, desplazándose hasta interponerse entre ella y la puerta-ventana del jardín, por la cual tenía ella al parecer el propósito de salir de la habitación—. Ha sido porque he querido sobornarte. El soborno es casi siempre vulgar.

—Sí, debe aprender a hacerlo mejor. Merci! Ah, ahí llega un cabriolé; algunos de ellos han venido por mí. He de irme —añadió Miriam, prestando atención a un ruido que le había llegado de la calle.

Sherringham prestó atención también, sin que le diera impresión de que hubiera cabriolé alguno.

—Créeme, no es sensato darle la espalda a tal afecto como el mío y a tal confianza —insistió, hablando casi con un tono de advertencia (hubo un matiz de altiva dureza en aquello, como la de una reprimenda ante una verdadera locura, aunque hubiera pretendido resultar cariñoso) y deteniéndola a menos de dos metros del cristal—. Estas cosas son las más preciosas que la vida puede darnos —agregó, casi pedagógicamente.

Miriam volvió a prestar atención durante un momento; después pareció prescindir de su idea del cabriolé. Inútil advertir al lector, a estas alturas del enérgico historial de la muchacha, que el modo idóneo para que su enamorado la aplacara no consistía en pintarse a sí mismo como actuando por el más elevado interés de ella.

—Estamos buenos con lo que usted llama confianza —dijo ella enseguida;

y la honda entonación de estas pocas palabras tuvo algo del rumor lejano del trueno.

— ¿Cómo lo llamarías entonces, si te ofrezco todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que voy a lograr?

Ella pareció medir a Sherringham por un momento, como si estuviera considerando si debería intentar franquear el paso que él le obstaculizaba. Pero se quedó quieta donde estaba y repuso:

—Lo siento mucho por usted, sí, pero es que además estoy un tanto avergonzada de usted.

— ¿Avergonzada de mí?

—Un ofrecimiento valiente de un apoyo absoluto: eso es lo que yo calificaría como confianza. Ahora dice usted que odia el teatro; y ¿sabe qué lo ha hecho decir eso? El hecho de que ocupa un lugar demasiado amplio en su alma para repudiarlo y deshacerse de él con la conciencia tranquila. Posee una profunda fascinación para usted, y sin embargo usted no tiene la suficiente energía para hacer la concesión de abrazarlo públicamente en mi persona. Se siente avergonzado de sí mismo por ello, sabiendo que todas sus constantes atribuciones elevadas en favor de él son del dominio público; así es que blasfema contra él para intentar encubrir su retirada y su traición y arreglar su situación personal. Pero no le servirá, mi buen amigo... no le servirá de nada —prosiguió Miriam, con una rotundidad triunfante, casi judicial, que hizo que su acompañante se quedara mirándola pasmado—; no tiene la menor atenuante de estupidez, y su perversidad no sirve de atenuante en modo alguno. Déjela completamente en paz, a una pobre muchacha que está haciéndose su camino, o, si no, venga sinceramente en su ayuda, a obsequiarla con el beneficio de su sabiduría. No la entierre en vida con el pretexto de obrar por su bien. Lo que hace mayor bien a las personas es ver un poco de honestidad. Usted es el mejor juez, el mejor crítico, el mejor observador, el mejor degustador de ficciones con que me he encontrado nunca; dan fe de ello todas las cosas que me ha dicho a lo largo de doce meses, todas sus tendencias y aptitudes intelectuales, todo el modo en que se ha especializado en esta actividad nuestra. Si las artes son nobles y benéficas, no se debería tener miedo a tenderles una mano. Su primo no lo tiene: sabe hacer sacrificios.

— ¿Mi primo? —exclamó Peter—. Caramba, si fue hace nada cuando estuviste echándole sus sacrificios en cara.

Bajo esta imputación sobre su coherencia Miriam no titubeó sino por un instante.

—Lo hice para hacerlo sufrir a usted —sonrió.

— ¿Para qué ibas a desear hacerme sufrir, si te importo tan poquísimo?

— ¿Que me importa poquísimo? ¿No le he dicho repetidas veces, no le dije ayer mismo, lo mucho que me importa? ¿No lo estoy demostrando ahora mismo pasando la mitad de la noche en su compañía (convirtiéndome así en un blanco succulento para todos esos cínicos), tomándome todas estas molestias para persuadirlo de que lleve bien erguida la cabeza y defienda con valentía sus opiniones?

—Te inventas mis opiniones a tu conveniencia —dijo Peter—. En una ocasión tan lejana como lo es la noche en que te presenté, en París, a Mademoiselle Voisin, me acusaste de desdeñar a quienes se dedican a tu tarea. Recuerdo que casi me sacaste los ojos porque no reverencié lo suficiente a tu amigo Dashwood. Puede que no lo hiciera; pero si ya por aquella época dejaba yo tanto que desear, a duras penas puedes acusarme de traición ahora.

—No lo recuerdo, aunque seguramente es cierto —meditó Miriam—. Aquello de lo cual lo acusaba entonces era probablemente ni más ni menos que lo que le reprocho ahora: llevar dentro de usted, como poco, el germen de su deplorable debilidad. Usted considera que realizamos una labor endiabladamente egregia, y sin embargo por nada del mundo le gustaría que la gente especulara que está decididamente de nuestra parte. Si su posición era incluso en aquellos días tan falsa, mucho peor para usted, eso es todo. ¡Ah, resulta edificante —exclamó la muchacha, tras una pausa durante la cual le pareció a Sherringham estar catando la amargura plena de la desesperación, viéndose tan confundido y escarnecido—, ah, resulta edificante ver a un hombre quemar sus naves por una causa que lo atrae, renunciar a algo por ella y romper con turbias timideces y esnobismos! Es el espectáculo más hermoso del mundo.

Sherringham, por herido que se sintiera e inflamado y exasperado, pese a ello rompió en carcajadas al oír esto. Y repuso:

—Eres magnífica, me brindas en este momento la más exquisita ilustración posible de lo que entiendes por quemar las naves propias. Verdaderamente, verdaderamente no hay nadie como tú: ¡hablar de timidez, hablar de edificación! Si tuviera una pizca de aptitud para ello, ingresaría en los escenarios mañana mismo, para no perderme ni un segundo de ti.

—Si hace eso, seré su esposa al día siguiente de su primera aparición. Sería realmente meritorio —dijo Miriam.

—Desgraciadamente, no poseo talento.

—Eso no haría sino volverlo aún más meritorio.

—Eres como Nick —contestó Peter—: te has aficionado a imitar a Gabriel

Nash. ¿No comprendes que sólo en el caso de que fuera una cuestión de ingresar yo también en los escenarios tendría algún sentido tu injusto acto de compararme con Nick Dormer y el que yo renunciara a una carrera por la otra? ¡Pero quedarme sencillamente entre bastidores para sostener tu chal y tu frasco de sales! —concluyó Peter fúnebremente, como si con eso hubiera quedado zanjada la polémica.

—Sostener mi chal y mi frasco de sales no sería más que un detalle, que representaría una parte muy pequeña de los múltiples servicios inapreciables, la protección y el aliento por los cuales una mujer en mi situación podría sentirse agradecida hacia un hombre interesado por su labor y capacitado y resuelto, como usted muy justamente se autodescribe.

—Y ¿te parecería bien que un hombre así tuviera que comer del dinero obtenido gracias a la exhibición de la persona de su aun más capacitada y aún más resuelta esposa?

— ¿Por qué no, si trabajan en común, si hay algo del espíritu y del apoyo de él en todo lo que ella hace? —demandó Miriam—. Je vous attendais, con la famosa cuestión de la «persona»; ya sé que se trata del gran palo con que nos machacan. Sí, la mostramos por dinero, los de nosotros que tenemos algo que mostrar, y también algunos que indudablemente no lo tienen, lo cual constituye el verdadero escándalo. ¿Qué quiere? No es más que el envoltorio de la esencia, no es más que nuestra maquinaria, a la cual deberíamos tener derecho; y, proporcionalmente al grado en que la esencia se apodera de nosotros, nos volvemos más inconscientes del vil cuerpo. La pobre y querida «persona»... ¡si supiera usted lo que nosotros pensamos de ella! Si usted no puede olvidarlo, es asunto suyo; eso demuestra lo ciega que es la gente en lo tocante a la esencia.

— ¿Quieres decir que soy ciego para esa cuestión?

—Quiero decir que lo es el público, el público que nos da de comer. En última instancia, los espectadores esperan que nosotros a nuestra vez los miremos a ellos, que ya lo creo que son dignos de contemplarse. ¡Si viera usted a algunos de los seres que tienen el rostro de plantarse ahí en las butacas de platea, ante una, durante tres mortales horas! Sin duda sería más sencillo si fuéramos incorpóreos, pero navegamos todos en el mismo barco, y sería cometer una gran injusticia con la esencia, y de todas formas todos nos exhibimos en público constantemente; lo único es que algunos de nosotros no se merecen que los paguen por ello.

—Eres extraordinariamente chistosa, pero por alguna razón no consigo reírme contigo —dijo Peter, cuya agraciada cara se le había puesto larga hasta un extremo que daba suficiente fe de su afirmación—. ¿Recuerdas la segunda vez que te vi, el día en que diste un recital en mis habitaciones? —inquirió

abruptamente, de modo muy semejante a como si estuviese extrayendo de su carcaj una flecha que, aunque fuese la última, fuese asimismo una de las más afiladas.

— ¡Perfectamente, y lo boba que era por entonces, a pesar de que parece que fue ayer!

—Expresaste en mi presencia un profundo aborrecimiento hacia la clase de autoexposición a que te comprometería la profesión de la que buscabas formar parte. Puesto que tú te comparaste a ti misma con un contorsionista de verbena, yo no hago ahora sino repetir tus palabras.

—No sé lo que le diría yo por entonces —contestó Miriam, cuyo inalterable vuelo no había sido detenido por aquel ineficaz proyectil—; sin duda, yo ya era prodigiosa en aquella época por hablar de cosas de las cuales no sé nada. Estaba tan sólo en la orilla de la riada y acaso el agua me parecía más fría de lo que es. Una misma la caldea un poco una vez que se mete en ella. Por supuesto que soy una contorsionista, y por supuesto que hay un lado odioso; pero ¿no comprende cómo ese mismo hecho vuelve valiosas todas las compensaciones, la ayuda de quienes están dispuestos a insistir en el otro lado, el grandioso, y en especial el cariño de la persona que está dispuesta a insistir más y a sostener ante nosotros lo más grande del tema, el elemento que lo compensa todo?

— ¿El elemento? —objetó Peter, con un despiste disculpablemente exagerado—. ¿Te refieres a tus éxitos?

—Me refiero a aquello sobre lo cual se ha mostrado usted tan elocuente tantas veces —repuso la muchacha, con un indulgente encogimiento de hombros—: sencillamente al modo como inflamamos el espíritu de las personas. Oh, ahí es donde la vida puede ayudarnos —espetó, con un cambio de entonación—, ahí es donde las relaciones humanas y los afectos pueden ayudarnos: el amor, y la fe, y la alegría, y el sufrimiento, y la experiencia... ¡no sé cómo llamarlos! Sugieren cosas, las alumbran y santifican, como diría usted; las hacen parecer merecedoras de ser hechas. —Ella se volvió radiante por unos momentos, como en presencia de una visión espléndida; después, con una nueva transición a otro acento, que pareció todo armonía y naturalidad, prosiguió—: Debo decirle que en lo que respecta a lo que podemos hacer los unos por los otros tengo un ideal increíblemente elevadísimo. Busco una fusión íntima, una unidad de intereses. ¡Lo que se dice un matrimonio de verdad, ha de hacernos un inmenso bien!

Sherringham permaneció allí mirándola un instante, durante el cual los ojos de ella se enfrentaron valerosamente, sin mostrar un destello atemperante de la sensación de crueldad y paradójica, al escrutinio que efectuó la mirada masculina. Con una interjección, pasional pero inarticulada, él le volvió la

espalda y se quedó, al filo de la ventana, con las manos en los bolsillos, atisbando derrotadamente, obcecadamente, la desvaída noche, el jardincito oscuro que nada tenía que ofrecerle salvo un familiar aroma exánime. En la cálida tiniebla no había alivio para él, y la histriónica dureza de Miriam lo había arrojado violentamente de vuelta a un mundo de quinta categoría, a una realidad nublada y tachonada de estrellas donde no había consuelo: la de la mirada velada e impasible del cielo de Londres. Durante el corto espacio de tiempo en que contempló iracundo estas cosas, rabió en su estupor e impotencia. Lo que él quería era algo que no estaba presente en esas obtusas perspectivas. ¿Qué significado tenía toda esta súbita importunidad ofensiva de «el arte», este absurdo catch burlón, cual un irritante coro de conspiradores en una ópera estúpida, donde la voz de Miriam estaba tan incongruentemente consonada con la de Nick y donde la flautita dulce de Bidy no había tenido, aún más desquiciantemente, reparo alguno en mezclarse? Al cuerno con el arte: ¿cuándo le había solicitado él, a fin de cuentas, que se entrometiera en su vida para mejorarlo o molestarlo? Si el gruñido inarticulado en que Peter exhaló parte de su humillación se hubiese traducido a palabras, dichas palabras habrían brotado tan densamente impregnadas del recelo genuinamente británico hacia las tendencias que pueden observarse en algunos individuos a inmischirse en los asuntos ajenos como si el pobre autor de las mismas jamás hubiese salido de su isla. Algunas concepciones postreramente adquiridas habían arraigado profundamente en él, mas en él existía una compacta formación inmemorial que siempre había yacido aún más profundamente. En el momento actual trató de apoyarse en ella espiritualmente hablando, pero la encontró poco blanda; y en el instante exacto en que más consciente fue de esta ausencia de una elasticidad que pudiera volver a impulsarlo hacia arriba o de cualquier comodidad mínimamente tolerable, sus ojos fueron atraídos por un objeto que, como intuyó inmediatamente, no podía sino contribuir a la complicación del estado de cosas.

Una forma indefinida permanecía inmóvil en frente de él en el jardín, a medio camino entre la casa y la salida a la calle; y se mantenía fuera de la amplia zona de luz proyectada por la ventana. La forma hizo un movimiento indeciso durante un segundo, luego de haberse percatado de que estaba siendo objeto de la observación de Peter, y, después, se desplazó bruscamente y desapareció tras la esquina de la pequeña villa. Este movimiento característico disipó el misterio tan eficazmente (no podía ser otra que la señora Rooth la persona que recurría a tan notorios secretismos) que, para darse cuenta de que se había terminado la partida y de que tenía que dar por finalizada la entrevista, Sherringham no tuvo necesidad de ver a la figura reaparecer tras pensárselo mejor y seguir deslizándose esquivamente en la noche con una enojosa y palmaria estupidez. Era evidente que la advertencia de Miriam formulada un rato antes había estado bien fundada: un cabriolé había

depositado a su ansiosa madre a la entrada del jardín. La señora Rooth había entrado con precaución; se había acercado a la casa y alejado; se había mantenido inadvertida, acechando y esperando y atendiendo. La ansiedad maternal y el factor imprevisto que se había interpolado en sus cálculos la habían arrancado de una celebración hasta ese momento sólo imperfectamente conmemorativa. Como era de esperar, la protagonista de la ocasión había sido intolerablemente echada de menos, de forma que la señora mayor había a un tiempo complacido a los congregados y aquietado sus propios nervios montándose porfiadamente en un carruaje y dirigiéndose retumbantemente hacia St. John's Wood para reclamar a la ausente. Pero, aunque había querido llegar a tiempo, asimismo había deseado no ser inoportuna; y se habría sentido aún más azorada a la hora de decir qué aspiraba a favorecer que a la de definir qué se había propuesto dificultar. Su designio era mantenerse apartada con elegancia, pasar a inmiscuirse con tino, y, más general y justificablemente (estaban a altas horas de la madrugada), enterarse de lo que estaban haciendo los jóvenes de quienes se sentía responsable. Probablemente había colegido que estaban peleándose, y ahora parecía estar telegrafiándole a Sherringham para saber si ya habían acabado. Él hizo caso omiso de sus señales, si es que señales eran; pensó tan sólo que antes de dejar paso a la repelente vieja había una apagada chispita que tal vez pudiera hacer brotar del pedernal de Miriam.

Sin dejarla sospechar que su madre se encontraba en el sitio, volvió a encararse con su compañera, medio esperándose que ésta habría aprovechado la oportunidad de dar la discusión por más que finalizada y se habría escabullido sigilosamente por la otra salida. Mas todavía seguía allí; se hallaba en el acto de acercársele con una intención manifiesta de amabilidad, presentando de hecho, para sorpresa de él, el aspecto de un ángel de compasión.

—No nos separemos tan desagradablemente —dijo Miriam— con su intento de hacerme sentirme puramente ofensiva y poco atenta. No tiene sentido que hablemos; tan sólo conseguimos hacemos daño mutuamente. Dominemos nuestras lenguas como personas de bien y dediquémonos a nuestros quehaceres. No es como si no tuviera usted ninguna posible cura... cuando hay una tan formidable a su alcance. Pruébela, pruébela, querido amigo mío... ¡ya verá! Le deseo el más elevado ascenso y el más rápido, todos los éxitos y todas las recompensas. Cuando lo haya obtenido todo, algún día, y yo me haya convertido en un gran personaje también, nos reencontraremos sobre esa sólida premisa y se alegrará de que me haya mostrado antipática hoy.

—Es indudable que antes de abandonarte tengo derecho a preguntarte una cosa —respondió Sherringham, asiendo con fuerza entre las suyas la mano fría de despedida que ella le había tendido para atormentarlo a modo de final—: ¿Estás dispuesta a ratificar con una promesa nítida tu afirmación implícita de

que tengo remedio?

— ¿Una promesa nítida? —Miriam miró benignamente, con una perfecta elusividad—. Yo no «afirmo implícitamente» que tenga usted remedio. Estoy dispuesta a gritarlo explícitamente por los balcones. Esa muchacha deliciosa...

— ¡No estoy hablando de ninguna otra muchacha deliciosa que de ti! — interrumpió Peter con una voz que, como se enteró luego, sobresaltó los oídos de la señora Rooth en el jardín con una gran alarma súbita—. Simplemente te emplazo, bajo pena de ser convicta de la más infamante falsedad, a ser estrictamente fiel a lo que me dijiste hace un cuarto de hora.

—Oh, he dicho tantas cosas; no hay otra solución, si una quiere desembarazarse de usted. Me hace daño —añadió, retirando de un tirón la mano, de una manera que evidenció que si era un ángel de compasión, su compasión era en cierto modo hacia sí misma.

— ¿Puedo entonces, tal como lo he entendido, abrigar alguna esperanza si renuncio a mi profesión? —insistió Peter—. Si rompo con todo, con mis perspectivas, mis estudios, mi adiestramiento, mis emolumentos, mi pasado y mi futuro, el servicio de mi país y la ambición de mi existencia, y me comprometo a aceptar a cambio la ocupación de cuidar de tus intereses tanto como esté en mi mano aprender a hacerlo y de contribuir a tus triunfos tanto como dé de sí mi ingenio... si tras madurada reflexión resuelvo someterme a esos preliminares, ¿tengo tu palabra de que puedo inequívocamente esperar de ti que me recompensarás con tu preciosa mano?

—No creo que tenga usted derecho a hacerme esa pregunta en este momento —dijo Miriam, con una prontitud acaso generada en cierto modo por el nítido realce que el solemne recitado de Peter había imprimido (había sido fascinador de escuchar) a cada término de su enumeración—. El caso es tan sumamente contingente: depende tanto de lo que usted ingeniosamente llama su madurada reflexión. Mientras usted se permite posponer su decisión, me exige que yo empeñe la mía. Si es una cuestión de maduras reflexiones, ¿para qué me ha traído a rastras hasta esta situación? Y es que además — agregó— estoy muy lejos de desear que dé usted un paso tan monstruoso.

— ¿Monstruoso dices? Hace un momento dijiste que sería sublime.

—Sublime si se hace con pasión, espontáneamente; ridículo si se hace tras madurada reflexión. Como dijo usted perfectamente al comienzo, no es algo sobre lo que se pueda razonar.

— ¡Oh, qué gran ayuda me serías en la diplomacia! —exclamó Sherringham—. ¿Me concederás un año para meditarlo?

— ¿Confiaría en mí durante un año?



— ¿Por qué no, si estoy dispuesto a confiar en ti para toda la vida?

—Ah, yo no sería libre entonces, qué le vamos a hacer. Y es que ¡cuánto parece usted dar por sentado que una tiene que apreciarlo!

—Recuerda que has insistido con ardor en que sí que me aprecias. ¿No me apreciarías aún más si me mostrase heroico?

Miriam lo miró un momento, y dijo:

—Creo que lo compadecería en tal caso. ¡Déselo todo a ella; no tire por la borda una felicidad auténtica!

— ¡Ah, no puedes desdecirte de tus afirmaciones con unas pocas frases vagas y hasta un tanto impertinentes! —dejó claro Sherringham—. Me acusas de tragarme mis palabras, pero tú te tragas las tuyas. Has pintado con colores celestiales el sacrificio de que te estoy hablando, y ahora tienes que atenerte a las consecuencias.

— ¿Las consecuencias?

—Canastos, mi regreso dentro de un año para solicitarte.

— ¡Oh, qué pesado es usted! —exclamó Miriam—. Vuelva cuando le dé la gana. ¡No me extraña que hayas acabado desesperada, pero imagina entonces cómo debo de estar yo! —agregó, mirando a una nueva interlocutora situada detrás de él.

—Bien, pero ¿y si te solicita? —oyó Peter que respondía conciliadoramente la voz de la señora Rooth a sus espaldas. Ésta se había llegado ahora a hurtadillas hasta la ventana, había traspuesto el umbral, estaba en la habitación; pero su hija no se había asombrado. — ¿Qué es lo que quiere hacer, preciosa? —continuó, para Miriam.

—Inducirme a casarme con él si ingresa en los escenarios. Va a ensayar por allá, donde está destinado, y luego volverá y hará su debut. ¿No es terrible? ¡Convéncelo de que desista, quédate con él, consuélalo! —dijo atropelladamente la muchacha—. Encontrarás bibine y galletas en la alacena; mantenlo junto a ti, tranquilízalo, dale su cenita. Entretanto yo me voy a por la mía; cogeré el brougham; ¡no quiero ser seguida!

Con estas palabras Miriam se precipitó hacia el jardín, y su blanca tela relumbró por un instante antes de que desapareciera. Peter miró a su alrededor, buscando su sombrero, y mientras lo hacía oyó el portazo en la salida y el ponerse en marcha del veloz carruaje. La señora Rooth pareció oscilar excitadamente por un momento en direcciones contrapuestas: la del impulso a seguir a toda prisa a Miriam y la de la increíble alternativa que la joven le había sugerido. Pareció dudar, pero a la ventura, deteniéndolo con un gesto maternal, alzó la mirada hacia su visitante y le hizo un guiño malicioso, con un

centelleo en los ojos que la hizo asemejarse a una sinuosa luciérnaga:

—Me alegra tanto que haya usted venido.

—A mí no. No he conseguido nada con ello —dijo él, encontrando el sombrero.

— ¡Ah, ha sido tan hermoso! —dijo ella engatusadoramente.

— ¿El estreno? Sí, maravilloso. Me temo que es demasiado tarde para aprovecharme de la gran prerrogativa que me ofrece su hija. Buenas noches.

—Oh, es una lástima; ¿no va a tomar nada? —preguntó la señora Rooth—. Cuando oí su voz tan fuerte, me asusté y no pude abstenerme de intervenir. — Pero antes de que él pudiera contestar nada, añadió—: ¿Está de veras pensando en los escenarios?

—Algo muy parecido.

— ¿Quiere eso decir que le ha propuesto usted matrimonio?

—Oh, de eso no hay duda.

—Y ¿qué dice ella?

—Caramba, ya lo ha oído: que soy un asno.

— ¡Ah, qué niña traviesa! —dijo la señora Rooth, riéndose—. Déjemela a mí. Yo lo ayudaré. Pero está loco. No abandone nada... y menos que nada sus privilegios.

—No abandonaré a su hija —dijo Peter, reflexionando que aunque esto era bajo, de todos modos era lo suficientemente elevado para la señora Rooth. Por demás, lo arregló un poco agregando sombríamente—: Pero no puede obligarla a tomarme.

—Puedo impedir que tome a ningún otro.

— ¡No me diga! —exclamó Peter, con más escepticismo que admiración.

—Ya lo verá, ya lo verá. —Él salió al jardín, mas, tras haber apagado las velas y entrecerrado la puerta acristalada, la señora Rooth lo acompañó—. Todo cuanto tiene usted que hacer es ser usted mismo, permanecer fiel a su brillante situación —explicó ella mientras andaban—. Confíe en mí para el resto; confíe en mí y esté tranquilo.

— ¿Cómo se puede estar tranquilo después de tan auspiciosa velada?

— ¡Pero si se debe precisamente a eso! —pronunció anhelante la ilusionada señora mayor—. Esta velada la ha lanzado tanto, por ese mar proceloso y amenazador, que para compensar la pérdida de la antigua seguridad (¿no se da cuenta?) debemos asirnos aún más firmemente.

—Excelente. Y ¿a qué? —preguntó Sherringham, puesto que la confortación de la señora Rooth se había vuelto vaga al pararse con él ante la puerta del jardín.

— ¡Oh, ya lo sabe: a la vida real, a la verdadera ancla! —El cabriolé de ella estaba aguardándola, y ella añadió—: He hecho que me aguardara, ya ve; ¡no es más que una pequeña excentricidad por ser la noche en que ha llegado la fortuna!

Peter se quedó mirando fijamente. Sí, esa noche había personas a quienes les había llegado la fortuna; pero se las arregló para balbucir:

— ¿Va usted a seguirla otra vez?

— ¡Por usted, por usted! —Y la señora Rooth se montó en el vehículo. Desde el asiento, tentadoramente, le ofreció sitio a su lado diciendo—: ¿No le apetece venir también? Sé que él lo invitó. —Peter rehusó con un gesto apresurado, y mientras volvía la espalda la oyó decirle algo a voces, para animarlo en su solitario caminar—: ¡No cejaré en el empeño; no la perderé nunca de vista!

## 47

Cuando la señora Dallow regresó a Londres, justo antes de que en Londres finalizara la temporada, el hecho se supo de inmediato en Calcutta Gardens, y le fue prontamente comunicado a Nick Dormer por su hermana Bridget. Él no se había enterado por ninguna otra fuente; no había mantenido correspondencia con Julia durante la ausencia de ésta. Había tenido la impresión de que su madre y hermanas no habían ignorado el paradero de ella (él nunca pronunciaba su nombre ante ellas); pero a este respecto no había estado seguro de si la fuente de información había sido el Morning Post o alguna que otra carta recibida por la inescrutable Bidy. Sabía que Bidy sostenía algún comercio epistolar con Julia, y sospechaba que Grace ocasionalmente se comunicaba por correo con la señora Gresham. Bidy, no obstante, quien, como bien sabía él, siempre estaba estudiando la manera de complacerlo, se había abstenido de hablarle a su hermano sobre la ausente señora de Harsh, exceptuando una ligera alusión a que se había trasladado de Florencia a Venecia y estaba disfrutando demasiado las góndolas y las puestas de sol como para marcharse. El comentario de Nick ante esto fue que era una mujer afortunada por gozar de un trato tan estrecho con Tiziano y Tintoretto; mientras decía esto y durante algún tiempo después, la sensación de lo mucho que él disfrutaría con un «trato» similar lo hizo padecer de impotentes anhelos.

Nick se había prohibido por el momento pensar en ausentarse, no sólo porque sería inconveniente y gravoso, sino porque constituiría una especie de huida ante el enemigo, una concesión a la facilidad. El enemigo no era ninguna persona concreta ni ninguna corporación de personas concreta: no era su madre; ni el señor Carteret, quien, como le contó a Nick el doctor de Beauclere, se estaba consumiendo lentamente, hundiéndose y hundiéndose hasta el punto de que sus energías vitales habían parecido alcanzar la profundidad vertical de una mina de oro; ni sus apaciguados electores, que habían gozado de una sana distracción eligiendo a otro candidato liberal totalmente sin la intervención de la señora Dallow (ella no había participado en la elección ni siquiera con un telegrama solidario); ni sus excolegas de la Cámara, ni los mordientes articulistas satíricos de los periódicos, ni las brillantes mujeres a quienes consternaba en las fiestas (no había más que un aspecto en que él las consternara infaliblemente), ni sus amigos, ni sus adversarios, ni sus meditaciones privadas, ni el fantasma periódico de su disgustado padre: era sencillamente la incomodidad general de su postura. Dicha incomodidad tenía que ver con su sentido de la responsabilidad, que con tanto entusiasmo censuraba Gabriel Nash, habiendo éste último parado de vagar sin rumbo fijo, por un tiempo, con el propósito de perderse la menor cantidad de escenas posible del drama, que rápidamente estaba perdiendo dramatismo, ay, del destino de su amigo; pero aquella amistad comprometedora poco lograba desterrar la melancolía. La conmoción pública originada por la desertión de Nick tan sólo había sido grande en la medida necesaria para subrayar la insipidez de su situación una vez que hubo amainado. Soportar unos cuantos chistes destilados en voz alta a expensas de uno no era un calvario digno de tal nombre; lo más duro de la cuestión era meramente que no habían sido lo bastante numerosos para poder seleccionar de entre ellos una antología aceptable. Nick había gozado, en suma, de las ventajas de vivir en una era y en una sociedad donde la masificación y la inmediatez tienen, para el ciudadano individual, especialmente cuando su nombre es don Nadie, compensaciones casi comparables a sus crueldades.

No, el desasosiego, para la conciencia de nuestro joven, después del transcurso de unas semanas, consistía sencillamente en un agudo miedo a las superficialidades creadoras en que podría inducirlo atolondradamente a incurrir su deseo de justificarse. Dicho deseo era apasionado en lo concerniente a Julia Dallow; era también ardiente en lo concerniente a su madre; y, para terminar de hacerlo absolutamente embarazoso, se complicaba con la convicción de que ambas no aceptarían su justificación ni aunque llegasen a contemplarla. Probablemente no podrían aunque quisieran, y seguramente no querrían aunque pudieran. Se aseveró a sí mismo, no obstante, que esta limitación carecía de importancia; era problema de ellas... el suyo era sencillamente tratar de hacer algo digno de ser mostrado. Las obras a que

últimamente se estaba dedicando no eran dignas de ser mostradas; aunque sin duda Julia por ejemplo las descalificaría casi tanto como si lo hubiesen sido. Los dos retratos de Miriam, tras la primera exaltación de saberse libre, no lo llenaban ahora de íntimo júbilo: no estaban en la línea en que realmente deseaba moverse. Había instantes en que se sentía casi furioso, aunque naturalmente no lo exteriorizara, cuando los juzgaban prodigiosamente mañosos las pocas personas que los habían visto. Que fueran prodigiosamente mañosos era exactamente lo detestable en ellos, tan denodadamente se había ocupado dicha maña de hacerlos parecer mejores de lo que eran. Había personas a quienes se habría sentido avergonzado de mostrárselos, y eran éstas las personas a quienes le daría más contento contentar algún día. No sólo tenía más de un rato de disgusto ante su labor actual, sino que además creyó comprender, como en una desazonante revelación, que la naturaleza lo había maldecido otorgándole una deshonesta habilidad y que el ejemplo de su vida, el más riguroso y edificante, sería no caer más en la trampa que ésta le había tendido. Había caído en ella nada más empezar, y había logrado salir sólo gracias a su honradez. Tenía talento para el mundo de las apariencias, y eso era lo fatal; poseía una condenada flexibilidad y muchas dotes para la reacción instantánea, una disposición a complacer a los demás, que hacían que pareciera abrazar causas que en realidad repudiaba, lo capacitaban para aprender lo suficiente acerca de las mismas en un santiamén como para presentar todo el aspecto de haberlas hecho suyas. Muchas personas las llaman suyas habiéndolas comprendido mucho peor. En su habilidad se había excedido hasta pasarse de listo, puesto que dicho nocivo exceso había sido el origen de profundas decepciones y resentimientos. Había asumido una virtud y disfrutado asumiéndola, y con dicha asunción había estafado a su padre y a su madre y a su novia formal y a su rico benefactor y a los cándidos ciudadanos de la villa de Harsh y a los cínicos informadores de los periódicos. Sus entusiasmos sólo habían sido en realidad curiosidad juvenil, sus discursos habían sido proezas deportivas juveniles, sus declaraciones y adhesiones habían sido como sellos de correos sin pegamento: la efigie es impecable, pero no aguantan. Ahora estaba dispuesto a retorcerle el pescuezo a aquel vicio irreprimible que, con certeza, no buscaba otra cosa que meterlo en futuros problemas. Su única purificación valedera consistiría en coger la tendencia a agradar (la suya, por supuesto) y encaminarla en dirección inversa; no obstante, si hubiere un método de tergiversar tal receta, se podía confiar en que su genio farsante lo descubriría infaliblemente. Resultados artísticos baratos y fáciles se le pondrían delante como tentación, pequeños efectismos superficiales, ayudados por el historial suyo, para imponerse en las exposiciones; que tenderían a confabularse con sus deseos de anonadar con un desenvuelto «¿Qué me decís de esto?» a aquellos a quienes había herido. El miedo a este peligro era corrosivo: envenenaba incluso las satisfacciones

legítimas. Que presentara un cuadro impresionante en la Royal Academy al año siguiente, no sería un pecado; no obstante, no podía evitar recelar de cualesquiera circunstancias que le permitieran ser impresionante tan pronto. De este modo se daba cuenta con suficiente nitidez de cómo lo «pillaba». Gabriel Nash siempre que éste se ponía a vituperar su fiebre por las demostraciones, y de cuán inferior podía resultar como energía creativa el deseo de granjearse la estimación de los mal dispuestos si se lo comparaba con el principio de la sosegada maduración. Nash tenía una manera curiosa de sacar el dedo y menearlo de izquierda a derecha ante él, como para ponerle fin a todo, cuando entraban de alguna manera, durante una conversación o discusión, en el tema de si a quien fuera le gustaría algo determinado.

Fue presumiblemente, en alguna medida al menos, un debido respeto al principio de la sosegada maduración lo que mantuvo a Nick en el campo de batalla ahora, lo que lo hizo permanecer fiel a Rosedale Road y a Calcutta Gardens y negarse a sí mismo el recurso facilón de la ausencia. Hiciera lo que hiciera, no podía despojarse de la impresión de que lo desagradable estaba de algún modo emparentado con lo saludable, y de que el «sosiego» estaba de algún modo emparentado con lo desagradable cuando era conseguido a base de terquedad; con que se resistió a un centenar de impulsos de huir a París o a Florencia y a la tentación de tratar a base de movimiento físico de persuadirse de que se hallaba en camino hacia la meta espiritual. Se quedó en Londres porque allí le parecía ser más consciente de lo que había emprendido, y tenía horror a rehusarse cobardemente a dicha conciencia. Por demás, uno de los elementos de la misma era la percatación de que no habría podido permitirse un viaje por el extranjero ni aun si su fuero interno hubiese aprobado semejante subterfugio. La interrupción de su provisión monetaria procedente de Beauclere era ya un hecho histórico, caracterizado por algo de la notoriedad de los hechos de tal rango: había tenido tiempo de comprobar la diferencia que iba a suponer en su vida. Sus recursos eran escasos y tenía algunas viejas deudas, el volumen de las cuales, en su opinión, adquiriría proporciones inverosímiles en la imaginación de su madre. Él nunca tenía oportunidad de decirle a ésta que exageraba, porque ahora ya no le decía nada de esa índole: ya no se hablaban de sus asuntos personales, pues una separación impenetrable, un alto y erizado seto de malentendidos no podados había brotado entre ellos. La pobre Bidy había abierto una hendedura en él, a través de la cual gateaba dificultosamente, de un lado al otro, para evitar que se suspendieran definitivamente las comunicaciones, al precio de muchos rotos y rasguños; por el contrario, Lady Agnes caminaba erguida y tiesa, sin volver jamás la cabeza, sin detenerse jamás a recoger la más diminuta margarita de consolación. De este modo era como deseaba dar a entender que se había resignado a sus calamidades. Se cubría con ellas como si fueran una especie de capa romana, y nunca había tenido un aspecto tan altivo y gastado y hermoso

como ahora que su mirada no contemplaba más que ruinas.

Nick se sentía extremadamente apesadumbrado por ella, si bien le parecía una notable falta de corrección el que ella nunca pisara Rosedale Road (ella hablaba de su estudio con tan poca frecuencia como si se hubiese tratado de un garito clandestino, o de algo peor); apesadumbrado porque bien sabía él que en este momento a ella tenía que parecerle que todo se había desmoronado. El lujo de Broadwood tendría que desmoronarse también, él lo veía muy claro. Las perspectivas de Biddy se habían marchitado hasta convertirse en puro y deprimente polvo, y de hecho Biddy, imitando el ejemplo de las perversidades de su díscolo hermano, parecía estar poco dispuesta a mejorar una mala coyuntura. Era la más ferviente partidaria de la bondad, pero cuando llegó la hora de hacer ella algo para iluminar la escena, se mostró portentosamente malvada. Después de la desconsiderada fuga de Peter Sherringham, ella había desairado irresponsablemente una excelente oportunidad de enmendar su propio infortunio. Lady Agnes había tenido razones para creer, hacia finales de junio, que el joven señor Grindon, el único hijo (los otros habían sido niñas) de un baronet político e industrial inmensamente rico del norte, estaba literalmente aguardando la más ligera señal. Estas razones se las impartió con puntualidad a la menor de sus hijas, cuya inteligencia hubo de asimilarlas y creerlas pero no les otorgó ninguna otra consideración. Biddy mantuvo inmóvil cual roca tallada su agraciado rostro; no quiso saber nada de señales, y, hablando en plata, rechazó tozuda, inicua y magnífica oferta, de modo que aquel joven encaminó sus expectativas nobles en alguna otra dirección. Cuán serio había sido éste en sus intenciones, lo demostró la circunstancia de que antes de que mucho tiempo hubiera transcurrido fuera capturado por Lady Muriel Macpherson. Fuera superfluo insistir en la frenética determinación de casarse puesta de manifiesto por tal evento. Nick supo de este episodio únicamente por mediación de Grace, y deploró que hubiera tenido lugar en medio de otros desastres.

Él averiguó o sospechó algo más asimismo, algo relativo a su hermano Percival, algo que, de salir a la luz, ninguna época futura sería suficientemente benigna para paliarlo. Normalmente se había supuesto que los recursos de Percy para aliviarse de las desgracias de esta vida se restringían a la infalibilidad de su rifle. No es que fuera persona de delicada susceptibilidad, pero siempre tenía por si acaso a su alcance el consuelo de matar algo. Inopinadamente había llegado a oídos de Nick, empero, que su hermano poseía también otro recurso en la persona de una fornida campesina, domiciliada en un rinconcito de Warwickshire cubierto de hiedra, por la cual había estado interesándose desde hacía tiempo y a quien, sin afectación alguna de magnanimidad, había terminado por hacer su esposa. La condición social del más reciente fruto de las prendas de ese amor, un niño sonrosado (ya había habido dos o tres previamente), estaba por consiguiente perfectamente

legalizada y era de un tenor que implicaba cierto trastorno en la posición mundana, valga la expresión, de su menesteroso tío. Si admitimos la existencia de diversos grados dentro de lo absoluto y Percy contaba con un heredero legítimo (es más, era de suponer que otros lo seguirían), Nick había de considerarse aún más menesteroso que antes. Esta última decisión de su hermano había sido sin lugar a dudas, dadas las circunstancias, encomiable; pero descubrimientos semejantes resultaban alegradores sólo cuando se efectuaban en el seno de otras familias, y Lady Agnes apenas se regocijaría al enterarse de a qué exorbitante precio se había convertido en abuela.

Nick se abstuvo por delicadeza de insinuarle a Biddy que consideraba una lástima que no hubiese conseguido interesarse por el señor Grindon; pero tenía la íntima sensación de que si ella hubiese sido capaz de un tal logro, aquello habría aligerado un poco la carga que pesaba sobre él. Así es que él le guardó un poco de rencor, que duró hasta la reaparición de Julia Dallow, momento en que el hecho de que la presencia de la jovencita fuera requerida de inmediato en Harsh le procuró a él una distracción que acaso pensándolo bien fuera tan sólo fruto de meditaciones ilusorias: Biddy, como sabemos, albergaba la convicción, que Nick había tenido ocasión de rebatir, de que a él la señora Dallow no lo había tratado absolutamente bien; por consiguiente, cuando consintió en ir a Harsh a la primerísima ocasión en que Julia le ofreció su hospitalidad, una hermana pequeña tan puntillosa tenía a la fuerza que haberse sentido movida por algún acicate muy especial. El acicate habría podido ser que Julia tuviera consuelo con que obsequiarla, que ella estuviese actuando siguiendo las órdenes directas de esta sutil mujer, que las dos anduviesen aún conchabadas sobre la cuestión de las proposiciones nupciales que Biddy no debía aceptar, que en definitiva la hermana de Peter Sherringham hubiese asumido la tarea de velar por que Biddy se mantuviese libre hasta el día del inevitable regreso del fugitivo. Por demás, una o dos veces se preguntó Nick si la propia señora Dallow no estaría siendo visitada, en un sentido más amplio, por la determinación de volver a sus orígenes, si no podría ser que deseara recabar la opinión de su joven amiga sobre la manera de hacer tal cosa elegantemente. Durante los pocos días que Julia permaneció en la capital, Nick la había ido a ver dos veces, en Great Stanhope Street, pero no a solas. En una de dichas ocasiones ella le había comentado, a su modo original y explosivo:

—Me había parecido que te habrías ido de viaje a alguna parte: esto debe de ser tal fastidio.

Por supuesto ella creía firmemente que él se quedaba por Miriam, cosa que en realidad no era cierta; y probablemente le había comunicado por carta esa falsa impresión a Peter, quien aún más probablemente habría optado por considerarla veraz. Nick se quedaba por Miriam en el sentido únicamente del



agrado que le produciría el dinero que iba a recibir por el retrato que estaba atareado en pintar. Dicho dinero le sería de gran conveniencia, a despecho del parecer obstruccionista que había adoptado Miriam pretendiendo (había estado a punto de dar un espectáculo por ese motivo) que él no tenía derecho a deshacerse de esta obra sin su consentimiento. La respuesta de él consistió sencillamente en que el comprador era en tan exigua medida un extraño que el cuadro quedaría, por así decir, en familia, en la de ella. No importó que Miriam protestara que aunque antiguamente el señor Sherringham no hubiese sido un extraño, ahora lo era con perfección, de modo que nada podría resultarle a éste menos grato que ver en su pared la odiada imagen de ella. Él se desdiría del trato, y Nick se quedaría con su obra en las manos. Nick se carcajeó de aquella poco válida teoría y, cuando ella acudía a posar, la cuestión servía tan bien como cualquier otra para salpimentar sus acostumbrados silencios con tomaduras de pelo. Nick ya sabía algo, como vimos, sobre las condiciones en que su atribulado pariente había abandonado Inglaterra; y dicha sapiencia establecía relación durante sus meditaciones distraídas con algunas de las maquinaciones que les atribuía a Julia y a Biddy. Naturalmente había habido un epílogo al extraño comportamiento en que Peter había incurrido en el teatro la víspera de su partida: un epílogo consistente en un comentario dejado caer por Miriam en el decurso de la primera sesión que le concedió a Nick tras su gran noche.

— ¡Figúrese —rezó dicha observación—, figúrese a ese encanto de persona encontrando tiempo, entre los apremios de todos sus últimos trámites, para pedirme que me casara con él!

—Él me dijo que usted había encontrado tiempo, entre los apremios de todos los suyos, para decirle que sí —contestó Nick.

Y esto fue prácticamente todo lo que ambos disertaron sobre el tema, excepción hecha naturalmente de que Miriam aclaró de inmediato que Peter lo había malinformado escandalosamente. Lo sucedido había sido que ella le había dicho que no estaba dispuesta en absoluto a hacer tal cosa. Expresó Miriam el deseo de que no la hicieran tener que tocar otra vez esa enfadosa materia, y a Nick no le costó trabajo estar conforme con ello, debido a la nítida preferencia que ahora albergaba por no tratar con ella polémicas de aquel tipo. Si Julia tenía ideas falsas sobre él, y si Peter las tenía también, la tarea de él consistía en adoptar el camino más directo para poner de manifiesto tal falsedad. De hecho, había dificultades que obstruían incluso el camino más directo, pero habría una dificultad menos si, en conversación, uno se abstenía de abordar el sugestivo tema general de las coaliciones matrimoniales. Se ha de reconocer que en estos días Nick cultivaba una política de abstención por la cual no recibía, por la cual acaso jamás recibiría, el debido reconocimiento.

Había estado convencido durante cierto tiempo de que una de las

siguientes cosas de que se enteraría sería de que la señora Dallow había anunciado sus nupcias con el señor Macgeorge o con algún otro líder de multitudes por el estilo. Se daba cuenta de que ahora le era posible pensar en ello con resignación, hasta cuando Julia estaba delante de su vista, circunstancia durante la cual ella ofrecía una impresión tan generosamente desmemoriada que los modales de ella habían de ser tomados como referidos a la pasada intimidad de ambos más bien que a la ofensa relativamente pequeña de él. Lo que hacía notable el logro antedicho de Nick era que había algo más en lo que él pensaba casi tan a menudo: en que no tenía más que verla de nuevo para sentir mediante cuán gran encanto había ella conseguido en los antiguos días apoderarse de él. Dicho encanto operaba por lo visto de un modo bien directo y crudo: la presencia de ella lo difundía y lo imponía plenamente, pero su marcha dejaba detrás relativamente poco de ello. Residía en la pura esencia de su persona: era algo que sencillamente ella era de un modo físico; sin embargo (teniendo en cuenta que aquí se habla de algo muy parecido a la fascinación) su capa de asociaciones, de recuerdos y evocaciones, no poseía gran densidad. Ella se lo volvía a guardar y se lo llevaba consigo cuando se marchaba, como si hubiese sido una mujer de ésas que se presentan para vender una colección de encajes. Los encajes eran tan prodigiosos como siempre cuando se los sacaba de su caja, pero para poder echarles otro vistazo hacía falta mandar a buscar de nuevo a la mujer. Lo más notable de todo era que Miriam Rooth era mucho menos irresistible para nuestro muchacho de lo que podía serlo la señora Dallow cuando la señora Dallow estaba presente. Él podía pintar a Miriam, un día y otro, sin que ninguna agitación le nublara la vista; es más, cuanto más la miraba, más nítida se volvía la atmósfera en que ella resplandecía, más se fundía la viveza de ella con la del floreciente cuadro. Se dan correspondencias y extrañas compenetraciones en las relaciones de este tenor; misteriosas afinidades, las llamaban antaño, adivinaciones de una congruencia íntima. Nick tuvo la callada convicción de que si, como había él deseado y propuesto numerosas veces, se hubiera embarcado con la señora Dallow en esta concreta búsqueda de un tesoro, el desastre los habría sorprendido al llegar a aguas profundas. De hecho, les había llegado el desastre hasta con el riesgo restringido; pero había sido de una clase diferente, y tenía para él la ventaja de que ahora ella no podía reprocharle, acusadora, ser la causa del mismo... no podía hacerlo, al menos, partiendo de ninguna premisa que él se sintiese obligado a aceptar. Ella nunca sabría lo mucho que él la había querido, lo mucho que aún la quería; ya que la prueba concluyente de esa querencia, para él, estaba en su consciente imposibilidad de interesarse por otra mujer, imposibilidad que ella malinterpretaba decididamente. Algún día, a no dudar, trataría él de conseguir interesarse por otra mujer; pero tal día parecía todavía muy lejano, y él no sentía ningún despecho, ningún impulso vengativo que pudiera asistirlo en esa tarea. El dolor que había habido

implicado en la ruptura de su compromiso, la sensación de ultraje incluso, como de una copa rebosante que le hubiese sido súbitamente arrancada de los labios por una mano torpe y estrellada contra el suelo, ciertamente demandaban un bálsamo; pero lo encontraron durante un tiempo en el ejercicio de otra pasión distinta (no en la rencorosa dedicación a una de la misma especie), de una pasión lo bastante absorbente para hacerlo olvidar la lástima que era no haber nacido para poder interesarse por dos mujeres a la vez.

No bien hubo regresado a Inglaterra la señora Dallow, él le planteó a su madre la cuestión de que se hiciera saber a Julia que ella y las chicas consideraban ahora su tenencia de Broadwood como absolutamente finiquitada. Él ya había, varias semanas antes, escarbado un poco en este árido terreno, pero durante el intervalo el suelo parecía haberse cerrado otra vez. Le era desagradable imponerle tal renuncia a Lady Agnes, y lo que era especialmente desagradable era tener que formularla y debatirla y tal vez insistir en ella. Le habría gustado que todo el asunto se llevara a cabo tácitamente, un pequeño triunfo de lacónica delicadeza. Pero encontró razones para sospechar que lo que a ese paso iba a ser más tácito iba a ser la segura paciencia de Julia ante cualquier indelicadeza. Lady Agnes defendía que ya habían virtualmente —«prácticamente», decía ella— dejado el lugar, así que no hacía falta llamar la atención aparatosamente sobre ello; mas Nick descubrió, en el transcurso de una conversación con Bidy más rigurosa acaso que cualquier otra a que hubiese sometido jamás a su hermana, que ninguna de las propiedades de ellas había sido retirada de aquella deliciosa residencia, ninguna de las cosas (había tantísimas) que Lady Agnes se había encargado de que fueran trasladadas allí en cuanto hubieron tomado posesión. Su señoría era propietaria de una infinidad de artículos de mobiliario, reliquias y vestigios de su pasada grandeza, y había viajado por todo el mundo con una larga estela de heterogéneo bagaje; de modo que su tranquila inundación de las espaciosidades de Broadwood había tenido toda la prosapia de un asentamiento final. Lo que Nick había de proponerle ahora era una terrible combinación, una vuelta a todas las cosas que ella más aborrecía: veraneos en habitaciones alquiladas en pueblecitos costeros, guardamuebles destartados en Marylebone Road, cuartos pequeños en Londres atestados de objetos que acumulaban mugre y generaban un ambiente cargado y sofocante. Tenía miedo de que con esto verdaderamente la iba a rematar, pero él mismo se quedó sorprendido hasta cierto punto ante su propia capacidad para insistir. Nunca había supuesto que a él le importara tanto el asunto, pero la verdad es que comprobó que le importaba inmensamente. Le importaba lo bastante —eso lo dice todo— como para explicarle a su madre que su retención de Broadwood equivaldría prácticamente a la violación de un tratado. Julia les había cedido el lugar entendiéndose que él se iba a casar con ella, y puesto que él no se iba a

casar con ella, no tenían derecho a quedarse con el lugar.

— ¡Claro, tú metes la pata y nosotras pagamos el pato! —dijo en una ráfaga Lady Agnes; pero fue la única queja en voz alta que enunció, exceptuando, cierto es, su afirmación de que su renuncia sería un acto descortés y ofensivo para con Julia. Lady Agnes ofreció el mismo semblante que durante los meses que habían seguido a la muerte del padre de Nick, pero al final dio su consentimiento, lúgubre y poco matizado, a la propuesta de que, Julia podía tomárselo como quisiera, el caso era que el deber de ellos estaba inequívocamente claro.

Grace fue la principal apologista de la idea de que Julia se sentiría ultrajada ante tamaño paso: no dejaba de repetir que jamás había escuchado nada tan «sórdido». Nick ya se había esperado algo así de Grace, pero se sintió un tanto abandonado y traicionado cuando Bidy le susurró que ella sabía... que en realidad no era preciso que sacrificaran el bienestar de su madre a una suposición puramente falsa. Bidy insinuó que si Nick se limitaba a consentir que siguieran con Broadwood como si nada hubiera sucedido (o, mejor, como si todo hubiera sucedido), ella respondía por Julia. Casi por primera vez en su vida, a Nick no le gustó lo que Bidy decía, y le ofrendó a ésta una réplica cortante y agria, donde expresó su opinión global de que todos ellos ya tenían suficiente con responder por sí mismos. Posteriormente se acordaría del modo como ella lo miró, atónita, incluso asustada, con las lágrimas a punto de saltársele, antes de darse la vuelta y marcharse. Él sostenía que ya sería hora de juzgar cómo se lo tomaba Julia una vez que hubieran devuelto el lugar; y asumió como un deber supervisar que su madre le dirigiera por carta a la señora Dallow una notificación formal de su retirada. La señora Dallow podría protestar entonces si así lo deseaba. Nick sabía bien que en general él no era práctico; podía figurarse por qué desde su más temprana edad la gente había hecho chistes a su costa a ese respecto. Pero esta vez estaba resuelto a que su conducta estuviera fundada sobre una inquebrantable apreciación de las cosas tal como eran. No leyó la carta que su madre le envió a Julia, pero se cercioró de que había sido mandada. Le pareció que su madre habría sido más leal si antes se la hubiese enseñado, aunque desde luego poca pertinencia tenía ahora sacar a relucir el tema de las lealtades. Empero, que la carta había sido escrita, y siguiendo literalmente las directrices que él había dictado, le pareció evidente basándose en una subsiguiente sorpresa que la inexpresividad de Lady Agnes no le impidió averiguar por deducción.

Julia había respondido a su carta, pero en términos inesperados: por lo visto ni se había resistido ni había protestado; sencillamente se había alegrado mucho de que su casa volviera a ser suya y no había acusado de sordidez a ninguno de ellos. Nick no leyó su carta más de lo que había leído la de su madre, pero consiguió decirle a Grace (pues ante Lady Agnes permaneció

concienzudamente mudo):

—Hija mía, ya ves, después de todo, que no hemos provocado una zapatiesta de mil demonios.

Grace hizo un gesto negativo con la cabeza y mostró un rostro sombrío y profundamente sapiencial, replicando que haría mejor en no felicitarse tanto: aún estaban muy lejos de haber asistido al final del asunto. Él infirió luego que su madre había accedido a sus deseos con la previsión de que ello no resultaría más que una mera formalidad, de que Julia les suplicaría que no fuesen tan descabellados, y de que, después de eso, colocado ante el hecho del dolido asombro de la señora Dallow, él consentiría en una tranquila permanencia, de tanto interés (¡el aire de Broadwood era tan puro!) para la salud de todos. Pero como Julia se había apresurado a aceptar la entrega, él no tuvo oportunidad de ablandarse: no pudo sino perseverar en su presunción de haber acertado.

En el fondo, probablemente, él mismo se sintió un poco sorprendido ante el entusiasmo de Julia. Para ser exactos, no era enteramente decoroso. Nick se sintió apesadumbrado de que su madre se hubiese visto así desengañada, pero se sintió aún más apesadumbrado por el error de cálculo de Biddy: demostraba que Biddy había podido errar también en lo relativo a otras cuestiones. Ya sólo quedó que Lady Agnes dijera, como decía en esencia cada vez que lo veía:

— ¿Debemos prepararnos entonces para pasar el otoño en Worthing, o en algún otro lugar horrible de esa calaña? No sé ni sus nombres: es lo único que podemos permitirnos.

Todo esto daba a entender que si él esperaba que llevara a las chicas de noble mansión campestre en noble mansión campestre, en prolongación de las atribuladas tentativas de que se independizaran del hogar familiar, debía enterarse de una vez por todas de que estaba ahora demasiado cansada y demasiado triste y demasiado enferma. Ella había hecho todo cuanto había podido por ellas, y todo había sido inútil y cruel, y ahora las pobres criaturas tendrían que salir adelante por sí solas. Al escándalo de la mala conducta de Biddy no necesitó hacer alusión, ni a la oportunidad de oro de que había sido desposeída esta jovencita por su odioso trato al señor Grindon. Era patente que esta vez Lady Agnes se sentía incurablemente desalentada; tanto como para no lograr espigar ni la más empañada esperanza del hecho de que la jovencita estuviera en verdad pasando una larga temporada en Harsh. Biddy fue allí y volvió dos o tres veces y luego, en agosto, se instaló allí claramente; y lo que su madre vio primordialmente en su ausencia fue el deseo de mantenerse apartada de los recordatorios domésticos de su depravación. Al final, tal como se presentaron las cosas, Lady Agnes y Grace lo arreglaron todo en los primeros días de agosto para otra visita a la anciana dama que había sido la madrina de Sir Nicholas; luego de lo cual, se fueron a alguna otra parte, de

modo que la cuestión de Worthing no hubo por el momento de ser examinada.

Nick se quedó en Londres con una pasión por el trabajo zumbándole literalmente en los oídos; reparó con alegría en que durante tres o cuatro meses, en la Babilonia vacía, disfrutaría de días generosos. Pero hacia finales de agosto recibió una carta de Grace donde ésta le hablaba de su situación, y de la de su madre, de un modo que lo hizo percatarse de que era necesario que él tuviera con ellas algún detalle consolador. Ellas estaban tributando una tercera visita (él sabía que en Calcutta Gardens habían estado yendo y viniendo doncellas con baúles, reaprovisionamientos de vestuario), y sin embargo, por algún motivo, el panorama para el otoño no parecía nada prometedor. Grace no lo decía tan circunstanciadamente, pero lo que él leyó entre líneas fue que no habían recibido más invitaciones. ¿Qué iba a ser de ellas por lo tanto? La gente las apreciaba bastante cuando Biddy iba con ellas, pero su madre y ella misma no le importaban nada a dicha gente, tout pur, y ocurría que Biddy estaba acaparada indefinidamente por Julia. No era ése el modo en que Grace acostumbraba aludir a las felices visitas de su hermana a la señora Dallow, y el trueque de tono hizo que Nick se estremeciera al darse cuenta de todo lo que se había malogrado. Biddy era un pececito merecedor de que se le echara el anzuelo, dicho sucintamente, por poco dispuesta que pareciera a picar, y la cruda probidad de Grace era capaz de admitir que ella misma no lo era.

Nick tuvo una inspiración: a modo de detalle consolador, se llegó hasta Brighton y reservó alojamiento para las tres mujeres, para varias semanas, el más tranquilo y soleado que le fue posible encontrar. Preparó esto para que resultara una agradable sorpresa, un recordatorio de cómo él se preocupaba de corazón por el bienestar de su madre, de cómo era capaz de esmerarse y ahorrarle sinsabores. Pero no bien hubo cerrado el trato (fue más oneroso de lo que había calculado en un principio) cuando se quedó desconcertado, o, como lo expresó para sus adentros, realmente «patidifuso», al enterarse de que las tres mujeres iban a pasar el otoño en Broadwood con Julia. La señora Dallow había destinado otra vez el lugar a un uso habitual, y ahora estaba corrigiendo la anterior sorpresa de ellos ante su brutal aceptación (resultaba infinitamente característico de Julia) invitándolas a compartirlo con ella. Nick se preguntó vagamente qué andaría «planeando». Julia; pero cuando su madre se dio el gusto de dirigirle a él con fino humor un requerimiento trabajadamente humilde en el sentido de si toleraría que aceptaran aquel compasivo amparo (repetía esta expresión tres veces), él le contestó que podía hacer como gustara: tan sólo especificó que él no se sentiría con venia de ir a visitarla en Broadwood. Tal condicionamiento no constituyó, al parecer, en el sentir de Lady Agnes, impedimento alguno, y ella y sus hijas se reinstalaron enseguida en aquellas mismísimas estancias que habían llegado a adorar. Esta vez fue incluso mejor que las anteriores: tuvieron aún menos gastos. Los gastos fueron

de Nick: por desdecirse de su contrato, hubo de quedarse sin la cantidad que le había dejado en prenda a la casera de Brighton. No le dijo nada a su madre acerca de este malhadado negocio: tuvo literalmente pavor; pero un evento que sobrevino simultáneamente lo hizo acordarse una vez más de que aquél no era momento para andar tirando el dinero. El señor Carteret exhaló su último suspiro; sin grandes sufrimientos por lo visto, tal como el postrer instante fue narrado en Beauclere cuando nuestro muchacho acudió para el funeral. Dos o tres semanas más tarde, el contenido de su testamento se hizo público en la Illustrated London News, donde constó nítidamente que había dejado una cuantiosísima fortuna, ni un penique de la cual iría a parar a Nick. La provisión asignada para los años crepusculares del señor Chayter era muy respetable.

## 48

En su nuevo papel, Miriam había subido de un salto varios escalones de la escalera de la fama, y en el momento culminante de la temporada londinense ello se le hizo más patente a cada instante a la joven actriz. El hecho generaba un millar de solicitudes y compromisos, de modo que se enteró con celeridad de que ser célebre absorbe casi tanto del tiempo propio como del ajeno. Aun cuando, como ella alardeaba, había convertido en una ciencia la práctica de «hacer trabajar» a su madre (hacía uso de la buena señora en el terreno social hasta el máximo, poniéndola perpetuamente en la brecha), había numerosas ocasiones en que le era obvio que no podía ser desatenta sin perjudicar su causa. Casi sacaba una renta de los fotógrafos (la estima en que éstos la tenían como tema no conocía límites), y abastecía a los periódicos con columnas enteras sin desperdicio. Ante los caballeros que ansiaban sus palabras en nombre de estos órganos, derrochaba, a guisa de venganza, raudales de fábulas poco escrupulosas; a cada uno le contaba una historia diferente, y, como su madre contaba otras aún más prodigiosas, la publicidad era malignamente adquirida a base de versiones rivales que se superaban en autenticidad. El caso entero era notable, era único; pues, aunque la muchacha conseguía propaganda a costa de la perplejidad de sus lectores, a cualquier desconfiado ella le parecía, cuando iba a visitarla, tan sincera como si él fuera el primero en descubrirla realmente. Aun así, ella todavía sabía organizarse lo bastante el tiempo como para, de cuando en cuando, hallar un rato para ir a posar para Nick Dormer, y éste se procuraba una ayuda complementaria yendo a su teatro siempre que podía. Él era consciente de que probablemente Julia Dallow se enteraría de esto y se sonreiría triunfalmente reafirmando en su impresión de haber estado acertada; pero esta reflexión tenía por solo

resultado hacerlo suspirar resignadamente, tan cierto le parecía que en el mundo hay ciertas cosas que las explicaciones jamás pueden reparar, jamás pueden alterar.

Miriam se trajo una vez a Basil Dashwood consigo para que viera su retrato, y Basil, que lo encomió globalmente, dirigió sus críticas predominantemente hacia dos puntos: que aún no estuviese terminado, y que no hubiese sido presentado para la ceremonia de aquel año de la Royal Academy. El joven actor se encontraba visiblemente agitado: sentía el contagio del ritmo trepidante de Miriam, el rápido compás del éxito de ella, y, mirándolo todo ahora desde la atalaya de esa preocupación, a duras penas supo contener su impaciencia ante el tosco retraso del pintor. Consideró que el segundo cuadro estaba mucho mejor que el primero, pero éste, por alguna razón, ya habría debido estar expuesto al público. Como llevaba dentro de sí un considerable acervo de sabiduría en forma de proverbios populares, defendió con vehemencia la idea de que en toda gran crisis no hay como golpear mientras el hierro está candente. Incluso formuló su ligera sensación de que con un poco de voluntad Nick aún podría concluir la obra y conseguir que los miembros de la Royal Academy se la incluyesen. Basil conocía a algunos de ellos; casi se ofreció a hablarles: el caso era tan excepcional; no tenía duda que podría lograr que se hiciese algo. Contra que hubiese la posibilidad de que Peter Sherringham supiera apreciar la obra, protestó explícita y sonoramente, a despecho de las nada sutiles intimaciones que le hizo Miriam a que guardara silencio; y es que en verdad era fácil intuir de qué manera tal transacción interferiría con las propias ideas del joven actor acerca del destino final adecuado para los dos retratos: el vestíbulo del teatro, donde todos los que entraran y salieran podrían verlos colgados frente a frente y rodeados de fotografías, artísticamente dispuestas, de la joven actriz en una variedad de caracterizaciones. Dashwood evidenció miras elevadas en el modo como se alzó apresuradamente con la convicción de que en tales circunstancias los cuadros se volverían verdaderamente representativos. Teniendo en cuenta las virtudes que le atribuía a Miriam, la idea estaba exenta de mezquindad.

Además, aunque un poco febril, Dashwood estuvo verdaderamente cordial; repitió más de una vez: «Sí, estimado señor mío, esta vez usted lo ha logrado». Ésta era una de sus fórmulas favoritas; cuando se hacía alguna alusión al éxito de la muchacha, la acogía también con un holgado «Esta vez ella lo ha logrado». Había un pequeño indicio de examen científico y de cálculos a largo plazo en su tono. Dio la impresión, antes de marcharse, de que esta vez hasta él mismo lo había logrado: había tomado a su cargo algo que realmente iba a fructificar. Le contó a Nick más cosas acerca de Miriam, por lo menos más cosas sobre las aventuras de ella en aquel momento, de las que ella misma había revelado, consolidando firmemente la opinión de nuestro muchacho de



que, uno por uno, todos los ingredientes de un destino grandioso estaban siendo vertidos en la copa de ella. El propio Nick gozó vicariamente de aquel éxito por un rato. Miriam dejó hablar a Dashwood sólo para contradecirlo, y lo contradujo sólo para mostrar con cuánta indiferencia le era posible hacerlo. Lo trataba como si ya no le quedara nada más por descubrir acerca de la sandez de éste, pero como si para descubrir la plena extensión de la misma hubiese sido precisa una íntima amistad. A Nick nada le importaba qué amistades íntimas pudiera tener ella, pero acabó por desagradarle Dashwood, quien lo irritaba... circunstancia que la pobre Julia, de llegar a su conocimiento, habría considerado condenatoriamente elocuente. Miriam estaba más contenta consigo misma que nunca: ahora no tenía escrúpulo en admitir que disfrutaba con todos sus privilegios. Estaba principiando a tener una visión más plena de lo triunfal que podía llegar a ser el triunfo; lo aceptaba todo según venía: cenaba fuera todos los domingos, e inclusive se marchaba a mansiones campestres hasta la mañana del lunes; tenía en los labios un centenar de nombres de personas distinguidas e historias prodigiosas acerca de la gente que procuraba granjearse sus simpatías. A Nick le pareció menos seria de lo que lo había sido hasta el momento, cual si ella estuviera incluso haciendo una agresiva ostentación de frivolidad; pero él era consciente de no estar en absoluto en la obligación de reprenderla por ello... menos aún cuando tuvo un vago atisbo de que alguna reacción de esa clase, alguna irritación de su curiosidad, era lo que ella andaba buscando. Acaso a Miriam le habría gustado, por razones que ella sabría, dar la impresión de que estuviera desperdiciándose puesta ante la imposibilidad de hacer otra cosa. Él no se sentía capaz de hablarle como si sintiera un interés inmenso por su carrera, porque de hecho no lo sentía; ella representaba para él primordial y esencialmente un tema pictórico, en la naturaleza de cuyas vicisitudes estaba interesado (dejando al margen naturalmente la benevolencia normal y su personal cordialidad) sólo en la medida en que pudieran modificar su rostro. ¿Cómo podía saber él por anticipado cuál giro en la existencia de ella lo modificaría más? Resultaba perfectamente posible que hasta el fracaso más sonado o alguna voluble perversión tan sólo lograsen volverla, para este fin determinado, más magnífica.

Después de que ella se marchara, de todos modos, el día en que acudió con Basil Dashwood, y aún más en una ocasión posterior, cuando él volvió a su labor después de acompañarla hasta el carruaje, la última oportunidad, por ese año, en que la vio... después de que ella se marchara, decíamos, se le ocurrió a Nick, pensando en la rauda apoteosis de ella, que había poderosas diferencias dentro de la famosa vida artística. Miriam ya se hallaba en el esplendor de una gloria que además no era probablemente sino una pálida chispita en comparación con la llamarada que se avecinaba; y mientras cerraba la puerta tras despedirla y cogía su paleta para limpiarla frotando con un trapo sucio, la

pequeña habitación en que su propia batalla había de ser librada a efectos prácticos le pareció desconsoladamente fría y gris y mísera. Estaba solitaria, y sin embargo poblaba de sombras hostiles (así de espesas las vio él juntándose en los crepúsculos invernales venideros) las condiciones en comparación más sórdidas, las más prolongadas esperas, las menos inmediatas y menos personales satisfacciones. Ahí estaban los inicios tardíos de él, y su juventud malgastada, los errores que aún tendrían descendencia a imagen y semejanza, la reclusión sedentaria, el crudo anonimato, las explicaciones pobres, lo ridículo que ya preveía que sería pedirle a la gente que aguardara, y que aguardara aún más, y que volviera a aguardar, antes de poder ofrecerles una realización de esperanzas que, al menos al sentir de ellos, resultaría una decepción. Resultare lo que resultare, a él le importaba lo bastante como para sentir que su pertinacia podría ser objeto de comparaciones incluso con una fuerza productora como la de Miriam. Después de todo, en su estudio desnudo, la más consoladora de entre las tenues presencias, la que se mostraba más amistosa con él cuando se sentaba allí y que lo convertía en el lugar adecuado por más inadecuado que fuera, era la sensación de que era con la esencia de su labor con lo que él se había comprometido. Tal era asimismo el caso de Miriam, pero la diferencia, de la cual le mostraba ella haberse dado cuenta también, estribaba en el número de cosas que ella recibía como añadidura.

Me apresuro a añadir que nuestro joven tenía ratos en que no le parecía que la referida exquisita substancialidad requiriera en absoluto, para poseer un atractivo completo, de ninguna añadidura, juzgando que en su propio resplandor ya era un compendio de todas las posibles añadiduras y justificaciones. Ya he relatado que las grandes pinacotecas —la National Gallery y el British Museum— eran para él en ocasiones más bien una serie de superficies muertas; pero la pintura que he intentado hacer de él habrá sido fallida si no logra intimar que había otros días en que, mientras se paseaba por su interior, recogía a izquierda y a derecha perfectos ramilletes de restablecimientos de confianza. Inmerso como estaba en trabajar dentro de las corrientes contemporáneas, que le hablaban con un millar de voces, juzgaba preferible, durante largos períodos, no frecuentar a los antiguos maestros, cuyas condiciones tan distintas habían sido (posteriormente llegaría a decidir que no tenía gran importancia, especialmente si uno no servía); pero muy bien podía apartarse esporádicamente de este precepto, podía eventualmente sentir deseos en concreto de echarle un vistazo a uno de los grandes retratos del pasado. Éstas eran las obras que resultaban más inspiradoras, en el sentido de que eran las cosas que, mientras que generaciones, mientras que mundos enteros habían aparecido y desaparecido, daban más la sensación de perdurar y de dar testimonio. Mientras estaba de pie ante ellas, a veces la perfección de su supervivencia lo impresionaba hasta el punto de considerarla la elocuencia

suprema, la razón que incluía a todas las demás, gracias al lenguaje del arte, el más rico y universal. Imperios e idearios y conquistas habían brotado sin cesar en el mundo y grandezas de toda suerte habían despuntado y se habían extinguido; pero la hermosura de los grandes retratos no había conocido en modo alguno la muerte o la desfiguración, y las eras no habían sino perfumado su lozanía. Los mismos rostros, las mismas figuras posaban la mirada sobre diferentes siglos, dueñas de muchos conocimientos que el siglo no poseía, y cuando unían sus fuerzas formaban el hilo indestructible en que se ensartaban las perlas de la Historia.

Miriam le notificó a su artista que su teatro iba a cerrar el 10 de agosto, inmediatamente después de lo cual ella se iba a embarcar, con toda la compañía, en una impresionante gira por provincias. Iban a hacer un buen montón de dinero, pero no iban a disfrutar de vacaciones, y además ella no las deseaba; lo único que deseaba era seguir en activo y sacarles el máximo partido a sus limitadas oportunidades para adquirir experiencia; ya que, a aquel paso, interpretando nada más que dos papeles al año (y qué papeles... ¡le daban verdadero repeluzno!), no lograría dominar los rudimentos de su oficio antes de que la decrepitud la forzara a retirarse. La siguiente vez que fue al estudio después de su visita con Dashwood, se levantó de un salto abruptamente, al término de media hora, diciendo que no se sentía capaz de seguir posando más: ya había tenido bastante. Estaba visiblemente desasosegada y abstraída, y si bien Nick no había aguardado hasta ese momento para descubrir que ella tenía más estados de ánimo que tonalidades su paleta, hasta ahora no había visto manifestarse su caprichosidad de esa manera peculiar. No es que le resultara muy favorecedora, y resolvió dejarla marcharse. Ella recorrió con la mirada todo el lugar como si súbitamente estuviese harta del mismo, y luego dijo maquinalmente, al frígido modo de Londres, mientras se alisaba los guantes:

— ¿O sea que va usted a quedarse? —Tras de que él confesara que tal era en efecto su oscuro propósito, ella continuó, con el mismo tono convencional, impersonal—: Seguramente es lo que más le conviene. Va a limitarse a dar vueltas a la noria, ¿eh?

—Veo ante mí la noria para toda una eternidad.

— ¿Completamente solo, en este insípido cuchitril? Va a mostrarse un artista verdaderamente escrupuloso, va a hacerse un artista verdaderamente virtuoso.

—Oh, mi aislamiento se verá mitigado. Vendrán modelos, vendrá gente.

— ¿Qué gente, qué modelos? —preguntó Miriam, de frente ante el espejo, arreglándose el sombrero.

—Desde luego nadie tan bueno como usted.

— ¡Es toda una perspectiva —dijo la muchacha con sorna—, teniendo en cuenta los poquísimos beneficios que ha sacado de mí!

—No es usted quién para juzgar esa cantidad —dijo Nick—, y ni tan siquiera yo estoy aún en condiciones de medirla. ¿No he sido un tanto grosero? No me sorprendería: no le he dado conversación, no la he entretenido tanto como habría podido. La verdad, pintar personas es una actividad muy absorbente, muy excluyente. No se les puede prestar demasiada atención en otros aspectos.

—Sí, es un honor cruel.

—Cruel... la palabra es excesiva —objetó Nick.

—Quiero decir que es un honor que no debería conferirles a las personas a quienes aprecia, pues cuando se acabó, se acabó: mata el interés de usted por ellas y cuando las ha terminado ya no las vuelve a apreciar más.

—Estoy convencido de que la aprecio a usted —replicó Nick, sentado inclinado hacia atrás, ante su obra, con las manos en los bolsillos.

—Nos hemos llevado muy bien: ya es algo no habernos peleado —dijo Miriam, sonriéndole ahora y con un semblante más efusivo—. Jamás le habría permitido malbaratar su talento, jamás le habría permitido hacerlo mal. Pero con usted no hay peligro de que ello suceda —siguió—. Es usted de pura cepa y una rara avis. No he convivido con usted de este modo sin advertirlo: responde usted al modelo de artista sincero infinitamente mejor que yo. No, no, no lo niegue —añadió, con una de sus repentinas transiciones exquisitas a un tono más profundo—. Hará obras que preservarán su nombre cuando ya mi chillar haya felizmente concluido. Sólo que realmente me parece usted, lo confieso, un tanto inaccesible y gélido en su posición (hablo desde el punto de vista de su felicidad y de mi interés por su persona). Me da la impresión de que está así como deprimido, como dicen los norteamericanos: un tanto incomunicado y sólito en su grandeza. ¿No tiene confrères... compañeros de profesión y gente de ese estilo? ¿No vienen a verlo?

—No los conozco mucho, siempre les he tenido miedo, y ¿cómo iban a tomarme en serio?

—Pues yo sí que tengo confrères, ¡y a veces me gustaría no tenerlos! Pero ¿ya no viene su hermana a hacerle compañía, o es que ella tiene miedo de encontrarse conmigo?

Nick no era ignorante de que su madre era del parecer de que Bidy estaba siendo despachada perpetuamente a casa procedente de Rosedale Road ante la inminencia de visitas poco apropiadas: estaba tan irritada ante ello como si no

hubiese ido a estarlo más si a su hija se le permitiera quedarse; mas la explicación que él le dio ahora a su actual visitante estaba más cerca de la verdad. Le recordó a Miriam que él ya le había mencionado (se había preocupado de no dejar de hacerlo, para que no tuviera la sensación estar siendo evitada) que su hermana pasaba ahora la mayor parte del tiempo en el campo, alojándose en casa de un familiar hospitalario.

—Ah, sí —comentó la muchacha ante esto—, con la hermana del señor Sherringham, la señora... ¿cuál es el apellido? Siempre se me olvida. —Y cuando Nick hubo pronunciado la palabra con una desgana que nuestro muchacho sin duda no logró encubrir suficientemente (odió hablar de la señora Dallow; no sabía qué se le había perdido a Miriam con ella), ella exclamó—: Ésa, la belleza, la maravillosa belleza. Nunca se me olvidará lo hermosa que estaba el día en que se encontró aquí conmigo. Yo no tengo con ella el menor parecido, pero me gustaría hacer una intentona con ese tipo, algún día, en una comedia costumbrista. Pero ¿quién me escribirá una comedia costumbrista? ¡Ésa es la cosa! El problema sería, a no dudar, que me convertiría como mucho en una caricatura suya.

Nick escuchó estos comentarios en silencio, diciéndose que como Miriam tuviera el mal gusto (ella parecía jugar con inconscientemente a un palmo del abismo) de aludir a lo que había pasado entre la dama en cuestión y él mismo, le cogería a la joven actriz una ojeriza irremediable. Aquello demostraría, en opinión de él, que Miriam era una persona ordinaria después de todo. El ángel de la guarda de ella se interpuso no obstante, como para evitarle aquella severa penalización, y la joven actriz se apartó a toda prisa del tema, por el momento al menos, inquiriendo, ya que hablaban de visitantes y camaradas, qué había sido de Gabriel Nash, con quien ya llevaba tiempo sin encontrarse.

—Creo que está cansado de mí —dijo Nick—; a mí tampoco se me ha acercado últimamente. Pero, a fin de cuentas, es natural: ya se me sabe de cabo a rabo.

— ¿De cabo a rabo? Caramba, pero si no ha hecho usted más que empezar.

—Exactamente, y es que en el fondo a él no le gusta verme empezar. Teme que haré algo.

— ¿Quiere decir que eso le va a dar envidia?

—Todo lo contrario, pues desde el momento en que uno se pone a hacer algo, cesa de competir con él. Eso le deja el campo más libre. Pero en eso consiste exactamente su desazón; se siente, como dijo usted hace un momento, así como deprimido; se siente un tanto abandonado e inclusive, me parece, traicionado hasta cierto punto. Lejos de darle envidia, me echa de menos y lo lamenta por mí. Lo único que él se toma realmente en serio es el especular y el

comprender, el hablar sobre la causa y la esencia de las cosas: las personas que hacen eso son las superiores. Las aplicaciones, las consecuencias, los pequeños y prosaicos resultados pertenecen a un plano inferior, con el cual uno ha de ser sin duda tolerante e indulgente, pero que es en último término un asunto de accidentes e insignificancias en comparación. De hecho, probablemente me dirá con entera franqueza, la próxima vez que yo lo vea, que no puede evitar ser de la opinión de que rebajarse a las despreciables cuestiones de acción (las despreciables prudencias y compromisos y simplificaciones de la práctica) es para una persona superior un envilecimiento verdaderamente deplorable. Uno puede no llegar a ser ofensivo, y aun puede llegar a ser loable, después de ello, pero a duras penas puede pretender ser interesante. Il en faut comme ça, pero uno ya no hechiza. Él hará cuanto pueda por mí; regresará una vez más, pero regresará descorazonado, y al final se esfumará por completo. Se marchará a Granada, o qué sé yo adónde.

— ¿Las simplificaciones de la práctica? —exclamó Miriam—. Caramba, pero si son precisamente la cosa más maravillosa del mundo. ¿Qué haríamos sin ellas?

— ¿Qué, en efecto? —hizo de eco Nick—. Pero si nosotros las necesitamos es porque no somos personas superiores. Somos unos abominables filisteos.

—Estoy dispuesta a serlo con usted —sonrió la muchacha—. No merece la pena hablar del pobre Nash. ¿Qué era sino una despreciable cuestión de acción cuando lo sermoneó a usted, como sé que hizo, para que renunciara a su escaño?

—Sí, siente debilidad por las renunciaciones; es capaz de acompañarlo a uno hasta ahí. Pero yo ya no voy a renunciar a nada más, como usted ve. Estoy comprometiéndome hasta el fondo, y eso es chabacano.

—Gabriel Nash es un majadero, n'en parlons plus! —estableció Miriam, recogiendo su sombrilla pero demorándose.

— ¡Ah, yo nunca diré tal cosa! Me ayudó en un momento difícil.

—Debería avergonzarse de tener que confesarlo.

—Oh, usted es una filisteo —dijo Nick.

—Desde luego que lo soy —contestó Miriam, dirigiéndose hacia la puerta — si serlo significa lamentar, lamentar profundamente, e incluso enfurecerme por ello, no tener ante mí una temporada del mismo tipo de insociable compromiso a fondo que usted. Por falta de él jamás seré realmente hábil. De todos modos, si usted no se lo cuenta a la gente, nunca se darán cuenta por sí solos. Las condiciones de usted son mucho mejores que las mías y mucho más

decentes: usted puede hacer todo cuanto desee, en un paciente anonimato, mientras que a mí me endosan a la mêlée, y a la más sospechosa fama, a lomos de un desahuciado cheval de bataille, un pobre caballo viejo ya sin resuello. Preveo que voy a estar condenada durante la mayor parte de lo que me resta de vida (¿se lo imagina?) a representar las mismas nauseabundas memeces que estoy encarnando ahora. Estoy estudiando el papel de Julieta y me muero de ganas por hacerlo, pero en realidad le tengo terror, no sea que, si tengo éxito, me vea encasillada. Quizá decidan que quieren Julieta a perpetuidad, en lugar de mi actual cometido. Ya ve usted entre cuán seductoras alternativas se mueve una. Lo que más deseo, nunca lo habré tenido: cinco tranquilos años de trabajo duro y que cubra todos los estilos, en una compañía perfecta, con un empresario aún más perfecto, interpretando quinientos papeles y pasando inadvertida. Es posible que sea muy exigente, pero eso es lo que me habría gustado. Me considero repugnante con mis prósperas crudezas. Es descorazonador; hace que a una acabe por no importarle nada. ¿De qué sirve, en una época semejante, ser hábil?

— ¿Hábil? Su altiva pretensión es que es una inepta.

—Quiero decir hábil, ya me entiende... hay otros sentidos. No sea tonto. —Y la visitante de Nick le dio un golpecito (él estaba con ella junto a la puerta) con su sombrilla.

—Apenas sé qué decirle, pues ciertamente es culpa suya si hace progresos con tanta rapidez.

—Soy demasiado lista. Soy una farsante.

—Así fui yo una vez —dijo Nick.

Miriam fijó sus maravillosos ojos sobre él; después los paseó por toda la habitación, despacio, luego de lo cual volvió a dirigirlos gentil, contemplativamente hacia los de él, y dijo:

— ¡Ah, la dignidad de eso, la sensación de purificación! Así fue él «una vez», ¡bien dicho! ¡Pobre de mí! Naturalmente usted dirá: «Mire la clase de cosas que me he propuesto crear, comparadas con lo que usted tiene». Bien, bien, no he dicho nada. Vuélvase grande de la manera genuina y no me desenmascare. —Volvió a recorrer el estudio con la mirada, como si estuviera despidiéndose de él para siempre, y le concedió otro último vistazo al lienzo inacabado sobre el caballete. Entonces hizo tristemente un gesto negativo con la cabeza y murmuró—: ¡Pobre señor Sherringham... con eso!

—Oh, ya lo acabaré; quedará muy decente —dijo Nick.

— ¿Lo acabará solo?

—No forzosamente. Usted vendrá otra vez a posar cuando vuelva a

Londres.

—Nunca, nunca, nunca jamás.

Nick se quedó mirándola pasmado.

—Caramba, me había hecho usted los más profusos ofrecimientos y promesas —dijo.

—Sí, pero fueron hechos en la ignorancia, y me retracto de ellos. Soy caprichosa asimismo... faites la part de ça. Comprendo ahora que no tiene sentido; no lo supe entonces. Somos muy distintos y distantes: yo soy, como usted afirma, una filisteo. —Y, como Nick protestara con vehemencia contra esta inescrupulosa mala fe, ella añadió—: Ya encontrará usted otros modelos; pinte a Gabriel Nash.

— ¿A Gabriel Nash... para sustituirla a usted?

—Será una buena manera de deshacerse de él. Pinte asimismo a la señora Dallow —ahondó Miriam mientras trasponía la puerta, que Nick le había abierto—; pinte a la señora Dallow si quiere extirpar hasta la más mínima posibilidad de un sobresalto.

Fue extraño que, puesto que hacía sólo un rato Nick se había hallado en un estado de ánimo en el cual lo gratuito de esta alusión habría sido lo primero que le habría saltado a la vista, ahora se sintiese movido a recibirla inmediata, espontánea, irreflexivamente, con la siguiente pregunta:

— ¿Hasta la más mínima posibilidad? ¿Quiere decir en ella o en mí?

—Oh, en usted. No sé nada respecto de ella.

—Pero no sería ése el resultado —comentó Nick, con la misma inocencia sobrevenida—. Me inclino a pensar que si ella posara para mí, la pauta habitual se vería revertida.

— ¿La pauta habitual?

—La que usted enunció hace un momento y de la cual reconozco su validez global. En el caso que usted me propone, yo haría con probabilidad un cuadro espeluznante.

— ¿Y se enamoraría de ella otra vez? ¡Entonces, por el amor de Dios, arriéguese al adefesio! —dijo Miriam risueña, saliendo en dirección a su coche victoria como flotando en el agua.



Miriam había dado en el clavo cuando le dijo a Nick que ofrecerse a pintar a Gabriel Nash sería la mejor manera de deshacerse de él. Ciertamente es que no fue con tan nefando propósito como nuestro muchacho le propuso a su intermitente amigo que posara para él; muy al contrario, como agosto se presentaba árido en las calles de Londres, tenía demasiado pocas esperanzas de que Nash se quedase en la ciudad en un momento tal únicamente para complacerlo. Nick no sentía deseo alguno de deshacerse de su filósofo privado; le gustaba su filosofía, y, aunque por supuesto la clave para leerlo era familiarizarse con el espíritu de la paradoja premeditada, sin embargo tenía Nash a menudo, estudiándolo con detalle, una inspirada imprevisibilidad. Siempre fue, en opinión de Rosedale Road, la persona de trato más agradable y divertido del mundo. Todos los otros conocidos de Nick, todos sus amigos políticos, daban cuenta, con frecuencia de modo asaz comunicativo, de sus propios asuntos, y de sus propios asuntos tan sólo; lo cual, cuando lo hacían competentemente, era lo más a que su anfitrión podía aspirar. Pero Nash poseía la rara distinción de parecer extrañamente alzarse en representación de sus asuntos, los del susodicho anfitrión, con un interés por los mismos que no se veía afectado por las habituales restricciones con que en la sociedad se topa el talento. Esto emplazaba a Nash en la categoría de los lujos selectos, y Nick era muy consciente de que los lujos están a nuestro alcance sólo de una manera precaria y esporádica. Si tener un amigo desprovisto de egolatría constituía uno de los más exquisitos, entonces era obvio hasta para la mente de menores alcances que, en virtud de la ley distributiva de los bienes terrenales, era natural que dicho privilegio escatimara en duración lo que derrochaba en intensidad. Nick nunca había apartado de sí la sospecha de que Nash era demasiado bueno para durar, aunque a este respecto jamás había sucedido nada que confirmara su vaga aprensión de que el modo concreto en que éste se escabulliría, o esfumaría, sería deseando poner a Nick en contacto con sus otros discípulos.

Aquello representaría prácticamente la catástrofe, según el sentir de Nick; pues era extraño que uno pudiera al mismo tiempo profesarle a alguien una gran estima y no anhelar en modo alguno, llegado el caso, echarles un vistazo a sus conocidos. La originalidad de Nash siempre había sido no parecer tener ninguno; y si, en primera instancia, había sido él quien le había presentado a Miriam y a su madre, ésa había sido una excepción de la cual había sido responsable en gran medida la intervención de Peter Sherringham. Así y todo, empero, transcurrió cierto tiempo antes de que a Nick dejara de parecerle que muy bien podría eventualmente suceder que para completar su educación, por así decirlo, Gabriel quisiera que se juntara un poco con mentes formadas por la misma influencia mística. A Nick le decía su instinto, sin que ello supusiera desdoro alguno de Nash, que los pupilos, tal vez incluso los imitadores, de semejante genio resultarían, como lo formuló interiormente, algo aborrecible.

Él podía estar seguro, hasta Gabriel Nash podía estar seguro, de su propia medida, mas ¿cómo podía estar ninguno de los dos seguro de la de los otros? Pues la imitación constituye un venturoso homenaje sólo con tal que se mantenga dentro de los límites de una cierta contención, y había un algo indefinible en la doctrina de Nash que habría hecho que resultara infamada al contagiarse de exageración o fanatismo. La Providencia parecía haberle evitado felizmente semejante trance; de tal modo que, a varios meses de distancia ahora, Nick hubo de recordarse que su amigo nunca le había impuesto a su atención ni el más diminuto círculo de camaradas visionarios, ni había propuesto traérselos para su edificación. Poco importaba que Nash fuese del tipo de personas a quienes los espíritus superficiales atribuyen semejante clase de feligresía; seguramente habría resultado una tarea ímproba, por ejemplo, persuadir a Lady Agnes, a Julia Dallow o a Peter Sherringham de que donde más a gusto se sentía aquél no era en algún sombrío, desaliñado, oscuramente entrevisto barrio «cultural», poblado de malencarados traficantes de epigramas que lo consideraban un señorito y que no servían humanamente para nada que no fuera funcionar como centro de interés temático para las publicaciones satíricas, las cuales probablemente se abstenían por decoro de hurgar en las peores de sus aberraciones.

En todo caso, Nick nunca dio con su Academia, ni con el barrio en cuestión: nunca le llegó, procedente del enigmático telón de fondo de la existencia de su amigo, ni la más mínima reverberación de un aleteo o de unas pisadas, ni el más pequeño ululato esteticista. Momentos hubo en que incluso experimentó una cierta compasión ante el silencio que la propia capacidad de hacer ruido del pobre Gabriel imponía en torno de éste, momentos en que dicho silencio le confería liviandad al misterio que Nick nunca pudo dejar de atribuirle: la sensación de lo pasajero y momentáneo y transitorio, la semejanza con el humo o el viento susurrante o la luz intangible. Era por ejemplo un indicio de esta condición suya de inaprensible, de la ausencia de todas las ligaduras que puede llevar consigo la inscripción del nombre y apellido en libros bien custodiados, el hecho de que en realidad Nick no tuviera ni idea de dónde vivía, no habría sabido ir a visitarlo o enviarle un médico si se hubiese enterado de que estaba enfermo. Nunca lo había acompañado hasta ninguna puerta que Gabriel hubiese podido llamar suya, aunque sólo fuera para pararse un momento ante el umbral, si bien es verdad que Nash pertenecía a un club, el «Anónimo», en alguna plaza inverosímil, del que Nick sospechaba que era el único miembro —nunca había tenido noticias de que existiese ningún otro— y donde se entendía vagamente que las cartas darían con él tarde o temprano. Por fortuna no parecía necesario preocuparse por él, de tan tranquilizadamente como su aspecto parecía dar fe de que nunca estaría enfermo. Y ello no se debía acaso a que su color fuera saludable, sino a que era mórbido, como si lo hubiesen vacunado de todas las

enfermedades.

Nash se dejó caer un día por Rosedale Road posteriormente a que Miriam se hubiera marchado de Londres: acababa de volver de pasar una quincena en la Bretaña francesa, donde había extraído un regocijo increíble de la tristeza sutil del paisaje. Iba de camino hacia algún otro lugar; iba a marcharse al extranjero durante el otoño, pero no precisó lo que estaba haciendo ahora, declarando que había regresado a Londres tan sólo para echarle un último vistazo supervisor a Nick.

—Es muy bonito, muy bonito, sí, sí, ya lo creo —comentó, emitiendo un leve suspiro vago de aprobación, mientras su mirada se paseaba por toda la sencilla escena: un suspiro que, para un oído suspicaz, habría sido indicio de una intencionalidad malévola.

El oído de Nick, como sabemos, últimamente se había vuelto suspicaz; circunstancia que habría bastado para explicar la sonrisa expectante (insinuó la complacida percepción de la confirmación de una teoría) con que este muchacho le inquirió:

— ¿Te refieres a que mis cuadros son muy bonitos?

—Sí, sí, tus cuadros y el asunto entero.

— ¿El asunto entero?

—Tu existencia aquí, en este rinconcito independiente y remoto dentro de la gran ciudad. Lo desinteresado de tu actitud, la perseverancia de tu esfuerzo, lo devoto, lo singular, lo ejemplar en definitiva, de todo el espectáculo.

Nick rompió a reír y replicó:

— ¡Qué cerca debes de estar de sentirte harto de mí cuando hablas de mi ejemplaridad! —Nash mudó ligeramente de color al escuchar esto; era la primera vez que, por lo que Nick recordaba, daba una señal de azoramiento—. Vous allez me lâcher, lo veo venir; y ¿quién podría culparte?... pues he cesado absolutamente de ser espectacular. Tuve mi pequeño momento; y fue mucho, pues algunos no llegan siquiera a eso. He sido uno de tus casos curiosos, y lo he sido con generosidad; he hecho durar el drama tanto como he podido. Estás tramando «largarte», mi querido amigo... estás tramando largarte silenciosamente; y será justo e inevitable, aunque al principio te vaya a echar mucho de menos. ¿Quién sabe si, sin ti, no estaría todavía representando a Harsh, el cielo me asista? Tú me rescataste; me convertiste de representante en ejemplar, lo cual supone un cierto matiz de mejora. Pero ¿crees que no sé por dónde te andas cuando te rebajas a alabar mi actitud devota?

—No te empeñes en expulsarme —dijo Nash quejosamente—; dame un cigarrillo.

—Ni en sueños se me ocurriría nunca desear expulsarte; estoy dispuesto a albergarte hasta el último momento. Tan sólo intento estar a la altura de la lógica de la situación. La prueba de lo mucho que me apego a ti es que, precisamente, deseo que poses para mí.

— ¿Que pose para ti? —A Nick le pareció que la mirada de su visitante se había quedado un tanto sin expresión.

—En efecto, pues a fin de cuentas no es mucho pedir. Mira dónde nos hallamos, y el momento es especialmente propicio: días con largas horas de luz, sin nadie que venga a verme, de tal forma que dispongo de tiempo de sobra. Había tenido la esperanza de recibir algunos encargos: mi hermana pequeña, a quien ya conoces y que es una gran optimista, me inculcó insistentemente esa fantasía. De hecho, urdimos juntos la pequeña y encantadora sórdida teoría de que podría ser que yo empezase a «hacer furor» gracias a todas las habladurías (considerables como han sido) engendradas por mi adopción de este empeño. A mi hermana se le ocurrió la idea de que un buen número de las señoras de alcurnia me iban a encontrar interesante, querrían ser pintadas. Quizá sea así, pero han sabido controlarse, pues no puedo decir que el furor se haya iniciado aún. Ni siquiera se han acercado para echar un vistazo, pero seguramente es que todavía no acaban de picar. Naturalmente es una mala época, con todo el mundo fuera de la ciudad; aunque es cierto que podrían pedirme que fuese a pintarlas a sus residencias. Quizá lo hagan, cuando por fin hayan decidido parar quietas en algún sitio durante algún tiempo. Una gira retratística por una docena de mansiones campestres, para el otoño y el invierno... ¿qué te parece como programa de altos vuelos? Sé que te estoy sacando de quicio —añadió Nick—, pero ¿no te das cuenta de cuánto estoy interesado en ver lo que aún vas a durar?

Gabriel dio una chupada a su cigarrillo con una serenidad tan perfecta que habría podido haber sido asumida para demostrar la falsedad de las palabras de Nick. Y dijo inmediatamente, dejando de lado cualquier vaguedad:

—La señora Dallow te pedirá que vayas; vous allez voir ça.

— ¿Me pedirá que vaya?

—A pintar su retrato; te recapturará utilizando ese pretexto. Te hará acudir a una de las mansiones campestres, y todo marchará tan encantadoramente (pintando por la mañana, los días en que no se pueda salir de cacería, y haciendo lo que se te antoje por la tarde, y quince platos distintos en la cena para la noche: estarán presentes obispos y embajadores) como si fueras un «reputado» amateur endiabladamente hábil. Ten cuidado, ten cuidado, pues, por efímero que me consideres, puedo contemplar el futuro: no te imagines aún que has acabado conmigo. La señora Dallow y tu hermana, a ambas de las cuales aludo con el mayor de los respetos, son capaces de delinear juntas el

más concienzudo y delicioso de los planes para ti. Tú y la hermosa dama haréis las paces, y cada uno de los dos cederá un poco y llegaréis a un arreglo. La señora Dallow tragará con tu profesión si tú tragas con la suya. Aprenderá a convivir con la paleta si aprendes a convivir con la mansión campestre. Sería muy inhabitual que no encontraras en ésta una buena habitación que dé al norte donde puedas pintar. Irás a todas partes con ella y pintarás a todos sus amigos, a todos los obispos y embajadores, y podrás a la vez nadar y cuidar de la ropa, y todo quisque, comenzando por tu esposa, se olvidará de que haya algo irregular en ti, y todo será de lo mejor en el mejor de los mundos; de modo que juntos, tú y ella, os convertiréis en toda una institución social, y todos pensarán que ella tiene un marido delicioso; por no hablar, naturalmente, de tu tenencia de una mujer deliciosa. ¡Ah, mi querido amigo, te estás poniendo pálido, y con razón! —continuó Nash—; es tu castigo por haber intentado sonsacarme. ¡Pues nada, ahí lo tienes! Es posible que yo sea un pelmazo —el énfasis de estas palabras, aunque una mera sombra, fue evidencia de la primera manifestación de resentimiento personal que Nick le había escuchado a su visitante—, es posible que yo sea un pelmazo, pero una que otra vez doy un toque de luz, vislumbro las cosas. Conque me aventuro a repetirte: «Ten cuidado, ten cuidado». Si, como digo, siento un respeto infinito por esas dos féminas, es porque estarán actuando de acuerdo con la más elevada cordura del sexo a que pertenecen. Tal es la clase de cosas que la mujer idea cuando es excepcionalmente lista y buena. Cuando no lo es, no se le da igual de bien; pero no será porque no se lo proponga. Únicamente hay en el mundo una cosa superior a su encanto, y es su sabiduría. La cual, de hecho, constituye parte de su encanto. Y cuando las mujeres se conjuran, cuando meditan de veras las cosas, como en el caso que estamos suponiendo —prosiguió Nash—, entonces el asunto entero se eleva hasta las nubes; pues ya no se trata de la sabiduría de una sola, sino de la de su sexo.

—Eres tan digno de atención que, vaya que sí, tengo que pintarte —contestó Nick—, aunque esté tan agitado ante tus proféticas palabras que mi mano tiembla y no me cabe duda de que apenas voy a lograr sujetar el pincel. Mira cómo hago vibrar el caballete tratando de ponerlo en posición. Pues nada, ahí lo tengo, en efecto. Sí, será un día curioso, y más innovador que todo lo conocido hasta ahora, aquel en que la sabiduría femenina encuentre objeciones a que los hombres se enamoren de ellas. Hablas de su bondad y de su listeza, y con mucho tino. No sé qué más son capaces de hacer con esos atributos, pero no concibo que los hombres puedan hacer con ellas otra cosa que profesarles mucho cariño.

— ¡Oh, lo harás; descuida! —exclamó Nash con gran soma.

— ¿Qué es lo que haré?

—Exactamente lo que acabo de decir; si no el año que viene, el otro, y si

no, el otro. Llegarás a un arreglo, y ella te paseará por todas partes y conseguirá imponerte. Pintarás a los obispos y te convertirás en toda una institución. Es decir, eso harás si no tienes gran cuidado.

—Lo tendré, indudablemente, y por eso me apego a ti. Debes seguir cuidándome; no te evapores convirtiéndote en una mera reminiscencia inverosímil, en una deliciosa fábula alegórica... no lo hagas si está en tu mano evitarlo. El problema es, bueno, ya sabes, que en realidad no te es posible mantener la guardia muy celosamente, porque en el fondo te parecerá mucho más divertido verme metido en otro embrollo que encontrarte con que simplemente recorro con tranquilidad por el camino recto el panorama descendente de los años. Permíteme de todas maneras tener una especie de documento de tu existencia, algo así como una pluma caída del ala del ángel, o una foto del fantasma, que me sirva de prueba en el futuro de que una vez fuiste una realidad de carne y hueso, de que no fuiste del todo una invención mía. Por supuesto, siempre tendré una base para decirme que no pudiste ser una fábula: en tal caso habrías tenido una moraleja; pero con eso no bastará, pues no estoy del todo seguro de que no la tengas. Algún día asomará con sigilo y melancólicamente la cabeza por esa puerta, y me encontrarás en una actitud tan devota (verás ante ti mi inclinada espalda mientras me afano desesperadamente con los detalles más insignificantes de alguna chapucería interminable) que te crisaré cruelmente los nervios, y retrocederás, cerrando la puerta quedamente (pues serás gentil y considerado con mi concentración y me disculparás... ni siquiera harás que me dé la vuelta), y te marcharás a hurtadillas para ya nunca, nunca volver.

Gabriel consintió en posar; afirmó que disfrutaría haciéndolo y que con gusto renunciaría para ello a sus inmediatos proyectos en el continente, tan vagos para Nick, tan nítidos por lo visto para él; y estuvo volviendo tres días a ese efecto. Nick se prometió encontrar un gran interés en este experimento; pues desde el primer instante había comenzado a parecerle que en verdad, hasta ahora, en comparación con el escrutinio a que lo sometía en este momento, nunca había mirado con algún detenimiento a su amigo. Al principio había sido su impresión que Nash tenía una cabeza de más que suficiente categoría como para constituir un reto, y que conforme posara allí, día tras día, todo tipo de elementos gratos y pintorescos aparecerían en su rostro. Dicha impresión no se vio desmentida, pero la cuestión global se transformó en algo más complejo. A nuestro muchacho le pareció que nunca había visto anteriormente a su modelo, y, no obstante, extrañamente, esta revelación no fue fruto de una sensación de sí verlo ahora. Lo que se le reveló ahora fue la dificultad; lo que vio fue su elusividad y su indefinición. Había dado por supuestos elementos que literalmente no estaban allí, y halló elementos allí (sólo que no supo plasmarlos) que hasta la fecha no había advertido. Este efecto desconcertante, por tener unas características muy de

Nash, habría podido ser obra de la voluntad caprichosa de éste, de no parecerle a Nick, tras unas cuantas horas de labor, que no era su modelo quien mejor se lo estaba pasando. Su modelo estaba incómodo, al principio vagamente y luego nítidamente: callado, inquieto, lóbrego, ofuscado, como si, una vez llevado a la práctica, le hubiese resultado un placer en mucho menor cuantía de lo que había podido tener idea por adelantado eso de ser infinitamente examinado y manipulado, sondeado y cribado. Nash había estado seriamente deseoso de intentarlo; mas ahora francamente no le gustaba. No estaba malhumorado, pero se sentía infeliz a las claras, y Nick nunca lo había oído menos locuaz, nunca lo había visto menos expresivo.

En consecuencia, Nick se sintió como si le hubiera tendido una trampa: se preguntaba si realmente aquello estaba bien. Sin embargo, había algo fascinante en la extrañeza de semejante relación entre objeto y artista, y Nick estaba dispuesto a continuar hasta que tuviere que dejarlo por pura compasión. Atrapó finalmente un leve destello del principio rector de esta anomalía: conjeturó que lo que incomodaba a su amigo era sencillamente la inversión, en estas circunstancias, de la forma habitual de interrelacionarse que tenía éste. Nash estaba tan acostumbrado a vivir para la ironía y para la interpretación de las cosas, que le resultaba extraño ser interpretado ahora él, y además (al igual que se arriesga a que le suceda todo caballero que posa para su retrato) interpretado irónicamente. De estar fuera del universo, de repente había sido arrastrado dentro; y del rango de comentarista y crítico independiente, una especie de organizador informal del cotarro, había sido degradado al de suscriptor y humilde ingrediente. Más tarde reflexionaría Nick que acaso él mismo precipitó el desenlace al ocurrírsele decirle a su compañero, en alguno de los deshilvanados descansos, y no sólo totalmente exento de intención cruel sino además impulsado por una simpatía genuina:

—Dime, mi querido amigo, ¿a qué te dedicarás cuando seas viejo?

— ¿Viejo? ¿A qué llamas viejo? —repuso Nash con bastante aplomo, mas con otro discernible matiz de irritación—. Parece mentira que a estas alturas tenga que explicarte que ese adjetivo carece de toda aplicación posible en un caso como el mío. Sólo tiene sentido para los desdichados que padecéis la incurable superstición del «hacer»: es el humillante fracaso para el que os preparáis cuando ya no podáis seguir haciendo. Para mí no habrá fracaso, no habrá caducidad, no habrá vil mutación de actitud; pues tan sólo seré, cada vez más, con todas las acumulaciones de experiencia, cuanto más viva.

—Oh, no tiene tanta importancia el adjetivo concreto —dijo Nick—. Si no quieres llamarlo viejo, al estado último, llámalo cansado... llámalo exhausto. Las acumulaciones de experiencia son, en la práctica, acumulaciones de fatiga.

—Yo no sé nada de cansancios. Vivo reposadamente: eso no puede

fatigarme.

—En ese caso no tendrías por qué morirte nunca —contestó Nick.

—Ciertamente; creo que soy eterno.

Nick rompió a reír ante esto: sería una información tan excitante para algunas personas. Mas fue enunciada con perfecta gravedad, y muy bien pudo ser ateniéndose al espíritu de esta gravedad como Nash incumplió el acuerdo de venir también a posar al día siguiente. Y luego transcurrió el otro, y el otro, y el otro, pero nunca regresó.

Obviamente, la puntualidad carecía de importancia para un hombre que consideraba tener todo el tiempo del mundo a su disposición. No obstante, su desaparición, «sin dejar rastro», como un personaje de cuento de hadas o de folletín, causó una considerable impresión en su amigo, conforme los meses transcurrieron; hasta tal punto que, aun cuando nunca había tenido la menor dificultad para entrar en el juego del humorismo de Gabriel, Nick evocó ahora con cierto temor supraterrano la inhabitual seriedad con que su amigo se había clasificado a sí mismo entre las cosas imperecederas. Incluso se preguntó si Gabriel no habría terminado por volverse al final un poco loco. Nunca antes había mostrado un aire tan serio, y habría tenido que estar verdaderamente loco para comportarse siguiendo unas pautas tan tópicas. Acaso en realidad tan sólo estaba actuando en su acostumbrado espíritu más de lo corriente... aportándole atentamente, para recreo de Nick, cierto misterio a un horizonte que ahora había perdido su romanticismo. En todo caso el misterio persistió; y otro más casi vino a sumársele. Nick se prometió la perspectiva, para el futuro, de gozar de la inofensiva distracción de aguardar a ver cuándo reaparecía Nash, si es que lo hacía, y de la diversión adicional (que casi lo consoló del enojo de haberse quedado en las manos con un segundo retrato inacabado) producida al experimentar la sensación de que el retrato que había iniciado presentaba el singular aspecto de estar desvaneciéndose gradualmente de la tela. No consiguió pillarla in fraganti, pero pudo sentir la sospecha, cuando lo escudriñaba, de que la mano del tiempo estaba borrándolo poco a poco (exactamente igual que en alguno de los delicados relatos de Hawthorne), dejando borrosa y desprovista la superficie. Desprovista, esto es, de cualquier semejanza con el modelo. Naturalmente, la moraleja del relato de Hawthorne sería que este personaje regresaría el día en que el último trazo hubiere desaparecido.



Un día, hacia finales de marzo del año siguiente, o, dicho en otras palabras, más de seis meses después del último incidente que he tenido ocasión de narrar, Bridget Dormer penetró en el estudio de su hermano y lo saludó con la efusión que caracteriza a todo retorno tras una larga ausencia. Había estado pasando una temporada en Broadwood, había estado pasando una temporada en Harsh. Tenía varias cosas que contarle acerca de estos episodios, acerca de su madre, acerca de Grace, acerca de ella misma y acerca de que Percy se había presentado en Broadwood, hacía muy poco, pasando allí dos días —la visita más larga con que, casi hasta donde podían recordar, el cabeza de linaje había honrado a Lady Agnes—. Nick reparó empero en que por lo visto la mencionada visita había sido acogida como un gran regalo, y Biddy dio fe lealmente de que el mayor de sus hermanos había estado endiabladamente jocoso y de que su presencia había sido fuente de tremenda juerga. Nick le preguntó qué había pasado con la cuestión de su reciente casamiento, qué le había dicho su madre a su hermano.

—Ah, nada —contestó Biddy; y su hermano, por su parte, tampoco le había dicho nada a Lady Agnes, ni tan siquiera una sola palabra a ella misma. Esto explicaba parcialmente, al ver de Nick, la endiablada jocosidad y la tremenda juerga: sólo se había producido un amable intercambio de perogrulladas; pero interrogó a su hermana más detenidamente, hasta que se sintió compelida a decir—: Oh, creo que dentro de poco le escribiré.

— ¿Quién escribirá a quién?

—Mamá escribirá a su esposa. Estoy segura de que a él le gustará eso. Naturalmente, acabaremos yendo a verla. Estaba profundamente decepcionado de lo que había encontrado en España: no había encontrado nada.

Biddy habló de dicha decepción casi compadecidamente, pues era evidente que se sentía inclinada esta mañana a una nueva y cariñosa visión de la existencia. Nick pudo compartir su sentimiento sólo hasta donde se lo permitió una identificación meramente somera de lo que su hermano debía de haber andado buscando. Habría podido ser agachadizas y habría podido ser jabalíes. De hecho Biddy fue escueta, al principio, acerca de todo, pese a los dos meses que habían mediado desde el último encuentro de ambos; y él no tardó mucho en comprender que era porque estaba rumiando algo, algo que la ponía de buen humor y que quería abordar lo antes posible. A Nick lo irritó ligeramente que ella, recién de vuelta de Broadwood, estuviera de tan buen humor; pues (era imposible cerrar los ojos ante el hecho) lo que había acabado sucediendo, en la práctica, en lo relativo a aquel retiro rural, era exactamente lo que él había deseado evitar. Todo el invierno, mientras se había dado por supuesto que su madre y hermanas estaban haciendo lo que él quería, habían estado haciendo exactamente lo contrario. Él acaso tenía a Biddy por la menos responsable, y no había nadie a quien pudiera culpar en exclusiva. Se había

lavado las manos del asunto y había logrado considerablemente, la mayor parte del tiempo, olvidarse de que no estaba satisfecho. En verdad la propia Julia Dallow parecía haber sido el más activo de los miembros del grupito que se había conjurado para reírse de sus escrúpulos. Había habido una restitución formal del lugar, pero las tres mujeres habían estado en el mismo más tiempo que nunca, con la pequeña diferencia de que casi todo el tiempo habían estado allí con la dueña. Mahoma había declinado seguir yendo a la montaña, conque había sido la montaña quien literalmente había venido a Mahoma.

Después de su larga visita otoñal, Lady Agnes y sus hijas se habían vuelto a la capital; pero habían vuelto a irse a provincias por Navidad, y Julia había aprovechado esta oportunidad para decirle a Nick por carta que se alegraría de que no les negara a todos ellos su compañía y de que disfrutara siquiera de un trocito de aquellos ratos soberanamente cordiales. Tras reflexionarlo, Nick juzgó preferible no negársela, y pasó tres días bajo el techo de la señora Dallow. Aquel «todos ellos» resultó consistir en una gran cantidad de gente, pues ella se había encargado de llenar la casa. Era una magnífica animadora, y Nick nunca la había visto tan espléndida, tan generosa, tan donosamente entretenida. Fue una perfecta madrina de los festejos; había organizado una jarana para cada día y para cada noche. Los Dormer se metieron tanto en ello, valga la expresión, que, después de todas sus frustraciones, su fortuna pareció haber vuelto en un segundo. Hubo una ocasión en que Lady Agnes, durante las charadas que se improvisaban, y debido a que se necesitaba a una persona de edad, pareció en un tris de hacerse cargo del personaje del ama de llaves de un castillo que, comiéndose las haches, guiara por sus dependencias a un rebaño de turistas; pero renunció a la alternativa en favor de su hija Grace. Incluso Grace gozó de una aceptación extraordinaria. Por supuesto, Nick participó en las adivinanzas y en todo, pero Julia no; ella se limitó a idear, dirigir, encauzar los aplausos. Cuando no había programada ninguna otra actividad Nick tomaba «apuntes del natural» de todos los invitados: éstos lo seguían por todas partes, lo acechaban en las escaleras, clamando para que se les permitiera posar. Él los complugo a todos ellos lo mejor que supo, excepto a Julia, quien no clamó; y, sonrojándose un poco, pensaba en Gabriel Nash mientras se inclinaba hacia el papel. A principios del nuevo año Nick se marchó al extranjero durante seis semanas, pero tan sólo hasta París. Entonces fue para él un nuevo París: un París de la Rue Bonaparte y de tres o cuatro amistades de la profesión (las tenía allí en mayor número que en Londres); un París de modelos, y de estudios donde se pintaban estudios, de búsquedas y de descubrimientos, comparaciones y contrastes, de fuertes impresiones y largas discusiones y economías un tanto incómodas, pequeños cafés y exiguos fuegos y la sensación general de volver a tener veinte años.

Mientras había estado ausente, su madre y hermanas (ahora Lady Agnes le escribía a veces) regresaron a Londres durante un mes, y antes que él se

reinstalara en Rosedale Road se volvieron para estar otro tercer período en Broadwood. Después de que llevaran allí cinco días —y éste fue el meollo de toda la burla—, Julia se retiró a Harsh, dejándolas en apacible posesión. Y así habían seguido: no iban a retornar a la capital hasta después de la Pascua de Resurrección. La jugarreta había sido gastada, y Biddy, como ya he hecho notar, se hallaba ahora muy contenta. Su hermano se percató enseguida, empero, de que la razón de su contento no era del todo la consumación de la jugarreta; a menos que el motivo más profundo del mismo resultara ser tan sólo alguna prolongación de aquélla. Ella no había venido a Londres en calidad de avanzadilla de su madre; ni siquiera se había pasado todavía por Calcutta Gardens. Había venido para pasar una semana con Florence Tressilian, quien últimamente había entrado en posesión del pisito más caro de un precioso edificio nuevo, recién levantado, al otro lado de Hyde Park, con todo tipo de ascensores y tuberías y electricidades. Florence se había portado de una forma increíblemente simpática con ella —había estado con ellas muchísimo tiempo en Broadwood, mientras el piso estaba siendo pintado y acondicionado— y después mamá le había dado permiso, permiso a Biddy, para prometerle que iría a visitarla cuando todo estuviera listo, de modo que pudieran estrenar juntas aquella especie de residencia de solteras. Si Florence podía pasarse ahora sin una «carabina» (tenía las llaves de dos casas y viajaba sola en la parte de arriba de los ómnibus, y su nombre figuraba en el Libro Rojo), también podía hacer bastante bien el papel de señora de compañía para otra muchacha. Biddy aludió con dulces y cínicos ojos al contundente y feliz gran paso que había dado de esta guisa en dirección a una soltería ilustrada; y Nick bajó la cabeza, algo avergonzado y humillado, pues por muy moderno que se hubiese considerado, evidentemente había corrientes aún más modernas.

Sucedía que precisamente esta mañana Nick había rescatado de un rincón su estudio interrumpido de Gabriel Nash, sin ningún propósito más definido (había estado mirando por la habitación tan sólo con un poco de espíritu merodeador) que el de comprobar por curiosidad cuánto o cuán poco quedaba de él. El cuadro se había convertido, a su percibir, en una superficie tan indefinida (había estado seguro de que así sería, y por ello se rio) que no parecía valer la pena conservarlo, así que lo había dejado apoyado contra una mesa, como si hubiese sido una tela en blanco o una «preparación» sobre la cual hubiera de pintarse. En esta colocación llamó la atención de Biddy, pues para ella, en un segundo vistazo, el cuadro poseía rasgos nítidos. No lo había visto antes y le preguntó a Nick a quién representaba, comentando asimismo que lo tenía en la punta de la lengua: conocía al original, pero no lograba identificarlo.

—Hace medio año, durante unos pocos días, representó a Gabriel Nash —respondió Nick—. Pero ya no representa nada ni a nadie.

— ¿Hace medio año? ¿Qué le ha pasado al cuadro, y por qué no lo prosigues?

—Lo que le ha pasado es algo que no sabría decirte. Pero no puedo proseguirlo, porque me he quedado sin mi modelo.

Biddy se quedó mirando sorprendida un instante, y preguntó:

— ¿Ha muerto?

Su hermano rompió a reír ante la franca alegría, ilusión incluso, con que esta interrogante había brotado de los labios de su hermana. Y contestó:

—Sólo ha muerto para mí. Se ha ido.

— ¿A dónde?

—No tengo ni la menor idea.

—Caramba, ¿es que os habéis enemistado? —preguntó Biddy.

— ¿Enemistado? ¿Por quiénes nos tomas? ¿Acaso el ruiseñor se enemista con la luna?

—No necesito preguntar cuál de los dos es el de naturaleza lunática —dijo Biddy.

—Naturalmente yo soy el ruiseñor. Pero, más prosaicamente —continuó Nick—, Nash se ha evaporado, regresando a su naturaleza primordial: es parte del aire que respiramos. —Enseguida, dado que incluso con este prosaísmo se había dado cuenta de que su hermana se había quedado desconcertada, agregó —: Tengo la impresión de que se habrá marchado a la India, y de que en este preciso momento estará tumbado sobre un cúmulo de flores en el valle de Cachemira.

Biddy guardó silencio un instante, después del cual manifestó:

—Julia se alegrará; él le desagrada tanto.

—Si le desagrada tanto, ¿por qué habría de alegrarse de que se encuentre en unas circunstancias tan deliciosas?

—Me refiero a que se haya ido; de eso se alegrará.

—Mi pobre niña, ¿qué puede importarle eso a Julia?

—Le importan más cosas de lo que tú crees —respondió Biddy, con cierta vehemencia; no obstante, no bien hubo pronunciado estas palabras, se ruborizó visiblemente. De inmediato, para atenuar lo cómico de su sonrojo (sólo que tuvo el efecto contrario), agregó—: Ella piensa que él ha sido una influencia negativa en tu vida.

Nick hizo un ademán negativo con la cabeza, sonriendo. Y dijo:

—Ella piensa, tal vez; pero no piensa lo suficiente. De lo contrario, llegaría a una conclusión: a la de que no sabe nada de nada acerca de mi vida.

—Ah, Nick —arguyó la muchacha, con mirada grave— ni te imaginas cuánto interés se toma por ella. Me lo ha dicho muchas veces, me ha hablado sobre ello sin parar. —Biddy hizo una pausa y después continuó, con una menuda sonrisa anhelante que iluminó su gravedad, como si estuviera tanteando con precaución hasta dónde podía llegar con su hermano—: Está convencida de que fue el señor Nash quien provocó todas estas molestias en vuestra relación.

—Mi querida Biddy —contestó Nick—, éstas son ideas absolutamente de segunda fila, resultado de un modo de entender las cosas perfectamente superficial. Disculpa mi tono posiblemente pedante, pero es que verdaderamente le atribuyen a Nash un papel que él es del todo incapaz de representar. No es capaz ni de provocar molestias ni de tomárselas; ninguna molestia pudo jamás proceder de él o llegar hasta él. Además —siguió nuestro muchacho—, ya que Julia te ha hablado tantísimo sobre el particular, no pasará nada porque ahora yo también te hable un poco. Cuando ella me dio calabazas en un abrir y cerrar de ojos, fue en una ocasión bien definida. Fue con motivo de la presencia en mi estudio de una actriz desgredada.

— ¡Oh, Nick, no te ha dado calabazas! —protestó Biddy—. De veras que no... Tengo una prueba.

Ante este mentís sin ambages, Nick experimentó cierta conmoción indignada, y miró a su hermana con instantánea dureza diciendo:

— ¿Te ha mandado ella aquí a decirme esto? ¿A qué te refieres con eso de una prueba?

Ante estas preguntas, la mirada de Biddy se enfrentó con una extraña expresión a la de su hermano, y durante unos segundos, mientras lo miraba suplicantemente a los ojos, ella vaciló allí, con la boca abierta, extendiendo confusamente las manos. Al momento siguiente se había echado a llorar, estaba sollozando sobre el pecho de Nick. Él dijo: «¡Ea, ea!», y se puso a consolarla; pero a ella se le pasó muy pronto. Luego, ella le explicó a qué se refería con eso de su «prueba», y qué era lo que había tenido en la cabeza desde el primer instante en que había puesto el pie en la habitación. Se trataba de un mensaje de Julia, pero no consistía en decirle... no consistía en decirle lo que él acababa de preguntar si era el motivo de su visita; aunque de hecho Biddy, más confiada ahora, ya que su hermano le había pasado el brazo por encima, expresó audazmente su esperanza de que aquello terminara viniendo a ser lo mismo. Sencillamente, Julia deseaba saber (le había encargado a Biddy

que lo sondeara discretamente al respecto) si Nick aceptaría hacerle un retrato; y la muchacha remató este intento de «sondeo» declarando que su bella parienta se moría por posar.

— ¿Se muere por posar? —repitió Nick, a quien le tocó ahora sentir que se le subían los colores.

—En cuanto tú quieras, pasada la Pascua de Resurrección, cuando ella venga a la capital. Lo quiere de cuerpo entero, y que lo hagas a conciencia, que sea la más espléndida de tus creaciones.

Nick se quedó mirando atónito, sin importarle haberse sonrojado, y preguntó:

— ¿Va ella en serio?

—Oh, Nick... ¡vaya si va en serio! —alegó Bidy con ternura. Se acercó más a él, y a él le pareció que se iba a poner a llorar otra vez. La sujetó por los hombros, mirándola a los ojos, y le dijo:

—No hay problema, si es consciente de que yo voy en serio. Pero ¿por qué no ha venido ella misma, como cualquier otra persona? ¡No me niego a recibir a nadie!

— ¡Ah, Nick, mi querido Nick! —siguió Bidy, con sus ojos intencionados y anhelantes. Él los observó atentamente —igual que ella, también él sabía jugar a los sondeos— y durante un momento, entre estos dos jóvenes, la atmósfera se vio encendida por el destello de mutuas percataciones y confesiones tácitas. Nick pudo leer varios recónditos pensamientos, y luego, desasiendo repentinamente a su hermana, se dio la vuelta. Ella no pudo verle la cara en este movimiento, pero un observador que la hubiese tenido a la vista habría creído notar inscrito en la misma un presentimiento que no era exactamente aterrador y que sin embargo no era del todo una alegría.

La primera cosa que Nick distinguió en la habitación cuando salió de su ensimismamiento fue el retrato de Gabriel Nash, que inmediatamente lo inundó de un resentimiento irracional. Lo cogió y le dio la vuelta; volvió a meterlo apretadamente en su rincón, de cara a la pared. Esta apresurada maniobra habría podido tener por finalidad descargar la turbación con que acababa de apartarse de Bidy. La turbación, empero, era nada más que de él; no se apreció ninguna en el modo como Bidy prosiguió, tras un silencio durante el cual había contemplado cómo su hermano quitaba de la vista el cuadro:

—Está absolutamente dispuesta a venir aquí (es aquí donde quiere posar, no en Great Stanhope Street... ¡para nada!), y ¿de qué manera podría demostrar mejor que no le importa en absoluto encontrarse con la señorita

Rooth?

—No se encontrará con la señorita Rooth —respondió Nick, con algo de sequedad.

— ¡Ay, qué pena! —dijo Bidy. Se mostraba franca, como si hubiese logrado una especie de victoria sobre su compañero; y parecía lamentar la pérdida, por parte de la señora Dallow, de una oportunidad de mostrarse magnánima. Su tono hizo reír a su hermano, pero ella prosiguió, en confianza —: Ella opina que fue el señor Nash quien hizo venir a la señorita Rooth.

—Y fue él, en efecto —dijo Nick.

—Vaya, ¿no es eso provocar molestias?

—Me había parecido que estabas de acuerdo en que no pasa nada porque ella venga aquí.

—Ya, pero él tenía la esperanza de que sí pasaría.

— ¡Las esperanzas del pobre Nash! —dijo Nick riéndose—. Mi querida niña, haría falta una cabeza mejor provista que la tuya o que la mía, o incluso que la de Julia, que es quien debe de haber inventado esa avisada teoría, para establecer cuáles eran. De todos modos, convengamos en que hasta en el caso de que fueran perfectamente diabólicas, mi sentido de la responsabilidad les ha sido un digno rival.

— ¡Oh, Nick, eso ha estado formidable! —celebró Bidy. Después añadió —: ¿Quieres decir que ella ya no viene nunca por aquí?

— ¿La actriz desgreñada? Lleva meses sin aparecer.

—Pero ¿está en Londres? ¿Es que siempre está actuando? He estado ausente tantísimo tiempo que apenas me he fijado —explicó Bidy, con un ligero cambio de tono.

—El mismo papel, pobre criatura, durante cerca de un año. Al parecer en eso consiste el éxito en su profesión. El verano pasado la vi varias veces interpretando, pero no he puesto el pie en su teatro desde entonces.

Bidy guardó silencio un momento; después aventuró:

—A Peter no le habría gustado.

— ¡Ah, los gustos de Peter! —suspiró Nick, plantado delante del caballete, comenzando a trabajar.

—Quiero decir el saber que ella ha estado representando el mismo papel durante un año.

—Puedo asegurarte que lo ignoro; él no me ha escrito ni una palabra.

—Tampoco a mí —repuso Bidy. Se produjo otro pequeño silencio, durante el cual Nick pinceló sobre un bastidor. Pero al poco el muchacho lo interrumpió, diciendo:

—Hay algo que podemos decir sin dudarle que a Peter sí le gustaría... y es sencillamente poder estar aquí esta noche. Es una gran noche (otra gran noche) para la desgredada. Va a hacer de Julieta por primera vez.

— ¡Ay, cuánto me gustaría verla! —exclamó la muchacha.

Nick la miró; ella estaba sentada contemplándolo; entonces él dijo:

—Me ha mandado una butaca de platea; ojalá me hubiese mandado dos. Me habría encantado llevarte.

— ¿No crees que puedas conseguir otra todavía? —preguntó Bidy.

—Ya no debe de quedar ni una. Pero ¿quién sabe, pensándolo bien? —añadió Nick al momento, volviendo la mirada en otra dirección—. He aquí una oportunidad... ¡he aquí una oportunidad realmente extraordinaria!

Su criado había abierto la puerta, y ahora estaba haciendo pasar a una mujer cuya identidad quedó de veras inequívocamente indicada gracias a sus palabras.

— ¡La señorita Rooth! —anunció el hombre; mas fue corregido por un caballero que entró a continuación y que exclamó, riéndose y con un ademán educadamente rectificador:

— ¡No, no: se acabó eso de señorita Rooth!

Miriam entró en el sitio con su encantadora grandiosidad habitual, como habría podido aparecer, como aparecía cada noche, al principio de su primer acto, por el fondo del escenario, abriendo la sempiterna puerta del centro, presentándose ante el público, tomando fácil posesión, repitiendo viejos movimientos, mirando de uno a otro a los actores ante las candilejas. El profundo «Buenos días» que lanzó al aire, tendiéndole su diestra a Bidy Dormer y después dándole la siniestra a Nick (como habría podido dársela a su propio hermano), no reflejó ninguna conciencia de que se hubiesen producido intervalos o alejamientos. La joven actriz, en su espléndida soltura, le pareció a Bidy aún más formidable que cuando la había visto con anterioridad: la soltura y la esplendidez tenían ahora un algo casi regio. Bidy ya había tenido ocasión de presentarles sus respetos a majestades y altezas, pero la palpitación que aquellas efigies habían motivado no representaba nada en comparación con la forma en que, ante el avance de esta mujer, la atmósfera agitada pareció ahora reconocer la presencia de algo supremo. De modo que la honda y benévola mirada que Miriam posó sobre Bidy no resultó relajante, aun cuando era evidente que su intención había sido otra. La



jovencita se maravilló de que Nick hubiese logrado acostumbrarse tanto a ella (se había dirigido bromeando a ella en cuanto la vio entrar), y, algunas horas después, todavía bajo la gran impresión de este momento, se maravilló incluso de que Peter lo hubiese logrado. Ha de decirse que Peter, manifiestamente, no lo había logrado.

—Al final no viniste, al final no viniste —le dijo Miriam a Biddy gentilmente, apesadumbradamente; y Biddy comprendió la alusión, la invitación a visitar a la actriz en su casa, y hubo de explicar cuantísimo tiempo había estado ausente de Londres, e incluso que su hermano no se había ofrecido a llevarla—. Eso es bien cierto, él mismo no ha venido. ¿A qué se dedica ahora? —preguntó Miriam, de pie junto a Biddy, pero mirando a Nick, quien rápidamente se había imbuído en una conversación con su otro visitante, un caballero cuya cara le sonaba a la jovencita. Ella había visto a ese caballero sobre las tablas con la señorita Rooth... eso era, la noche en que Peter la había llevado al teatro con Florence Tressilian. ¡Ay, si Nick pudiera hacer ahora otro tanto! Este deseo, avivado por la presencia de la extraña, expresiva mujer, por la forma en que ésta esparcía melodiosas sílabas como si estuviese pulsando las teclas de un piano, se combinó con otros elementos para hacer que a Biddy le diera vueltas la cabeza, con otros elementos demasiado entremezclados para distinguirlos: admiración y temor y vagas adivinaciones y orgullo indeciso y curiosidad y renuencia, la propensión a marcharse y la resolución de quedarse. La actriz la sedujo con la voz (¿qué le ocurría y qué deseaba?) y a cambio Biddy intentó darle una idea de a qué se estaba dedicando Nick. Como no lo hiciera con excesiva competencia, ya iba a apelar a su hermano, cuando Miriam la detuvo, diciendo que no era importante; además, Dashwood estaba contándole algo a Nick, algo que deseaban que supiera. Y Miriam agregó—: Estamos muy excitados; él ha alquilado un teatro.

— ¿Alquilado un teatro? —Biddy estaba despistada.

—Vamos a establecemos por nuestra propia cuenta. Él va a ponerse a mi exclusivo servicio. Todo se decidió en el transcurso de nada más que uno o dos días. Queda por ver qué tal sale —sonrió Miriam. Biddy murmuró alguna esperanza solidaria, y su interlocutora continuó—: ¡¿Sabes por qué he irrumpido hoy aquí, tras una larga ausencia, interrumpiendo a tu pobre hermano, apoderándome de su precioso tiempo?! Pues por lo nerviosa que estoy.

— ¿A causa de su noche de estreno? —aventuró Biddy.

— ¿Estás enterada, vas a venir? —preguntó Miriam sin pérdida de tiempo.

—No, no voy a ir: no tengo entrada.

— ¿Vendrías si te mando una?

—Oh, realmente, es demasiada molestia por su parte —balbució la muchacha.

—Tendréis un palco; tu hermano te llevará. Ya no cabe ni un alfiler, me dicen; pero he reservado un palco, lo pondré a vuestra disposición. ¡Sólo que, si lo hago, ya sabes, hazme el favor de venir! —exclamó Miriam, en tono de ruego, posando su mano sobre la de Bidy.

— ¡No tema! Y ¿puedo traer a una amiga... a la amiga con quien me estoy alojando?

Miriam la miró.

— ¿Te refieres a la señora Dallow? —dijo.

—No, no; a la señorita Tressilian. Me tiene de invitada, en su piso. ¿Ha visto alguna vez una casa de pisos? —preguntó Bidy, expansivamente—. Mi prima no está en Londres. —Miriam le respondió que podía traerse a quien le viniera en gana, y Bidy espetó, para su hermano—: ¡Fíjate, Nick, qué amabilidad: vamos a tener un palco esta noche y vas a poder llevarme!

Nick se volvió hacia su hermana, sonriéndole, mas con una expresión en el semblante que a ella se le antojó rara incluso en aquel instante, pero que comprendió cuando aquel instante acudió de nuevo a su memoria más tarde. El señor Dashwood intervino con el comentario de que era muy bonito eso de hablar de palcos, pero que no lograba imaginarse de dónde se iban a sacar semejante lujo a esas alturas.

— ¿No has guardado uno, como te dije? —exigió Miriam.

— ¿Como me dijiste, querida? ¡Dile al cordero que guarde de los lobos su tierna carne!

—Tendréis uno: os lo conseguiremos —insistió Miriam, para Bidy.

—Permítame matizar levemente esa declaración, señorita Dormer —dijo Basil Dashwood—. Se lo conseguiremos si es humanamente posible.

—Os lo conseguiremos aunque sea inhumanamente imposible, he dicho —declaró Miriam, para la muchacha—. No quiero oír hablar de obstáculos; ¿para qué está él sino para enfrentarse a ellos? Cela s'annonce bien, ya ve —continuó, para Nick—; ¿a que parece que vamos a trabajar admirablemente en equipo? —Y como él respondiera que la felicitaba de corazón (le parecía inmensamente interesante lo que le acababan de contar), ella exclamó, luego de posar su mirada sobre él un momento—: ¿Qué quiere? ¡Así parecía más sencillo! Estaba claro que alguno tenía que ser. —Y después pasó a explicarle a Nick lo que la había movido a presentarse en aquel momento, mientras Dashwood se dirigía a Bidy con galantes afirmaciones de que lo intentarían, de que no dejarían piedra por mover, si bien él no se habría comprometido a

garantizar nada taxativamente.

Miriam le recordó a Nick la bendición que él había supuesto para ella hacía cerca de un año, con ocasión de su otra noche de estreno, cuando estaba nerviosa e inquieta: cómo la había dejado venir a posar allí durante horas, la había ayudado a dominarse hasta la noche y a llegar sana y salva. El caso era idéntico en el momento presente, con el agravante que él podía imaginarse: el de los nervios de Dashwood, que se sumaban a los suyos y que eran aún peores. Todo estaba preparado para Julieta; habían estado ensayando durante cinco meses (eso la había salvado de volverse loca con la eternización de la otra obra) y él se le había ocurrido otra vez en las últimas e intolerables horas como el amigo en la necesidad, el sano quitapenas, por mucho que ella lo incordiará. ¿Verdad que no la iba a echar a la calle? Bidy se separó de Basil Dashwood: debía irse, debía llevarle corriendo la noticia a la señorita Tressilian. Florence era capaz de contraer algún estúpido compromiso para la noche; había que avisarla a tiempo. La jovencita se despidió, excitada y colorada, después de recibir una reiteración de la solemne promesa de Miriam e incluso de oír a ésta decirle a Nick que, dado el caso, él debía devolverles la butaca que se le había enviado: estaban seguros de encontrarle otra utilidad.

## 51

Aquella noche, en el teatro, sentado en el palco (el milagro se produjo, el tesoro había sido hallado), Nick Dormer dirigió la atención de sus dos acompañadoras hacia la butaca de platea que había devuelto, que estaba muy cerca de la primera fila, haciendo notar cuán extrañamente, durante la totalidad del primer acto, había permanecido vacante. El lleno era magnífico, la actriz era magnífica, todo era magnífico. Volver a describir tan famosa ocasión (ya ha sido descrita repetidamente por otros cronistas) no es compatible con el ritmo que exigen las palabras finales de una relación ya demasiado prolongada. Baste decir que esta gran noche hizo época en la historia del arte contemporáneo, y que para quienes participaron en ella en calidad de espectadores la palabra «triumfo» adquirió una nueva ilustración. La Julieta de Miriam fue una imagen exquisita de adolescente pasión y adolescente desesperación, expresada con la más divina y sentida música que jamás habían derramado labios trágicos. La inmensa concurrencia, vuelta momentáneamente a la infancia, boquiabierta ante su desempeño, se dilató allí ante ella como se extiende una falda para recoger flores.

Durante el primer entreacto nuestros tres amigos del palco tuvieron cosas de sobra que comentar, y estuvieron tan ocupados en ello que durante algún

rato no repararon en que por fin se había sentado un caballero en la butaca vacía próxima a la primera fila. El descubrimiento fue formulado un poco después por la señorita Tressilian, con la alborozada exclamación de:

—Pero ¿qué veo? ¡Si es el señor Sherringham!

Esto, naturalmente, de inmediato originó un gran asombro: un asombro en Nick y en Biddy, quienes no habían tenido noticia de su regreso; y la maravilla se acrecentó ante el hecho de que él no hiciera ademán de buscarlos con la mirada, ni tan siquiera de mirar en su dirección. Cuando había tomado posesión de su localidad, se había sentado muy quieto en ella, mirando fijamente justo delante suyo al telón. Su abrupta reaparición contenía elementos desconcertantes tanto para Nick como para Biddy, de tal guisa que fue casi exclusivamente la señorita Tressilian quien tuvo la necesaria libertad de razonar para lanzar la teoría de que el señor Sherringham acababa de regresar en ese mismísimo instante, habiendo llegado tras un largo viaje. ¿No veían acaso qué raro estaba y qué tostado, qué encendido y qué congestionado, qué cansadísimo y qué deshecho? Todos lo inspeccionaron con la mirada, si bien Biddy rehusó los gemelos de la señorita Tressilian; pero él permaneció obviamente inconsciente de ser objeto de observación, y finalmente Biddy, volviendo a apoyarse contra su respaldo, dejó caer estas fantasiosas palabras:

—Ha vuelto al hogar para casarse con Julieta.

Nick la miró; y repuso seguidamente:

— ¡Qué catástrofe, realizar tamaño viaje y llegar tarde al festejo!

— ¿Llegar tarde al festejo?

—Caramba, ya está casada... desde hace tres días. Lo hicieron con mucho sigilo; Miriam dice que a causa de la oposición de su madre y espera que no se difunda mucho. Pese a ello es la legítima esposa de Basil Dashwood: éste ha entrado en escena en el momento justo para encargarse de las cuentas de Julieta. No está mal, ciertamente, pues casarse con ella es una gran fortuna cuando menos en dos sentidos, y él piensa dejar los escenarios.

Nick le explicó a la señorita Tressilian, quien se lo preguntó, que el caballero en cuestión era el actor que hacía de Mercurio, y le preguntó a Biddy si no se había dado cuenta de que aquello era lo que le habían estado contando en Rosedale Road por la mañana. Ella contestó que no se había fijado, y se metió considerablemente hacia el cortinaje del palco. Desde este refugio consiguió espetar bastante honrosa y fidedignamente esta exclamación:

— ¡Pobre Peter!

Nick se incorporó y permaneció mirando al pobre Peter. Y dijo:

—Debería venirse aquí a decirnos unas palabras, pero si no nos ve no creo

que lo haga.

Cuando llegó el siguiente entreacto, Nick abandonó el palco como para ir al encuentro del expatriado restituido. Debo agregar que, tan pronto como se hubo ausentado, Florence Tressilian se acercó de un brinco al tenebroso rincón en que se había confinado Biddy. No es necesario que nos detengamos en lo que ocurrió seguidamente entre estas dos jóvenes: baste con mencionar que un par de instantes después la señorita Tressilian exclamó:

— ¡Míralo, guapísima; ha vuelto la cabeza en esta dirección!

—Gracias, no me apetece mirarlo —dijo Biddy, e indudablemente reaccionó de escrupuloso acuerdo con estas palabras. Pese a ello, sucedió que inmediatamente después se dio cuenta de que él había mirado su reloj, como para calcular cuánto quedaba para que volviera a levantarse el telón, y luego se había puesto en pie de un salto y había abandonado rápidamente su localidad. El telón volvió a levantarse sin que retornara a su asiento y sin que Nick reapareciera en el palco. De hecho, para cuando Nick se deslizó en su interior, ya había transcurrido una buena parte del tercer acto; y ni siquiera entonces, y ni siquiera cuando bajó el telón al final del mismo, Peter Sherringham regresó. Al reaparecer, Nick se había sentado en silencio, para atender al escenario, al cual parecía estar totalmente consagrada la suspensa atención de sus compañeras, si bien tras un momento Biddy le echó a su hermano una rápida y única ojeada. Al final del acto todos estuvieron ocupados con las peticiones de recomparencia, los aplausos y con el encanto complaciente de Julieta al ser persuadida a salir (Mercutio hubo de cederla a Romeo); e inclusive durante algunos minutos después de que el griterío hubiera amainado, nada se dijo entre los tres. Por fin comenzó Nick:

—Es totalmente cierto: acaba de llegar; se va a alojar en Great Stanhope Street. Le han concedido varias semanas, para compensarlo por la apurada forma en que bruscamente lo despacharon allá (para que llegara a tiempo con vistas a algún encargo especial del que había que ocuparse sin dilaciones) cuando se presentó por primera vez: me ha dicho que se lo prometieron en aquella ocasión. Llegó a Southampton hace sólo unas horas, se precipitó al primer tren que pudo coger y se ha venido aquí sin cenar nada.

— ¡Caracoles! —dijo la señorita Tressilian, mientras Biddy preguntaba si Peter gozaba de buena salud y si lo había estado pasando bien. Nick respondió que Peter le había dicho que era un lugar brutal, pero parecía sano y salvo. Probablemente iba a estar en Inglaterra un mes, estaba endiabladamente moreno, le mandaba saludos cariñosos a Biddy. La señorita Tressilian miró hacia su vacía butaca y fue del parecer de que sería más correcto por parte de él presentarse allí a verla.

—Oh, ya aparecerá; hemos tenido una interesante charla en el vestíbulo,

donde se encontró conmigo. Creo que ha salido a hacer algo.

— ¡Qué grotesco, recorrer tantos miles de kilómetros para esto y luego no quedarse! —reflexionó Bidy.

— ¿Ha venido para esto? —preguntó la señorita Tressilian.

— ¡Quizá se haya ido a cenar! —bromeó Bidy.

La amiga de ésta sugirió que tal vez se hallara entre bastidores, pero Nick expresó sus dudas al respecto; y Bidy le preguntó a su hermano si él mismo no iba a pasarse por aquel lugar. Nick dijo que ahora mismo iba a ir, y volvió a abandonar el palco.

Todo este tiempo, en la sala, no hubo ni rastro de Peter. Nick aguardó a reaparecer cuando comenzaba el acto cuarto, y no les dirigió palabra alguna a sus compañeras hasta que hubo concluido. Entonces, tras una nueva demora originada por renovadas evidencias de la victoria de la actriz, describió su visita al tablado y el portentoso espectáculo de Miriam en el campo de batalla. La señorita Tressilian le inquirió si había hallado al señor Sherringham con ella; a lo cual contestó él que, excepto al lado opuesto de las candilejas, ella no lo había visto. Ante esto brotó de Bidy la siguiente y tenue exclamación:

— ¡Pobre Peter! ¿Dónde está entonces?

Nick vaciló unos instantes. Y finalmente dijo:

—Está caminando por las calles.

— ¿Caminando por las calles?

—No lo sé muy bien... ¡mejor abandonemos el tema! —respondió Nick; y su tono, durante algunos minutos, redujo a sus compañeras al silencio. Pero al poco Bidy dijo:

— ¿Era para él, esta mañana, para quien quería ella ese sitio, cuando te pidió que lo devolvieras?

—Para él, efectivamente. ¡Es singular que consiguiera reservárselo por los pelos, para el partido que él le está sacando! Ella me acaba de contar que tuvo noticias de él, desde su destino, hace poco, en el sentido de que él había visto en un periódico una información según la cual ella iba a encarnar a Julieta y de que se proponía firmemente, aunque el modo y manera no lo supiera muy bien (su permiso aún no le había sido concedido, y no podía estar seguro de cuándo llegaría), estar presente en la noche de su estreno: por lo tanto ella debía hacerle el favor de reservarle un sitio. Ella consideró que esto era un proyecto muy en el aire, así que en medio de todas sus preocupaciones no le hizo excesivo caso. Tenía la impresión de que de veras ya había terminado con él para una larga temporada. Pero esta tarde ¿qué hace él sino telegrafiarle desde

Southampton que va a acudir a la cita y que cuenta con que ella le haya reservado una butaca? De no haber recuperado la mía, ella no habría podido acomodarlo. Cuando estuvo en Rosedale Road esta mañana, aún no había recibido su telegrama; pero su promesa, su amenaza, lo que quiera que fuese, le vino a la memoria; sintió una especie de presagio, y pensó que, por si acaso, haría bien en tener algo preparado. Cuando llegó a casa se encontró con su telegrama, y me ha dicho que él fue la primera persona a quien vio en la sala, en medio de sus nervios, cuando salió a escena en el segundo acto. Parece ser que estaba muy agitada esta vez, y le ha durado la mitad de la representación.

—Debe de estar un tanto enojada de que él se haya marchado —observó la señorita Tressilian.

— ¿Enojada? ¡No estoy tan seguro! —dijo riendo Nick.

— ¡Ah, aquí vuelve! —exclamó Bidy, detrás de su abanico, mientras el ausente se introducía lateralmente hacia su asiento a tiempo de presenciar el acto quinto. Peter permaneció allí un momento contemplando primero su derredor; después volvió la mirada hacia el palco ocupado por sus parientes, sonriendo y agitando la mano.

—Después de eso sin duda se presentará a verte —dijo la señorita Tressilian.

—Lo veremos a la salida —repuso Bidy—; no debe desperdiciar más el tiempo.

Nick lo miró a través de unos gemelos; luego exclamó:

— ¡Vaya, me alegro de que haya recobrado el dominio de sí mismo!

—Caramba, ¿cuál era su problema, si no se ha visto defraudado en la cuestión de su butaca? —requirió la señorita Tressilian.

—Su problema era que hace unas dos horas sufrió un choque emocional intensísimo.

— ¿Un choque emocional intensísimo?

—Es mejor que lo cuente de una vez —siguió Nick—. Tuve que decirle algo allí en el vestíbulo cuando nos encontramos... algo que yo estaba segurísimo de que no le iba a gustar. Se lo dije sin rodeos y sin tapujos; me pareció lo mejor y lo más prudente. Lo informé del desposorio de Julieta.

— ¿No estaba enterado? —preguntó Bidy, quien, con la cabeza erguida, había escuchado en profundo silencio cada una de las palabras de su hermano.

— ¿Cómo iba a estarlo? Se ha producido hace nada, y ellos se han empeñado por completo, por razones que ellos sabrán (estas personas se mueven entre una multitud de consideraciones absolutamente ajenas a

nosotros), en su propósito de ocultárselo a los periódicos. Publican una buena cantidad de falsedades, y omiten lo verídico.

— ¡No me diga que el señor Sherringham quería casarse con ella! — exclamó la señorita Tressilian.

—No me pregunte qué quería... Creo que no lo sabremos nunca. Una cosa sí es segura: que no le gustó mi noticia y que tardaré mucho en olvidar la expresión de su rostro cuando se apartó de mí, escurriéndose hacia la calle. Se sentía demasiado afectado; no podía garantizar que volvería; necesitaba dar una vuelta; trataba de digerirlo caminando.

— ¡Esperemos que lo haya digerido caminando!

—Ah, pobre hombre: no ha sabido resistir hasta el final; ha tenido que volver para verla otra vez. Sabe que ella va a estar sublime en estas últimas escenas.

— ¿Está tan enamorado de ella? ¿Qué más le da, tratándose de una actriz, que esté cas...? —Pero a mitad de esta impetuosa pregunta la señorita Tressilian se calló súbitamente.

—Probablemente nunca lleguemos a saber cuánto ha estado enamorado de ella, ni qué más le da. Nunca sabremos para qué regresó exactamente, ni por qué no pudo aguantar más allí sin buscar un desahogo, ni por qué se vino a este lugar saltándose todas las consideraciones casi directamente desde la estación, ni por qué, después de todo eso, durante las dos últimas horas, ha estado vagando por las calles. Pero no importa, pues no es de nuestra incumbencia. Aun así, lo siento por él: ella va a estar sublime —añadió Nick. El telón se levantaba dando paso al trágico clímax de la obra.

Miriam Rooth estuvo sublime; no obstante, puede serle confiado al lector que durante dichas supremas escenas Bridget Dormer dirigió su mirada menos hacia la inspirada actriz que hacia una figura en el patio de butacas que estaba sentada con su propia mirada fija en el escenario. Puede intimarse, aún más, que Peter Sherringham, aunque sólo contempló un fragmento de la función, vio claro al final de la misma, a la intensa luz del genio que aquel fragmento había despedido, que, así y todo, pensándolo bien, su formidable viaje había merecido la pena. El gran problema de su pasión arrebatadora se apaciguó, dejando tras de sí algo convenientemente hondo y purificado. Este apaciguamiento estuvo lejos de ser inmediato, pero fue facilitado, inesperadamente para él, comenzó por fin a despuntar, la mismísima noche siguiente, en que fue a ver otra vez la obra, cuando la contempló en su asiento de principio a final. En ese momento se sintió extrañamente retrotraído a la realidad por la propia perfección de la representación. Comenzó a volver a ella saliendo de un período de miserable enajenación. Se había visto frustrado



definitivamente: ésa era su respuesta y su solución; ésta iba a perdurarle, era obvio. No la aceptó plenamente a la primera semana ni a la segunda; pero la aceptó antes de lo que habría supuesto si hubiese sabido en qué iba a consistir mientras se paseaba lentamente de noche, bajo las estrellas meridionales, por la cubierta del barco que lo había traído a Inglaterra.

Como ya sabemos, había sido el parecer de la señorita Tressilian, e incluso el de Biddy, aquella noche, que Peter Sherringham se juntaría con ellos a la salida del teatro. Tal parecer, empero, no se vio confirmado por los hechos, pues el caballero en cuestión se esfumó por completo (proceder decepcionantemente grosero viniendo de un diplomático de pro) antes de que ninguno pudiera echarle el guante. Y se abstuvo de enmendar su grosería yendo a ver a alguno de ellos al día siguiente, o siquiera al otro. De hecho, muchos días transcurrieron, y muy poco se habría sabido de él de no ser porque, en provincias, la señora Dallow supo. Lo que la señora Dallow supo fue sabido poco después por Biddy Dormer; y de este modo pudo establecerse en favor de él que se había quedado un número extraordinariamente pequeño de días en Londres, que casi directamente se había trasladado a París para ver a su antiguo jefe. Peter Sherringham regresó de París; Biddy supo esto no por intermedio de la señora Dallow, sino de una manera mucho más directa: lo supo porque él mismo apretó el botoncito eléctrico de la puerta del piso de Florence Tressilian, un día en que la buena de Florence había salido y ella se había quedado en casa. En esta ocasión él hizo una visita muy larga. La buena de Florence lo supo no mucho después, pueden ustedes estar seguros (al igual que cómo había conseguido él su dirección gracias a Nick), y sintió ante ello una desaforada satisfacción. El señor Sherringham nunca había ido a visitarla —a las iguales a ella— en su vida: por tanto estaba claro qué era lo que lo había hecho empezar. Una vez que empezó ya no paró, con el consiguiente incremento en la satisfacción de la señorita Tressilian.

Por buena que ésta fuera, no obstante, fue capaz de acordarse sin la menor piedad de lo que Nick Dormer les había repetido en el teatro acerca de que el destino actual de Peter era un lugar brutal. Empero, no se sintió obligada a oponer reparos por dicha razón, ya que a personas más directamente implicadas —Lady Agnes y la propia muchacha— no les importaba. Cuán poco les importaba a ellas, y a Grace, y a Julia Dallow, y hasta a Nick, quedó patente en el transcurso de una reunión que tuvo lugar en Harsh durante las vacaciones de Pascua de Resurrección. La señora Dallow ofreció una pequeña fiesta íntima para celebrar el compromiso matrimonial de su hermano. Las dos mujeres se trasladaron desde Broadwood; incluso Nick, durante dos días, regresó a su antiguo cazadero, y la señorita Tressilian renunció por igual espacio de tiempo a los deleites de su piso recién acondicionado. Peter Sherringham obtuvo una prórroga de su permiso, para que pudiera volver a su legación con una esposa. Por fortuna, tal como se desarrollaron los

acontecimientos, el calvario de Bidy, en la zona más o menos tórrida, no fue cruelmente prolongado, pues la pareja ya ha recibido un nombramiento más elevado. Es la opinión orgullosa de Lady Agnes que su hija está incluso ahora determinando el futuro de ellos. Digo «incluso ahora», porque estos hechos me dejan muy cerca de nuestros presentes días. Durante aquellas dos jornadas en Harsh, Nick acordó con Julia Dallow las condiciones, como podría llamárselas, bajo las cuales posaría para él; y todos recordarán cómo en cuán reciente exposición la atención general fue atraída, como dijeron los periódicos a la hora de describir la inauguración privada, por el aristocrático retrato de una dama que fue el resultado final de aquel acuerdo. Gabriel Nash había estado presente en más de una inauguración privada, pero no estuvo presente en ésta.

Estas cosas son bien recientes, empero, como digo; conque al contemplar el pequeño círculo de intereses que he tratado de suscitar me veo repentinamente amonestado por una acusada sensación de actualidad. Ello me pone difícil, por ejemplo, al despedirme de nuestra prodigiosa Miriam, hacer mucho más que aludir a la impresión generalizada de que su notable carrera está incluso en estos momentos tan sólo en los inicios de su apogeo. Basil Dashwood ya tiene su propio teatro, y su esposa (ahora la gente ya sabe que es su esposa) ha añadido tres o cuatro nuevos papeles a su repertorio; pero todo el mundo coincide en que tanto en lo público como en lo privado va ella a dar aún muchas sorpresas. Esto es igualmente cierto en el caso de Nick Dormer, en referencia al cual puedo decir para finalizar que las predicciones de su amigo Nash acerca de la renovación de su compromiso con la señora Dallow no se han cumplido hasta la fecha. Por otra parte, no debe olvidárseme agregarlo, esta dama no se ha casado, según las últimas noticias, con el señor Macgeorge. Bien es verdad que ha corrido el rumor de que el señor Macgeorge está preocupado por ella; de que, incluso, ya no cree en ella.